



BEN KANE

ANÍBAL
NUBES DE GUERRA



**ANÍBAL
NUBES DE
GUERRA**

Ben Kane

Traducción de Mercè Diago y Abel Debritto



Título original: Anibal. Clouds of War
Traducción: Mercè Diago y Abel Debritto
1.ª edición: marzo 2015

© Ben Kane, 2014

© Ediciones B, S. A., 2014

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona
(España)

www.edicionesb.com

DL B 4859-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-991-6

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Mapa 1

Mapa 2

Mapa 3

Prólogo

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

SEGUNDA PARTE

17

18

19

20

21

22

23

24

25

Epílogo

Nota del autor

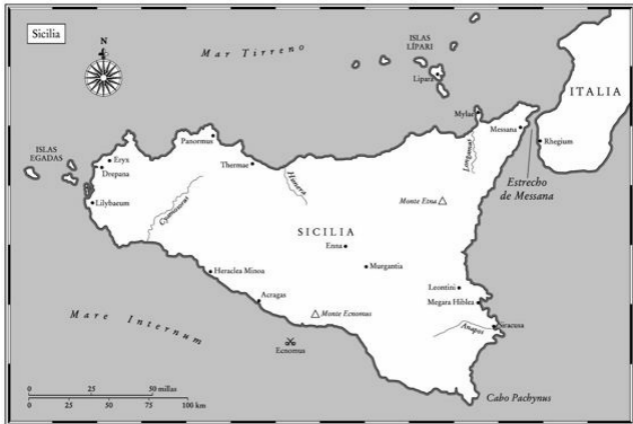
Glosario

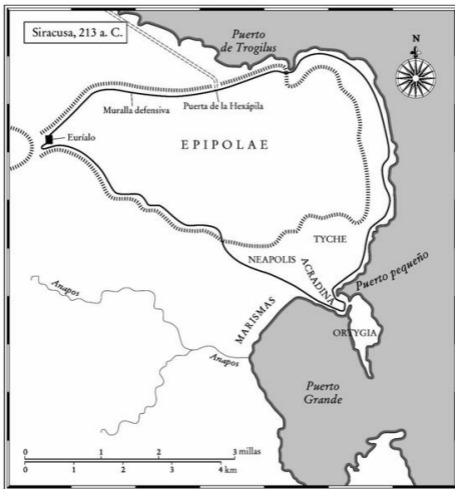
Nota

Para Camilla y Euan,
compañeros en Northumberland
durante una época difícil. Al cabo
de más de una década, seguís
siendo mis amigos. Con eso está
todo dicho.

República italiana a finales del siglo III a. C.







Prólogo

Apulia, sur de Italia,
verano del 216 a. C.

Después de una victoria rutilante sobre más de ochenta mil romanos, Aníbal permitió a los soldados

descansar dos noches y un día. «Es lo mejor que podía hacer», pensó Hanno mientras observaba las caras de la cincuentena de oficiales y jefes de clanes que había a su alrededor, cartagineses, númidas, íberos y galos. A pesar de haber dormido un poco y haberse lavado la sangre del rostro y los brazos, no cabía la menor duda de que se les veía rendidos. Exhaustos. Agotados.

Aunque era joven y gozaba de buena forma física, Hanno se sentía igual. No podía ser de otra manera. La batalla de Cannae se había librado bajo un abrasador sol estival durante un día entero. La

matanza ni siquiera cesó cuando se giraron las tornas y los legionarios quedaron rodeados. La lucha implacable solo tocó a su fin cuando cayó la noche, cuando los soldados cartagineses acabaron cubiertos de sangre de pies a cabeza y los caballos del lomo a los cascos. Después de la encarnizada lucha, los campos de matorrales del amanecer se habían convertido en campos de sangre al anochecer.

La batalla había causado estragos entre los supervivientes. Más de cincuenta mil romanos yacían sin vida en un perímetro de veinte estadios, pero ocho mil

soldados de Aníbal jamás volverían a ver un nuevo día, entre ellos Malchus, el padre de Hanno, que apenas podía contener la pena que brotaba de su interior. Casi todos los hombres que le rodeaban habían perdido a algún ser querido o habían sido testigos de la muerte de íntimos amigos o compañeros de armas. Pero había merecido la pena. Roma había recibido un mazazo histórico y había perdido más de dos tercios de su ejército. Uno de sus cónsules había muerto y habían caído centenares de miembros de la clase gobernante. Los pueblos y ciudades de Italia

debían de estar temblando ya ante la devastadora noticia. Contra todo pronóstico, Aníbal había vencido al mayor ejército que la República Romana había reunido jamás. ¿Cuál sería su próxima hazaña? Desde que Aníbal les había convocado en la explanada situada ante su tienda, esa era la pregunta que corría en boca de todos.

Hanno vio a su hermano Bostar.

—¿Sabes lo que nos va a decir?
—susurró.

—Sé tanto como tú.

—Espero que nos ordene marchar sobre Roma —interrumpió Sapho, el mayor de los tres

hermanos—. Quiero quemar y arrasar esa maldita ciudad.

Aunque no siempre estaba de acuerdo con Sapho, esta vez Hanno compartía su deseo. Si el ejército que la acababa de derrotar de forma tan aplastante se presentaba ante sus puertas, Roma tendría que rendirse, ¿no?

—Pero lo primero que hay que hacer es trasladar el campamento lejos del campo de batalla — comentó Sapho arrugando la nariz—. El olor es insoportable.

Hanno asintió e hizo una mueca. El calor del verano acrecentaba el omnipresente hedor de la carne en

putrefacción.

Bostar soltó un bufido desdeñoso.

—¡Aníbal tiene cosas más importantes en las que pensar que nuestros olfatos ofendidos!

—Era una broma, hermano, pero eso es algo que tú no puedes entender —gruñó Sapho.

—¡Basta! ¡Ya viene! —riñó Hanno a sus hermanos.

Los scutarii vestidos de negro que hacían de guardaespaldas del general se habían puesto firmes.

Se produjo una breve pausa y Aníbal salió de la tienda en plena luz del alba. Los exhaustos oficiales

le ovacionaron con entusiasmo. Hanno gritó con todas sus fuerzas, al igual que sus hermanos. El general era un hombre al que valía la pena seguir, un hombre que había liderado a su ejército a lo largo de miles de estadios desde Iberia hasta Italia atravesando la Galia con el objetivo de humillar a Roma.

Aníbal iba vestido para la guerra. Sobre la túnica púrpura vestía una brillante coraza de bronce, con los pteryges para protegerse la entrepierna y los hombros, e iba tocado con un sencillo casco helénico. Un parche

púrpura cubría el lugar que debería ocupar el ojo derecho. No llevaba escudo, pero iba armado con una sencilla falcata envainada. Al general también se le veía cansado, pero su amplio rostro barbudo lucía una expresión de satisfacción y le brillaba la mirada cuando levantó las manos para pedir silencio y colocó los pies separados en el suelo.

Los asistentes callaron en el acto.

—¿Lo habéis asimilado ya? — preguntó Aníbal.

—¿A qué te refieres, señor? — preguntó Sapho con una sonrisa

pícara.

Sonaron varias carcajadas y Aníbal inclinó la cabeza sonriente.

—Creo que ya sabes a lo que me refiero, hijo de Malchus.

—Estamos empezando a asimilarlo, señor —respondió Sapho.

Hubo varios murmullos de satisfacción y miradas contentas. Antes de la batalla, nadie había dudado de la experiencia táctica de Aníbal, pero ahora su habilidad rozaba la de los dioses, pensó Hanno. Los cincuenta mil soldados de Cartago se habían enfrentado a un ejército que les doblaba en

número y al que no solo habían vencido, sino aplastado totalmente.

—Cada vez que se me olvida, señor, el hedor del campo de batalla me recuerda el número de enemigos que aniquilamos —añadió Sapho.

Más risas.

—Pronto trasladaremos el campamento, no os preocupéis.

Aníbal hizo una pausa y todos guardaron silencio.

—¿Adónde iremos, señor? ¿Al Campo de Marte en las afueras de Roma? —preguntó Hanno, que comprobó complacido cómo varios oficiales asentían con la cabeza al

oír su comentario, entre ellos Maharbal, el comandante de la caballería de Aníbal.

—Ya sé que eso es lo que deseáis la mayoría —respondió Aníbal—. Pero no es el plan. Estamos a más de dos mil quinientos estadios de Roma y los hombres están exhaustos. No tenemos comida para todo el viaje y, mucho menos, para alimentarnos una vez allí. Las murallas de Roma son altas y carecemos de máquinas de asedio. Mientras nos dedicáramos a construirlas —con el estómago vacío— en el exterior, el resto de las legiones de la

República nos atacarían por la retaguardia. En cuanto llegaran, tendríamos que retirarnos o quedaríamos atrapados entre ellos y la guarnición de la ciudad.

Las palabras de Aníbal fueron como un jarro de agua fría. El entusiasmo de Hanno se desvaneció ante la certeza de su general. Casi todos los rostros y murmullos a su alrededor reflejaban el mismo descontento.

—Quizá no lleguemos hasta ese punto, señor —cuestionó Maharbal.

Se hizo un silencio atónito.

—Hemos vencido a los romanos tres veces, señor —prosiguió—. Los

aplastamos en Trebia, en el lago Trasimene y aquí, en Cannae. Roma debe de haber perdido unos cien mil soldados. Solo los dioses saben con exactitud cuántos ecuestres y senadores han muerto, pero habrá sido un gran porcentaje del total. Ahora podemos deambular a nuestro antojo por el territorio saqueando pueblos y ciudades. Si marchamos sobre Roma, la República suplicará la paz. ¡Lo sé!

—¡Tiene razón! —exclamó Sapho.

Los hombres mostraron su acuerdo con un rugido.

Las palabras de Maharbal resultaban muy seductoras, pero Hanno pensó en su amigo Quintus, que con solo dieciséis años se había enfrentado en solitario a tres bandidos armados. Era una de las personas más tozudas y valientes que jamás había conocido, y esos eran rasgos característicos del carácter romano. Durante la batalla que habían librado dos días antes, muchos legionarios continuaron luchando a pesar de estar claramente derrotados.

Con aire pensativo, Aníbal se frotó los labios con un dedo.

—Estáis muy seguros —dijo por

fin, mirando primero a Maharbal y luego a Sapho.

—Sí, señor. ¿Quién es capaz de soportar una paliza como la que recibieron hace dos días los romanos y seguir luchando? ¡Nadie!

—sentenció Sapho.

—Tiene razón —convino otro oficial.

—Sí —añadió un tercero.

«Si Quintus sigue con vida, no se rendirá hasta que no le quede ni una gota de aliento en el cuerpo», pensó Hanno. Su amigo lucharía hasta la muerte antes que rendirse.

Aníbal fijó la vista en Sapho.

—Maharbal conoce bien la

historia de nuestra primera guerra contra la República, ¿y tú?

—Claro, señor. Me crie escuchándola de boca de mi padre.

—¿Y te explicó tu padre cuántas veces se hundieron los barcos romanos y sus arcas se quedaron vacías?

Sapho se sonrojó al recordarlo.

—Sí, señor.

Hanno también recordaba la historia.

—Cualquier pueblo normal hubiera aceptado la derrota después de semejantes desastres. En lugar de ello, los nobles romanos vendieron sus propiedades para

recaudar el dinero necesario para construir nuevos barcos. La guerra continuó porque esos cabrones tozudos se negaban a darse por vencidos. Y todos sabemos lo que sucedió al final del conflicto.

Se oyeron murmullos airados sobre indemnizaciones de guerra y territorios perdidos.

—Pero los romanos jamás han sido derrotados antes como aquí, señor —replicó Sapho.

—Es cierto —reconoció Aníbal—, por ello tengo la esperanza de que pidan la paz. Por eso, Carthalo —dijo señalando a uno de los oficiales de caballería de mayor rango—

encabezará una delegación que partirá mañana hacia Roma para negociar las condiciones con el Senado.

«Eso podría funcionar.»

—¿Qué condiciones son esas, señor? —inquirió Hanno.

—Roma debe reconocer el honor y el poder de Cartago. Debe devolvernos Sicilia, Cerdeña y Córcega y reconocer nuestra preeminencia en los mares al oeste de estas islas. Si la República no acepta estas condiciones, a los dioses pongo por testigo que causaremos tanta muerte y destrucción entre sus ciudadanos

que esta batalla parecerá una simple escaramuza. Por otro lado, los pueblos que no sean de origen romano que se pasen a nuestro bando gozarán de nuestra protección.

Maharbal negó con la cabeza, pero muchos oficiales intercambiaron miradas de satisfacción.

—Son exigencias razonables — dijo Bostar—. Seguro que Roma las aceptará, ¿no?

Aníbal llevaba mucho tiempo liberando a los prisioneros no romanos, pero hasta ese momento Hanno no había entendido el

objetivo de esa táctica.

—¿Tu objetivo es desintegrar la República, señor?

—Sí. No hace tanto tiempo que pueblos como los samnitas, los oscos y los brucios fueron conquistados o dominados por Roma. Quiero que recuperen su libertad. Si se alían con Cartago, podrán decidir su propio futuro. Pocos de vosotros lo sabéis, pero ya se han producido acercamientos de líderes de ciudades como Capua que desean romper sus lazos con Roma.

Los oficiales recibieron la noticia satisfechos.

Sapho parecía decepcionado, pero Hanno no se dio cuenta. Siempre había anhelado derrotar a Roma, pero tenía otros motivos para desear el fin de la guerra. Por su mente pasó una imagen de Aurelia, la hermana de Quintus. Si la guerra terminaba, podría ir en su busca. Una luz de esperanza se iluminó en el corazón de Hanno. «Ojalá Roma acepte la derrota —rogó— y que por fin reine la paz.»

—¿No sería mejor ser más agresivo, señor? ¿Por qué no envías a la caballería por delante? —preguntó entusiasta Maharbal—. Esos canallas no sabrían de nuestra

llegada hasta que nos tuvieran delante. Yo podría transmitir vuestro mensaje con el apoyo de miles de jinetes. Tú y el resto del ejército podríais seguir nuestros pasos. Y, si los romanos no aceptan las condiciones, vuestra mera presencia les hará cambiar de opinión, señor.

—Estoy de acuerdo, señor —convino Sapho—. Debemos marchar sobre Roma.

—¿Debemos? —Aníbal clavó la mirada en el hermano de Hanno, que solo resistió unos segundos antes de bajar la vista. La mirada del general se suavizó al volverse

hacia Maharbal—. La decisión está tomada. Carthalo y los suyos llevarán mi mensaje a Roma. Las tropas necesitan descansar y tus jinetes también. Y voy a dejar que descansen.

—Es obvio que los dioses no conceden todos los dones al mismo hombre —sentenció Maharbal con aire sombrío—. Está claro que sabes cómo conseguir una victoria, Aníbal, pero no sabes cómo usarla.

PRIMERA PARTE

1

Dos años y medio
después... Apulia, finales
de invierno

Era una mañana fresca. Una

suave brisa marina soplaba desde la costa este, a unos cien estadios del campamento. Aunque los últimos meses no habían sido muy fríos, Hanno agradecía que el invierno tocara a su fin. El cartaginés echaba de menos el calor de su tierra natal. Anhelaba notar los rayos de sol en el rostro y ver los primeros indicios de que las plantas volverían a brotar.

Como era de esperar, encontró a Muttumbaal de instrucción con los hombres. Cuando no dormía, el oficial pasaba todo el tiempo con los libios de su falange. Sin mujer ni hijos, eran como su familia y se

dedicaba a ellos en cuerpo y alma. Nadie llamaba a Mutt por su nombre completo, que era demasiado largo y complejo. «Nadie salvo su madre», pensó Hanno. Conocido por todos como Mutt, su adusto segundo al mando era un excelente soldado que le había cubierto las espaldas en más de una ocasión y le había salvado la vida otras tantas.

Mutt y los soldados se hallaban en una explanada fuera del perímetro del campamento. El hábito constante de su oficial de instruir a los hombres no cesaba de sorprender a Hanno. Los libios de la

falange eran unos aguerridos veteranos que dominaban su oficio al dedillo. Eran soldados de carrera que habían viajado de Cartago a Iberia y, de allí, a la Galia para cruzar los Alpes hasta Italia. Sin embargo, a pesar de haber librado —y ganado— más batallas para Aníbal de las que podían recordar, Mutt los obligaba a entrenarse y marchar con regularidad.

—Si se acomodan demasiado sobre sus traseros, se oxidan, señor —replicó Mutt la primera vez que Hanno cuestionó su práctica.

Con el tiempo, Hanno había acabado reconociendo que Mutt

estaba en lo cierto. Desde la batalla de Cannae, su vida discurría en el campamento, salvo por alguna escaramuza o marcha ocasionales para defender de los romanos a las poblaciones que se habían pasado al bando de Cartago, pero a Aníbal le precedía su temible reputación y las legiones muchas veces se retiraban sin oponer resistencia. Sin embargo, aunque los combates fueran infrecuentes y gran parte del sur de Italia apoyara a Aníbal, ello no significaba que Cartago hubiera ganado la guerra. Todo lo contrario, pensó Hanno con amargura, pues los aliados de Roma se mantenían

fieles a la República pese a estar rodeados de territorios leales a Cartago.

La ciudad de Capua se había aliado con Aníbal, pero no así las poblaciones circundantes. A Hanno se le encogió el estómago al pensar en Aurelia, la hermana de Quintus, a la que vio por última vez cerca de Capua. No había vuelto a verla desde entonces y era probable que jamás coincidieran de nuevo. Tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta. «Es mejor así, seguro que ya me habrá olvidado», se dijo apesadumbrado.

Hanno divisó a lo lejos un jinete

polvoriento que espoleaba a su montura en dirección al campamento.

—¿Quién vendrá a suplicar nuestra ayuda esta vez? —preguntó al aire.

—Seguro que es el mismo cuento de siempre: «hay un ejército romano a las puertas de la ciudad y necesitamos vuestra ayuda urgente» —especuló Mutt, que se había puesto al lado de Hanno.

El cartaginés se rio.

—A veces pienso que no tuvieron suficiente con Cannae. Me gustaría que las nuevas legiones nos atacaran para darles una paliza

y poner fin a esto —confesó Hanno a Mutt, una de las pocas personas con las que se atrevía a compartir esta clase de pensamientos.

—Dudo que sean tan estúpidos —respondió Mutt antes de lanzar un escupitajo.

Hanno pensó enfadado que Mutt tenía razón. Desde la derrota de Cannae, los romanos habían reclutado e instruido a más de diez legiones que actuaban en la península como fuerzas consulares de dos legiones. Tenían envergadura suficiente para ser potentes militarmente, pero no excesiva como para dejar de ser

ágiles y maniobrables. Su cometido era asediar a las poblaciones que habían dado la espalda a la República.

—Yo diría que aprendieron la lección en Cannae, señor.

—Qué arteros son estos romanos —comentó Hanno, buen conocedor de sus artimañas.

Cuando Aníbal decidía enfrentarse o perseguir a una de las nuevas legiones, estas se batían en retirada a las montañas, donde no podía aprovechar la superioridad de la caballería cartaginesa. Hanno recordó las palabras de Maharbal justo después de Cannae. ¿Se había

equivocado Aníbal por no haber marchado entonces sobre Roma? Hanno desconocía la respuesta y solo se atrevía a compartir sus dudas con Mutt o Bostar, pues su mera mención hacía que se sintiera desleal. Era imposible prever lo que hubiera podido ocurrir. Obsesionarse con el pasado no era bueno, por lo que Hanno se centró en el presente.

—Las cosas tampoco nos van tan mal. Aníbal sigue invicto desde Cannae —comentó.

—Disculpa, señor —interrumpió Mutt, que había detectado un fallo de instrucción y regresó junto a los

soldados vociferando órdenes.

Hanno se sumió de nuevo en sus pensamientos. En Iberia, la situación había empeorado: tras varias derrotas cartaginesas, muchas tribus se habían pasado al otro bando. Por fortuna, las cosas iban mejor en Sicilia, donde Cartago contaba con unos nuevos y poderosos aliados: Hipócrates y Epícides. Estos nobles siracusanos habían sido enviados por Aníbal a la isla para hostigar a los romanos y habían logrado hacerse con el poder en Siracusa, toda una hazaña que había puesto fin a cincuenta años de dominio romano e

incrementado las posibilidades de que Cartago enviara ayuda a Sicilia. Hanno rogó a los dioses por la victoria de las tropas siracusanas y cartaginesas, lo cual se traduciría en nuevos y valiosos refuerzos para Aníbal.

La guerra les había llevado de un extremo a otro de Italia, pensó Hanno mientras palpaba distraído la cicatriz que tenía en el cuello y que mantenía oculta con un pañuelo. Se trataba de un recuerdo de Victumulae, situada a miles de estadios al norte, donde había caído prisionero de Pera, un sádico oficial romano. Era muy probable

que esa rata de alcantarilla hubiese muerto en el saqueo de la ciudad, pero Hanno habría preferido enviarlo al infierno de su propia mano. Bomilcar, el soldado que le rescató de la celda y le salvó la vida, estaba destinado a otra falange libia. Hanno sabía que había sobrevivido a Trasimene y Cannae y a las campañas posteriores, pero se sentía culpable por no haber mantenido el contacto. «Esta noche iré a verlo con una buena jarra de vino», se dijo.

Una vez tomada la decisión, se unió a Mutt y pasó las dos horas

siguientes sudando, gritando órdenes y dirigiendo complicadas maniobras militares. En cuanto hubo finalizado la instrucción, estaba tan agotado y sudoroso que ya no tuvo fuerzas para pensar en Aurelia o en sus dudas sobre la campaña de Aníbal.

—Me gustaría contar con tu compañía esta noche, Mutt — propuso Hanno mientras regresaban al campamento con los soldados.

—¿Para qué, señor?

A pesar del tiempo transcurrido juntos, Hanno no se acostumbraba a que Mutt le llamara señor, pero

cada vez que le decía a su oficial que olvidara el protocolo, este se mostraba intransigente.

—Los hombres deben saber que existe una diferencia entre tú y yo, señor, del mismo modo que la existe entre ellos y yo.

Mutt era más tozudo que una mula, así que Hanno no insistió.

—Esta noche quiero hacer una visita a Bomilcar —comentó—. El soldado que me rescató en Victumulae —aclaró, al ver que Mutt no reconocía el nombre—. Hace meses que no lo veo y me gustaría compartir una buena ánfora de vino con él. Me

encantaría que nos acompañases, y seguro que a él también.

—Pues suena muy bien... —comenzó a decir Mutt, que se interrumpió para contemplar pasar a un grupo de nómadas a caballo, que, ataviados con sus túnicas sin mangas, charlaban animadamente entre sí.

—¡Fantástico! —exclamó Hanno, y le dio una palmada en el hombro.

El cartaginés pensó en la juerga que les aguardaba esa noche. Las raras veces que había logrado convencer a Mutt para que bebieran juntos, habían acabado muy borrachos, pero no importaba si esa

noche sucedía lo mismo. Todo estaba muy tranquilo en el campamento y ninguno de sus superiores se enfadaría si al día siguiente se pasaban el día acostados recuperándose de la resaca.

Hanno divisó entonces a Sapho caminando en su dirección y se le ensombreció el semblante. Seguro que a ningún oficial superior le importaría que se emborrachasen, pero a su hermano mayor sí, aunque tuviera el mismo rango que él. Sapho se había erigido en el guardián moral de Hanno desde que eran niños.

—No le digas ni media palabra sobre esta noche —advirtió a Mutt.

—Soy una tumba, señor.

—¡Eh, hermano! Buenos días tengas —saludó Sapho con efusividad.

—Buenos días para ti también —respondió Hanno con una media sonrisa.

La mitad de las veces se llevaba bien con su hermano, pero le irritaba no saber nunca con qué versión se iba a encontrar: el arrogante y despiadado Sapho que casi dejó que se ahogara en las marismas de Etruria —aunque carecía de pruebas— o bien el

Sapho jovial y considerado que se presentaba con vino en su tienda para explicarle los planes de Aníbal, como hizo antes de Trasimene.

—¿Tienes a los hombres de instrucción? —preguntó Sapho.

—Así es.

—Yo tengo a los míos corriendo cien estadios con mi oficial.

Hanno oyó los murmullos horrorizados de sus soldados ante las palabras de Sapho.

—¿Por algún motivo en especial?

—Están echando barriga por culpa de no hacer nada y beber demasiado. Ha llegado el momento de ponerse en forma.

En un ataque de malicia, Hanno apretó con un dedo el abdomen de su hermano, que no era tan liso como solía ser.

—¿Y no crees que te hubiera ido bien acompañarlos?

Hanno oyó a Mutt ahogar una pequeña carcajada que disfrazó de tos.

—¡Serás descarado! ¡Yo estoy tan en forma como siempre! —replicó Sapho, enojado, mientras apartaba de un manotazo el dedo de su hermano.

—No me cabe la menor duda.

«No debería haberme metido con él —pensó Hanno—, no merece

la pena hacerlo enfadar.» Por suerte, Sapho no dio más importancia al asunto y continuaron conversando amigablemente mientras regresaban al campamento y cruzaban la enorme puerta de acceso a las altas fortificaciones de barro.

Aliviado de que Sapho no hubiera ido en su busca por un motivo en particular, Hanno se empezó a relajar. Se sorprendió a sí mismo planteándose la posibilidad de invitarlo esa noche, pero en ese preciso instante vio a Bostar, que caminaba hacia ellos en compañía de dos oficiales, y el alma se le

cayó a los pies: cuando sus hermanos mayores se juntaban, solían acabar discutiendo.

Para su gran sorpresa, cuando se encontraron los dos grupos el ambiente fue cordial. Bostar le presentó a sus acompañantes, dos comandantes de falange que Sapho saludó con efusividad y cuyos nombres resultaban vagamente familiares a Hanno. Los cinco estuvieron un buen rato conversando de temas diversos, desde el tiempo hasta la instrucción de los soldados, pasando por la pésima calidad de la comida, los últimos avistamientos de tropas

romanas y la probabilidad de nuevos ataques. Todo iba como una seda hasta que Sapho mencionó, como había hecho antes a Hanno, que sus hombres debían ponerse en forma tras demasiados excesos con el vino.

—Si la vista no me engaña, tú también andas un poco sobrado de carnes, hermano —comentó Bostar señalando la barriga de Sapho.

—¿Qué insinúas? —inquirió Sapho, enojado.

Bostar, que era tan flaco como un perro perdiguero, se encogió de hombros.

—Que tienes barriga y no te iría

mal hacer un poco de ejercicio.

Sapho miró suspicaz a sus hermanos, primero a uno y luego al otro.

—¡Habéis estado hablando de mí a mis espaldas! ¡Riéndose de mí!

—¡No! —protestó Hanno con total sinceridad.

—No hemos cruzado ni media palabra —añadió Bostar con una sonrisa burlona.

Hanno maldijo la sonrisita de Bostar. No era momento de hacer enfadar a Sapho por semejante tontería. La escena no iba a causar buena impresión a los otros dos

oficiales, que ya parecían incómodos.

Sapho se percató de la expresión socarrona de Bostar.

—¿A qué viene esa sonrisita?

—Te juro que no hemos hablado a tus espaldas, Sapho —insistió Hanno, preocupado por los derroteros que estaba tomando la conversación.

—¿Me lo dices en serio?

Sapho pareció tranquilizarse un poco, pero acto seguido se volvió hacia Bostar ofuscado.

—¿Qué pretendías? ¿Reírte un rato de mí delante de tus amigos?

—¡Tú harías lo mismo si me

sobrarian unos kilos!

—¡Que te den!

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Sapho dio un paso adelante y asestó a Bostar un puñetazo tan fuerte en la barbilla que cayó al suelo, donde se ensañó con él a puntapiés.

—Te crees mejor que yo, ¿verdad? ¡Pues nada de eso!

Bostar gemía de dolor y Hanno se interpuso entre ambos.

—¡Déjalo en paz!

Sapho no pareció oírle y, con una fuerza sobrehumana, apartó a su hermano pequeño de en medio. Bostar aprovechó la oportunidad

para incorporarse y abalanzarse rabioso sobre Sapho. Lo agarró por la cintura y ambos cayeron rodando al suelo; los puñetazos llovían por doquier. Horrorizado, Hanno los contempló inmóvil junto a Mutt y los amigos de Bostar, pero no podía quedarse de brazos cruzados. Debía detenerlos. Ver a dos oficiales peleándose era un ejemplo terrible para los soldados.

—¡Ayúdame a separarlos! —ordenó a Mutt—. ¡Tú ocúpate de Bostar que yo me encargo de Sapho!

Hanno se arrojó sobre su hermano. Le agarró un brazo, tiró

de él hacia atrás y le sujetó el otro. Después le dobló los codos para inmovilizarlo. Sapho escupió y soltó varias imprecaciones, pero no logró zafarse de la llave de Hanno, aunque ello no le impidió propinar un nuevo puntapié a Bostar, quien, atrapado en el suelo bajo el peso de Mutt, lanzó un alarido de dolor.

—¿Te ha dolido, cabrón? —rio Sapho.

Hanno arrastró a su hermano varios pasos hacia atrás.

—¡Por todos los dioses! ¡Me vas a romper los hombros! —gimió.

—Bien —dijo Hanno, que le alzó los brazos para obligarlo a alejarse

más. Sapho protestó, pero Hanno ya no aguantaba más—. ¡Calla la boca! —espetó, y echó un vistazo a la situación por encima del hombro de su hermano—. ¿Mutt?

—¿Señor?

—¿Tienes a Bostar controlado?

—Sí, señor.

—Bien. Debe prometer que no reanudará la pelea; si te lo promete, puedes soltarlo. Si no, sigue sujetándolo.

Hanno habló a Sapho al oído.

—Esto tiene que acabar, ¿me oyes?

—Pero yo...

—¡No, Sapho! ¡No pienso

soportarlo más! Eres un adulto, un oficial, ino un niño de diez años!

Sapho no contestó y Hanno le forzó los brazos hacia arriba hasta que se quejó del dolor.

—¿Me has entendido?

—Sí —masculló Sapho.

—Bostar ha dado su palabra — interrumpió Mutt.

—Suéltalo.

Hanno hizo lo propio con Sapho y, acto seguido, se colocó entre ambos. Bostar lo contempló sorprendido, y Sapho, furibundo, pero Hanno estaba tan encendido que poco le importaba lo que pensarán.

—¡Sois una vergüenza para vuestro rango! Dos oficiales peleándose delante de los soldados como dos borrachos. Seguro que Aníbal os mandaría azotar, ¡y yo también!

Ambos lo miraron boquiabiertos, pero Hanno no había acabado todavía.

—Aunque nuestro padre ya no esté con nosotros, eso no significa que no esté viendo indignado vuestro comportamiento. Somos los últimos de nuestra familia y él os hubiera dicho que la guerra es contra los malditos romanos, no entre nosotros. ¿No es verdad? —

inquirió airado.

—Sí —murmuró Bostar.

—¿Sapho?

—Supongo que sí.

—¡Pues empieza a comportarte como un hombre y no como un niño!

Sapho se sonrojó, pero no replicó.

—Quiero que ambos juréis aquí y ahora que no volveréis a pelearos —ordenó Hanno.

Sus hermanos no parecían muy dispuestos.

—¿Y qué pasa si no lo hacemos?

—inquirió Sapho.

—A los dioses pongo por testigo

que si no lo hacéis acudiré a Aníbal —respondió Hanno apretando los dientes.

—Lo juro —accedió por fin Bostar con un suspiro.

—Nuestro hermano pequeño se ha hecho mayor —masculó Sapho.

—¿Qué respondes? —rugió Hanno.

—Lo juro —dijo con voz queda.

Hanno receló de la expresión de sus ojos, pero al menos había cedido al juramento, así que apartó la mano de la espada, hacia donde había empezado a acercarse los dedos.

—Prestad juramento —ordenó.

Ambos juraron ante todos los dioses cartagineses que enterrarían el hacha de guerra para siempre. En cuanto hubieron acabado, miraron a Hanno.

«Esperan mi visto bueno», observó sorprendido el pequeño de los hermanos. Acababa de producirse un gigantesco cambio en su relación: considerado hasta entonces el último de la fila, acababa de actuar como lo hubiera hecho su padre y lo habían aceptado.

—Bien —dijo. Se volvió hacia Mutt—. Ya hemos perdido suficiente tiempo aquí, ordena a los hombres

que se preparen para marchar.

Mutt rugió la orden y Sapho, Bostar y los otros dos oficiales se movieron prestos para dejarlos pasar. Hanno empezó a sentirse orgulloso de lo que había hecho. Estaba por ver si sus hermanos cumplirían la promesa, pero al menos la fuerza del juramento evitaría que se pelearan durante un tiempo. Se preguntó si Sapho intentaría vengarse por la humillación sufrida. «Si lo hace, estaré preparado. Hace tiempo que lo estoy.»

—¡Alto! —ordenó una voz.

Hanno pensó que se trataba de

uno de sus hermanos, así que no se detuvo y Mutt siguió sus pasos con los hombres.

—¡ALTO, HE DICHO! —repitió la VOZ.

Cuando Hanno se dio cuenta de que la voz pertenecía a alguien muy distinto, se paró en el acto.

A poca distancia de ellos un soldado de aspecto anodino se quitó la capucha: era tuerto, tenía la cara ancha y llevaba barba.

Se oyó una exclamación generalizada.

Hanno fue el primero en reaccionar.

—¡Firmes ante vuestro general!

Los soldados obedecieron, seguidos de sus hermanos y los otros dos oficiales.

Aníbal se aproximó con el semblante serio y Hanno notó los nervios a flor de piel. El general tenía la costumbre de pasearse de incógnito por el campamento para tantear la moral de los soldados, pero parecía haber abandonado esa práctica desde Cannae. «Hasta hoy —pensó Hanno, que empezó a dudar si había actuado del modo correcto. Aníbal castigaba con severidad la falta de disciplina—. Por todos los dioses, ¿qué nos dirá?»»

Ni Bostar ni Sapho se atrevieron a mirar al general a los ojos cuando se acercó.

—Sabía de vuestra mutua animadversión, pero no era consciente de su terrible gravedad —declaró Aníbal.

—Señor, yo... —interrumpió Sapho.

—¡Silencio! —rugió Aníbal, su voz como un látigo.

Sapho enmudeció.

—Por un lado tenemos a Sapho, loco pero valiente, y, por el otro, a Bostar, también valeroso como un león, pero más obediente —apuntó Aníbal antes de posar la

mirada en Hanno, que estaba hecho un manojo de nervios—. Y, finalmente, tenemos al pequeño cachorro que suele hacer lo que le place y precisa mano dura, o al menos eso pensaba yo.

Aníbal guardó silencio y dejó sufrir un rato más a los hermanos mientras caminaba de uno a otro.

—En circunstancias normales este incidente me hubiera pasado desapercibido, pero como estaba aquí, lo he visto todo —habló por fin.

Hanno miró a sus hermanos y comprobó que ellos también aguantaban la respiración.

—Es vergonzoso que dos comandantes de mis falanges se peleen como un par de borrachos en el exterior de un burdel.

Hanno clavó la vista en el suelo, resignado a aceptar el castigo.

—Creo que el juramento que os ha obligado a prestar Hanno es suficiente para que reine la paz entre vosotros.

Los hermanos escucharon sus palabras con una mezcla de alivio e incredulidad, pero no se atrevieron a relajarse todavía.

—Si no estuviéramos en guerra, os degradaría a soldados rasos, ¡como mínimo! Pero como estamos

en guerra y en tierra extranjera, me resulta imposible reemplazar a dos oficiales de vuestro calibre — declaró Aníbal, que fundió con la mirada a los avergonzados Sapho y Bostar—. En cualquier caso, este asunto no puede quedar así y, pese a vuestro juramento, voy a separaros para siempre.

Los tres se miraron compungidos y Aníbal soltó una carcajada. No era un sonido agradable.

—Mi hermano Asdrúbal está en Iberia y anda falto de oficiales con experiencia. Aunque a mí tampoco me sobran, voy a enviarle algunos. Bostar, tú serás uno de ellos.

Tendrás que viajar por mar porque el trayecto por tierra es demasiado largo. La travesía será muy peligrosa, como te puedes imaginar. Dos de los tres últimos barcos que zarparon de Iberia fueron hundidos o aprehendidos por los romanos. Rogaré a los dioses para que tu viaje llegue a buen término. En cuanto desembarques, harás todo lo que esté en tu mano para ayudar a Asdrúbal y al resto de los generales a derrotar al enemigo.

—Haré todo lo que pueda, señor.

—Bien —dijo Aníbal, y se volvió

hacia Sapho, que dio un pequeño respingo—. A ti te quiero a mi lado, lo cual no significa que vayas a tener una vida fácil. Para empezar, tu falange y tú realizaréis largas patrullas durante los próximos tres meses.

—Sí, señor —respondió Sapho, estoico—. Haremos cuanto se precise de nosotros.

¿Por qué debía ser justamente Bostar quien se marchara?, se preguntó Hanno, rabioso. Quizá no volviera a ver jamás a su hermano predilecto. La idea era terrible, pero cuando Aníbal posó su atención en él, Hanno se olvidó por completo de

sus hermanos y de todo lo demás. ¿Adónde tendría previsto mandarlo el general?

—Y tú, el pequeño de los hijos de Malchus...

A Hanno se le hizo un nudo en la garganta; estaba a punto de recibir su castigo.

—Tu padre fue un valiente servidor de Cartago. Su pérdida fue una tragedia irreparable para ti y tus hermanos, pero yo también sigo llorando su muerte.

—Gracias, señor.

Hanno agradeció que el general reconociera el sacrificio de su padre. Bostar y Sapho también

parecían satisfechos con sus palabras.

—Malchus estaría muy orgulloso de ti hoy. ¿Qué edad tienes?

—Veintitrés años, señor.

—Eres joven todavía, pero tus actos son impresionantes.

—Gr... gracias, señor — respondió Hanno sin saber cómo reaccionar ante semejante alabanza.

—Busco a un oficial de confianza para llevar a cabo una misión peligrosa. Había pensado en otra persona, pero tras lo que acabo de ver aquí, he cambiado de opinión. Irás tú en su lugar.

Hanno notó que se le disparaba el corazón.

—¿Adónde, señor?

—A Sicilia —respondió Aníbal.

—¿A Sicilia, señor? —repitió como un tonto. Hanno miró a Mutt y le invadió una enorme tristeza. Su oficial y su falange eran como su familia. Además, ¿qué utilidad podía tener él sin sus soldados?—. ¿Quién se ocupará de mi unidad durante mi ausencia? —preguntó titubeante.

—Mutt, ¿quién si no? No será la primera vez que lo haga.

El pánico se apoderó de Hanno. ¿Se había enterado Aníbal de su

escapada no autorizada antes de Cannae cuando visitó a Aurelia? Miró primero a Aníbal y luego a Mutt, pero este tenía una expresión inocente como un corderito.

—El primer comandante de tu falange murió cuando cruzamos los Alpes y fue Mutt quien asumió el mando hasta tu llegada —explicó Aníbal.

—Claro, señor.

Hanno sonrió como si hubiera sabido desde un principio a lo que se refería Aníbal. ¿Cómo podía haber dudado de Mutt?

—Cuando hayas terminado con tus hombres, pasa un momento por

mi tienda.

—Muy bien, señor.

Orgullosa a la vez que triste por el significado que conllevaban sus palabras, Hanno saludó al general como si estuvieran en la plaza de armas.

—Descansen —dijo Aníbal acompañando la orden con un gesto de la mano.

A continuación, Aníbal se puso la capucha y se marchó del lugar vestido como un soldado cualquiera.

—Vosotros recibís un trato especial mientras que yo me quedo en Italia —protestó Sapho en

cuanto se hubo ido.

—Tú te quedas con el general más importante de Cartago — replicó Hanno.

—Es tan honroso quedarse con Aníbal como ser enviado fuera — añadió Bostar en un tono sorprendentemente conciliador—. Aníbal te valora mucho, ya lo has oído.

—Es cierto —admitió Sapho, pero la expresión de sus ojos delataba la envidia que sentía.

Cualquiera que hubiera sido la solución propuesta por Aníbal, Sapho estaría siempre insatisfecho, pensó Hanno, que no pudo evitar

sentir cierto alivio al saber que pronto tendría lejos al mayor de sus hermanos, aunque al mismo tiempo le entristecía pensar que quizá no volviera a verlo nunca, al igual que a Bostar, Mutt y sus hombres.

—Antes de separarnos tenemos que reunirnos para realizar un sacrificio en memoria de nuestro padre ¡y emborracharnos hasta caer redondos!

2

Anocheecía cuando Hanno llegó al pabellón de Aníbal, su cabeza un hervidero de pensamientos sobre Sicilia. Desde que Cartago había perdido la isla en la primera guerra contra Roma, recuperar esa colonia

que les había pertenecido cerca de doscientos años era el sueño de todo cartaginés.

El pabellón del general estaba custodiado por seis scutarii. Hanno dio su nombre y fue conducido al interior por uno de ellos, una mole de imponente estatura.

La opulenta decoración del interior le recordó las casas de los ricos amigos de su padre en Cartago. Varias telas dividían el espacio en distintas estancias y gruesas alfombras cubrían el suelo. En las salas más amplias colgaban candelabros de bronce de las maderas que apuntalaban el techo.

El mobiliario, compuesto de arcones, sillas e incluso sofás, era macizo y de buena calidad. Cruzaron la gran sala donde él y otros oficiales recibían a veces órdenes del general y notó un pequeño nudo en el estómago. El hecho de que Aníbal fuera a recibirle en sus aposentos privados subrayaba la importancia de la misión.

El scutarius se detuvo ante la última estancia, que estaba salvaguardada por otro hombre de dimensiones similares que lucía una enorme cicatriz en la nariz. El guardaespaldas ojeó a Hanno de

arriba abajo.

—Es Hanno, comandante de una falange libia. Viene a ver al jefe — explicó el primer soldado.

Caracortada saludó a Hanno con propiedad, aunque su menosprecio no pasó desapercibido al joven, que soportó impertérrito su escrutinio. Salvo los hombres que pertenecían al círculo íntimo de Aníbal, como Maharbal, todos los demás recibían el mismo trato de los guardaespaldas del general.

Caracortada volvió la cabeza hacia la cortina.

—¿Señor? —llamó.

—¿Sí? —respondió una voz

conocida.

—El comandante Hanno está aquí para veros, señor.

—Hazle pasar.

—Adelante —dijo Caracortada con más educación.

El guardaespaldas abrió la cortina e invitó a Hanno a pasar. El primer scutarius se esfumó para regresar al puesto que ocupaba en la entrada.

Hanno llevaba su mejor túnica y se había afeitado y lavado el cabello, pero aun así se sentía muy cohibido. Sentado al escritorio de espaldas a él, Aníbal volvió la cabeza al oírlo entrar.

—Acércate y toma asiento —
indicó, señalando una silla junto a
la mesa.

—Gracias, señor.

Hanno obedeció nervioso.

Aníbal le dedicó una mirada
bondadosa con su único ojo.

—Bienvenido. ¿Un poco de vino?

—Sí, gracias.

—Sosian, ¿puedes ocuparte tú?

Hanno disfrutó viendo cómo
Caracortada se apresuraba a
obedecer las órdenes de Aníbal,
transformado de guardaespaldas
amenazador en sirviente. En cuanto
estuvieron servidos, Aníbal alzó la
copa.

—Por Malchus, tu padre, un hombre de corazón valeroso y fiel servidor de Cartago.

Hanno tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—Por mi padre.

Bebieron un sorbo y Hanno lanzó una plegaria a los dioses para que cuidaran bien de su padre y de su madre.

—Y por la victoria contra Roma —añadió Aníbal.

—Brindo por ello, señor.

—Que sea nuestra muy pronto.

Hanno escudriñó el rostro de Aníbal en busca de alguna pista

sobre la inminencia de la victoria, pero fue incapaz de discernir nada y no se atrevió a preguntar. Apuraron las copas y Caracortada las llenó de nuevo.

—¿Qué te parece el vino? —preguntó Aníbal.

—Está delicioso, señor.

—Curiosamente, procede de una pequeña granja próxima a Cannae. Como me queda poco, lo reservo para ocasiones especiales.

—Ya veo, señor —comentó Hanno, con los nervios a flor de piel.

—Tranquilo, no te voy a comer —bromeó Aníbal ante su evidente

nerviosismo.

—De acuerdo, señor.

En el pasado Hanno había sido objeto de la ira de Aníbal, pero esa vez no estaba allí para ser amonestado.

—Cuéntame lo que sabes de Sicilia —solicitó Aníbal.

—Es una isla rica, señor. Mi padre solía decir que era una tierra repleta de granjas y ciudades prósperas.

—El mío decía lo mismo; la llamaba el granero de Italia. ¿Qué más sabes? —instó Aníbal con un brillo especial en la mirada.

—Sicilia es una pasarela entre

África e Italia, señor, y sería muy positivo para nosotros gozar de supremacía en esa zona porque podríamos transportar refuerzos y provisiones de Cartago a Italia sin problemas y el ejército podría alimentarse de la producción de la isla sin necesidad de trasladar el campamento con tanta frecuencia, pero Roma controla la mayor parte del territorio y el resto está en manos de Siracusa, enemiga de Cartago desde hace mucho tiempo, desde que se alió con la República antes de que estallara la primera guerra entre nuestros estados.

Hanno titubeó antes de

continuar. Sabía que Hierón, tirano de Siracusa durante más de medio siglo, había fallecido poco después de Cannae, pero desconocía los detalles de los acuerdos y contraacuerdos alcanzados con posterioridad a su muerte.

—También sé que el nieto de Hierón estuvo en el poder un breve período tras la muerte de su abuelo y ahora se rumorea que Siracusa está en manos de Hipócrates y Epícides, ambos aliados de Cartago. Eso es todo lo que sé, señor.

—Es normal que no estés al corriente de los últimos acontecimientos, pero ahora te

pongo al día. El nieto de Hierón, Hierónimo, ascendió al trono con tan solo quince años de edad. Yo tenía grandes esperanzas puestas en él por sus desdenes iniciales a Roma, pero pronto dio muestras de un carácter impulsivo e impetuoso y, después de acudir primero a mí para tantear mi apoyo, ituvo la desfachatez de dirigirse directamente a las autoridades de Cartago!

—Recuerdo que respondisteis con prontitud a su acercamiento enviándole a los hermanos Hipócrates y Epícides. ¿Han dado fruto sus esfuerzos diplomáticos?

—Sí, los rumores son ciertos. Al principio no parecía que fueran a conseguir nada, pues Siracusa siguió manteniendo sus lazos con Roma durante un año pese al acercamiento de Hierónimo a Cartago, pero hace unos meses fue asesinado por un grupo de nobles descontentos, destino que poco después compartieron su tío —que le había sucedido en el trono— y casi toda la familia real. Semejante escabechina dejó un vacío de poder que nuestros aliados aprovecharon para hacerse con dos magistraturas que habían quedado vacantes tras la oleada de asesinatos. Cuando me

enteré de la noticia, albergué la esperanza de que ascendieran al poder en Siracusa, pero no lograron apoyo suficiente del resto de los magistrados porque la mayoría los considera unos extraños. Por lo tanto, decidieron tomar en su lugar Leontini, situada a unos cien estadios de Siracusa, una táctica poco inteligente porque llamaron la atención inmediata de Marco Claudio Marcelo.

—¿El comandante del ejército romano en Sicilia?

—Exacto. Al cabo de unas semanas, Hipócrates y Epícides fueron obligados a abandonar su

nuevo feudo. Humillados, emprendieron el regreso a Siracusa, pero por el camino se toparon con varias milicias locales que acudían en ayuda de Leontini. La situación no pintaba nada bien para nuestros amigos, pero las tornas se giraron en un santiamén. A veces una catástrofe inminente puede convertirse en un triunfo aplastante. ¡Los dioses pueden ser muy generosos cuando quieren! —
rio Aníbal.

—No entiendo, señor.

—Por fortuna, los soldados al mando de las milicias eran unos arqueros mercenarios cretenses que

veían con buenos ojos las acciones de Hipócrates y Epícides. Sin embargo, sus tropas eran insuficientes para batir a las fuerzas de Siracusa, así que los hermanos les mintieron vilmente: dijeron que Marcelo había masacrado a la población de Leontini. Los cretenses les creyeron y convencieron a ocho mil soldados para que reemplazaran a sus oficiales por Hipócrates y Epícides. Con ese pequeño ejército marcharon sobre Siracusa y, contra todo pronóstico, se hicieron con el poder. —Aníbal golpeó la mesa con la copa—. Así que ya lo ves, una ciudad tan

importante para Sicilia y crucial para la guerra está ahora en manos de dos enemigos de Roma.

Hanno se sentía cada vez más confuso.

—No entiendo en qué puedo ayudaros, señor.

—Te he elegido para esta misión porque me eres fiel en cuerpo y alma.

Hanno se hinchó de orgullo ante ese reconocimiento inesperado de su general.

—Así es, señor —murmuró.

—Y eso es mucho más de lo que puedo decir de Hipócrates y Epícides, que solo me apoyan

porque albergan la esperanza de que un día les ayudaré a convertirse en los hermanos tiranos de Siracusa. Se mantendrán fieles a Cartago mientras les convenga, pero no dudarían en cortarme el cuello si les ofrecieran un buen precio.

Hanno empezó a adivinar las intenciones de Aníbal.

—Yo no soy ningún espía, señor, soy soldado. Yo sé pelear y luchar. Seguro que hay otros hombres a los que podéis enviar en mi lugar.

—Es posible, pero los necesito aquí conmigo, lo cual no significa que no te necesite a ti también —se

apresuró a añadir Aníbal—, pero Mutt puede sustituirte por el momento. Tú eres un oficial con experiencia y estás acostumbrado a tomar decisiones en momentos de crisis. Hipócrates y Epícides han gozado de las mismas oportunidades que tú, pero no son buenos líderes. Aunque han llegado muy lejos, me preocupa su futuro. Tú puedes ayudarles. Eres inteligente y, lo mejor de todo, resolutivo, como bien has demostrado hoy.

Hanno se sonrojó ante tantos elogios.

—Gracias, señor. ¿Así que

deseas que les ayude militarmente?

—Algo así, pero no te ordenaré que vayas si no deseas ir —añadió Aníbal, consciente de su reticencia—. Si te lo pido es porque te veo capacitado para hacer un buen trabajo —declaró clavando en el joven su intensa mirada.

Hanno le sostuvo la mirada y se olvidó en el acto de Bostar, Sapho, Mutt y los libios.

—Será todo un honor, señor.

Aníbal asintió complacido.

—Serás mis ojos y oídos en Siracusa. Debes obtener la máxima información que puedas al tiempo que te ganas la confianza de

Hipócrates y Epícides y les ayudas a vencer a Marcelo y sus legiones. Cuando lleguen los refuerzos de Cartago, previstos para dentro de doce meses, deberás asegurarte de que las relaciones entre ambos grupos de líderes sean cordiales desde un principio. Y cuando los romanos sean derrotados en Sicilia —añadió Aníbal con una gran sonrisa—, deberás mantener contentos a Hipócrates y Epícides, porque, además de recibir en Italia las fuerzas cartaginesas de la isla, necesitaré que ellos también nos envíen soldados y suministros.

Una vez explicado todo, Aníbal

observó en silencio a Hanno, cuyo corazón latía con fuerza. La misión era muy importante para Cartago, y la guerra, mucho más importante que dirigir una falange.

—Lo haré lo mejor que pueda, señor, o moriré en el intento.

—Perfecto. —Aníbal le dio una palmada en la espalda—. Esperemos que salgas airoso y puedas disfrutar de las mieles del éxito.

A continuación, Aníbal se quitó un grueso anillo del dedo índice de la mano derecha y se lo entregó a Hanno.

—Además de entregarte varias

cartas de presentación, este anillo certifica que eres uno de mis hombres.

Hanno tomó el anillo de oro, que llevaba grabado el símbolo de la familia Barca en la parte superior: un león. Jamás podría enseñárselo a Sapho.

—Yo... —titubeó Hanno—. Gracias, señor.

—Que los dioses te acompañen en tu viaje a Sicilia. Volveremos a vernos antes de que partas.

Dicho esto, Aníbal volvió su atención al pergamino que había estado leyendo cuando Hanno entró. La visita había terminado.

Hanno cerró el puño de la mano derecha donde llevaba el anillo y se puso en pie.

—Gracias, señor.

Absorto en sus pensamientos y con el anillo ardiéndole en la mano, Hanno no miró por donde iba y chocó de cabeza contra alguien.

¡Pum!

—Perdona, es culpa mía —se disculpó antes de darse cuenta, para su gran sorpresa y alegría, de que se trataba de Bomilcar.

—¡Hanno! ¡De todos los hombres que hay en el ejército

choco contigo! —exclamó Bomilcar frotándose la frente con una sonrisa—. ¡Qué alegría! ¿Cuánto hacía que no nos veíamos? ¿Seis meses?

—Me temo que más. No te lo creerás, pero esta noche tenía previsto hacerte una visita.

—¡Eso dicen todos! —replicó Bomilcar con un guiño—. Cómo pasa el tiempo, ¿verdad? ¿Qué tal va todo?

Hanno ocultó a un lado la mano del anillo.

—Todo bien, ¿y tú?

—También. ¿Vienes de ver al jefe? —preguntó Bomilcar señalando con la cabeza la tienda

de Aníbal.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Por tu expresión pensativa. Es la que llevan todos después de hablar con él —respondió Bomilcar, sagaz.

—Me manda a Sicilia —reveló Hanno.

Bomilcar enarcó las cejas.

—Estás escalando posiciones.

—Eso parece —respondió Hanno, decepcionado porque Bomilcar no indagaba más—. ¿Tú también tienes audiencia con él?

Bomilcar asintió con la cabeza.

—Yo me voy a Roma.

Hanno no cesaba de

sorprenderse ante cómo habían cambiado las cosas en la guerra. Desde que se incorporó al ejército de Aníbal lo único que había hecho era luchar y pelear, pero ahora parecía que la guerra se libraba mediante espionaje y subterfugios.

—Supongo que vas de espía.

Bomilcar volvió a guiñar un ojo.

—Tengo la tez blanca y, después de tantos años en cautividad, hablo latín como un nativo. ¿Quién mejor si no para mandar a la guarida del lobo? Se rumorea que los romanos intentan forzarnos hacia el tacón o la punta de la península. Aníbal quiere que verifique si los rumores

son ciertos. —Bomilcar echó un vistazo al sol—. Llego tarde. Compartamos esa jarra de vino esta noche y podremos contarnos los detalles de nuestras misiones.

—De acuerdo —convino Hanno sonriente.

Para cuando terminaron las dos primeras ánforas de vino pequeñas, la luna estaba en lo más alto del cielo nocturno. Ya ebrio, Hanno notó un agradable calor interior y le invadió un profundo sentimiento de amor por todos los hombres, bueno, menos por los romanos. De todos

modos, no todos los romanos eran tan malos. Después de haber vivido más de un año con Quintus y su familia, sabía que no eran muy diferentes de su propia familia. No eran malvados. No eran perfectos, pero eran personas honestas y trabajadoras. Y era imposible que fueran muy distintos del resto de su pueblo. Muchos romanos eran buenas personas. El oficial que le había torturado en Victumulae, Pera, era una excepción. El resto era simplemente el enemigo, un enemigo muy tozudo.

—¿Por qué no se rindieron los romanos después de Cannae? —

murmuró.

—Lo habrían hecho si hubiéramos marchado sobre Roma en ese momento —sentenció Bomilcar.

—¿Estás seguro? —preguntó Mutt antes de echarse un pedo despectivo—. Yo no lo creo —prosiguió cuando se ahogaron las risas—. Solo se rendirán cuando hayan perdido todas sus ciudades y todos sus aliados. Para firmar la paz tienen que hallarse entre la espada y la pared.

—Para eso necesitamos vencer en Iberia y Sicilia —comentó Hanno con tono sombrío, consciente de la

trascendencia de su misión—. De esa manera quedarían libres dos ejércitos para luchar en Italia. Si los tuviéramos, los aliados de Roma abandonarían la República como las ratas cuando un barco se hunde.

—Sí —asintió Mutt antes de dar un gran sorbo de vino.

Hanno empezó a sospechar que el camino hacia la victoria sería largo y tortuoso al ver que los romanos no se rindieron después de Cannae. En las circunstancias actuales, la perspectiva de ganar la guerra en tres frentes parecía imposible.

«No pienses así —se dijo—.

¡Tenemos que ganar, maldita sea!»

—Nos encomendaremos a los dioses y lo haremos lo mejor posible. Más no se nos puede pedir —comentó Bomilcar mientras hacía un gesto a Mutt para que le rellenara la copa.

A Hanno no le gustaron nada sus palabras. Le incomodaba la idea de aceptar el fracaso sin más, era una mediocridad. En ese momento cruzó su mente una imagen de Aurelia en la noche que la visitó en Capua. A Hanno le palpitó la entrepierna y por un instante se olvidó de Sicilia y su deber. Se avergonzó por no haber intentado

ponerse en contacto con ella tras su última cita, pero carecía de sentido. Aurelia estaba a punto de casarse y pertenecían a bandos opuestos. Lo más lógico hubiera sido olvidarla, pero Hanno no podía. Le asaltó el recuerdo de sus besos, maravillosos. ¿Por qué no le había mandado un mensaje? No le hubiera llegado, pero al menos lo habría intentado. Le entró un pronto y dio un codazo a Bomilcar para captar su atención.

—¿Tienes previsto pasar por Capua de camino al norte?

—Es probable, es la última ciudad amiga antes de Roma. ¿Por

qué?

Hanno no respondió de inmediato. Era un idiota, pensó abatido. Capua estaba en manos de Aníbal y los fieles a la República habrían huido. No podía imaginarse a los padres de Aurelia ni a su marido cambiando de bando. Ya no estarían en Capua.

—No importa —suspiró.

Bomilcar lo miró inquisitivo y Mutt se rio.

—Seguro que se trata de un asunto de faldas.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Hanno. Le preocupaba que Mutt mencionara su escapada antes de

la batalla de Cannae. Aunque Bomilcar fuera un amigo, cuantas menos personas supieran de su expedición ilegal, mejor.

Mutt lo miró como queriendo decir que no se preocupara.

—Por su expresión de cordero degollado, señor —respondió el oficial con un guiño a Bomilcar.

«¿Tan obvio es?», se preguntó Hanno, agradecido de que la oscuridad no revelara el rubor de sus mejillas.

—¿Quién es la afortunada? —preguntó Bomilcar.

«¿Qué más da si Bomilcar se entera?», pensó Hanno. No era

ninguna traición sentir algo por una mujer del bando enemigo.

—La hermana del romano que me compró como esclavo. Se llama Aurelia.

—¿Es guapa? —preguntó Mutt con interés.

—Mucho.

Hanno recordó el aspecto que tenía cuando se vieron en la granja de su familia. Estaba hecha toda una mujer, con curvas femeninas. El joven notó la erección y cambió de posición para disimularla.

Los demás se rieron.

—Debe de ser muy guapa para que la recuerdes después de tanto

tiempo —dijo Bomilcar.

Hanno agradeció que Mutt no hiciera ningún comentario. Entonces pensó que Aurelia ya llevaría tiempo casada y que quizá tendría un hijo o dos. Incluso podía haber muerto en el parto. «Deja de pensar así —se dijo—. Está viva.»

—¿Quieres que la busque y le dé un mensaje de tu parte en Capua?
—inquirió Bomilcar.

—Te agradezco el ofrecimiento, pero ya no estará en la ciudad.

Enojado, Hanno echó un tronco al fuego y le explicó brevemente la situación.

—Olvídate de ella, señor. Jamás

la volverás a ver —aconsejó Mutt al tiempo que alzaba la copa y la acariciaba con cariño—. Entrega tu amor al vino, lo encontrarás allá donde vayas. Y aunque esté avinagrado, sigue cumpliendo su función.

Hanno miró a Mutt enfadado. Eso mismo había pensado cuando se escapó con Quintus, pero había vuelto a verla. No podía abandonar su sueño de que se encontrarían de nuevo, era demasiado duro. El resto de su vida giraba en torno a la guerra y la muerte y a su deber hacia Aníbal y Cartago. Aurelia era algo que solo le pertenecía a él.

—Esto es diferente —murmuró.

—¡Ay, el primer amor! ¡Lo que daría yo por ser joven otra vez!

Hanno le tiró las últimas gotas que le quedaban en la copa y Mutt guardó silencio.

—Dime qué te gustaría que le dijera a Aurelia —instó Bomilcar—. Intentaré localizarla en Capua y, si no la encuentro, al menos podré averiguar dónde está.

Hanno tuvo la impresión de que Bomilcar solo le seguía la corriente, pero le dio igual. ¿Acaso no era mejor transmitir un mensaje de algún tipo que no decir nada en absoluto? Se le encogió el corazón

al pensar que Bomilcar podía llegar a ver a Aurelia.

—Dile... que pienso mucho en ella. Mucho. Dile que, con la ayuda de los dioses, volveremos a vernos algún día... —respondió con un hilo de voz.

Nadie habló. Hanno miró a Mutt y vio comprensión en sus ojos. Bomilcar también parecía entender la situación. Aunque estuvieran en guerra, no había razón alguna para olvidar los sentimientos, pensó Hanno. Tomó un sorbo de vino y fijó la vista en la oscuridad.

—Si la encuentro, te garantizo que se lo diré —aseguró Bomilcar.

—Gracias —contestó Hanno con voz queda.

Sabiendo eso, su viaje a Sicilia sería un poco más fácil.

3

Norte de Siracusa, Sicilia

El legionario hizo pantalla con la mano para resguardar los ojos de los primeros rayos del alba y oteó el horizonte.

De alta estatura y cabello negro, Quintus Fabricius se hallaba en un claro del bosque, a media altura de una colina cubierta de árboles. A sus pies discurría la carretera del sur, que conducía a Leontini y Siracusa. Todo estaba tranquilo. No habían visto a nadie desde que Urceus y él iniciaran la guardia unas horas antes del frío amanecer. Quintus miró en derredor. Aunque cualquier ataque enemigo vendría del sur, era importante vigilar toda la zona. A sus espaldas, a un kilómetro y medio de distancia, se erigía el monte Etna con sus laderas repletas de granjas y

viñedos. La carretera del norte que conducía a Messana atravesaba un territorio seguro controlado por los romanos. Al este, el mar seducía con su profundo color azul. La península estaba a poco más de un kilómetro, al otro lado del estrecho. Quintus divisaba con claridad las montañas que recorrían la punta de la bota, pero no vio ninguna vela en el agua; era demasiado temprano. Soltó un bostezó y se incorporó. Apoyó el pilum y el escudo contra las rocas que habían hecho las veces de asiento y caminó un poco para estirar los músculos y estimular la circulación de las

piernas.

—¿Tienes frío? —preguntó

Urceus.

Urceus, un hombre bajito, valiente y divertido, debía su apodo, que significaba «jarra», a sus prominentes orejas en forma de asas. Nadie, ni siquiera Quintus, conocía su nombre real. Era un misterio que despertaba gran curiosidad entre los miembros del manípulo. Quizá lo supiera su centurión, Corax, porque le tomó juramento cuando se alistó, pero en tal caso había guardado bien el secreto.

—Llevo dos túnicas y una capa

gruesa, pero aun así estoy muerto de frío.

—No deberías pasar tanto tiempo sentado sobre tu gran culo.

—¡Vete al cuerno! —replicó Quintus en tono de broma.

—Al menos no hay enemigos en la costa; por ahora.

—Sí, está todo muy tranquilo, es como estar en casa.

Quintus pensó en su familia y le embargó una enorme tristeza. En Roma tenía a su madre, Atia, y a su estimada hermana Aurelia con su pequeño hijo Publius. «Que los dioses os mantengan sanos y salvos —rogó—. Algún día volveremos a

vernos.» Quizá su cuñado, Lucius, estuviera con ellos. Aurelia había comentado en su última carta que Lucius tenía que ir a Rhegium por negocios. Quintus brindó un saludo en dirección al puerto que suministraba las provisiones de las tropas romanas en la isla. Solo había visto a Lucius una vez, justo después de Cannae, pero le parecía un buen hombre y Aurelia nunca se había quejado.

Urceus observó a su amigo con curiosidad.

—¿A quién dedicas el saludo?

—A mi cuñado; te he hablado de él alguna vez. Ahora está en

Rhegium de negocios.

—Es difícil no pensar en la familia cuando estamos atrapados en esta isla.

—Sí —convino Quintus, abatido—. Después de darlo todo en Cannae y de no retirarnos hasta que la batalla estuvo perdida con el propósito de continuar la lucha al día siguiente, esta es nuestra recompensa.

—Exiliados en Sicilia de por vida... —gruñó Urceus—. ¡Que les den a los del Senado!

Quintus no hubiera aprobado tales sentimientos en el pasado, pero esta vez asintió con la cabeza.

—Que la diosa Fortuna sonría a mis hermanos —musitó Urceus—. Seguro que están viendo más acción que nosotros.

Los dos hermanos de Urceus se habían alistado después de Cannae y estaban destinados a otra legión. En Italia los soldados estaban más activos porque varias ciudades se habían pasado al bando de Aníbal.

—¿Sigues sin noticias de ellos? —inquirió Quintus, que pese a conocer la respuesta preguntó por educación.

—Nada de nada. Pagar a un escriba para que redacte una carta les parece tirar el dinero, iigual que

a mí! Pero podemos rezar y cruzar los dedos para que todos salgamos de esta. De todos modos, aunque pudiera escribirles, Sicilia sigue estando tan lejos como la luna.

Quintus asintió con la cabeza y pensó una vez más en las cartas que había enviado a Gaius, su viejo amigo de Capua. No sabía si el hecho de que no hubiera respondido significaba que estaba muerto o bien que él y su padre, Martiales, apoyaban a Aníbal. No era una idea tan descabellada: por mucho que Gaius y su padre fueran ciudadanos romanos, eran nobles oscos de pura cepa cuyo pueblo

había sido conquistado por Roma tan solo dos generaciones antes.

Cuando Capua cortó sus lazos con la República después de Cannae para apoyar a Cartago, casi todos los líderes y figuras prominentes de la ciudad hicieron lo mismo. A Quintus no se le ocurría ningún motivo por el que Gaius no hubiera seguido sus pasos, pero era incapaz de odiarlo por ello. Eran amigos desde niños y lo habían compartido todo desde su más tierna infancia hasta recibir la toga. «Estés donde estés, Gaius, espero que estés bien. Si estás ahora con Aníbal, espero que no tengamos

que enfrentarnos jamás.»

—¡Por mis hermanos, por los viejos amigos y por los camaradas! —exclamó Urceus, que vertió un poco de vino en el suelo a modo de ofrenda. Después tomó un sorbo y pasó el odre a su amigo, que repitió la libación.

«Por Gaius», brindó Quintus para sus adentros.

—¡Por Calatinus! —añadió después en voz alta.

El vino estaba avinagrado, pero el calor que dejaba en la garganta era agradable. Tomó un segundo sorbo.

—Calatinus estuvo contigo en la

batalla del Trebia, ¿no?

—Buena memoria. Apenas lo he visto desde que me alisté en infantería.

Hasta que no trabó amistad con Urceus, Quintus había echado mucho de menos a Calatinus, al que había tenido la fortuna de ver antes de Cannae y también poco después. El hecho de haber sobrevivido a la derrota más sangrienta de la historia de la República había sido excusa suficiente para agarrar una buena borrachera juntos. Esa fue la última vez que se vieron. Quintus desconocía el destino actual de su

antiguo compañero de armas, por lo que dedicó su saludo a toda la península, del noreste al sureste.

—Que el escudo de Marte te proteja, amigo mío. Ojalá volvamos a vernos en tiempos mejores.

Urceus siguió los movimientos de su amigo.

—Si no os veis es por tu culpa, Crespo. Ya sabes que los soldados de infantería no se relacionan con los ecuestres.

Quintus sonrió. Crespo era el nombre que adoptó cuando se alistó. Al cabo de mucho tiempo, en una noche de borrachera, por fin reveló su verdadero nombre y

posición de ecuestre a Urceus, que no dio demasiada importancia al tema. No obstante, pese a haber trascurrido más de un año desde su alistamiento, a Quintus todavía le costaba hablar abiertamente de su vida anterior.

—Hay que estar loco para abandonar la caballería —opinó Urceus por enésima vez—. Si te hubieras quedado, no estarías atrapado aquí, en el culo del mundo.

Quintus lo había pensado muchas veces, pero no se arrepentía de su decisión. Aunque Urceus y sus camaradas no

pertenecieran a su clase social, los quería casi tanto como a su familia.

—¿Quién te sacaría de todos los líos si yo no estuviera aquí?

Urceus rio.

—Pero ¡qué dices! Si no fuera por mí, ya habrías muerto una decena de veces.

Lo cierto era que ambos se habían salvado la vida mutuamente en numerosas ocasiones.

—La única manera que tenía de seguir luchando contra Aníbal era alistándome a los velites. Mi padre, que en paz descansa, estaba tan furioso conmigo que quería enviarme de vuelta a Capua.

—Lo sé, pero ¿era necesario que te alistaras en lo más bajo de la infantería? ¿Cómo se te ocurre? —preguntó tocándose la sien con el dedo—. Hay que estar loco. Ahora podrías estar tumbado al sol en la granja de tu familia.

—Sabes tan bien como yo que sería incapaz de quedarme en casa con Aníbal merodeando por la zona. Convertirme en veles era mi mejor opción.

—Eres un idiota —declaró Urceus con un tono afectuoso que desmentía el significado de sus palabras.

—No olvides que he escalado

posiciones desde entonces.

—Ya, pero por muy hastatus que seas, dudo que tu madre esté contenta.

—Ya se ha acostumbrado a la idea.

Tras recuperarse de la gran sorpresa y el alivio que sintió al ver a su hijo vivo después de Cannae, su madre no tardó en expresar su descontento por su rango de soldado de infantería. Hasta ese momento, Quintus siempre había hecho caso a su madre, pero ese día no. Después de escuchar con paciencia su exabrupto, le dijo que no pensaba abandonar la infantería

y, para su asombro, no insistió. «Procura que no te maten», se limitó a susurrar.

—A las madres se les da bien aceptar lo que hacen sus hijos. Forma parte de su cometido, o al menos eso decía la mía. —Urceus señaló en dirección a los árboles—. Me voy a mear.

Quintus asintió con un gruñido. Estaba pensando en su antiguo amigo Hanno. ¿Habría muerto? Habían pasado cuatro años y medio desde que se vieron por última vez. Desde entonces se habían librado cientos de batallas entre las legiones y el ejército de Aníbal y

era fácil que Hanno hubiera muerto en combate. Si había sobrevivido, estaría en tierra firme, puesto que las tropas de Aníbal no habían desembarcado todavía en Sicilia. Hanno pertenecía al bando enemigo y era mejor que no volvieran a encontrarse, pero Quintus no pudo evitar desear que siguiera vivo. Había hombres mucho peores que Hanno entre las filas romanas. No era capaz de rezar por él a los dioses, pero no le deseaba la muerte. Demasiados hombres buenos habían perdido la vida en Cannae, incluido su padre.

—¡Por todos los dioses! ¡Cómo

necesitaba eso! —exclamó Urceus al volver—. Con lo que he sacado podría haber sofocado el fuego de una casa en llamas.

—Eso es el vino que bebiste anoche. Si Corax te pillara borracho de guardia, te cortaría el cuello.

—Pero no lo hará porque tú y yo somos dos de sus mejores hombres —replicó Urceus sonriente—. Además, no iba borracho, solo contento.

Quintus soltó un bufido, pero era probable que Urceus tuviera razón. Su camarada absorbía el vino como el serrín el agua. El organismo de Quintus no toleraba el vino tan

bien, lo cual era una ventaja y un inconveniente a la vez. Aunque le molestaban las burlas de sus compañeros por comedirse tanto, era agradable sentirse bien al día siguiente cuando el resto se levantaba con mala cara, sudores y vómitos a causa de la resaca. Quintus volvió a barrer el horizonte con la vista y un repentino destello de luz en la lejanía atrajo su atención como un cadáver a un buitre.

—¡Mira allí!

Urceus corrió a su lado.

—¿Qué pasa?

—He visto un destello metálico.

¡Mira! Allí está otra vez. Y allí. No creo que se trate de un par de viajeros cualquiera.

—Dudo que sea una caravana de comerciantes. No se ven hoy en día.

—Podría ser una patrulla siracusana.

Ambos contemplaron al grupo mientras se acercaba. Corax quería saber todos los detalles y los hombres estaban lo bastante lejos como para arriesgarse a esperar, aunque eso no impidió que se llevaran la mano a la espada. Al cabo de un rato vieron que se trataba de una tropa formada por soldados de caballería e infantería.

—¿Cuántos son? —preguntó Urceus.

—Yo diría que unos cincuenta jinetes. Los soldados de infantería son cuatro o cinco veces más. ¿Tú?

—Sí, más o menos. En nombre de Hades, ¿cuáles serán sus intenciones?

—Quizá sea una patrulla enviada a Leontini. No deben de estar nada contentos de que la hayamos recuperado.

—Puede que Hipócrates y Epícides quieran demostrarnos que tienen pelotas. Podría ser una avanzadilla y que el resto del ejército llegue después. Sea como

fuere, Corax querrá estar al corriente. Quédate aquí y yo iré a avisarlo.

—De acuerdo —respondió Quintus, preparado para el combate.

Desde que Hipócrates y Epícides asumieran el control de Siracusa, todos los siracusanos se habían convertido en enemigos de Roma. Corax no permitiría pasar a esta tropa. Su obligación era defender la carretera al norte y, aunque los siracusanos les superaran en número, al menos se llevarían una buena tunda de recuerdo.

Era una lástima que no se

tratará de soldados cartagineses, pues eran ellos quienes habían iniciado esa maldita guerra y los que habían matado a su padre, pero como los siracusanos habían renegado del tratado con Roma, también se habían convertido en enemigos. «Quizá si matamos los suficientes como para construir un puente hasta la península con sus cráneos, el Senado nos restituya», pensó Quintus, esperanzado, pero el abatimiento volvió a hacer presa de él porque ni siquiera así tenía la certeza de que el Senado se convencería de su lealtad. Parecía muy probable que acabara sus días

en Sicilia y que jamás volviera a ver a su madre o a Aurelia.

—Veamos el divertimento que nos han preparado para hoy.

La voz conocida a sus espaldas devolvió a Quintus a la realidad. Dio media vuelta para saludar a su centurión.

—Una nutrida patrulla enemiga, señor.

De mediana edad, rostro alargado y ojos hundidos, Corax le devolvió el saludo de manera informal, la vista clavada en la carretera del sur.

—Esos canallas miserables avanzan como si fueran los amos

del lugar.

—Deben de pensar que no tenemos tropas apostadas en la zona —comentó Quintus.

—Pues andan equivocados los muy idiotas —replicó Corax, burlón—. Vamos a darles una lección.

A pesar de los nervios por la inminencia del combate, Quintus y Urceus se miraron y sonrieron. Corax era un líder muy exigente, pero para ellos era como un dios desde que les salvara la vida en Cannae.

—¡Sí, señor! —dijeron al unísono.

—Será mejor que nos pongamos

en marcha si queremos estar en posición antes de que lleguen.

Corax había decidido montar el campamento cerca de un enorme y viejo roble que había caído en medio de la carretera unos meses atrás a causa de una tormenta. En época de paz, se hubieran encargado de retirarlo los terratenientes locales, pero en los tiempos que corrían los viajeros que usaban ese camino se habían conformado con cortar las ramas más pequeñas para pasar por un lado en fila india.

—Marceo ordenará retirar este árbol cuando las legiones marchen

sobre Siracusa, pero hasta entonces se queda así —declaró Corax cuando lo vio por primera vez.

—Menos mal que dejamos el árbol aquí, ¿eh? —susurró Quintus—. Es perfecto para tender una emboscada.

—Desde luego —convino Urceus con una risita.

Quintus guardó para sí los nervios que le corroían por dentro. ¿Qué pasaría si los siracusanos los descubrían?

Corax iba caminando de un lado a otro a sus espaldas, pero se detuvo un instante para golpear a Urceus en las pantorrillas con la

vara de mando para que se callara.

Camuflados bajo grandes ramas de enebro apiladas, Quintus, Urceus y el resto de los ochenta hombres de la centuria estaban agazapados tras unos gruesos matorrales junto al hueco del árbol que hacía las veces de pasadizo. A cada quince pasos del burdo muro vegetal que habían levantado, un hastatus custodiaba un corredor tapado con plantas. Su cometido era retirar la vegetación en cuanto Corax diera la orden. La mitad de los hastati se había colocado después del árbol y la otra mitad, antes. Quintus y Urceus se hallaban en este último

grupo junto con Corax, mientras que Ammianus, el segundo al mando de la centuria, estaba con el grupo de delante. Vitruvius, el centurión del manípulo, se encontraba al otro lado de la carretera con sus ochenta soldados, sus tropas divididas de igual manera.

La emboscada podía pasar desapercibida a simple vista, pero la táctica de Corax era arriesgada. Si los siracusanos estaban alerta, los romanos quedarían expuestos antes de poder lanzar el ataque. En el caso de que la suerte se tornara en su contra, Corax les había

ordenado que se retiraran hasta el campamento, donde la caballería enemiga no podría seguirlos, pero a Quintus tampoco le entusiasmaba la idea de que les persiguiera una tropa de infantería que les superaba en número. «No nos verán. El escudo de Marte nos protegerá.»

Quintus alcanzaba a ver un tramo de la carretera que conducía a Siracusa a través de unos huecos en la pared de vegetación, pero no había ni rastro de las tropas enemigas, aunque según las últimas noticias del puesto de vigía, no tardarían en llegar.

Tenía la boca más seca que el esparto y las manos sudorosas. Se las secó una a una en la túnica, sin importarle que lo vieran. No debía avergonzarse por tener miedo. Su padre le había dicho en una ocasión que el que no tenía miedo era un idiota, y tenía razón. El valor consistía en levantarse para luchar a pesar del miedo. «Gran Marte —rogó—, guía mi espada hacia el enemigo y mantén firme la mano que sujeta mi escudo. Ayúdanos a salir de esta y realizaré una ofrenda en tu honor.»

Un codazo en las costillas le obligó a regresar a la realidad.

—Ya están aquí —murmuró Urceus, agazapado a su lado.

Quintus echó un vistazo al camino y divisó una hilera de cinco jinetes. Sus armaduras de bronce y cascos beocios destellaban al sol. Los caballos también iban equipados con protecciones metálicas al antiguo estilo griego en la cabeza y en el cuerpo. No cabía duda alguna de que se trataba de siracusanos. Los soldados avanzaban con aire despreocupado, lo cual resultaba prometedor para la emboscada. Mientras uno de ellos silbaba, otros dos estaban inmersos en una

jocosa discusión y se daban empujones en broma. «Ellos no son asunto mío», pensó Quintus. A no ser que todo se torciera, Ammianus y sus hombres se ocuparían de la caballería.

—¿Los veis? —inquirió Corax en un susurro, encorvado por encima de ellos—. Recordad, ni un puto ruido. Atacad cuando yo dé la señal, en cuanto hayan pasado los jinetes. Primero lanzaremos las jabalinas y después saldremos a la carga. Quiero que aniquiléis a la mayoría, pero no a todos. Necesitamos prisioneros para que Marcelo sepa lo que sucede en

Siracusa.

—Sí, señor —respondieron ambos.

Pero Corax ya se había marchado para repetir las órdenes al resto de los hastati.

A medida que los siracusanos avanzaban, aumentaba la tensión entre los romanos: los soldados balanceaban el peso de un pie a otro mientras movían los labios en plegarias silenciosas, la vista alzada al cielo, y agarraban las jabalinas con tal fuerza que tenían los nudillos blancos. Un soldado próximo a Quintus se pellizcó la nariz para frenar un estornudo, pero

la táctica no funcionó y apretó la cara contra el brazo para amortiguar el sonido. A Corax se le hincharon las venas del cuello, pero no pudo hacer nada por evitarlo.

El estornudo ahogado pareció retumbar en el ambiente y Quintus se preparó para lanzarse a la carga. Aunque la emboscada se fuera al traste, al menos darían un buen vapuleo de recuerdo al enemigo. Pero cuando vio que las tropas enemigas seguían avanzando, recobró la esperanza. El estruendo de cincuenta caballos y sus jinetes avanzando había apagado el sonido del estornudo.

Los siracusanos se hallaban a poco más de cien pasos del roble tumbado. En cuanto descubrieron el obstáculo en medio de la carretera, la patrulla se detuvo en medio de un lamento colectivo. La voz corrió a gritos de un extremo a otro de la tropa para informar al comandante. Al cabo de un rato, dos jinetes se aproximaron al árbol caído. Para evitar que se sintieran observados, Quintus clavó la vista en el suelo. El corazón le palpitaba con fuerza, pero no le impidió oír lo que decían. Hablaban en griego. «Claro —pensó—. Siracusa fue fundada por los griegos.» Como buen ecuestre,

Quintus había sido obligado a aprender esa lengua de niño y, por primera vez en su vida, se alegró de ello.

—Este maldito árbol no estaba la última vez que pasé por aquí —dijo una voz grave—. Seguro que es una trampa.

Se oyó una carcajada.

—¿Una trampa? ¿Quién puede tumbar un árbol de semejante tamaño, Eumenes? Ni el propio Hércules podría. Mira las raíces, apuntan al cielo. Eso significa que se cayó durante una tormenta, seguramente la misma que levantó las tejas de todos los tejados de la

ciudad hace un par de meses.

—Es posible que cayera durante una tormenta, pero este lugar es perfecto para tender una emboscada —protestó Eumenes—. Hay matorrales a cada lado del camino y el paso está bloqueado casi por completo. Para guiar a los caballos al otro lado, tendremos que romper la formación de infantería.

—¡No hemos visto ni a un romano desde que salimos de Siracusa! Están todos en el norte, hazme caso. Toma, coge las riendas de mi caballo y echaré un vistazo al otro lado.

Quintus miró a Urceus —la tensión visible en su rostro— y cayó en la cuenta de que su amigo no entendía lo que decían.

—Va todo bien —dijo moviendo los labios.

En ese momento Quintus se arriesgó a echar un vistazo al camino y casi se le para el corazón: a una distancia de veinte pasos, Eumenes, un hombre fornido y barbudo, parecía mirarlo directamente a los ojos mientras sujetaba las riendas de los dos caballos. «¡Mierda!» Quintus bajó la vista de inmediato y permaneció inmóvil largo rato, muy consciente

de la respiración rápida de los hombres y del crujir de las rodillas después de tanto tiempo acuclillados. Para su gran alivio, no sonó ningún grito de alarma.

—¡Eh, Eumenes! ¡Deja de rascarte las pelotas!

—Vete a la mierda, Merops. ¿Has visto algo?

—Ni una huella de sandalia romana. He dado la vuelta al árbol y he echado un buen vistazo a ambos lados. No hay nada.

—¿Seguro?

—Me jugaría el cuello.

«Eso es lo que acabas de hacer, idiota», pensó Quintus con

renovadas esperanzas en el plan de Corax.

—Vamos, el jefe querrá saber lo que está pasando.

A continuación se oyó el sonido de los jinetes montando y de los caballos alejándose. Quintus volvió a respirar.

—¿Qué coño han dicho? — preguntó Urceus a su amigo al oído.

Quintus se lo explicó todo y ordenó que hiciera correr la voz al hastatus de su derecha, que parecía aterrorizado.

—Pásalo y yo haré lo mismo por mi lado.

Era evidente que Corax también

sabía algo de griego porque llegó al poco rato para calmar a los hombres y explicarles que el enemigo no se había percatado de su presencia. Más tranquilos, los hastati se dispusieron a seguir esperando y el centurión envió un mensaje a Ammianus para informarle de la situación.

Los jinetes no tardaron en regresar. Quintus oyó sus protestas mientras desmontaban y caminaban hacia el árbol. Uno de ellos se quejaba de que su caballo cojeaba, mientras que a otro le dolía el trasero; un tercero protestó de hambre y otro se lamentó de lo

mucho que les obligaba a cabalgar a diario el comandante. Quintus esbozó una leve sonrisa. Todos los soldados eran iguales, fueran del bando que fueran. «Pero estos son soldados enemigos», tuvo que recordarse a sí mismo. Los siracusanos no se diferenciaban en nada de los cartagineses que habían matado a su padre y debían morir, ser apresados o ahuyentados.

Echó un vistazo al camino para contar el número de jinetes. Avanzaban con lentitud y la tensión era insoportable. Habían empezado a bordear el árbol. Primero pasaron

cinco jinetes, luego diez y, después, veinte. Casi nadie prestó atención a los arbustos que flanqueaban el camino. «Mejor», pensó Quintus, nervioso, pendiente de las ramas apiladas que constituían todo su camuflaje.

Cuando hubo pasado una treintena de soldados, el hastatus que había estornudado antes se estremeció al notar que le venía un nuevo estornudo. Corax se acercó como una flecha y le cubrió la cara con los bajos de su túnica.

A pesar del peligro inminente, Quintus no pudo evitar una sonrisa. Urceus también lo miró divertido.

La idea de que un soldado se sonara los mocos con la túnica de Corax parecía un chiste. Quintus no tenía la menor duda de que el desafortunado soldado pagaría más tarde por su error, si sobrevivía, claro está. «Con la ayuda de los dioses, sobreviviremos los dos.»

—¡Achís!

El intento de Corax de amortiguar el sonido del estornudo había fallado. El hastatus miró al centurión aterrorizado, pero este tenía la vista clavada en el camino, la mandíbula apretada.

Quintus notó que se le disparaba el corazón y observó las tropas

enemigas.

Un jinete de corta estatura que aguardaba paciente con su bello caballo ruano para bordear el árbol estaba mirando en su dirección.

«Mierda. Lo ha oído», pensó Quintus, y se volvió a su centurión, que estaba inmóvil como una estatua.

El siracusano frunció el ceño y se volvió al hombre que tenía detrás de él.

—Mira a tu izquierda —dijo en griego—. ¿No te parece que esas ramas han sido apiladas sobre los arbustos?

«¡Mierda!» Quintus abrió la boca

para advertir a Corax...

—¡Preparad las jabalinas!
¡Apuntad alto! ¡LANZADLAS! —rugió el centurión.

Quintus se puso en pie, flexionó el brazo derecho y lanzó el pilum con lentitud. No apuntó a ningún objetivo en particular. Con tantos soldados enemigos por doquier, no era necesario. Cuarenta jabalinas surcaron el aire en un hermoso vuelo letal. De los arbustos de enfrente resonó la misma orden y una segunda lluvia de pila aterrizó pocos segundos después de la primera. Corax ordenó una nueva ráfaga en cuanto estallaron los

lamentos de los hombres y los caballos. Quintus arrojó la jabalina y rogó que diera en el blanco. Los siguientes movimientos fueron acto reflejo: desenvainó la espada, levantó el escudo y lanzó una nueva plegaria a los dioses, al igual que el resto de los hombres.

—¡Abrid los huecos! —gritó Corax—. ¡Primero que pasen los hombres de la izquierda y, después, los de la derecha! ¡Esparcíos! ¡Dad su merecido a estos cabrones! ¡VAMOS!

Quintus y Urceus fueron de los primeros en avanzar. Tenían que pasar uno a uno por el corredor. La

maniobra se hizo eterna. En cuanto estuvieron fuera, se desplegaron en una fila desigual antes de lanzarse a la carrera. Las ramas les rascaban la cara y el terreno irregular era traicionero, pero nada ni nadie podía detenerlos. La emoción y el temor del combate se habían apoderado de ellos.

—¡ROMA! —exclamó Quintus.

Urceus repitió el grito y sus compañeros le imitaron.

—¡ROMA! ¡ROMA! ¡ROMA! — clamaron los hastati que tenían enfrente.

Corrieron veinte pasos. Quintus se animó al ver la escena que se

desarrollaba ante sus ojos. El camino era un caos. Las jabalinas habían dado sobre todo a los caballos, que iban desbocados y sin jinetes de un lado a otro, algunos heridos, otros no.

Algunos yacían en el suelo relinchando de dolor y soltando ceces al aire. Algunos jinetes seguían montados, pero carecían de espacio suficiente para maniobrar: delante tenían el roble y, a sus espaldas, el cuerpo de infantería.

La caballería estaba acabada y el pánico pronto cundiría entre el resto de los soldados enemigos, pero si los siracusanos se daban

cuenta de que superaban en número a los hastati, las cosas podían ponerse muy feas en un segundo, pensó Quintus.

—¡Por ahí! —gritó señalando a la infantería enemiga.

Quintus lideró el camino seguido de Urceus y media docena de camaradas.

Un par de jinetes a pie se interpuso en su camino blandiendo sus espadas kopis. Solo uno llevaba escudo. Quintus alzó el scutum con la intención de golpear en el pecho al que iba desprotegido, pero no contó con la hoja curvada del kopis que asomó por encima del borde

metálico de su escudo. Quintus alzó el brazo izquierdo para detener el ataque, pero la punta de la espada enemiga le golpeó en la parte superior del casco. La fuerza del impacto hizo que le temblaran las rodillas y un segundo después llegó el dolor insoportable, que nacía en la sien y le reverberaba en el cerebro como si le pincharan miles de agujas afiladas. Los reflejos, el entrenamiento militar y la amarga certeza de que si no se movía moriría, impidieron que se desplomara en el suelo.

Quintus enderezó las piernas y se inclinó hacia delante con la

esperanza de que su contrincante no reaccionara a tiempo. El estrépito metálico del scutum contra la coraza enemiga le confirmó que no. El peso del kopis se desvaneció del escudo y Quintus contempló al siracusano tumbado boca arriba, los ojos aterrorizados. «O tú o yo», pensó Quintus inclemente mientras le clavaba la espada en la boca. Una vez dentro, la giró y notó la carne cortada, los músculos partidos y el rechinar del hueso. Al retirarla, la sangre salió a borbotones. Quintus notó, pero no vio, el líquido rojo que le salpicaba las piernas y los pies. Miró a

derecha e izquierda. El otro jinete había caído. Los tajos salvajes en el cuello y los brazos daban fe de la eficiencia de Urceus. Un caballo con una jabalina clavada en la cadera empezó a retroceder hacia ellos relinchando de miedo, pero un hastatus le arreó por detrás con la espada plana y salió de estampida. A continuación disfrutaron de un momento de calma en medio de la locura.

Quintus palpó la parte del casco que había golpeado el kopis. Estaba muy abollado, pero no se había roto.

—Has tenido mucha suerte

antes —comentó Urceus—. ¿Te duele la cabeza?

—Mucho más que después de una larga noche de borrachera —respondió Quintus, avergonzado por el error de principiante que había cometido.

—¿Puedes seguir luchando?

Quintus sintió que la vergüenza se esfumaba y daba paso a la rabia. Aunque no estuviera en plenas condiciones, debía enmendar su error. No podía abandonar a sus camaradas.

—Sí.

Urceus lo conocía demasiado bien como para contradecirlo y se

limitó a señalar con la cabeza a la infantería siracusana.

—Están muertos de miedo. No han formado todavía y nadie les ha atacado de frente. ¡Vamos a por ellos! Filas de cuatro por dos. ¡Ya!

Sus compañeros rugieron y procedieron a formar. Quintus agradeció que su amigo tomara el mando. Urceus y él se colocaron juntos, ambos flanqueados por sendos compañeros. Los otros cuatro hastati se colocaron detrás para apoyar su avance y sustituirlos en la primera fila si fuera necesario.

—¡Moveos! —ordenó Urceus—. ¡Rápido!

Tras esquivar los cuerpos de varios jinetes y a un caballo muerto, se acercaron al enemigo. ¿Era posible que todos los oficiales del otro bando estuvieran muertos o heridos?, se preguntó Quintus. ¿O acaso el enemigo carecía de toda disciplina? Nadie los vio avanzar. Todos los soldados siracusanos se habían vuelto hacia los hastati que les atacaban desde ambos lados del camino. Ello les brindaba una gran oportunidad y Quintus gritó entusiasmado. Si todo iba bien, podían acabar con ellos a la primera.

Pero era demasiado bonito para

ser verdad.

Una figura que lucía un magnífico casco ático dio media vuelta. Al verlos, lanzó una obscenidad y rugió varias órdenes. Los siracusanos reaccionaron y se volvieron hacia Quintus y el resto de los hastati. En menos de lo que canta un gallo, ya habían formado una pared de unos diez escudos. Aunque eran pocos, se trataba de los enormes escudos griegos que protegían de la cabeza a los pies y encajaban entre sí.

—Si queremos acabar con estos follaovejas, no tenemos más remedio que atacar ahora —

sentenció Urceus.

Quintus pensaba que le iba a estallar la cabeza y notó la bilis en la boca, pero no había vuelta atrás. No podía huir y abandonar a sus compañeros. No podía traicionar a su padre, que había muerto por Roma.

—Vamos.

—¿Estáis listos, muchachos? — preguntó Urceus.

—¡Sí! —respondieron al unísono.

A pesar del miedo, Quintus disfrutó de ese momento de camaradería. Era una gran sensación saber que los hombres que le rodeaban estaban allí para él

del mismo modo que él lo estaba para ellos. Si estaba destinado a morir, no podía elegir un lugar mejor.

El enemigo estaba a unos quince pasos, lo bastante cerca como para que Quintus distinguiera el dibujo de los escudos y las puntas letales de las lanzas. Cuando los ocho hastati se lanzaron a la carga, la fila siracusana tembló, pero no se rompió. Su oficial, situado a sus espaldas, los instó a resistir y Quintus lo odió con toda su alma. Un líder así marcaba la diferencia entre que los hombres se mantuvieran en posición o huyeran,

pero el oficial estaba demasiado lejos para acabar con él. Ese hombre sería su maldición. Las lanzas tenían un mayor alcance que los gladii.

Trece pasos. Diez.

De pronto una jabalina surgió de la nada y aterrizó en la cara del oficial siracusano. Quintus no daba crédito a sus ojos. El hombre alzó las manos para agarrar el asta, pero le habían abandonado las fuerzas. Era hombre muerto. Acto seguido desapareció de su vista con un terrible alarido. A su alrededor, los soldados gritaron consternados. Los hombres de la primera fila se

volvieron para ver lo que sucedía y dieron un paso involuntario hacia atrás.

—¡Al ataque! ¡YA! —ordenó Corax.

El equilibrio de poder había cambiado en un abrir y cerrar de ojos. La confianza perdida por los siracusanos fue ganada por los hastati. Quintus intuyó que Corax había lanzado la jabalina y supo que el enemigo cedería ante el ataque.

Los hastati aplicaron lo aprendido durante la instrucción y aminoraron el paso antes de abalanzarse sobre los soldados

siracusanos. Si atacaban demasiado rápido, se arriesgaban a perder el equilibrio, pero ello no restó fuerza al estruendo que resonó cuando ambos bandos chocaron. ¡PAM! Quintus recordó otra batalla donde el fragor de las armas se había asemejado al retumbar de los truenos y el suelo tembló a sus pies, convertido en un campo de sangre. «Pero hoy será distinto», se convenció. Si lograban franquear la pared de escudos, el enemigo huiría. Una lanza apuntó en su dirección, pero Quintus se agazapó detrás del escudo y le pasó por encima de la cabeza. A

continuación, repitió el movimiento que había usado con el jinete y se impulsó con las pantorrillas para atacar al siracusano. Su oponente se tambaleó sobre los talones, pero los escudos vecinos mantuvieron el suyo en posición. Sin embargo, no estaba preparado para el gladius que asomó por encima del escudo en busca de su cuello. Quintus siguió arremetiendo con la espada al tiempo que empujaba con el scutum. El siracusano cayó muerto y el joven romano empujó el escudo hacia atrás.

Quintus se olvidó del dolor de cabeza y lanzó un grito de guerra

antes de meterse por la brecha. Era una maniobra muy peligrosa y había visto morir a más de un soldado por abalanzarse de este modo sobre las líneas enemigas, pero no podía desaprovechar la oportunidad. Por suerte no dio de bruces con ningún siracusano. Lo único que vio fueron las dos paredes de escudos enemigos por detrás que intentaban contener los ataques romanos procedentes de ambos lados de la carretera. En medio de todos ellos había un oficial que no se había percatado de la presencia de Quintus y se dedicaba a chillar órdenes de un

grupo a otro.

Quintus dio media vuelta para apuñalar a un soldado enemigo por la espalda y ampliar la brecha en la fila de escudos. Mientras mataba al vecino del soldado recién caído, Urceus cruzó la línea enemiga y miró en derredor.

—A duras penas están resistiendo el ataque de nuestros compañeros —comentó Quintus.

—Si les atacamos por detrás, caerán —sentenció Urceus jadeando.

—Si lo conseguimos con un grupo, el otro también se desmoronará.

—Sí.

Al poco rato se les unieron cinco de sus seis camaradas, que habían matado o ahuyentado al resto de los siracusanos de la línea de escudos. Dos de ellos estaban sangrando, pero eran heridas leves. Todos lucían una gran sonrisa.

Quintus se rio. La situación distaba mucho de ser divertida, pero zafarse de las garras de la muerte tenía un efecto extraño sobre los hombres.

—¿Preparados? Un poco más y son nuestros.

Sedientos de sangre, los hastati lanzaron un grito de guerra y

volvieron a formar en dos filas: la primera de cuatro y la segunda de tres.

—¡ROMA! —exclamó Quintus antes de lanzarse a la carga.

¡Piiiiiiip! ¡Piiiiiiip! ¡Piiiiiiip!

Quintus oyó el silbato de Corax en medio del estruendo y escupió en dirección a los siracusanos que se habían batido en retirada. Sin escudos, sin armas y, algunos, sin cascos, una treintena de soldados huyó hacia el sur sin mirar atrás, sin acordarse de los compañeros heridos. Estaban tan ansiosos por huir, que lo olvidaron todo.

¡Piiiiiiip! ¡Piiiiiiip! ¡Piiiiiiip!

Quintus recordó lo aprendido durante la instrucción y aminoró el paso. Con cada respiración fue recobrando la cordura y no tardó en alegrarse de que su comandante les hubiera ordenado detenerse. Había sido tarea fácil aniquilar a los siracusanos cuando rompieron filas y durante el primer centenar de pasos de su precipitada huida, pero, como siempre, llegó un momento en que perseguir a unos hombres que no cargaban con el lastre de las armas y la armadura se convirtió en una verdadera prueba de resistencia. Quintus agradecía la protección adicional de la cota de

mallá, pero pesaba diez veces más que la coraza de bronce que llevaba antes de ser ascendido a hastatus.

Avisó a los compañeros que no habían oído el silbato del centurión. Urceus, que estaba a su lado, hizo lo mismo. Solo fue necesario repetir la llamada a un puñado de hombres. Todos habían estado en suficientes batallas como para saber cuándo tocaba parar y todos conocían a soldados que, al continuar con la persecución después del combate, habían acabado aislados y cazados por su presa. Y eso, les había repetido Corax hasta la saciedad, era otra

manera estúpida de morir.

Una veintena de hastati dio media vuelta en dirección a la carretera. Por el camino, se apoderaron de los odres de agua de los muertos y remataron a los siracusanos gravemente heridos. Era difícil calcular el número de bajas de la infantería enemiga, pero sumaban casi un centenar. La caballería había corrido peor suerte. Quintus solo había visto a dos o tres jinetes huir al galope de la masacre. A pesar del estornudo inoportuno, la emboscada había sido un éxito rotundo.

Los soldados enemigos que

todavía podían caminar fueron aprehendidos y llevados junto al lugar de la emboscada, en dirección norte.

Corax ya estaba interrogando a un prisionero, pero se interrumpió al verlos llegar y les recibió con una de sus sonrisas: un ligero levantamiento de una comisura del labio.

—¿Habéis oído el silbato?

—Sí, señor —respondió Quintus.

—¿Todavía queda algún tonto persiguiendo al enemigo?

—No, señor.

—Bien. ¿Hay algún oficial entre vuestros prisioneros?

—Ninguno, señor.

—Pues matadlos. Yo tengo aquí al suboficial, que, tarde o temprano, acabará cantando.

—Señor.

A Quintus no le sorprendió la orden. Corax necesitaba información y, si los prisioneros no podían proporcionarla, carecían de todo valor para él. La tropa no andaba sobrada de comida y no podían malgastar raciones ni hombres para cuidar de los prisioneros. Aunque no le gustaba matar a sangre fría, debía cumplir la orden.

—Ya habéis oído al centurión,

hermanos —dijo mirando a sus compañeros, a punto de desenvainar la espada.

—Tú no, Crespo.

Quintus miró a Corax sorprendido.

—¿Señor?

—¿Hablas griego?

El mero hecho de que el centurión se lo preguntara era muy significativo. Hacía tiempo que Quintus se preguntaba si Corax no sospechaba que sus orígenes no eran los que había alegado cuando se alistó. Lo intuía por la manera en que lo miraba a veces. Dudó un instante antes de responder, pero

cuanto más tardara en contestar, más obvia sería la mentira.

—Sí, un poco, señor. Lo aprendí cuando... —empezó a mentir incómodo.

—Ahórrate las explicaciones. Mi griego está muy oxidado. Ven aquí y traduce.

—Sí, señor —obedeció Quintus, doblemente aliviado por haber evitado el interrogatorio y por no tener que ejecutar a los prisioneros.

El joven romano volvió la espalda a los prisioneros, que suplicaban por su vida mientras Urceus y el resto los rodeaban.

El oficial siracusano, un hombre

corpulento y con barba, que era unos pocos años mayor que Quintus, tenía una herida superficial en el brazo derecho, pero por lo demás estaba ileso.

—¿Vais a ejecutar a todos mis hombres? —le preguntó a Quintus.

Corax le entendió.

—Sí. Cada muerto es una espada menos en los muros de Siracusa —respondió el centurión.

Quintus miró al oficial.

—¿Lo ha entendido?

—La verdad es que no —respondió con desdén.

Quintus tradujo para él la respuesta del centurión.

—¿Me vais a matar a mí también?

Quintus no respondió.

—Tu comandante habla un griego de pena.

Quintus miró a Corax, que se rio.

—Hay que reconocer que este hombre tiene huevos —dijo el centurión—. Y, además, tiene razón. Por ahora he entendido que se llama Kleitos y que es suboficial de una falange, la mitad de la cual estaba de patrulla. El comandante era uno de los jinetes. Es el que está allí tumbado, al que le falta media cabeza. El resto de lo que me ha dicho no lo he comprendido.

—¿Qué deseas que le pregunte, señor?

—Empieza preguntándole por el objetivo de la patrulla y si hay más tropas en la zona.

Quintus miró a Kleitos.

—¿Hablas latín?

—Solo unas palabras —respondió el oficial encogiéndose de hombros—. Los buenos siracusanos no utilizamos vuestro idioma. ¿Para qué? No sois más que unos malditos salvajes —dijo señalando con la barbilla a los prisioneros de Quintus y Urceus, muchos de los cuales yacían muertos en el suelo.

—Tus soldados harían lo mismo

—replicó Quintus, impertérrito—. Me sorprende tu falta de interés por el latín. Hierón fue un fiel aliado de la República durante medio siglo.

—¡Era un maldito tirano! — exclamó el siracusano con desprecio—. No todos le apoyaban, ¿sabes? Muchos nobles están muy contentos de que ahora Hipócrates y Epícides ostenten el poder.

Quintus tradujo todo antes de dirigirse de nuevo a Kleitos.

—¿Qué hacíais por aquí?

—Tomar el aire. Dicen que el aire de los alrededores del Monte Etna es muy sano.

—No seas idiota —replicó

Quintus de mal humor—. Conseguiremos sonsacarte la información por las buenas o por las malas. Esos hombres que estamos ejecutando son solo el principio. Créeme si te digo que no te conviene cabrear a mi centurión.

Kleitos titubeó un instante, pero después volvió a adoptar su expresión desdeñosa.

—¿Por qué voy a contaros nada? Me vais a matar de todos modos.

—¿Hay más tropas siracusanas en la zona?

Kleitos le lanzó una mirada asesina como toda respuesta.

—¿Qué sucede? —inquirió Corax.

—Piensa que vamos a matarlo en cuanto hayamos acabado el interrogatorio, señor —respondió Quintus—. ¿Es eso cierto? —preguntó en voz baja.

—Depende —gruñó Corax—. Si nos cuenta algo que valga la pena, puede que lo suelte. Si no, bueno...

A Quintus le incomodaba la idea de presionar a su centurión, pero no quería interrogar a Kleitos bajo falsas pretensiones.

—¿Me das tu palabra, señor?

—Menudas pelotas tienes, muchacho —replicó Corax clavando su penetrante mirada en Quintus, pero el joven se mantuvo en sus

trece. Al cabo de un rato que pareció una eternidad, el centurión asintió con la cabeza—. Si la información que nos proporciona es útil, quedará libre, pero dile a esa rata de alcantarilla que lo tendré vigilado y, si me huelo la más mínima traición o mentira, yo mismo le cortaré el cuello.

—Sí, señor. —Quintus se volvió hacia Kleitos—. Dinos todo lo que sabes y, si la información nos resulta útil, mi centurión te dejará marchar.

—¿Por qué iba a creerle?

—Tienes su palabra, y la mía —respondió Quintus.

Hubo un momento de silencio mientras Kleitos libraba una dura lucha interna.

—No es ningún mérito morir porque tus hombres hayan muerto —instó Quintus.

—¿Y tú qué sabes?

—Yo estuve en Cannae —replicó Quintus con el semblante serio—. Seguro que habrás oído hablar de la masacre de aquel día. Al anochecer, apenas quedaba ningún romano con vida. Los que seguíamos en pie habíamos perdido toda esperanza de sobrevivir, pero mi centurión nos sacó de allí. Luchamos hasta llegar a un lugar seguro. Y como toda

recompensa el Senado nos mandó a Sicilia deshonorados. No obstante, prefiero estar aquí vivito y coleando que pudriéndome en el fango de Italia.

A su pesar, Kleitos le dedicó una mirada de respeto.

—Muy bien. Estábamos aquí como patrulla de reconocimiento, para comprobar si las tropas romanas ya avanzan hacia el sur. Hipócrates y Epícides saben que Marcelo tiene previsto marchar sobre Siracusa y quieren saber cuándo pasará.

Quintus tradujo para Corax.

—Tiene sentido, continúa —

ordenó el centurión en su griego deficiente.

—¿Hay más patrullas cerca? — preguntó Quintus.

—Ninguna.

Corax escuchó satisfecho la respuesta.

—¿Cuántas tropas hay actualmente en Siracusa?

Quintus tradujo.

Kleitos frunció el ceño, pero después sonrió.

—¿Qué más da si os lo digo? Jamás podréis tomar la ciudad. Hay más de treinta mil hombres armados dentro de las murallas de Siracusa.

—¿Treinta mil? —repitió Corax, que había captado el número—. ¿Cuántos son soldados profesionales?

Quintus hizo la pregunta en griego.

—Más de dos tercios. Tendremos tiempo de instruir al resto cuando comience el sitio —replicó orgulloso Kleitos—. Además, Hipócrates y Epícides han liberado a unos cinco mil esclavos que también recibirán armas e instrucción militar.

Corax se tomó su tiempo para digerir la información, pero no hizo ningún comentario.

Un número tan elevado de

soldados implicaba una fuerte resistencia a cualquier ataque. Quintus jamás había pensado que sería fácil recuperar Siracusa, pero eran malas noticias.

—¿Y qué hay de las catapultas y otros artefactos similares? ¿Cuántas hay? —inquirió Corax.

—¿Cuántas catapultas? —Kleitos reconoció la palabra—. No lo sé exactamente, pero muchas. Montones. Tenemos desde las más pequeñas hasta las más grandes, capaces de lanzar una roca del tamaño de un altar. No nos falta munición —añadió con un guiño.

Corax frunció el ceño cuando

Quintus le tradujo la respuesta.

—Supongo que era de esperar —gruñó—. Una ciudad como Siracusa no podría haber resistido al enemigo cientos de años sin unas buenas defensas. También tendrán pozos y comida suficiente para varios meses, y eso sin contar con las provisiones que lleguen por mar, que serán difíciles de interceptar. Será un largo asedio, pero Roma prevalecerá al final —comentó con la vista clavada en Kleitos.

—Ya lo veremos —respondió el siracusano tras escuchar la traducción de Quintus—. Cartago pronto acudirá en nuestra ayuda.

La palabra «Cartago» y el tono empleado por Kleitos no requerían mayor explicación, pero Quintus tradujo sus palabras de todos modos. En cuanto hubo acabado, Corax sonrió de oreja a oreja, lo cual le daba un aspecto más temible todavía.

—El futuro nos dirá quién lleva razón y yo me apuesto el huevo izquierdo a que no será él. Traduce a este canalla lo que acabo de decir y después déjale marchar.

—No me conformaré con un solo huevo de tu centurión —replicó Kleitos con una sonrisa que no se reflejó en sus ojos, que prometían

un destino terrible.

Quintus no se molestó en traducir.

—Puedes irte.

Kleitos saludó a Corax con una inclinación de cabeza y este le devolvió el saludo.

—¿Puedo coger mi espada? — preguntó señalando un hermoso kopis que estaba en el suelo.

Quintus no pudo más que admirar su valor.

—Desea su espada, señor.

—Debe jurar que no atacará a ninguno de mis hombres durante todo un día y toda una noche — exigió Corax.

Quintus recogió la espada del suelo. La hoja estaba manchada de sangre, sangre romana, pensó furioso. Se acercó a Kleitos con precaución. Jamás había devuelto un arma a un enemigo.

—Debes jurar no atacarnos durante un día y una noche.

—Juro por Zeus Sóter que no lo haré —prometió Kleitos al tiempo que alargaba la mano para tomar el arma.

Quintus titubeó un instante y ambos se miraron.

—Que me parta un rayo si no cumplo mi juramento —añadió Kleitos en tono firme.

Quintus le entregó la espada.

—Si volvemos a encontrarnos, os mataré a ti y a tu centurión — advirtió el oficial.

—Te estaremos esperando. Ahora, vete —replicó Quintus, iracundo.

Sin mediar palabra, Kleitos esquivó los cuerpos inertes de sus hombres y emprendió el camino a Siracusa.

—Un hombre valiente —observó Corax—. Si todos los defensores de la ciudad son como él, el asedio durará más de lo que Marcelo prevé.

4

—¿Vamos a ver a la agüela?

Aurelia sonrió. Publius se había atascado otra vez con la palabra «abuela». A su madre le ponía muy nerviosa que no pronunciara bien su nombre y, aunque su hija le

asegurara que era una cuestión de tiempo, no podía evitar corregir a su nieto cada vez que se equivocaba. Aurelia miró a su hijo con ternura y le achuchó la mano.

—Sí, cielo, pronto veremos a la abuela. No queda mucho.

Era media mañana, la hora más segura para caminar por Roma. Esa zona del Palatino era un área respetable, pero Aurelia no dejaba de mirar en derredor con sus ojos grises, muy alerta ante posibles problemas. La violenta agresión que había sufrido en Capua hacía dos años y medio, antes de nacer Publius, la había escarmentado

para siempre.

Elira, su esclava iliria, le pisaba los talones y actuaba de barrera ante cualquier delincuente. Agesandros caminaba uno o dos pasos por delante. Aurelia desconfiaba del capataz siciliano de su padre, al que temía desde que mató a Suni, el amigo de Hanno, pero en ese momento agradecía su presencia en las inmundas calles de la capital.

No era de extrañar que el siciliano estuviera en Roma. Cuando Aurelia y su madre, Atia, se habían visto obligadas a abandonar la finca de Capua, Agesandros devino

innecesario, pero como llevaba muchos años con la familia, pasó a convertirse en sirviente y guardaespaldas de Atia, la madre de Aurelia. A lo largo de las terribles y caóticas semanas posteriores a Cannae, cuando quedó claro que Fabricius nunca regresaría a casa, el capataz se volvió indispensable para Atia. Y ahora que madre e hija vivían en Roma, Agesandros no se separaba de Atia. Aurelia, que vivía en una casa próxima a su madre con su marido Lucius, no se atrevía a quejarse del capataz ante Atia, que seguía en duelo. Además, la joven

no tenía que ver a Agesandros todos los días y, en momentos como ese, el esclavo le aportaba seguridad.

Aurelia observó al siciliano mientras caminaba delante de ella. De piernas arqueadas, continuaba teniendo el cuerpo tan fibroso como siempre. El único signo discernible del paso del tiempo en su persona eran los mechones de pelo plateado que le asomaban en las sienes. En la mano derecha llevaba un palo de aspecto inocente, pero Aurelia sabía lo rápido que era capaz de convertirlo en arma arrojadiza y estaba segura de que también

llevaba una daga oculta en alguna parte de su cuerpo. Agesandros tenía casi cincuenta años, pero seguía intimidando con su físico. Los transeúntes tendían a apartarse al verlo, lo cual facilitaba su avance por la calle. Aurelia pensó que Agesandros caminaba más rápido de lo normal y el niño le pesaba cada vez más en los brazos.

—Agesandros, detente. Necesito descansar un momento.

El capataz volvió la cabeza y Aurelia creyó detectar una mueca impaciente en su rostro, pero desapareció tan rápido que no estaba segura.

—Sí, claro. Por aquí —dijo señalando a la izquierda.

A unos pasos había varios clientes sentados en unos taburetes en la barra exterior de un restaurante.

Aurelia se sentó con Publius y percibió en el acto el olor a salchichas y ajo. No fue la única que lo olió.

—¿Sal-chi-cha? —inquirió su hijo—. ¿Sal-chi-cha?

—Ahora no, cariño —respondió Aurelia, que se molestó al ver los golpecitos impacientes que Agesandros hacía con el pie.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—¿Eh? —replicó el capataz con el rostro inexpresivo.

—Pareces impaciente. ¿Estamos en peligro?

Agesandros miró a los transeúntes antes de responder.

—No.

Aurelia le había cogido miedo al esclavo desde que mató a Suni delante de sus ojos, pero eso no le impidió interrogarlo.

—Algo te pasa. ¿Qué es?

Agesandros perdió su expresión inmutable durante un instante y Aurelia vislumbró el temor en sus ojos. Tuvo un mal presagio. Desde Cannae, su vida había recobrado

cierta estabilidad. Aunque veía poco a su marido y nunca a Quintus o a su mejor amigo, Gaius, su hijo la mantenía ocupada y su vida discurría sin grandes sobresaltos. Ningún ser querido había muerto ni sufrido ningún daño en los últimos tiempos.

—Agesandros, dime lo que sucede.

—Es tu madre —respondió reticente—. No está bien.

—¿Cómo? Pero si yo la vi la semana pasada y no tenía nada —protestó Aurelia.

Su madre le había mencionado que tenía problemas para dormir y

que había perdido peso, pero ¿qué mujer no se quejaba de insomnio? Lo primero era normal, y lo segundo, algo deseable.

—Sal-chi-cha, mamá —repitió Publius, que se escabulló de sus brazos para acercarse a la barra—. ¡Sal-chi-cha!

Aurelia salió disparada en pos de su hijo y se perdió la respuesta de Agesandros. Cuando recuperó a Publius, que sonreía de oreja a oreja porque la jovial camarera le había regalado media salchicha, regresó a su lado.

—¿Me decías? —preguntó.

El hombre desvió la mirada.

—Vomita mucho y se queja de dolor de vientre.

—Le habrá sentado mal algo que ha comido.

—Lo dudo. Yo he comido lo mismo que ella y estoy bien. — Agesandros volvió a echar un vistazo a la calle—. ¿Podemos irnos ya?

Aurelia cogió a Publius en brazos y siguió a Agesandros. No le había pasado por alto la expresión de Elira cuando el capataz mencionó haber comido lo mismo que su madre, lo cual significaba que la esclava también había pensado en lo peor.

—¿Mi madre cree que alguien quiere envenenarla?

Los viandantes giraron la cabeza al oír la palabra «envenenar», pero a ella le dio igual.

—Nada de eso. Es pura coincidencia que hayamos comido lo mismo.

No era la comida, entonces. Y su madre solo bebía agua del arroyo, así que tampoco era eso.

—¿La ha visto algún médico?

—Esta mañana. Por eso he venido a buscarte.

Aurelia empezó a preocuparse de verdad.

—¿Por qué? ¿Qué le ha dicho el

médico?

Agesandros no respondió y Aurelia apretó el paso para alcanzarlo. Publius pensó que se trataba de una carrera y empezó a botar entusiasmado en los brazos de su madre.

—¿Qué ha dicho el médico, Agesandros?

El capataz la miró con frialdad.

—Tu madre me ha ordenado que no te comente nada, quiere decírtelo ella misma.

—Ya veo. —Aurelia apretó los labios e intentó contener en vano la sensación de pánico en su interior. No era ese un comportamiento

propio de su madre. Respiró hondo y sonrió con cariño a Publius—. Pronto estaremos con la abuela. Rápido, Agesandros.

Excepto Publius, todos caminaron en silencio el resto del trayecto.

Cuando Aurelia abrió la puerta del dormitorio, Atia se incorporó en la cama e intentó alisar las sábanas arrugadas con la mano.

—¡Aurelia! ¡Publius! ¿Cómo está mi pequeño soldado?

—¡Agüela, agüela! —Publius subió a la cama para abrazar a Atia.

Aurelia observó el feliz encuentro e intentó ocultar su sorpresa por encontrar a su madre a oscuras en la cama a esa hora del día. En los siete días que habían transcurrido desde su última visita, Atia había envejecido diez años. La tenue luz no ocultaba su tez macilenta ni la falta de polvos de color ocre en sus pómulos marcados. En lugar de llevar el cabello recogido como era habitual en ella, la melena negra caía sin vida a ambos lados de su demacrado rostro.

—¿Cómo estás, madre? — preguntó Aurelia, que se odió a sí

misma por tan estúpida pregunta.

—He estado mejor, pero también peor. Ya se me pasará, con la ayuda de los dioses.

Atia acarició la cabeza de Publius.

—¿Te gustaría comer un pastelito, mi pequeño soldado?

—¡Sí! ¡Sí!

—Pues corre a la cocina y pregunta a la cocinera si tiene algo para ti.

Aurelia esperó a que Publius se marchara antes de adentrarse en el dormitorio y arrugar la nariz con desaprobación.

—El ambiente aquí dentro está

muy cargado. ¿Cuándo fue la última vez que ventilaste la habitación? No es sano que estés encerrada aquí todo el día. Ven conmigo al patio. Hace una mañana preciosa y el aire fresco te irá bien.

Atia apartó la manta en silencio y puso los pies en el suelo. También sus piernas estaban más delgadas.

De pronto, Aurelia se sintió mayor. No sabía si su madre era consciente de ello, pero acababan de cambiar los papeles entre sí. Aurelia se había convertido en la cuidadora y Atia, en la paciente. Fuera cual fuese el resultado de esa

enfermedad, su relación no volvería a ser igual. Aurelia sabía que era algo natural en la relación entre padres e hijos, pero hubiera preferido no tener que enfrentarse a ello tan pronto. Dio la mano a Atia y la acompañó al exterior. El aspecto de su madre era peor a la luz del día y la preocupación de Aurelia fue en aumento. Atia caminaba encorvada y tenía unas ojeras como dos profundos cráteres. «Seguro que no es nada grave. Mi madre es más fuerte que un toro y nunca se pone enferma.» Aurelia llevó a Atia con cuidado por el pasadizo con columnatas hasta el

banco de madera situado junto al escalón del patio. Era un lugar soleado y el rincón favorito de su madre. Aurelia imaginaba que se sentaba allí a pensar en Fabricius.

—Mira, madre, el sol ha salido para ti.

—Ah —murmuró Atia—, echaba de menos venir aquí.

«Que Esculapio la proteja», rogó Aurelia. Su madre debía de encontrarse muy débil para no verse capaz de caminar hasta el banco. Se sentaron juntas y Atia suspiró aliviada. Desde el patio se oían los gritos entusiastas de Publius en la cocina, que ahogaban

el alegre canto de un pajarillo que celebraba el final del invierno. También se oían los gritos de un vendedor de comida ambulante en la calle. Agesandros deambulaba por el patio con la excusa de cuidar las parras, pero no perdía de vista a las dos mujeres.

—Me ha dicho Agesandros que no estás bien.

—Hace unas semanas que no me encuentro muy bien.

—¿Y por qué no me habías dicho nada? —Aurelia se sentía culpable por no haberse percatado de la mala salud de su madre y la culpabilidad y el miedo se

tradujeron en rabia—. ¡La última vez que nos vimos estabas bien! Me dijiste que habías perdido un poco de peso y que no dormías bien, pero no parecía nada grave.

—No pensé que lo fuera. Además, no era la primera vez. Me había sucedido de joven, pero siempre me recuperaba, pero esta vez no se me pasaba.

—Así que mandaste llamar al médico.

Atia asintió con la cabeza.

—¿A quién?

—Un griego, claro. Uno que me recomendó Lucius hace tiempo.

Aurelia sintió un ligero alivio. Si

era un médico recomendado por su marido, no sería uno de esos charlatanes que se aprovechaban de los enfermos.

—Deberías haberlo llamado antes.

—Lo hecho, hecho está. Ha venido ahora y punto.

Aurelia pensó que necesitaría unas tenazas para sacarle la información a su madre.

—¿Y ya ha descubierto lo que tienes?

—Eso cree.

Se hizo una pausa. Aurelia estaba perdiendo la paciencia, pero cuando su madre levantó la vista y

percibió la tristeza en sus ojos, le entró el pánico.

—¿Q-qué te pasa? ¿Qué te ha dicho el médico?

Atia prosiguió como si no la hubiera oído.

—Hace tiempo que me siento siempre hinchada, incluso cuando hace horas que no he comido. También tengo náuseas. Me pica la piel sin motivo aparente y tengo mucho calor, incluso en las noches de mucho frío, y sudo como si estuviera en el caldarium.

Aurelia estaba desconcertada y aterrada a la vez. Tenía ganas de zarandear a su madre para que le

contara lo que le pasaba, pero se contuvo.

—¿Qué ha descubierto el médico, madre?

Atia se llevó la mano al vientre.

—Durante la exploración notó algo aquí.

El tiempo se paró un instante y, pese a tener a su madre al lado, Aurelia tuvo la sensación de que estaba muy lejos. Era como si se hallaran en extremos opuestos de un mismo túnel.

—Notó algo.

—Sí, una protuberancia.

—Una protuberancia —repitió Aurelia como si fuera tonta—.

¿Dónde?

—No está seguro, pero es probable que en el hígado.

Aurelia sintió náuseas. Si el médico tenía razón...

—¿Te puede curar?

—Me dará unos preparados a base de plantas que me pueden ayudar —respondió Atia con un gesto indiferente de las manos, que no eran más que huesos y pellejo.

Para asimilar la horripilante realidad, Aurelia necesitaba hablar claro.

—Ayudar, no curar.

—Sí.

—¿No puede operarte?

Atia enarcó las cejas con expresión incrédula y por un momento pareció la misma de siempre.

—Ya conoces la respuesta a esa pregunta, hija mía.

Impotente, a Aurelia se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Te vas a morir? —susurró.

—Todos vamos a morir —sonrió Atia.

—¡No bromees así! —gritó Aurelia, que vio por el rabillo del ojo a Agesandros volviéndose para mirarla. «Maldito seas», pensó. «No es asunto tuyo. Es mi madre»—. Ya sabes lo que quiero

decir.

Atia tomó la mano de su hija y la acarició.

—Sí, el bulto me acabará matando. El médico está seguro del diagnóstico, muy a su pesar.

—¡Puede que se equivoque! —replicó Aurelia. Quizá Lucius había errado al confiar en ese griego—. Tiene que verte otro médico.

—Ya he recibido una segunda opinión. Hace unos días vino una vecina y, cuando me vio tan enferma, pidió a su marido, que es médico, que me visitara al llegar a casa. Y también me encontró un bulto en el vientre —explicó Atia

con tranquilidad—. No es posible que ambos estén equivocados.

No tenía ningún sentido seguir discutiendo. Los dioses ya habían decidido, del mismo modo que lo hicieron en Cannae cuando su padre perdió la vida. ¡Malditos fueran todos! Aurelia estaba fuera de sí, abrumada por la tristeza y la rabia, pero entonces recordó su reacción cuando recibió la noticia de la muerte de su padre, cuando increpó y maldijo a todos los dioses. ¿Acaso la estaban castigando por su exabrupto? Era difícil pensar lo contrario. Aurelia deseaba maldecirlos de nuevo, pero

no se atrevió. Desde Cannae, había buscado el favor de todas las deidades del panteón y se había gastado una fortuna en sacrificios y ofrendas en los templos para que cuidaran de sus seres queridos. Sin embargo, a pesar de su devoción, su madre se enfrentaba a ese gran infortunio.

Aurelia pensó que los dioses eran volubles y caprichosos, pero el miedo selló sus labios. Guardó silencio por Publius y por su hermano, pero también por Gaius y Hanno. Su hijo tardaría en cumplir los cinco años y, hasta esa edad, al menos la mitad de los niños morían

de alguna enfermedad. Y, en Sicilia, Quintus corría el riesgo de morir en cualquier momento. Lo mismo podría decirse —si continuaban con vida— de su amigo Gaius y de Hanno, que todavía despertaba fuertes sentimientos en ella. Aurelia no podía soportar la idea de que murieran sus seres queridos. Tenía que mantener contentos a los dioses a toda costa. «Tengo que ser fuerte por mi madre —pensó—. Va a necesitar me mucho en los días venideros.» Aurelia logró esbozar una falsa sonrisa de confianza.

—Eso no significa que no resulte útil contar con una tercera opinión.

—Muy bien —respondió Atia cerrando los ojos y levantando la cara al sol—. Como tú digas.

Esa demostración de debilidad de su madre aumentó la preocupación de Aurelia, pero en ese momento Publius entró corriendo en el patio.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Aurelia regresó a la realidad. Tenía que ser fuerte por su hijo y por su madre. Rogó que Lucius regresara pronto de su viaje de negocios. Aunque no estaba muy unida a él, su relación era cómoda y la presencia de su marido en casa le daría fuerzas, pero hasta

entonces estaba sola.

—Aquí estoy, cariño —dijo Aurelia recibéndolo con los brazos abiertos.

Aurelia se sintió decepcionada cuando el tercer médico, recomendado por el socio de su marido, Julius Tempsanus, coincidió con el diagnóstico de los dos primeros facultativos. No conocía al segundo médico —el vecino de su madre— y, por lo tanto, no podía juzgarle, pero respetaba al primero, el griego que había recomendado Lucius, puesto que más de una vez

los había visitado, tanto a ella como a Publius. Era un hombre muy serio y profesional y sus tratamientos eran efectivos. El último médico también le había parecido muy bueno y se había mostrado muy amable con ella. Según él, su madre podía vivir varios meses.

—Es imposible prever la progresión de este tipo de enfermedades, así que es importante vivir cada día como si fuera el último, pero cuenta con que seguirá aquí para Saturnalia.

Aurelia sacó fuerzas de flaqueza y siguió el consejo del médico al pie de la letra. De inmediato escribió a

Quintus para informarle de la enfermedad de su madre. Curiosamente, el día después de enviar su carta recibió una breve misiva de su hermano. En ella decía que la vida en Sicilia era dura, pero que estaba sano y salvo. Rogaba a los dioses que estuvieran bien y enviaba recuerdos a todos. Cuando Aurelia leyó la carta, no pudo contener las lágrimas. La noticia de que Lucius estaba obligado a quedarse dos semanas más en Rhegium dificultó su vida todavía más, pero Aurelia no tenía tiempo de regodearse en la autocompasión.

Publius también cayó enfermó y pasó una semana en cama con vómitos y diarreas. Temerosa de que hubiera contraído el cólera u otra enfermedad similar, Aurelia hizo venir al médico dos veces al día y, pese a su desconfianza en los dioses, ofreció sacrificios a Esculapio y Fortuna. Para su gran alivio, Publius fue recuperándose, lento pero seguro. En cuanto el niño mejoró, Aurelia corrió a casa de su madre. No la había visitado durante la enfermedad de su hijo por miedo a contagiarla y había recurrido a Agesandros como mensajero.

Cuando vio a su madre, en lugar

de una semana era como si hubieran transcurrido uno o dos meses. La encontró sentada en el banco donde le había hablado de su enfermedad por primera vez. Daba la impresión de haber pasado una hambruna y estaba tan delgada que parecía un saco de huesos. A Aurelia se le encogió el corazón.

—Madre, qué alegría verte —dijo con la mejor de sus sonrisas.

Atia se volvió hacia ella y Aurelia descubrió horrorizada que el blanco de sus ojos se había tornado amarillo. Su piel también mostraba una tonalidad similar. A este paso no llegaría a la primavera.

—Hija mía —dijo Atia con un hilo de voz—. ¿Dónde está Publius?

—Lo he dejado en casa con Elira. Todavía no está recuperado del todo.

—Pobrecillo. Tenía ganas de verlo.

—Te lo traeré mañana, madre. —Aurelia le mostró un puchero—. Te he hecho sopa de verduras, tu favorita. Deberías comer un poco, te dará fuerzas.

Aurelia empezó a buscar un esclavo con la mirada para pedirle un plato y una cuchara, pero Atia la interrumpió.

—Me la comeré después. Ahora

no.

Aurelia observó las gotas de sudor que cubrían la frente de su madre.

—Muy bien —aceptó apenada.

—Ven aquí. Siéntate conmigo — indicó Atia dando unos golpecitos al banco.

Aurelia contuvo las lágrimas y se sentó a su lado; dejó la sopa en el suelo, entre los pies, y le cogió las manos.

—Eres igualita que tu hermano —comentó Atia de pronto—. Tenéis el mismo pelo negro, los mismos ojos y la misma barbilla. Ojalá estuviese aquí —suspiró.

A Aurelia le saltaron las lágrimas al percibir el tono anhelante de Atia.

—Volverás a verlo —mintió.

—No, no volveré a verlo.

Aurelia fingió no oírla.

—¿Cómo te encuentras?

—Ya sabes que nunca me ha gustado andarme con rodeos, hija. Me estoy muriendo.

A pesar de ser muy consciente de ello, Aurelia no pudo evitar una exclamación de horror.

—¡No digas eso, madre!

Atia le tomó la mano y se la colocó sobre su vientre.

—Toca aquí.

Horrorizada pero fascinada a la vez, Aurelia obedeció y notó el líquido que fluía bajo la piel del vientre.

—¿Qué significa esto? —susurró.

—Según dice el médico, el hígado ha dejado de funcionar y el bulto es ahora el doble de grande o más. No me sorprende. Ahora tengo náuseas todo el tiempo. Hasta con el agua me entran ganas de vomitar. Y tengo otros síntomas mucho peores que prefiero que no sepas.

Aurelia procuró mantener la calma mientras acariciaba los dedos de su madre.

—¿El médico ha dicho cuánto tiempo te queda?

Atia soltó una risa cansada.

—Una vez llegados a este punto, lo sé yo mejor que él. Me quedan unos días, eso es todo.

A Aurelia le invadió una extraña sensación de tranquilidad.

—¿Estás segura? —se oyó preguntar a sí misma.

—Sí —respondió Atia, sus amarillentos ojos muy serenos—. Voy a reunirme con Fabricius antes de lo que imaginaba. ¡Le echo tanto de menos!

«¡Pero a mí me vas a dejar sola en Roma, sin amigos, con Publius

como única compañía!», quiso gritar Aurelia, pero no lo hizo.

—Padre estará muy feliz de reunirse contigo —dijo en lugar de ello.

Madre e hija permanecieron un rato en silencio. Atia, inmersa en sus pensamientos, mientras que Aurelia intentaba distraer su pena pensando en todas las cosas que tendría que organizar en breve. Una vez más, maldijo la guerra que impediría que Quintus acudiera al funeral y que este se celebrara en Capua, que ahora era aliada de Aníbal.

—¿Has decidido dónde te

gustaría ser... enterrada? —
preguntó Aurelia con voz
entrecortada.

Atia acarició la mejilla de Aurelia, que agradeció el gesto más que nunca.

—Debes ser fuerte, hija. Publius y tu marido te necesitan aquí. Quintus también precisará tus cartas. Vas a ser el pilar de esta familia.

—Sí, madre —asintió Aurelia tragando las lágrimas—. Iba a decirte que el mausoleo familiar está demasiado lejos y que es peligroso ir hasta allí.

—Ya he hecho algunas

indagaciones y erigir una estructura sencilla en la Vía Appia no es muy costoso. Agesandros te pasará el nombre del cantero. Después de mi incineración, deposita mis cenizas en esa tumba hasta que se acabe la guerra y después llévalas a Capua. También me gustaría que colocaras una urna con el nombre de tu padre junto a la mía.

Aurelia tuvo la sensación de que le arrancaban una costra de una herida. Jamás podrían recuperar el cuerpo de su padre, que yacía junto a miles de hombres más en los campos de sangre de Cannae.

—Sí, madre.

—Pues con eso ya está zanjado el tema —sonrió Atia—. Ya hace tiempo que hice testamento y, como es natural, Quintus heredará la finca, los esclavos y el dinero remanente. Después de lo que he invertido en llevar esta casa, todavía me queda un poco de la venta de los esclavos agrícolas, que me proporcionó una suma considerable. Tú heredarás mis joyas y enseres personales.

—Gracias, madre —aceptó Aurelia con una inclinación de cabeza.

—No me quedan muchas cosas porque vendí la mayoría para pagar

al buitre de Phanes. Pero como no hay mal que por bien no venga, gracias a la guerra no tengo que pagarle más porque Capua se ha aliado con Aníbal. Por ahora no podemos acercarnos a la finca, pero cuando Aníbal sea derrotado, volverá a ser nuestra y Quintus podrá regresar allí.

Aurelia pensaba que la guerra podía finalizar con una derrota de Cartago, pero no tenía la certeza de que su hermano sobreviviera. Intentó apartar ese terrible pensamiento de su mente. Era imposible para ella enfrentarse a tanta pena a la vez.

—Yo también iré; será maravilloso visitar la finca —dijo Aurelia, que no pensaba en el mausoleo familiar sino en los besos que allí había recibido de Hanno. Pero de pronto se sintió culpable por pensar en algo así en un momento como ese.

—Una cosa más.

Aurelia miró a su madre con expresión inquisitiva.

—A mi muerte deseo que Agesandros sea manumitido y liberado de sus obligaciones para con esta familia. Nos ha servido con lealtad durante más de la mitad de su vida y, desde la muerte de tu

padre, se ha vuelto muy valioso para mí. Sé que desea regresar a Sicilia antes de morir y, como está en mi mano concederle ese deseo, así lo haré. Espero que te parezca bien.

—Sí, madre, como tú digas —respondió Aurelia, encantada de perder de vista al capataz.

—Bueno, ya hemos hablado bastante de la muerte —declaró Atia—. Ahora cuéntame cosas de Publius.

Para Aurelia fue un alivio hablar de su hijo.

Al día siguiente, Atia cayó inconsciente y Aurelia se trasladó a su casa junto con Publius y Elira. Quería estar allí cuando su madre pasara a mejor vida. Aurelia dejó a su hijo al cuidado de Elira para pasar todas las horas del día y la noche junto al lecho de Atia. Aunque intentó que su madre bebiera un poco, fue en vano. Los pocos instantes que Atia estaba consciente, no quería comer ni beber nada. Aparte de humedecerle la frente con paños y cambiarle la ropa de cama, el papel de Aurelia se limitaba a hacerle compañía en sus últimas horas de vida. Intentó

aceptar la situación lo mejor que pudo, pero era duro. Aurelia no estaba sola: veía a Elira y Publius cada día, pero no podía compartir su pena con nadie, ni con la esclava —con quien prefería mantener las distancias— ni con su hijo. Y cada vez que Agesandros acudía a ver a Atia, Aurelia lo evitaba. Así pasaron dos días.

Al cuarto día su madre se despertó con mejor aspecto. Aunque era una idiotez albergar ninguna esperanza sobre su estado, Aurelia no pudo evitarlo. Mantuvieron una breve conversación, en la que Atia le

habló de su infancia en Capua, y después solicitó ver a Publius.

—Desearía hablar con él una última vez.

Aurelia se emocionó mientras su hijo estuvo con ellas en la habitación. El niño no era consciente de la gravedad de la situación ni comprendía el concepto de la muerte. Después de dar un beso de despedida a su abuela, se fue tan contento con Elira y la promesa de un pastelillo de miel.

—Adiós, agüela —se despidió por encima del hombro.

—Que los dioses le bendigan —susurró Atia cerrando los ojos—. Es

un buen niño. Le echaré de menos. Y a ti también.

—Yo también voy a echarte mucho de menos —murmuró Aurelia, y dio un beso a su madre en la frente.

Atia no volvió a hablar. Era como si hubiera empleado toda la energía que le quedaba en despedirse, pensó Aurelia mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas.

Poco después del atardecer, Atia se movió levemente bajo las mantas, y Aurelia, que dormitaba en un taburete junto a la cama, se despertó en el acto. Apartó con ternura los mechones de cabello

que cubrían el rostro de su madre y musitó unas palabras para tranquilizarla.

Atia susurró dos veces el nombre de Fabricius y respiró hondo.

A Aurelia se le paró el corazón. Aunque llevaba dos días sin moverse de su lado, no estaba preparada para el final.

Su madre emitió un largo y lento suspiro.

Aurelia no sabía si era su último aliento, pero por si acaso se inclinó sobre ella y rozó sus labios con los suyos. Si era posible, el alma debía captarse al abandonar el cuerpo. Aurelia se sentó con la espalda

erguida a la espera de algún movimiento en el pecho de Atia. No se movió. «Ya se ha ido.» La joven posó la mano sobre las costillas de su madre, bajo el pecho izquierdo. El corazón le latía de forma irregular, cada vez más lento. A continuación se humedeció un dedo y se lo colocó bajo la nariz, pero no notó ningún movimiento de aire.

Con las manos sobre la falda, la hija contempló el cuerpo inerte de la que había sido su madre. Ya había terminado todo. Atia se había ido. Tal cual. No parecía real. El sonido de la voz de Publius en el patio y las respuestas de Elira eran

reales. Pero eso no. Eso era un sueño horrible del que se despertaría en cualquier momento.

Pero no se despertó. La cruda realidad se hizo patente cuando Elira acudió a informarle de que Publius estaba durmiendo. Aurelia volvió a mirar a su madre, que seguía inmóvil sobre su lecho. Su piel había empezado a adquirir la pátina cerosa de la muerte. Ya no podía negar la realidad.

Elira se adentró en la habitación y soltó un grito ahogado al ver a Atia.

—¿Se... se ha ido?

—Sí —murmuró Aurelia,

acercándose a su madre para cerrarle los párpados.

Elira sollozó.

—Era una buena ama. Siempre fue muy justa. Que los dioses la acojan en su seno.

—Necesitaré tu ayuda para ponerla en el suelo y ungirla. Debe ser incinerada con su mejor vestido —se oyó Aurelia a sí misma en un tono monocorde.

Elira la miró preocupada, pero Aurelia hizo caso omiso de ella. La única manera en que podía sobrellevar la situación era siendo pragmática. Cuando se hubiera acabado todo, ya tendría tiempo de

llorar.

—Tenemos que colocarla sobre la mesa del atrio y ponerle una moneda en la boca. También hay que avisar a los amigos de la familia en Roma y organizar el funeral.

—De acuerdo —respondió Elira con una mirada de respeto.

—Ve a buscar a Agesandros y dile que venga. No olvides traer los ungüentos, paños limpios y el vestido que mi madre se ponía para los banquetes.

Elira se apresuró a cumplir las órdenes.

En cuanto se hubo ido y Aurelia

se quedó a solas con el cuerpo de su madre, perdió un poco la compostura y las lágrimas comenzaron a brotar de nuevo. Su matrimonio con Lucius la había apartado de su madre, pero nunca las había separado una distancia mayor que la que había entre sus dos hogares. Ahora el abismo entre ellas era imposible de salvar. «¿Por qué tenía que irse ahora que Quintus está fuera por culpa de la guerra?», protestó Aurelia en silencio. Su madre siempre había gozado de muy buena salud y había esperado que viviera cinco o diez años más.

Un golpe suave en la puerta la obligó a recuperar la compostura. Aurelia se secó el rostro de lágrimas.

—Adelante.

Agesandros entró en la habitación. Cuando sus ojos oscuros se posaron en Atia, apretó los labios.

—Ya ha fallecido, entonces. Habrá sido una liberación para ella, pero mis condolencias por tu pérdida.

Aurelia inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Deseo que vayas al foro y los mercados. Busca primero al cantero

con el que habló mi madre. Tiene que erigir su tumba.

—¿Y dónde la construirá?

—Yo me ocupo de eso. Hay abogados que representan a los que venden sus tierras para estos menesteres. También necesito que busques a músicos y actores para el funeral. Algunos esclavos de la casa portarán el féretro.

—Será un honor para ellos. Si me lo permites, yo también quisiera portarlo.

«¿Cómo puedo negarle algo así?», pensó Aurelia.

—De acuerdo.

—Te lo agradezco.

—Mi madre tuvo grandes palabras de alabanza para ti antes de morir.

Agesandros la miró con satisfacción.

—Siempre lo he hecho lo mejor que he podido. Primero por tu padre y, después, por tu madre.

A Aurelia le resultaba extraño mantener esta conversación junto al cuerpo sin vida de su madre, pero consideraba que el capataz merecía estar al corriente.

—Uno de los últimos deseos de mi madre fue que se te recompensara por tus servicios con la manumisión y que quedaras libre

de cualquier obligación para con esta familia.

Una expresión de sorpresa primero y de alegría después cruzó el rostro del esclavo, que se acercó a la cama, tomó la mano de Atia y la besó con gran respeto antes de posarla sobre la manta. Cuando se incorporó, estaba muy cerca de Aurelia, que hizo un esfuerzo por no dar un paso atrás.

—Me imagino que te alegrarás de perderme de vista para siempre —comentó Agesandros.

A pesar del miedo que le causaba, Aurelia se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Sí, estoy contenta y ambos sabemos por qué. Suni no suponía ninguna amenaza para mi familia.

—Yo opinaba lo contrario y tu madre también —respondió impertérrito el capataz—. Si es posible, me gustaría disponer de los documentos a tiempo para marcharme después del funeral.

«Todavía no eres libre», pensó Aurelia furiosa, pero no le quedaban fuerzas para discutir.

—Me ocuparé de ello. ¿Te irás a Sicilia?

—Si encuentro un barco que me lleve, sí.

—Será peligroso, están en

guerra.

—Mejor. Mi objetivo es alistarme a las legiones. Haré lo que sea.

La rabia se apoderó de Aurelia.

—¡Los cartagineses que están allí no tienen culpa alguna de la muerte de tu familia!

Agesandros respondió con más rabia todavía.

—¡Da igual! Son todos unos canallas gugga que merecen la muerte.

Aurelia retrocedió ante su furia y pensó en Hanno, a quien Agesandros había odiado, e intentó no preocuparse por él. Hanno estaba en la península y, aunque

fuera a Sicilia, era imposible que se encontrara con Agesandros. Ello no impidió que por un momento se planteara negar la libertad al siciliano, pero no podía contravenir este último deseo de su madre. Aurelia no deseaba tentar más su suerte con los dioses.

La joven hizo acopio de valor antes de replicar.

—Esa es tu opinión, la opinión de un esclavo. Para mí, los cartagineses son simplemente el enemigo, un enemigo que debe ser derrotado, pero no aniquilado.

La ruta por la ciudad siguiendo a los esclavos que portaban a su madre se había hecho interminable. Aurelia había odiado cada segundo del trayecto. El paso lento. Los lamentos de los actores que iban al frente. Los cantos fúnebres de los músicos. El cuerpo de Atia balanceándose sobre la litera. Las miradas desinteresadas e incluso enojadas de los transeúntes en las calles repletas de gente. En la Vía Appia, la situación solo mejoró un poco, puesto que tuvieron que abrirse paso entre las hordas de viajeros e hileras de carros que iban en dirección a la capital. Aurelia

respiró aliviada cuando por fin llegaron a la nueva tumba de ladrillo, a unos tres kilómetros de las murallas de la ciudad, aunque los alaridos del cerdo sacrificado en honor a la diosa Ceres y el tono falso empleado por el sacerdote en su elogio de Atia le resultaron muy difíciles de soportar. Aurelia contempló aturdida cómo el cuerpo de su madre era depositado sobre la pira funeraria. En ese momento no pudo contener más las lágrimas y agradeció sobremanera la mano rolliza de Tempsanus sobre su brazo y su apoyo cuando tuvo que dar un paso adelante con la

antorcha para prender fuego a la pira. Aurelia se alegraba de haber dejado en casa a Publius. Cuando le comunicó a Elira que debía quedarse con él, vio la protesta en sus ojos, pero la esclava no dijo nada. No le importaba lo que dijera la gente sobre la asistencia de los niños a los funerales; Aurelia consideraba que un niño de dos años y medio no debía presenciar una incineración.

Agradeció a los dioses que el viento soplara en la otra dirección, pero aun así el hedor de la carne quemada, que quedaba atrapado entre los altos cipreses, se percibía

en el ambiente. Ni siquiera el normalmente agradable olor del cerdo asado podía disimularlo. Aunque no le apetecía, Aurelia comió un pedazo de carne; pues formaba parte del ritual. Y consiguió no vomitar mientras recibía las condolencias de la docena de asistentes, en su mayoría familiares de edad avanzada. Ya habían pasado varias horas desde que habían llegado y solo quedaban unas pocas personas. Aurelia agradeció que Tempsanus permaneciera a su lado todo el tiempo. Él no intentó entablar ninguna conversación con

ella, pero su mera presencia la ayudaba. Por fin empezó a desvanecerse el olor de la pira. De su madre ya solo debían quedar huesos y cenizas. Aurelia lanzó una última plegaria por ella. Los esclavos se ocuparían del fuego hasta que pudieran retirarse los restos de su madre y se colocaran en la urna funeraria. Al día siguiente volvería para supervisar la introducción de la urna en la tumba. Sabía que sería un momento difícil, pero la odisea casi había tocada a su fin.

O al menos eso pensaba.

Al principio no había prestado

atención al sonido del caballo al galope en el camino colindante. La Vía Appia era la carretera más concurrida del territorio y centenares de jinetes cabalgaban por ella todos los días. No fue hasta que el caballo se desvió en dirección a la pira que Aurelia percibió la primera señal de alarma. Todas las miradas se centraron en el recién llegado, un hombre joven que vestía una túnica polvorienta. Parecía exhausto, pero su voz era normal.

—Busco a Aurelia, mujer de Lucius Vibius Melito —gritó—. Me han dicho que la encontraría aquí,

en las tumbas.

La atención se desvió hacia Aurelia, que respiró hondo y dio un paso adelante.

—Soy yo.

El jinete desmontó, entregó las riendas a un esclavo y se aproximó a Aurelia mientras buscaba algo en la cartera de piel que llevaba al hombro.

—Ruego que me disculpes por molestarte en un momento así, señora.

Aurelia le indicó que no se preocupara con un gesto de la mano. Su llegada había hecho que se olvidara por un momento de su

madre.

—¿Qué sucede? —preguntó ansiosa.

—Traigo noticias de Rhegium.

En lugar de la alegría habitual que hubiera sentido al oír la noticia, Aurelia tuvo un mal presentimiento.

—¿Me buscas a mí también? —interrumpió Tempsanus—. Soy el socio de Melito.

Una expresión de inmenso alivio se reflejó en el rostro del mensajero.

—Sí, señor, también tengo una misiva para ti.

Aurelia dio unos pasos adelante.

—¿No has podido encontrar la

casa, la casa de Melito?

—Sí, señora, pero tengo órdenes de entregarte esta carta en mano y a nadie más.

Eso significaba que el mensajero había cabalgado primero a la ciudad y después había vuelto sobre sus pasos para dar con ella. Aurelia vio por el rabillo del ojo que Tempsanus fruncía el ceño. A pesar del calor que desprendía la pira funeraria, un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Pasa algo? ¿Mi marido está bien?

Sin atreverse a mirarla a los ojos, el mensajero le alargó el

pergamino en silencio. Aurelia cerró los ojos. «Por todos los dioses, ruego que esto sea un sueño.» Pero cuando los abrió de nuevo, el pergamino seguía delante de ella. Aurelia lo tomó con la mano temblorosa.

—¿Deseas que te la lea? — preguntó Tempsanus preocupado.

—No.

Aurelia rompió el sello y desplegó la misiva mientras que, ausente, oyó a Tempsanus solicitar la de él. A continuación, posó la vista en la pulcra caligrafía de la hoja.

«De la mano de Cayo Licinio

Estolón, agente de Lucius Vibius Melito y Julius Tempsanus en Rhegium...»

La carta no había sido escrita por Lucius. Un miedo terrible invadió su ser.

«Mis saludos a Aurelia, esposa de Melito.»

Aurelia se saltó las fórmulas de cortesía hasta llegar a las palabras «vigilando la carga de un barco», «lingotes de hierro» y «cuerda rota». Aterrorizada, siguió leyendo. Estolón le comunicaba que su marido había resultado gravemente herido en un accidente y que el médico había diagnosticado roturas

en la pelvis, varias costillas, las dos piernas y un brazo, pero la lesión de la cabeza era la más preocupante. «En las horas transcurridas desde el accidente, apenas ha estado consciente. Cuando se despierta, no sabe quién es ni dónde está.» Aurelia sintió náuseas y se obligó a seguir leyendo. La carta finalizaba con un intento de tranquilizarla diciéndole que se estaban realizando todos los esfuerzos posibles por la salud de Melito y que, como su esposa, debía mantener la calma, rezar a los dioses, sobre todo a Esculapio, y esperar la llegada de nuevas

noticias.

Aurelia aguardó unos instantes en silencio para recuperarse del golpe antes de volverse hacia el mensajero.

—¿Mi marido seguía con vida cuando te marchaste?

—Sí, señora.

—¿Cuántos días hace de eso?

—Cuatro. El mensaje tenía que enviarse por barco, pero hacía mal tiempo.

Fue entonces cuando Aurelia percibió su agotamiento. El mensajero llevaba polvo incrustado en cada poro de su piel. Debía de haber cabalgado como un demonio

y cambiado de montura varias veces para llegar tan rápido. Se merecía una buena compensación, pensó ausente. Cuatro días. Para alguien que sufría unas heridas tan graves, era como una vida entera. Aurelia miró a Tempsanus, cuyo semblante también reflejaba una gran preocupación.

—Es posible que ya haya fallecido —dijo Aurelia con un hilo de voz.

—No digas eso, señora. Lucius es un hombre joven y fuerte. Seguro que con tiempo y la ayuda de los dioses acabará recuperándose.

Aurelia asintió, quería creerle, pero en su fuero interior temía que Lucius estuviera tan muerto como su madre. En ese momento sintió la necesidad imperante de abrazar a Publius y notar su aliento caliente en la mejilla, saber que al menos él seguía con ella. Aurelia tenía muy claro lo que debía hacer.

—Mañana por la mañana partiré a Ostia y desde allí tomaré el barco a Rhegium —oyó decir a Tempsanus—. La Nave de Isis empezó la semana pasada, así que los vientos deberían ser favorables.

—Voy contigo —declaró Aurelia.

Tempsanus la miró boquiabierto

antes de recobrar la compostura y dirigirse a ella con un tono paternalista y protector.

—No puedo permitírtelo, señora. Dentro de nueve días debes celebrar la fiesta solemne por tu madre. Además, tu marido no estaría de acuerdo en que abandonarás Roma.

—Necesito estar a su lado.

—Tu devoción es admirable, señora, pero la travesía es demasiado peligrosa. Muchos barcos naufragan por culpa del mal tiempo y puede haber flotas siracusanas o cartaginesas en las aguas de Rhegium. No es un viaje

adecuado para una mujer de tu clase.

Aurelia empezó a protestar, pero Tempsanus se negó en redondo.

—La pena te nubla el juicio, señora. Regresa a casa con tu hijo. Necesitas descansar y dormir. Mañana pasaré a verte antes de partir.

A Aurelia no le quedaban fuerzas para discutir.

—Muy bien —susurró.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó Publius en cuanto Aurelia apareció en el patio tras cruzar el lararium.

El pequeño estaba jugando cerca de la fuente bajo la atenta mirada de Elira.

Aurelia lo había visto un instante al regresar del funeral, pero lo había vuelto a dejar en manos de Elira porque necesitaba tiempo para reflexionar y asimilar la muerte de su madre y las noticias sobre Lucius. Pero esta vez no había escapatoria. Publius se abalanzó sobre ella con los brazos abiertos. Aurelia se agachó para cogerlo, agradecida de que su inocencia no le permitiera percibir su sonrisa forzada.

—Hola, cariño.

—Juega conmigo —ordenó el niño.

—¿Qué quieres hacer?

—Salpicar agua.

Era uno de los juegos favoritos de Publius.

El pequeño le pedía una y otra vez que le salpicara las manos y los brazos y, de vez en cuando, la cara. Ver gozar al niño fue una distracción que Aurelia agradeció. Era un alivio no pensar en su madre ni en Lucius, solo en la diversión de su hijo.

Aurelia se molestó sobremanera cuando al poco rato el portero se presentó en el patio. El hombre, un

fornido tracio que Lucius había comprado al poco tiempo de mudarse a Roma, esperó incómodo a que le atendiera, poco deseoso de interrumpir esa escena doméstica. Llegó un momento en que Aurelia ya no pudo ignorarlo más.

—Publius, para un segundo, cariño. ¿Quién hay en la puerta? —preguntó al esclavo—. ¿Otro adivino ambulante que intenta vender sus mentiras? ¿O alguien que afirma vender los mejores perfumes de Roma?

—No, mi señora —murmuró.

—¿Quién, entonces?

—No ha dado su nombre.

—En ese caso, dile que se largue
—espetó Aurelia.

—Es muy insistente. Dice que necesita hablar con la señora de la casa, con Aurelia, la hija de Gaius Fabricius.

Aurelia se volvió para mirarlo. Pocas personas en Roma conocían el nombre de su padre.

—¿Qué más ha dicho?

El esclavo se encogió de hombros.

—Nada, señora.

No tenía sentido seguir interrogando al tracio.

—Hazle pasar. Regístrale por si

lleva armas y tráelo ante mi presencia.

—Sí, señora.

—Es hora de jugar otra vez con Elira, cariño. Ve a buscarla. Enseguida vuelvo.

Aurelia dio un beso a Publius en la cabeza y se fue al tablinum. Allí tendría un poco de intimidad. Impaciente, caminó de un lado a otro de la habitación preguntándose quién sería el visitante que conocía a su familia. De pronto pensó en Phanes, el prestamista del que había hablado su madre, y sintió miedo. Antes de Cannae, les había amargado la existencia, pero

Aurelia descartó la idea. No tendría el valor de presentarse allí. En cualquier caso, suspiró aliviada cuando vio que el hombre que seguía al esclavo tracio no era Phanes. Tenía la misma tez morena, pero no llevaba el cabello rizado en tirabuzones. Aurelia no lo conocía, pero se acomodó junto al lararium y rogó a los dioses que la protegieran.

El esclavo se detuvo a unos pasos de ella.

—Llevaba una navaja, señora, pero me la ha entregado sin problemas. No lleva nada más, aparte de un monedero.

Aurelia asintió en señal de aprobación.

—Quédate aquí.

El tracio se apartó y cedió el paso al visitante, que la saludó con una cortés reverencia.

—¿Tengo el honor de hablar con Aurelia, hija de Gaius Fabricius?

—Y esposa de Lucius Vibius Melito. Sí, soy yo. ¿Quién eres tú?

El hombre levantó la cabeza y vio sus profundos y cansados ojos azules.

—Me llamo Timoleon y soy mercader de Atenas.

—No conozco a ningún mercader de Atenas. ¿Es posible que hayas

venido a ver a mi marido? Él no está aquí...

—He venido a verte a ti, señora, para traerte un mensaje.

A Aurelia se le encogió el estómago. No podían ser más malas noticias de Rhegium, ¿verdad?

—¿De quién?

—De un amigo —respondió el visitante al tiempo que miraba de reojo al tracio.

Aurelia lo entendió.

—Vuelve al atrio —ordenó al esclavo, que no parecía contento con la orden—. Tienes la navaja, ¿verdad? —añadió Aurelia—. Pues si

te necesito, te llamaré. ¡Vete!

El tracio miró a Timoleon con cara de pocos amigos y se fue.

—Acércate —indicó Aurelia al visitante.

Timoleon se aproximó.

—Gracias, señora. Mi nombre verdadero es Bomilcar, soy cartaginés.

Aurelia notó un nudo en la garganta.

—¿Te envía Hanno? —susurró.

—Estoy en Roma por otro asunto, pero Hanno me pidió que te localizara si podía.

—¿N-no pensó que estaría todavía en Capua? —tartamudeó.

El hombre esbozó una leve sonrisa.

—¿Ahora que la ciudad apoya a Aníbal? Hanno sabe muy bien que tanto tú como tu familia seréis siempre leales a Roma.

Aurelia se sonrojó, no solo porque Hanno había adivinado a quién debía lealtad, sino porque recordó los besos y abrazos que compartieron la última vez.

—¿Cómo me has encontrado entonces? ¿Cómo sabías dónde estaba?

—No lo sabía. Cuando llegué a Roma hice algunas indagaciones, pero como la ciudad es tan grande,

no logré averiguar nada. Al final me rendí, pero hace dos noches oír hablar a un grupo de canteros que bebían en la posada donde me alojé. Uno de ellos mencionó que debía erigir una tumba para una tal Atia, mujer de Gaius Fabricius. El hombre no sabía mucho más, pero me imaginé que no habría demasiadas personas con ese nombre en Roma. No me costó mucho sonsacarle la dirección de tu madre y, una moneda de bronce en la mano de uno de los esclavos de la casa me proporcionó tu nombre y dirección. Y aquí estoy.

—Eres un hombre de recursos.

—Bomilcar sonrió ante sus palabras y Aurelia le agradeció su insistencia —. ¿Se encuentra bien Hanno?

—Sí, está sano y salvo. Es comandante de una falange de lanceros libios y goza del favor de Aníbal.

Ni siquiera la mención del peor enemigo de Roma y sus soldados, que habían arrasado la mitad de la República, evitó que el corazón de Aurelia diera un vuelco de alegría. ¡Hanno estaba vivo! Los dioses no la habían abandonado del todo.

—¿Qué mensaje te ha dado para mí?

—Me ha pedido que te diga que

piensa mucho en ti. Mucho. — Bomilcar dejó que asimilara sus palabras antes de continuar—. Y que con la ayuda de los dioses volveréis a veros algún día.

A Aurelia le flaquearon las rodillas.

—Ojalá, algún día —murmuró.

Bomilcar sonrió.

—Espero que mis dioses y los tuyos te concedan su deseo. Ahora, con tu permiso, debo marcharme.

Aurelia tuvo que esforzarse para no gritarle que se quedara. Deseaba hacerle más preguntas y que le explicara todo sobre Hanno, pero guardó silencio. Bomilcar era

un espía en territorio enemigo.

—Has arriesgado mucho para venir aquí hoy y te lo agradezco de todo corazón. Recibe la bendición de esta casa. Te deseo un buen viaje de regreso.

Bomilcar inclinó la cabeza en señal de agradecimiento.

—¿Crees que podrás darle un mensaje a Hanno de mi parte?

—Me temo que no, señora — replicó Bomilcar apesadumbrado.

—¿Por qué?

—Me temo que no estoy autorizado a decírtelo.

—Te juro sobre la tumba de mi madre que no se lo diré a nadie —

suplicó Aurelia.

Bomilcar soltó un suspiró.

—Hanno se ha ido a Siracusa.

—¿A Sicilia? —repitió Aurelia, entusiasmada. Rhegium estaba cerca de la isla. Quintus estaba allí y, ahora, también Hanno.

—Ya te he dado demasiada información. No puedo decirte nada más.

—De acuerdo. Muchas gracias —agradeció Aurelia con una inclinación de cabeza.

—Adiós.

Cuando levantó la mirada, Bomilcar ya se había esfumado. La joven sintió un enorme vacío en su

interior. Hubiera deseado correr tras él. La visita había sido demasiado breve, pero estar más tiempo allí hubiera puesto en peligro su vida. Recibir un mensaje de Hanno de improviso ya era bastante buena fortuna. Ahora tenía un motivo más para viajar a Rhegium y estar con Lucius, pensó sintiéndose ligeramente culpable. No existía ninguna posibilidad de que pudiera ver a Hanno o Quintus, pero le consolaba la idea de tenerlos cerca, aunque solo fuera por poco tiempo. Nadie conocería el verdadero propósito de su viaje. A todos los efectos, sería el viaje de

una esposa entregada.

Para ello tenía que sortear el obstáculo de Tempsanus, pero Aurelia creía saber cómo hacerlo.

—No me importa lo que digas, debes retrasar el viaje hasta la fiesta en honor de mi madre que se celebrará dentro de ocho días. Después, yo te acompañaré con mi hijo, mi esclava y el antiguo capataz de mi padre, que acaba de recibir la manumisión.

—Pero la demora... —protestó Tempsanus.

—Es una demora aceptable. —

Eso se había repetido Aurelia una y otra vez. No estaba dispuesta a dejar inacabado el funeral de su madre—. El día y la hora de nuestra llegada no influirán en modo alguno en la recuperación de Lucius, solo los dioses tienen alguna influencia.

—Lo siento mucho, señora, pero no puedo permitirlo —dijo Tempsanus con un suspiro.

Aurelia tenía la respuesta preparada.

—Lo único que me importa en la vida son mis seres queridos —insistió—. Yo no soy originaria de Roma. ¿Qué me queda aquí aparte de mi hijo y unos cuantos esclavos?

¡Nada! Si no me llevas contigo, ya encontraré yo la manera de llegar hasta mi marido.

—¿Qué quieres decir?

—Iré a Ostia y buscaré un barco que zarpe al sur.

—¡Ningún capitán te llevará!

—Con dinero, puede comprarse cualquier cosa —replicó Aurelia—. Seguro que encontramos a alguien que nos lleve.

—¡No puedes hacer tal cosa! —protestó Tempsanus alarmado—. ¡Pueden robarte el dinero y venderos a todos como esclavos! O algo peor.

—Los dioses nos protegerán —

dijo Aurelia.

—No puedo permitírtelo, señora. Lucius jamás me lo perdonaría.

—No sería asunto tuyo, Tempsanus. Tú te vas hoy, ¿verdad? En cuanto hayas partido, me iré yo. No podrás hacer nada para impedírmelo —declaró Aurelia con determinación.

Hubo una breve pausa, pero Aurelia supo que había ganado cuando vio la expresión resignada en el rostro de Tempsanus.

—Muy bien —aceptó con un suspiro—. Que la diosa Fortuna nos proteja.

—Y que Lucius siga vivo a

nuestra llegada a Rhegium.

Su marido se recuperaría más rápido si ella cuidaba de él, pensó Aurelia. Y, mientras tanto, podía soñar con ver a su hermano otra vez. Y a Hanno.

5

Tras despedirse de sus hermanos —la despedida de Bostar había sido especialmente dura—, Hanno había viajado hasta la costa oeste de Bruttium, donde, en una aldea de pescadores, había

conocido a Alcimos, un viejo marinero en cuya pequeña barca se encontraba en ese momento. Aníbal había ordenado a Hanno que viajara bajo el máximo secreto. En cualquier caso, el general no tenía demasiados barcos disponibles y era mejor llegar a Siracusa sin ser anunciado. La ciudad estaría repleta de espías que podían intentar matarlo antes de reunirse con Hipócrates y Epícides. Si Hanno llegaba por su cuenta y sin aviso previo, tendría más posibilidades de éxito.

Alcimos viró hacia mar abierto y Hanno vio cómo se iba alejando la

costa italiana. Pensó en sus hombres y, sobre todo, en Mutt. Despedirse de su oficial había resultado mucho más duro de lo que esperaba. Aunque jamás se habían hecho grandes confianzas —hacía poco que le había hablado de Aurelia—, sus vivencias en el campo de batalla habían forjado un fuerte vínculo entre ambos.

—Supongo que ya te vas —dijo Mutt.

—Sí —respondió Hanno, incómodo—. Ha llegado la hora.

—Sí, señor.

—Cuida de los hombres.

Mutt frunció el ceño.

—Sabes que lo haré.

—Sí —respondió Hanno—. Tú también, cuídate.

—Y tú, señor.

Sus miradas se cruzaron un instante.

—¡Por todos los dioses! —Hanno se acercó y le dio un gran abrazo de oso. Tras un breve titubeo, Mutt respondió al abrazo—. Te echaré de menos —murmuró Hanno—. Eres un oficial excelente.

—Tú también, señor —respondió Mutt con el rostro serio tras deshacerse del abrazo—. Que los dioses te protejan, señor. Vas a necesitar su ayuda allá donde vas.

—Todo irá bien.

—Debo reconocer que la diosa Fortuna parece estar de tu lado — comentó Mutt con una leve sonrisa —. Ojalá siempre sea así.

—Igualmente. —Hanno hubiera querido decir más, pero le faltaban las palabras.

Mutt lo miró con ojos comprensivos.

—Vete, señor.

—Nos volveremos a ver.

—Eso espero, señor. Algún día.

Hanno tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta y se marchó. Cuando volvió la vista atrás, Mutt se

despidió con la mano.

Al pensar en ello se le llenaron los ojos de lágrimas y Hanno agradeció que Alcimos estuviera mirando al otro lado.

Oteó el horizonte en busca de velas, pero no vio ninguna. Al principio le sorprendió ver indicios de guerra en el mar. Cuando partieron habían divisado una liburnia romana, una de las embarcaciones más rápidas que surcaban los mares, navegando rumbo al norte. Hanno ignoraba su cometido, pero Alcimos murmuró algo sobre unos mensajes oficiales destinados al Senado de Roma. El

joven fantaseó con la idea de abordar el barco y llevar los mensajes a Aníbal, pero, además de ser imposible, no era esa su misión. También se habían cruzado con varios trirremes romanos que se dirigían al sur para incorporarse a la flota que se estaba reuniendo cerca de Siracusa. La primera vez que se cruzaron con uno, Hanno se puso muy nervioso. Aunque con su piel morena y un simple taparrabos como toda vestimenta presentaba el aspecto de un pescador cualquiera, la barca era demasiado pequeña como para ocultar bien su equipo. Un registro rutinario

hubiera dado fácilmente con su equipo y espada ocultos bajo las redes.

Sin embargo, el trirreme ni siquiera aminoró la marcha al verlos. El vigía los había avistado y había advertido al capitán de su presencia, que, al timón, se había llevado la mano a los ojos para mirar en su dirección. Eso había sido todo. Las demás embarcaciones de guerra con las que se habían cruzado habían actuado del mismo modo, al igual que los grandes barcos de mercancías que transportaban soldados, equipos y suministros a

Messana, al otro lado del estrecho. Al final Hanno se acabó acostumbrando a los barcos romanos, cuya presencia había ahuyentado a los piratas de la zona.

Hanno regresó a la realidad. Ya quedaba poco para desembarcar y era posible que esa parte de la costa estuviera en manos romanas, pues no sabía cómo había evolucionado la guerra en los últimos días. Desde el momento en que pisara la playa, podía correr peligro.

Al pensarlo, le embargó cierta melancolía. Si la situación se torcía,

estaría perdido. Mutt y sus soldados, sus hermanos y Aníbal se hallaban muy lejos para salvarlo. Hasta que no cruzara las murallas de Siracusa, cualquier persona que se encontrara en su camino podía ser un enemigo. Hanno elevó una plegaria a Tanit, la diosa protectora de los cartagineses y sus hogares. Solicitó su ayuda al tiempo que palpaba el anillo que ocultaba bajo la ropa.

—Nos acercamos a la costa y no quiero entretenerme mucho —informó Alcimos—. ¿Estás listo?

—Sí.

Hanno miró por la borda. El

agua estaba transparente y no le cubriría. La orilla estaba a un centenar de pasos. Buscó el monedero en la bolsa de piel donde llevaba la ropa, la espada, el dinero y la comida y sacó una pieza de oro. Su valor superaba con creces el coste del pasaje, pero Aníbal le había entregado bastantes monedas y Alcimos era un buen hombre.

—Toma.

La moneda destelló bajo la luz del sol.

—¿Estás seguro? —preguntó Alcimos con los ojos entornados.

—Tómala y olvida que jamás me

has visto.

La moneda desapareció en la mano huesuda del marinero, que esbozó una amplia sonrisa, la primera que había visto Hanno.

—Yo no he visto nada, mi querido amigo cartaginés.

El viejo recogió la vela con la facilidad que otorgan los años de experiencia y el barco aminoró la velocidad hasta parar y quedar a merced del balanceo de las olas.

—El agua te llegará al pecho. Salta y te paso la bolsa.

Hanno pensó que sería muy fácil para Alcimos largarse con sus cosas, pero a veces era necesario

confiar en las personas. La única manera de meterse en el agua era saltando, y eso fue lo que hizo. Sabía que el agua estaría fría, pero aun así se le cortó la respiración y agradeció poder tocar el fondo con los pies. Cuando alzó la vista vio a Alcimos esperando con la bolsa en la mano y se avergonzó de haber dudado de él.

—Muchas gracias. —Hanno se colocó la bolsa sobre la cabeza para evitar que se mojara.

—Que los dioses te protejan. Con suerte llegarás a Siracusa antes del atardecer.

—Espero que tengas una rápida

travesía de regreso a Bruttium.

—Y, a ser posible, con las redes llenas —añadió Alcimos con una sonrisa mientras izaba la vela.

Cuando Hanno alcanzó la orilla, Alcimos ya se hallaba a más de cien pasos de la costa. El pescador no miró atrás, como si así cumpliera su promesa de olvidarse de Hanno, a quien embargó una repentina sensación de soledad. Su misión acababa de empezar. Aníbal confiaba en él. Echó un vistazo a la playa y comprobó que seguía vacía, al igual que el mar en derredor, salvo por la barca del pescador. Hanno rebuscó en la bolsa y, al

cabo de unos minutos, ya iba vestido de campesino. Ocultó la cicatriz del cuello con un pañuelo y una fina tira de cuero le hizo las veces de cinturón y le permitió llevar la daga en la cintura. Hanno pretendía hacerse pasar por un campesino sin hogar que llevaba a cuestas todas sus pertenencias. Si le detenía una patrulla romana, ya vería lo que hacía... «No lo pienses. No pasará.» Hanno cruzó los dedos para que no sucediera y se adentró en la isla.

Los problemas de Hanno

comenzaron en la Hexápila, la puerta principal de la muralla norte de Siracusa. Había llegado a la ciudad la víspera sin rastro de ninguna patrulla romana. El sol ya estaba alineado con el horizonte y habían oído a los guardias llamándose entre sí para empezar a cerrar los grandes portones de madera. Los viajeros que intentaban entrar en la ciudad a esa hora solían considerarse más sospechosos, sobre todo en plena guerra. Aunque Hanno llevaba consigo el anillo de Aníbal y una carta de presentación, su aspecto era el de un pobre campesino que

no tenía donde caerse muerto y no podía descartar que, si le paraban, le acusaran de robar la espada y el resto de sus pertenencias, por lo que debía andarse con ojo. Cansado y hambriento, Hanno encontró un lugar discreto para dormir bajo un árbol a cierta distancia de la carretera y se enrolló en la capa de lana para protegerse del frío.

Esa noche apenas durmió y a la mañana siguiente se levantó con el cuerpo frío y entumecido. Hanno observó el tráfico que se dirigía a la ciudad y decidió aproximarse a la Hexápila al mismo tiempo que un

buen número de viajeros. Aunque los romanos estuvieran al acecho, muchas personas necesitaban entrar y salir de las murallas. Los granjeros y comerciantes tenían productos que vender, y los jornaleros, su tiempo. Había también otros tipos de viajeros: Hanno divisó varios soldados que regresaban de patrulla y un grupo de nuevos reclutas procedentes del campo que habían acudido a la llamada de ayuda de Siracusa. Hanno se puso detrás de estos últimos confiando en que los guardias no repararan en él.

La táctica no funcionó. Casi

todos los centinelas bromeaban con los reclutas, pero un guardia con vista de lince se dio cuenta de que Hanno iba solo.

—¡Eh, tú! —gritó en griego.

Hanno se planteó la posibilidad de huir hacia la ciudad, pero no sería lo más conveniente. Desconocía el trazado de las calles y se arriesgaba a que lo capturaran de inmediato como espía. Lo más prudente era mantener la calma y ver lo que pasaba. En verdad no tenía nada que temer, pero el pulso se le aceleró y notó un nudo en la garganta. Hanno levantó la vista con mirada inocente.

—¿Yo, señor? —respondió en el mismo idioma.

—Sí, tú, idiota. ¿Acaso estoy mirando a alguien más? —espetó el guardia con sus gruesas cejas negras fruncidas.

—No, señor.

—Ven aquí. ¡Rápido!

El guardia era un hombre de mediana edad que vestía una coraza de bronce abollada y un casco beocio que había visto tiempos mejores. Iba armado con una espada y una larga lanza. Hanno conocía a ese tipo de soldado: si le dabas un poco de poder y, sin un oficial presente, le

gustaba actuar como si fuera Zeus Sóter en persona, pero si se le pinchaba con fuerza, se desinflaba como un odre de piel de cabra. Aunque la idea era tentadora, no estaba en posición de hacerlo. «Tranquiliza a este gilipollas y entra en Siracusa», se dijo.

—¡Ahora, he dicho!

Hanno se acercó lo más rápido posible tras adelantar a un granjero que conducía un carro tirado por mulas al que acababan de autorizar el paso.

—¿Señor? —preguntó sin mirarlo a los ojos.

—¿Nombre?

Hanno abrió la boca para decir «Alcimos», pero Cejas Gruesas le clavó el dedo en el pecho.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha comido la lengua el gato, campesino?

Furioso, Hanno decidió que había llegado el momento de desvelar su identidad.

—Hanno —respondió en voz baja para que las personas que iban detrás de él no le oyeran. Podían ser espías romanos y no deseaba que se supiera que un cartaginés entraba camuflado en Siracusa.

—¿Cómo dices? ¡Habla más alto!
Hanno se inclinó hacia él.

—Me llamo Hanno y soy oficial cartaginés. Me envía Aníbal Barca con un mensaje para tus generales, Hipócrates y Epíctides.

Cejas Gruesas lo miró con incredulidad antes de soltar una carcajada.

—¡Y yo soy el mismísimo propraetor Apio Claudio Pulcro! ¿Qué llevas ahí?

—Mis cosas. Ropa, comida y una espada.

—¿Una espada? —El guardia empujó a Hanno hacia atrás con la lanza—. ¡Alarma! Aquí tengo uno con un arma.

Sonaron gritos de pánico y los

viajeros a su alrededor huyeron hacia dentro y hacia fuera de la ciudad. En menos de lo que canta un gallo, Hanno se encontró solo y rodeado de varios guardias que le amenazaban con sus lanzas. El joven cartaginés soltó la bolsa, tiró la daga al suelo y levantó las manos.

—No voy armado —declaró en voz alta.

Cejas Gruesas instó al resto de los guardias a matarlo allí mismo. Algunos compañeros compartían su opinión, pero por suerte otros permanecieron indecisos pese a su temor. Detrás de ellos se había

agolpado un grupo de curiosos.

—¡Un espía! ¡Un espía! —gritó un hombre.

El círculo de lanzas titubeó. Cejas Gruesas soltó una maldición y dio un paso hacia su prisionero.

Hanno se esforzó por mantener la calma.

—Necesito hablar con el oficial al mando —solicitó más fuerte que la última vez.

—Nosotros decidiremos lo que hacemos contigo, rata —gruñó una voz detrás de él.

El joven comenzó a volverse, pero le asestaron un golpe en la cabeza y perdió el conocimiento.

Hanno soltó un grito ahogado cuando le vaciaron un cubo de agua sobre la cabeza. Recobró el conocimiento y se halló a sí mismo atado de pies y manos como si fuera un cerdo preparado para la matanza. Tenía un tremendo dolor de cabeza y la boca seca y pastosa. Rodó a un lado hasta quedarse boca arriba y vio a un grupo de hombres que lo observaba con recelo. Uno de ellos era Cejas Gruesas. Los otros dos también eran soldados rasos, pero el último —para gran alivio de Hanno— era un oficial que vestía una pulida coraza de bronce y el pteryges que

le protegía los hombros y la entrepierna. Sin embargo, su alivio se esfumó cuando le señaló el cuello.

—¿Eres un esclavo?

Hanno se puso tenso. No se había percatado de que le habían quitado el pañuelo y que había quedado al descubierto la «F» que Pera le había grabado en la piel, la «F» de fugitivo.

—¡No! Los romanos me capturaron hace tiempo y me torturaron. Esta marca me la hicieron ellos.

—¡Y yo que me lo creo! —replicó el oficial.

No obstante, la historia de Hanno ganó credibilidad cuando mencionó el anillo y la carta de Aníbal que no habían encontrado al registrarle. Cuando los descubrieron, después de desnudarlo por completo, el oficial amonestó a sus hombres.

—¿Cómo es posible que no vierais esto antes?

Los soldados bajaron la cabeza molestos. Hanno los ignoró y se dedicó a explicar su misión brevemente en un griego fluido al oficial, que hizo ademán de romper el sello de la carta.

—Si la abres, es por tu cuenta y

riesgo —advirtió Hanno—. Esta carta va dirigida únicamente a Hipócrates y Epíctides.

El oficial se detuvo. Para acabar de convencerse, hizo un par de preguntas al prisionero en su mal cartaginés. La velocidad de las respuestas de Hanno era la prueba definitiva que necesitaba. El oficial tuvo la decencia de sonrojarse cuando ordenó que lo soltaran y le devolvieran la ropa y sus pertenencias, excepto las armas.

—Mis disculpas por la confusión. Tenemos órdenes de estar atentos a los espías romanos.

—Si me hubiera mandado

Marcelo, dudo que me hubiera presentado como cartaginés — comentó Hanno sarcástico mientras se vestía.

—Lo sé y lo siento. Mis hombres serán castigados —respondió el oficial clavando la vista en Cejas Gruesas, que apartó la mirada—. Llevaré esto a Hipócrates y Epícides.

Hanno miró el anillo y la carta asustado.

—Mi intención era entregárselos en persona.

—Me limito a cumplir con mi deber —replicó el oficial incómodo—. No tardaré mucho. Mientras

tanto, ¿quieres algo de comer o beber?

—Sí, gracias. Y también algo para el dolor, si es posible. La cabeza me está matando —respondió lanzando una mirada asesina a Cejas Gruesas y sus compañeros.

—Claro. —El oficial rugió la orden y los soldados se apresuraron a cumplirla—. Volveré lo antes posible —dijo con una inclinación de cabeza antes de cerrar la puerta con llave.

Hanno controló su ira. Nunca había imaginado que en su primera visita a la ciudad acabaría

encerrado en una celda después de ser asaltado por varios guardias siracusanos. Estaba claro que no era suficiente con que el oficial le creyera. Esperaba que Hipócrates y Epícides se dieran cuenta de que la carta y el anillo eran genuinos. De lo contrario, su estancia en esa celda oscura podía devenir permanente.

El joven se animó un poco cuando apareció en la celda un esclavo con un plato de pan y aceitunas y un poco de vino. A continuación le exploró un médico, que, tras chasquear la lengua en señal de desaprobación cuando le

explicó el origen de la herida, declaró que no se trataba de nada grave. Tres gotas de jugo de amapola en el vino paliarían el dolor sin adormecerle, le explicó mientras destapaba un pequeño vial de cristal.

Al cabo de un rato el oficial regresó con una amplia sonrisa. Hanno desconocía cuánto tiempo había transcurrido porque la celda carecía de ventana y la única luz provenía de una lámpara de aceite.

—Tengo orden de llevarte ante los generales. ¿Has podido descansar? ¿Te duele menos la cabeza?

—Estoy bien, gracias. ¿Han leído la carta?

—Sí, y desean verte de inmediato. Mis disculpas de nuevo por el trato recibido y este período de... confinamiento. Ya ha habido dos tentativas de asesinato contra Hipócrates y Epícides.

—Lo entiendo. —Hanno pensó que tenía sentido, aunque Cejas Gruesas fuera un imbécil. Se alisó la túnica de lana y sonrió—. Estoy listo.

El oficial hizo una pequeña reverencia.

—Sígueme, por favor.

Hanno salió de la celda

escortado por un par de soldados. Seguían sin devolverle la espada y la daga. Estaba claro que la confianza de los hermanos tenía sus límites.

Mientras avanzaban por el pasillo, a Hanno se le puso la carne de gallina al oír los lamentos que surgían detrás de algunas puertas. Recordó Victumulae y se tocó la cicatriz bajo el pañuelo.

Cuando salieron a la luz, Hanno entornó los ojos hasta acostumbrarse a la luminosidad del sol. Se encontraban en un enorme patio de armas rodeado de establos, barracas y talleres. Había

soldados por todas partes: algunos charlaban mientras otros limpiaban sus armaduras u obedecían apresurados las órdenes de sus oficiales. Las celdas se hallaban en un edificio que formaba parte de la muralla defensiva, cuyos grandes bloques de piedra caliza eran tan impresionantes desde fuera como desde dentro.

—Ahora estamos en la parte este de la ciudad, en la guarnición —explicó el oficial—. Hipócrates y Epícides viven cerca. Para ir hasta allí, lo más rápido es caminar por las murallas. Además, de este modo pasarás inadvertido y podrás

disfrutar de la vista.

Hanno subió los peldaños de piedra que conducían a la parte superior de las defensas con interés creciente. Un centinela apostado en el último escalón saludó al oficial.

Cuando llegó a lo alto, Hanno soltó un grito ahogado al contemplar la vista que se desplegaba ante sus ojos.

—Es una reacción habitual —rio el oficial.

—Me recuerda a Cartago —comentó Hanno, nostálgico.

La luz de media tarde transformaba el mar en un cegador espejo blanco, lo cual no le impidió

divisar las decenas de barcos en las calas y la lengua de tierra que apuntaba a una pequeña isla fortificada.

—Eso debe de ser Ortygia.

—Veo que estás bien informado. Su nombre se debe a su forma, que se asemeja a la de un tipo de codorniz. Desde aquí puede verse una parte de Acradina. El puerto que está a este lado de Ortygia es pequeño, pero al otro lado hay uno mayor y resguardado con capacidad para cientos de barcos.

—¿No está bloqueado por los barcos romanos?

—Siempre hay varios barcos ahí

fuera. Diez o veinte trirremes, a veces más, pero por suerte no son suficientes para bloquear la ciudad por completo. Tu pueblo ha sido muy generoso con nosotros y nos envía suministros con regularidad.

—Me alegro de saberlo. —Hanno se planteó la posibilidad de regresar a casa en un barco cartaginés, pero recordó con amargura que allí ya no tenía familia y solo le quedaban unos pocos amigos. Su madre había fallecido y casi todos sus compañeros de infancia estaban destinados en alguno de los ejércitos de Cartago.

Cuando llegaron a una sección más ancha de la muralla, una catapulta de dos brazos le llamó la atención. No estaba custodiada por ningún soldado, pero había varios montones de piedras a su lado y los mecanismos parecían bien engrasados. Quedaba claro que estaba lista para usar. Vio otra a una treintena de pasos y, después, una tercera y una cuarta. Y había más máquinas visibles en la lejanía. Hanno soltó un silbido y el oficial lo miró satisfecho.

—¿Cuántas catapultas tenéis?

—Desconozco la cifra exacta, pero centenares. Están distribuidas

por toda la muralla, que mide más de doscientos estadios. Estas son las pequeñas; las grandes tienen que estar a nivel del suelo. Si no fuera por Arquímedes, no tendríamos ni la mitad. Insistió a Hierón que eran necesarias más y creo que al final este ordenó su construcción para no oírle más. Y ahora estamos muy contentos de tenerlas.

—¿Los romanos están en camino?

El oficial rio.

—Sí. Según los desertores que de vez en cuando llegan a la ciudad, Marcelo no tardará en

movilizar las legiones. Es inevitable, pero al menos así se acabará la espera. Estamos preparados para recibirlos y estos muros son capaces de resistir una década de asedio.

—Son unas defensas impresionantes.

Hanno pensó orgulloso en su ciudad, cuyas fortificaciones eran todavía mayores, pero nunca tendría que enfrentarse a un asedio, pensó. Hipócrates y Epícides resistirían en Siracusa con la ayuda de Hanno y, cuando llegaran las tropas de Cartago, ganarían la guerra en Sicilia.

Avanzaron unos metros más por la muralla hasta que les paró un grupo de soldados con un aspecto muy distinto al de Cejas Gruesas. Sus trajes y armas brillaban a la luz del sol y su ademán era muy profesional. El jefe, un joven de la edad de Hanno, llevaba el tradicional casco pilos con un magnífico penacho de cinco púas.

—Contraseña, señor —solicitó con educación.

—Heracles —respondió el oficial.

El soldado les cedió el paso con una inclinación de cabeza.

—Tú y tu invitado podéis continuar, señor, pero tus hombres

deben quedarse aquí.

Los soldados abrieron paso a Hanno y al oficial. Con tantas medidas de seguridad, los problemas de Hanno para entrar a la ciudad empezaban a cobrar sentido, puesto que ni siquiera confiaban en sus propios soldados.

Detrás del puesto de vigilancia, el pasadizo se agrandaba hasta convertirse en una gran plaza, en la enorme azotea de una vivienda, quizás un palacio. El suelo estaba decorado con mosaicos blancos y negros y, a los lados, grandes macetas contenían parras, limoneros e higueras. Varios

listones de madera en el suelo sujetaban las celosías por las que se encaramaban las parras. La técnica era ingeniosa y, aparte de proporcionar mucha sombra, emulaba el aspecto de un jardín. En la azotea incluso había una fuente con una estatua de Poseidón en el centro, sentado a horcajadas sobre un gran delfín. Hanno se preguntó cómo acarrearían el agua hasta allá arriba.

El oficial percibió la sorpresa en su rostro.

—Otra obra de Arquímedes. El agua se sube a través de una rueda con baldes de cuero que está

situada sobre un pozo.

—Arquímedes debe de ser un hombre de gran talento.

—¡Y no has visto ni la mitad!

Hanno divisó varios hombres cerca de la fuente, dos de ellos tumbados sobre sendos divanes. Al acercarse también distinguió a dos hombres arrodillados y con las manos atadas a cuyas espaldas se encontraban varios soldados con las espadas desenvainadas. Los estaban interrogando. Uno de los prisioneros no respondió lo bastante rápido a una pregunta y un soldado le propinó una patada en la espalda. El prisionero cayó de

bruces al suelo, pero no intentó levantarse. Hubo una nueva pregunta y su compañero dio un respingo.

—¡Nuestro cartaginés! —anunció uno de los ocupantes de los divanes—. Tráelo aquí, Kleitos.

El oficial cedió primero el paso a Hanno y ambos se acercaron.

Hanno reconoció a los hombres tumbados: eran Hipócrates y Epícides. Tenían el mismo aspecto que en Cannae, pero no recordaba quién era quién. Uno llevaba barba y el otro no, pero era la única diferencia discernible entre los hermanos, puesto que ambos

tenían el pelo negro y rizado y unos rasgos muy finos, casi femeninos. Los dos llevaban un himation de ricos bordados, símbolo de su posición, y unas botas hasta la pantorrilla que se parecían a las de Aníbal.

En cuanto estuvieron a unos diez pasos, Kleitos tocó la espalda del cartaginés y Hanno comprendió el mensaje.

—Mis saludos, gobernantes de Siracusa —saludó con una reverencia.

—¿Gobernantes? —rió el barbudo—. No somos más que dos de los generales del consejo de

gobierno.

Hanno miró a Kleitos, pero tenía el rostro impertérrito.

—No lo entiendo.

—Hipócrates está bromeando contigo —explicó el hermano sin barba—. Es cierto que el resto de los generales son nuestros iguales, pero suelen seguir nuestras recomendaciones.

Si bien es cierto que había empleado un tono jocoso en su explicación, un brillo ladino en sus ojos hizo pensar a Hanno que la relación con el resto de los generales no era del todo cordial. Se preguntó si los demás también

disfrutaban de los placeres de ese jardín en la azotea, pero no dijo nada.

—Es un honor para mí conoceros, mis generales. Mi nombre es Hanno de Cartago. Me envía Aníbal Barca, como ya habréis podido leer en la carta.

—Aquí la tengo —dijo Epícides señalando una mesita ante él sobre la cual se encontraba el anillo y el pergamino abierto—. Bienvenido a nuestra ciudad y mis disculpas por el trato recibido. Los guardias de las puertas pueden ser un poco impetuosos.

«Y estúpidos», pensó Hanno.

—Lo comprendo, mi general.
Estas cosas pasan.

—¿No vienes con soldados? —
preguntó Hipócrates con tono
hostil.

—Me temo que no, mi general.
Aníbal necesita a todos los que
tiene. Con cada estación que pasa,
los romanos tienen más legiones.

Hipócrates soltó un bufido
despectivo, pero Epícides sonrió.

—Tenemos hombres suficientes
para defender la ciudad y unos
cuantos más. Cuando lleguen las
tropas de Cartago anunciadas por
Aníbal, echaremos las legiones de
Marcelo al mar.

—Y sus aguas se volverán tan rojas como las del Trasimene — añadió Hipócrates.

—Ojalá ese día llegue pronto. Aníbal me ha mandado aquí para que pueda ayudaros a alcanzar ese objetivo.

—¿Estuviste en Trasimene? — preguntó Hipócrates con curiosidad.

—Sí, mi general.

Hanno seguía sintiendo cierta culpabilidad cuando pensaba en esa batalla, aunque Aníbal lo había absuelto a él y al resto de los comandantes de falanges de toda culpa por haber permitido que se escaparan miles de legionarios por

la brecha que abrieron entre sus unidades.

—Nosotros también, pero tu cara no me suena —comentó el general con tono acusador.

—Sin embargo, estuve presente —reiteró Hanno un poco irritado. Hipócrates tenía un carácter discutidor y parecía imposible de contentar.

—¡Nadie recuerda ninguna cara entre tantos miles de soldados! Tu palabra nos basta. Según Aníbal, eres un oficial de infantería con experiencia —dijo Epícides con mirada escudriñadora.

—Así es, mi general. He luchado

en Trebia, Trasimene y Cannae, y en casi todas las batallas que se han librado entretanto y desde entonces.

—Es obvio que Aníbal te tiene en gran estima si te ha elegido para esta misión y te ha entregado esto —comentó Epícides al tiempo que cogía el anillo de la mesa y lo admiraba—. ¡Toma! —dijo lanzándole el anillo a Hanno.

—¡Yo quería quedármelo! —protestó Hipócrates.

—No te corresponde, hermano —replicó Epícides.

—Gracias, mi general —agradeció Hanno mientras cerraba

el puño con el anillo e intentaba disimular la creciente antipatía que sentía por Hipócrates—. ¿Cómo puedo servirlos de ayuda?

Epícles miró a Hipócrates.

—¿Qué te parece, hermano? ¿Lo ponemos al frente de una unidad de infantería?

—Supongo —contestó Hipócrates con desgana—. Pero no sé la diferencia que puede marcar un solo oficial —añadió mientras se levantaba para dirigirse al prisionero tumbado en el suelo—. ¿Tú qué dices?

El prisionero emitió un gemido por toda respuesta.

—No le hagas caso —dijo Epícides a Hanno, refiriéndose a Hipócrates—. Te ocuparás de los soldados con menos experiencia. Seguro que se beneficiarán de tu instrucción y, si pudieras ayudar también al resto de los oficiales, te lo agradecería. Cuando comience el asedio, te asignaré la defensa de uno de los muros de la ciudad.

—Será un honor, mi general.

Hanno sentía simpatía por Epícides, que al menos era amable. No sabía hasta qué punto podría obtener información útil para Aníbal en el ejercicio de sus funciones, pero no podía elegir su cargo.

—Cuando lleguen las tropas de Cartago, nos resultará muy útil contar con un oficial que hable griego y cartaginés, ¿verdad, hermano?

«Eso suena más prometedor», pensó Hanno.

—Sí, sí —respondió Hipócrates con desgana antes de asestar un puntapié al prisionero—. Si no tienes más información, no me sirves de nada—. Arrojadlo por la muralla —ordenó a los soldados.

Epícles hizo un vago gesto de disculpa a Hanno, que contempló cómo los soldados agarraban al hombre por los brazos y lo

arrastraban entre sollozos hasta la muralla para lanzarlo sin más al vacío. Un alarido desesperado llegó hasta sus oídos. Solo duró un par de segundos y después se silenció para siempre.

«Por todos los dioses, qué manera de morir», pensó Hanno.

—¿Qué había hecho? —inquirió con expresión neutral.

—¡No decirme lo que quería oír, eso! —espetó Hipócrates furibundo.

—Era sospechoso de traición, igual que su compañero —respondió Epícides.

—¿Sospechoso? —preguntó Hanno. La pregunta había salido de

su boca antes de que pudiera impedirlo.

—Correcto —replicó Epícides sin un ápice de su amabilidad anterior.

Mientras tanto, Hipócrates había ordenado que el segundo prisionero fuera llevado al mismo punto de la muralla del que había sido lanzado su compañero y comenzó a amenazarle.

—¡Me apuesto lo que sea a que este prisionero está más dispuesto a hablar! —rió Hanno como si le divirtiera la escena.

—¡Seguro! —convino Epícides, de nuevo de buen humor—. Hipócrates puede ser muy

persuasivo.

No tardaron en oírse los gritos del hombre, pero Epícides los ignoró por completo.

—Kleitos te acompañará a tus aposentos y te dará el equipo y las armas que necesites. Volveremos a vernos pronto.

Hanno comprendió que la audiencia había tocado a su fin.

—Gracias, mi general. ¿Y mi nueva unidad?

—Te mandaré un mensajero con los detalles.

Hanno hizo una reverencia y murmuró varias fórmulas de cortesía más antes de retirarse.

Cuando se alejaba del lugar con Kleitos, no pudo evitar echar un vistazo a Hipócrates, pero deseó no haberlo hecho: el general acababa de cortar la oreja al prisionero; la examinó un instante antes de lanzarla al vacío con la amenaza de que, si no quería acabar igual, sería mejor que empezara a cantar.

Aníbal tenía razón, pensó Hanno. Hipócrates era peligroso y, pese a su amabilidad, Epícles también. Lo había destinado a un nido de víboras.

6

Después de un día de travesía, Aurelia empezó a preguntarse si había sido acertada su decisión de viajar a Rhegium. Aunque le molestaban las restricciones que implicaba su vida como madre y

esposa, comprobó que era muy fácil quejarse desde la comodidad y seguridad de Roma. En esos momentos se hallaba a merced de los elementos, que a su vez estaban en manos de los dioses, unos seres con los que mantenía una relación complicada. Desde Cannae había procurado guardarse para sí su desconfianza en los dioses, pero le preocupaba que las deidades adivinaran sus sentimientos. En cualquier caso, les había realizado numerosas ofrendas antes de partir, en parte como acto de contrición y en parte para suplicar que Lucius siguiera con

vida, es decir, que se hubiera recuperado de sus heridas, así como solicitar una feliz travesía hasta Rhegium.

No obstante, Neptuno y los dioses del viento no parecían haber prestado atención a sus plegarias, puesto que una hora después de zarpar de Ostia el día soleado había dado paso a una lluvia intensa que no paró hasta bien entrada la tarde. Aurelia estaba mareada por el constante balanceo del barco y el pobre Publius había vomitado hasta la bilis. Tempsanus, por su lado, parecía soportar mejor los vaivenes de la tempestad, mientras que

Agesandros no solo estaba en perfecto estado, sino que su humor mejoraba con cada milla que avanzaban hacia el sur.

Por suerte el tiempo cambió al anochecer y los vientos racheados se transformaron en una brisa del norte que sopló a su favor y les acercó rápido a su destino. Cuando el capitán —un hombre de calvicie y barriga incipientes— decidió anclar para pasar la noche, ya habían completado una parte considerable del viaje. El segundo día Aurelia olvidó toda su aprensión cuando el cielo azul y el mar tranquilo les permitieron avanzar a toda

velocidad. Como prueba del favor de Neptuno, y para la delicia de todos los pasajeros, un banco de delfines siguió la estela del barco durante largo rato.

Al amanecer del tercer día, el capitán les informó que, si el viento seguía soplando a su favor y no se encontraban con embarcaciones hostiles, llegarían a su destino al anochecer. La mención de barcos hostiles inquietó a Aurelia, pero pasaron las horas sin que avistaran nada más que algún que otro barco pesquero. Finalmente, el vigía anunció que Sicilia estaba a la vista. Un sonriente Tempsanus

comunicó a Aurelia que llegarían a Rhegium en dos horas. Aurelia se alegró al oírlo, pero después pensó en Lucius y volvió a sumirse en sus preocupaciones. ¿Estaría vivo todavía su marido? La joven rogó que Hades no hubiera reclamado su vida y que le permitiera sobrevivir y recuperarse de sus heridas. Para variar, fue Publius quien la sacó de su ensimismamiento cuando se sentó a su lado tras escabullirse de la mano de Elira. Aurelia le sonrió y empezó a jugar al escondite con él ocultándose de su vista detrás del mástil.

—¡Barco a la vista!

Aurelia estaba tan enfrascada en el juego que no prestó atención a la llamada del vigía.

—¿Dónde? —preguntó el capitán.

—Al sur, señor. En el estrecho.

—¿Va solo?

—Eso parece, señor.

—¿Distingues qué tipo de embarcación es?

El tono empleado por el capitán llamó la atención de Aurelia, que alzó la vista hacia el lugar donde estaba encaramado el vigía como un mono, las manos abrazando la madera y los pies sujetos a un cabo.

—No puedo verlo, señor, está demasiado lejos.

—¡Por la raja peluda de Neptuno! —masculló el capitán.

Aurelia ordenó a Publius que regresara con Elira para poder hablar tranquila con el capitán.

—Te veo preocupado —comentó.

Tempsanus también se había acercado a hablar con el capitán y Agesandros había logrado colocarse lo bastante cerca como para no perder palabra de la conversación.

—Sí, estoy preocupado, para qué voy a mentiros —contestó el capitán al tiempo que hacía una

señal contra el diablo—. Los barcos de Marcelo controlan estas aguas, así que es probable que sea uno de los nuestros, pero no tenemos garantía alguna. También se encuentran barcos siracusanos en esta zona y podría tratarse de un trirreme gugga que ha virado al norte. La cuestión es que no lo sabremos hasta que estemos cerca, quizás hasta que no estemos en el estrecho, pero entonces estaremos tan cerca que podrán atacarnos con facilidad.

—¿Qué sugieres que hagamos?
—preguntó Tempsanus con ademán serio, sin atisbo de su habitual

talante jovial.

—Podríamos acercarnos un poco más e intentar ver si podemos identificarlo por las velas, o bien podemos virar al norte. Si no nos sigue, será buena señal. Entonces podemos pasar la noche en una de las islas Lipari y reanudar el viaje mañana antes del amanecer. Enseguida llegaríamos a Rhegium.

Por su tono, era obvio que el capitán se decantaba por la segunda opción, que también era la predilecta de Tempsanus, sobre todo considerando que el flete del barco corría de su cuenta. Aurelia escuchó la conversación inquieta.

La joven deseaba llegar a su destino lo antes posible, pero no a cualquier precio.

—Evitar posibles conflictos parece la mejor opción —decidió Tempsanus antes de volverse hacia Aurelia—. Un día más no marcará ninguna diferencia —sentenció.

Aurelia sonrió en señal de aceptación. «Pronto estaré a tu lado, esposo mío. Aguanta.»

El capitán suspiró aliviado ante la decisión de Tempsanus e hizo bocina con la mano para dar la orden.

—¡Rizad las velas! ¡Rápido!

Una docena de marineros

procedió a obedecer la orden, pero cuando apenas habían iniciado la maniobra, se oyó un nuevo grito del vigía.

—¡Barco a la vista! —anunció por segunda vez.

—¿Dónde? —inquirió el capitán.

—Detrás, señor. Ha salido de la nada. Debía de estar a sotavento de las islas.

Todos se volvieron hacia la popa y ante sus ojos apareció un barco de grandes velas cuadradas que les seguía a una milla de distancia. El capitán soltó una maldición y a Aurelia le entraron náuseas. El barco que les perseguía llevaba el

viento a favor y, si además utilizaba los remos, no tardaría en alcanzarlos.

—¡Soltad las velas! —rugió el capitán a la tripulación—. A juzgar por la manera en que este barco ha aparecido por detrás de nosotros, no lleva buenas intenciones, señor —explicó a Tempsanus—, así que no nos queda alternativa.

—¿Quieres decir que tenemos que tomar rumbo al sur y cruzar los dedos para que el otro barco no sea enemigo?

—Si no te parece mal, señor.

—Haz lo que consideres necesario. Si logras llevarnos a

Rhegium esta misma noche, te daré mil dracmas más.

El capitán sonrió de oreja a oreja.

—Haré lo que pueda, señor. —El capitán ordenó a la tripulación que empezara a remar—. Debemos avanzar a toda velocidad. —Aurelia oyó que decía al contramaestre—. Si queremos zafarnos de sus garras, debemos remar fuerte ahora; es la única posibilidad que tenemos de escapar. Si no, ya sabes lo que pasa con el viento en el estrecho.

—Que es menos de fiar que un prestamista fenicio, señor. Si el viento sopla a nuestro favor, será

perfecto, pero ¿y si sopla en dirección contraria?

El capitán hizo una mueca como toda respuesta.

Aurelia estaba cada vez más atemorizada. El único recurso que le quedaba era rezar. Intentó no hundirse ante la sensación de impotencia que ello le provocaba.

La suerte no tardó en abandonarles por completo. Sus perseguidores se acercaron lo suficiente como para bloquearles la salida al norte, mientras que el primer barco que habían avistado resultó ser un trirreme, una embarcación mucho más grande y

rápida que la suya con más del triple de remeros. El barco avanzaba en su dirección a la velocidad del rayo con unos aterradores ojos pintados en el espolón y la cubierta llena de soldados y arqueros. Un estandarte en la proa confirmaba que eran siracusanos.

En el barco de Aurelia cundió el pánico. Sin que nadie dijera nada, los remeros ralentizaron el ritmo.

—¡Que sigan remando! —ordenó Tempsanus con la frente empapada de sudor.

—¿Para qué? —replicó el capitán—. Estamos acabados.

Tempsanus estaba a punto de protestar cuando oyeron una voz que se dirigía a ellos en mal latín:

—¡Deteneos u os embestiremos!

El capitán miró a Tempsanus como diciendo «ya te lo decía yo» y ordenó a los remeros que dejaran de remar.

—¿No podemos pelear? — preguntó Tempsanus.

—¿Pelear? Estos hombres son marineros, señor, no soldados.

El trirreme se acercó más con el fin de ponerse a su lado. Los soldados estaban listos para abordar en el momento en que se juntaran las naves.

—Te pagaré lo que sea.

—Sería una masacre, señor. Siento decirlo, pero tu dinero no vale nada en estos momentos.

Aurelia se esforzó por mantener la calma y, por una vez en la vida, agradeció la presencia de Agesandros a su lado.

—¿Qué ocurrirá ahora? —preguntó Aurelia al capitán controlando el miedo en su voz.

—Con un poco de suerte, se limitarán a tomar el barco y nos obligarán a incorporarnos a su tripulación bajo las órdenes de su capitán y sus oficiales —respondió el capitán, que titubeó un instante

antes de proseguir—. En cuanto al destino de los pasajeros, me temo que no lo sé.

Aurelia miró a Tempsanus, que tenía el rostro desencajado por el miedo.

—Nos tomarán como esclavos — explicó Agesandros—. O, si tenemos muy mala suerte, nos matarán.

A Aurelia le flaquearon las piernas. «Qué estúpida he sido. Debería haber hecho caso a Tempsanus y quedarme en Roma.»

—Si lo deseas, puedo mataros a ti y a tu hijo ahora —susurró Agesandros—. Así os ahorraré

mucho sufrimiento.

Aurelia lo miró horrorizada, pero en sus ojos preocupados leyó que hablaba en serio.

—Podrían hacerte cosas terribles. No tienes ni idea...

—No.

—¿Y si venden a Publius a otro amo? ¿Has pensado en eso?

—¡No va a suceder nada de eso! Voy a hablar con el capitán. Soy una mujer noble.

—A ellos les dará igual —replicó Agesandros.

—No quiero que pongas fin a nuestras vidas —ordenó en un susurro—. ¿Qué vas a hacer tú?

—Dejaré que me lleven preso; la vida de esclavo no es nada nuevo para mí. A la primera oportunidad que tenga me escaparé y, si puedo, acudiré en tu ayuda.

Aurelia trago saliva y rezó con más fervor que nunca desde Cannae. «Por favor, protegednos a mí y a mi hijo. Protegednos a todos.»

Volvió a sonar una orden en el mismo mal latín de antes.

—¡Recoged los remos!

El capitán repitió la orden y la tripulación obedeció. En cuanto recogieron los remos de babor, el trirreme se deslizó a su lado, con

sus remos ya recogidos. Los cascos de ambas naves chocaron con un estruendo. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! El barco todavía se balanceaba cuando fueron abordados primero por seis soldados seguidos a continuación de una docena más, todos armados.

—¡Soltad las armas! —ordenó un soldado en burdo latín antes de repetir lo mismo en griego.

Los pocos marineros que se hallaban en cubierta cayeron de rodillas y suplicaron clemencia. Los remeros ni siquiera levantaron la vista.

El capitán alzó las manos.

—Estamos desarmados. El barco es todo vuestro —dijo en un griego aceptable.

Agessandros se colocó delante de Aurelia, que había llamado a Elira y Publius a su lado, y Tempsanus imitó al capataz.

—Tranquila, señora —susurró—. Yo te defenderé.

—No, Tempsanus —protestó Aurelia.

Pero el hombre mayor ya había dado un paso adelante.

—Somos civiles... —comenzó a decir.

La respuesta del jefe de los soldados fue inmediata y brutal:

clavó la espada en el vientre de Tempsanus, que primero soltó un gemido de sorpresa y luego lanzó un terrible alarido de dolor. Acto seguido, el soldado lo empujó con el escudo para arrancarle la espada y, de un empujón, lo echó después al lugar de los remeros, donde aulló agónico. A continuación, el soldado clavó su dura mirada en Agesandros.

Aurelia observó que el siciliano tensaba el cuerpo, pero pese a sus diferencias, no deseaba que el capataz perdiera la vida allí. No valía la pena.

—No hagas nada —susurró antes

de adelantarle y dar un paso al frente—. Soy romana y de clase noble —declaró Aurelia en griego—. Si me haces daño, que sea por tu cuenta y riesgo.

—¡Vaya, jamás me he follado a una noble romana y no pensé que me toparía con una en esta bañadera! —rio el soldado—. ¡La suerte me sonríe!

Sus camaradas rieron y Aurelia tembló asustada. Agesandros se puso a su lado y esta vez no tuvo fuerzas para apartarlo.

—¡ALTO! —gritó la misma voz que había amenazado antes con embestirlos—. Aquí no se mata ni

se folla a nadie hasta que yo dé el visto bueno.

Decepcionado, el soldado no se movió y Aurelia respiró aliviada. Se oyeron nuevos pasos en cubierta y, un instante después, se encontró cara a cara con un atractivo oficial siracusano que ni siquiera se había molestado en desenvainar la espada.

—¿Y quién eres tú? —inquirió con tono arrogante.

—Me llamo Aurelia y soy la esposa de Lucius Vibius Melito —respondió la joven con toda la tranquilidad que le permitió su acelerado corazón—. Pertenezco a

la clase ecuestre y exijo que se me trate como tal.

—Aquí tú no exiges nada — replicó el oficial con un tono sibilino que resultó más amenazador todavía—. Si les doy permiso, mis hombres harán contigo y con tu esclava todo tipo de vilezas delante de los ojos de tu hijo, porque por tu expresión adivino que el niño es tuyo. Por lo tanto, te sugiero que cierres la boca y no nos causes problemas.

Aurelia no recordaba haber pasado tanto miedo en su vida, pero como no estaba dispuesta a mostrarlo, se limitó a asentir.

A continuación, el oficial se detuvo ante Publius y Elira.

—Atadlos a todos, excepto al niño, y llevadlos a nuestro barco —ordenó.

—¿Adónde nos lleváis? —se atrevió a preguntar Aurelia.

—A Siracusa, ¿adónde, si no?

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Había sido una idiota. Sería muy afortunada si lograba escapar de esa situación ilesa y con Publius a su lado. ¿Quién sabía lo que podía sucederles?

—¿Mamá? —resonó la voz aguda

de Publius en la mazmorra—. ¿Mamá?

—Estoy aquí, cariño. —Los ojos de Aurelia se habían acostumbrado a la penumbra y encontró sin problemas las mantas raídas que les hacían las veces de jergón. Eira seguía durmiendo—. Estoy aquí, cariño, no pasa nada —susurró Aurelia.

Cogió a su hijo en brazos y lo apretó contra su pecho, empapándose de su olor y calidez, que le recordaban su vida de antes de ese infierno. Compartían el pequeño espacio al que habían sido confinados a su llegada a Siracusa

con seis mujeres más. Todas estaban muy delgadas y vestían harapos. Después de varias tentativas de entablar conversación, lo único que sabía era que las habían tomado presas la semana anterior y comían una vez al día. Aurelia desconocía el paradero de Agesandros, el capitán y la tripulación. El pobre Tempsanus yacía en el fondo del mar, convertido en pasto para los peces. ¿Y Lucius? Solo los dioses sabían si continuaba vivo. «Por favor, haced que Hanno me encuentre», suplicó Aurelia. Era una idea descabellada, pero era lo único

a lo que podía agarrarse.

—Tengo ham-bre, ham-bre.

—Lo sé, cariño, lo sé. —Aurelia también tenía el estómago vacío. Era difícil adivinar qué hora era en medio de la oscuridad, pero no tardarían en traerles la comida—. Pronto nos traerán algo de comer, ya verás.

—Quiero sal-chi-chas.

—Quizá traigan salchichas, pero no estoy segura. Quizá solo traigan un poco de pan, pero estaría bien comer pan, ¿no?

—¡Pan! ¡Pan! ¡Quiero pan!

—Pronto, cariño, pronto.

Aurelia le acarició el cabello y

caminó los ocho pasos que había hasta la pared del fondo de la celda y después dio media vuelta hasta la puerta con la pequeña rejilla que daba al corredor. No había nadie. Había sido así desde que habían llegado. Los gemidos procedentes del resto de las celdas la atormentaban mientras caminaba de un lado a otro. Por fin Publius se durmió en sus brazos. Temerosa de que el hambre le despertara, lo sostuvo hasta que sus brazos no aguantaron más el peso. Por suerte no se inmutó cuando lo depositó sobre la manta y lo tapó. Aurelia lo miró y pudo oír en su mente la voz

recriminadora de su madre. «Este carácter impulsivo no te llevará a ninguna parte, hija», solía decirle. Pero ya nada podía hacer. «Lo hecho, hecho está», pensó Aurelia. Había tomado la decisión de viajar a Rhegium y ahora tenía que acarrear con las consecuencias. Se sobrecogió al recordar el mercado de esclavos en Capua y rezó para que al menos pudiera conservar a Publius a su lado. Separarlos sería lo peor que pudiera ocurrirles, peor que la muerte.

La muerte. ¿Era eso lo que les esperaba?, se preguntó con la sensación de estar entumecida.

Aurelia no estaba preparada mentalmente para lo que sucedió a la mañana siguiente. Varios soldados escoltaron hasta un patio a las mujeres de la celda y al poco rato se les unieron una docena más. El oficial que había abordado el barco ordenó que se desnudaran por completo. Conscientes de que las preparaban para ser vendidas, algunas mujeres comenzaron a sollozar, pero nada podía cambiar su destino.

Para que no se inquietara, Aurelia dijo a Publius que se trataba de un juego. La situación era denigrante; no había estado

desnuda en público desde que era pequeña y los comentarios soeces y los manoseos de los soldados agravaban todavía más la situación. Después de ordenarles que se lavaran con el agua de los cubos que los soldados habían traído del pozo, lo peor todavía estaba por llegar: les espolvorearon los pies con polvo blanco en señal de su calidad de esclavas y las ataron entre sí con cuerdas en las manos y el cuello. «Que los dioses me den fuerzas», rogó Aurelia sin atreverse a levantar la mirada. Era inhumano. Por eso mismo habían pasado Elira, Hanno y Agesandros, así como los

esclavos de su familia y los de Lucius. Sus intentos anteriores de identificarse con ellos no habían sido más que una forma de idealizar la situación. Jamás había pensado que podía pasarle a ella.

—¿Por qué estás atada, mamá?
—preguntó Publius con el labio superior tembloroso.

Aurelia dio gracias a que los guardias no hablaran latín.

—Es parte del juego, cariño — dijo obligándose a sonreír—. Ahora iremos a un lugar especial a buscar la ropa.

—¿Adónde?

—No lo sé, cariño. Tú sígueme.

Aurelia esperaba que el mercado no estuviera muy lejos. Para su alivio oyó a una de las mujeres que comentaba que estaba a menos de medio kilómetro. El oficial y varios soldados encabezaron la comitiva para abrirse paso entre la muchedumbre y el resto de los soldados se situaron detrás. La experiencia, curiosamente, no fue tan terrible como Aurelia temía, dado que muy pocas personas repararon en ellos, lo cual era más humillante todavía: los esclavos no merecían ni ser mirados porque eran lo más bajo.

Al principio Publius trotó

contento a su lado, pero a medida que las calles se llenaron, le resultó más difícil seguir el paso de los adultos. Cuando Aurelia se paró un instante para que pudiera seguirla, se tensó la cuerda que la unía a la siguiente mujer y perdió el equilibrio. Aurelia se disculpó a los soldados entre sollozos y prometió no volver a hacerlo y solo se llevó un golpe detrás de la oreja como todo castigo. A partir de ese momento, obligó a su hijo a caminar delante de ella, aunque se quejara de tener que caminar tan rápido.

Cuando por fin llegaron al

mercado, Aurelia respiró aliviada. Publius ya estaba al límite de sus fuerzas. Cuando divisó el mar a través de una puerta de la muralla y percibió su fuerte olor, supo que se encontraban cerca de uno de los puertos de la ciudad. Las gaviotas sobrevolaban entre graznidos los puestos de comida que flanqueaban el espacio más o menos rectangular donde se encontraban. Las hileras de esclavos estaban en el centro, separados en función del sexo, la edad y sus amos. Los esclavos eran de todos los colores y razas: romanos, galos y germanos de tez blanca se mezclaban con griegos y

egipcios de piel morena; también había nubios negros como el tizón e incluso un par de hombres de piel amarilla, cabello negro y ojos rasgados. Aurelia creía que se denominaban «seres». Había esclavos de todas las edades: desde viejos hasta de mediana edad, pasando por jóvenes en la flor de la vida, adolescentes, niños o bebés amamantados por sus madres. Todos estaban desnudos y la mayoría tenían una expresión ausente. Si las mujeres o los niños lloraban, eran silenciados de inmediato por sus vendedores con amenazas o golpes, o ambos.

—¿Es aquí donde nos devuelven la ropa, mamá?

—No, cariño. Primero tenemos que ir con alguien a buscarla.

—¿Con quién?

—No lo sé todavía.

Publius acababa de fijarse en un hombre corpulento que masticaba un trozo de pescado a la parrilla.

—¡Tengo ham-bre! ¡Quiero pescado!

—Chsss, cariño —instó Aurelia. Por fortuna ninguno de los soldados lo oyó.

Las mujeres fueron colocadas en fila sobre una especie de podio en el centro del mercado. Para distraer

a su hijo, Aurelia le dijo que hiciera dibujos con el polvo que le recubría los pies.

El tiempo fue pasando en una nebulosa de imágenes inconexas: un oficial compró por unas pocas monedas a un puñado de hombres de aspecto enfermizo, tras explicar que, como necesitaban a todos los soldados para la defensa de la ciudad, esos hombres podían limpiar una parte del alcantarillado que se había atascado y, si morían durante el trabajo, no pasaba nada; hubo una madre y un hijo que fueron vendidos por separado y protestaron desesperados mientras

sus compradores los llevaban en direcciones opuestas; un hombre de aspecto demacrado, quizás el propietario de un burdel, manoseó a todas las mujeres, incluidas Elira y Aurelia, pero esta respiró aliviada cuando se fijó en una rubia goda y su compañera, una mujer de cabello castaño y grandes pechos, y las compró a las dos junto con una de las jóvenes del grupo de Aurelia.

Las quejas continuas de Publius fueron la única constante que ayudaron a Aurelia a mantener la cordura. Primero tenía hambre, después quería irse a casa, luego reclamó un abrazo de su madre y, a

continuación, de Elira, y, acto seguido, preguntó por su padre. Aurelia logró que no llorara ni gritara con la ayuda de Elira, pero empezó a desesperarse cuando vio dos manchas rojas en las mejillas de su hijo y su voz se tornó más aguda. Publius estaba cansado y no lograría mantenerlo distraído mucho tiempo más. Los guardias también empezaban a irritarse. Aurelia los había visto arrancar a más de un niño de los brazos de sus madres y venderlos al primer postor porque no dejaban de llorar.

—¡Agathocles! ¡Qué alegría verte!

Aurelia volvió la cabeza. El oficial que los había capturado charlaba con un hombre de cabello negro, delgado y bien vestido. A juzgar por las sonrisas y la fluidez de la conversación, estaba claro que se conocían. Los guardaespaldas de Agathocles, un par de soldados, permanecieron cerca.

—¿Qué andas buscando esta mañana? ¿Más mujeres?

—Sí. Hipócrates se ha cansado del último lote —respondió Agathocles encogiéndose de hombros—. Ya lo conoces, nunca está contento.

—¿En qué te has acabado convirtiendo, hermano? —susurró el oficial—. ¿En el proveedor de carne fresca de Hipócrates? Deberías haberte alistado al ejército como yo.

—¡No empieces! Mírate, estás vendiendo esclavos en nombre del general. Tú y yo somos iguales —sentenció Agathocles dando una palmada en la espalda al oficial—. Veamos si hoy tienes algo que valga la pena para Hipócrates.

—Al final de la fila hay una matrona romana bastante atractiva. —A Aurelia se le heló la sangre en las venas al oírlo—. Y su esclava

iliria tampoco está nada mal.

Estas últimas palabras la animaron un poco más. Al mirar a Elira, comprobó que también habían encendido una llama de esperanza en sus ojos. «Por favor, Fortuna, ayúdanos. Si permanecemos juntas, no será tan terrible», suplicó Aurelia.

Agathocles eligió a una de las primeras mujeres de la fila, pero no se molestó en echar un segundo vistazo al resto.

—Esta vez no has traído ninguna belleza, amigo mío —se quejó antes de pararse de nuevo ante Aurelia—. Bueno, quizá me he

precipitado un poco.

—Ya te lo había dicho —replicó el oficial—. Seguro que a Hipócrates le gusta. Es muy gallarda.

Agathocles agarró la barbilla de Aurelia y le volvió la cabeza de un lado a otro. Aurelia intentó mantener la calma, pero el hombre percibió la tensión en el cuello.

—No te gusta que te haga esto, ¿eh? —preguntó en latín.

Aurelia no respondió y, acto seguido, el hombre le cruzó la cara.

—¡Te he hecho una pregunta, puta romana!

Publius rompió a llorar y Elira trató de consolarlo.

—No me importa que me toques
—susurró Aurelia.

—¡Mentirosa! —sonrió—. Mi
amigo tenía razón. A Hipócrates le
encantará domarte, sobre todo
teniendo en cuenta que eres
romana.

—¡Es una mujer de casa noble!
—añadió el oficial.

—Mejor todavía. Me la llevo —
decidió mientras le manoseaba los
pechos.

—A mi hijo también —dijo
Aurelia en el acto.

Agathocles rio.

—Hipócrates tiene sus cosas,
¡pero no es un pederasta!

Aurelia intuyó que en ese lugar donde reinaba la tristeza y la desesperación no serviría de nada suplicar, pero no podía perder a Publius, así que bajó la voz para que su hijo no la oyera.

—Si también te llevas a mi hijo, me encargaré de que Hipócrates goce como nunca.

Aurelia rogó para que las técnicas amatorias que le había enseñado Elira cuando se casó y que tanto éxito habían tenido con Lucius también funcionaran con Hipócrates.

Agathocles enarcó las cejas antes de fruncir el ceño.

—Más te vale o te azotaré hasta que se te caiga la piel de la espalda a tiras.

—Un caballo al que se le recompensa por obedecer suele ser mejor montura que el caballo fustigado —replicó Aurelia humedeciéndose los labios—. Si quieres, también puedo hacerlo contigo, y mi esclava también —añadió asombrándose a sí misma por lo que acababa de hacer.

Agathocles echó un vistazo a su esclava y Aurelia aguantó la respiración. Elira tenía todo el derecho a no seguirle el juego y esperar a encontrar un mejor amo.

—No se arrepentirá, señor. Se lo juro —corroboró la iliria con una sonrisa seductora.

Agathocles las estudió a ambas de nuevo y asintió.

—Poneos allí, al lado de mis hombres.

Aurelia no tuvo tiempo de dar las gracias a los dioses cuando el hombre la agarró por el cuello.

—Será mejor que tu hijo esté calladito. Si Hipócrates lo oye, desearás que no hubiera nacido jamás.

—Es un buen niño —susurró Aurelia aterrizada—. Nadie advertirá su presencia.

Agathocles la soltó y, con un gesto de la mano, le indicó que volviera a su sitio.

Embargada por una profunda sensación de vergüenza y asco hacia sí misma, Aurelia acudió al lugar donde estaban los soldados con Publius y Elira. «No soy mejor que una prostituta o que la propietaria de un burdel por implicar a Elira de esta manera.» Sin embargo, en parte se alegraba de que Publius permaneciera a su lado, de momento.

Aunque Kleitos era el hombre de

Hipócrates y Epícides, a Hanno le caía bien. Después de haberle encontrado una habitación pequeña pero bien amueblada y con ventana al patio en uno de los cuarteles, insistió en que fueran a una taberna.

—Las armas pueden esperar, pero esto no —declaró Kleitos ofreciendo a Hanno una copa de vino a rebosar.

—¡Por la amistad y por la alianza de Siracusa con Aníbal y Cartago!

Hanno brindó entusiasmado. Después de esa primera copa hubo varias más, y cada vez brindaron por la amistad entre sus dos

pueblos y por la victoria sobre los romanos. Hanno pensó que podía acabar trabando amistad con el siracusano, que era mucho mejor persona que sus jefes.

Después de dar buena cuenta del vino, volvieron a la armería, donde Kleitos solicitó el mejor equipo para uno de los mejores hombres de Aníbal. Hanno había sabido con anterioridad que pronto se conocería su presencia en Siracusa, pero tras semejante declaración de Kleitos, correría la voz antes del amanecer. En cierta manera, no le importaba. Los soldados siracusanos se alegraron

de su presencia y le preguntaron repetidas veces cuántos hombres le acompañaban. La respuesta que tenía preparada de antemano, que las tropas de Cartago llegarían pronto, pareció satisfacerles.

Hanno eligió una coraza sencilla pero cómoda y un casco ático. A Kleitos le sorprendió que solicitara también un scutum y un gladius.

—¿Qué tienen de malo las armas griegas?

—Ríete, si quieres, pero en Trasimene descubrí lo que sucede cuando una falange se enfrenta a la infantería romana. Después de la batalla, Aníbal nos ordenó que

tomáramos las armas y armaduras de los enemigos muertos y nos obligó a aprender a luchar de nuevo en bloques, como los legionarios. Y funcionó.

Kleitos escuchó sus palabras pensativo.

—Nadie puede rebatir el mérito de Aníbal en Cannae, pero la guerra aquí será diferente. Estaremos defendiendo una ciudad, no enfrentándonos a las legiones cara a cara.

—Ya llegará el día en que tengáis que hacerlo —replicó Hanno convencido. Parte de la misión encomendada por Aníbal consistía

en realizar mejoras como esta—. Y, cuando llegue ese día, los siracusanos tendrán más posibilidades de vencer a los romanos si luchan como ellos que como han hecho hasta ahora.

—Sospecho que a Hipócrates no le va a gustar que cambies la forma de luchar de todo el ejército.

—Podría empezar con una falange.

—Mmmm. Hablemos de ello mientras tomamos una copa de vino.

—¿Y qué hay de mis obligaciones?

Kleitos rio.

—Pueden esperar. Los romanos no han llegado todavía y seguro que Hipócrates y Epícides no se van a molestar en preguntar lo que has estado haciendo. Ahora es mucho más importante que visites la mejor taberna de Siracusa.

—¿Estás seguro...?

—Sí. Te ordeno que vengas conmigo. Vamos a dejar tu equipo en la habitación.

Hacía mucho tiempo que Hanno no estaba en una ciudad con el único cometido de emborracharse.

—Bueno, si tú lo dices... —
sonrió.

Al cabo de un rato caminaban por una calle que conducía a Ortygia y al puerto pequeño. Kleitos saludó a un hombre que llevaba un grupo de esclavas desnudas, pero no se detuvo a hablar. Hanno las miró al pasar, pero todas tenían la vista clavada en el suelo. «Pobrecillas», pensó.

—¿Es amigo tuyo? —preguntó.

—¿Agathocles? —Kleitos negó con la cabeza—. No. Es un lameculos entrometido. Trabaja para Hipócrates. Le busca mujeres, ya me entiendes...

Hanno contempló la fila de mujeres desdichadas y aumentó su

antipatía por Hipócrates. «No pienses en ello —se dijo—. Has venido aquí para ayudar a los hermanos en su lucha contra Roma. Todo lo demás es irrelevante.» No obstante, la idea le dejó un mal sabor de boca.

—¿Cuánto queda para la taberna? —preguntó—. Estoy seco.

—¡No queda nada! Está a la vuelta de la esquina.

Hanno apretó el paso. El vino le ayudaría a olvidar sus preocupaciones.

Durante los dos días siguientes

de su cautiverio en la parte del palacio de Hierón que ocupaba Hipócrates, Aurelia se debatió entre sentimientos contradictorios. Por un lado, se sentía aliviada de seguir con Publius y Elira. Les habían proporcionado ropa bonita y abundante comida y bebida. También había acudido a los baños varias veces, donde Publius se lo había pasado muy bien. Aurelia lo llevaba a primera hora de la mañana, antes de que aparecieran otros usuarios. Los guardias les impedían abandonar los aposentos que ocupaban, pero no les molestaron ni agredieron en ningún

momento. El resto de las ocupantes de las habitaciones, cuatro hermosas mujeres, no les hicieron demasiado caso. Aparte de realizar algún comentario desdeñoso o de lanzarles miradas hostiles, no les prestaron mayor atención. Desde un punto de vista físico, no les faltaba de nada.

Mentalmente, era otra historia. Aurelia pertenecía a Hipócrates, al que debía satisfacer como concubina. Sabía que tarde o temprano tendría que someterse a sus deseos, al igual que a los de Agathocles, que a menudo le susurraba palabras lascivas. La

espera se le hacía interminable, le resultaba pura tortura y cuanto más tiempo pasaba, más inquieta estaba.

Por supuesto, no era solo eso. En el mercado había prometido que brindaría a Hipócrates un placer sin igual y seguro que sus palabras ya habían llegado a sus oídos. A Aurelia le aterrorizaba no superar la prueba. Su experiencia en las artes amatorias se limitaba a Lucius y, con la excepción de una o dos veces, todos sus encuentros habían sido rápidos y ausentes de toda pasión. Ya casi no pensaba en la salud de Lucius, cuando antes había

sido su principal preocupación.

Aurelia solicitó desesperada el consejo de Elira una tarde en que Publius dormía la siesta. La relación entre ellas había cambiado desde el momento en que habían sido tomadas como esclavas. Elira seguía mostrando cierta deferencia, pero menos que antes. Aurelia no sabía si se debía a la promesa que había hecho en su nombre a Agathocles y por la cual se había disculpado efusivamente. Elira no le había dado mayor importancia diciendo que ella habría hecho lo mismo en el caso de tener un hijo.

Aurelia suspiró aliviada cuando

Elira no se opuso a ofrecerle nuevos consejos y recomendarle nuevas técnicas.

—En cuanto aprendes lo que les gusta a los hombres, son fáciles de satisfacer —le gustaba declarar a la iliria.

Aurelia esperaba que Hipócrates quedara satisfecho. Después de escuchar la pormenorizada descripción de Elira sobre cómo evitar que un hombre alcanzara el clímax demasiado rápido, incluso tuvo ánimo de bromear.

—¿De verdad? Estás de broma.

—Créeme, les encanta. Todo es cuestión de probarlo.

Aurelia soltó una risilla, pero no tardó en tener que enfrentarse a la cruda realidad. Era increíble cómo la vida de una persona podía cambiar tan rápido, pensó apesadumbrada. Si alguien le hubiera dicho un mes antes que acabaría en Siracusa como prisionera y concubina de uno de los gobernantes de la ciudad, habría pensado que estaba loco, pero allí estaba.

Una vez más, fue Publius quien la rescató de sus oscuros pensamientos. Cuando se despertó de la siesta, el pequeño se acurrucó a su lado en busca de un abrazo.

Aurelia lo atrajo hacia sí y deseó poder ser transportada en ese instante a un lugar seguro.

El interludio de paz tocó a su fin cuando Agathocles le comunicó que debía arreglarse para esa noche. Hipócrates la recibiría en la azotea del palacio y debía vestirse de forma seductora para él.

—Si le decepcionas, lo pagarás caro —amenazó con dureza—. O más bien dicho, tu hijo lo pagará caro.

—Las amenazas son innecesarias —sonrió Aurelia aparentando seguridad.

—Ya lo veremos. Y no pienses

que he olvidado tu deuda conmigo.

—Lo estoy deseando —mintió Aurelia acariciándole la cara al tiempo que se preguntaba cómo sería capaz de soportar la humillación de entregarse no solo a uno, sino a dos hombres.

Cuando Elira le ofreció una copa de vino con jugo de amapola —que le había proporcionado una de las otras mujeres—, no lo rechazó. No lo había tomado desde que las noticias sobre Cannae destruyeron su mundo, pero lo necesitaba. El aturdimiento que generaba le ayudaría a amortiguar el mal trago que le esperaba.

Elira la ayudó a arreglarse y a elegir el vestido, el peinado y el perfume. En circunstancias normales, Aurelia hubiera disfrutado de la experiencia, puesto que desde que había tenido a Publius y Lucius se pasaba el tiempo viajando, había tenido pocas oportunidades de acicalarse, aunque en esa ocasión el motivo estuviera a punto de abocarla al abismo. Tomó varios sorbos más de vino y jugo de amapola y agradeció la sensación de desapego que le proporcionaba. Era como si su cuerpo no formara parte de ella.

Agathocles llegó poco después

del cambio de la primera guardia. Aurelia prometió a Publius que le daría un beso de buenas noches cuando estuviera dormido y lo dejó al cuidado de Elira, que le dedicó un gesto de ánimo, que Aurelia agradeció con toda su alma, pues había alguien que se preocupaba por ella y que no la veía como un simple trozo de carne. Por suerte, Agathocles no intentó entablar conversación con ella mientras recorrían el largo pasadizo flanqueado por centinelas, hasta que llegaron a las escaleras.

—Recuerda lo que te he dicho — advirtió Agathocles con un pie en el

último escalón.

Aurelia se limitó a asentir, pues no se atrevía ni a hablar.

Cuando subió a la azotea se quedó impresionada ante la vista, pero no fueron los mosaicos, ni los árboles frutales, ni las parras, ni la fuente con Poseidón y el delfín lo que le quitaron el aliento, sino la visión del mar brillante al este y el puerto repleto de barcos. Aurelia incluso creyó adivinar la costa de Italia a lo lejos. Con el corazón encogido, se obligó a seguir los pasos de Agathocles hasta la figura reclinada sobre un diván junto a la fuente.

—Mi general —saludó Agathocles con una reverencia.

—¿Sí? —respondió Hipócrates, irritado.

—Te traigo a la romana, la mujer que me habías pedido.

—Déjanos a solas.

—Mi general —se despidió Agathocles con otra reverencia y una última mirada severa en dirección a Aurelia.

—Acércate.

Aurelia tenía la boca seca y las gotas de sudor le recorrían la espalda. Avanzó varios pasos hasta Hipócrates. Era un hombre delgado de unos veintinueve o treinta años.

La barba negra no ocultaba sus rasgos estilizados, pero los labios eran finos, y los ojos negros, muy fríos. Aurelia lo contempló un instante antes de bajar la mirada.

—Estoy a vuestra disposición —dijo sumisa.

—Agathocles me había dicho que eras una belleza.

Aurelia no supo qué responder ante el comentario. Quizá no era del gusto de Hipócrates.

—Señor.

—Y en cierta manera lo eres, supongo. Tienes una belleza diferente. Espero que tu reputación esté justificada. Desnúdate.

Aurelia no pudo evitar una mirada de reojo a los guardias. El más cercano se hallaba a tan solo quince pasos. ¿Qué más daba?, pensó. Muchas más personas la habían visto desnuda en el mercado de esclavos. Aurelia intentó deslizarse el vestido por los hombros de forma seductora y dejó que cayera con lentitud hasta la cintura. Se detuvo un instante, consciente de la mirada de Hipócrates clavada en ella, y se acercó a él contorneando las caderas. Hipócrates alzó la vista hacia ella, los labios entreabiertos. «No es feo», pensó Aurelia. Era un

pequeño consuelo. Cuando el general alargó las manos para acabar de desnudarla, no se resistió, sino que en lugar de ello, sonrió.

«Dioses, ayudadme a pasar este mal trago —suplicó—. Ayudadnos a Publius y a mí.»

7

La vista de la ciudad de Siracusa impresionaba incluso a un kilómetro de distancia. La muralla ocupaba todo el horizonte hacia el sur y los bloques de piedra caliza que la formaban centelleaban dorados a la

luz del atardecer. Los muros continuaban al oeste por la línea de la costa y ascendían por detrás hasta fundirse con la anaranjada calima. Según los mensajeros que portaban misivas entre los campamentos romanos, abarcaban unos treinta kilómetros alrededor de la ciudad. Quintus y sus compañeros solo habían visto la parte de las murallas que daba a su campamento y ya era una visión espectacular. No sería una ciudad fácil de asediar, ni por tierra ni por mar.

Quintus y Urceus estaban con sus compañeros en el muro del

campamento más próximo a las hileras de tiendas de su unidad. La primera guardia nocturna pronto tomaría posiciones, pero hasta entonces valía la pena disfrutar de la vista.

—¿Qué es peor? —preguntó Quintus con un eructo—. ¿Morir con la cabeza aplastada por una roca lanzada de una catapulta o morir ahogado cuando se hunde el barco?

—Este vino no está nada mal. ¿Quieres un poco? —ofreció Urceus tras tomar un largo sorbo y relamerse los labios.

Su amigo había hecho caso omiso de la pregunta, pero no le

extrañó. El manípulo de Corax formaría parte de las tropas que atacarían las defensas de Acradina, una zona situada junto al menor de los puertos de Siracusa. El ataque se realizaría por mar y a Quintus no le cabía ninguna duda de que serían recibidos por una lluvia de rocas al desembarcar.

—Dame.

Quintus tomó el odre por un extremo sin ser consciente de que estaba lleno. Un abundante chorro de vino le regó la garganta. Consiguió tragar un par de sorbos antes de bajar el pellejo, pero no pudo evitar toser y escupir una

buena parte fuera.

Sus compañeros se rieron.

—¡No lo malgastes! —gritó Urceus al tiempo que le arrancaba el odre de la mano.

—Lo siento —murmuró Quintus, que notó una desagradable quemazón que le subía por la nariz. Había bebido más de la cuenta porque no quería pensar en el terrible infierno que les aguardaba al cabo de dos días.

—Yo preferiría morir ahogado — declaró Félix, un hombre delgaducho con dientes de conejo al que le perseguía la mala suerte, sobre todo en el juego, y todos

llamaban Gafe—. Como no sé nadar, todo se acabaría muy rápido.

—¡No tan rápido como si te alcanza la piedra de una ballista y esparce tu cerebro por todas partes! —replicó Quintus.

—¿Y si veo venir la piedra? —preguntó Félix con un escalofrío—. No, prefiero ahogarme.

Un par de hombres estuvo de acuerdo con él, pero Lobo negó vehementemente con la cabeza. De carácter taciturno, había sido pastor de ovejas antes de alistarse y llevaba una tira de piel de lobo en el casco de veles.

—Odio a los lobos —decía

siempre a quienquiera que escuchara—. La tira de piel que llevo me recuerda que el día que abandone el ejército, lo primero que haré es salir a cazar.

—¿Por qué no estás de acuerdo, Lobo? —inquirió Quintus.

Lobo recorrió con una uña sucia los pequeños eslabones de la cota de malla.

—Intenta quitarte esta maldita cosa mientras te estás hundiendo. No se me ocurre peor manera de morir.

Gafe soltó una risilla burlona.

—Eso te enseñará a no presumir tanto de armadura. Por una vez, no

me importará llevar solo la coraza.

—¡A ti también te gustaría llevar una cota de malla! ¡Reconócelo! Si no fueras tan malo jugando a los dados, hace tiempo que tendrías una, incluso dos —exclamó Lobo en medio de un coro de risas.

Gafe se sonrojó y masculló algo, aunque no se atrevió a contradecir a Lobo, cuyo genio volátil le había granjeado varios enemigos en el ejército.

Lobo tenía razón, pero Quintus compadeció a Gafe. Casi todos los hastati del manípulo llevaban cota de malla porque la habían comprado con el dinero ahorrado de

la paga, la habían ganado a los dados o en alguna apuesta o bien la habían robado de algún soldado fallecido en la batalla. Una vez Gafe quitó la suya a un bandido que había matado, pero al día siguiente la perdió en una apuesta. Si Corax no fuera tan estricto —no toleraba que a sus soldados les faltara ninguna pieza del equipo—, Quintus estaba seguro de que Gafe se habría apostado también la coraza. Su necesidad de apostar por todo era enfermiza: si veía dos babosas, apostaba a ver cuál iba más rápido; si estaban de guardia, a ver quién se tiraba más pedos o, si alzaba la

vista al cielo, el tiempo que haría al día siguiente. Como consecuencia, jamás llevaba un óbolo en el bolsillo y el vino era un lujo que no se podía permitir.

—Dale un trago a Félix —instó Quintus a Urceus.

Urceus puso el tapón y se lo lanzó.

Gafe lo cogió al vuelo con una mirada de agradecimiento a Quintus.

—¿Qué muerte temes tú más? —preguntó Félix a Quintus.

—Me da más miedo morir ahogado.

—¿Por qué?

—No se me da bien nadar y, como bien dice Lobo, la cota de malla es muy pesada.

—Pues no te la pongas — aconsejó Urceus con una mueca burlona.

—Si no me la pongo, acabaré con una puta flecha clavada en el pecho.

—Qué más da. Si Hades ha apuntado tu nombre en su lista, no hay nada que hacer.

Todos rieron y Quintus por fin sonrió. No valía la pena sufrir por la próxima ofensiva. Le gustara o no, el ataque iba a producirse y él estaría allí. ¿Acaso no había

sobrevivido a los campos de sangre y a los años de guerra subsiguientes? Muchos hombres perderían la vida cuando Marcelo ordenara el ataque sobre Siracusa, pero él no tenía por qué ser uno de ellos.

—¿Está bueno el vino? — preguntó una voz conocida.

—Sí, señor —murmuraron todos volviéndose para saludar.

—Descansad, descansad — ordenó Corax mientras ascendía la defensa—. ¿Todavía queda algo? — preguntó señalando con el pulgar el odre que Gafe sostenía en las manos.

—Sí, señor —respondió, y se lo entregó.

Corax tomó varios tragos bajo la atenta mirada de todos.

—No está nada mal este vino. ¡No sabe a orina de caballo! —sentenció al cabo de un rato—. ¿Quién lo ha robado? —preguntó clavando la vista en Lobo, famoso por su habilidad para sustraer todo tipo de cosas, desde piezas sueltas del equipo hasta quesos enteros.

—Yo no, señor —protestó Lobo, sonriente.

—¿Tú, Crespo?

—¡No, señor! —protestó Quintus.

—Lo he comprado yo, señor —

reveló Urceus—. Pensé que valdría la pena invertir un poco de dinero en un vino decente antes del ataque. Por si acaso, ya sabes...

—Es una buena razón —declaró Corax levantando de nuevo el odre—. ¿Puedo tomar un trago más?

—Bebe tranquilo. Puedes acabártelo si quieres.

—No me atrevería a cabrearte —replicó Corax antes de tomar el último trago—. Pasado mañana te necesito a mi lado cubriéndome las espaldas cuando nos enfrentemos a esos cabrones siracusanos —comentó antes de devolverle el pellejo.

—Te defendería igual, señor.
¡Todos te defenderíamos! —El resto de los soldados murmuró su acuerdo—. ¿Lo ves, señor? Nos cuidamos los unos a los otros.

—Es cierto —convino Lobo.

—¡Sí! —gritaron Gafe y Quintus junto con los demás.

Corax los contempló con satisfacción.

—Sois unos buenos muchachos —gruñó—. Que Marte nos proteja a todos con su escudo pasado mañana.

Quintus no fue el único en lanzar una plegaria silenciosa al oír sus palabras.

—¿Están listos los barcos, señor?
—preguntó Gafe—. Ya sabes, los que llevan esas enormes escaleras, las sambucaes.

Todos aguardaron atentos la respuesta del centurión. Por orden de Marcelo, habían empleado unas escaleras muy altas para unir entre sí seis pares de quinquerrems. Las escaleras, tumbadas sobre cubierta y sujetas a los mástiles mediante cuerdas y poleas, unían dos barcos entre sí por la proa. Cuando se alzaban en el aire parecían liras, y de esos instrumentos musicales derivaba su apodo: sambucaes. Había tres pares de quinquerrems

que cargaban en cubierta con torres de asedio de varios pisos. Todos los soldados se habían acercado a la costa para echar un vistazo a tan estrafalarias embarcaciones, que contemplaban con una mezcla de fascinación y de temor. Ya habían hecho numerosas apuestas sobre el número de hombres que moriría en los barcos.

—Los carpinteros y marineros llevan varias semanas preparando los barcos. Los han probado varias veces y no se han hundido.

—Pero no los han probado con centenares de soldados a bordo, señor —objetó Quintus,

envalentonado por el vino.

Se sintió aliviado cuando Corax no le amonestó por su atrevimiento.

—A mí tampoco me entusiasma la idea de viajar en esos barcos cargados con máquinas de guerra de ese calibre, Crespo, pero las órdenes son las órdenes. Al menos no estaremos en uno de los sesenta barcos que se quedarán anclados bajo las defensas con los arqueros y los honderos, donde serán un blanco muy fácil para la artillería enemiga. Por otro lado, es un gran honor para esta unidad haber sido elegida para la ofensiva inicial.

¡Imaginad que conseguís una corona muralis! Aunque no será la condecoración original que otorga el Senado, Marcelo ha prometido conceder una de su propio diseño que irá acompañada de una buena recompensa económica.

Quintus no se atrevió a expresar en voz alta lo que pensaba: centenares de hombres perderían la vida antes de que consiguieran llegar a la muralla y muchos más antes de que lograran coronarla.

En cualquier caso, la mención de la condecoración había llamado la atención de muchos de sus compañeros.

—A mí no me importaría conseguir una, señor —afirmó Gafe, sonriente.

—Y seguro que no te la apostarías a los dados. El dinero sí, pero no la condecoración.

—¡Jamás, señor! —afirmó Gafe entre las risas de sus compañeros.

—Ruego a los dioses que os concedan a ti o a uno de tus compañeros la oportunidad de ganar una corona —declaró el centurión—. De todos modos, pase lo que pase, quiero que sepáis que tanto Roma como yo nos sentiremos muy orgullosos de vosotros.

—¡Por Roma! ¡Por Corax! —
brindó Urceus alzando el odre de
vino.

—¡CORAX! ¡CORAX! ¡CORAX! —
rugieron Quintus y sus seis
compañeros.

—¡Silencio! —ordenó Corax, pero
sin rastro de su habitual dureza en
la voz. El centurión agradeció la
ovación con un gesto de la mano y
aguardó un instante hasta que
todos callaron—. Tengo que irme ya
para hablar con vuestros
compañeros. Disfrutad del resto de
la noche. —Se despidió con una
inclinación de cabeza.

—Gracias, señor —respondieron

todos a una.

—¡Tenemos al mejor de los centuriones! —declaró Urceus en cuanto Corax se hubo alejado—. Le seguiría hasta el fin del mundo.

—Yo también —convino Quintus, que temía el día en que lo ascendieran a principes y se viera obligado a abandonar la unidad.

Un centurión como Corax hacía que todo fuera mucho más fácil y llevadero. Muchos soldados morían porque sus oficiales tomaban decisiones estúpidas en el campo de batalla o no sabían cómo reaccionar ante el enemigo, pero esto no sucedía jamás con Corax.

«Saldré de esta —pensó Quintus—, todos saldremos de esta.»

Dos días más tarde, estaban todos apretujados como sardinas en un quinquerreme rumbo al sur, hacia el menor de los puertos de Siracusa. Las imponentes murallas de la ciudad, visibles desde estribor, parecía flotar sobre el mar como por arte de magia, pero casi nadie las contemplaba: los soldados preferían centrar su atención en las destellantes aguas de babor o en la flotilla de embarcaciones que les rodeaban, o bien charlar con sus

camaradas de las esposas y amantes que habían dejado en Italia.

Cada barco contaba con la mitad de los remos y, por lo tanto, de los remeros. En el quinquerre de Quintus, los remeros estaban sentados a babor, mientras que en el otro barco ocupaban los asientos de estribor. Los sitios que habían dejado libres los remeros estaban ocupados por ciento cuarenta soldados. El resto del manípulo de Corax, una veintena de hastati, no cabía en la bodega y permaneció en cubierta junto a la tripulación, formada por unos cuarenta

marineros, y media centuria de otro manípulo. Quintus y Urceus fueron dos de los afortunados. A pesar del poco espacio en cubierta, al menos podían contemplar el cielo y ver hacia dónde se dirigían, pensó Quintus. Prefería ver las amenazantes fortificaciones enemigas que pasarse el viaje encerrado como ganado en el corral de un mercado.

Urceus no presentaba buen aspecto. Sus mejillas normalmente sonrosadas habían adquirido una tonalidad grisácea.

—Espero que no tardemos mucho —masculló.

—¿Sigues mareado? —preguntó Quintus, que por enésima vez echó un vistazo al mar y comprobó que las aguas estaban muy tranquilas, pero Urceus no era el único que se había mareado. Lobo y Gafe no parecían muy contentos, ni tampoco muchos de sus compañeros. En las bodegas había muchos hombres vomitando.

—¡Claro que sigo mareado! No estoy acostumbrado a ir en barco.

Quintus asintió. En otras circunstancias hubiera disfrutado de la travesía. Era un día soleado sin una nube en el cielo y la temperatura era agradable, pero su

destino final impedía que disfrutara del momento. Tal y como había afirmado el oficial siracusano que Corax había interrogado —de nombre Kleitos si no recordaba mal—, los muros que estaban a punto de asaltar estaban protegidos por catapultas grandes y pequeñas. En ese preciso instante una catapulta situada a unos quinientos pasos a su derecha confirmó las palabras del oficial lanzando una roca que cayó a poca distancia del barco. Quintus notó un nudo en el estómago, pero trató de tranquilizarse y convencerse a sí mismo de que estaban fuera de su

alcance.

—Menos mal que estamos en cubierta y no en la bodega.

—Sí, supongo —contestó Urceus, la vista clavada en el lugar donde se había hundido la piedra.

No hubo más proyectiles y Quintus echó la cabeza atrás, agradecido por la brisa marina.

La tripulación, marineros de piel tostada y pies encallecidos, se abrió paso entre los soldados para llevar a cabo sus tareas con expresión resignada. A ellos les gustaba tan poco la presencia de los hastati en el barco como a los hastati estar allí o el objetivo de su viaje. El capitán

y el timonel charlaban con Corax en la proa y, de vez en cuando, el capitán conversaba a gritos con su homólogo en el quinquerreme anexo. A su lado un par de flautistas tocaban una melodía previamente acordada de ritmo fácil y lento para evitar que se produjera alguna confusión entre los remeros de las dos embarcaciones.

Quintus intentó distraer a Urceus para que olvidara su mareo.

—Tenemos suerte de no ir en uno de esos —dijo señalando a los sesenta quinquerremes que guiaban a su propio barco y al resto de las embarcaciones hacia su

destino. Las cubiertas estaban repletas de arqueros, honderos y lanzadores de jabalinas. Además, cada barco llevaba al menos dos catapultas ligeras. Su cometido consistía en lanzar una batería de artillería que despejara las murallas de tropas enemigas mientras los barcos con las sambuca se acercaban al pie de las defensas.

—Tienes razón. Esos pobres desgraciados van a quedarse quietos bajo las murallas. Al menos nosotros podremos movernos en cuanto lleguemos a tierra firme.

—La suerte está echada, como dijo Lobo la otra noche.

—Es cierto —respondió Urceus, que estuvo a punto de dar un codazo amistoso a su amigo pero se acordó de la cota de malla.

—Es un buen consejo. Además, pensar en lo peor no sirve de nada.

—Es una pena que no tengamos sitio para echar una partida de dados. El tiempo pasaría más rápido —interrumpió Gafe desde la fila de atrás.

Quintus se volvió hacia él.

—¿Llevas unos dados? —preguntó asombrado.

—¡Siempre los llevo encima! —exclamó Gafe al tiempo que le mostró una pequeña bolsa de piel

bajo la túnica.

—Estás loco.

—Me dan suerte en el campo de batalla. La diosa Fortuna siempre se queda con mi dinero, pero me mantiene sano y salvo cuando salgo a luchar —afirmó Gafe antes de besar la bolsa con fervor.

Quintus asintió. Ni siquiera Lobo se metió con Gafe por este ritual. Él siempre se frotaba la tira de piel de lobo que llevaba en el casco antes del combate. Quintus, por su parte, siempre solicitaba la ayuda de Marte, mientras que Urceus repetía una y otra vez la misma oración corta. Hasta Corax tenía su propio

ritual: envainar y desenvainar la espada hasta la mitad de forma continua.

—Ya estamos aquí —informó Urceus.

Quintus se volvió al percibir el tono de su voz.

Las murallas de la derecha habían comenzado a curvarse hacia dentro, alejándose de ellos. Quintus intentó reconocer la estructura que les había dibujado Corax el día anterior en el suelo. Las murallas formaban un puerto triangular junto con la isla de Ortygia, conectada al resto de Siracusa mediante puentes fortificados. Las defensas de

Ortygia se erigían en el lado sur, mientras que los lados norte y oeste estaban formados por las propias murallas de la ciudad. El puerto quedaba expuesto en el lado este, por lo que no podía utilizarse cuando soplaba el viento de ese lado. El segundo puerto, el de mayor tamaño, estaba más resguardado de los elementos, pero las defensas allí eran mucho más altas, por eso Marcelo había decidido atacar el puerto más pequeño.

—¿Veis aquello, muchachos? — gritó Corax. ¡Es Acradina! Si los dioses nos acompañan, esta noche

estaremos al otro lado de esas murallas. Por ahora, disfrutad de la vista y del sol en la cara.

Los hombres rieron y le ovacionaron, pero sin excesivo entusiasmo. Quintus tampoco se sentía muy animado. Las murallas tenían la altura de cinco hombres puestos de pie uno encima del otro y estaban protegidas por miles de soldados, cuyo armamento incluía numerosas máquinas militares. Quintus sabía que ese día morirían como mínimo algunos de sus compañeros.

Corax ignoró su falta de entusiasmo y esperó a que

guardaran silencio.

—Todos conocéis ya el proceso, pero os lo explicaré otra vez por si acaso. Primero, repasad las cintas y los cierres de todo el equipo, el casco, la coraza (si lleváis) y el cinturón. Revisad las cintas de los escudos. No olvidéis las sandalias, las tiras y las suelas. Sería una estupidez que cayerais de la escalera por llevar una tachuela suelta.

Se oyeron varias risitas nerviosas.

—Pasad la mano por los pila para comprobar que no hay astillas. Verificad que podéis desenvainar

bien la espada. No os olvidéis de mear y, si es necesario, de cagar. No quiero que nadie se me mee o cague en la cara mientras subo la escalera.

—Nadie se atrevería a hacerte tal cosa, señor, isobre todo después del vapuleo que diste al pobre desgraciado que te estornudó en la túnica! —exclamó una voz detrás de Quintus—. ¿Verdad, Gafe?

Más risas. Esta vez más entusiastas.

Corax dejó que se rieran.

—Tienes razón, pero os recomiendo que sigáis mi consejo. Los intestinos pueden jugarnos una

mala pasada en medio de la batalla. Cuanto antes los vaciéis, mejor. No os tenéis que avergonzar de nada. Ya nos hemos visto todos las pollas y sabemos lo pequeñas que son, excepto la mía, claro, que es casi tan grande como la de Príapo.

Esta vez también rieron los hastati que estaban en la bodega y la tripulación.

Corax se permitió esbozar una pequeña sonrisa.

—Haced lo que tengáis que hacer en la popa para no manchar las caras de los remeros. ¡Venga, poneos en marcha!

Al poco rato se formó a babor, justo detrás de los últimos remos, una fila de soldados que esperaban para hacer sus necesidades. Hubo bromas e insultos, sobre todo para los soldados que precisaban evacuar el vientre, pero el ambiente era distendido. Una vez más, Corax había logrado elevar la moral de los soldados.

«¿Cómo lo consigue?», se preguntó Quintus admirado.

—Espero que los dioses lo conserven por mucho tiempo a nuestro lado. No quiero ni pensar lo que sucedería si... —comenzó a decir Urceus.

—¡No lo digas! —interrumpió Quintus.

Urceus soltó una maldición y frotó con fervor el amuleto en forma de falo que llevaba al cuello como si con ello pudiera borrar sus palabras.

Quintus también suplicó a los dioses que el centurión sobreviviera al asalto y se colocó en la fila para orinar seguido de Urceus. Aunque ya había vaciado la vejiga antes de embarcar, necesitaba hacerlo de nuevo. Siempre le pasaba lo mismo antes de una batalla, pero podía ser peor, pensó al ver a un compañero de cuclillas que soportaba estoico

las burlas de sus compañeros.

—¡Date prisa! —rugió Quintus—. ¡Algunos de nosotros preferimos luchar que cagar!

Su comentario fue recibido con grandes risas. Turbado, el soldado terminó la faena lo más rápido posible para ceder paso al siguiente.

Muy cerca de ellos, el capitán gritó varias instrucciones al capitán del otro barco. Había decidido variar el rumbo y el timonel habló con las flautas para que tocaran otra melodía. Los remeros de estribor levantaron los remos mientras los de babor continuaron

remando. El quinquerreme empezó a girar y, al cabo de unos segundos, las flautas reanudaron la melodía anterior. Los remos de estribor se deslizaron otra vez en el agua y, sin apenas una pausa, se adaptaron de inmediato al ritmo de los remos de babor. Quintus echó un vistazo desde la proa y vio que se dirigían al centro del pequeño puerto, cuyas aguas estaban ocupadas por al menos treinta quinqueremes con proyectiles. Dos de los barcos con sambucæ se hallaban delante de ellos, mientras que las tres embarcaciones con las torres de asedio estaban detrás, protegidas

por el resto de los quinquerrems. En cuanto hubiera sitio, se aproximarían al resto de los barcos.

Los hastati contemplaron en silencio las murallas que cada vez tenían más cerca. La tripulación también dejó de hablar, por lo que el único sonido audible era la música de las flautas y el movimiento de los remos. En cualquier travesía hubiera sido un momento hermoso de silencio, pensó Quintus. Todos los que estaban a bordo sabían que en cualquier momento se encontrarían dentro del alcance de la artillería enemiga.

—Cuatrocientos pasos — comentó Urceus en voz baja—. Ese es el alcance de las catapultas grandes. Seguro que ya estamos a esa distancia.

—Sí —convino Quintus, que hubiera preferido no disponer de esa información.

¡Pang!

Todas las miradas se volvieron hacia las murallas de la izquierda. Una roca surcó el aire tan rápido que resultó imposible seguir su trayectoria. Quintus observó aliviado que no caería en su barco, pero su alivio solo duró un segundo.

¡Pang! ¡Pang! ¡Pang! ¡Pang!

iPang!

El sonido llegaba de ambos lados cada vez más rápido. De pronto el cielo quedó cubierto de piedras y flechas. Quintus oyó los gritos de los oficiales y soldados que juzgaban el alcance de cada disparo.

iPang! iPang! iPang! iPang!
iPang!

Quintus intentó ignorar ese coro mortal, pero era imposible. A su lado, Urceus ensartó una maldición tras otras mientras algunos de sus compañeros comenzaban a rezar. Detrás de él, Gafe agarraba con fuerza la bolsa de dados y Lobo

tenía la vista clavada en cubierta. Corax, por otro lado, iba paseándose entre los hombres dándoles palmadas en la espalda y diciéndoles lo buenos soldados que eran. Quintus agradeció que ya fuera su turno de orinar. Tenía la vejiga más llena de lo que creía. En cuanto hubo acabado, regresó a su sitio con Urceus pisándole los talones.

Por suerte, en el último momento el capitán había tomado la decisión de virar el barco hacia el centro del puerto y estaban fuera del alcance de las catapultas. Sin embargo, muchos de los

quinquerremes que tenían delante y a los lados no tuvieron tanta suerte. Los artilleros enemigos tenían buena puntería. Quintus no estaba seguro del tamaño de las piedras, pero los daños que causaban eran considerables. Varios barcos hicieron agua. Uno de ellos comenzó a hundirse poco a poco y la tripulación y los pasajeros saltaron al mar. A un barco se le partió el mástil y para avanzar necesitaba deshacerse de él, pero la flotilla estaba tan cerca que corría el riesgo de golpear a otro quinquerreme.

¡Crash!

A cien pasos a babor cayó una piedra sobre un barco que abrió una brecha en medio de un grupo de soldados y después rebotó en el mar entre dos barcos con un fuerte estallido. Los alaridos de dolor se oyeron al cabo de un segundo.

—¡Qué manera tan desagradable de morir! —comentó Urceus.

—¿Cuántos hombres habrán muerto? —preguntó Quintus, fascinado y horrorizado la vez—. ¿Cinco? ¿Diez?

—Como mínimo —respondió Urceus con una mueca.

¡Crash! ¡Crash!

El enemigo continuó atacando con su artillería al barco que acababan de dar. Dos rocas más abrieron sendos boquetes en cubierta.

A Quintus se le revolvió el estómago. Se agachó para abrocharse las sandalias y no ver lo que sucedía. Sus compañeros hicieron lo mismo. Era un mecanismo de supervivencia. Pero no pudo evitar oír los gritos de los heridos y las llamadas de socorro de los soldados en el mar. Quintus apretó los dientes y se preguntó si había tomado una buena decisión al ponerse la cota de malla, pues

hasta el más fuerte de los hombres tendría problemas para nadar con ella puesta. «Marte, te ruego que nos lleves pronto al pie de la muralla. No permitas que muera ahogado», suplicó.

El barco continuó avanzando en medio de tanta muerte y destrucción. Una piedra rasgó la vela mayor, pero no causó más daños. Después casi chocaron con un quinquerre que había sufrido numerosas bajas entre los remeros y no se movía. Por suerte, los soldados del barco de Quintus pudieron avisar a sus capitanes, que a su vez ordenaron a los

remeros que dieran marcha atrás. La embarcación se detuvo muy cerca de un quinquerreme que había sido blanco de la artillería enemiga y los hastati increparon a la tripulación para que se apartara bajo la amenaza de que, si no lo hacía, ellos mismos hundirían el maldito barco.

No tardaron en convertirse en objetivo de las catapultas enemigas. Varias piedras cayeron en el agua delante del barco y dos cayeron sobre el quinquerreme contiguo y sesgó la vida de una docena de soldados. Quintus y sus compañeros contemplaron

impotentes la escena sin poder hacer nada más que esperar la siguiente lluvia de proyectiles. Por fortuna, el barco no recibió ningún impacto mientras esperaban y, lo que era más importante todavía, la escalera que llevaban para el ataque no sufrió ningún daño. Después de una eternidad, el barco dañado que les bloqueaba el paso se apartó y pudieron continuar.

—Nos ha ido por los pelos, ¿eh?
—comentó Corax al pasar por su lado—. Hubiera sido una mierda morir así, chocando contra uno de nuestros barcos o aplastados mientras esperamos sentados.

—Sí, señor —afirmaron los dos amigos.

No hubo tregua en el aluvión de piedras y flechas. Los artilleros habían organizado el ataque en diferentes fases, concluyó Quintus, por eso estaba siendo tan eficaz. Al final, la suerte también abandonó al barco de Quintus. Dos soldados que estaban en la proa murieron con la cabeza aplastada por la misma roca, mientras que otro recibió un impacto directo en el pecho por cuyo orificio brotó la sangre y manchó la cubierta. Tres soldados del quinquerreme contiguo cayeron al agua entre los dos barcos. Sus

gritos cuando murieron aplastados o arrastrados por los barcos fueron aterradores. Quintus comenzó a rezar a los dioses, al igual que muchos de sus compañeros, pero Corax caminaba impertérrito entre los hombres sin prestar atención a la artillería enemiga.

El centurión estaba hecho de hierro, decidió Quintus. Él se sentía orgulloso de no haberse orinado encima y de aparentar tranquilidad, pero Corax desafiaba a la muerte. El joven romano agradeció que la orilla se hallara cerca. Hades todavía podía llamarlo a su seno, pero al menos estaría en tierra

firme.

¡Pang! ¡Pang!

Quintus contuvo la respiración. Era mejor no mirar. Lobo tenía razón: si los dioses habían decidido que este sería su último día, nada podía hacer para evitarlo. A pesar de todo, notaba el pulso fuerte en las venas y el miedo en el estómago.

¡Crash!

Alguien profirió un grito a su espalda. Quintus se sintió aliviado a la vez que culpable porque la piedra no había caído sobre él ni Urceus. El terror volvió a apoderarse de él al cabo de unos instantes cuando cayó

la segunda piedra. ¡Crash! La cubierta tembló bajo sus pies y oyó el sonido inconfundible de un cuerpo que se desplomaba en el suelo justo detrás de él.

—¡Lobo! —gritó Gafe.

La sangre salpicó las pantorrillas de Quintus, que se encogió ante la visión del cuerpo de Lobo decapitado. Ni la cabeza ni el emblemático casco con la tira de piel estaban a la vista. Su cuerpo mutilado yacía en el suelo irreconocible. Las arterias del cuello se contraían con cada débil latido del corazón y salpicaban sangre por todas partes. En cubierta había un

boquete detrás de donde había estado Lobo, pero por suerte para el resto de los hastati, la piedra había rebotado en el mar.

—Lobo —susurró Gafe, su rostro ceniciento—. Lobo.

—Se ha ido —dijo Quintus, que le agarró la barbilla y le obligó a volver la cabeza para no seguir contemplando el cuerpo tullido—. Se ha ido. Los dioses velarán por él. Tienes que calmarte.

Dio la impresión de que Gafe iba a venirse abajo en cualquier momento, pero se secó los lagrimones con los nudillos y asintió.

—Estoy bien —susurró—. Estoy bien.

—Bien. —Quintus soltó a su compañero, que sujetaba con tal fuerza la bolsa de los dados que tenía los nudillos blancos—. Menos mal que no lo tenemos delante en la escalera —comentó a Urceus en voz baja—, porque se nos desplomaría encima.

—Ojalá subamos pronto esos peldaños. ¡Ya veréis cuando estemos allá arriba, hijos de puta! —exclamó Urceus, furibundo, dirigiendo un gesto obsceno a las murallas.

Quintus también estaba furioso.

Si vivía lo suficiente para llegar hasta el enemigo, les haría pagar caro por la vida de Lobo. Otra muerte que vengar.

8

—¡Ya casi estamos, muchachos!
—anunció Corax tan alto que era imposible no oírle. El centurión señaló las imponentes murallas que se cernían sobre ellos a poco más de ciento cincuenta pasos—.

Respirad hondo y rezad a vuestros dioses favoritos. En cuanto el capitán dé la orden, izaremos la escalera y, cuando se apoye en el muro, quiero que la subáis lo más rápido posible. ¿Ha quedado claro?

—¡SÍ, SEÑOR! —rugieron todos con fuerza inusitada debido a los nervios y el deseo de venganza.

iFiuuu! iFiuuu! iFiuuu!

El sonido procedía de enfrente. Quintus había participado en suficientes batallas como para identificar el sonido de las flechas. Levantó la vista a las saeteras del muro y se le encogió el estómago.

—¡Tienen más artillería, señor!

—exclamó—. ¡Artilería de corto alcance!

Corax ya lo había visto y había salido disparado para gritar nuevas instrucciones a la oreja del capitán.

—Aumenta la velocidad de remo. ¡YA!

Las primeras flechas empezaron a caer por doquier: se hundieron en el agua, patinaron sobre los remos y atravesaron la vela mayor. También causaron estragos entre los hombres, pues eran unas largas flechas de hierro capaces de atravesar la carne como un cuchillo caliente el queso. Una flecha arrancó de cuajo la mandíbula de

uno de los flautistas ante los ojos del capitán. El músico corrió como un loco hasta el borde de la cubierta y se lanzó al mar. Turbado, el capitán primero rugió la nueva orden al flautista restante y luego al otro capitán.

«Debería haber dado la orden a la inversa», pensó Quintus, alarmado. Las instrucciones del otro capitán tardaron unos segundos en cumplirse y, para cuando sus remeros se pusieron en marcha, los del barco de Corax ya iban a máxima velocidad, a resultas de lo cual las proas de los barcos miraron hacia una parte distinta de la

muralla.

—¡Esta pared es más alta! —
siseó Quintus, desesperado—.
¿Crees que la escalera llegará hasta
arriba?

—¡Tiene que llegar por cojones!
—gruñó Urceus—. Si no llega...

—¡IZAD LA ESCALERA! —ordenó
Corax—. ¡Izadla ya! No tendremos
mucho tiempo para subirla antes de
que el enemigo nos comience a
lanzar piedras y cuantos proyectiles
se le ocurra. ¡MOVEOS!

Los marineros encargados de
esa tarea se pusieron en marcha sin
esperar la confirmación del capitán.
Agarraron las cuerdas que tenían

preparadas a los pies y las pasaron diligentes por las poleas sujetas al maderamen; las cuerdas se deslizaron por sus manos con rapidez hasta tensarse. Por un instante, eso fue todo. «Mierda, la escalera pesa demasiado», pensó Quintus. Sin embargo, el miedo —y la vara de Corax en los hombros— dotó a la tripulación de más fuerza para tirar de las cuerdas.

Al cabo de unos segundos, la parte superior de la escalera se elevó un palmo de la cubierta y, acto seguido, otro palmo más.

—¡Tirad con más fuerza, mariquitas de mierda! —rugió Corax

— ¡Nuestras vidas dependen de ello!

Con la cara morada por el esfuerzo, los marineros arquearon la espalda y siguieron tirando. La escalera por fin se elevó hasta tal punto que un hombre alto ya no podía tocar el extremo inferior. Y siguió subiendo. Los marineros habían encontrado el ritmo y la escalera continuó elevándose en el aire. Quintus entornó los ojos para contemplar su silueta contra el sol.

—¡PARAD! —bramó Corax—. ¡He dicho que paréis!

La escalera quedó suspendida en el aire.

Quintus echó un vistazo al pie de la muralla, a unos cincuenta pasos de distancia.

El capitán habló con su homólogo y ambos ordenaron a sus respectivos flautistas que tocaran una melodía más lenta. Los remeros obedecieron de inmediato y el barco aminoró la marcha.

¡Fiuuuu! ¡Fiuuuu!

Un par de flechas surgieron de las aspilleras de la muralla de enfrente. Una aterrizó en la cubierta, a los pies de Corax, y la otra atravesó a uno de los marineros que sostenían las cuerdas y se clavó en el vientre del

hombre que tenía detrás. Ambos cayeron al suelo agonizantes y la escalera se ladeó por el peso.

—¡Esos canallas están apuntando a los que sujetan las cuerdas! —gritó Quintus.

—¡Que Hades se los lleve de una puñetera vez! —bramó Urceus.

—¡Necesito a dos hombres aquí! —vociferó Corax mientras ocupaba el lugar de uno de los marineros caídos—. ¡Y necesito otra docena más para que proteja a los marineros con los escudos! ¡Moveos!

Nadie deseaba soltar el scutum que llevaba atado a la espalda para

subir la escalera porque después, con tantas personas en cubierta, sería complicado volver a colocarlo. Pero si no obedecían la orden de Corax, lo pagarían muy caro y, además, no habría ninguna escalera que subir. Quintus y Urceus se abrieron paso hacia el centurión seguidos por Gafe. Juntos formaron, con el resto de sus compañeros, una fila protectora al lado de los marineros. Quintus estaba delante y tenía a Urceus y Gafe detrás.

El joven deshizo el nudo de una de las dos tiras que sujetaba el escudo y, con la rapidez que otorga la experiencia, torció el otro

hombro para que el escudo se deslizará por delante.

¡Fiuuuu! ¡Fiuuuu! ¡Fiuuuu!

Con el corazón en un puño, Quintus agarró el borde del escudo curvo y, a continuación, el asa y lo levantó sobre su cabeza y la del marinero a su derecha.

¡Pum! ¡Pam! ¡Pam! ¡Pum! Las flechas fueron aterrizando. Más chillidos, más gemidos de dolor, más cuerpos que se desplomaban sobre cubierta. Por suerte, ninguno cerca de Quintus. El gentío no le permitía ver el pie de la muralla.

—¿Cuánto falta? —preguntó al aire.

—¡Casi estamos! —respondió Corax—. ¡Aguantad, muchachos!

¡Fiuuuu! ¡Fiuuuu! ¡Fiuuuu!

Quintus oyó los gritos de los siracusanos, que lanzaban órdenes y maldiciones en griego mientras pedían más munición. El ambiente se llenó de lamentos agónicos y del ruido de los hombres cayendo al agua. Con un nudo en el estómago, Quintus cerró los ojos y lanzó otra plegaria. «Marte, te ruego que continúes protegiéndonos con tu escudo.»

—¿Urceus?

—Estoy bien. ¿Y tú?

Quintus suspiró aliviado cuando

su amigo contestó.

—Por ahora, sí —dijo con una sonrisa.

El espolón del quinquerreme chocó contra las rocas que formaban el rompeolas al pie de la fortificación.

«Ya está —pensó Quintus—. Ha llegado el momento.» Miró al marinero bajo su escudo y vio el miedo en sus ojos, pero también una gran determinación.

—Tú haz tu trabajo, que yo haré el mío —murmuró el marinero.

Alentado, Quintus asintió.

—¡SOLTAD LA ESCALERA! —ordenó Corax.

El marinero dejó que la cuerda se deslizara entre sus dedos. Quintus contempló la maniobra fascinado: cuando la tripulación acabara de soltar la cuerda, la escalera descansaría sobre las almenas enemigas, momento en que se intensificaría la artillería de defensa y Urceus y él quedarían atrapados en cubierta, que no era precisamente donde querían estar.

¡Clanc!

A pesar del barullo creciente, Quintus distinguió el sonido de la escalera al apoyarse en la muralla.

—¡SUBID! ¡SUBID! ¡SUBID! —
ordenó Corax—. ¡Subid lo más

rápido posible!

Si Quintus apartaba la mirada del escudo, podía ocuparse de la parte de la escalera que ascendía diez pasos por encima de su altura y que estaba detrás del marinero. Los peldaños de madera crujían y temblaban bajo el peso de los hombres. No tardó en ver al primer hastatus y no le sorprendió comprobar que se trataba de uno de los veteranos más templados del manípulo que habría aceptado sin rechistar la orden de Corax de ponerse al frente. «Por todos los dioses, cómo me alegro de no ser él», pensó Quintus.

—¡Que la diosa Fortuna te acompañe! —voceó a su camarada, pero no le oyó.

Con gesto decidido, el veterano hastatus ascendió los peldaños lo más rápido posible con la espada en la cadera y el scutum en la espalda. Al poco rato desapareció bajo la estructura de cuero que se extendía hasta casi el otro extremo de la escalera y cuyo cometido era proteger a los soldados de los proyectiles enemigos. Ahora verían si funcionaba.

Pronto vio a otro hastatus seguido de dos compañeros más. La oleada de flechas y piedras no

cesó ni un instante, pero Quintus no pudo evitar asomar la cabeza por el borde del escudo. La muralla se alzaba al menos treinta pasos por encima de sus cabezas. El joven pudo distinguir claramente en la muralla los rostros y los brazos enemigos que sostenían las lanzas y las hondas. Pensó en el oficial siracusano al que había interrogado Corax. ¿Dónde estaría Kleitos? ¿Los estaría observando en ese instante?

¡Pang!

Quintus vio que una catapulta lanzaba su carga contra la escalera y se echó atrás por inercia.

—¡Subid! ¡Vamos, muchachos!

—instó Corax—. ¡Subid!

En la escalera cabían unos cinco hombres a la vez y más de una veintena aguardaba su turno. Urceus y él tendrían que esperar todavía un rato. Quintus volvió la cabeza. A su izquierda un par de quinquerremes se hallaba en proceso de izar la sambuca. Después de que varios marineros sucumbieran a la lluvia de flechas y piedras, los oficiales tuvieron la misma idea que Corax y ordenaron a los soldados que protegieran a la tripulación con los escudos. En cuanto apoyaron la escalera en las almenas, los hastati comenzaron a

subir por ella, pero a Quintus se le encogió el corazón cuando divisó a unos soldados enemigos que comenzaban a empujar por un lado la sambuca con una horca.

—¡Cuidado! —advirtió.

El otro barco estaba demasiado lejos para oír su grito de alarma, pero lo bastante cerca para que Quintus viera horrorizado el momento en que la horca empujó la escalera y la dejó vertical, posición en la que permaneció un rato eterno hasta que el enemigo le dio un nuevo empujón y la tumbó al suelo. Los hastati de los primeros peldaños pudieron saltar, pero el

resto encontró la muerte en la cubierta de su propio barco o en el mar. La escalera quedó apoyada en el mástil con un soldado agarrado todavía a uno de los peldaños superiores.

—Gracias a los dioses —susurró Quintus—. ¡Aguanta!

En ese momento una flecha enemiga surgió de la muralla y golpeó al hastatus, que cayó al mar sin un grito.

Quintus tragó saliva y apartó la vista. «Olvídate de él —se dijo—, tienes que concentrarte en lo que sucede aquí.»

¡PUM!

Un gran impacto sobre el escudo le hizo tambalearse hacia atrás. Cuando recuperó el equilibrio contempló boquiabierto la flecha clavada en el escudo. La punta casi le había rozado la cabeza y el puño derecho con el que sujetaba el asa central del scutum.

—¿Te han dado? —preguntó Urceus a gritos desde atrás.

—¡No! Pero me ha ido por un pelo de no estar muerto —respondió Quintus con voz ahogada. Estaba claro que no conseguiría aguantar el escudo con la saeta de hierro clavada en él mucho más tiempo debido al peso que le

obligaba a tensar los músculos del brazo. Tras varios tirones, logró arrancarla y la echó al suelo de la cubierta. La flecha había dejado un gran agujero en el escudo, pero al menos podía levantarlo de nuevo.

—¡Vuestros compañeros ya están en las almenas! —rugió Corax—. ¡Seguid subiendo!

Quintus volvió a echar un vistazo por el borde del escudo y comprobó satisfecho que el centurión tenía razón. Un puñado de hastati había alcanzado las almenas y fijado la escalera para que el resto pudiera seguirlos. Quizá lo lograran después de todo, pensó optimista.

Su optimismo aumentó cuando dos, y luego tres, de sus camaradas se unieron a ellos. Corax seguía instando a los hombres a subir, que ahora estaban impacientes por obedecer la orden.

De pronto a Quintus se le paró el corazón.

—En nombre de Hades, ¿qué coño es eso? —exclamó Urceus, la vista clavada en un artefacto estrafalario que asomaba por el borde de las almenas. Era una pieza de madera larga y ancha de unos cincuenta pasos de longitud de cuyo extremo colgaba una cadena y una garra de tres puntas.

La cadena comenzó a descender hacia el barco. Quintus jamás había visto nada igual, pero se imaginó lo que era capaz de hacer.

—¡Mierda!

—¿Pretende levantar el barco?

—gruñó Urceus.

—Eso parece. —Quintus se miró la cota de malla y soltó una maldición. Esa dichosa armadura sería su perdición. La decisión de Urceus de llevar solo la coraza como Gafe había sido la más acertada.

Corax también había descubierto la nueva máquina militar.

—¡A la escalera! —vociferó. Hizo

sonar el silbato para llamar la atención de los soldados en las almenas, pero estaban demasiado enfrascados en su propia lucha por sobrevivir.

Además, estaban demasiado lejos de la máquina para hacer nada, pensó Quintus. Al menos cien pasos y numerosos soldados los separaban de ella. Era imposible hacerse con ella. ¿Acaso podrían cortar la garra?, se preguntó desesperado.

Los gritos de consternación llenaron el ambiente. Todos los hombres habían visto el brazo de hierro.

—¡Crespo, Urceus y Gafe, dejad los escudos y venid conmigo! —ordenó Corax, que se encaminó a la proa, hacia el lugar donde parecía dirigirse la garra.

Quintus notó que le sudaba la espalda como si estuviera en el caldarium.

—Toma. —Entregó el escudo al marinero y corrió tras el centurión—. ¿Cuál es el plan, señor?

Corax lo miró desolado.

—No tengo ningún maldito plan, Crespo, pero si no detenemos esa cosa, moriremos todos ahogados.

Los hombres se abrieron paso hasta la proa entre sus

atemorizados camaradas. Quintus echó un vistazo a la garra que sobrevolaba sus cabezas. No había ninguna cuerda ni soporte que pudieran cortar con las espadas. El pánico se apoderó de él. ¿Qué podían hacer? Miró a Urceus y Gafe, que parecían tan desesperados como él, pero que estaban allí por su devoción a Corax. Quintus tropezó con algo y casi cayó por la borda. Soltó una maldición y propinó una patada a la cuerda responsable de su caída cuando de repente se le ocurrió una idea.

—¡Señor!

—¿Qué? —preguntó Corax con el

ceño fruncido.

Quintus cogió la cuerda.

—Si pudiéramos echar el lazo a uno de los dientes de la garra, podríamos desviarlo y evitar que agarrara el barco.

—¡Brillante idea! ¡Trae la cuerda!

Los hombres de la proa se apartaron para dejarles el campo libre mientras desenrollaban la cuerda y hacían un nudo corredero en un extremo.

—¿Alguno de vosotros sabe atrapar el ganado con un lazo? —preguntó Corax.

Quintus negó con la cabeza

sintiéndose estúpido.

—No, señor —murmuró Urceus —, pero puedo intentarlo.

Gafe permaneció en silencio.

—No te preocupes, ya lo haré yo —dijo Corax desalentado.

—Yo sí sé hacerlo, señor —dijo Gafe de repente.

Todas las miradas se volvieron hacia él.

—¡Cuéntame! ¡Rápido! —ordenó Corax.

—Hace unos años que no lo pruebo, señor, pero en verano solía ayudar a arrear el ganado en la granja de mi familia. ¡Había llegado a atrapar una vaca a treinta pasos!

—¡Pues ha llegado el momento de que lo hagas otra vez! —declaró Corax, y le entregó la cuerda.

Quintus le lanzó una mirada de ánimo y Urceus le dio una palmada en la espalda. Por la expresión de su rostro, Gafe hubiera deseado no decir nada, pero dio un paso al frente con la cuerda en la mano derecha. La garra se hallaba a poco más de veinte pasos. Quintus observó asustado que ya no se dirigía a la cubierta, sino al espolón de bronce de la proa. La misión de Gafe acababa de tornarse mucho más difícil. Tras dos tentativas fallidas, Quintus empezó a perder la

esperanza, pero entonces, contra todo pronóstico, el lazo cayó sobre uno de los dientes de la garra. Gafe profirió un grito triunfal y tiró de la cuerda para cerrar el nudo.

—¡Lo he conseguido, señor!

—¡Tirad todos de la cuerda! —bramó Corax—. ¡Tirad más fuerte de lo que jamás hayáis tirado de vuestras pollas!

Cuando Quintus, Urceus y Corax estaban a punto de tirar de la cuerda, una flecha se clavó en el pecho de Gafe, justo a la izquierda del peto de la coraza. El autor del tiro había tenido una puntería extraordinaria. Gafe abrió la mano,

la cuerda comenzó a escaparse y el resto corrió a cogerla. Gafe miró la cuerda, el dolor patente en sus ojos. Sabía que no debía soltarla, pero una espuma roja rosácea le comenzó a brotar de la boca y acabó abriendo la mano por completo. Horrorizados, todos vieron como la cuerda quedaba suspendida en la garra antes de soltarse y caer al mar. Gafe se desplomó en el suelo. Corax gritó desolado. Quintus se agachó a coger otra cuerda.

—¡Toma! —dijo a Urceus—. Pruébalo tú. Quizá puedas coger la garra.

Urceus soltó una maldición antes de hacer un nuevo nudo corredero. Cogió la cuerda con ambas manos y se aproximó al punto de unión de las proas de los barcos. Quintus lo contempló inquieto. La garra se acercaba al espolón. Urceus lanzó la cuerda y falló. La recogió, volvió a intentarlo y falló de nuevo.

«Ayúdanos, Fortuna —suplicó Quintus—. Pero no como al pobre Gafe, vieja cabrona», hubiera deseado añadir, pero no se atrevió.

Urceus se estaba preparando para el último intento cuando una flecha —¿disparada por el mismo arquero que había sesgado la vida

de Gafe? —le atravesó el brazo izquierdo. Urceus soltó un alarido de dolor y la cuerda se le escapó de las manos. Corax y Quintus intentaron cogerla, pero la garra entró en contacto con el espolón con un gran estruendo. No obstante, no se engancho bien y falló en su intento de izarlo. Los hombres encargados de guiar el artefacto rectificaron levemente el rumbo y la garra inició un nuevo descenso. Mientras tanto, Corax lanzó de nuevo la cuerda, pero se quedó corta y cayó al mar. Desesperado, soltó una maldición y probó otra vez. Quintus no vio el

segundo intento fallido del centurión porque tenía la vista fija en la garra, que se sumergió en el agua junto al espolón. Cuando emergió de nuevo al cabo de un segundo, Quintus casi vomitó ante la visión: la garra había cogido el espolón.

—¡Lo ha cogido! ¡Tirad con fuerza! —ordenó una voz en griego.

Oyó claramente los insultos y gritos triunfales que surgían de las almenas.

—¡La garra va a levantar el barco! —gritó Quintus.

—¡Todos a salvo! —gritó Corax a los soldados y la tripulación—.

¡Saltad! ¡Saltad por la borda! — insistió empujando a los hombres hacia la barandilla—. ¡No hay tiempo que perder! ¡Saltad si no queréis morir!

Quintus se miró primero la cota de malla, que le hundiría hasta el fondo, y después miró a Urceus, cuya herida en el brazo sería su perdición. No podía ayudar a su amigo con la armadura puesta, pero si se la quitaba, tendrían alguna posibilidad. Quintus se quitó el cinturón y comenzó a desvestirse lo más rápido posible. Agarró el bajo de la cota de malla y se la quitó hasta medio pecho, pero

había llegado al punto en que, por norma general, un compañero tiraba de ella con ambas manos para sacarla por la cabeza. Sin ayuda, era muy difícil quitársela. Quintus sacudió el cuerpo, pero no se movió. Intentó no dejarse vencer por el pánico. Morir ahogado ya era bastante malo, pero era mucho peor morir con la cota de malla atascada en la cabeza. Quintus casi lloró de alegría cuando notó una mano —la del brazo ileso de Urceus— que agarraba la armadura y tiraba de ella hacia arriba. Quintus tiró en el sentido opuesto y consiguió sacársela de encima. La

prenda aterrizó sobre la cubierta con un gran estruendo.

—Cuidado con mis pies — bromeó Urceus.

—¡Qué gracioso!

El barco ya había empezado a elevarse. Los hombres chillaban y saltaban al mar. Corax empujó por la borda a tantos como pudo.

—¡Agárrate a mí! —instó Quintus cogiendo la cintura de Urceus por la derecha—. Vamos a la barandilla.

En cuanto llegaron, el mundo se volvió del revés.

La cubierta bajo sus pies se elevó y el cielo se volteó en un ángulo extraño. Ambos perdieron el

equilibrio y una serie de imágenes se sucedieron ante los ojos de Quintus: la proa casi vertical; los siracusanos clamando victoriosos en la muralla; una amalgama de hombres, armas y armaduras —el resto de los soldados del barco—, el sol, el mar y la boca de Urceus, que profirió una maldición que no oyó.

Entonces empezó a caer, a caer al mar.

Quintus golpeó el agua con Urceus todavía agarrado. Tomó una gran bocanada de aire antes de hundirse y rogó que su amigo

hubiera hecho lo mismo. La fuerza del impacto los separó. Quintus no tuvo tiempo de reaccionar y no pudo atrapar a Urceus. Se había quedado solo en su lucha por sobrevivir. Sacudido de un lado a otro, perdió todo sentido de la orientación. Le rodeaban remolinos de burbujas y cuerpos con vida y sin vida. Quintus pensó aterrizado que, en cuanto la garra soltara el barco —porque estaba claro que ese era su propósito—, todos los que estuvieran debajo morirían. En cuanto dejó de hundirse, el joven empezó a mover las piernas como un loco para subir a la superficie y

alejarse del barco. Pero ¿hacia dónde debía ir? Debajo del agua era imposible ver el barco. Desesperado, miró de un lado a otro y, de pronto, entre los restos de armas y cadáveres, vislumbró una gran masa negra, la popa del quinquerreme, que apuntaba hacia el mar.

Acto seguido se enderezó un poco y Quintus no estaba seguro de si se había orinado encima de miedo. Empezó a nadar con todas sus fuerzas para alejarse del barco. «Neptuno, te suplico que no me arrastres hacia las profundidades de tu reino.»

Al cabo de unos segundos, Quintus notó, más que vio, que soltaban el quinquerreme. Una pared de agua le golpeó por detrás y lo arrastró y volteó cual ramita en un río de aguas rápidas. Quintus dio varias volteretas. Todo era luz, oscuridad, luz, oscuridad. El mar profundo se fundía con el cielo ante los ojos desorientados de Quintus. Pum. Algo sólido —¿un hombre, un remo?— le golpeó el abdomen. El dolor le recorrió todo el cuerpo y tuvo que esforzarse por no abrir la boca y tragar agua. Acto seguido, otro objeto le golpeó en la espinilla y Quintus a punto estuvo de abrir la

boca para gemir de dolor. No podría soportar los golpes mucho más. Tenía los pulmones a punto de reventar. Necesitaba aire. Tenía que salir a la superficie. Si recibía otro impacto, moriría. «No puedo más —pensó—. Podría rendirme y el dolor desaparecería para siempre...»

Pero Quintus sacó fuerzas de flaqueza. «Un último esfuerzo, venga, haz un último esfuerzo», se dijo. Volvió la cabeza y vislumbró una luz. Suplicó que su mente no le estuviera jugando una mala pasada. Movi6 las piernas y los brazos. Repiti6 el movimiento, una

y otra vez. Se le estaba nublando la vista. Dio otra brazada. Y otra. Se estaba quedando sin fuerzas.

Cuando estaba a punto de perder toda esperanza, logró sacar la cabeza del agua. Jadeante, respiró con fuerza. Tomó grandes bocanadas de aire. Tragó agua y la expulsó. Tenía la nariz llena de mocos y los ojos muy irritados por la sal, pero no importaba. Estaba vivo.

Miró en derredor. Intentó dilucidar lo que estaba pasando. A su alrededor, montones de cabezas emergían del agua. Los hombres gritaban, maldecían, suplicaban a

los dioses y llamaban a sus madres. Vio varias caras conocidas, pero ni rastro de Urceus o Corax. A una cincuentena de pasos de los supervivientes divisó la maltrecha figura del quinquerreme, que había perdido la mitad de los remos y tenía el mástil partido. La escalera colgaba de un lado, como un árbol caído tras la tormenta. Las cubiertas estaban vacías. Todos los hombres empujados al mar.

¡Fiuuuu! ¡Fiuuuu! ¡Fiuuuu!

El miedo volvió a apoderarse de él. Los proyectiles comenzaron a caer al agua. Un grito le indicó que otro soldado más moriría ahogado o

a causa de las heridas. Quintus alzó la vista.

—Cabrones —dijo moviendo los labios.

Aparte de lanzar la artillería, las murallas estaban repletas de arqueros y honderos que apuntaban al enemigo en el agua. No tardarían en alcanzarle. «Estoy acabado», pensó. Algunos hombres se habían encaramado a las rocas al pie de las murallas, pero fueron avistados por el enemigo, que no tardó en tirar piedras, que provocaron más heridos y muertos. Estaba claro que la orilla cercana a las murallas no era un lugar seguro. Quintus

recordó la larga distancia que habían recorrido a mar abierto desde el campamento y la desesperación hizo presa de él. Ni siquiera sin la armadura se veía capaz de cubrir a nado semejante distancia. Pero no le quedaba otra opción. Era eso o esperar en el agua hasta que un proyectil enemigo lo hundiera y le llevara al reino de Neptuno.

Quintus empezó a nadar hacia el este mientras lanzaba varias plegarias a los dioses. Era consciente de que solo se acordaba de los dioses en situaciones de peligro. En otros momentos, apenas

creía en su existencia —jamás le habían proporcionado ninguna prueba de ello—, pero en ese instante necesitaba agarrarse a cualquier brizna de esperanza. «Que Urceus siga vivo —suplicó—, y Corax también. Y salvad a tantos hombres de mi manípulo como os sea posible. No os los llevéis a todos, por favor.»

—¡Ayúdame, hermano! —gimió un soldado a su izquierda—. No sé nadar.

Quintus se obligó a parar y mirarle a los ojos.

—Yo no soy buen nadador. Si te ayudo, nos ahogaremos los dos. Lo

siento.

El soldado alargó un brazo.

—¡No quiero morir! ¡No quiero morir! —chilló desesperado.

Quintus sabía que, si el hombre le agarraba, ambos se hundirían tan rápido como una piedra. Sin añadir palabra, se alejó lo más rápido posible. Se sentía culpable, pero no paró hasta que sus súplicas desaparecieron entre el griterío y el sonido de los proyectiles.

Al poco rato se detuvo a descansar. En esa zona caían menos proyectiles porque los artilleros estaban concentrados en atacar a los romanos que estaban

bajo sus posiciones. A su derecha vio que una nueva garra de hierro cogía la sambuca del quinquerreme que había llegado a las murallas a la vez que el de él. Quintus no pudo apartar la vista de la terrible escena que estaba a punto de desarrollarse ante sus ojos. Los soldados de cubierta también intentaron echar el lazo a la garra y fracasaron como ellos, mientras que los siracusanos consiguieron apresar el espolón. Quintus oyó las órdenes de la muralla y, al cabo de unos segundos, la cadena de la garra se tensó e izó la proa de modo que el barco quedó suspendido en el aire.

Resonaron los gritos de los soldados, pequeñas figuras que resbalaban por la cubierta como hormigas por un tronco. La garra se abrió y dejó caer el barco, pero lo peor de todo fue lo que sucedió a continuación: por las almenas apareció un brazo que llevaba una roca inmensa, del tamaño del torso de tres hombres. Los supervivientes gritaron asustados cuando vieron la nueva y terrible amenaza que se cernía sobre sus cabezas. Quintus no quiso seguir mirando, pero no pudo evitar oír el estruendo de la roca cuando golpeó el barco y el sonido de la enorme ola levantada

por el impacto.

Apretó los dientes y comenzó a nadar de nuevo. El dolor en el abdomen y la pierna causado por los golpes le ralentizó y tuvo que parar a descansar a menudo. Durante las pausas barría el mar con la mirada con la esperanza de localizar un barco que pudiera rescatarlo, pero fue en vano. Todas las embarcaciones habían sido destrozadas por los proyectiles enemigos o estaban en proceso de hundirse. Quintus no había visto una masacre similar desde Cannae.

Escudriñó los rostros de los hombres que caían al agua y esperó

no reconocer a ninguno. No se molestó en mirar las caras de los muertos. Eran demasiados. Por eso cuando chocó con un cuerpo en su camino, simplemente lo apartó a un lado. El soldado, que estaba boca abajo, flotó hacia la izquierda. Quintus estuvo a punto de reemprender el nado cuando algo llamó su atención. El hombre muerto tenía las orejas muy salidas. Pestañeó varias veces. Era Urceus.

Desolado, nadó hasta su amigo, que tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. Daba la impresión de estar muerto, pero

Quintus le puso dos dedos en el cuello, justo debajo del ángulo de la mandíbula y esperó con el corazón en un puño. Al principio no percibió nada, pero al poco rato detectó, para su gran alegría, un pulso débil.

—Eres más duro que una sandalia vieja, amigo mío — murmuró con lágrimas en los ojos —. Gracias, Neptuno, por dejar que Urceus flotara en lugar de hundirse.

La alegría de Quintus duró poco: no podía arrastrar a su amigo hasta el puerto. La desesperación volvió a apoderarse de él. «No puedo rendirme. Urceus jamás me dejaría

en la estacada. ¡Se me tiene que ocurrir algo!»

Miró a su alrededor en busca de una solución tratando de ignorar todo el horror. Al final posó la vista en el barco en que habían viajado ese día. Yacía en el agua como un cadáver, totalmente inutilizado, pero tuvo una idea. Los quinquerremes no se estaban hundiendo. Era cierto que no podían moverse y que estaban bajo las narices del enemigo, pero en ello radicaba la gracia. A los ojos de los siracusanos, no era necesario seguir lanzando proyectiles sobre esos barcos porque no suponían ninguna

amenaza para la ciudad.

—Allí estaremos seguros — susurró Quintus a Urceus mientras lo arrastraba por el pecho—. Al menos, por ahora.

Quintus tuvo la sensación de que tardaron una eternidad en llegar hasta el primer barco. Habría llegado antes si se hubiera dirigido a la parte central, pero esa zona todavía estaba bajo ataque enemigo. Sin embargo, en la popa, en la brecha entre los dos barcos, quedarían ocultos de la vista de las murallas. Los artilleros tenían puesta toda su atención en los objetivos visibles. Al aproximarse a

la parte posterior del barco, Quintus divisó un grupo de cabezas en el agua y albergó nuevas esperanzas. Cuantos más fueran, más posibilidades tenían de sobrevivir. Además, podían ayudarle a curar la herida de Urceus. Quintus redobló sus esfuerzos.

—Pronto estarás como nuevo, ya verás —aseguró a su amigo con la esperanza de que respondiera.

Pero Urceus no contestó y Quintus empezó a preocuparse. Volvió a palparle el cuello y comprobó aliviado que seguía teniendo pulso. Acto seguido oyó una voz muy familiar. ¡Era Corax!

No estaba todo perdido, pensó. Los dioses no los habían abandonado por completo. Quintus se sintió más animado. Se estaba quedando sin fuerzas y no hubiera podido arrastrar a Urceus mucho tiempo más.

A unos veinte pasos de la popa, pidió ayuda.

—Llevo a un compañero herido. ¿Podéis echarme una mano?

El grupo se volvió hacia él y tres hombres se acercaron.

El primero en llegar era un soldado de cabello negro y ojos azules. Quintus lo reconoció. Era un hastatus de la centuria del otro

manípulo, pero no sabía su nombre.

—¿Dónde está herido?

—Tiene una flecha clavada en el brazo izquierdo, pero lleva inconsciente desde que lo he encontrado, así que quizá tenga una herida en la cabeza que no he visto. —«Ruego a los dioses que no sea así», suplicó Quintus.

—Ya me encargo yo. Tú dirígete al centurión, es el que...

—Ya lo sé —interrumpió Quintus—. Es Corax, mi centurión. Doy gracias a los dioses de que esté aquí.

—Parece un buen hombre —comentó el soldado de cabello

negro antes de rodear el pecho de Urceus con el brazo con sumo cuidado—. Ya lo tengo.

Satisfecho de que Urceus estuviera en buenas manos, Quintus nadó hacia Corax, seguido del hastatus y sus compañeros.

Cuando el centurión reconoció a Quintus, se le iluminó el rostro.

—¡Mira lo que Neptuno acaba de escupir del agua! Por todos los dioses, Crespo, ¡qué alegría verte!

—¡Lo mismo digo, señor! Pensaba que no habías logrado escapar.

—Y yo creía que tú tampoco. Eres el primer hombre que veo de

mi centuria. Estos hombres pertenecen a la unidad que se dividió entre nuestro barco y el otro. También se han salvado algunos marineros y un puñado de los soldados de Vitruvius. ¿A quién tienes ahí? —preguntó mirando por detrás de su espalda.

—A Urceus, señor.

—¡Más buenas noticias! —sonrió Corax—. ¿Está malherido?

—No estoy seguro, señor. Está inconsciente.

Una expresión de rabia y preocupación ensombreció el rostro de Corax.

—Pues haremos todo lo posible

para que sobreviva. ¡A la mierda con Hades! No se puede llevar a un soldado tan bueno como Urceus. Hoy ya he perdido demasiados hombres buenos.

Los hombres que estaban a su alrededor se escandalizaron ante la blasfemia del centurión, pero Quintus no. Corax estaba vivo, eso era lo único que importaba.

—Para empezar, vamos a atarle con esto —ordenó Corax mientras sacaba una cuerda del agua con un lazo grande al que todos podían agarrarse y que estaba atada a un aro de hierro que colgaba de la popa, justo encima de sus cabezas.

Al poco rato llegó el hastatus de cabello negro con Urceus, al que ataron la cuerda por el pecho—. ¿Qué brazo es?

—El izquierdo, señor.

Quintus buscó la mano de Urceus en el agua y le levantó el brazo con cuidado para que la flecha no le lastimara el cuerpo. Cuando lo sacó, observó que la parte delantera de la flecha se había roto y que solo quedaba la parte posterior con las plumas.

—Ha tenido mucha suerte —murmuró Corax, que tiró de la flecha con cuidado.

De la herida brotó un hilo de

sangre y Urceus gimió y abrió los ojos.

—Urceus, ¿me oyes? —preguntó Quintus.

Urceus lo miró.

—Joder... Cómo me duele la cabeza. Supongo que... me di con algo en el agua.

Quintus quería reír y llorar a la vez.

—¿Te duele algo más? —preguntó Corax.

Urceus se percató de la presencia del centurión e inclinó la barbilla a modo de saludo.

—No, señor. No creo.

—Excelente. Que alguien se

arranque una tira de la túnica —ordenó Corax—. Necesito una venda para el brazo de Urceus para que deje de sangrar.

El hastatus de cabello negro fue el primero en ofrecer un trozo de tela y Quintus se sintió todavía más agradecido hacia él.

—¿Cómo te llamas?

—Mattheus. Soy tan romano como tú, pero mi abuelo materno era hebreo. Soy el último de cuatro hermanos y mi madre no paró hasta que mi padre accedió a llamarme como él —aclaró ante la sorpresa de Quintus al oír su nombre.

—Yo soy Crespo —dijo alargando la mano—. Soy uno de los hombres de Corax, como ya has visto. ¿Y tú?

—Estoy en el manípulo de Festus, o lo estaba —rectificó—. Seguramente estará tan muerto como el resto de mi grupo.

—¿Estuviste en Cannae?

—Si no hubiera estado, no estaría atrapado en la dichosa Sicilia, ¿verdad? —comentó con un guiño.

—Supongo. Hay algunos reclutas nuevos, pero no muchos —dijo Quintus, contento de que Mattheus fueran un veterano como él—.

Vamos a necesitar más reclutas después de hoy, y lo digo muy en serio.

—No tan rápido, Crespo. Primero tenemos que salir de aquí con vida. Los siracusanos continuarán a la caza de supervivientes más tarde, cuando intentemos salir de aquí —advirtió Corax.

—Lo mismo nos dijiste cuando estábamos atrapados en Trasimene y en Cannae, señor —interrumpió Urceus.

—Y él nos sacó de allí ambas veces —añadió Quintus—. Y volverá a sacarnos esta vez.

—Seguro —convino Urceus.

Por una vez, Corax no supo qué decir.

—No os hagáis demasiadas ilusiones —murmuró antes de alejarse para echar un vistazo a la popa.

—¿Confiáis mucho en él? —preguntó Mattheus.

—Me ha salvado el culo más veces que este canalla —gruñó Urceus con una mirada agradecida a Quintus que no precisaba mayor explicación.

—A mí también —afirmó Quintus—. Es el mejor centurión de todo el ejército.

—Había oído hablar muy bien de

él —asintió Mattheus—. Es una suerte que esté al mando, ¿no?

—Desde luego, sí.

Quintus tenía sed, quemaduras del sol y el agua al cuello. Además, estaba desconsolado por la pérdida de sus compañeros y había miles de soldados enemigos a tan solo unos centenares de pasos. Pero, pese a ello, estaba animado.

Habría un mañana. Estaba convencido de ello.

Corax estaba con ellos.

9

—Te traigo una invitación. —
Kleitos abrió la puerta sin llamar.

—¡Por las tetas de Tanit! ¡Qué susto me has dado! —exclamó Hanno, que descansaba en la cama.

—Perdona —se disculpó Kleitos

sin convencimiento—. No querrás perderte esta fiesta, amigo mío.

—¿Qué fiesta? —preguntó irritado Hanno, todavía adormecido.

—Hipócrates y Epícides organizan una fiesta esta noche para celebrar nuestra famosa victoria —anunció Kleitos con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Pero si llevamos días celebrándolo!

Después del hundimiento de la flota romana a las puertas de la ciudad, las celebraciones se habían sucedido unas tras otras. Hanno había bebido más vino en los últimos días que durante todas sus

salidas juntas con Suni en Cartago.

—Es cierto, pero esta vez se trata de una fiesta oficial en el palacio de los gobernadores, con vino abundante, manjares exquisitos y mujeres flautistas.

—¿Quién está invitado? —
inquirió Hanno un poco más despierto.

—Todos los nobles de palacio, así como los comandantes de todas las unidades de infantería, artillería, marina y caballería.

—¡Los de caballería no deberían estar invitados! —bromeó Hanno—. ¡No han hecho nada por ahora!

—Ya se lo recordaremos esta

noche, no te preocupes. La fiesta empezará con sendos discursos de Hipócrates y Epícides, a continuación condecorarán a los soldados más valientes y, después... ¡a beber!

—¡Cuenta conmigo!

La misión que le había encomendado Aníbal estaba resultando más agradable de lo que había previsto en un principio, pero tanta alegría no duraría mucho tiempo. Los romanos no se habían retirado de Sicilia, sino solo a sus campamentos. Volverían al ataque. Hanno pensó que, si Quintus había sobrevivido a Cannae y al asalto

naval, podía encontrarse entre ellos. Kleitos le había explicado el duro castigo impuesto por el Senado a los supervivientes de los campos de sangre. «Lo más probable es que haya muerto», se dijo apenado, pero intentó apartar la idea de su mente. En esos momentos había cosas más agradables en las que pensar. Si Hipócrates y Epícides deseaban agradecer el coraje de sus soldados, ¿quién era él para oponerse a ello?

—¿Cuándo empieza la fiesta?

Kleitos guiñó un ojo y, bajo la mirada curiosa de Hanno, salió de

la habitación y regresó con una jarra de arcilla y dos copas que había ocultado en el corredor.

—¡Ahora!

—Va a ser una jornada larga — se quejó Hanno en broma.

Cuando se acabó el vino, Hanno sugirió que no bebieran nada más hasta que empezara la fiesta.

—Tú no tienes problemas, pero yo tengo que causar una buena impresión. ¿Qué imagen daría si me presentara borracho a la cena? ¡Aníbal me cortaría los huevos!

—¡Jamás se enteraría!

—Salvo que se lo explicara uno de los hermanos, pero aunque no

fuera así, ¿qué pensarían los gobernantes de mí?

Kleitos protestó un poco, pero al final cedió.

En lugar de seguir bebiendo, fueron a los baños de la guarnición. Tras un relajante baño caliente, disfrutaron del masaje que les hicieron los esclavos. La conversación surgió sin problemas. No hablaron de la guerra, sino de sus mejores noches de borrachera y de sus hazañas de juventud con los amigos. Como era de imaginar, discutieron sobre la belleza de las cartaginesas frente a las siracusanas y, como por orgullo

ninguno quiso dar el brazo a torcer, la discusión empezó a subir de tono.

—También hay mujeres romanas muy atractivas —comentó Hanno en un esfuerzo por evitar una disputa y pensando en Aurelia.

—Todas las que yo he conocido, antes de la guerra, por supuesto, eran como mulas y, además, rebuznaban.

—Es cierto que pueden ser más tozudas que una mula, pero las que yo he visto nada tienen que envidiar a las mujeres de Cartago o Siracusa.

Kleitos le lanzó una mirada de

complicidad.

—¡Tú estás pensando en una mujer en concreto, canalla!
¡Háblame de ella!

Hanno se sonrojó.

—No hay mucho que contar. No ha pasado gran cosa.

—No hace falta que pasen muchas cosas para que la flecha de Eros se clave en profundidad.

—Es una tontería que piense en ella porque jamás volveré a verla. Esta maldita guerra... —dijo Hanno, exasperado.

—A mí también me ha afectado la guerra en ese sentido. Hace dos años conseguí convencer a mis

padres para que me permitieran desposarme con una joven de Enna de la que me enamoré en un festival en honor a Deméter y Perséfone. Su familia es más humilde que la mía, pero a mí no me importa. Nos íbamos a casar poco después de que Hierónimo tomara el poder —explicó apesadumbrado.

—¿Y qué sucedió?

—Hierónimo no era muy popular y hubo varios altercados en la ciudad; seguro que habrás oído hablar de ello. Cuando fue asesinado, se inició una época de gran inestabilidad y muchos nobles

perdieron la vida. Nadie sabía quién sería el siguiente en morir. Celebrar la boda entonces estaba fuera de lugar. Después los hermanos tomaron el poder y las aguas volvieron a su cauce. Este es uno de los motivos por los cuales les apoyo. Aunque Hipócrates y Epícides no sean los mejores hombres que he visto en mi vida, han logrado mantener la paz; menos con Roma, claro está —rio Kleitos.

—¿Dónde está tu prometida?

—En Enna, con su familia. Nos escribimos siempre que podemos. Nos casaremos cuando la guerra se

acabe.

La esclava había terminado de rascarle la piel con el estrígil y Kleitos se incorporó.

—Seguro que será un gran día — comentó Hanno.

Kleitos lo miró agradecido.

—Y quizá tú vuelvas a ver a tu romana algún día.

—Está casada —replicó Hanno en un tono más duro del que pretendía.

—¿Y cómo sabes que su marido no ha muerto en la guerra?

—Lo he pensado más de una vez, pero aunque nos volviéramos a ver, no se interesaría por mí, un

sucio gugga que ha humillado a su pueblo.

Aurelia jamás lo había llamado así, pero Hanno intentaba erigir una barrera en su corazón para no sufrir más.

—Nunca se sabe. Está claro que nunca llegarás a ser tan guapo como yo, pero creo que podríamos llegar a convencer a una flautista esta noche para que se acueste contigo.

—¡Menudo descaro! —rio Hanno, que cogió una toalla para golpearle y le alcanzó en el trasero.

Kleitos aceptó el reto y, bajo la divertida mirada de las esclavas,

empezaron a perseguirse por la sala como dos niños pequeños atizándose con las toallas.

—¡Vamos! No vayamos a perdernos el principio. Quiero oír el discurso de los hermanos — interrumpió Kleitos al cabo de un rato.

Por fortuna, Hanno se sentía más sobrio después del baño y el masaje. Kleitos había despertado su lado juerguista y, aunque le hubiera encantado emborracharse, un acontecimiento público de ese calibre requería la mejor de sus conductas, al menos durante la primera parte de la noche, y con

esa prioridad partió a la fiesta.

El joven cartaginés jamás había visto una estancia tan lujosa como el inmenso salón de banquetes donde se celebraba la fiesta. Su rasgo más destacado era el magnífico mosaico del suelo, que representaba varias escenas de la guerra entre Grecia y Troya: Paris raptando a Helena; Menelao con miles de barcos; Aquiles venciendo a Héctor o el caballo de Troya lleno de soldados. Kleitos rio cuando Hanno insistió en recorrer toda la sala para ver bien los mosaicos.

—Cartago es más grande y hermosa que Siracusa —sentenció

Hanno—, pero no tenemos nada así.

—Los cartagineses son famosos por su ciudad, sus paisajes y su habilidad para sacar dinero de cualquier lado —convino Kleitos con un guiño—. El poder militar de mi pueblo ya no es lo que era en la época de Jenofonte, Leónidas o Alejandro, pero seguimos destacando en arte y cultura.

A Hanno le impresionaba tanta opulencia. Las jarras de vino y agua que llevaban los esclavos estaban hechas de oro y plata, al igual que las cráteras que iban circulando entre los invitados. Desde los sofás

y las mesas de madera noble pasando por las paredes pintadas y las lámparas de pies dorados, todo en el salón rezumaba clase y calidad. Aunque procedía de una familia rica, al igual que Quintus, esto era otro nivel muy distinto. Y, a pesar de su posición, Aníbal tampoco hacía ninguna ostentación de riquezas. Era la primera vez que Hanno se hallaba en el antiguo palacio de un rey.

—¡Eh, Kleitos! —saludó un hombre de corta estatura y poco pelo que estaba tumbado en uno de los sofás con un grupo de nobles—. ¿Has traído a un amigo?

—Ven. —Kleitos hizo una seña a Hanno para que le siguiera—. Voy a presentarte a algunos conocidos.

Después de la sexta crátera, Hanno ya se notaba bastante ebrio. Aunque el vino estaba aguado, lo estaba menos de lo que él estaba acostumbrado. Tendría que declinar beber la próxima vez que le llegara una crátera a las manos o acabaría vomitando. No sabía qué hora era, pero debía de ser tarde. Poco después de su llegada a la fiesta, habían aparecido los hermanos, que fueron recibidos calurosamente por

los invitados. El discurso de Epícides había sido ingenioso y mordaz, mientras que Hipócrates se había deshecho en alabanzas sobre el coraje de los soldados. Ambos discursos habían sido recibidos con entusiasmo. Después de un sinfín de brindis y de múltiples libaciones a los dioses, el suelo acabó cubierto de vino. Un espontáneo cantó un peán, un himno triunfal griego, y a Hanno se le puso la piel de gallina. Los amigos de Kleitos eran muy simpáticos y todos le habían ofrecido conversación, pero no había logrado obtener información interesante para Aníbal. Las

flautistas y las bailarinas habían recorrido la sala con sus diáfanos vestidos, deteniéndose aquí y allá, al ritmo de las liras y las flautas de los músicos. Los esclavos no cesaban de traer vino. La comida, servida en bandejas de plata, había sido abundante y exquisita, con todo tipo de pescado y marisco cocinado con hierbas, relleno y a la parrilla. También habían servido cordero y cerdo asado y mucho pan para mojar las salsas. De no ser por la comida, Hanno habría acabado tumbado ebrio en el suelo.

Había sido un error —pensó con ojos somnolientos— haber

empezado a beber tan temprano. Salvo por la pausa de los baños, había estado bebiendo sin descanso. A Hanno le atraía la idea de retirarse con una de las hermosas flautistas a una de las zonas más reservadas del salón, pero no sabía si su cuerpo estaría por la labor. Notó la vejiga llena y recordó que no había orinado. Ese era un momento perfecto para hacerlo. Si se tomaba su tiempo yendo y viniendo y bebía un vaso de agua de una de las bandejas que portaban los esclavos, quizá podría recobrar la sobriedad. Hanno se puso en pie con cuidado.

—¿Has visto alguna chica que te guste? —preguntó Kleitos.

—Más de una, pero necesito vaciar la vejiga.

—Hazlo en un rincón, nadie te verá.

—¡Ni en broma! —Era poco probable que Hipócrates o Epícles se percataran de ello, pero no estaba tan desesperado—. ¿Dónde están las letrinas?

—Por ahí —respondió Kleitos señalando el otro lado de la sala.

Hanno apenas había avanzado unos pasos cuando se le acercó un hombre. Era el comandante de Cejas Gruesas y deseaba

disculpase por la conducta de sus hombres. El oficial insistió en compartir su crátera de vino con Hanno, que, transcurrido un tiempo prudencial para no parecer maleducado, acabó excusándose. Tenía la impresión de que le iba a explotar la vejiga de un momento a otro y se marchó del lugar sin cruzar la mirada con nadie. Ni siquiera se detuvo a contemplar el voluptuoso baile de una flautista que danzaba desnuda ante un público extasiado de nobles.

Hanno deambuló por un pasadizo bien iluminado flanqueado por varias puertas, pero estaban

cerradas o bien eran armarios. Al final le sonrió la suerte y llegó a su destino. Las letrinas eran muy lujosas y contaban con varios asientos de madera conectados a un ancho tubo inclinado. Hanno saludó al otro ocupante de la estancia, un hombre gordo cuyos pestilentes pedos le obligaron a orinar con la máxima celeridad. Como la excursión a las letrinas había sido muy breve —y seguía igual de ebrio—, Hanno decidió seguir caminando en dirección opuesta al salón. De pronto notó una agradable brisa que le enfrió las mejillas y rogó que procediera

de un lugar donde pudiera sentarse un rato a la espera de que se le pasara el efecto del vino.

La diosa Fortuna le sonrió y lo condujo al balcón de una habitación que no estaba iluminada. Si se sentaba a un lado, quedaba oculto a la vista del corredor. Aliviado, se sentó en un banco de piedra a contemplar la ciudad, cuyos tejados iluminaban los rayos de luna en un juego de luces y sombras. El cielo estaba preñado de estrellas. Pudo vislumbrar el perfil de la muralla y oyó algún ladrido ocasional, así como el lejano sonido del mar chocando contra el rompeolas. No

pudo evitar cerrar los ojos.

Cuando se despertó estaba temblando de frío. Se frotó los ojos y miró la luna, que estaba muy baja en el cielo. «Por las barbas de Melcart, debo de haber dormido varias horas», pensó. Estaba a punto de levantarse cuando percibió un movimiento por el rabillo del ojo. En ese momento deseó haber hecho caso omiso de la orden de acudir a la fiesta desarmado, pero se tranquilizó cuando comprobó que la figura en el balcón contiguo —de cuya existencia no se había percatado hasta ese momento— pertenecía a

una mujer que mecía a un niño en brazos.

—No pasa nada —susurró—. Ha sido una pesadilla, cariño. Mamá está aquí. Estoy aquí.

Hanno parpadeó y escuchó de nuevo. La mujer hablaba en latín, no en griego. Debía de ser una prisionera o, peor aún, una de las prostitutas de Hipócrates. Su instinto le indicaba que debía marcharse sin ser oído y regresar al lugar de donde había venido, pero la lástima y la curiosidad lo dejaron clavado en el sitio.

—¿Madre? —preguntó el niño.

—¿Sí, cariño?

—¿Cuándo volveremos a casa?

—Yo... No lo sé, cariño. Pronto, espero.

Era probable que el niño no hubiera captado el tono titubeante de la madre, pero Hanno sí, y un lejano recuerdo comenzó a despertarse en su mente embotada.

—¿Señora? —llamó la voz de una segunda mujer desde la habitación.

—¿Sí, Elira?

Hanno se quedó paralizado. Era como si alguien le hubiera empujado, con la cabeza por delante, a una piscina de agua

helada. No había oído el nombre de Elira desde que se había marchado de la casa de Quintus hacía más de cuatro años. Recordó que era una esclava iliria. ¿Cuántas mujeres de esa raza y ese nombre eran esclavas de una romana? Pero no podía ser. ¿O sí?

—¿Aurelia? —susurró—.

¿Aurelia?

Sonó un grito ahogado.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién es?
—preguntó una voz asustada.

Hanno soltó una maldición. Oculto en la oscuridad, Aurelia no podía verlo ni saber quién era.

—No temas. Soy un invitado de

la fiesta. ¿Te llamas Aurelia?

—¿Cómo sabes mi nombre? —
inquirió la joven, retrocediendo.

Hanno no tenía duda alguna de que se trataba de Aurelia y habló rápido para que no se fuera asustada.

—Porque soy Hanno, aquel que tu hermano Quintus eligió en el mercado de esclavos de Capua. Tú también estabas allí.

—¡En nombre de Hades! ¿Ha-
Hanno?

El joven se acercó al extremo del balcón para que pudiera verlo mejor.

—Estoy aquí.

Aurelia se aproximó con el niño en brazos.

—Me habían dicho que podías estar en la ciudad, ipero no me esperaba verte aquí! —sollozó.

—¿Llegaste a ver a Bomilcar?

—Sí, en Roma.

—¿Con quién estás hablando, mamá? —preguntó una voz adormecida.

—Con un señor, cariño. —Aurelia miró a Hanno—. Un momento.

La joven desapareció de su vista y, mientras la esperaba, vino a su mente la terrible imagen de Agathocles con las mujeres que había comprado para Hipócrates.

Ese era el motivo de la presencia de Aurelia en palacio. La rabia se apoderó de Hanno. «¡Hipócrates, maldito cabrón!» Tenía que sacarla de allí, no sabía cómo, pero debía hacerlo.

—¿Cuánto tiempo llevas en la ciudad? —preguntó Aurelia cuando regresó.

—Unas semanas. ¿Y tú? ¿Te han hecho prisionera? ¿Por eso estás aquí? —Hanno no sabía cómo plantear la pregunta con delicadeza.

—Sí. Nuestro barco fue abordado por un trirreme siracusano y mataron al socio de mi marido. No

sé qué ha sido de Agesandros, pero Elira y yo fuimos elegidas por uno de los hombres de Hipócrates como... concubinas —respondió Aurelia, furiosa.

Hanno deseaba abrazarla y decirle que todo iría bien.

—Déjame entrar en la habitación.

—No puedo, Hanno. Lo siento. Estamos encerrados.

Hanno maldijo en silencio y con furia.

—Pues echaré la puerta abajo de una patada.

—¿Y si vienen los guardias?

Hanno maldijo de nuevo. ¿Qué

posibilidades tendría, borracho y desarmado, contra los soldados de Hipócrates? Aunque lograran esquivarlos, había muchos más en la puerta de palacio que vetarían el paso de Aurelia, su hijo y Elira — porque seguro que Aurelia insistiría en que la esclava les acompañara —. Hanno tenía ganas de gritar de frustración.

—No puedo dejarte aquí.

—Debes hacerlo. Por ahora.

—Pero ese monstruo, Hipócrates...

—Ya no puedo hacerme daño si sé que tú estás aquí.

Aurelia alargó la mano y Hanno

la tomó, tratando de transmitirle a través del tacto de sus dedos todo lo que sentía por ella.

—Encontraré la manera de sacarte de aquí.

—No me cabe la menor duda —afirmó Aurelia con una serenidad inusitada que tranquilizó a Hanno—. ¿Cómo podré comunicarme contigo?

—Hay una panadería cerca del ágora donde venden dulces y pasteles. Dicen que es la mejor de la ciudad. A veces Elira tiene permiso para ir si Hipócrates está satisfecho con nosotras. Eso es lo único que se me ocurre, a menos

que tengas alas y puedas volar.

—La encontraré.

A Hanno le sorprendió una vez más su aparente serenidad, pero la rabia volvió a apoderarse de él. ¿Qué significaba eso de que Hipócrates estuviera satisfecho con ellas? Hanno se juró a sí mismo que ese pedazo de escoria pagaría por ello, pero primero debía sacarlos a todos de allí.

—¡Por Hades! ¡Qué daño me estás haciendo! —protestó Urceus.

—¡Deja de quejarte como una vieja! Lo estoy haciendo con mucho

cuidado.

Ya habían pasado dos días y Quintus iba a cambiarle el vendaje a Urceus. Cuando retiró la tela, su amigo no pudo ocultar su preocupación.

—¿Qué tal está? —preguntó.

Quintus revisó la parte central del vendaje y, a continuación, el orificio a ambos lados del tríceps. La tela estaba manchada de sangre, pero no había restos de color verde y, aunque ambas heridas estaban enrojecidas, los bordes parecían limpios. El líquido que supuraba de la herida era rosado, no purulento.

—Tiene buen aspecto y no huele. El médico tenía razón.

—Sí, parece que el agua salada realmente ayuda a evitar la infección.

—Bueno, el agua y el acetum que te metió ahí dentro. ¡Menudos gritos pegaste! —se burló Quintus.

—¡Tú también habrías gritado! ¡Siempre te quejas cuando se te clava una piedrecilla en la suela de la sandalia!

—Es cierto —sonrió Quintus, que cogió el rollo de tela que tenía a su lado y comenzó a cubrir la herida—. Seguro que dentro de una semana o dos volverás a estar en pleno

funcionamiento.

—Bien. Tengo ganas de volver a entrenar contigo y el resto de nuestros hermanos, los pocos que quedan.

Los dos guardaron silencio. Ambos pensaron en Lobo, Gafe y todos los demás que habían fallecido en el sangriento asalto a Siracusa. Su manípulo no era el único que había sufrido tantas bajas. Aunque era difícil calcular la cifra exacta, se decía que más de dos mil legionarios y un número similar de marineros habían fallecido en el mar ese día. El ataque sobre la Hexápila no había

arrojado mejores resultados. Allí, la artillería había sido tan precisa como en el puerto. Decían que Marcelo había estallado de furia al recibir la noticia. Se había perdido más de una legión, ello sin contar los centenares de heridos que habían muerto desde entonces. Los que seguían con vida llenaban las camas de los improvisados hospitales. Los que como Urceus no requerían la atención de un médico se recuperaban junto a sus compañeros. Y había mejorado mucho desde entonces, pensó Quintus.

El fracaso del asalto y el número

de bajas habían asestado un duro golpe a la moral de los soldados. El nombre de Arquímedes, desconocido hasta entonces, se había convertido en sinónimo del diablo. Los hombres hablaban de él con terror o no se atrevían a mencionar su nombre. Durante un par de semanas después del ataque fallido, el pánico cundía entre los hombres cada vez que veían aparecer un objeto de madera en las almenas, pero eran simples palos que los siracusanos mostraban para asustarlos y mofarse de los romanos.

Cuando se dieron cuenta de ello,

los legionarios recuperaron su valor y comenzaron a acercarse a las murallas para insultar al enemigo, pero los siracusanos volvieron a lanzar sobre ellos la artillería y fallecieron una docena de soldados. Y el resto de las tropas de Marcelo sucumbieron de nuevo al pánico. A resultas del incidente, se emitió la orden de que nadie debía cruzar la línea de circunvalación romana salvo por orden de un centurión u otro oficial superior.

Para Quintus no suponía ningún problema obedecer esa orden, ni para ninguno de los soldados que conocía. Hasta Corax se mostraba

feliz de no correr ningún peligro durante un tiempo.

—Atacar las murallas de nuevo sería un suicidio —gruñó una noche mientras hacía la ronda por las tiendas de su manípulo—. Marcelo tiene razón. Hay que dejarlos ahí dentro. Si no fue posible tomar la ciudad en un asalto como el anterior, no hay motivos para pensar que un segundo asalto iría mejor.

—No te preocupes. En los próximos meses vas a tener tiempo de sobra para conocer a tus nuevos camaradas —comentó Quintus mientras colocaba el vendaje.

Con ellos estaba Mattheus, que había resultado ser un tipo muy simpático, además del mejor cocinero que jamás habían tenido en el contubernium, del cual había pasado a formar parte desde que Marcelo había ordenado que las unidades que habían perdido a sus oficiales se fusionasen con las que todavía conservaban a sus comandantes. Por consiguiente, Mattheus y más de dos docenas de sus camaradas se habían unido al manípulo de Corax, lo cual significaba que Quintus y Urceus tenían cuatro compañeros de tienda nuevos, entre ellos Mattheus y un

soldado llamado Marius.

—Debo decir que la comida es mucho mejor desde que tú estás aquí —dijo Urceus a Mattheus, que simuló una reverencia.

—Dicen que los siracusanos acabarán muriendo de hambre, pero el muro de treinta y cinco kilómetros que estamos construyendo no impide a esos griegos cabrones recibir suministros por mar —comentó uno de los soldados.

Quintus soltó un gruñido y Urceus escupió en el suelo.

—Esperemos que el bloqueo naval no tarde en llegar.

—Me parece que tendremos que esperar sentados —comentó Quintus—. He oído que Corax le decía esta mañana a Vitruvius que el Senado ha autorizado el envío de más barcos, pero no son suficientes para que Marcelo pueda impedir la entrada de embarcaciones en ambos puertos de día y de noche.

—Eso significa que el asedio se va a alargar —dijo Urceus, que no parecía nada apenado.

A nadie le apenaba, pensó Quintus. Aunque jamás lo reconocería en voz alta, él también se sentía aliviado. Aunque deseaba con todas sus fuerzas que Roma

ganara la guerra, la brutalidad del asalto naval le había quitado las ansias de luchar. Antes ese sentimiento le habría hecho sentir muy culpable, pero ahora apenas sentía remordimientos.

—No estamos nada mal aquí, ¿eh? —dijo Mattheus, que sonrió al ver que todos asentían—. Los soldados apostados al sur de la ciudad viven en unos barrizales, mientras que nosotros tenemos letrinas que funcionan, comida abundante y el vino que Crespo nos trae de vez en cuando!

Todos se rieron, sobre todo Quintus. En los últimos tiempos se

había especializado en hacer trueques por vino y, a veces, lo robaba de los comerciantes que vendían sus productos en otros campamentos. En una ocasión, incluso lo había sisado de las tiendas de intendencia. Si Corax sospechaba algo, no decía nada. Mientras sus hombres cumplieran las órdenes y no robaran de las unidades contiguas a su manípulo, no le importaba. Los hastati lo adoraban todavía más por esa indiferencia.

—Nuestro único trabajo es acabar el muro y el foso y estar atentos a las patrullas enemigas —

prosiguió Mattheus—. Yo estaré encantado de seguir así unos meses. Y quien no esté de acuerdo conmigo es un idiota!

Más risas.

—Todos pasaremos muchos tiempos muertos —convino Quintus, que pensó en el pobre Gafe—. Así que lo mejor es disfrutar de la vida mientras se pueda.

—¡Eso se merece un buen brindis! —afirmó Urceus lanzando a Quintus una mirada cargada de intención.

Todos se volvieron hacia Quintus. Mattheus, por su parte, rebuscó algo entre sus enseres y

sacó una copa de arcilla.

—¡Llénala, por favor!

Quintus se quedó pensativo un instante. Ya habían acabado la instrucción y completado la carrera semanal de quince kilómetros. Su contubernium estaría de guardia esa noche, pero todavía quedaban muchas horas hasta entonces y era poco probable que Corax los necesitara antes.

—¿Por qué no?

Quintus entró en la tienda y volvió a salir con un ánfora bajo el brazo.

—¿Es la que robaste de la tienda de intendencia? —murmuró Urceus

a sabiendas de que así era.

Todos aplaudieron y Quintus sonrió. El ánfora pesaba mucho y le había ralentizado mucho el paso mientras huía con ella en medio de la noche. Si le hubieran pillado...

—No me acuerdo —respondió con una sonrisa pícaro—. ¿Quién quiere un poco?

Todos acogieron la pregunta con un rugido de entusiasmo.

La vida no le iba tan mal, decidió Quintus. Estaba vivo. Y también lo estaban Urceus, Corax y el resto. Y no iban a morir en un futuro inmediato, lo cual le hacía sentir muy bien.

Ponerse en contacto con Elira resultó ser mucho más difícil de lo que Hanno había imaginado. Sus obligaciones —instruir a sus hombres y a los de otros oficiales— le dejaban poco tiempo libre. Pasaron varios días desde la fiesta antes de que pudiera acudir a la panadería. Al principio, todo fue bien. Encontró el local con facilidad después de preguntar a un par de transeúntes. Ilusionado, esperó una hora en la puerta, y después dos, pero a medida que fueron transcurriendo las horas tuvo que reconocer que sería una gran casualidad que coincidiera con Elira

mientras esperaba fuera. Hanno necesitaba que alguien esperara por él allí cada día y deseó que Mutt y sus hombres estuvieran allí con él. Hubiera sido muy fácil ordenar a un par de ellos que aguardaran en la puerta la llegada de la esclava. Aunque los soldados que tenía ahora bajo su mando parecían buenos hombres, no podía confiar esa tarea a ninguno de ellos. El secuestro de dos concubinas de Hipócrates sería castigado con dureza y su relación con Aurelia no sería una circunstancia atenuante. Hanno jamás se había sentido tan solo.

Incluso pensó en sobornar al panadero, un hombre jovial con una barriga que daba fe de que disfrutaba de sus propios productos, pero era demasiado arriesgado. En la ciudad corrían rumores de la existencia de agentes enemigos y de tropas que deseaban desertar. No podía confiar en nadie, y mucho menos en un desconocido.

Además, existía otro motivo para actuar con prudencia. Encontrar la manera de comunicarse con Aurelia era muy importante, pero todavía no sabía cómo iba a sacarlos a todos de palacio. Y, si lograban su objetivo,

¿qué haría con ellos después? Su deber para con Aníbal implicaba que debía quedarse en la ciudad, pero eso era muy peligroso.

Había transcurrido una semana y las bajas causadas en las filas enemigas mantenían en silencio a los romanos. Epícides parecía satisfecho con el trabajo de Hanno y lo tenía más ocupado que nunca, pero cuando se ofreció a ayudar más en la defensa de la ciudad como excusa para obtener información para Aníbal, su oferta fue ignorada con mucha educación

y Hanno no tuvo más remedio que morderse la lengua. Acudió a la panadería tantas veces como pudo, pero no coincidió con Elira. Desesperado, Hanno visitó un día un templo dedicado a Zeus, uno de los muchos que había en Siracusa. Tras el previo pago de unas monedas de plata a uno de los sacerdotes, este sacrificó un rollizo cordero y pidió a Zeus que ayudara a la amiga de Hanno a encontrar el camino hasta su lado. La serenidad que la ofrenda otorgó a Hanno solo duró el tiempo que estuvo en el templo. Al salir, encontró el vestíbulo abarrotado de fieles que

acudían a suplicar la ayuda de sus dios, desde un hombre con los ojos inflamados que buscaba una cura hasta una madre que llevaba a su hijo enfermo en brazos. Hanno se abrió paso entre ellos con una mueca de disgusto. Los templos de Siracusa eran como los de Cartago, y Hanno sospechaba que como los del resto del mundo, fueran cuales fueran los dioses. A sus puertas siempre acudían los necesitados, enfermos, moribundos y apenados con ofrendas que abarcaban desde monedas hasta comida u objetos de arcilla y cristal. ¿Y qué recibían a cambio? Las palabras de un

sacerdote y nada más, se sintió tentado a decir Hanno, pero no se atrevió. Solo los dioses podían ayudarle en esos momentos. Ellos habían sido quienes habían propiciado el encuentro con Aurelia y no podían dejar que las cosas siguieran así, se repetía Hanno cientos de veces al día, aunque la duda le corroía por dentro.

Pasaron varios días más. Una noche, Hanno creyó adivinar la figura de Aurelia en el balcón, pero no se atrevió a saludarla por si acaso alguien lo veía. Sintiéndose furioso e impotente, decidió hablar con Kleitos, su único amigo en

Siracusa. Si lo hacía, pondría su vida en sus manos, pero Aurelia bien valía el riesgo. Si no hacía nada, continuaría sufriendo todo tipo de vejaciones por parte de Hipócrates.

Más tarde ese mismo día llamó a la puerta de Kleitos con una pequeña ánfora de vino bajo el brazo y un pedazo del mejor jamón que se podía comprar. Los regalos fueron recibidos con entusiasmo por el oficial, que cedió a Hanno el único taburete de la estancia y procedió a romper sin dilación el lacre de cera para servir el vino. Tras el brindis de rigor, ambos

vaciaron el contenido de la copa.

—¿Tienes hambre? —preguntó Kleitos señalando con el pulgar el jamón que Hanno había depositado sobre la mesa.

—Podemos comerlo después, cuando volvamos de la taberna.

Kleitos rio.

—¡Ah! ¿Vamos a salir?

—Podría estar bien. Mis hombres me han dicho que hay un pequeño establecimiento en una callejuela de Acradina que compensa la caminata.

—¿El Tridente de Poseidón?

—Ya lo conoces —dijo Hanno, decepcionado.

—Tengo el honor de haber cruzado el umbral de todas y cada una de las tabernas de Siracusa —afirmó Kleitos antes de tomar otro trago de vino—. Pero estaré encantado de volver, isobre todo si invitas tú!

—Esa era mi intención —respondió Hanno con un guiño antes de continuar—, pero primero tengo que pedirte un favor.

Kleitos dejó la copa sobre la mesa.

—Dime lo que tienes en mente, siempre y cuando no sea nada que ponga en peligro la ciudad...

—Para nada —aseguró Hanno

con celeridad.

—En tal caso, si puedo ayudarte, lo haré.

—Todavía no sabes lo que voy a pedirte —protestó Hanno.

—¡Espera! Antes de explicármelo, ponme un poco más de vino —pidió Kleitos.

Después de tomar un sorbo de la copa llena, el oficial indicó a Hanno que procediera.

—¿Recuerdas la joven romana de la que te hablé?

—Ya hace un tiempo de eso. Sí... ¿la casada?

—Así es. —Hanno sintió que los nervios se apoderaban de él y se

obligó a calmarse. Era importante mantener la cabeza fría—. Pues está aquí, en Siracusa.

—¡Me estás tomando el pelo!

—No. La he visto. La vi hace dos semanas.

—¡Por eso andas tan ensimismado últimamente! ¿Qué pasa? ¿Te escabulles cada vez que puedes para echarle un polvo? — Kleitos soltó una carcajada pero paró al ver la expresión seria de su amigo—. Perdona, es una romana y no puede pasear por la ciudad a su libre albedrío. Entonces, deja que lo adivine, eso significa que es la prisionera o la esclava de alguien,

¿no?

Hanno asintió.

—Ningún problema, ser un oficial de rango medio tiene sus ventajas. Visitaremos juntos al capullo que la ha comprado y, después de machacarle la cabeza contra la pared varias veces, entenderá que lo más sensato es que te la venda; por un precio irrisorio, claro está.

—Muchas gracias. Eres un buen amigo, Kleitos, pero no es tan fácil.

—¿Por qué no?

Hanno tenía que arriesgarse. Cuando se lo dijera, la suerte estaría echada.

—Porque su amo es Hipócrates.

Kleitos soltó un grito ahogado.

—Es una broma, ¿no?

—Ojalá lo fuera.

—Sabes que he jurado servir a Hipócrates y Epícides hasta la muerte —dijo Kleitos con tono severo.

Hanno ya no podía retractarse. Lo dicho, dicho estaba.

—Alguna vez me has comentado que Hipócrates puede ser un poco... desagradable —titubeó Hanno antes de encontrar la palabra adecuada—. No quiero ni pensar las vejaciones a las que somete a Aurelia. No puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer nada.

Tengo que liberarla. —Kleitos no dijo nada y el miedo se apoderó de Hanno—. Esto no tiene nada que ver con la guerra contra Roma ni con mi lealtad hacia tus gobernantes. Si es necesario, moriré defendiendo tu ciudad. Te lo juro sobre la tumba de mi madre. —Se hizo un silencio desgarrador—. ¡Maldita sea, Kleitos, es el amor de mi vida! —exclamó Hanno, que se imaginó a los guardias de Hipócrates entrando en cualquier momento en la habitación para arrestarle.

Pero para su gran asombro, Kleitos soltó una carcajada.

—¿Dónde está la gracia?

—En tu pasión, amigo mío. En tu ferviente necesidad de convencerme de que tu deseo no irá en detrimento de la guerra.

—¿Me ayudarás?

—¿Cómo voy a negarme? Tú harías lo mismo por mí si yo necesitara rescatar a mi amada, ¿no es cierto? Siempre y cuando no afectara a tu lucha contra Roma, evidentemente.

—Pongo a Baal Hammón por testigo de que así es.

—Muy bien, pues entonces necesitamos un plan —declaró Kleitos—. Pero no te hagas

demasiadas ilusiones. El hecho de que seamos dos no significa que vayamos a tener éxito. Es muy probable que acabemos lanzados al vacío de los muros de la ciudad ante la atenta mirada de Hipócrates.

A pesar de la advertencia, Hanno no puedo evitar sonreír.

Ya no estaba solo.

10

—No me costaría nada acostumbrarme a esto —comentó Mattheus con el rostro levantado al sol que se ponía por el oeste—. Una tarde soleada y una agradable brisa marina. Y ni un oficial a la vista.

—¡Y ni rastro de los dichosos siracusanos! —añadió Urceus escupiendo en dirección a la ciudad sitiada desde el terraplén de madera de la fortificación.

Quintus no tenía intención de contradecir a sus compañeros. Las últimas semanas habían sido muy relajadas, pero tras el terrible ataque fallido por mar a Siracusa, no les iba mal un poco de calma. Además, habían tenido suerte porque su comandante Marcelo no se había llevado consigo a su unidad cuando decidió marchar sobre aquellas ciudades que se habían declarado a favor de

Siracusa para darles una lección. Megara Hiblea había sido asaltada y arrasada como escarmiento, para mostrar la suerte que correrían quienes desafiaran a Roma. Esa victoria había convencido a muchas ciudades de pasarse al bando de Roma, pero también había causado numerosas bajas entre las filas romanas. «¡Deja de pensar así!», se dijo Quintus, que a veces se preguntaba si había perdido toda su valentía. La idea le avergonzaba y no se lo había confesado a nadie, ni siquiera a Urceus.

—Pues no nos iría nada mal enfrentarnos a un ataque enemigo

—apuntó Quintus, enojado.

—¿Eh? —Mattheus lo miró como si se hubiera vuelto loco—. ¿Por qué demonios ibas a desear algo así?

—Los soldados se oxidan cuando no entran en acción —espetó Quintus.

—Estás loco —declaró Mattheus llevándose el dedo a la cabeza—. Yo estoy encantado de no tener que luchar durante un tiempo.

Irritado a la vez que preocupado de que alguien viera más allá de su fachada bravucona, Quintus comenzó a caminar por el terraplén. La sección que vigilaban estaba cerca del campamento principal y

llegaba hasta una de las puertas que daban a Siracusa, que solo se abría cuando se enviaba una patrulla de reconocimiento, pero por suerte era algo poco habitual. Los hombres seguían sintiendo un enorme respeto por la artillería letal de Arquímedes. ¿Qué sentido tenía arriesgar la vida de los soldados en tierra de nadie cuando no iba a lanzarse un asalto sobre las murallas de la ciudad? Marcelo no era tonto. Estaba reservando las tropas para cuando las necesitara.

Se rumoreaba que una flota enemiga había partido de Cartago rumbo a Sicilia y que desembarcaría

en el suroeste, lo cual tenía sentido. Las ciudades de Heraclea y Acragas se hallaban en la costa y habían sido bastiones cartagineses hasta casi el final de la última guerra. Si los rumores eran ciertos, Marcelo no se quedaría de brazos cruzados, pensó Quintus. Por eso había subyugado a ciudades como Megara Hiblea. Si demasiadas poblaciones de la isla apoyaban a Siracusa y Cartago, la posición de los romanos sería insostenible, sobre todo si pronto llegaban miles de cartagineses.

—¿Qué estás pensando? — preguntó Urceus a sus espaldas.

Quintus se dio la vuelta, enfadado por no haber oído a su amigo y molesto consigo mismo.

—Nada.

—Mentiroso.

Quintus abrió la boca para protestar, pero Urceus le interrumpió.

—Todos estamos cagados de miedo ante la perspectiva de una nueva batalla, hermano.

Quintus miró a un lado y otro del terraplén, pero por fortuna estaban solos.

—¿Por qué dices eso? —inquirió furioso.

—Porque está más claro que el

agua lo que piensas, Crespo. Porque todos y cada uno de nosotros pensamos lo mismo. Trasimene y Cannae fueron horribles y jamás las olvidaremos, pero la masacre del puerto fue casi peor. Todos esos hombres que se ahogaron... —Urceus hizo una mueca de horror—. Es imposible ver cosas así y que no te afecten. Nadie quiere volver a pasar por algo semejante. Es normal sentirse así. Todos estamos igual —afirmó Urceus dándole un apretón en el brazo.

Quintus sintió que un mar de emociones amenazaba con brotar

de su interior: terror, alivio y orgullo de contar con un camarada como Urceus y un enorme cariño por un compañero que adivinaba sus debilidades y no le juzgaba por ellas.

—Continúas siendo el mismo soldado que antes. Cuando llegue el momento de marchar y luchar otra vez, puede que se te encojan las pelotas, pero estarás a nuestro lado, ¿no?

—¡Por supuesto! —respondió Quintus.

A pesar de las posibles consecuencias —la muerte—, lo contrario sería inimaginable. Sus

compañeros lo eran todo para él.

—Y nosotros estaremos a tu lado, sea cual sea el final que nos depare el destino —declaró Urceus mirándole a los ojos.

Quintus apoyó el pilum y el escudo contra las almenas y dio a su amigo un fuerte abrazo.

—Eres un buen amigo.

—Tú también —respondió Urceus devolviéndole el abrazo.

Quintus notó que se le empañaban los ojos de lágrimas.

—¡No sabía que fuerais un par de molles! —gritó Mattheus, burlón.

Tanto Quintus como Urceus le respondieron con un gesto obsceno.

—¡Cuidado! ¡Quizá te pidamos que te unas a nosotros! —bromeó Quintus.

En ese momento, Marius, uno de los nuevos compañeros, silbó para advertirles que se aproximaba un oficial y, de repente, todos parecieron muy interesados en el terreno que se extendía más allá de la fortificación.

Quintus oyó los pasos que subían por la escalera más cercana y miró de reojo. No era Corax ni nadie conocido.

—¡No es uno de los nuestros! ¡Muévete! —masculló.

Urceus comenzó a caminar por

el terraplén al estilo habitual de los centinelas. Quintus permaneció en su sitio con la esperanza de que el oficial, fuera quien fuese, no se quedara mucho tiempo.

Le molestó que el recién llegado se detuviera a su lado. Quintus lo miró, se volvió hacia él y saludó.

—¡Señor!

—Descansa —ordenó el oficial, un centurión que lo escudriñó con aire crítico.

Bien afeitado y de barbilla cuadrada, era un hombre que se aproximaba a la cuarentena.

—¿Te puedo ayudar en algo, señor? —preguntó Quintus.

—Así que eso es Siracusa —
comentó el oficial con la vista
clavada en las lejanas murallas—.
Sus defensas son impresionantes.

—Lo son, señor.

—Supongo que no es de
sorprender después de más de
medio milenio. ¿Estuviste presente
en el ataque inicial?

El centurión formaba parte de
los refuerzos, pensó Quintus.

—Sí, señor.

—¿Fue tan terrible como dicen?

—Sí, señor —respondió Quintus,
que intentó en vano no pensar en
las muertes de Lobo y Gafe.

Un gruñido.

—¿Acabas de llegar, señor? —se atrevió a preguntar Quintus.

—Sí. El Senado nos ha enviado desde la Galia Cisalpina.

Quintus sintió una simpatía repentina por el centurión.

—¿También estuviste en Trebia, señor?

—No. Estaba destinado a Victumulae, una ciudad al oeste de Placentia. Tuve que quedarme allí durante la batalla del Trebia.

—Recuerdo bien Victumulae, señor. Fue saqueada por el ejército de Aníbal después de Trebia. Tuviste suerte de sobrevivir.

El centurión hizo una mueca de

desagrado al oír sus palabras.

«¿Qué he dicho? ¿Por qué no le ha gustado el comentario?», se preguntó Quintus, sorprendido. Entonces trató de remediar la situación.

—Fortuna debió de sonreírte, señor, lo mismo que nos sonrió a nosotros en el puerto de Siracusa.

La expresión del centurión se suavizó un poco.

—Es una diosa caprichosa, pero decidió favorecerme cuando cayó Victumulae.

—¿Has estado luchando contra los galos desde entonces, señor?

—Sí, unos salvajes repugnantes.

Será un cambio agradable enfrentarme a los siracusanos. Por lo que he oído, quizá tenga la oportunidad de matar también a algún gugga. Eso me causaría una enorme satisfacción —señaló el centurión, al que se le habían iluminado los ojos al pensarlo.

—A mí también, señor —afirmó vehemente Quintus, que pensó que no era necesario mencionar que también había disfrutado del tiempo dedicado a construir el muro circundante.

—¡Pera!

El centurión miró hacia abajo y Quintus también, donde había un

centurión a caballo junto a otra montura, seguramente la de Pera.

—¿Qué sucede? —preguntó Pera.

—Te he estado buscando por todas partes. Marcelo nos ha convocado a una reunión en el cuartel general al atardecer. Será mejor que nos preparemos, ¿no?

—¡Sí!

Sin media palabra a Quintus, Pera se dispuso a bajar la escalera.

El centurión parecía un hueso duro de roer, pensó Quintus. No sabía por qué, pero Pera no le había caído bien.

Urceus se le acercó antes de que

Pera llegara a reunirse con su camarada.

—¿Qué quería?

—Lo habitual: ver Siracusa.

—¿Es nuevo?

—Sí. Ha venido con su unidad de la Galia Cisalpina. Se perdió Trebia y creo que no lo lleva muy bien.

En ese preciso instante Pera levantó la mirada y a Quintus se le encogió el estómago. «¡Mierda! ¡Espero que no me haya oído!»

—¡Hermosa montura, señor! — exclamó a modo de distracción señalando el caballo negro con un mechón blanco en un espolón.

—¿Qué va a saber de caballos

un simple hastatus como tú? — replicó Pera con desdén.

Herido en su orgullo, Quintus notó la rabia a punto de estallar en su interior. Había aprendido a montar de niño y probablemente — lo más seguro— es que Pera no. Quintus había decidido hacerse soldado de infantería por decisión propia, pero, a veces, como en esa ocasión, le fastidiaba no poder explicarlo.

—Me crie rodeado de caballos, señor —respondió Quintus sin pensar.

—¿Sabes montar? — preguntó Pera, incrédulo.

Quintus percibió la mirada de Urceus fija en él y sabía que su amigo le estaba gritando en silencio que pusiera fin a la conversación, pero el diablo se apoderó de Quintus. «A la mierda con Pera. Es un capullo arrogante.»

—Sí, señor. Y se me da bien.

Pera miró a su compañero y soltó una risita.

—¿Has oído eso? Nos hemos topado con el único hastatus de este mundo que debería estar en la caballería.

El segundo centurión rio.

—¡Menudo hallazgo! Deberíais hacer una carrera.

—¡Buena idea! —Pera alzó la vista a Quintus—. ¿Qué te parece? Tú y yo, esta noche. Gaius te prestará su alazán, ¿verdad?

—¡Claro! —exclamó el segundo centurión.

—Te lo agradezco, señor, pero no puedo —contestó Quintus, que sentía que la situación se le estaba escapando de las manos.

Pera endureció la expresión.

—¿Por qué no?

—Un soldado raso no puede competir contra un centurión, señor —respondió Quintus nervioso.

—Desde luego que puede si se trata de una orden —rugió Pera—.

¿Quieres que hable con tu centurión?

Quintus pensó que Corax mandarí­a a Pera a hacer puñetas y, en tal caso, se sentirí­a como un niño cuyo padre protege de un abusón. Una vez más, sucumbió al orgullo.

—No hace falta, señor. Acepto el desafío.

—¡Crespo! ¿Te has vuelto loco?
—susurró Urceus.

—Nos vemos aquí, entonces. Al final de la segunda guardia. Podemos hacer la carrera al otro lado del muro.

—Muy bien, señor —respondió

Quintus, de pronto consciente de la imprudencia de su decisión mientras contemplaba a los dos centuriones alejarse bromeando entre sí.

—¡Eres un maldito idiota! —saltó Urceus—. ¿En qué estabas pensando?

—¿Y él quién se cree que es? —replicó Quintus enfadado—. Mi padre me colocó sobre el lomo de un caballo antes de saber andar. Seguro que le hago morder el polvo.

—¡Seguro que puedes, pero no lo harás! Salvo que seas más tonto de lo que pienso. ¡Es un centurión!

Tú y yo no somos nadie a su lado.

—Urceus tiene razón —opinó Mattheus, que acababa de llegar—. Si le ganas, te amargaré la vida.

Marius murmuró su acuerdo.

Furioso, y muy a su pesar, Quintus asintió.

—Tenéis razón.

Hacer frente a Pera había sido muy impetuoso por su parte. Tendría que dejar ganar al centurión. Por un momento se arrepintió de haber abandonado su privilegiada posición de ecuestre cuatro años antes, pero el arrepentimiento solo duró unos segundos. «Si me hubiera quedado

en la caballería, no estaría con mis camaradas ni con Corax. Ellos son compensación más que suficiente.» Pensó con amargura en la carrera. No solo tendría que dejarse ganar, sino que tendría que soportar que Pera le humillara.

Quintus se maldijo a sí mismo por no saber mantener la boca cerrada.

—¿Preparados? —preguntó Gaius, el centurión que acompañaba a Pera.

Ya era de noche y las fortificaciones romanas brillaban a

la luz de la luna. Si se prestaba la suficiente atención, era posible vislumbrar a los centinelas paseando de un lado a otro del muro y oír los sonidos nocturnos de los demás campamentos: el relincho de los caballos, las voces de los hombres y alguna carcajada ocasional.

Quintus asintió. Montado en el caballo de Gaius, un hermoso alazán de magnífica crin, tenía la boca seca de la tensión.

—Más que preparado —respondió Pera con tono burlón, sentado sobre su caballo negro a diez pasos de Quintus.

—Según lo acordado, tenéis que cabalgar hasta la antorcha, que está a unos quinientos pasos, rodearla y volver. El primero que cruce la meta gana —explicó Gaius señalando con la espada una línea dibujada en el suelo—. ¿De acuerdo?

—¡Sí! —respondieron ambos jinetes.

—Entonces, a la de tres —dijo Gaius.

Era una noche hermosa, pensó Quintus. Fresca, pero no fría. Sin viento. El cielo estaba despejado, y la luna, radiante. El terreno era muy llano. Había repasado antes la

zona y solo había unos pocos puntos donde el caballo podía tropezar y romperse una pata. Era un lugar perfecto para una carrera clandestina. Como era de prever, la noticia se difundió con rapidez y más de un centenar de soldados se había congregado para seguirla. Aunque este tipo de actividades estaban prohibidas —sobre todo porque se desarrollaban al otro lado del muro—, había varios oficiales de infantería presentes: *optiones*, *tesserarii* y *centuriones*. A Quintus le pareció ver a Corax entre ellos, el rostro oculto por una capucha. No sabía si sentirse aliviado o

preocupado de que su centurión no le hubiera impedido participar en la carrera.

Varios hombres se movían entre la muchedumbre ofreciendo apuestas. Si Pera no hubiera sido su contrincante, Quintus hubiera dado a Urceus todo su dinero para que lo apostara en él, el humilde hastatus que se enfrentaba a todo un centurión. Evidentemente, no lo había hecho. En lugar de ello, correría como si fuera a ganar, pero, cuando se aproximara a la meta, perdería. Vencer a Pera le concedería un momento de gloria, pero tener a un centurión de

enemigo era muy peligroso. «¡Mierda! ¿Por qué había tenido que hablar?»

—Uno —anunció Gaius.

Quintus se inclinó hacia delante para acariciar la cara del caballo. Había tenido la oportunidad de tratarlo un poco antes y era un animal tranquilo. Aunque hubiera querido ganar, no estaba seguro de que el alazán hubiera podido superar al corcel negro de Pera, que aparentaba ser muy rápido.

—Hazlo lo mejor que puedas —susurró—. No te caigas ni hagas daño o tendré que rendirle cuentas a tu dueño.

—Dos.

Quintus miró a Pera, que le dedicó un improprio silencio. Al igual que Quintus, el centurión iba vestido con una ligera túnica de lana con cinturón. Además, llevaba una fusta en la mano derecha, un instrumento que a Quintus jamás le había gustado usar.

—¡Tres!

A pesar de que los camaradas de Quintus habían rogado a los espectadores que guardaran silencio, estos clamaron entusiasmados. Quintus esperó que la carrera no fuera descubierta por un oficial superior que no estuviera

al corriente de su celebración. Quintus guio a su montura hacia la antorcha y Pera, que ya estaba utilizando la fusta contra los flancos de su caballo, lo adelantó con una mirada triunfante.

—¡Vamos! ¡No podemos dejar que se salga con la suya! — murmuró Quintus sacudiendo las riendas. Para su sorpresa, el caballo respondió con alegría y fue adquiriendo velocidad poco a poco. A mitad del trayecto, la distancia entre los dos ya se había reducido. La antorcha era cada vez más visible, su llama oscilante con la brisa. La malicia volvió a hacer

presa de Quintus y sonrió. Tampoco pasaría nada si asustaba un poco a Pera, ¿no? El centurión iba a acabar ganando de todos modos.

—¡Más rápido! —instó al alazán—. Sé que puedes darle alcance. ¡Vamos!

El caballo aumentó el ritmo. Era más rápido de lo que parecía, pensó Quintus extasiado mientras notaba el aire nocturno en las orejas. Sonrió cuando Pera miró hacia atrás alarmado. A cien pasos de la antorcha, ya le había dado alcance. Galoparon lado a lado, a poca distancia entre sí, hacia la antorcha que marcaba la mitad de

la carrera. Quintus disfrutó viendo la expresión furiosa de Pera. «¿Se ha dado cuenta ya de que puedo ganarle?», se preguntó.

¡Zas!

Quintus oyó el sonido en el mismo instante que notó el dolor en la mejilla y se echó hacia atrás. Casi perdió el equilibrio, pero las manos en las riendas impidieron que cayera del caballo, que había frenado de forma instintiva.

—¡Pedazo de mierda! —gritó Pera—. ¡A ver si escarmientas!

Cuando Quintus recuperó el equilibrio, el centurión ya se estaba acercando a la antorcha. Se tocó la

mejilla y notó la sangre pegajosa en los dedos. Había tenido claro desde el principio que Pera quería ganar, pero jamás hubiera imaginado que fuera capaz de usar la fusta como arma. Rabioso, Quintus clavó los talones. El caballo pareció percibir su deseo de dar alcance a Pera e incrementó la velocidad, los cascos golpeando el suelo con un ritmo hipnótico. Quintus deseó tener una lanza en la mano o poder empujar a Pera y acabar con él.

Pero, a pesar de la rabia, Quintus sabía que una acción así le supondría la pena de muerte. No

obstante, deseaba ganar la carrera y darle una lección en equitación. El alazán estaba respondiendo bien y todavía podía alcanzar a su rival después de rodear la antorcha.

Quintus respiró hondo y soltó el aire poco a poco. La opción de vencer a Pera era imposible. Lo mejor era seguir cabalgando a buen ritmo. Haría una buena carrera y aceptaría resignado las burlas de Pera y sus amigos en la meta. Sería una experiencia más que después podría olvidar para siempre compartiendo un ánfora de vino con sus compañeros.

Sin embargo, las buenas

intenciones de Quintus se esfumaron segundos después cuando vio que el centurión aminoraba la marcha y realizaba un giro cerrado a unos cuarenta pasos de la antorcha. Mientras Quintus todavía se estaba acercando a la antorcha, Pera ya estaba galopando hacia la meta

—¡EH! —chilló Quintus, indignado—. ¡No puedes hacer eso!

—¡Nadie me ha visto! —replicó Pera.

Quintus volvió a sentir un deseo irrefrenable de ganar.

—¡Arre! —instó al alazán—. ¡Vamos!

El caballo cabalgó más rápido que nunca hacia la antorcha y no se arredró cuando lo obligó a girar tan cerca de la llama que podía notarse su calor incómodo. A quinientos pasos se encontraba la meta donde esperaban Gaius y los espectadores. Quintus buscó a Pera más adelante y lo vio en la distancia.

—Está muy lejos, valiente —dijo a su montura, que había empezado a recuperar la velocidad perdida en el giro—. No sé si puedes darle alcance, pero si lo consigues, te daré la hierba más dulce de Sicilia y una bolsa de manzanas. ¿Te ves

capaz?

El caballo se dio al galope y Quintus disfrutó del momento. ¡Su montura quería ganar! El joven apretó los muslos contra los costados del alazán y se inclinó hacia delante como solía hacer de niño cuando hacía carreras con su padre en los extensos prados cercanos a la granja, pero jamás había deseado ganar ninguna de esas carreras tanto como deseaba ganar esta. Los minutos siguientes duraron una eternidad.

Quintus percibió el calor del caballo bajo su cuerpo, su respiración rápida, los cascos contra

el suelo; la luna y las estrellas iluminando el cielo; el perfil oscuro de la fortificación a su izquierda; las luces que parpadeaban en la lejanía en las murallas de Siracusa. Y, sobre todo, la figura cada vez más cercana de Pera. «¡Cabrón!»

De todos modos, por mucho que se acercara al centurión, le llevaba demasiada ventaja. Por muy bien que respondiera el alazán, no era Pegaso. Quintus no sabía la distancia que quedaba, pero seguro que menos de la mitad del tramo de vuelta y Pera estaba al menos a unos sesenta o setenta pasos por delante. «¡A la mierda con él!» Ni

siquiera podría acusarlo de tramposo. La palabra de un hastatus contra la de un oficial superior no contaba para nada. Pera ganaría la carrera.

Quintus siguió cabalgando a toda velocidad, disfrutando de la sinergia con el caballo, algo que no había experimentado desde sus tiempos en la caballería. Se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos esa sensación. Por mucho que le gustara estar rodeado de sus camaradas al entrar en el campo de batalla, no era lo mismo que cabalgar a todo galope. Si cerraba los ojos, imaginaba a

Calatinus y al resto de sus antiguos compañeros y sentía el temblor del suelo bajo el peso de centenares de caballos.

Un sonido extraño hizo que abriera los ojos de nuevo. Parpadeó. La figura de Pera, tan visible unos segundos antes gracias a la luz de las antorchas de los espectadores, había desaparecido de su vista. No tardó en adivinar lo que había pasado: su caballo había tropezado y se había caído en una de las zonas de terreno irregular. Cuando pasó por su lado, oyó al centurión maldecir a su montura, que luchaba para ponerse en pie.

—¡Arriba! ¡Jodida mula inútil! — chilló mientras lo fustigaba.

El centurión no había hecho un reconocimiento previo del terreno. «Aminora el paso —aconsejó a Quintus su lado más prudente—, deja que Pera te adelante. Él debe ganar, no tú.» El viento le acarició el corte en la mejilla y sintió el dolor en toda la cara y el cuello. Aunque era consciente de que tenía todas las de perder contra Pera por su rango superior, Quintus no pudo resistir la tentación de ganar. Para lograr la victoria no tenía que hacer nada, simplemente dejar que el alazán corriera a su libre albedrío.

Echó un último vistazo atrás y vio que Pera todavía estaba intentando montar de nuevo. Quintus dejó que su montura hiciera lo que quisiera. Y, al cabo de unos segundos, consiguió su venganza. Cruzó la línea de meta dibujada en el suelo por Gaius y fue aclamado con vítores entusiastas por los soldados rasos. Quintus disfrutó un momento de la ovación antes de detenerse y desmontar.

—Buen trabajo, chico, buen trabajo —dijo dando unas palmaditas al cuello de su montura.

Quintus deseaba acercarse a saludar a sus amigos, que gritaban

CRES-PO, CRES-PO, CRES-PO a voz en cuello, era obvio que algunos habían apostado por él aun a sabiendas de que intentaría perder, pero en la meta le esperaba Gaius, el juez.

—Tienes un buen caballo, señor. Te agradezco que me hayas dejado montarlo.

—No estoy seguro de que Pera vaya a estar tan contento conmigo, pero los que han apostado por ti están encantados. Sea como sea, has hecho una gran carrera.

—Gracias, señor.

—¿El caballo de Pera ha tropezado?

—Sí, señor, ha tropezado en una irregularidad del terreno. —Quintus pensó que no valía la pena explicar que el centurión había hecho trampa.

—Si no llega a ser por eso...

—¡Maldito tramposo! —espetó Pera, que, surgido de la oscuridad, cabalgó hacia Quintus.

El hastatus tuvo que apartarse de su camino para evitar ser arrollado, y Gaius también.

¡Zas!

Pera arreó a Quintus con la fusta, que le alcanzó en los hombros.

El joven gritó de dolor y dio unos

pasos atrás. El alazán relinchó y se encabritó. Quintus tuvo que agarrar las riendas con fuerza para evitar que huyera.

Los espectadores guardaron un silencio sorprendido.

—¡Aprehended a ese pedazo de mierda! ¡Le voy a dar una paliza de muerte! —ordenó Pera a los soldados que tenía más cerca en cuanto desmontó.

Cuatro hombres se acercaron a Quintus, que se planteó pelear o huir, pero pensó que no le serviría de nada. Se le cerró la garganta de rabia, impotencia y miedo. Nada de lo que dijera o hiciera serviría de

nada. La paliza lo lisiaría de por vida. ¿Por qué no había mantenido la boca cerrada?

Gaius frunció el ceño.

—Un momento, Pera. El hastatus ha sido el primero en cruzar la línea de meta. Ha ganado él.

—¡Ha ganado porque...! —empezó a decir Pera con la cara roja de rabia.

—¡Un momento! —interrumpió una voz en la oscuridad.

Todos se volvieron hacia el encapuchado que llegaba de la zona de la antorcha. El hombre se detuvo ante Gaius y Crespo y se quitó la capucha. Era Corax.

Quintus sintió un atisbo de esperanza.

—Crespo ha ganado porque tu caballo ha tropezado. Hasta ese punto, ibais muy igualados — explicó Corax—. Al menos eso he visto yo desde mi posición.

Pera abrió y cerró la boca furioso, incapaz de decir nada.

—¿Y dónde estabas tú? — vocalizó por fin.

—Por ahí —respondió Corax con un gesto vago de la mano—. Es una pena que tu caballo tropezara, porque era una carrera muy igualada.

Quintus se esforzó en contener

su sorpresa a la vez que su ira. Corax había visto a Pera hacer trampas, estaba seguro de ello. ¿Por qué si no había vuelto corriendo a la meta? Aunque era muy positivo que lo defendiera, ¿por qué no explicaba también lo que había hecho Pera?

—Yo he visto lo mismo desde aquí —afirmó Gaius aliviado—, aunque debo decir que no es el resultado que esperábamos. Tenías que ganar tú, Pera.

—¡Por supuesto!

«No es cierto, jodido tramposo —pensó Quintus—. Yo te había ganado mucho antes de que

tropezara tu caballo.»

—Los dioses pueden ser muy caprichosos —sentenció Gaius.

—Y no somos nadie para juzgar sus decisiones divinas —agregó Corax.

Pera murmuró una obscenidad y parecía a punto de lanzar más acusaciones, pero miró a Corax y guardó silencio.

Gaius ordenó a los soldados que se dispersaran.

—Vamos, Pera —dijo Gaius—. Te invito a unas copas de vino.

Consciente de que Pera lo estaba fulminando con la mirada, Quintus evitó levantar la vista.

—¿Y por qué has tenido que dejar el alazán a esa rata inmunda?

—Quintus oyó que Pera preguntaba a Gaius mientras se alejaban—. Tendrías que haberle prestado el otro caballo.

En cuanto Pera se hubo alejado lo bastante para no oírlo, Quintus se volvió hacia Corax.

—¿Has visto lo que pasó en la antorcha, señor?

—Lo he visto, sí.

—¡Pera ha hecho trampas, señor! ¡Giró mucho antes de la mitad! Si su caballo no hubiera tropezado, ¡habría ganado con trampas!

—Lo sé.

—¿Y por qué no has dicho nada, señor? —protestó Quintus, que ya sabía la respuesta antes de preguntar.

Corax le dio un empujón en el pecho.

—¡Cuidado con lo que dices! Todo este lío es culpa de tu inmensa estupidez. ¿Cómo se te ocurre retar a un centurión? ¿Realmente quieres que alguien como Pera sepa que eres de origen noble?

Quintus hacía tiempo que se preguntaba si Corax sospechaba la verdad sobre él, pero oírsele decir

en voz alta lo pilló por sorpresa.

—¿Tú lo sabes, señor?

Corax soltó un bufido burlón.

—Después de tanto tiempo a mis órdenes, lo tengo más claro que el agua. Tu acento te delató desde el principio, al igual que tus ademanes, por mucho que intentaras actuar como los demás. Además, hablas griego y sabes algo de estrategia militar. Y, para colmo, sabes montar a caballo. ¿Qué otra cosa podrías ser sino un ecuestre?

—respondió Corax divertido—. Cierra la boca, soldado, que te va a entrar una mosca.

—¿Se lo has dicho a alguien,

señor?

—Tus razones tendrás para querer servir con los hastati, Crespo. A menos que hayas matado a alguien... —Quintus comenzó a protestar, pero Corax le interrumpió con un gesto de la mano que indicaba que ya sabía que la respuesta era negativa—, yo no puedo, ni nadie puede, impedírtelo. Además, eres un buen soldado, uno de los mejores de mi manípulo, y te necesito.

—No sé qué decir, señor.

—Pues no digas nada, Crespo. Aunque supongo que no es tu verdadero nombre, ¿verdad?

—No, señor. Me llamo...

Corax se llevó un dedo a los labios.

—Es mejor que no lo sepa, así podré negar que te conozco si alguien viene preguntado por ti algún día.

—Eso no sucederá, señor —replicó Quintus, apesadumbrado—. Mi padre murió en Cannae.

—Lo siento —dijo Corax—, pero no pienses que nadie te descubrirá. Hoy te has esforzado mucho en demostrarle a Pera que eres de cuna noble.

—Lo siento, señor —se disculpó Quintus, avergonzado.

—Lo hecho, hecho está. Puedes estar contento de haberte librado de una buena paliza, o peor. Y ten cuidado con Pera de ahora en adelante. Jamás te perdonará lo de esta noche, por mucho que fuera una victoria justa. Por cierto, ¿sabías que está emparentado con Marcelo?

—No, señor —respondió Quintus, sorprendido.

—Según tengo entendido, es un pariente lejano, pero eso no significa que no pueda hablarle mal de ti.

Quintus estaba seguro de que, implícitamente, Corax también le

estaba diciendo que él, como su comandante, no deseaba ser el foco de atención de las instancias superiores.

—Si lo sabías, señor, ¿por qué no me ordenaste que me apeara de la carrera? Si me lo hubieras ordenado, habría obedecido.

—No eres el único al que le gustan los desafíos —respondió Corax con los ojos encendidos.

—No, señor —murmuró Quintus, sintiéndose de nuevo orgulloso de que Corax fuera su centurión—. ¿Puedo irme, señor?

—Sí, pero mañana por la mañana pasa por mi tienda.

—¿Señor?

Para su sorpresa, Corax le guiñó un ojo.

—Hoy todos los pronósticos estaban en tu contra, pero pensé que era mi deber apoyar a uno de mis hombres. Desconozco la cifra exacta, pero dentro de poco me pagarán más de cuatrocientos denarii. Diez son para ti.

—¡Gracias, señor!

A pesar de que Corax le ofrecía una ínfima parte de sus ganancias, Quintus se sintió más animado. También le sirvió de consolación la imagen de Pera rabioso al saberse vencido. ¿Qué más daba si era

primo tercero de Marcelo? Era el centurión de otra unidad y no tenía poder alguno sobre él ni sobre los hombres de Corax.

—Vete, ya. Ve en busca de tus compañeros. Seguro que querrán gastar parte de sus ganancias contigo.

Quintus saludó a su centurión y se encaminó hacia la puerta.

11

—¿Señora? —resonó la voz de Elira en el dormitorio.

Aurelia apenas la oyó. Tenía la vista clavada en la cama, donde yacía la pequeña figura encogida de Publius. Se inclinó sobre él, le

acarició el cabello húmedo de la frente e intentó convencerse de que la causa de la oscura tonalidad morada de su piel era el calor. La fresca brisa que solía llegar a palacio por las noches se resistía a hacer acto de presencia ese día. Si todavía estuvieran en Roma y no hubiera decidido emprender el viaje al sur, no hubiera pasado nada de esto. «¡Para ya! ¡Debes mantenerte fuerte para Publius!»

—Te pondrás bien, cariño. Pronto estarás mejor.

—Señora —repitió Elera, esta vez sacudiéndole el hombro.

—¿Ha llegado el médico? —

preguntó ausente.

—No, señora. Dijo que no regresaría hasta mañana, ¿recuerda?

—Pero la medicina que le ha dado a Publius no ha funcionado.

—Es la mejor medicina que tiene. La malaria es muy difícil de tratar, señora, sobre todo en los niños —añadió Eira con suma delicadeza.

Por enésima vez, Aurelia miró en derredor en el cómodo dormitorio en busca de una salida. Junto con el salón de estar y la letrina, ese era todo su mundo. Su prisión. Excepto las veces que Hipócrates la llamaba

a su lado. Por fortuna, su lascivia estaba concentrada en esos momentos en Elira. Con Publius tan enfermo, Aurelia no hubiera podido entretenerlo como antes.

Publius tosió y Aurelia regresó al presente.

—Tráeme un paño húmedo.

—Ahora mismo —respondió solícita Elira.

Cuando volvió, Publius se había orinado encima. Una gran mancha se extendía por la sábana y rodeaba la parte inferior de su cuerpo. Sin mediar palabra, cambiaron la sábana y le lavaron. Al quedar su cuerpo descubierto,

era imposible pasar por alto el efecto que la malaria había tenido sobre él. Se había quedado en los huesos y la tonalidad amarillenta de su piel no era nada en comparación con el amarillo del blanco de sus ojos. A pesar de las pruebas evidentes y de la mirada preocupada de Elira, Aurelia prefería no enfrentarse a la realidad y pensar que Publius se recuperaría.

—Sé que es un momento difícil, señora, pero necesito hablar contigo.

Por fin el inusual tono severo de Elira logró penetrar en la mente aturdida de Aurelia.

—¿Qué pasa?

—Esta mañana he recibido otro mensaje.

«Hanno.»

—¿En la panadería?

—Sí. Era un soldado, como la última vez, y también le entregué tu respuesta a la primera carta.

Aurelia tomó el pequeño pergamino enrollado que le ofrecía Elira con manos temblorosas. Tenía la sensación de que había pasado una eternidad desde que recibió el primer mensaje tras el encuentro casual con Hanno. Aunque en su misiva no le había ofrecido ninguna solución —Hanno le decía que

estaba planificando su rescate con un amigo—, el mensaje le había ayudado a seguir adelante. Este era el segundo mensaje, que llegaba dos semanas después del anterior. ¿Podría Hanno enviarle otro médico para Publius? Descartó la idea en el acto. Era tan imposible que le pudiera enviar a un médico como sacar a tres personas de palacio atravesando sus paredes. Aurelia se sentía desesperada, pero no debía rendirse, se repetía a sí misma. Esa carta era una prueba de que los dioses no la habían abandonado por completo. Lograrían escapar. De un modo u otro lo conseguirían.

Rompió el lacre de la segunda carta y desenrolló el pergamino.

«Para Aurelia: Mis saludos y mis disculpas por la larga demora en enviar esta segunda misiva, pero mi amigo tiene pocos soldados en los que pueda confiar la misión de entregar un mensaje a Elira. Ruego a los dioses que estés bien y que estés resistiendo lo mejor que puedas.» Aurelia miró a Publius, que respiraba con gran dificultad, y un dolor agudo le atravesó el corazón.

«Siento decirte que todavía estamos buscando la manera de rescataros a ti, a tu hijo y a Elira.

En palacio no podemos hacer uso de la fuerza ni tampoco de subterfugios debido a la cantidad de guardias que hay. Si encontráramos la manera de que llegarais hasta la ciudad, mi amigo asegura que podría ayudaros a escapar.»

Aurelia leyó por encima el resto de la carta hasta la firma de Hanno. Le decía que no se diera por vencida, que los dioses la protegerían y que pronto volverían a verse, pero Aurelia había perdido toda esperanza. Publius estaba gravemente enfermo y jamás saldrían de ese palacio. Estaría a la

merced de Hipócrates hasta que se cansara de ella y, después, de Agathocles, con quien ya se había visto obligada a copular una vez de forma apresurada. Desolada, dejó que las lágrimas que tantas veces amenazaban con salir rodaran por sus mejillas.

—¿Qué dice la carta, señora?
¿Son malas noticias?

Aurelia se enjugó las lágrimas.

—No, no son malas noticias. Simplemente todo sigue igual. Hanno no ha encontrado todavía la manera de sacarnos de aquí, pero dice que no perdamos la esperanza.

—¡Eso es fácil de decir para él!

—espetó Elira—. Él no tiene que acostarse con Hipócrates cada noche.

—Hace lo que puede.

La indignación de Elira se tornó en congoja.

—Lo sé, señora, pero es muy duro estar esperando de forma indefinida.

En lugar de mejorar como esperaba Aurelia, el estado de Publius empeoró de forma notable. En las siguientes horas la fiebre aumentó tanto que su cuerpo ardía al tacto. Después comenzaron las

convulsiones, unos espasmos terribles de las extremidades que aterrizaron a las mujeres. Por suerte el médico les había avisado. De lo contrario, hubiera pensado que su hijo estaba poseído por el demonio. Aurelia sabía que debía bajarle la temperatura corporal, pero, como no tenían hielo, tuvo que conformarse con bañarle repetidamente en agua fría. Cuando cesaron las convulsiones, Aurelia pensó que se produciría una mejoría, pero en lugar de ello Publius cayó inconsciente. Al poco rato le salió un morado en una zona de la rodilla que se había golpeado

durante las convulsiones, como si sangrara bajo la piel. Llegados a ese punto, Aurelia se olvidó de la prudencia y se dirigió a uno de los guardias de la puerta. Dispuesta a hacer cualquier cosa, se sintió aliviada cuando el guardia accedió de inmediato a solicitar un médico para su hijo gravemente enfermo. Aurelia estaba convencida de que la ayudaba por la simpatía natural que inspiraba Publius, que siempre seguía con atención y admiración los movimientos de los guardias. Tanto era así, que muchos guardias habían sucumbido a su encanto y le llevaban de vez en cuando cosas de

comer e incluso juguetes.

El mal humor del médico por la hora a la que había sido citado se disipó en cuanto vio a Publius.

—¿Por qué no me has llamado antes? —preguntó antes de suspirar—. No hace falta que respondas. Explícame cómo ha ido todo.

El médico pidió más luz y se arrodilló junto a la cama mientras escuchaba las explicaciones de Aurelia. Exploró a Publius con detenimiento: primero puso la oreja en su pecho para escuchar la respiración, después comprobó el pulso y el color de las encías y, finalmente, levantó los párpados

para examinar las conjuntivas. Aurelia estaba tan nerviosa que agarró la mano de Elira.

Por fin el médico terminó la exploración.

—¿Cuándo orinó por última vez?

Aurelia lo miró con la expresión en blanco.

—¿Orinar? No lo sé. Hace bastante tiempo. ¿Seis horas? ¿Ocho?

El médico suspiró y comprobó de nuevo el pulso. Alzó la vista con expresión sombría.

—Lo siento, pero no hay nada que pueda hacer.

Aurelia tuvo la sensación de que

le propinaban un puñetazo en el vientre. Soltó un grito ahogado y cayó de rodillas.

—¿Qué quieres decir? —Aurelia oyó que preguntaba Elira.

—Es un caso típico de malaria grave. Fiebre alta, convulsiones y otros síntomas nerviosos. Supongo que entró en coma después de las convulsiones. La marca que tiene en la rodilla significa que la sangre no coagula bien y, por lo que me has explicado sobre la orina, sospecho que los riñones han dejado de funcionar.

Aurelia era incapaz de hablar. Miró a Publius, luego al médico y

después a Publius otra vez.

Cuando volvió a mirar al médico, su expresión se había suavizado todavía más.

—Me temo que tu hijo se está muriendo. No puedo hacer nada.

—¿Muriendo? —repitió.

—Sí. Jamás he visto a un adulto recuperarse después de esta fase y mucho menos a un niño. Lo siento.

—¿Tardará mucho en irse?

El médico negó con la cabeza. Desolada, Aurelia apenas notó la mano que le posó en el hombro antes de marcharse.

Aurelia se tumbó en la cama y abrazó a Publius. Le vino a la

cabeza una canción de cuna, una que solía cantarle cuando era pequeño. Empezó a canturrearla una y otra vez hasta que le cedió la voz y simplemente tarareó la melodía. Le embargó una pena inconmensurable y la sábana pronto acabó empapada de lágrimas. Aparte de alguna respiración profunda, Publius no se movía. Aurelia agradeció que no sufriera y se imaginó que se había quedado dormido después de que ella le consolara tras despertarse por un dolor de barriga. Inmersa en su fantasía, se quedó dormida.

Cuando se despertó, su intuición de madre le dijo que Publius se había ido. Con una ternura infinita, le apoyó la cabeza sobre la almohada. Tenía los ojos entreabiertos, pero su tez ya no tenía el color enrojecido de antes, sino la tonalidad grisácea de la muerte recién acontecida. Aurelia posó un dedo sobre el cuello de su hijo y contó hasta veinte, pero no percibió ninguna pulsación. Aunque ya era un poco tarde para ello, posó sus labios sobre los de Publius para que el alma pudiera dejar el cuerpo.

—Perdóname, cariño mío —

susurró—. Que los dioses te concedan un feliz pasaje al otro lado y que reserven su castigo para mí.

—Se ha ido.

Aurelia levantó la vista. Elira tenía las mejillas cubiertas de lágrimas.

—Sí —respondió sin fuerzas.

—Que los dioses le bendigan y le acojan en su seno. Era un niño maravilloso —murmuró Elira con un hilo de voz.

—Tenemos que organizar el funeral. No me podrán negar algo así, ¿verdad? —preguntó Aurelia a punto de desmoronarse.

—No lo sé, señora. Pero si te lo permitieran, podría ser nuestra oportunidad de escapar.

Aurelia tardó un instante en asimilar las palabras de Elira.

—¿Quieres decir si nos dejan salir de palacio?

—Sí, señora. ¿Podrías escribir ahora la respuesta a Hanno? El soldado me dijo que volvería a estar hoy en la panadería. Puedo persuadir al guardia para que me permita salir. Si informamos a Hanno acerca del funeral, quizá pueda hacer algo.

—Pero no sabemos cuándo nos permitirán celebrarlo.

—Lo sé, señora, pero es mejor que Hanno disponga de esa información, ¿no?

En esos momentos Aurelia no pensaba ni en la huida ni en Hanno. Solo pensaba en Publius y en lo mucho que lo echaría de menos, pero a la vez era consciente de que esa podía ser su primera y única ocasión de escapar. Debía pensar en Eira, pues no era justo condenarla a una vida de prostitución. Aurelia respiró hondo y se obligó a sí misma a pensar en el futuro.

—Muy bien, ahora le escribo.

12

Tras haberlo comentado con Kleitos, esa mañana Hanno había decidido sustituir al soldado de la panadería.

—Tiene sentido cambiar de persona —argumentó—. Alguien

puede recordar a tu hombre de ayer.

Por eso Hanno se hallaba en esos momentos a unos pasos de la panadería con una hogaza caliente en la mano. Era un placer poder comer pan recién hecho. Pocas cosas sabían mejor.

Sin embargo, el placer del pan no disipó sus nervios. Hanno se había mostrado muy seguro de sí mismo ante Kleitos, pero era difícil actuar con normalidad y estar pendiente al mismo tiempo de lo que sucedía a uno y otro lado de la calle para detectar posibles problemas. Por fortuna, no parecía

haber nada de qué preocuparse. Varias amas de casa se habían congregado ante la puerta de la panadería y algunos esclavos que habían sido enviados a comprar el pan aprovecharon la oportunidad para saltarse la cola. Un joven bien vestido salió de la tienda con una bolsa llena de hogazas y dos perros callejeros husmeaban el suelo en busca de las cortezas que se les caían a los clientes al comer lo que habían comprado.

Transcurrieron las horas y las colas de primera hora de la mañana desaparecieron. Para evitar llamar la atención, se sentó en la barra

exterior de una taberna que había en la plaza de enfrente. Pasó totalmente desapercibido cuando ocupó un taburete fuera y pidió una copa de vino. Pasó una hora y pidió una segunda copa. Después de otra hora y una tercera copa sin señal de Elira, Hanno comenzó a preocuparse. ¿Habría pasado algo? Quizás Aurelia se había puesto enferma y Elira tenía que cuidar de ella. Para distraerse, Hanno fue a vaciar la vejiga en la zona que la taberna había habilitado a tal efecto: una sección de la pared que daba a un pequeño callejón. Como era habitual, había pintadas en

todos los ladrillos. Hanno sonrió. Eran los mensajes habituales: «Aquí se caga muy bien»; «Eumenes ama a Agape» o «Las putas de esta taberna tienen sífilis».

De nuevo en su sitio, continuó observando a todos los que entraban y salían de la panadería. Para su sorpresa, vio a Elira que salía con una bolsa voluminosa. Estaba más delgada de lo que recordaba y tenía la expresión triste, con líneas marcadas de la nariz a las comisuras de los labios. Hanno apuró la copa y se apresuró a seguirla.

Cuando se hallaba a tres pasos

de ella, pronunció su nombre.

—Elira.

Sorprendida, la esclava dio media vuelta y casi soltó la bolsa al reconocerlo.

—Qué sorpresa —murmuró.

—Sigue caminando. —Hanno se puso a su lado—. ¿Cómo está Aurelia?

—No está bien, señor. Su hijo, Publius... ha fallecido.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Malaria. Ha muerto durante la noche.

—Por todos los dioses, es terrible. —Hanno albergó sentimientos encontrados. Por un

lado, era una noticia horrible para Aurelia, pero, por el otro, tendría que sacar a una persona menos de palacio. Tardó unos segundos en darse cuenta de que quizá no fuera necesario sacarlos—. ¿Le permitirán celebrar un funeral?

—No lo sabemos. Con la ayuda de los dioses y la mía —dijo poniendo la más seductora de sus caras—, espero que sí.

La rabia volvió a hacer presa de Hanno, que intentó no pensar en todo lo que Elira y Aurelia se habían visto obligadas a hacer para sobrevivir desde que fueron capturadas.

—Si os permiten celebrar el funeral, actuaremos entonces. ¿Cuándo lo sabréis? —Hanno se dio cuenta de lo estúpida que era la pregunta en cuanto la formuló—. No lo sabes, claro.

—No, señor.

—No importa. —Kleitos le había hablado de una banda de niños callejeros a los que podían recurrir para distraer la atención en la calle. Seguro que también podían pagarles para que vigilaran las puertas de palacio—. Cuando sepas cuándo será el funeral, intenta ir a la panadería para informarme a mí o a uno de los soldados, pero si te

resultara imposible ir, dile a Aurelia que igualmente estaremos listos.

Elira lo miró asustada.

—¿Cómo pensáis rescatarnos?

—Eso es cosa nuestra. Vosotras tenéis que estar preparadas desde el momento en que crucéis las puertas de palacio. Se hará lo más rápido posible y con un mínimo derramamiento de sangre —explicó, contento de que Elira no oyera los fuertes latidos nerviosos de su corazón—. Dale mis más sinceras condolencias a Aurelia. Dile... —Hanno se interrumpió. ¿Qué podía decirle que aliviara su pena?—. Dile que lo siento.

—Se lo diré, señor. Y pronto podrás decírselo tú mismo — respondió con una sonrisa trémula —. Ahora será mejor que me vaya. No puedo tardar en volver o el guardia empezará a sospechar.

—Ánimo.

Para Hanno fue más duro de lo que esperaba contemplar a Elira marcharse para regresar a su cautiverio. Se consoló pensando que ella y Aurelia escaparían en los próximos días, aunque no tenía ni idea de cómo las ocultarían cuando los soldados de Hipócrates iniciaran la búsqueda.

—¿Estáis preparados? — preguntó Kleitos, la voz amortiguada por el pañuelo que le cubría la cara. Estaba con Hanno y un grupo de niños en un callejón cercano a una de las puertas de la ciudad.

Ambos habían decidido, en una apuesta a ciegas, que Aurelia y Elira pasarían por esa puerta con el cadáver de Publius, dado que muchas tumbas se hallaban en la carretera que conducía a esa entrada de la ciudad.

—¡Claro! —exclamó el jefe de la pandilla, un niño de cara ancha y pelo corto al que apodaban Oso.

Sus acólitos asintieron con vehemencia. Eran nueve niños con edades comprendidas entre los once o doce años que debía de tener Oso y los seis o siete años, según calculó Hanno. A primera vista, no parecían gran cosa, a excepción de Oso, que era tan corpulento como muchos hombres adultos. Todos eran muy flacos y vestían harapos, pero su apariencia daba lugar a engaño. Hanno los había visto en plena acción, cuando atacaron como una manada de lobos a un vendedor de quesos que estaba desmontando la parada. En menos de veinte segundos lo

derribaron, lo dejaron inconsciente y le robaron el monedero y toda la mercancía.

—Decidme otra vez lo que tenéis que hacer —ordenó Kleitos.

Oso le dedicó una mirada tan despectiva que, si hubiera sido uno de sus soldados, habría recibido una buena azotaina.

—Cuando estén cerca, debemos empujar al medio de la calle el carro de paja que está aparcado en la plaza de enfrente.

—Tienen que situarse a unos treinta pasos del callejón —advirtió Hanno.

—Ya lo sé. Nuestro objetivo son

los guardias que vigilan a las dos mujeres. Tenemos que distraerlos y derribarlos, pero no debemos matarlos.

Hanno pensó que las vidas de esos niños debían ser terribles si al menos la mitad llevaba cuchillos y a ninguno le horrorizaba la idea de matar a alguien.

—Lo importante es que las mujeres puedan escapar —explicó Kleitos—. Debéis distraer a los soldados el máximo tiempo posible y procurar que no os pillen. Si os pillaran, estaríais solos.

—Lo sabemos —replicó Oso con una sonrisa desdeñosa—. Esa es

una de nuestras reglas. Si alguno de nosotros cae en manos de los soldados, no podremos hacer nada para ayudarlo, así que nos olvidaremos de él. ¿Verdad, chicos?

—¡Sí! Antes muertos que prisioneros.

—Bien —dijo Kleitos, que miró a Hanno.

Ambos confiaban en que los niños no fueran capturados. Aunque siempre habían llevado la cara tapada y túnicas discretas en sus encuentros con Oso y su banda, corrían el riesgo de que, en el caso de ser torturados, los niños recordaran algún detalle sobre sus

personas que pudiera conducir a los guardias a su puerta.

—¿Qué tienen de especial estas mujeres? —preguntó Oso.

—Os pagamos para no hacer preguntas —respondió Kleitos mostrando un voluminoso monedero de piel. Como su acento nativo no llamaba la atención, él había sido el encargado de reclutar a los muchachos y negociar con ellos. El tintineo de las monedas atrajo la atención de todos como un gato a un ratón herido—. Si todo sale bien, habrá una moneda de oro para cada uno de vosotros.

—Quiero la mitad ahora —exigió

Oso sacando pecho.

Sus compinches se agolparon a su alrededor, algunos con las manos en los puñales. «Pequeños cabrones.» Hanno tensó el cuerpo, listo para pelear.

—Conmigo no juegues, niño. Ya te di tres monedas de oro como gesto de buena voluntad. Eso es más de lo que consigues en un año entero robando. Tendrás el dinero cuando hayamos acabado, tal y como quedamos. Y, si no te gusta, tú y tus amigos podéis ir al infierno a hacerle compañía a Hades.

Oso miró de soslayo a sus

compañeros.

—Y, si sacáis las armas, la mitad moriréis en el acto y, el resto, dos segundos después —amenazó Kleitos.

Oso clavó la vista primero en Kleitos y luego en Hanno, que le devolvieron la mirada con igual intensidad. Al cabo de un instante, el muchacho rio.

—Era una broma. El trato sigue en pie. Me pagarás en la puerta del templo de Deméter en Acradina cuando empiece la tercera guardia.

—Eres más listo de lo que parece —concedió Kleitos—. Ahora, si queréis ganaros el dinero,

será mejor que os esparzáis para que tengáis tiempo suficiente de avisarnos. Os esperamos aquí. Mantenednos informados.

Oso asintió e hizo una seña al resto de la pandilla para que le siguiera.

—Este niño mierdoso sería capaz de vender su propia alma — comentó Hanno.

—Igual que cualquier maleante de esta ciudad —replicó Kleitos. Hanno sabía que tenía razón.

—¿Crees que Hipócrates castigará a los guardias? —inquirió otra vez preocupado. Se trataba de un tema que ya había discutido con

Kleitos en un par de ocasiones, puesto que era probable que los soldados que vigilaran a Aurelia y Elira fueran inocentes del maltrato sufrido por ambas.

—Recibirán unos azotes, eso seguro, pero no creo que la cosa llegue a más. Un soldado es un bien muypreciado en estos momentos. Además, las monedas que me diste les compensarán con creces. Haré que las reciban en secreto, de un donante anónimo.

Dicho eso, se apostaron uno a cada lado del callejón, lo más lejos posible de la entrada. Hanno vigiló un lado y Kleitos, el otro. Habían

elegido ese lugar con sumo cuidado. Se trataba de un estrecho pasadizo repleto de excrementos que solo frecuentaban los encargados de vaciar los orinales, lo cual no significaba que no pudieran ser descubiertos. Dos hombres con la cara tapada siempre llamaban la atención, pero no querían quitarse los pañuelos por miedo a que los muchachos les reconocieran después. A Hanno le preocupaba que Aurelia fuera acompañada de muchos soldados o que salieran por otra puerta o simplemente que no vinieran. Tenía los nervios a flor de piel, pero,

como en esos momentos convenía hablar lo mínimo posible, sufrió en silencio.

El hedor de los excrementos y el suelo pegajoso no hicieron nada por mejorar su humor. Hanno pensó en la habitación que Kleitos había alquilado para las mujeres encima de una taberna al oeste de la ciudad. La noticia de su huida tardaría en llegar a ese barrio. Hanno esperaba que el propietario de la taberna, un conocido de Kleitos que había sido untado con generosidad, hiciera caso omiso de la noticia. Kleitos le había dicho que Aurelia y Elira eran flautistas y que

necesitaba la habitación para sus encuentros ilícitos con él y un amigo (Hanno). Esa parte del plan también era muy arriesgada, itodo el plan estaba sujeto a imponderables! Si no iba todo según lo previsto, sería un desastre. Era más fácil luchar en el campo de batalla, pensó Hanno con amargura.

—¡Ya vienen! —avisó uno de los pequeños secuaces de Oso, un niño delgaducho con ojos saltones y pelo negro y rizado.

—¿Estás seguro? —preguntó Hanno.

El niño asintió.

—Son dos mujeres, una lleva un pequeño cuerpo amortajado. Las acompañan dos soldados. Son esas, ¿no?

A Hanno se le aceleró el corazón.

—Son ellas. Seguro que sí —dijo mirando a Kleitos.

—¡Y solo hay dos soldados! Eso es bueno. ¿A qué distancia se encuentran? —preguntó Kleitos mientras se aproximaba a Hanno.

—A un par de manzanas. No tardarán en llegar aquí.

—¿Oso y los demás están en posición? —inquirió Hanno.

—Sí. Queremos el dinero.

—Y si hacéis el trabajo bien, lo tendréis, no temas.

El niño sonrió y mostró sus dientes deformes y sucios.

—Cuando estén a treinta pasos de la plaza, avisaré a Oso. —El muchacho se llevó el índice y el pulgar a la boca y silbó—. Tengo que silbar así, pero mucho más fuerte. En cuanto el carro empiece a rodar, nos abalanzaremos sobre los soldados.

—Bien. Esta noche me encontraré con Oso en Acradina, tal y como quedamos. Le daré el dinero entonces.

—Se lo diré —dijo el niño por

encima del hombro mientras se marchaba.

Kleitos miró a Hanno.

—¿Nervioso?

—¡Sí! ¿Tú no?

—Tengo el estómago como si hubiera comido un plato de mejillones en mal estado, pero ¡por la barba de Zeus, me siento vivo! —sonrió.

—¡Yo también! —convino Hanno con una sonrisa nerviosa—. Por una vez, era agradable hacer algo por amor, en lugar de por venganza, lealtad o cualquier otra de las múltiples razones por las cuales luchaban los hombres. Si todo salía

bien, Aurelia y él podrían estar juntos. Respiró hondo para tranquilizarse. En un combate solo sobrevivían los que mantenían la mente despejada.

—Yo me encargo de la esclava, Elira se llama, ¿no? Tú ocúpate de Aurelia y su hijo.

—¿Y si Oso y su pandilla no consiguen derribar a los guardias?

Kleitos se puso de cuclillas, rebuscó en la porquería y sacó un par de piedras.

—Pues usaremos esto, pero intenta no matarlos.

Kleitos se acercó a unos diez pasos de la boca del callejón.

Estaba suficientemente lejos de la calle como para no ser visto por los transeúntes, pero lo bastante cerca como para salir disparado cuando llegara el momento.

Desde el inicio de la guerra Hanno había tendido numerosas emboscadas y era normal que el tiempo se eternizara, que el campo de visión se redujera a un pequeño túnel delante de él y que notara la boca seca, las manos sudorosas y un nudo en el estómago, pero jamás había estado tan nervioso. Ello se debía a la implicación de Aurelia en la misión, pero a pesar de ser consciente de ello, no pudo

evitar que el corazón se le disparara. Empezó a preocuparse. Si estaba demasiado nervioso, podía fastidiarlo todo. Tenía que tranquilizarse. Se mordió con fuerza el interior de la mejilla y dejó que el dolor borrara el resto de las emociones. Logró centrarse de nuevo en la tarea que tenía entre manos.

Otro muchacho se acercó a la boca del callejón. Se agachó un momento y se rascó el tobillo con disimulo.

—Están a cincuenta pasos — susurró antes de esfumarse.

Los nervios de Hanno debían de

ser muy evidentes porque Kleitos le dio un apretón en el brazo.

—Todo saldrá bien.

—Sí. —Hanno tragó saliva.

—Como no sabemos a qué velocidad caminan, empezaré la cuenta atrás desde treinta.

Hanno asintió.

—Treinta. Veintinueve.

Veintiocho.

Kleitos siguió contando. Hanno clavó la vista en el estrecho tramo de calle que tenía visible. Primero pasó un viejo con bastón y luego salió una mujer de un balcón de enfrente a sacudir una pequeña alfombra.

—¡Salchichas calientes recién hechas! ¿Quién quiere una salchicha caliente? —anunció un vendedor ambulante.

—Diecinueve. Dieciocho. Diecisiete. Dieciséis.

Una gaviota graznó en el cielo y su grito fue correspondido por el de varias compañeras. Pasó uno de los chicos de Oso sin echar ni un vistazo al callejón y, después, un hombre que empujaba con dificultad un carro lleno de artículos de hierro. Dos muchachas se detuvieron a admirar algo en una tienda próxima al callejón mientras comentaban cuál de los guardias de

la puerta les gustaba más.

—Seis. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno —contó Kleitos.

Ninguno de los dos habló. Con la vista fija enfrente, dieron dos pasos hacia delante. Hanno oía el ruido de la calle como en una nebulosa. Solo era consciente de su propio pulso, que palpitaba fuerte en los oídos y la garganta.

¡Fiiiu!

El silbido era mucho más fuerte de lo que Hanno jamás hubiera pensado que un mocoso enclenque sería capaz de emitir.

Todo estaba a punto de empezar.

«Baal Hammón, ayúdanos. Baal Safón, concédenos tu protección y tu fuerza», rezó Hanno mientras se acercaba al extremo del callejón.

Bram, bram, bram.

Oyó a la izquierda el retumbar de las ruedas de hierro sobre los adoquines. Oso estaba siguiendo el plan, pero Hanno no miró hacia el carro, sino hacia la calle que quedaba a su derecha. Percibió que Kleitos hacía lo mismo detrás de él, pero el maldito sacerdote y su séquito no les dejaban ver nada. A una decena de pasos había tres muchachos parados delante de un taller de carpintería fingiendo

interés en los artículos de la entrada, mientras que otros dos jugaban en el suelo a dados en el otro lado de la calle. El resto debía de estar con Oso.

—¡Cuidado! —advirtió un hombre. El retumbar de las ruedas era cada vez más intenso. Hubo varios gritos de alarma y Hanno oyó que el carro chocaba contra la pared de una casa en su lado de la calle.

—¡Lo conseguimos! —rió Oso.

Pero Hanno no estaba tan contento. «Si los guardias de Aurelia lo han visto, pueden dar media vuelta y escapar.»

Para su alivio, en ese momento pasó junto al sacerdote un soldado seguido por Aurelia, que tenía la expresión en blanco y un pequeño bulto amortajado en los brazos. La seguía Elira y, después, un oficial cuya cara la resultó familiar.

Sonó una maldición a su espalda.

—¡Agathocles! —exclamó Kleitos—. Si me descubre, estoy perdido.

«¡Mierda!», pensó Hanno. El oficial era el conocido de Kleitos con el que se habían cruzado mientras guiaba a un grupo de esclavas. Acababa de añadirse otro factor de riesgo a la misión.

En ese momento, siguiendo el plan, Oso y su pandilla se acercaron al primer soldado, que se rio con desdén.

—¡No me hagáis daros una patada en el culo! —amenazó. No se había fijado en el enjambre de niños que llegaban de ambos lados.

—¡Recordad lo que os he dicho! —gritó Oso a sus compañeros. El jefe de la pandilla se acercó al guardia por sorpresa, que no tuvo tiempo de reaccionar. Tras golpearle la rodilla por detrás y empujarlo hacia delante, el soldado cayó sentado. Acto seguido, cuatro niños se abalanzaron sobre él y

comenzaron a propinarle patadas y puñetazos.

Hanno y Kleitos salieron disparados. Elira dio varios chillidos, pero Aurelia no pareció percatarse del caos. Agathocles se abrió paso hacia delante, la mano en el kopis.

—En nombre de Hades, pero ¿qué pasa aquí? —rugió—. ¡Pequeños rufianes!

En contra de todo lo aprendido en su adiestramiento militar, Hanno no se fijó en el enemigo, sino en Aurelia, que no parecía darse cuenta de nada. Hasta que no llegó a su lado, no vio a Hanno. Con una sonrisa triste, le mostró el cuerpo

amortajado que llevaba en brazos.

—Este es Publius. Te hubiera gustado.

—Aurelia. ¡Vamos! —Hanno la tomó del brazo.

—Me han dicho que debo entregarlo en la puerta. No me permiten salir de la ciudad para asistir a la cremación.

Hanno no se había planteado que la profunda aflicción la habría dejado aturdida.

—Luego nos ocuparemos de eso —interrumpió con delicadeza tirando de ella—. Debemos irnos ya.

Aurelia no se movió y a Hanno le

entró el pánico. El soldado estaba detrás de él y, a juzgar por los gemidos de dolor y los chillidos entusiastas de los niños, estaba recibiendo un buen vapuleo, pero Agathocles había logrado ponerse en pie y se había percatado de lo que sucedía. Gracias a un esfuerzo heroico por parte de Oso, que le había cortado el cinturón de la espada con un cuchillo y lo había lanzado al otro lado de la calle, el oficial iba desarmado. En cualquier caso, se dirigía hacia Hanno y, aunque Oso y tres niños le atosigaban sin cesar, Agathocles los apartaba como moscas.

Desesperado, Hanno arrancó el cuerpo de Publius de manos de Aurelia, que soltó un grito ahogado.

—Sígueme —susurró Hanno antes de dar media vuelta y correr hacia el callejón con la vista clavada en Kleitos y Elira, que ya iban una docena de pasos por delante.

Cuando casi había llegado al callejón, vio que Aurelia no le seguía. Hanno se volvió y contempló estupefacto a la joven mientras cogía uno de los puñales de los niños y se lo clavaba en la ingle a Agathocles, por debajo de la protección del pteryges. Agathocles

aulló de dolor y Aurelia lo acuchilló dos veces más.

—¡Hijo de puta! —chilló Aurelia.

—¿Qué coño está haciendo? —gritó Kleitos.

—No lo sé —respondió Hanno.

Aurelia dejó atrás a Agathocles, que cayó de rodillas al suelo mientras la sangre le brotaba con profusión de las heridas. A continuación, se acercó con toda tranquilidad al primer soldado, que seguía tumbado en el suelo, y lo acuchilló una y otra vez hasta que dejó de gritar. Al acabar, soltó el puñal, que golpeó el suelo con un sonido metálico y, por fin, se volvió

hacia Hanno, que la esperaba en la boca del callejón.

—¡Por aquí! —instó.

Aurelia caminó, no corrió, hacia Hanno con expresión serena. A su alrededor reinaba la confusión. Los niños habían desaparecido, pero los tenderos estiraban el cuello por la puerta de sus comercios para ver lo que sucedía. Un hombre acudió en ayuda de Agathocles, pero el resto de los transeúntes se había quedado paralizado ante semejante estallido de violencia.

—¡Rápido! —insistió Hanno, tapándose el rostro con el pañuelo.

Cuando Aurelia llegó al callejón,

Kleitos le lanzó una dura mirada antes de adentrarse en el pasadizo con Elira a su lado.

—¡Vamos! ¡En marcha!

—Haz caso omiso de lo que hay en el suelo —aconsejó Hanno a Aurelia—. Pronto llegaremos al otro lado.

—Sabía que vendrías —musitó la joven.

—¿Cómo no iba a hacerlo sabiendo que estabas cautiva en la ciudad? Siento haber tardado tanto. —Hanno miró el bulto que llevaba en brazos, Publius—. Ojalá hubiera podido rescatarte antes.

Kleitos les guio por un sinfín de callejones, lejos del lugar de la emboscada. Como iban a cara descubierta, no llamaban la atención, pero por si acaso, Hanno envolvió a Publius en la vieja capa de Elira. Con tanto rodeo, Hanno había perdido todo sentido de la orientación y no supo dónde estaban hasta que apareció ante sus ojos la carretera que conducía a Epipolae, en la parte oeste de la ciudad. Kleitos aprovechó ese momento para encararse a Aurelia.

—¿Por qué has tenido que matar a esos hombres? —preguntó en latín—. ¡Os estaban vigilando, no

iban a ejecutaros!

—¿Y a ti qué más te da? —
replicó Aurelia con una furia
inusitada.

—Eran siracusanos como yo, y,
además, conocía al oficial. No era
necesario matarlos, los niños los
tenían distraídos.

—Pues que sepas que
Agathocles no solo me eligió para
servir a Hipócrates, sino que
también me obligó a acostarme con
él, y no fue precisamente delicado.
Y Elira también sufrió la misma
suerte, tanto de manos de él como
del soldado. ¿Qué te parece? —
espetó Aurelia con fuego en los ojos

y la cara contraída de rabia.

—Ya veo —respondió Kleitos, apesadumbrado—. Lo siento.

Hanno se alegraba de que Agathocles hubiera muerto.

—Ahora no podrán hablar y habrá menos posibilidades de que nos encuentren —comentó.

—Debo reconocer que Agathocles nunca me cayó demasiado bien —admitió Kleitos encogiéndose de hombros—. De todos modos, ahora ya no podemos hacer nada. Esperemos que Hipócrates tenga más cosas de las que preocuparse que vengar su muerte.

Nadie habló hasta que llegaron a la habitación que había alquilado Kleitos. Primero entró el oficial, que les hizo señas para que se acercaran en cuanto el camino estuvo despejado. Todos subieron la desvencijada escalera sin ser vistos por el propietario de la taberna.

—Cuanto menos sepa, mejor — comentó Kleitos mientras les hacía pasar a la pequeña y mugrienta habitación, que contenía dos camas, una mesa y una silla. También había un orinal junto a un ventanuco que daba a la calle.

—No es mucho, pero por ahora

servirá.

—Gracias —aventuró a decir Elira en su mal griego.

—Mis disculpas por mi tono de antes —dijo Aurelia—. Estoy muy agradecida por todo lo que has hecho. La habitación no es grande, pero es nuestra y no es una prisión. Eso vale mucho más de lo que puedas imaginar.

Kleitos hizo una inclinación de cabeza.

—Os dejo.

—Muchas gracias, hermano —agradeció Hanno dándole un apretón en el hombro—. Vamos a necesitar enterrar o, mejor,

incinerar a la criatura. ¿Crees que será posible? —añadió en un susurro.

—¿Dentro de las murallas? Tus problemas nunca son de fácil solución, ¿verdad? Veré lo que puedo hacer —suspiró—. Hablamos después, o mañana.

Kleitos se fue y Hanno depositó a Publius sobre una de las camas.

—Organizaremos el funeral lo antes posible.

—¿Y después? —preguntó Aurelia, que había vuelto a recuperar la calma.

—No estoy seguro. Dependerá en buena parte de la reacción de Hipócrates.

Hanno pensó que lo mejor sería que se quedaran allí. ¿Adónde podían ir si no? Aparte de Kleitos, carecía de amigos en Sicilia.

—¿Y no podemos marcharnos? —preguntó Aurelia—. Dicen que el bloqueo naval de los romanos es todavía incompleto.

Hanno tosió.

—Quizá podamos marcharnos en algún momento, pero lo mejor es quedarnos aquí, por ahora.

—¿Porque nos estarán buscando?

—Por eso y porque Aníbal me mandó aquí para servir a Epícides y... a Hipócrates —añadió incómodo.

Aurelia no respondió y Hanno se sintió todavía peor. Quizás Aurelia no deseaba estar con él. Quizá deseaba reunirse con su marido para llorar juntos la muerte de su hijo. Si era así, debía respetarlo.

—Las cosas se habrán calmado en un par de días. Puedo buscar un barco que te lleve a un enclave romano y, desde allí, te ayudarán a encontrar a tu marido.

—Es probable que Lucius haya fallecido y, aunque no sea así, no

tengo ningún motivo para volver con él.

A continuación, Aurelia se acercó a Hanno y, tras cogerle primero un brazo y luego otro, rodeó con ellos su cuerpo.

—Aquí es donde he deseado estar desde que apareciste en el jardín de mi casa en Capua.

Hanno notó que el corazón le latía con fuerza y vio que Elira se retiraba a la ventana para permitirles un poco de intimidad. Abrazó a Aurelia y respiró su perfume.

—Por todos los dioses. También es lo que yo he deseado hacer,

aunque siento que haya tenido que ser así, con todo lo que ha pasado.

Aurelia le tocó los labios con un dedo para que no siguiera hablando.

—Abrázame —susurró—. Cuando estoy contigo, me siento segura.

13

Hipócrates se enteró de la muerte de los dos guardias y de la huida de Aurelia y Elira poco después de que Hanno llegara al cuartel. Dijeron que Hipócrates había montado en cólera, pero,

para alivio de Hanno, su ira no se tradujo en actos. Durante un tiempo reducido, se duplicaron las patrullas por la ciudad y varios golfillos fueron capturados y torturados, pero ahí quedó la cosa. Con el paso del tiempo, Hanno llegó a la conclusión de que Oso y sus acólitos andaban sueltos o que, en caso de que los hubieran apresado, no habían dispuesto de información suficiente para incriminarle ni a él ni a Kleitos. Mientras tanto, Aurelia y Elira permanecían a salvo en sus aposentos.

Pasados tres días, Kleitos

consideró que no era peligroso que Hanno llevara a Aurelia fuera de la ciudad para incinerar a Publius. Kleitos había comprobado los turnos de vigilancia con antelación para asegurarse de que los soldados que habían apresado a Hanno al llegar no estaban de guardia. Si los detenían, la pareja iba a decir que eran marido y mujer, el niño, su hijo muerto, y Elira, una sirvienta.

Aurelia había mantenido la compostura desde que la habían rescatado, pero en cuanto ella, Hanno y Elira iniciaron su triste viaje, se vino abajo.

—Ojalá Quintus estuviera aquí — susurró. Hanno la miraba sin dejar traslucir ninguna expresión—. Está aquí en Sicilia —dijo ella, deshaciéndose en un mar de lágrimas y agarrando la tela que envolvía el cadáver de Publius. Eira también empezó a sollozar. De forma instintiva, Hanno hizo ademán de rodear a Aurelia con el brazo, pero se contuvo porque temió que a ella le pareciera inapropiado. Sin embargo, no tardó mucho en hacerlo. La joven no hizo nada para impedirsele, así que Hanno caminó a su lado rodeándole la cintura con el brazo. Se

sorprendió ante la profunda tristeza que sentía dado que nunca había llegado a conocer al niño, si bien mostró todo su apoyo a Aurelia. Resultaba extraño que Quintus estuviera destinado en la isla, pero por lo menos no coincidirían. Hanno no quería plantearse esa posibilidad, sobre todo teniendo en cuenta lo que sentía por Aurelia.

No habría hecho falta que se preocuparan por los guardias, puesto que se limitaron a echarles un vistazo e indicarles que pasaran. Lo que no le gustó fue oír la advertencia que repitieron varias veces mientras caminaban de que,

ante el menor riesgo de peligro, la puerta se cerraría sin previo aviso.

Así pues, estar al otro lado de las murallas resultaba de lo más inquietante. Hanno casi esperaba ver aparecer a una patrulla enemiga en cualquier momento. Sin embargo, a pesar del asedio, la vida —y la muerte— ahí había alcanzado una especie de statu quo desde el asalto romano fallido. Desde las posiciones ventajosas de sus fortificaciones, los centinelas enemigos veían a cualquiera que se acercara por la vía que conducía al norte, pero como temían a la artillería siracusana no hacían nada.

También significaba que los funerales se celebraban como siempre, entre las innumerables tumbas que flanqueaban la vía.

Al borde del camino había puestos donde se vendían baratijas religiosas, leña para las piras, animales para el sacrificio e incluso comida caliente. Había sacerdotes, oradores y plañideras profesionales que ofrecían sus servicios. Los músicos tocaban cantos fúnebres con flautas y liras. Un adivino con una gorra de piel grasienta prometía una buena dosis de interpretaciones propicias en las entrañas de todos los animales que

examinaba. Alrededor de las tumbas más dejadas se congregaban las prostitutas y otros maleantes. En muchos sentidos se parecía a Cartago, aunque no había ninguna de las máscaras decoradas que pasaban al submundo junto con los difuntos. La aprensión de Hanno acerca del lugar en el que estaban fue disminuyendo. Él, Aurelia y Elira no eran más que tres dolientes entre la multitud. Nadie se fijaba en ellos y los romanos tampoco iban a prestarles atención.

Con unas cuantas monedas adicionales se fue formando la pira, vigilada por el hijo del hombre que

les había vendido la leña y el carbón. Poco después, el calor que emanaban las llamas les obligó a retirarse. Hanno y Elira se quedaron un poco más rezagados que Aurelia, que estaba tan absorta en su mundo que ni siquiera se percató. Permanecieron allí un buen rato mientras el sonido de la música, de otros dolientes y de los vendedores ambulantes llenaba el ambiente.

—Qué cruel puede llegar a ser la vida —declaró Aurelia al final.

Hanno se le acercó.

—Cierto —convino sombríamente—. No tengo hijos pero me imagino lo sumamente

doloroso que debe de ser perder uno.

Las lágrimas volvieron a surcar el rostro de Aurelia. Al cabo de un momento, dijo:

—No me refería solo a mi pequeño Publius. Mi madre murió hace unos dos meses. Justo después, Lucius resultó gravemente herido en Rhegium. Según las últimas noticias, estuvo inconsciente varios días. Perder a un ser querido ya es duro de por sí, pero dos, ¿además del esposo? Y es probable que Quintus esté apenas a unos kilómetros de distancia.

A Hanno le incomodaba

sobremanera hablar de Quintus. Volvió a rodearla con el brazo.

—No tenía ni idea de que tu madre hubiera muerto. Lo siento.

—Se la llevó un bulto en el vientre, en el hígado. Se consumió en cuestión de semanas.

—Atia era una mujer buena. Tu padre todavía debe de estar llorando su pérdida.

Una sonrisa amarga.

—¡Por supuesto! ¿Cómo ibas a saberlo? Padre también está muerto. Murió en Cannae.

—Maldita sea, Aurelia, lo siento. Mi padre también murió ese día.

Aurelia le apretó la mano.

—¿Y tus hermanos?

—Gracias a los dioses, sobrevivieron. Los dejé en plena forma cuando me marché a Sicilia.

—Es bueno saber que tienes parientes vivos. —Le cambió la voz y adoptó un tono nostálgico—. ¿Piensas en Quintus alguna vez? Ya sabes que está destinado en la isla. Quizás esté cerca.

—Me he planteado si podría estar aquí —reconoció Hanno, que se percató de que su relación con Aurelia le impedía ver a Quintus como un enemigo, aunque en realidad nunca lo había visto de ese modo. «Que los dioses le protejan.»

El cuerpo de Publius tardó varias horas en consumirse y los rescoldos varias más en enfriarse lo suficiente. Para entonces, Hanno ya tenía ganas de regresar a la seguridad que le ofrecían las murallas. Después de tanto tiempo en la guerra, parecía una estupidez permanecer en una posición tan expuesta. El hecho de que los romanos nunca hubieran atacado en esa ruta no significaba que no pudieran intentarlo. Sin embargo, para cuando se encaminaron a Siracusa con una urna que contenía las cenizas del pequeño en manos de Aurelia el sol casi se había

puesto. La zona estaba prácticamente vacía y ellos eran de los últimos en entrar en la ciudad antes de que cerraran los portones para la noche.

La vida fue recuperando una extraña rutina mientras las medidas de seguridad a causa del asesinato de los soldados a manos de Aurelia iban suavizándose. Ella y Elira empezaron a aventurarse al exterior. Nunca se alejaban demasiado, pero, tal como dijeron a Hanno, cualquier cosa era mejor que estar encerradas día y noche.

Él las visitaba una vez al día o incluso dos, acompañado a veces de Kleitos. La urna y el santuario improvisado del rincón eran un recordatorio de lo ocurrido, pero Aurelia se mantuvo, si no contenta, por lo menos estable y con una tristeza más contenida. Convencido de que les convenía alguna distracción, un día Hanno compró un minino, una bolita de pelo atigrado que maullaba. Le agradó ver que el animal encandilaba a las dos mujeres de inmediato. Aurelia le puso por nombre Aníbal, dada su costumbre de asaltarla por detrás desde los extremos de las camas. A

Hanno le parecía divertidísimo e incluso Kleitos pareció tolerar a la criaturita. Al poco tiempo todos ellos pasaban horas jugando con Aníbal, haciéndole perseguir un trozo de lana que iban arrastrando o dar zarpazos a una pelota por el suelo. Hanno no habría sido capaz de reconocerlo ante mucha gente, pero cuidar del gatito suponía un cambio agradable comparado con la rutina militar.

Debería haber sido consciente de que no iba a durar. Desde que se alistara en el ejército de Aníbal, Hanno había aprendido a no dar nada por supuesto. La vida estaba

repleta de incertidumbres, pero la guerra era harina de otro costal: desafecta, impredecible y mucho más salvaje. Pero el hecho de estar en Siracusa y liberar a Aurelia le había dado una falsa sensación de seguridad. Era una ciudad asediada, pero era fácil pasarlo por alto. Aparte de la presencia de los soldados en las calles y de la escasez de ciertos alimentos, la vida discurría con normalidad. Cuando al cabo de tres semanas se recibió la noticia de que Himilcón, un general cartaginés, había desembarcado en la costa meridional de la isla con treinta mil

soldados, Hanno tuvo que ceder ante la realidad. Al cabo de un día llegó una citación a palacio. A pesar del significado de aquella orden, se animó. Si alguna vez iba a tener una oportunidad de descubrir algo útil para Aníbal, ese era el momento.

La respuesta que Hipócrates y Epíctides planearon ante el desembarco cartaginés lo cambió todo. Hanno no podía negar que tenía sentido unir parte de sus fuerzas a las de Himilcón. Resultaría más fácil acabar con el asedio si un inmenso ejército amigo atacaba la retaguardia de los

romanos mientras la guarnición partía con determinación para atacarlos desde la parte delantera. No obstante, el hecho de que Hipócrates le hubiera ordenado que le acompañara significaba que Hanno tendría que dejar atrás a Aurelia. No habría sido tan duro de no ser porque Kleitos también había sido elegido para partir.

Preocupado, fue a hablar con Kleitos a su regreso de palacio.

—¿Qué debo hacer?

Kleitos lo observó con las cejas enarcadas.

—Déjala aquí.

—¿Después de todo lo que ha

pasado?

—Es una mujer fuerte, al igual que Elira. Se tienen la una a la otra. Hipócrates no supondrá ningún riesgo para ellas puesto que lidera la expedición. En caso de que Epícides se entere de su existencia, dudo que le importe. ¿Qué otros peligros puede haber, aparte de los normales de la vida en una ciudad? Pagaremos al tabernero para que alguien las vigile. Debería bastar, amigo mío. No tendrá tiempo de darse cuenta de que te has ido porque volverás enseguida y habrás ayudado a empujar a las legiones de Marcelo hacia el mar.

—¿Y si la llevamos con nosotros?
Kleitos le dedicó una mirada desdeñosa.

—Las únicas mujeres que siguen a los ejércitos son cocineras o prostitutas, y normalmente ambas cosas. No tienen cabida entre los soldados.

—Lo sé, pero...

—Buscar a un enemigo no es un paseo —advirtió Kleitos—. Los dichosos romanos podrían tener soldados en cualquier punto del interior. Marcharemos a gran velocidad y quien no siga el ritmo se quedará atrás. Imagínate si le pasara eso a Aurelia.

Hanno era perfectamente consciente de la matanza que se producía si los soldados se encontraban con seguidores del campamento «enemigo». El hecho de que Aurelia perteneciera a la nobleza romana no significaría nada para los legionarios enloquecidos por la batalla.

—Sí, tienes razón —reconoció con un suspiro.

—Estará a salvo en el interior de la ciudad, no temas. Más segura de lo que estaría con nosotros.

Hanno asintió a regañadientes. Lo que no se había esperado era la reacción vehemente de Aurelia

cuando se lo dijo.

—No pienso quedarme atrás, ni Elira tampoco. —Escuchó a Hanno mientras volvía a explicarle los peligros de acompañar a un ejército en campaña—. Me da igual —afirmó—. Vale la pena correr los riesgos.

—No tienes ni idea de los riesgos —insistió Hanno, frustrado.

—No pienso ocultarme en esta habitación mientras tú te vas a la guerra para volver vete a saber cuándo, si es que vuelves.

Hanno montó en cólera.

—¡Te lo prohíbo! —Aurelia retrocedió—. Lo siento, Aurelia. Me encantaría que vinieses, pero es

demasiado peligroso. Si no hubiera más remedio, entonces quizá tendríamos que planteárnoslo, pero hay otra opción. Puedes quedarte aquí con Eira, en un entorno relativamente seguro. Regresaré dentro de unos pocos meses.

A Aurelia le temblaba la mandíbula, pero no discutió más.

—Muy bien. Tienes que jurarme que volverás. Si no, no sé qué haré.

—Te doy mi palabra —dijo Hanno, esperando que los dioses le oyeran y le brindaran su favor.

Aurelia pareció quedarse satisfecha. Le colocó la mano en la nuca y lo empujó hacia ella.

—Si vas a ausentarte durante un tiempo, deberíamos conocernos mejor.

El verano llegó en cuanto se marcharon de Siracusa y con él el cielo azul, el sol ardiente y el calor abrasador. Era el quinto día de marcha por la región montañosa situada al suroeste de Siracusa, una zona fértil y hermosa llena de viñedos y granjas. Sin embargo, Hanno había tenido poco tiempo para admirar el paisaje. Su unidad estaba a media altura de la columna de ocho mil hombres y las

enormes nubes de polvo que levantaban los de delante ocultaban buena parte de las vistas. Se secó el sudor que le resbalaba por debajo del forro de fieltro del casco y los dedos se le quedaron marrones por culpa del polvo húmedo. Se preguntó si aquello era lo más parecido al infierno. Tenía la garganta seca, los labios agrietados y sentía como si estuviera cocinando encima del peto de bronce. Qué bueno sería estar en la cama de Aurelia en vez de allí. Pero ella se había quedado en Siracusa y él estaba ahí.

Por el momento no habían

recibido noticias del ejército de Himilcón, lo cual significaba que debían continuar viajando. No quería ni pensar en cuando se reunieran con Himilcón, puesto que tendría que deshacer el camino otra vez. Hanno confiaba en reencontrarse con algunos oficiales cartagineses conocidos. El hecho de ver a algunos de los suyos supondría un cambio positivo. Esperaba que Aníbal estuviera satisfecho con el mensaje que había enviado por medio de un trirreme cartaginés con destino al sur de Italia, informándole de la patrulla y de su misión de unirse a

Himilcón. Hanno también esperaba que Himilcón e Hipócrates se llevaran bien, de lo contrario tendrían una tarea complicada. Había pocas situaciones que garantizaran el fracaso con tanta rapidez como unos comandantes en desacuerdo.

Por suerte, su caballería no había visto a fuerzas enemigas desde que partieran de noche desde Euríalo, la fortaleza más occidental de las defensas de Siracusa. Nunca pasaban tanto tiempo en el campo, lo cual preocupaba a Hanno. Se preguntó a qué distancia cabalgaban de la

columna. No obstante, ya no estaba tan nervioso ante la perspectiva de que los romanos les tendieran una emboscada.

Todos los días habían sido iguales. A primera hora de la mañana hacía un fresco agradable que duraba lo que tardaban en ponerse en pie y levantar el campamento. Si estaban cerca de un arroyo o río, los soldados bebían el máximo de agua posible antes de empezar la marcha. Las primeras dos horas eran soportables, pero luego llegaba la parte más calurosa del día, un tormento que debían resistir. La bola de fuego en la que

se convertía el sol debilitaba a los hombres, al tiempo que les quemaba la piel y los empapaba de sudor.

Al mediodía realizaban una parada corta, pero grata, para engullir a la fuerza algo de comida y dar un par de tragos al agua caliente como la sangre. Aquello los animaba un poco y entonces caminaban penosamente hasta llegar al lugar en el que habría que erigir el campamento. ¿Erigir?, pensó Hanno con desdén. Sus campamentos desorganizados no se erigían, se montaban a medias, como una casa de madera de

juguete que un niño abandona antes de acabar. Todavía no había visto terminado ningún foso defensivo ni que existiera orden alguno en las hileras de tiendas. Los montajes improvisados resultaban alarmantes, pero lo más preocupante era que Hipócrates apostaba a muy pocos centinelas por la noche. Hanno no lo había mencionado una sino dos veces; Kleitos le había dado la razón. La segunda vez Hipócrates les había dicho que se callaran la boca o que él se encargaría de callársela para siempre. Así se había zanjado el tema. Hanno decidió que tendría

que bastar con sus oraciones. «Mantén a los romanos a una distancia prudencial, Baal Safón. Que no tengamos noticias de ellos hasta que nos hayamos reunido con Himilcón.»

—¿De dónde salen tantas moscas? —se quejó Amphios, el soldado menos agraciado de Hanno, zarandeando una mano entre la nube de pequeños puntos negros que le rondaba la cabeza—. ¡Mira que les gusto!

—Notan que estás lleno de mierda —se burló Deon, el mejor amigo de Amphios y el bromista de la unidad.

Todos los soldados que le oyeron se echaron a reír.

—Deberían revolotear a tu alrededor, Deon, porque eres un ojo del culo —espetó Amphios—. Gordo y peludo.

Más carcajadas.

—Yo también te quiero, Amphios —replicó Deon con una amplia sonrisa.

Hanno no les interrumpió. Sus hombres marchaban a cuarenta estadios por hora, y las chanzas burdas como aquellas eran normales. En cierto modo habían acabado gustándole; el intercambio de comentarios ingeniosos también

ayudaba a mantener los ánimos durante los largos períodos de incomodidad por culpa del polvo.

Sin embargo, nadie habló durante un rato y el calor empezó a fastidiar otra vez a Hanno. La túnica de lana más liviana que tenía le parecía tan gruesa e incómoda como la que vestía en pleno invierno. Agradeció la distracción que supuso la pregunta de Amphios.

—¿Te acuerdas de la hija de ese granjero que te follaste el otro día, Deon?

—¿Cómo se me iba a olvidar?

Se oyó una lluvia de silbidos.

Deon los alentó levantando la lanza en el aire para que la viera todo el mundo.

—¿Esto parece tieso? —gritó—. ¡No tiene ni comparación conmigo cuando estoy empalmado!

Entre los abucheos y silbidos Hanno fingió no oír nada. Deon se había ganado la admiración de todos los soldados por convencer a una muchacha para que se acostara con él en el cobertizo de su padre cuando había salido con un grupo de saqueo. Por lo menos, eso es lo que él juraba que había ocurrido. Según Deon, el oficial novato que estaba al mando no se había

quedado atrás e incluso había conseguido dos buenas gallinas para la cazuela.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Amphios.

—¡Afrodita! —dijo una voz—. Era una verdadera diosa.

A sus compañeros les encantó el comentario y siguieron más insultos y comentarios picantes.

Deon esperó a que el clamor amainara un poco.

—¿Queréis saber cómo se llamaba o no, hermanos? ¿Y los detalles de lo que le hice?

—¡Sí! ¡Cuéntanos! — respondieron a coro.

Como todos, Hanno ya lo había oído. Probablemente la mayoría, por no decir todo, fuera mentira: según un soldado que había estado cerca del granero, Deon había salido a toda velocidad seguido de una campesina gorda y desdentada, armada con un hacha. Sin embargo, daba igual. Era una gran historia y ayudaba a distraerlos durante la marcha. Por desgracia, la historia de Deon hacía que Hanno volviera a pensar en Aurelia y en lo que le gustaría hacer con ella. Sonrió para sus adentros, buscó a su suboficial, un buen soldado de carrera llamado Bacchios, y le dijo que se ocupara

de los hombres. Entonces se dispuso a buscar a Kleitos. Él sabría lo que faltaba hasta que pudieran acampar.

14

Hanno se despertó cuando los rayos del sol que se filtraban por un pequeño resquicio entre dos paneles de la tienda le dieron en la cara. Inmerso en un sueño erótico con Aurelia, se dio la vuelta e

intentó volverse a dormir, pero le costó. A su alrededor se oían los ruidos matutinos. Los hombres se echaban pedos, tosían y murmuraban entre ellos. Alguien que estaba cerca anunció que, si no meaba en ese momento, le iba a estallar la vejiga. Sus compañeros le dijeron sin contemplaciones lo que pasaría si orinaba en la tienda.

A medida que el sueño se disipaba, Hanno frunció el ceño y decidió levantarse. Su mal humor le duró lo que tardó en vestirse. Pensar en los detalles del sueño aliviaría la pesadez de la marcha que tenía por delante. No tendría

que volver a oír, una vez más, a Deon alardeando de lo que le había hecho a la campesina.

Dos buitres revoloteaban por el extremo occidental del valle. Era temprano para verles. Llegó a la conclusión de que debían de haber encontrado a un animal muerto. Ordenó a Amphios que le preparara el desayuno y que desmontara la tienda, en ese orden, y corrió al arroyo para darse un chapuzón rápido. El placer de nadar en el agua fría era sencillamente demasiado bueno como para perderselo. Cuando Hanno regresó al cabo de un rato, le satisfizo ver a

sus soldados desmontando las tiendas. Las mulas estaban en fila, con los arreos puestos, preparadas para recibir la carga. Por lo menos habían asimilado parte de lo que había intentado inculcarles, pensó, al tiempo que aceptaba el pan seco y la taza de gachas tibias que Deon le tendía. No podía decirse lo mismo de las unidades que les rodeaban. La mayoría de los hombres que veía estaban comiendo de pie alrededor de las hogueras. Ni siquiera se habían puesto la armadura y ni mucho menos habían desmontado las tiendas. De poco servía sentirse

frustrado, pero Hanno no consiguió evitarlo.

—Es lo mismo cada puñetera mañana, ¿eh? —Mientras se acercaba, Kleitos había visto lo que miraba Hanno.

—Me has leído el pensamiento. Sin embargo, apuesto a que tu grupo está preparado.

Kleitos hizo una reverencia con ademán jocoso.

—Algunos siracusanos como yo tenemos principios.

—Mi intención no era ofenderte —se apresuró a decir Hanno.

—No me he ofendido. Comparto tu exasperación por la falta de

disciplina de la tropa, amigo mío.

—Lo que me preocupa es lo que podría pasar cuando nos veamos las caras con los romanos en el campo de batalla. Defender una ciudad es una cosa, pero enfrentarse cara a cara con los legionarios es otra. Por lo que he oído, muchos de los soldados de Marcelo son veteranos de Cannae. No tendrán reparos en matar a diestro y siniestro.

—Lo sé —dijo Kleitos, frunciendo el ceño—. Motivo por el que es bueno que nos unamos a Himilcón. ¿Sabes gran cosa de él?

—Si es el hombre en el que

estoy pensando, es un tipo que cae bien aunque no tiene demasiada experiencia de combate. Por desgracia, la mayoría de los veteranos están con Aníbal en Italia.

—De todos modos tiene a treinta mil hombres y algunos elefantes. Más vale eso que nada.

—Cierto. Con un poco de suerte, me hará caso. —Hasta ese momento, Hanno no se había planteado su propia experiencia en el campo de batalla, pero era considerablemente mayor a la de Himilcón—. La carta y el anillo de Aníbal deberían ayudar a

convencerle de mi valía.

Kleitos soltó un bufido.

—A no ser que sea un pedazo de mierda arrogante como Hipócrates.

Hanno se rio por lo bajo.

—Cuidado, podrían oírte.

—Me está empezando a dar igual. Podría dirigir mejor este ejército con los ojos vendados.

—Ya lo sé, pero vale la pena ser cauto.

—Sabias palabras —reconoció Kleitos—. Me callaré la boca, por ahora. De todos modos, voy a decirte una cosa: el calvario de Aurelia me ha abierto los ojos acerca de lo hijo de puta que

Hipócrates es realmente. Epícles no es mala persona, pero es como si fueran hijos de madres distintas. Para mí, cuanto antes caiga Hipócrates en la batalla, mejor.

—Siempre y cuando no signifique que nos han derrotado, comparto tu opinión.

—Brindaremos por eso más tarde. Bueno, mejor que vuelva con mis hombres. Nos vemos durante la marcha, seguro.

—Sí. —Hanno alzó la vista hacia el brillante cielo azul. Otros dos buitres acompañaban a la primera pareja. Sintió una punzada de desazón—. ¿Cuánto falta para el

extremo occidental del valle?

—No lo sé. Cinco estadios, quizá un poco más. ¿Por qué?

—Mira.

Kleitos le siguió el brazo con la mirada.

—Cuatro buitres. ¿Y qué?

—Hace un momento solo había dos.

—Siempre se juntan cuando hay carroña a la vista. Debe de haber un ciervo muerto o algo así.

—¿A qué distancia se dijo a los centinelas que fueran?

—Hasta la boca del valle, creo. No ha sonado ninguna alarma. — Kleitos frunció el ceño—. ¿Crees

que...?

—No cuesta nada enviar a unos soldados a mirar, ¿no?

—No. ¿Mis hombres o los tuyos?

—Los míos están aquí mismo. ¡Deon! ¡Amphios! Reúne a una docena de tus compañeros.

Al cabo de unos momentos sus soldados se marcharon apresuradamente hacia el oeste, por encima del terraplén que les llegaba a la altura de la cintura y bajando por el foso poco profundo situado más allá. Hanno observó las defensas inacabadas y la multitud de hombres medio vestidos y las tiendas destartaladas que se

extendían por el campamento. Sentía una gran incomodidad en el estómago.

—Prepárate —indicó a Kleitos.

—¿Crees que encontrarán algo?

—No lo sé, pero estoy preocupado.

Kleitos le dedicó un asentimiento firme.

—Vale. Si resulta ser una falsa alarma, habremos demostrado a los demás cómo deberían comportarse los verdaderos soldados. —Se marchó dando grandes zancadas.

Hanno empezó a dar órdenes a gritos.

—¡Quiero que desmontéis esas

tiendas! ¡Pero antes os quiero armados y preparados, como si fuerais a luchar!

Vio a soldados de otras unidades mirando. «Bien, así a lo mejor sus oficiales se fijan.»

—¿Sabes algo que nosotros desconocemos, señor? —llamó una voz desde detrás de una de las tiendas.

—No. Mi única intención es mostrar al resto de esta panda de perezosos que sois mejores soldados de lo que ellos llegarán a ser jamás. —El comentario fue recibido con una ovación y sus hombres se desplazaron adonde

tenían apilado el equipamiento. Hanno fue a coger su casco.

Desde más allá del foso una voz quebrada —¿la de Deon?— gritó algo en griego. Hanno no captó las palabras, pero el tono de alarma le llamó la atención como a un bañista un zurullo en unos baños públicos. Enseguida se oyeron más voces. Hanno vio que los hombres que le rodeaban se daban cuenta. Se echó a correr hacia el extremo de su posición, desde donde podría ver qué estaba pasando.

—¡Armaos! ¡Formad delante de las tiendas! ¡MOVEOS!

Sus soldados respondieron con

rapidez, pero los que estaban en otras unidades se limitaron a quedarse mirando. Los gritos procedentes del extremo más alejado de las tiendas habían subido de intensidad. Algunos hombres ya corrían en dirección a Hanno. Estaban todos aterrados.

—¡Se acerca el enemigo! —gritó uno.

—¡Romanos! ¡A miles! —gritó otro.

A Hanno se le formó un charco de acidez en el estómago. ¿Habían visto algo realmente o es que les había entrado el pánico?

—¡En formación! —bramó por

encima del hombro. A pesar de que empujó sin contemplaciones a quienes le rodeaban, salió de entre el grupo con mucha mayor lentitud de la deseada. Dirigió la mirada por encima del foso y por la suave colina que conducía hacia el oeste. Deon, Amphios y los demás corrían hacia él con el rostro contraído por el miedo. Sin embargo, lo que hizo que a Hanno se le secase la boca fue lo que vio detrás de ellos. A unos quinientos pasos de distancia, todo el ancho del valle estaba lleno de infantería que avanzaba a buen ritmo. Estaban demasiado lejos para que reconociera los uniformes,

pero daba igual. No eran fuerzas amigas.

Hanno se percató enseguida de una serie de cosas. La caballería de Hipócrates no había hecho el reconocimiento tal como debía. Los buitres habían estado sobrevolando a sus centinelas muertos, que claramente no habían sido suficientes. Su campamento a medio montar no podía defenderse. Era posible que sus hombres estuvieran preparados para luchar, pero la mayoría de los siracusanos no lo estaban. Teniendo en cuenta que se les acercaban miles de romanos, aquello significaba que la

batalla estaba prácticamente perdida. Hanno estaba angustiado, consciente de que con cada minuto que pasaba, la situación se deterioraba todavía más. Los hombres empezaron a empujarse entre sí para alejarse del enemigo. En el suelo había escudos e incluso espadas, prueba más que fehaciente de ello. En momentos como aquel, el pánico se propagaba como un incendio de rastrojos en pleno verano.

Deon, Amphios y los demás se arrojaron al foso y salvaron el muro. Hanno se sintió aliviado al ver que no parecían tan asustados

como habría cabido esperar.

—¿Qué hacemos, señor? — preguntó Deon, con el pecho palpitante.

Aquello le hizo decidirse. Aquellos hombres confiaban plenamente en él. Todavía tenía tiempo para liderarlos, para intentar evitar una derrota aplastante. Kleitos y otros harían lo mismo, a Hanno no le cabía la menor duda. Si eran capaces de contener a los romanos ni que fuera un poco más, la mayoría de la fuerza tendría tiempo de cruzar el vado. Hanno no quiso pararse a pensar en que aquel era el mayor

riesgo de su vida.

—Volvamos con los demás. —
Entonces gritó al resto de los
hombres que se agolpaban a su
alrededor—: Todos los que quieran
luchar, que me sigan.

Resultó descorazonador que solo
un puñado de ellos obedecieran,
pero era mejor que nada.

Formando un bloque pequeño
pero disciplinado, se abrieron paso
por entre la multitud y enseguida
llegaron a las tiendas. Hanno se
desanimó un poco. Le esperaba
menos de la mitad de su unidad. No
le hacía falta preguntar dónde
estaba el resto. «Putos cobardes»,

pensó. Los hombres que se habían quedado tampoco estaban demasiado contentos; más de uno miraba hacia la multitud que se batía en retirada. Tenía que engancharlos o también saldrían corriendo.

—¡Escuchadme, oh, valientes hombres de Siracusa!

Las miradas volvieron a dirigirse hacia él.

—Muchos de vosotros queréis huir ahora mismo, lo sé. Pero si huis, lo más probable es que muráis. —No les gustó lo que oían, pero él continuó—: ¿Alguno de vosotros ha visto lo que un

legionario romano es capaz de hacerle a un enemigo que huye? Yo sí. Esos cabrones son disciplinados. No hacen lo que vosotros o yo cuando se ha ganado la batalla, que es parar y buscar vino o dinero, o mujeres. —Se oyeron unas cuantas risas y se animó—. Los romanos están concentrados, como un puto halcón sobre una paloma, y no paran hasta que han matado a todos los pobres desgraciados que se les ponen por delante.

—¿O sea que sugieres que nos quedemos y muramos aquí, señor? —exclamó Amphios.

Se oyó un coro de murmullos de

descontento.

—Lo que digo es que deberíamos plantarnos y luchar un poco por lo menos. Así, la mayoría de nuestros camaradas se marcharán. En cuanto pasen el río, pueden encaminarse al terreno accidentado, igual que nosotros. A los romanos les costará encontrarnos allí arriba.
—«Espero».

Se hizo el silencio durante un momento y Hanno pensó que los había perdido.

Amphios dio un paso adelante.

—Dinos qué debemos hacer, señor.

Deon se movió para colocarse a su lado.

—Cuenta conmigo, señor.

A Hanno le entraron ganas de besar a la pareja. Avergonzados por sus compañeros, el resto asintió o expresó su predisposición para luchar mascullando.

—Debemos apresurarnos —dijo—. Hacia la zanja. Ahí podemos formar una fila y por lo menos tendremos algún tipo de obstáculo para ralentizar a los romanos. ¿Todos tenéis escudo?

—Sí, señor —gritaron.

—¡Conmigo! —Haciendo caso omiso de los quejidos del

estómago, Hanno corrió hacia el enemigo.

El primer silbido romano sonó a veinte zancadas del foso. Fue seguido de otro y luego más de los que era capaz de contar.

¡Fiiiu! ¡Fiiiu! ¡Fiiiu! ¡Fiiiu!

Le siguieron órdenes en latín y un rugido se fue alzando por entre los legionarios. Hanno tenía el estómago revuelto. Estaba acostumbrado a situarse en medio de una línea de batalla para enfrentarse a una carga romana, pero hacerlo cuando sus compañeros eran un grupo de hombres desarrapados cuyo valor

no podía darse por supuesto y cuando les superaban en más de cien a uno era una locura absoluta.

Bramó órdenes en el foso. Sus hombres se desplegaron, en fila de uno. Hanno miró a ambos lados, notó cómo la rabia le palpitaba de impotencia tras los globos oculares. Otros oficiales también habían reunido a sus hombres en el foso, pero eran pocos, muy pocos. La fila estaba llena de boquetes.

—Moveos hacia la derecha —aulló—. ¡Moveos! ¡Juntaos con la siguiente unidad!

Por suerte, sus soldados advirtieron sus intenciones y se

esforzaron en obedecer. Para cuando los romanos se hubieron acercado a doscientos pasos, tal vez diez veintenas de siracusanos se habían agrupado. Hanno no veía a Kleitos, pero el campamento era lo bastante grande como para que su amigo estuviera en otro sitio con sus hombres. Había mantenido una brevísima conversación con los demás oficiales presentes: habían acordado aguantar el máximo posible, antes de retirarse en el mejor orden que pudieran. Nadie sabía si aquello llegaría a suceder, pero era mejor tener un plan que carecer de él. Hanno ocupó su lugar

en el centro de sus soldados. Era la posición más ventajosa y la que lo mantenía más cerca de todos ellos. Escudriñó la línea romana, que se acercaba a buen ritmo. Era mucho más ancha que el frente siracusano, lo cual significaba que se arriesgaban a ser rodeados enseguida.

«¿Qué coño estamos haciendo?»

—Preparad los escudos, muchachos —gritó Hanno—. Primero serán las jabalinas, dos ráfagas, y luego atacarán. Manteneos juntos entre vosotros. Golpead con los escudos y lanzad estocadas con las espadas, igual

que ellos.

—Estamos muertos —dijo una voz—. Todos y cada uno de nosotros. —El miedo se propagó entre los soldados; Hanno lo notaba en su propia boca.

—¡RESISTID! —bramó—. Recordad a vuestros camaradas. ¡RESISTID!

Tenía mérito que los hombres de Hanno resistieran mientras los legionarios reducían la marcha y lanzaban las primeras jabalinas desde unos cincuenta pasos. Resistieron mientras los proyectiles les caían encima, les dañaban los escudos y les herían. Resistieron cuando les llovió una segunda

ráfaga de metal afilado, que destruyó más escudos y causó nuevas bajas. Resistieron incluso cuando, a treinta pasos, los oficiales romanos ordenaron a sus hombres que desenvainaran las espadas y atacaran. Empezaron a flaquear cuando los gritos de guerra de los legionarios rasgaron el aire. Dejaron de aguantar cuando un muro de scuta enemigos, coronados con cientos de cascos con penacho de plumas, se acercó, cuando el suelo tembló bajo el peso de las tachuelas de miles de sandalias. Aullando de terror, se vinieron abajo. Por lo que Hanno vio, lo

mismo le ocurrió al resto de los siracusanos.

Era difícil culparles. Hanno había tenido la muerte cerca en muchas ocasiones pero raras veces le había visto los dientes afilados u olido el aliento fétido desde tan cerca. Había llegado el momento de echar a correr. No habría manera de contener a los romanos, ninguna prórroga para quienes ya habían huido. Ninguna posibilidad de mantener unidos a sus hombres. Los únicos que sobrevivirían serían quienes poseyeran suficiente fuerza y determinación y gozaran del favor de los dioses. La desesperación se

apoderó de Hanno mientras se preguntaba si él era uno de los elegidos.

—¡RETIRADA! —gritó. A continuación—: Deon, Amphios y los demás: manteneos lo más cerca posible.

Se giraron y volvieron por donde habían venido. Por suerte, uno de los senderos que conducía al campamento estaba justo detrás de él, dado que la presión era salvaje. Era como si Hanno hubiera saltado a un río con la corriente de invierno, cuando los árboles caídos, arbustos y otros detritos vuelan de un lado a otro, arriba y abajo, de izquierda a

derecha. No controlaba nada, no podía hacer nada más que dejarse llevar por la corriente. A escasa distancia, perdió el escudo. A duras penas consiguió conservar la espada. Hanno se esforzaba por mantener el contacto con el suelo que tenía a los pies y luchó para reprimir el pánico que le bullía en el pecho: si perdía el equilibrio, estaba todo perdido. Cuando Deon apareció a su lado, fue como si se lo hubieran enviado los dioses. La pareja se cogió del brazo, lo cual les permitió estar juntos mientras la muchedumbre corría hacia el extremo más alejado del

campamento. No había ni rastro del resto de sus hombres.

Hanno no estaba seguro de qué distancia habían recorrido cuando oyeron los primeros gritos procedentes de atrás. Era imposible saber lo cerca que estaban los romanos, pero estaban cerca, demasiado cerca. Desde aquel punto, pensó sombríamente, los siracusanos serían como gallinas en un gallinero cuando entra un zorro. Un sonido de miedo animal se elevó de entre las tropas que huían, casi como si se hubieran dado cuenta de aquello. Todos empezaron a empujar incluso con más fuerza. A

su derecha, Hanno vio a un soldado que tropezaba y caía de rodillas. No tuvo ocasión de ofrecerle ayuda, la marea de siracusanos que huían detrás resultaba inexorable. Ni siquiera los que iban detrás del hombre caído aminoraron la marcha. Se oyó un grito de desesperación cuando lo pisotearon y murió. Al cabo de un momento, Hanno se arañó las espinillas de mala manera con un escudo desechado. De no ser porque Deon le había tendido una mano, habría caído al suelo.

—Nunca lo conseguiremos, señor
—le gritó Deon al oído.

A Hanno el instinto le gritaba lo mismo. Miró a uno y otro lado. Las tiendas de la izquierda estaban mucho más cerca.

—Salimos del camino y vamos por las tiendas. Las atravesamos.

—Sí, señor.

—A la de tres. Uno, dos, tres. — Hanno soltó el brazo de Deon, se giró y se dirigió a la izquierda como si le fuera la vida en ello, lo cual era el caso. El primer soldado con el que se encontró le soltó un insulto mientras Hanno intentaba abrirse camino.

—¿Qué te crees que haces?

Pidiendo a los dioses que lo

perdonaran, Hanno golpeó al hombre en la mejilla con la empuñadura de la espada. Cayó al suelo con ojos vidriosos. Hanno ocupó el espacio que había dejado y notó que Deon le pisaba los talones. El siguiente soldado vio que llevaba la espada en alto y se lo pensó dos veces antes de plantarle cara. Hanno pasó de largo y dio un codazo a otro hombre en la cara y así fue como se libró de la locura. Deon se reunió con él enseguida.

—¿Has visto a Amphios? — preguntó Hanno.

—Ni de lejos, señor.

—¿A alguno de los demás?

—No, señor.

—Mierda. —Hanno contempló el caos que se desataba ante sus ojos. Al cabo de un momento reconoció a varios de sus hombres entre la multitud, pero a todos se les veía totalmente atemorizados. No había forma de saber si Amphios lograría abrirse camino. O si estaba vivo siquiera.

—No podemos buscarle.

—Lo sé, señor.

Aquella era la única confirmación que Hanno necesitaba. Alzó la espada e hizo un buen tajo en la tienda más cercana y se internó en

ella, en el tufo de sudor masculino y pedos rancios. Deon le siguió rápidamente a la confusión de lechos del interior. En el umbral Hanno se aseguró de no salir a toda prisa sin mirar. Sin embargo, no vio ningún peligro y cruzó el boquete con rapidez; pasó por encima de una pila de platos y una olla con un estofado todavía caliente, y por las puertas abiertas de la tienda de enfrente. En el extremo hizo un tajo lo bastante grande para pasar por él y así fue avanzando. Algunas veces se encontraban con otro soldado, que, sin excepción, los ignoraba. En una ocasión, Deon

tuvo que amenazar a un hombre corpulento de ojos desorbitados, pero el resto de las veces bastó con ir pasando de tienda en tienda. Hanno fue perdiendo el miedo, lo cual le permitió maravillarse ante el comportamiento borreguil de las tropas que pululaban, empujaban y gritaban por los senderos situados a ambos lados. Lo único que tenían que hacer era pensar —lo que él y Deon estaban haciendo era lo más lógico—, pero casi nadie había tenido esa idea.

Hanno reprimió su compasión. No deseaba ningún mal a los siracusanos, pero su mala suerte

era positiva para él y necesitaba hasta la última gota de buena fortuna si quería sobrevivir. El recuerdo de las derrotas sangrientas en las que había participado en el pasado se agolpó en su mente. Si sus enemigos eran disciplinados, y los romanos lo eran, pocos hombres sobrevivirían cuando se vinieran abajo y echaran a correr. Hanno seguía adelante por pura cabezonería. Por eso y por la suerte de ver que Deon permanecía a su lado y permitía su carrera alocada y revitalizante por las tiendas abandonadas. Siguió avanzando.

Le resultó chocante salir de una tienda jadeando y encontrarse otro foso a medio construir delante de él. Habían llegado al otro extremo del campamento siracusano. Más allá del terraplén, el terreno descendía suavemente hacia el río en el que había nadado hacía una eternidad. Hanno dirigió la vista rápidamente al vado, donde se concentraba la masa de soldados que huían. Los romanos todavía no habían llegado, pero eso no impedía que se desatara la tragedia. Era un embudo natural. Ya había hombres muriendo. Todo sentido de la disciplina había

desaparecido. Cientos de siracusanos apartaban a empujones a los demás para entrar en el bajío, donde podían cruzar y huir del enemigo. Los heridos o débiles eran apartados o derribados en aguas más profundas, donde se ahogaban. Algunos soldados estaban tan desesperados por escapar que acababan emprendiéndola a puñetazos con otros. Las espadas se alzaban y descendían; la sangre fresca se vertía en el terreno polvoriento. Los cadáveres yacían boca abajo en la corriente y tornaban el río escarlata. Los heridos bramaban su

angustia. A Hanno se le encogía el corazón. En una turba como aquella, esos hombres tenían pocas posibilidades de sobrevivir.

Le llamó la atención el movimiento que había en la otra orilla. Varios grupos de jinetes se alejaban hacia el este. Más allá de ellos Hanno vio a cientos más: era la caballería, que había conseguido escapar.

—Mira —indicó indignado—. Hipócrates ni siquiera ha intentado luchar. Ese cobarde huyó y nos dejó a los demás.

Deon frunció el ceño.

—Maldito cabrón.

—Eso es lo que es, sin lugar a dudas. —Era otro motivo para odiarle. «Dioses, ponédmelo al alcance de la espada, una sola vez»—. Nos dirigiremos a un lugar situado más abajo del vado. Nuestra mejor opción es cruzar a nado. ¿Te ves capaz?

Deon hizo una mueca.

—Lo intentaré, señor.

—Da igual, yo te ayudaré a cruzar.

Deon le dio las gracias con un asentimiento.

Manteniéndose juntos, fueron bajando por la pendiente. El suelo estaba lleno de armas y escudos

que los hombres habían dejado atrás. Los soldados heridos que no podían continuar alzaban las manos a modo de súplica, implorando ayuda o que pusieran fin a su sufrimiento a quienes pasaban. Hanno apretó la mandíbula y los ignoró a todos. Todavía se encontraban bastante lejos de la orilla cuando unos fuertes gemidos de consternación le hicieron mirar de nuevo hacia el campamento.

—Mierda —oyó que decía Deon al tiempo que se le formaba un nudo en la garganta por culpa del miedo. La orilla entera estaba a punto de convertirse en un

matadero.

De repente habían aparecido varios grupos de legionarios en distintos puntos del campamento. Habían hecho lo mismo que Hanno y Deon y se habían abierto paso por entre las tiendas. Hanno pensó que el oficial que había dado la orden era un cabrón listo. Era el tipo de decisión que habría tomado Quintus. ¿Acaso estaba allí?, se preguntó Hanno por un momento. En aquel preciso instante, daba igual. La jugada de los romanos servía para adelantarse al máximo de siracusanos que huían y había funcionado. A los soldados que

estaban más cerca de los legionarios les entró el pánico y huyeron hacia el vado hechos un hervidero desorganizado y enfurecido. Detrás de Hanno, la lucha por cruzar se tornó incluso más encarnizada.

—Quítate la armadura —ordenó a Deon—. Flotarás mejor.

—Mira.

Hanno siguió con la mirada el brazo extendido de Deon.

—¿Qué es eso?

—Ahí, señor, cerca del soldado que lleva el casco beocio. Pobre diablo.

Hanno se quedó mirando y al

final vio al hombre que Deon había descrito a unos trescientos pasos de distancia y a medio camino entre su posición y la de los romanos. El corazón a punto estuvo de parársele. Una mujer estaba inclinada sobre otra, tirando de ella, intentando enderezarla. Tenía el cabello oscuro. Su silueta le resultaba familiar. Sintió que le atenazaban las garras del terror. Aurelia estaba en Siracusa. No podía ser ella, ¿o sí? La mujer miró a los romanos, que se colocaban en formación obedeciendo la orden de los oficiales, y ella miró hacia el río con desesperación. Hanno lanzó un

juramento virulento. Sí que era Aurelia.

—Márchate —ordenó—. Sálvate.

—¿No estarás pensando en ir allí arriba, señor? —La voz de Deon destilaba incredulidad—. Es un suicidio.

—Es mi mujer. No me queda más remedio. —«No puedo dejarla morir así como así»—. ¡Márchate! Que los dioses te protejan.

Deon miró a Hanno con un respeto profundo al saludarlo. Se giró y se marchó.

Espada en mano, Hanno empezó a correr hacia el lugar en el que había visto a Aurelia. Curiosamente,

tenía cierta ventaja abrirse paso en las fauces de la muerte. La marea de siracusanos fue menguando a medida que subía la cuesta, lo cual le permitió avanzar más rápido que antes. Muchos de los soldados que se batían en retirada ni siquiera se dieron cuenta de lo que hacía. Algunos lo miraban sin dar crédito a sus ojos; un par de hombres le dijeron que estaba loco. Hanno no se molestó en responder y siguió centrado en la silueta de la mujer.

Oyó la orden en latín procedente de la cima.

—¡Formación cerrada!

Otras voces repitieron el grito. El

estómago se le encogió de miedo nuevamente mientras los escudos chocaban entre sí: los romanos estaban a punto de avanzar. Hanno echó a correr a toda velocidad. Una risotada histérica escapó de sus labios al ver a la mujer, que de algún modo había conseguido alzar a su compañera del suelo. Si no era Aurelia, moriría por nada. De todas las bromas pesadas que los dioses le habían hecho en la vida, aquella sería la peor.

Sin embargo, en cuanto se acercó más se sintió aliviado. Sí que era Aurelia y estaba ayudando a otra mujer de rostro ceniciento.

Aquella mujer lo vio primero; masculló algo y Aurelia volvió la cabeza. Abrió la boca conmovida.

—¡Hanno! ¿Cómo nos has encontrado?

—Por pura casualidad y por un soldado llamado Deon. —Le entraron ganas de preguntar qué demonios estaba haciendo allí, pero se limitó a decir con aspereza—: ¿Elira también está aquí?

—No. No ha querido venir.

—Entonces es que es más sensata que tú. —Lanzó una mirada a la acompañante de Aurelia—. ¿Es grave la herida?

—¡ADELANTE! —gritó una voz en latín. Hanno hizo una mueca de dolor pero no miró a los romanos.

La mujer había vuelto a desfallecer con expresión resignada.

—Creo que tengo la pierna izquierda rota. He tropezado y me he caído en lo alto de la pendiente.

Hanno se la quedó mirando. Una hemorragia subcutánea rodeaba una fea protuberancia en la cara interior de la pantorrilla izquierda. «Mierda.»

—No hay duda de que está fracturada.

—Ya le he dicho a Aurelia que

me deje —dijo la mujer con una extraña calma en la voz.

Aurelia tenía dos círculos rojos en las mejillas.

—No puedo. No está bien. Ella me ha ayudado desde que salimos de Siracusa.

Hanno alzó la vista hacia la pendiente. Los legionarios habían empezado a descender. Lo único que jugaba a su favor y al de la mujer era que avanzaban al paso. Pensó distraídamente que había unos oficiales lúcidos al mando. No había necesidad de correr y arriesgarse a sufrir algún daño. Los siracusanos no iban a ninguna

parte. Y ellos tampoco en esos momentos. Se buscó algo de humedad en la boca pero no la encontró.

—Tenemos que marcharnos ahora mismo o moriremos —masculló—. Te llevaré.

—No puedes —dijo la mujer.

Hanno vio el miedo —y la esperanza— que se reflejaban en su rostro. Alargó la mano.

—Sí que puedo. Te colgaré a mi espalda.

La mujer endureció la expresión al encontrar una nueva determinación.

—Si me llevas no tendremos

ninguna posibilidad. Sin mí, quizá sobreviváis.

Aurelia estaba horrorizada.

—¡No podemos abandonarte!

—No tenéis más remedio.

Incluso una vez cruzado el río, tendréis que moveros rápido. Yo os enlenteceré.

Hanno lanzó una mirada a Aurelia y siseó:

—Tiene razón.

Aurelia vaciló antes de sujetar el brazo de la mujer a modo de despedida.

—Que los dioses te acompañen.

—Y a vosotros. —Sacó un puñal de entre los pliegues del vestido—.

A lo mejor puedo llevarme a uno de ellos conmigo.

Hanno arrastró a Aurelia fuera de allí. Medio caminando y medio corriendo, la condujo colina abajo, por encima de la masa de equipamiento, armas y cuerpos. Cuando Hanno volvió la vista atrás, la silueta encorvada de la mujer casi había quedado engullida por el muro de romanos que avanzaba. Albergó la vana esperanza de que muriera rápido y Hanno rezó por ello de todas formas. Era lo mínimo que se merecía.

Alcanzaron la orilla cerca del vado, que resultaba intransitable

debido a la gran cantidad de hombres que intentaban cruzarlo. Hanno se quitó la coraza rápidamente. Flanqueados por muchos otros que habían tenido la misma idea, consiguieron cruzarlo a nado. En cuanto estuvieron al otro lado, al igual que cualquier presa a la que se quiere dar caza, miraron detrás de ellos. La línea romana ya casi había llegado al pie de la colina. Al cabo de un momento, cuando los legionarios atacaron a la masa de siracusanos agrupados junto al vado se oyó un estruendo horripilante. Hanno hizo todo lo posible para ignorar los gritos

subsiguientes. Esperó que Kleitos en concreto sobreviviera a lo que estaba por venir. Instando a Aurelia para que siguiera adelante, se encaminó a la seguridad que ofrecían los árboles que bordeaban el extremo oriental del valle. Había docenas de soldados que corrían a lo largo de ellos. Todos ellos lucían la misma expresión atormentada. Nadie hablaba porque no había nada que decir.

Hanno no paró hasta que los músculos de las piernas le temblaban de agotamiento. Aurelia no se había quejado, pero a ella también se la veía a punto de

desfallecer. Se habían internado en el bosque y estaban a una buena altura por encima del valle, al mismo nivel que la nube de buitres que rondaba por encima de sus cabezas. A lo lejos todavía se oían sonidos de combate —gritos de hombres, choque de armas—, pero hacía un rato que no veían a nadie.

—Descansemos un poco —sugirió Hanno.

Aurelia se dejó caer al suelo con un gemido.

«Gracias por tu protección, Baal Safón —pensó Hanno con fervor—. Acompáñanos.»

Al cabo de un rato, Aurelia

levantó la cabeza.

—¿Qué deberíamos hacer?

—No tan rápido —dijo Hanno, que recuperó la ira que sentía—. ¿Qué demonios estabas haciendo en el campamento de los seguidores?

Aurelia tuvo el detalle de sonrojarse.

—La idea de no verte durante vete a saber cuánto tiempo me resultaba insoportable. ¿Y si no hubieras regresado?

—¿Cuándo pensabas buscarme?

—En cuanto contactáramos con Himilcón. No quería interferir en tus obligaciones antes de eso.

Le entraron ganas de zarandearla.

—¡Tu imprudencia ha estado a punto de matarte! Si Deon no te llega a ver...

—Lo sé. Lo siento. —Empezó a sollozar.

Su ira se esfumó. La había rescatado; habían escapado. Le puso una mano en el hombro.

—Ahora estás aquí. Estamos juntos.

De una forma descabellada, llegó a la conclusión de que la vida había dado un vuelco positivo. Si lograban evitar a los romanos, les esperaba la seguridad de la ciudad

de Acragaste, un objetivo natural para Himilcón.

15

Una radiante mañana, Corax y Vitruvius convocaron a sus hombres al amanecer. Aquello de por sí no era inusual, pero la mueca adusta de los centuriones mientras iban de tienda en tienda resultaba lo

bastante elocuente.

—Sabía que las cosas iban demasiado bien para durar — masculló Urceus mientras emergía de entre las mantas.

—Lo cierto es que lo hemos tenido bastante fácil desde que a Hipócrates le dieron una patada en el culo —dijo Mattheus, bostezando—. Pero no pintó bien cuando llegaron Himilcón y su puñetero ejército, ¿eh?

Los demás profirieron rugidos de acuerdo, incluido Quintus.

—Pero Marcelo sabía lo que estaba haciendo. —Como de costumbre, Mattheus estaba listo

para hablar en cuanto abría los ojos —. ¿Por qué dejar la seguridad de nuestros muros cuando podríamos quedarnos donde estábamos y gritar obscenidades a los gugga? Enseguida se marcharon a intentar tender una emboscada a la nueva legión llegada de Italia.

El comentario provocó unas cuantas risitas de culpabilidad. Nadie habría deseado ningún daño a los refuerzos, pensó Quintus. En realidad, eran muy bien recibidos, pero su pellejo y el de sus camaradas importaban más que el de los soldados que ni siquiera conocían.

—Sin embargo, fue bueno que Himilcón no los alcanzara —reconoció—. La decisión de su comandante de tomar la ruta costera fue sabia porque nuestra flota pudo seguir a la legión para protegerla.

—Sí, menuda pinta cuando aparecieron —declaró Urceus—. Sobre todo cuando los guggas llegaron a la mañana siguiente. Siguieron unos días tensos, pero Marcelo mantuvo la calma y nos hizo quedarnos quietos detrás de las fortificaciones. Cuando nos negamos a luchar, Himilcón no podía hacer mucho más aparte de

largarse. —Volvió a ensombrecer el semblante—. Desde entonces la situación se ha calmado. ¿Por qué tengo la impresión de que está a punto de cambiar?

Quintus asintió apesadumbrado. Corax tenía un plan. Rezó para que no fuera demasiado arriesgado. Tarde o temprano tendrían que enfrentarse a los soldados de Himilcón, pero, por el momento, estar apostado en las murallas de Siracusa era preferible que cualquier otra misión.

—Ya veo cuánto os alegráis de verme esta hermosa mañana — gritó Corax cuando estuvieron

reunidos ante él. Perplejos, los hombres miraron a su alrededor y el centurión rio por lo bajo de su propia broma—. Ya sé que marchar arriba y abajo durante la guardia os gusta, pero así no se gana la guerra contra Sicilia, ¿verdad que no?

—No, señor —repusieron algunos hombres.

A Corax le destellaban los ojos.

—Me gustaría veros un poco más entusiasmados.

—¡NO, SEÑOR! —bramaron.

Corax pareció quedarse un poco más satisfecho.

—Todos nos hemos estado planteando cuál va a ser el

siguiente movimiento del hijo de puta de Himilcón. Pues ya se sabe.

De repente, todos prestaron atención a las palabras de Corax. Los defensores de Siracusa no pensaban ir a ningún sitio, pero la fuerza cartaginesa recién llegada tenía libertad de movimientos. Parte de su misión consistía en que eso supusiera una dificultad para Himilcón.

Corax hizo una pausa y miró a su alrededor.

—¿Os gustaría saber dónde está ese canalla? —preguntó al final.

—¡SÍ, SEÑOR!

—Ha llevado a su ejército a

Murgantia, una de las ciudades que empleamos como almacén de grano. Parece ser que cuando llegó, los habitantes se alzaron contra la guarnición y entregaron el lugar y todos sus suministros a la causa cartaginesa.

No hizo falta que Corax invocara una respuesta pues unos gritos airados llenaron el ambiente. Él asintió a modo de aprobación.

—Así que este invierno cuando no tengáis harina suficiente para hacer pan, ¡ya sabéis a quién echarle la culpa!

Sus hombres bramaron incluso con más fuerza.

—¿Vamos a marchar sobre Murgantia, señor? —gritó Urceus.

—Por desgracia, no —repuso Corax—. Marcelo ha decidido encomendar otra misión a este manípulo. También hay otras ciudades amenazadas. ¿Habéis oído hablar de Enna?

—Está en el centro de la isla y nos es leal —explicó Quintus.

—Correcto, pero nos es leal por la guarnición romana. Su comandante es un hombre llamado Lucio Pinaro, un soldado válido que ha hecho mucho para asegurarse de que la ciudad permanece en manos romanas. Sin embargo, a

pesar de lo mucho que se ha esforzado, nuestros contactos nos dicen que los habitantes quieren cambiar de bando.

Los hastati elevaron un rugido de furia.

—Pinarío ha informado a Marcelo y le ha pedido refuerzos. —Corax hizo una pausa y dejó que asimularan sus palabras—. Este manípulo va a formar parte de la fuerza enviada para responder a la petición de Pinarío. Nuestro deber consistirá en reforzar la guarnición de Enna y seguir las instrucciones de Pinarío en todo momento.

—¿Hasta cuándo, señor? —

preguntó una voz.

—Hasta que Pinaro considere que ya no nos necesita.

Los soldados intercambiaron una mirada sin saber muy bien cómo tomárselo. Su misión podía ser sumamente fácil, pues estar acuartelados en una ciudad ofrecía muchas más comodidades que estar en un campamento de asedio —sobre todo por la presencia de mujeres—, o especialmente peligroso. Si Himilcón llegaba para tomar Enna, podían quedarse atrapados o incluso morir.

—¿Cuántos soldados más habrá, señor? —gritó Urceus.

—Nos acompañará otro manípulo, el del centurión Pera. — La voz de Corax no transmitió nada pero sus ojos destilaban ira.

—¿El mismo capullo al que Crepo venció en la carrera de caballos, señor? —preguntó una voz desde el fondo del manípulo. Se oyeron unas cuantas risillas tontas y a Quintus le pareció ver una mueca en los labios de Vitruvius.

—Por esta vez voy a fingir que no he oído nada —espetó Corax, pero con menos severidad de la que cabría esperar—. Ya conocéis a Pera, es un centurión veterano y no toleraré ninguna falta de respeto

hacia su persona. ¿Queda bien claro?

—¡Sí, SEÑOR! —gritaron.

A Quintus le costaba creer la mala suerte que había tenido. De todos los centuriones del dichoso ejército, ¿por qué tenían que escoger a Pera para acompañarles en la misión? Lanzó una mirada a Urceus y dijo «cabrón» moviendo los labios, pero eso era todo lo que podía hacer.

Corax asintió satisfecho.

—Nos marchamos en el plazo de una hora. Enna está a apenas ciento veinte kilómetros de aquí y quiero que lleguemos allí en cuatro

días. Viajad ligeros. Llevad solo comida suficiente para la marcha. ¡Romped filas!

Los hastati obedecieron con energía.

Los compañeros de Quintus se pusieron enseguida a soñar despiertos con las tabernas y las prostitutas que se encontrarían en Enna, pero él no dejaba de pensar en al rostro sonriente de Pera. Tendría que estar alerta continuamente para evitar problemas.

—Nada que ver con lo que

imaginábamos, ¿verdad? —planteó Quintus para llamar la atención de un lugareño de Enna. Su comentario cayó en saco roto; Quintus estaba convencido de que el hombre hizo un gesto obsceno cuando giró de forma abrupta por un callejón para evitarle a él y a Urceus.

—Pues no, hay que fastidiarse —gruñó Urceus, que apartó de una patada a un chucho raquítico que le había enseñado los dientes. Aulló y echó a correr antes de que Urceus tuviera tiempo de arrearle con la sandalia—. Desagradamos hasta a los perros.

Quintus sonrió con acritud. Había transcurrido apenas una semana, pero desde los taberneros a los tenderos, pasando por las prostitutas y acabando en los bodegueros, nadie de Enna parecía estar predispuesto a favor de los romanos. No se negaban a servirles, pues aquello habría sido una soberana tontería dado el temperamento iracundo de los legionarios, pero lo hacían con una actitud arisca y descontenta.

—No querían que vinieran los hombres de Pinarío, así que no es de extrañar que nosotros también les disgustemos.

Urceus alzó la vista al oír un ruido por encima de ellos. Una matrona de aspecto respetable los miraba con expresión desaprobatoria desde la segunda planta de una casa de tamaño considerable.

—¿Me quieres chupar la polla? —gritó en un griego horroroso. Escandalizada, la mujer se retiró y cerró las contraventanas con fuerza—. Por mí, que se vayan todos al Hades —dijo Urceus con un escupitajo—. Han jurado lealtad a Roma y esto es lo que hay, les guste o no.

A Quintus no le quedó más

remedio que estar de acuerdo cuando se vio obligado a sortear un charco especialmente grande de orina y excrementos humanos. Todas las calles estaban igual. Normalmente solo los ciudadanos más pobres se deshacían de sus desperdicios de esa manera, pero incluso ellos tendían a utilizar los estercoleros situados en las pequeñas vías situadas entre los edificios. Pero no en Enna. Los habitantes no se atrevían a mostrar abiertamente lo mucho que les desagradaban los romanos así que lo hacían de ese modo.

También había otras maneras.

Quintus no era el único en haber oído el tufo de la orina en las tabernas sórdidas que flanqueaban las callejuelas. Los legionarios habían saqueado varias tabernas por ello. Lo cual, a su vez, había provocado que los líderes de la ciudad se quejaran con vehemencia a Pinaro y entonces se había promulgado la orden de no frecuentar tales establecimientos so pena de recibir una azotaina o algo peor. Por supuesto, eso no había evitado que los soldados continuaran haciéndolo. Quintus y sus compañeros pensaban que Pinaro se había limitado a dar esa

orden en pos de las apariencias, pero había conseguido disminuir los episodios de violencia. Los taberneros sabían que si servían vino sin añadir nada raro, sus locales no acabarían destrozados sin posibilidad de arreglo.

Se detuvo al llegar a una bifurcación y frunció el ceño.

—No creo que importe. Por los dos llegaremos ahí, ¿no?

—Seguro. —Enna estaba situada en lo alto de una colina, limitada por murallas, por lo que era bastante pequeña. Los edificios se extendían más allá de las fortificaciones, a lo largo de la

carretera que serpenteaba hacia arriba desde el fértil valle de más abajo, pero el centro neurálgico de la población, el ágora central, los templos, las casas palaciegas y oficinas de los gobernantes, así como los mejores comercios, estaban situados dentro del círculo protector de las imponentes murallas.

—No cuesta orientarse, ni siquiera estando cabreado. —Tomó la calle de la izquierda.

Urceus soltó una risita.

—Tenemos que encontrar la taberna en la que estuvimos anoche. ¿Te acuerdas de cómo se

llamaba?

—Me parece que es por ahí. «La Luna Llena».

—Esa. El dueño era mucho menos antipático que los demás imbéciles de por aquí, ¿verdad? Y está claro que a esa camarera de las tetas gordas le gusté.

—Tan optimista como siempre, Urceus. ¡Te sonrió una vez!

—Basta con eso para dar esperanza a un hombre. Mejor eso que la forma como nos han recibido en la mayoría de los sitios.

—Cierto, pero yo sigo sin fiarme de ninguno de ellos. Me alegro de que Pinaro nos ordenara ir

armados en todo momento.

—Sí. No me gustaría pasearme solo por aquí.

Cincuenta pasos más adelante vieron un pequeño cartel de madera clavado en la pared de una casa en la esquina de un callejón. Representaba una gavilla de trigo mal pintada bajo una luna llena, y debajo «TABERNA» y «BUEN VINO, PRECIOS ASEQUIBLES» en griego.

—¡Ahí está! —exclamó Urceus—. ¿Te apetece tomar algo rápido?

—Estamos de servicio.

—¿Y qué? No veo a ningún oficial, ¿y tú?

Quintus pasó de largo.

Urceus se quejó un poco pero hizo lo mismo.

Quintus había avanzado unos doce pasos cuando oyó un breve grito de dolor. Le siguió una risotada. Lanzó una mirada a Urceus.

—Eso ha salido de La Luna Llena —afirmó Urceus.

El sonido se repitió y volvió a oírse una risotada.

—A lo mejor alguno de los nuestros está en apuros —apuntó Urceus.

—Vamos —dijo Quintus—. Si son lugareños, los dejamos estar.

Aunque era el mediodía, poca

luz se filtraba en el estrecho callejón, situado entre un par de edificios de tres plantas. Trozos de cerámica rota, huesos de animales y otros deshechos crujieron bajo sus sandalias.

—Por todos los dioses, no recordaba que estuviera tan asqueroso —reconoció Quintus. Olisqueó—. Ni tan apestoso.

Urceus guiñó un ojo.

—Es increíble ver cómo la sed de un hombre antes de beber y el resplandor de felicidad a su alrededor que le aporta le vuelve ajeno a todo lo que le rodea.

—¡Dejadla tranquila, por favor!

La angustiada súplica les hizo correr hacia la entrada de La Luna Llena. En el exterior encontraron a un grupo de artesanos locales, a juzgar por las manos encallecidas y las túnicas manchadas. No se les veía muy contentos.

A Quintus le pareció que uno decía:

—Más romanos de mierda.

—¿Qué está pasando aquí? — preguntó en griego.

A los lugareños les sorprendió que les hablara en su propio idioma.

—Algunos de los vuestros se están propasando con la camarera.

Nos hemos quejado y nos han dicho que nos marcháramos o nos destriparían —contestó el hombre que había mascullado el insulto—. Seguro que habéis venido a hacer lo mismo.

—¡Cuidadito con lo que dices! — espetó Quintus—. ¿Cuántos son?

—Cinco —fue la respuesta.

Quintus tradujo rápidamente para Urceus.

—¿Crees que puede tratarse de nuestros hombres?

—Solo hay una manera de averiguarlo —reconoció Urceus cuando oyeron un grito.

Irrumpieron en el local con los

escudos preparados y Quintus en cabeza. Era tal como lo recordaba. El local era rectangular y estaba tenuemente iluminado por pequeñas lámparas de aceite dispuestas en hornacinas. El suelo de tierra estaba cubierto por una mezcla de arena y juncos. El mobiliario lo formaban unas mesas sencillas y unos bancos. Al fondo había una barra hecha con tablones; en el muro posterior habían garabateado el precio de varios vinos. No había ni rastro del dueño y Quintus supuso que probablemente estuviera escondido en la trastienda.

Había cinco legionarios arremolinados alrededor de una mesa situada a un lado, de espaldas a Quintus y Urceus. Intercambiaban risas y chistes lascivos, pero bajo las bromas se oían los gemidos de una mujer. Quintus se asomó. Entre los soldados distinguió a la camarera despatarrada encima de la mesa. Tenía el vestido hecho jirones y los brazos y las piernas atadas con cuerdas. Uno de los legionarios le colocó la mano en la entrepierna, lo cual la hizo volver a gritar.

—¡Cállate, zorra! —espetó otro de sus torturadores, que le dio un

manotazo en la cabeza.

—No son de nuestro manípulo — le susurró Quintus a Urceus—. ¿Son hombres de Pinaro o de Pera?

—Deben de ser de Pera. Los soldados de Pinaro no incumplirían sus órdenes de una forma tan descarada, ¿no crees?

—Y yo qué sé. ¿Nos marchamos o nos metemos? —Quintus quería ayudar a la chica, pero no quería tener a Pinaro encima ni dar a Pera otro motivo para odiarlo.

Urceus le dio la solución.

—¿Qué está pasando aquí? — gritó, imitando a Corax.

Se hizo un silencio repentino.

Los legionarios se volvieron. Sin embargo, la sorpresa no les duró más de dos segundos.

—¿A ti qué te parece, imbécil? —preguntó un hombre de labios carnosos y piel muy bronceada—. Nos vamos a turnar todos con esta puta.

—No es ninguna puta —gruñó Urceus—. Como bien sabrías si os hubierais molestado en preguntarle.

Labios Carnosos lanzó una mirada a sus compañeros.

—¿Habéis oído a este capullo? ¡Teníamos que haberle preguntado a la zorra si nos dejaba follarla!

Todos se echaron a reír, pero

sus expresiones no eran nada amistosas.

—Esto va contra las órdenes. Vuestro oficial al mando se enterará de esto —dijo Quintus en voz alta. Ya se había dado cuenta de que los escudos y jabalinas de los legionarios estaban apilados junto a la puerta, detrás de él y de Urceus. Era un pequeño consuelo.

—El centurión Pera nos dijo que hiciéramos lo que nos diera la gana, siempre y cuando nadie se queje —farfulló otro legionario, un hombre menudo con un ojo bizco—. Pensábamos cortarle el cuello después, así no podrá decir ni una

palabra, ¿verdad que no?

Sus compañeros se rieron a gusto. La camarera debía de entender algo de latín porque empezó a llorar.

—Podéis apuntaros o largaros y dejarnos tranquilos —dijo Labios Carnosos—. Vosotros mismos.

—Ya veo —repuso Quintus con indiferencia, aunque el corazón le palpitaba con tal fuerza que se preguntó si los legionarios le oían—. ¿Qué hacemos, compañero? —preguntó a Urceus.

—No pienso dejarla aquí para que la violen y la maten —masculló Urceus—. ¿Y tú?

Hicieran lo que hicieran, iban a meterse en líos, pensó Quintus. Pero no podía quedarse de brazos cruzados y permitir que mataran así a una pobre desgraciada, sobre todo teniendo en cuenta que eran los hombres de Pera.

—No.

—¿Jabalinas primero?

—Sí, yo apuntaré a Labios Carnosos. Tú dedícate al Bizco. Ya nos encargaremos de los demás cuando los hayamos abatido.

El techo era lo bastante alto para que la pareja alzara los pila por encima de sus cabezas tal como harían en la batalla.

—Apartaos de la chica —ordenó Quintus.

—¿La queréis toda para vosotros? ¡Putos egoístas! —exclamó Labios Carnosos, aunque dirigió la mano hacia la empuñadura de la espada.

—Seguro que podemos con estos hijos de perra —afirmó el Bizco con una mirada lasciva. Labios Carnosos soltó una risa burlona; sus compañeros empezaron a apartarse tímidamente de la mesa.

La tensión fue en aumento y Quintus se preparó para luchar.

—Otro paso y acabarás con mi

pilum en el pecho —le gritó a Labios Carnosos—. Mi compañero se encargará de tu amigo bizco y nos desharemos de los demás a espadazo limpio. No debería resultar demasiado difícil, dado que ninguno de vosotros lleva escudos, imbéciles.

Nadie se movió durante un instante. Dos. Tres. Al fondo, la camarera sollozaba. Se oía el murmullo de voces airadas procedente del exterior, los clientes a los que los legionarios habían echado.

Labios Carnosos los miraba enfurecido, pero apartó la mano del

gladius. Sus compañeros parecían igual de cabreados, pero ninguno intentó coger el arma, lo cual alegró a Quintus. Una cosa era amenazar a sus propios hombres y otra muy distinta era herirlos o matarlos.

—Menos mal que sois sensatos. Quiero que paséis despacio por delante de nosotros, uno por uno. El primero que cometa una estupidez se llevará un pinchazo de jabalina en el ojo. Cuando estéis en el callejón os podéis largar.

Labios Carnosos desvió la mirada hacia el Bizco.

—¿Y nuestros escudos y los pila?

—¿Nos tomas por imbéciles, mollis follaculos? —replicó Urceus—. Ya volveréis a recogerlos más tarde.

Fulminándolos con la mirada, los cinco legionarios desfilaron delante de los amigos. Quintus no se relajó cuando hubieron salido de la taberna. Dejó que Urceus se ocupara de la camarera, se acercó a la puerta y los observó mientras se marchaban callejón arriba, hablando enfadados entre ellos y mirando a menudo por encima del hombro. El grupo de lugareños les observó con evidente sorpresa. Quintus confiaba en que difundieran

la noticia de lo que él y Urceus habían hecho y que tuviera alguna consecuencia positiva.

—¿Ya se han ido? —preguntó Urceus.

—Me parece que sí. Será mejor que nosotros también nos marchemos, por si vuelven con alguno de sus amigos.

Juntos cogieron los escudos y las jabalinas de los legionarios. Mientras se marchaba con los últimos, Quintus vio que el dueño, un hombre de mediana edad y tez amarillenta, aparecía por entre las sombras de detrás de la barra.

—Cierra la puerta hasta mañana

por la mañana como mínimo —le indicó—. Si los soldados vuelven, no respondo de tu integridad.

El tabernero asintió.

—Gracias, señor. Es mi hija.

—Sería mejor que no apareciera por aquí durante un tiempo. Es menos probable que intenten abusar de los camareros.

—Entiendo.

Quintus se giró para marcharse.

—¿Señor?

Se dio la vuelta.

—Nunca podré recompensarte por lo que acabas de hacer, pero si decidieras volver a esta taberna, tú y tu amigo tendréis vino a raudales.

Urceus se relamió y Quintus desplegó una amplia sonrisa.

—Algún día te tomaremos la palabra. —Hizo una seña a Urceus y salieron por la puerta.

—Cielos, pero qué pechos tan hermosos tiene —exclamó Urceus en cuanto estuvieron fuera—. Y por lo que a ella respecta...

—Por el Hades, ¿es que no piensas en otra cosa? —inquirió Quintus, riendo—. Podríamos haber acabado muertos.

—¿Qué hay mejor que pensar en un cuerpo como el de ella? Ya puedo morir contento después de haberlo visto.

—¡Venga ya, Príapo! Mejor que regresemos o Corax va a empezar a preguntarse dónde estamos. Mantuvieron los escudos alzados cuando salieron a la calle más ancha, pero no había ni rastro de los legionarios—. ¿Crees que se lo contarán a Pera?

—Lo dudo. Las ratas como esa se escabullen cuando las ponen en evidencia.

—De todos modos, no estaría de más informar a Corax —dijo Quintus al recordar el rapapolvo que había recibido después de la carrera de caballos—. Mejor que esté de nuestro lado si esos cabrones le van

con el cuento a Pera.

Urceus hizo una mueca.

—Sí, supongo.

Por mucho que hubieran hecho lo que Pinaro les había ordenado, Quintus se sentía igual de reacio a confesar sus actos ante Corax. Su centurión los consideraba buenos soldados, pero eso no significaba que no fuera a castigarlos si lo creía oportuno. Era una lástima que no hubieran tomado una copa rápida antes de marcharse de la taberna, pensó. Una dosis extra de coraje no les habría ido mal.

Al final Corax no llegó a castigarles. Los llamó imbéciles y entrometidos. También prohibió a todo el manípulo que visitaran tabernas del tipo que fuera en el futuro inmediato, pero así quedó la cosa.

Para alivio de los amigos, Pera no apareció en los siguientes dos días. En Enna seguía reinando la tensión. A las patrullas les llovían fruta y hortalizas podridas que lanzaban los asaltantes escondidos en las azoteas. Las alcantarillas que servían las casas requisadas para la guarnición se obstruían de forma misteriosa. Buena parte del grano

que se había reservado para los legionarios tuvo que reponerse después de que unas personas no identificadas entraran en el almacén donde se guardaba y lo estropearan con una mezcla de vino barato y aceite de oliva rancio. Cada mañana en un edificio tras otro aparecían pintadas nuevas maldiciendo a los romanos o representándolos siendo derrotados por los cartagineses. Todos los días delegaciones de los gobernantes de la ciudad se presentaban en el cuartel de Pinarío para quejarse del comportamiento vulgar de sus hombres y de su negativa constante

a entregar las llaves de la ciudad, que habían pedido.

Corax contó a sus hombres que Pinaro se había hartado de intentar satisfacer a los gobernantes de Enna.

—No vamos a cometer ninguna estupidez, como destrozar tabernas o matar al tuntún, pero tampoco vamos a tolerar tonterías de sus habitantes. Todo aquel al que encontremos cometiendo fechorías contra la guarnición será conducido a rastras ante Pinaro. Los castigos que se aplicarán pueden ser azotes, amputación y, si es necesario, crucifixión.

A pesar del endurecimiento de su postura, la moral de los legionarios se vio afectada por la hostilidad del ambiente. Era duro vivir en un lugar en el que las reglas típicas de la guerra no se aplicaban por completo y donde no eran bien recibidos. Entre los manípulos se rumoreaba a todas horas que Himilcón y su ejército estaban a punto de llegar a las puertas, que los sacerdotes de los Palicos, los dioses gemelos locales, habían estado rezando en su contra, que los vientos fuertes y las lluvias torrenciales que se habían producido una noche eran una señal

de Júpiter de que iban a ser castigados.

A Quintus le entró sed cuando él y Urceus acabaron el turno después de la tormenta. Se le habían acabado las reservas de vino porque las había donado a sus compañeros para aplacar su ira después de que Corax les prohibiera visitar las tabernas. Caminaba de un lado a otro de la pequeña habitación que le había tocado a su contubernium, parte de un apartamento en un edificio tipo cenacula cercano al cuartel de Pinarío y el ágora.

—¡Siéntate de una vez! —gruñó

Marius—. El ruido de tus dichosas tachuelas me saca de quicio.

Quintus no le hizo caso y siguió caminando de un lado a otro. Habían regado la cena, ya acabada, con agua de la fuente pública. Los lugareños la usaban para ellos, así que nadie la había manipulado, pero no era vino. El día había sido largo y caluroso y los habitantes estaban incluso más ariscos que de costumbre. ¡Por todos los dioses, lo que daría por una copa!

—¿Qué te ha entrado? —preguntó Urceus desde la cama. Los carpinteros habían recibido el encargo de hacer literas y ahora

todos los contubernia las tenían en la habitación. Tras haber vivido en tiendas durante meses, parecía todo un lujo.

—Daría lo que fuera por un poco de vino.

—¿Y no por un coño? —preguntó Mattheus—. ¡Eso es lo que me gustaría a mí!

—¡Yo quiero los dos! —dijo Marius. Todos se echaron a reír.

—Toma un poco del mío. — Mattheus dio un golpecito a la pequeña ánfora que le sobresalía de debajo de la litera—. Queda una gota.

—Gracias, pero no puedo —dijo

Quintus—. Eso es como oro líquido y con lo de la prohibición y tal...

—Pues entonces deja de quejarte —sugirió Marius encogiéndose de hombros. En cierto modo, había ocupado el lugar de Lobo como el que no tenía pelos en la lengua. Quintus había llegado a la conclusión de que era más simpático que Lobo pero más peligroso. Tenía una habilidad con la espada y el escudo impresionantes. Quintus se alegraba de que estuvieran en el mismo bando.

—No me estoy quejando. — Quintus lanzó una especie de

puntapié a Marius, que tuvo que rodar al otro extremo de la litera para evitar que le alcanzara—. Estoy urdiendo un plan.

Marius volvió a rodar hacia él con ojos resplandecientes.

—¿Qué tipo de plan?

Quintus miró a su alrededor y vio que todos los hombres de la habitación tenían la vista fija en él.

—Tiene que ver con el vino, como habréis imaginado. Y con una taberna en la que seremos bien recibidos.

—En el único sitio en el que encontrarás un sitio así es en Italia —declaró Mattheus con desdén.

—Pues te equivocas —dijo Quintus, decidido a desobedecer las órdenes de Corax. Casi le parecía oír el vino en La Luna Llena.

—¡Y una mierda! ¿Quién en este pedo de pueblo nos va a dar vino gratis?

Todos tenían una expresión incrédula aparte de Urceus, que sonreía ampliamente.

—El otro día... —Y Quintus dio una explicación rápida de lo sucedido. En cuanto terminó se oyó un rugido uniforme de aprobación.

—El tabernero debe de estar muy agradecido —dijo Marius, riendo por lo bajo—. ¡Vamos a por

la recompensa!

Quintus sabía de antemano que Corax no estaba por allí. Él, Vitruvius y los optiones estaban en los aposentos de Pinaro para asistir a la reunión informativa diaria sobre los acontecimientos de la jornada. Los hastati que vigilaban la puerta de la casa en la que estaba destinado el contubernium de Quintus, dos soldados de su propia centuria, no se tragaron el cuento de que iban a dar una vuelta.

—Aire fresco, ¿eh? —le preguntó

uno, sonriendo—. ¿Los ocho juntos preparados para dar guerra a estas horas de la noche?

Sonriendo, Quintus les había dicho que se callaran la puta boca y se quitaran de en medio. Deseándoles que el vino, las putas o ambos compensaran el castigo que Corax les infligiría, el par de centinelas se hicieron a un lado.

Había atardecido hacía poco y las calles estaban vacías, aparte de algún que otro leproso o perro callejero. A la gente no le gustaba estar fuera cuando oscurecía, ni siquiera en las ciudades pequeñas. Los siete hombres que

acompañaban a Quintus, su contubernium al completo, no llevaban antorchas. La Luna Llena no estaba lejos y no querían llamar más la atención de la que ya llamaban con las sandalias tachonadas. Quintus oía el golpeteo de las contraventanas en lo alto mientras caminaban pesadamente por la calle principal y notaba las miradas hostiles de los que les observaban desde sus casas. Harto de la aversión de los habitantes hacia él y sus compañeros, hizo caso omiso de los sonidos. «Que vengan si es que nos odian tanto — pensó enfurecido—. Vamos

armados hasta los dientes y les daré una buena estocada de bienvenida con mi propio gladius.»

No obstante, llegaron a la entrada de La Luna Llena sin incidentes. Las puertas estaban cerradas y atrancadas desde el interior. Por las contraventanas cerradas no se filtraba luz alguna. Sin arredrarse, Quintus golpeó la madera.

No recibió respuesta.

—Nos has hecho perder el tiempo, Crespo —dijo Marius—. Está cerrado. No hay nadie en casa y si hay alguien no piensan abrir para nosotros.

Quintus volvió a golpear la puerta.

Nada.

Sus compañeros cambiaban nerviosos el peso de un pie a otro.

—¡Dejadnos entrar! —gritó Quintus. En esta ocasión utilizó la culata de hierro de la jabalina para golpear la puerta. ¡PUM, PUM, PUM!—. ¡He dicho que abráis!

—¡O dejaremos la taberna reducida a cenizas! —amenazó Urceus con una risa burlona.

Los demás se echaron a reír y Quintus se alegró de que fueran sus compañeros y que todavía estuvieran sobrios. En otras

circunstancias, sobre todo con los ánimos encendidos, habrían sido capaces de tal cosa. Volvió a golpear con la culata de la jabalina. ¡PUM, PUM, PUM!

Al final oyó movimiento en el interior. Unos pasos se acercaron arrastrándose a la puerta y se detuvieron justo al otro lado. Durante unos instantes reinó el silencio. «Probablemente esté aterrado —pensó Quintus—. Podríamos ser los hombres de Pera, que volvemos a vengarnos.»

—No temas —dijo en griego—. Somos los dos soldados que salvamos a tu hija.

Una pausa momentánea y luego una risa breve.

—¡Debéis de estar sedientos! — El hierro rechinó contra el hierro cuando descorrió el cerrojo y la puerta se abrió ligeramente, para dejar entrever apenas el rostro del tabernero. Soltó un grito ahogado al ver a tantos legionarios.

—No pasa nada, son mis compañeros de tienda —se apresuró a decir Quintus—. Ya ves, no soy el único que tiene sed.

Al tabernero no pareció hacerle mucha gracia, pero de todos modos abrió la puerta.

Quintus, Urceus y los demás

entraron en tropel y la puerta se cerró con fuerza detrás de ellos. La sala, sin clientes, estaba menos iluminada que antes, pero a los hastati les daba igual. Dejaron a un lado los escudos y los pila y se acomodaron en un par de bancos cercanos a la barra.

—¿Qué nos ofreces para beber?

—preguntó Marius al tiempo que daba una palmada en la encimera de madera.

—¡Tu mejor reserva! —añadió Mattheus con una sonrisa lasciva.

—Después de lo que hicieron vuestros amigos, no tengo ningún problema en daros un ánfora de mi

mejor vino —repuso el tabernero.

—Disculpa a mis amigos —dijo Quintus—. Beberemos lo que nos des.

—Solo lo mejor para los hombres que salvaron la virtud de mi hija. —Se marchó rápidamente tras la barra y Quintus lanzó una mirada reprobatoria a Urceus, que siempre estaba presto a alabar las virtudes de la hija.

El vino que les trajo el tabernero, que se llamaba Thersites, estaba delicioso. Los hastati alzaron las copas en señal de agradecimiento y él hizo una media reverencia, claramente

satisfecho. Bebieron con avidez y al cabo de poco tiempo acabaron con la pequeña ánfora. Les trajeron otra de la trastienda, también de la mejor calidad.

Quintus se sintió un poco culpable.

—Lo vamos a arruinar si no paramos —dijo discretamente a Urceus.

—¡Imposible! Lleva años en el negocio, se nota a la legua. La siguiente ánfora que saque, o tal vez la que venga después, será material barato. Para entonces ya no estaremos en condiciones de notar la diferencia, y él lo sabe.

La sencilla explicación de Urceus hizo que Quintus se sintiera un poco tonto. Aunque había pasado años entre soldados rasos, su educación privilegiada seguía marcándole en ciertas ocasiones. Empezó a observar a Thersites con ojos de lince cada vez que aparecía con una nueva ánfora de vino. No cabía duda de que la cuarta ánfora parecía más nueva que las anteriores. Le dio un codazo a Urceus.

—Está limpia, o sea que es de las reservas más consumidas, es decir, del vino más barato.

Urceus le dedicó un guiño

solemne.

—Pero ya nos va bien, ¿no?

—Sí. —Pese a esforzarse al máximo, Quintus no consiguió notar la diferencia entre el vino nuevo y el que habían estado bebiendo hasta entonces—. A mí me sabe bien —dijo con arrepentimiento y pesar.

Urceus le dio una palmada en el hombro.

—Eso es porque estás medio borracho.

—Cierto. —Lanzó una mirada a sus compañeros y se fijó en sus rostros sonrosados y voces más altas de lo normal—. Más vale que

no bebamos mucho más o Corax nos colgará de las pelotas.

—¡Una más, la última, para pedir a los dioses que pronto nos marchemos de esta mierda de sitio que llaman Enna! —declaró Urceus mientras brindaba con Quintus.

Quintus apuró la copa, deleitándose en la sensación cálida que le dejaba el vino al bajarle por la garganta.

En ese momento, Thersites apareció con una bandeja de pan, queso y aceitunas. Los hastati se abalanzaron sobre la comida lanzando gritos de entusiasmo, Quintus incluido. De inmediato le

siguió otra ánfora de vino y se olvidó de pensar en el regreso a sus aposentos. Ni Urceus ni sus compañeros dijeron nada. La velada se estaba convirtiendo en una de esas noches largas en las que el mañana parece muy lejos y lo único que importa son las bromas y la siguiente bebida.

Entrada la noche, Quintus posó su mirada borrosa en Thersites. Algo le hizo volver a mirar. El tabernero parecía intranquilo. Como supuso que el motivo eran él y sus amigos, se acercó pesadamente a la barra.

—¿Más vino? —Thersites hizo

ademán de coger el ánfora que tenía detrás.

—Ya basta por ahora. Pareces preocupado. ¿Quieres que nos marchemos?

—No, no. Podéis quedaros todo el tiempo que queráis.

El vino había despojado a Quintus de toda inhibición.

—¿De qué se trata, entonces?

Thersites se lo quedó mirando, como evaluándolo, antes de hablar.

—Eres un buen hombre.

—Intentamos hacer lo correcto.

—Y estos hombres son tus amigos, o sea que deben de serlo también.

—Supongo —dijo Quintus.

—Los gobernantes de la ciudad nos dicen que todos los romanos son unos asesinos sanguinarios y despiadados.

—Pues eso no es verdad —repuso Quintus, enfureciéndose.

—La cierto es que nunca me lo he creído. Ahora que te he conocido a ti y a los demás, sé que no es verdad. Sois hombres, igual que nosotros. —Thersites bajó la voz—. Ni tampoco todos los cartagineses son malos, como nos quieren hacer creer.

De repente Quintus se sintió totalmente ebrio.

—¿Hablan así de los cartagineses?

Los ojos de Thersites se convirtieron en dos puntos negros de preocupación.

—Sí. Nuestros líderes quieren que cambiemos de filiación, como han hecho tantos en las últimas semanas. Recuerda los viejos tiempos, antes de que Roma tomara Sicilia. Entonces las cosas eran mucho mejores. Cartago es un amo mucho menos severo. —Soltó una risa amarga—. Por lo que recuerdo, esa época no se diferenciaba mucho de los años anteriores al comienzo de esta

guerra. A las potencias como Roma y Cartago les importa un bledo los lugares como Enna siempre y cuando paguen impuestos y el suministro de grano sea continuo.

—¿Qué quieres, Thersites?

Un largo suspiro.

—Quiero paz. Paz para no tener que pasar las noches preocupado por si violan a mis dos hijas o incendian la taberna delante de nuestras narices. —Hizo un gesto apaciguador—. No me refiero solo a los romanos. Soy consciente de que los soldados cartagineses son más que capaces de hacer esas cosas.

Quintus pensó en la finca de su

familia, que habían tenido que abandonar por culpa de las incursiones de Aníbal en la Campania. Probablemente Thersites no pudiera marcharse de Enna, igual que su madre y Aurelia no podían regresar a casa. Había conflictos por toda Sicilia, miles de personas inocentes afectadas por el mismo problema.

—La guerra es un maremoto que arrasa con todo —declaró—. Y no podemos hacer nada al respecto aparte de intentar no ahogarnos.

—Hay otras opciones —se atrevió a decir Thersites. Vaciló y Quintus vio el temor en sus ojos.

—Habla —le instó.

—Mantener Enna en manos romanas evitaría una batalla dentro de sus murallas, que es lo que pasará si los gobernantes se salen con la suya. Quieren las llaves de la ciudad para dejar pasar a las tropas de Himilcón en plena noche. Sin embargo, Pinarío es demasiado listo como para entregar las llaves y nuestros líderes ahora hablan de un asedio por parte de los cartagineses, durante el que podríamos ayudarles a superar las murallas o alguna locura similar. He oído las historias de otras ciudades en las que ha sucedido. No

importaría que nos pasáramos al bando de Cartago. Lo saquearían igual y matarían a la población.

—¿Quieres evitarlo? ¿Aunque eso signifique que Enna permanece en manos romanas?

—Me da igual quién gobierne mientras haya paz, si significa que puede evitarse una masacre. Algún día, si tienes hijos, lo entenderás.

Quintus recordó el campo de batalla de Cannae cuando habían huido. La mayoría de las familias romanas habían perdido un hijo aquel terrible día. Asintió, sintiéndose viejo.

—Creo que ahora también lo

entiendo.

Se hizo un silencio momentáneo.

—¿Por qué me dices esto a mí y no a Pinarío u otro oficial?

Thersites esbozó una sonrisa de complicidad.

—Aquí todas las paredes tienen ojos y oídos. No podría acercarme a cien pasos de los aposentos de Pinarío sin que me tomaran por traidor. ¿Confías en tu oficial al mando?

—A ciegas.

—¿Y en Pinarío?

—Es un poco estirado, pero se supone que es un hombre recto.

—Opino lo mismo. —Thersites se

humedeció los labios—. Si te diera el nombre de los principales conspiradores, ¿se los pasarías a tu comandante?

Quintus lanzó una mirada a sus compañeros y le resultó un alivio ver que todos parecían ajenos a la conversación con Thersites.

—Sí, se los pasaría.

—¿Él podría garantizarnos seguridad a mí y a mis hijas? Creo que los líderes que quedan querrán estar del lado de Roma y pueden hacer cambiar de opinión a sus conciudadanos. Sin embargo, algunos hombres se pondrán en mi contra si sospechan lo que he

hecho.

Quintus tragó saliva. No podía mentir.

—No lo sé. No soy más que un soldado raso, pero te juro que haré todo lo posible para asegurarte de que así es.

Otro suspiro.

—No puedo pedir más.

Las bromas y las risas subidas de tono que se oían detrás se fueron apagando. Quintus era consciente de la palpitación que notaba tras los globos oculares, de la encimera de madera basta que estaba en contacto con sus yemas, del temor evidente en el rostro de

Thersites.

—Simmias y Zenodoros son las dos voces más activas a favor de Cartago. Junto con Ochos.

—¿Simmias? ¿El comerciante que nos suministra el grano? —preguntó Quintus con descrédito. Siempre había parecido agradarle el trato con los legionarios.

—El mismo. —Thersites empezó a recitar más nombres y Quintus alzó una mano para impedirselo—. Estoy demasiado borracho —reconoció—. Tienes que escribir los nombres.

Thersites parecía horrorizado.

—No hace falta que firmes el

pergamino. Lo entregaré yo mismo a los centuriones —prometió Quintus.

—¡Eh, tabernero! ¡Más vino! —bramó Marius.

—Por supuesto —respondió Thersites, antes de añadir en voz baja—: te lo daré la próxima vez que vayas a hacer tus necesidades.

Deseando no haber bebido tanto, pues informar de algo tan trascendente a Corax, o especialmente a Pinaro, no quedaría bien con resaca, Quintus se dispuso a regresar a la mesa. Nadie se fijó en su regreso, lo cual ya le convenía. Por el momento era

preferible que solo unas pocas personas supieran lo que acababan de decirle.

Se puso a beber vasos de agua para diluir el vino ingerido y, cuando tuvo la cabeza un poco más despejada y el trozo de pergamino que Thersites le había dado guardado en el monedero de cuero, Quintus inició el lento proceso de convencer a sus compañeros de que se marcharan de la taberna. Necesitaba descansar un poco, pero no estaba dispuesto a dejarlos atrás; aparte de la revelación de Thersites, quería asegurarse de que nadie intentaba echarle el ojo a la

hija del tabernero.

Para cuando por fin llegaron a sus aposentos, Quintus estaba agotado pero no lograba conciliar el sueño. Cuando por fin se durmió los rayos de luz se filtraban por las rendijas de las contraventanas. Tuvo la impresión de no haber dormido más que un momento cuando el optio se puso a aporrear la puerta y a ordenarles que se levantaran, si no querían recibir una patada en el culo de vuelta a Siracusa.

Quintus le dijo a Urceus rápidamente lo que Thersites le había contado.

—No lo he soñado —siseó. Abrió la mano para enseñarle el pergamino a su amigo.

—Por las pelotas de Vulcano —exclamó Urceus, que parecía estar igual de mal que Quintus—. Tenemos que contárselo a Corax.

—Es lo que estoy a punto de hacer.

—A la mierda —gruñó Urceus—. Eso nos garantizará algún castigo. Más tú que yo, por eso.

—Gracias —repuso Quintus con amargura. Tuvo la sensatez de introducir la cabeza en un cubo de agua y enfundarse una túnica limpia antes de abordar a Corax.

Seguía sintiéndose fatal, pero esperaba no presentar tan mal aspecto, por lo menos.

La puerta de los aposentos del centurión, un apartamento entero en la primera planta, estaba entornada. Quintus vio a Corax por el umbral sentado a una mesa, engullendo pan con miel. Su sirviente, un esclavo que hablaba con monosílabos, le atendía.

Cuando Quintus estaba a punto de llamar, Corax giró la cabeza.

—Crespo... ¿eres tú? —vociferó.

—Sí, señor. —Quintus llamó y se sintió estúpido.

—Deja de perder el tiempo ahí

fuera. Entra. —Corax lo miró de arriba abajo cuando se le acercó. Quintus se encogió por dentro y volvió a desear haberse moderado un poco más la noche anterior.

Se detuvo a unos pasos de Corax y saludó.

—Señor.

Se produjo un breve silencio durante el que Quintus notó los regueros de sudor que le resbalaban por la frente. Por supuesto tenía que hacer caso omiso de ellos mientras los ojos de Corax lo repasaban de arriba abajo.

—¿Deseabas verme?

—Sí, señor.

—Qué curioso. Tienes pinta de haber salido de copas anoche.

—Señor... yo... eh... —Quintus vacilaba. ¿Qué sentido tenía mentir?, decidió. Corax ni era ciego ni carecía de olfato—. Sí, señor.

Corax apretó los labios durante unos instantes.

—¿Ah, sí? ¿A pesar de mis órdenes?

—Sí, señor. Lo siento, señor.

—Sin embargo, no vienes aquí a confesar lo que has hecho, ¿no?

—No, señor. —Quintus le tendió el trozo de pergamino que llevaba apretado en la mano derecha.

—¿Qué es eso?

—Es una lista de nombres, señor, de quienes planean entregar la ciudad a los cartagineses.

Al oír aquello, Corax se mostró mucho más interesado.

—¿Dónde la has conseguido?

—El tabernero me la dio, señor.

Corax enarcó las cejas y Quintus esperó que no fuera en señal de descrédito.

—¿No habrá sido el propietario del antro ese en el que estuviste bebiendo?

—Sí, señor.

—Más vale que sea verdad, Crespo —advirtió Corax con voz severa—. Cuéntamelo todo, rápido.

En aquel momento Quintus decidió que no importaba que se secara el sudor de la frente. Una vez hecho, volvió a explicar cómo él y Urceus habían salvado a la hija de Thersites y que no habían podido resistirse a la oferta del tabernero de servirles vino gratis. Explicó que los centinelas les habían dejado salir sin apenas preguntar y le pareció que Corax apretaba los labios. Sin embargo, aquella fue la única reacción del centurión hasta que acabó de relatarle los hechos. Cuando terminó, Corax extendió la mano.

—Dámelo.

Quintus obedeció rápidamente. El estómago se le revolvió mientras Corax lo leía. Si el centurión no le creía, todo su contubernium recibiría un duro castigo. Y, aunque le creyera, tendría un precio que pagar.

—¿Te crees a este tal «Therseses»?

—Sí, señor.

Corax se pasó un dedo por los labios, pensativo.

Quintus sudó un poco más.

Tras lo que le pareció una eternidad, Corax le clavó la mirada con sus ojos hundidos.

—Si hay algo que he aprendido a

lo largo de los años es que un soldado honesto no es necesariamente aquel que es bueno en el campo de batalla. Y lo mismo puede decirse a la inversa. No es seguro que un buen luchador sea una persona buena y honesta. Que un soldado presente ambas cualidades resulta excepcional. Ahora bien, todos sabemos que entraste en los hastati mediante subterfugios, lo cual significa que eres un mentiroso. —Hizo una pausa para ver si Quintus intentaba negar la acusación. Quintus se mordió el labio y Corax continuó—: Así pues, ¿por qué debería creerme

esta historia loca y avivada por el vino que me estás contando? ¿Te imaginas la reacción de Pinaro si te arrastrara ante él y todo esto resultara ser una sarta de tonterías descomunal?

—No le haría ninguna gracia, señor.

—¡Ja! Pinaro no soporta fácilmente a los imbéciles.

Otro silencio, durante el cual a Quintus le pareció importante mantener la vista clavada en Corax.

—¿Qué castigo crees que merece lo que tú y tus estúpidos compañeros de tienda habéis hecho?

—Unos azotes, para empezar, señor...

Corax le interrumpió antes de que pudiera continuar.

—¿Cuántos latigazos?

—Veinte por lo menos, señor.

—O treinta —añadió Corax con frialdad—. ¿Qué más?

Quintus intentó no pensar en el dolor que le proporcionaría tamaño número de latigazos.

—Limpieza de letrinas, probablemente, señor. Guardias extra. Raciones de cebada en vez de trigo.

Corax asintió con satisfacción.

—Eso estaría bien.

Quintus inmovilizó las rodillas intentando hacer caso omiso de las náuseas que le subían desde el estómago quejumbroso. Había fracasado en el intento. Él, Urceus y los demás recibirían el castigo de Corax y el número de legionarios que moriría cuando los cartagineses irrumpieran en la ciudad alguna noche oscura de un futuro próximo quedaba en mano de los dioses.

—Eres un mentiroso pero no eres imbécil. Y solo un imbécil acudiría a mí con una historia como esta inventada cuando las consecuencias de revelar que has desobedecido órdenes son tan

graves.

—¿Señor?

—Te creo, Crespo.

—Sí, señor —dijo Quintus, sintiéndose incluso más estúpido.

—No vas a librarte del castigo, pero si los canallas que aparecen en la lista de Thersites confirman lo que te contó, contemplaré tu caso con mayor benevolencia. Sin embargo, antes de acudir a Pinaro, vas a llevarme ante Thersites. Quiero calibrarlo personalmente. — Corax apartó la mesa y se levantó —. Peto —ordenó al esclavo.

Quintus intervino antes de dejarse llevar por la sensatez.

—Perdóname, señor, pero no creo que sea buena idea.

A Corax no le satisfizo el comentario pero indicó al esclavo que se marchara.

—Explícate.

—Thersites ha dicho que todo el mundo se vigila entre sí. El hecho de que un oficial romano de alto rango vaya a la taberna de Thersites sin motivo aparente levantará sospechas. Para cuando Pinarío haga algo, quizá ya esté muerto.

—Pues no lo lamentaría mucho —replicó Corax—. No es romano.

Quintus se armó de valor.

—No, señor, pero prometí hacer lo que pudiera por él y su familia. Y sus amigos.

—O sea que por tu cuenta y riesgo desobedeces órdenes y encima concedes la ciudadanía romana a la mitad de Enna — espetó Corax, airado.

Quintus no se atrevió a replicar. «Lo he intentado», pensó.

—Deja eso en el soporte, ¡maldita sea! —Corax hizo un gesto a su esclavo, que retrocedió, peto en mano—. Ve a buscar mi capa vieja. La que tiene un agujero en la parte trasera. —Entonces se dirigió a Quintus con aire de superioridad

—: ¿Contento?

Quintus observó la capa gastada con capucha que el esclavo había sacado de un arcón.

—Está perfecta, señor.

—Bien. Te sugiero que me lleves ante Thersites lo antes posible. A última hora de la mañana habrá una reunión pública. Pinaro se ha dado cuenta del engaño de los líderes de la ciudad y ha pedido que todos los varones adultos se presenten en el ágora. Va a celebrarse una votación para ver si las llaves de la ciudad deben devolverse a su gente. Está claro que podría ser una situación

bastante problemática, por lo que toda la guarnición estará presente. Pinaro está convencido de que ganarán quienes están a favor de Roma, ni que sea porque la mayoría temerá expresar su opinión delante de nuestras narices. Hasta ahora estaba de acuerdo con Pinaro, pero lo que me acabas de contar lo cambia todo. Quizá se rebelen. Aunque de no hacerlo, poco importa si votan hoy a favor de Roma si planean abrir las puertas a nuestros enemigos mañana por la noche.

Quintus asintió, deseando con más fervor que nunca no haber bebido tanto. A pesar de sus

esfuerzos, aquel día existían muchas posibilidades de que se produjera un derramamiento de sangre.

16

Quintus seguía sintiéndose fatal. Estaba en los aposentos de Pinaro con Corax. La buena noticia era que Corax se había creído lo que le había contado Thersites, la mala que su centurión lo había llevado

con él por si Pinaro quería interrogarle. Habían llegado a tiempo para una reunión de los seis centuriones de la guarnición. Corax dejó a Quintus en el atrio de la gran casa que Pinaro había requisado y entró corriendo al patio en el que ya estaban hablando los demás oficiales.

Quintus intentó no pensar en lo que Pinaro podía hacerle y se puso a cavilar sobre el propietario de aquella casa. Seguro que la había construido un romano, o alguien que admiraba los diseños arquitectónicos romanos. Contrastaba con la gran mayoría de

las viviendas de mayor tamaño de Enna, construidas al estilo griego: con un patio justo en el interior del porche delantero, en vez de en una posición central como preferían los romanos. Sus esfuerzos no duraron demasiado. El dolor de cabeza que había estado amenazándole a lo largo del día se presentó en toda su magnitud y pensó que la cabeza estaba a punto de estallarle. Además, independientemente de dónde se colocara, a Quintus le parecía que las máscaras funerarias de los antepasados del propietario le miraban enfurecidas desde las paredes de ambos lados del

lararium. Desasosegado y tembloroso por culpa de la resaca persistente, elevó una rápida plegaria para aplacarlos.

—Crespo.

La espera por fin había terminado. Quintus se giró rápidamente y se encontró a Corax enmarcado en el umbral del tablinum.

—Sí, señor.

—Pinarío desea verte.

—Señor. —Quintus se colocó al lado de Corax—. ¿Te ha creído, señor?

—Creo que sí, pero quiere oírlo también de tus labios. —Miró a

Quintus y suspiró—. ¿Por qué pillaste tal borrachera? Tienes un aspecto horroroso.

—Lo siento, señor —dijo Quintus, sonrojándose.

—No lo sientas y sé convincente.

Llegados a ese punto, Quintus no se atrevía a preguntar nada de nada a Corax, pero había prometido a Thersites que haría lo posible por ayudar.

—¿El tabernero, señor? ¿Enviarán a algunos soldados a protegerle?

—Quizá tenga que enviar a algunos de vosotros, sí —fue la respuesta seca—. Pero ten en

cuenta que no será hasta que los sospechosos hayan sido detenidos.

—Gracias, señor. —«Esperemos que baste con eso», rogó Quintus. No podía proteger a Thersites eternamente.

Encontraron a Pinarío y los demás en el patio, junto a una fuente que repiqueteaba. Pinarío era un hombre bajito y delgado con una expresión siempre severa. Quintus nunca lo había visto desde tan cerca, pero tenía fama de tirano. Conocía a Vitruvius y a Pera, pero no al segundo centurión de Pera ni al centurión que era el segundo al mando del manípulo de

Pinario. Todos lo observaron mientras él y Corax se acercaban. Vitruvius era el único que lo miraba con amabilidad y a Quintus se le formaron todavía más nudos en el estómago. Sus problemas no habían acabado todavía.

Se pararon ante Pinario. Quintus hizo el saludo.

—Él es Crespo, el soldado que me dio la noticia.

—El canalla parece todavía borracho —dijo Pera con acento cansino.

Se oyeron un par de risitas, pero Pinario se mantuvo impassible.

—Es verdad que tienes un

aspecto horroroso, hastatus.

—Señor.

—Me han dicho que acudiste a tu centurión con esta noticia siendo perfectamente consciente de que recibirías un duro castigo por desobedecer sus órdenes, que eran permanecer en tus aposentos y no visitar ningún local en que se sirviera vino.

—Cierto, señor —dijo Quintus mirando a Pinaro a los ojos.

—Corax también dice que ¿uno o dos días antes tú y un compañero evitasteis que otros legionarios violaran a la hija del tabernero?

—Sí, señor.

Se produjo una breve pausa cuando Pinarío se lo quedó mirando.

—Muy bien. Pues una de dos, o mientes muy bien o dices la verdad. Corax es un oficial de primera y si él responde de ti, ya me basta. Puedes retirarte.

—Señor. —Quintus volvió a saludar y se giró para marcharse.

—Espera fuera —ordenó Corax.

—Sí, señor.

—¿Estás seguro de esto, Pinarío? —exclamó Pera en cuanto Quintus salió caminando lo más despacio posible para captar lo que decían.

Pinarío reaccionó de inmediato.

—Sí. ¿Pones en entredicho la palabra de Corax?

—Por supuesto que no —declaró Pera, nervioso.

—Entonces te sugiero que guardes silencio.

Quintus disimuló el placer que le producía el azoramiento de Pera mientras se dirigía al atrio. Si la cosa salía tal como estaba planeado, podrían arrestar a los hombres de la lista de Thersites antes de que la reunión continuara. No solo se evitaría que los cartagineses tomaran la ciudad por la noche, sino que sería más probable que los ciudadanos

votaran a favor de seguir siendo leales a Roma.

No obstante, se desanimó un poco porque de todos modos él y sus compañeros recibirían un castigo. Además notaba la cabeza como un pedazo de hierro martilleado una y otra vez en el yunque de un herrero.

Al final, las cosas no fueron exactamente como Pinarío habría deseado. No encontraron por ningún sitio a los simpatizantes de Cartago, Simmias y Zenodoros. Ochos no estaba en su casa; ni

tampoco la mayoría de los quince hombres de la lista de Thersites. A instancias de sus centuriones, pequeños grupos de legionarios registraron Enna de cabo a rabo, pero sus esfuerzos se vieron entorpecidos por la falta de efectivos, en un intento de no levantar sospechas entre la población. A la hora del inicio de la reunión en el ágora solo se había detenido a dos sospechosos, que fueron conducidos directamente a casa de Pinaro. La noticia se propagó por la ciudad a la misma velocidad con la que actuaron los legionarios.

Poco después, el manípulo de Corax empezó a desplegarse en el ágora, que ya se encontraba a más de la mitad de su capacidad. La mayoría de las miradas que iban en su dirección eran hostiles, pero nadie lanzó insultos ni, lo que es peor, proyectiles. De las pequeñas calles que desembocaban en el espacio brotaba un flujo continuo de hombres, lo cual significaba que nadie se demoraba tras los legionarios. Los recién llegados eran una muestra representativa de la población. Había trabajadores y campesinos vestidos con quitones cortos y polvorientos, alfareros con

arcilla incrustada en las manos, carniceros con delantales manchados, herreros de rostro ennegrecido y comerciantes bien vestidos con expresión arrogante, ancianos que caminaban ayudados de un bastón y se quejaban del paso de sus conciudadanos. Los niños entraban y salían disparados de entre la multitud, jugaban a pillar y enojaban a sus padres, mientras sus hermanos mayores hacían comentarios despectivos.

La aglomeración era mayor alrededor de las escaleras que conducían al templo de Demetra, una de las diosas más importantes

de Sicilia. Aquel santuario, una construcción majestuosa con una fachada con seis columnas, ocupaba la cara norte del ágora. Los hastati de Corax se colocaron a lo largo del lado sur del gran espacio rectangular y los soldados de Vitruvius ocuparon más de la mitad del lado oriental. El manípulo de Pera se desplegó a lo largo del lado occidental. Al poco apareció un mensajero de Pinarío por detrás del manípulo de Corax que pasó un mensaje con discreción y fue en busca de Pera.

Quintus y sus compañeros estaban lo bastante cerca como

para oír a Corax hablando con Vitrauius después de la marcha del mensajero.

—Solo ha habido tiempo para un interrogatorio rápido por culpa de esta dichosa reunión. Al comienzo han fingido no saber nada, pero en cuanto uno de ellos ha tenido los pies en el fuego de la cocina, ha cantado. El tabernero dijo la verdad.

—¿Iban a dejar entrar a los apestosos de los guggas por la noche?

—Eso parece —repuso Corax sombríamente. Un rugido de ira brotó de entre los hastati y él no

hizo nada por acallarlo.

—¿Dónde están el resto de los follaculos traicioneros de la lista?

—Aquí. —Corax señaló el ágora con una mano—. No tenemos esperanzas de encontrar a esos mamones.

La fuente sagrada del centro había quedado oscurecida por la muchedumbre. Los chicos trepaban por las estatuas para ver mejor lo que estaba pasando. Las hileras de tiendas y negocios con columnatas que flanqueaban los dos lados más largos ya no se veían. Incluso las escalinatas que ascendían a los templos menores situados en los

lados más cortos, uno de los cuales estaba detrás de ellos, estaban flanqueadas de hombres que hablaban en voz muy alta. Sin embargo, no había nadie cerca de los hastati. Era comprensible, pensó Quintus. El despliegue de Pinarío tenía toda la intención de intimidar.

—Se pondrán en evidencia cuando Pinarío empiece a hablar, ¿no? Podemos apresarlos en ese preciso instante —declaró Vitruvius.

—No, provocaríamos un motín. No, tenemos que ser cuidadosos, tal como dijo Pinarío. De lo contrario, la situación se nos puede escapar de las manos —masculló

Corax—. Un sospechoso mencionó que algunos de sus seguidores van armados. Les daremos un buen repaso si hace falta, pero la cosa podría ponerse fea. Nos superan en número con creces.

—¿Qué vamos a hacer? — preguntó Vitruvius.

—Mantener la calma —repuso Corax—. Mantenernos en nuestra posición. Pinarío llegará de un momento a otro. Sus soldados se desplegarán para cubrir las zonas este y oeste más cercanas al templo de Demetra. Él se dirigirá a los ciudadanos para aclarar quién debería mantener el control de las

llaves de la puerta y luego invitará a los líderes a hablar. Si hablan en nombre de Roma...

—Eso no pasará —siseó Vitruvius.

—Cierto. Si hablan en nuestra contra no haremos nada siempre y cuando sus palabras sean pacíficas. Dejaremos que la asamblea acabe y cortaremos todas las calles menos dos de las que salen del ágora. Pinarío tiene a los sospechosos con él. Se colocarán en sendos puntos de salida para que identifiquen a los cabrones de la lista. Podemos cogerlos uno a uno.

—¿Y si dicen que nosotros

somos el enemigo? ¿Si la muchedumbre se vuelve contra nosotros?

Todos los hastati de las proximidades inclinaron el cuello hacia delante para escuchar la respuesta de Corax.

—Si eso ocurre, o si hay algún otro movimiento traicionero, Pinarío apretará el puño junto a la cintura. En ese caso tenemos que ir a por todos los presentes con la espada desenvainada.

—Muy bien —dijo Vitruvius con determinación—. Llegado el caso, cumpliremos nuestro cometido.

—Por el Hades, espero que no

tengamos que llegar a ese extremo —musitó Quintus a Urceus.

—Yo también. Pero si tiene que ser, será. No son romanos, ¿verdad?

Era sorprendente pero cierto. Los hastati cumplirían órdenes independientemente de lo que ocurriera. Él también. Corax era su superior y había jurado obedecerle aunque la orden fuera asesinar a hombres desarmados. «Por todos los dioses, que todo esto acabe sin violencia», rezó Quintus, preguntándose si había hecho bien llevando la lista de Thersites a Corax. Llegó a la conclusión de que

sí, por duro que le resultara. Si no lo hubiera hecho, a muchísimos legionarios, sus amigos entre ellos, les habrían cortado el cuello mientras dormían.

Las pisadas de las sandalias tachonadas en el suelo enlosado llamaron la atención de todo el mundo. Era Pinaro, que llegaba a la cabeza de su manípulo. Los rayos del sol lanzaban destellos desde su casco y peto relucientes, y el penacho escarlata de crin estaba recién teñido. Estaba realmente impresionante, igual que sus hombres. En medio de los soldados, Quintus se fijó en un par de rostros

amoratados y ensangrentados —los sospechosos, seguramente— antes de que les cubrieran la cabeza con unos sacos viejos y los llevaran rápidamente a las salidas designadas. Pinarío habló brevemente con Corax y luego, en un claro ejercicio de intimidación, hizo que sus legionarios se colocaran justo en el centro del ágora. La multitud silenciosa se dividió como un bloque de madera partido en dos con un hacha. Pinarío ocupó la escalinata del templo de Demetra con unos veinte hombres. El resto del manípulo se distribuyó hasta juntarse con las

tropas de Vitruvius y Pera. En ese momento, los legionarios dominaban los cuatro lados del ágora. La muchedumbre local se movía con desasosiego.

—Somos prisioneros en nuestra propia ciudad —gritó un hombre que estaba cerca de Quintus.

—¡No nos asustaréis! —gritó otro—. ¡Volved a Roma!

Quintus no fue el único que se puso tenso. Corax caminaba de un lado a otro, lanzando miradas furiosas a los lugareños más cercanos. Pera, a treinta pasos de distancia, vociferó una orden a sus soldados, que alzaron los scuta.

Cuando Corax lo vio, se le hinchó una vena en el cuello y se acercó corriendo a Pera. Gesticuló airado e intercambiaron palabras subidas de tono, pero Pera indicó a sus hombres que no movieran los escudos. Corax regresó con aspecto enfurecido.

—Nadie se mueve hasta que yo lo diga, ¿entendido? —bramó.

—Sí, señor —respondieron los hastati.

Transcurrió algún tiempo hasta que los hombres más tranquilos de la multitud apaciguaron al resto. Se hizo un silencio agitado.

Corax y sus hombres se

colocaron directamente en frente de donde se encontraba Pinaro. Le veían pero no quedaba claro que pudieran oírle.

El estruendo de una única trompeta rasgó el ambiente. Hizo que todas las miradas se dirigieran a donde se encontraba Pinaro, en lo alto de la escalinata del templo.

—¡Habitantes de Enna! —gritó—. ¡Os doy las gracias por responder a la llamada de vuestros líderes y asistir a esta asamblea!

Se oyeron infinidad de quejas airadas. La multitud se desplazó ligeramente de un lado a otro. Algunos hombres escupieron en el

suelo, pero eso fue todo. «Por el momento», pensó Quintus con inquietud.

—Los líderes de la ciudad han convocado la reunión de hoy — declaró Pinaro en un griego aceptable. Alzó una mano para protegerse del sol—. Si tenemos que hablar, deben estar presentes, pero no los veo aquí. ¿Dónde están?

—Estamos aquí, Pinaro —dijo una voz desde el centro de la muchedumbre, a la derecha de Quintus.

—¡Y aquí! —dijo otra.

—Yo, Ochos, estoy aquí.

—Simmias, presente.

—¡Zenodoros también!

Otra media docena de hombres gritó sus nombres a Pinarío, que sonrió.

—Venid a hablar conmigo aquí, a la vista de todo el mundo —dijo, señalando la escalinata del templo.

—Nos quedaremos donde estamos, Pinarío. Tú estás aquí con todo tu poderío y tienes retenidos a dos de los nuestros. Hay que ser imbécil para meter la cabeza en la boca del león.

Los presentes hicieron oír sus protestas. Corax se desplazó por entre la tropa mascullando.

—Tranquilos, hermanos. No ha pasado nada. Tranquilos.

Quintus esperaba que Vitruvius y los demás centuriones siguieran el ejemplo de Corax, no el de Pera.

—Esos hombres nos están ayudando en la investigación acerca del grano que fue manipulado —explicó Pinaro tan tranquilo.

—¿Esperas que me lo crea? —replicó Ochos.

—Sí. De no ser por esta reunión, ya los habríamos puesto en libertad. Solo tengo que acabar de interrogarlos —declaró Pinaro—. Pero no estamos aquí para hablar de grano. Esto es lo que nos ha

traído aquí, ¿no? —Mostró en alto un puñado de llaves de hierro largas.

La multitud pronunció un largo «aaaaaahhhhh».

Quintus pensó que Pinarío estaba arriesgando mucho. El alarde de poder ante los ciudadanos quedaba claro, pero la violencia no estaba descartada.

—¡Yo, Simmias de Enna, deseo hablar! —anunció un hombre situado cerca de la fuente sagrada.

La multitud se calmó.

—¡Pinarío!

—Estoy aquí.

—Te digo que nosotros, el

pueblo de Enna, se alió con Roma en tanto que hombres libres. No éramos esclavos entregados a ti para que nos custodiases. Si exigimos que las llaves de la ciudad nos sean devueltas, lo más justo es que nos las devuelvas. La lealtad es el vínculo más fuerte de una alianza honesta y el pueblo romano y el Senado nos agradecerán que sigamos siendo amigos por voluntad propia y no por obligación.

Se produjo un estallido de vítores que llenaron el ambiente.

—¡Simnias tiene razón! ¡Dice la verdad! ¡Devuélvenos las llaves!

Pinario dejó hablar a los

lugareños durante unos momentos antes de alzar las manos. Se produjo una calma forzada.

—¡Respetado pueblo de Enna! Esta orden y estas llaves me las dio el cónsul Marcelo, el oficial que gobierna Sicilia para Roma. Mi obligación es defender la ciudad en nombre de la República. No me corresponde a mí, ni a vosotros, decidir qué hacer con las llaves. La única persona digna de tomar una decisión tan trascendente es Marcelo. Si lo consideráis oportuno, una delegación de vuestros líderes debería pedírselo. Su campamento no está lejos y os prometo que os

recibirá con la mayor de las cortesías.

—¡Ja! —exclamó Simmias—. Ya sé qué tipo de recibimiento nos brindará.

—¡Os dará una patada en el culo por el precio desorbitado de vuestro grano! —bramó un hombre flaco que llevaba una túnica raída—. ¡Enviad una delegación a Marcelo!

Se produjo un estallido de risas.

—¡Sí! —gritó otro hombre que parecía desnutrido—. ¡Quizás el cónsul fije el precio del grano a un nivel que la gente normal pueda pagar!

Quintus sintió un gran alivio al

ver que muchas cabezas asentían. Algunos hombres parecían descontentos, pero eran una minoría. Más y más voces se unieron a la petición.

—¡Enviad una delegación!
¡Enviad una delegación!

—¡Dadnos las llaves —gritó Simmias, sin arredrarse. Sus seguidores repitieron la petición y el ruido del ágora fue en aumento mientras los bandos opuestos competían por hacerse oír.

Pinario hizo tocar unas cuantas notas más a su trompeta, lo cual forzó el silencio.

—¡Votemos! —gritó Pinario con

todas sus fuerzas—. ¡Quienes estén a favor de enviar una delegación ante Marcelo que levanten la mano derecha!

«Venga», instó Quintus para sus adentros. Cerca de él se alzó una mano y Quintus parpadeó sorprendido. No era sino Thersites, por quien Quintus sentía cada vez más afecto. A pesar de temer por su seguridad, Thersites quería emitir su voto para ayudar a mantener la paz. Estaba muy ocupado hablando con quienes le rodeaban y, al cabo de un momento, varios hombres que estaban cerca alzaron la mano. Se

les unió un grupo situado a la derecha de Quintus, delante de Pera y sus soldados. En los momentos que siguieron, fue como si una ráfaga de viento barriera el ágora. Se alzaron veintenas de manos que se convirtieron en centenas. Los que no levantaron la mano eran una minoría.

Quintus exhaló un suspiro racheado. Se había evitado una situación crítica. La delegación acudiría ante Marcelo. Probablemente nunca llegara porque Pinarío detendría a todo hombre que la compusiera y figurara en la lista de Thersites,

pero al menos los arrestos no se producirían en público. Mientras tanto, los líderes de la ciudad que estaban a favor de Roma se pondrían manos a la obra. Quizás hubiera que derramar algo de sangre, pero no sería mucha y no sería ahí. Quintus estaba contento. Thersites y sus hijas estarían a salvo.

—¡Sois todos una panda de cobardes! —gritó una voz a la derecha de Quintus. Un joven, apenas adolescente, se abrió camino a empujones para colocarse entre los ciudadanos y el lugar que ocupaba Pera—. ¡Dadnos las llaves!

—bramó a Pera y sus hastati—.
¡Dadnos las llaves!

—¡Pedazo de idiota! —siseó
Quintus a Urceus.

El joven rebuscó en la bolsa de cuero que llevaba y extrajo un higo demasiado maduro. Echó el brazo hacia atrás y estaba a punto de lanzarlo cuando un hombre mayor y corpulento con barba dio un paso adelante y lo sujetó por la muñeca.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó en griego.

—¡Enseñar a los cabrones de los romanos que no todos somos unos gallinas, padre! —Liberó el brazo y soltó el higo con fuerza. Voló por el

aire y fue a parar a la cara de un hastatus que estaba a menos de diez pasos de Pera.

Entonces pasaron varias cosas a la vez.

Pinario sonrió ante la clara mayoría de hombres que votaban a favor de enviar una delegación ante Marcelo. El hombre corpulento soltó un grito y sujetó a su hijo por la cintura.

—¡Mierda de griego! —gritó Pera, rojo de rabia. El joven tenía otro higo en la mano derecha. Su padre intentó cogerle el brazo otra vez, pero la segunda pieza de fruta voló en línea recta y certera y

acabó estrellándose contra el peto de Pera.

—¡Dadnos las llaves! —gritó el joven.

Alguien más se apuntó al grito.

—¡Dadnos las llaves! —Varios rostros de entre la multitud apartaron la vista de Pinaro y la dirigieron a lo que ocurría detrás de ellos.

Pera tenía el rostro contraído por la furia. Se salió de la fila, desenvainó la espada y apuntó con ella a padre e hijo.

—¡Atrás! ¡Atrás!

—Muévete —instó el padre—.
Márchate.

Su hijo no le hacía caso.

—¡Dadnos las llaves, hijos de perra romanos! —dijo en un mal latín.

Pera no respondió. Quintus contempló horrorizado cómo se acercaba rápidamente y clavaba hasta el fondo la espada en el vientre del joven. Un grito conmocionado y borboteante rasgó el aire.

—¡No! —gritó el padre.

Pera retorció la hoja para asegurarse del daño y con la mano izquierda apartó al joven. La víctima se tambaleó hacia atrás, gimiendo y sujetándose el quitón

ensangrentado. Cayó de rodillas y luego de cara.

—¡Maldito seas! ¡Lo has matado!
—exclamó su padre, señalando con el dedo a Pera—. ¡Por lanzar un dichoso higo!

—¡Retrocede! —ordenó Pera, avanzando.

El hombre corpulento retrocedió un paso, pero siguió lanzando acusaciones con el rostro surcado de lágrimas.

Otro joven irrumpió de entre la asamblea y arrojó una piedra a Pera. Le rebotó en el casco. Con un juramento amortiguado, Pera se abalanzó hacia delante. El hombre

corpulento se interpuso en su camino y, con otro juramento, Pera le apuñaló en el pecho. La sangre lo inundó todo cuando retiró la espada. Sin decir palabra, el hombre corpulento cayó encima de su hijo.

Un aullido grave de furia resonó en el aire. Fue como si todos los hombres de la multitud más próxima a Pera se convirtieran en uno, igual que quienes estaban delante de la centuria de Corax.

Pera se retiró a la seguridad de sus hombres.

—¡Formación cerrada! —
vociferó.

—¡Ya habéis oído al centurión Pera! —gritó Corax—. ¡FORMACIÓN CERRADA!

Los escudos golpetearon entre sí cuando los hastati obedecieron.

—¡QUIETOS! —bramó Corax, que también dirigía el grito a Pera.

—¡Dadnos las llaves! ¡Dadnos las llaves! ¡Dadnos las llaves! —El cántico subió de volumen hasta que en el espacio limitado del ágora resonó como un trueno.

Quintus estaba atenazado por el miedo y el dolor de cabeza amainó ante el deseo de desenvainar la espada. Veía el mismo anhelo en la expresión de sus compañeros, pero

Corax no les había dado la orden. Sorprendentemente, Pera tampoco. Por encima de las cabezas de la multitud airada, veía a Pinarío gritando en vano a los lugareños que tenía cerca.

—¡Dadnos las llaves! —Un joven, ¿amigo del que había lanzado los higos?, se colocó al lado de los cadáveres de padre e hijo—. ¡Las llaves, cabrones asesinos! —Lanzó una piedra a Pera sin previo aviso.

Pera se agachó detrás del escudo y la piedra le pasó disparada por encima de la cabeza antes de desaparecer de su vista.

Pera se irguió como una serpiente a punto de atacar. Cogió la jabalina de uno de los soldados y la lanzó. Desde tan cerca era imposible fallar. El joven cayó, ensartado en el pecho, ante los gritos enfurecidos de la muchedumbre.

—¡Pedazo de imbécil! —exclamó Quintus entre dientes.

Lanzaron tres, siete, hasta una docena de piedras, y entonces pareció que una presa se había desbordado. El aire oscureció por la cantidad de proyectiles. A los legionarios apenas les hizo falta escuchar la orden «¡ESCUDOS ARRIBA!». Apuntaban a todos los

romanos que estaban a la vista. Las hortalizas, las piedras, los fragmentos de cerámica rota, las tejas agrietadas chocaban y rebotaban en los scuta. Mattheus cayó cuando la piedra de una honda le alcanzó. Quintus y el resto aullaron de ira y Urceus, que era el más cercano a su amigo, empezó a rugir.

—¡Mattheus, Mattheus!

No hubo respuesta. Quintus tenía la esperanza de que Mattheus solo hubiera resultado herido, pero Urceus meneó la cabeza con amargura al erguirse.

—Se le ha hundido en la frente.

¡Cabrones! —bramó.

Quintus atisbó hacia el ágora por encima del borde del escudo. Le entraron ganas de gritar que era culpa de Pera. ¡Mattheus está muerto y todo es por culpa de ese cabrón! Sin embargo, era imposible que Pinario le hubiera oído. Aunque hubiera podido, pensó Quintus, el resultado habría sido el mismo. El derramamiento de sangre era inevitable y aunque muchos inocentes morirían, Quintus se alegraba en parte. Mattheus había muerto y tendrían que pagar por ello.

El comandante de su guarnición

había subido a lo alto de la escalinata del templo, con el trompeta al lado, que tenía el instrumento cerca de los labios. Pinarío pronunció una palabra y sonó una serie de notas inequívocas. Era la señal de ataque. En ese momento, Pinarío apretó el puño derecho a la altura de la cintura y gritó algo que se perdió entre el rugido del ambiente.

Corax estaba preparado.

—¡PREPARAD JABALINAS! —Su orden se repetía a izquierda y derecha de su posición—. ¡APUNTAD CERCA, LANZAD!

Los legionarios rabiosos echaron

el brazo hacia atrás y lanzaron los
pila siguiendo una trayectoria recta.
Quintus hizo lo mismo. Desde tan
cerca, las jabalinas resultaban
mortíferas. Volaron hacia la densa
masa de gente y tardaron poco más
de unos segundos en recorrer
quince o veinte pasos. Emitieron
golpeteos suaves al aterrizar. Los
ciudadanos no tenían ni armadura
ni escudos con los que protegerse,
por lo que cayeron como moscas.
Los quitones polvorientos se tiñeron
de escarlata al igual que las túnicas
blancas y limpias mientras
campesinos y hombres ricos
sangraban y morían juntos. Los

heridos emitían quejidos de dolor y angustia, al igual que aquellos cuyos amigos o familia habían sido alcanzados.

Como represalia lanzaron unas cuantas piedras y pila, pero fueron pocas. Los ciudadanos estaban retrocediendo.

—¡SEGUNDAS JABALINAS, PREPARADAS, APUNTAD CERCA, LANZAD! —gritó Corax.

Se alzó otra cascada de pila y le siguió otra oleada de destrucción. Jóvenes y viejos, lisiados y sanos, daba igual. Ya estuvieran lanzando gritos desafiantes a los legionarios o suplicándoles clemencia, quedaron segados por la ráfaga de

jabalinas lanzadas a escasa distancia.

A continuación se dio la orden de desenvainar las espadas, de permanecer juntos, de avanzar al paso. Quintus siguió las órdenes como si estuviera en un sueño. Tal como había experimentado tantas otras veces, notaba los hombres a ambos lados, sentía cómo el borde superior del escudo le tocaba la barbilla y la tranquilizante solidez de la empuñadura de madera en el puño. Era consciente de que no se enfrentaban a soldados enemigos, sino a civiles, pero esa sensación estaba desbordada por el miedo, el

deseo de vengar a Mattheus y la voluntad de sobrevivir.

—¡Asesinos!

Quintus no había visto a Simmias, el comerciante de grano, hasta ese momento, pero reconoció su voz. Corpulento, con brazos peludos y musculosos, seguía teniendo el aspecto del granjero que había sido antes de dedicarse a la compraventa de grano, más rentable. El semblante amable que Simmias había mostrado en todas las ocasiones que Quintus le había visto no estaba por ningún sitio. Simmias tenía el rostro ensombrecido por la ira y la túnica

manchada de sangre. Se había envuelto el antebrazo izquierdo con una capa a modo de escudo y sujetaba una espada con la derecha. Le seguían de cerca diez o más hombres, armados de modo similar. La muchedumbre celebró su llegada y Simmias blandió la espada contra la hilera de legionarios.

—¡Son una panda de asesinos, todos ellos!

Un rugido de ira incoherente brotó de la garganta de los ciudadanos más próximos.

—¡Armaos, hombres de Enna! ¡Arrancad las jabalinas de la carne

de vuestros hermanos! —ordenó Simmias—. ¡MATAD A LOS ROMANOS!

—¡Adelante! —gritó Corax—. ¡Dejad a estos mamones en el fango! ¡A todos! De lo contrario nos lo harán a nosotros.

La muchedumbre desorganizada y revuelta fue acercándose a los hastati de Corax.

Quintus se alegraba de que Simmias hubiera reunido a sus conciudadanos y dirigiera su ataque. A pesar de estar en el interior de una ciudad, aquello parecía la guerra. Eso era fácil de abordar.

Un hombre con el delantal de un

herrero fue corriendo directamente a Quintus, sujetando un pilum con ambos puños como si fuera un arpón. Quintus se preparó y lo recibió de frente. La jabalina le atravesó el scutum y le resbaló en la cota de malla. El impulso hizo que el herrero se desplazara hacia delante hasta que chocó con el escudo de Quintus, tan cerca que notó el aliento de ajo y vio cómo el horror le asomaba a los ojos cuando le clavó la hoja en el vientre. La estocada habría acabado con la mayoría de los hombres, pero el herrero tenía la complexión de un buey. Con un

rugido, tiró de la jabalina con tal fuerza que la arrancó del scutum de Quintus. El tiempo pareció detenerse cuando se miraron el uno al otro por encima del borde de hierro. Los dos jadeaban: el herrero de dolor y Quintus por el ardor de la batalla.

No había tiempo para retirar la espada, así que Quintus la retorció con saña y con todas sus fuerzas. El herrero gemía agónico y dejó caer el brazo derecho. Quintus recuperó la espada de un tirón y se la clavó dos veces al herrero, esta vez de forma más superficial, uno-dos. Cayó gritando como un bebé al que

retiran de la teta demasiado pronto.

Quintus era consciente de que los compañeros que lo flanqueaban también luchaban. Los chillidos, juramentos, gritos de dolor y el sonido del hierro contra el hierro le resonaban en los oídos. Un hombre armado con un hacha sustituyó al herrero blandiendo el arma desde lo alto contra la cabeza de Quintus. Le habría partido el casco en dos y de paso el cráneo, pero Quintus repelió el golpe con el escudo. Le irradió dolor del brazo izquierdo por la fuerza del impacto; se oyó el sonido de la madera al partirse,

pero Quintus siguió como si nada. Miró desde detrás del escudo y le clavó la espada al hombre hasta el fondo en la axila. El hombre del hacha murió con los grandes vasos sanguíneos del pecho hechos trizas antes de que Quintus retirara el arma. Boquiabierto, con espuma saliéndole por entre los labios, se desplomó encima del herrero. Dejó el hacha clavada en el scutum de Quintus.

Sorprendentemente, los hastati habían avanzado unos cuantos pasos. Quintus no tenía a nadie directamente enfrente. Gritando a sus compañeros que cerraran filas,

se quedó un poco rezagado y, como no tenía tierra en la que clavar la espada, se sirvió de un cadáver. En vertical y a su lado, podía cogerla llegado el caso mientras que tenerla envainada podía resultar fatal. A duras penas arrancó el hacha de su scutum. El escudo quedó destrozado, pero le serviría hasta que terminara la batalla.

«La matanza», se corrigió.

Urceus acababa de matar a Simmias, la mayoría de cuyos seguidores habían desaparecido de su vista porque estaban muertos o heridos. El resto de los ciudadanos no eran guerreros. Consternados,

dieron media vuelta e intentaron huir. El problema era que no había dónde ir aparte de al centro del ágora. Estaban atrapados como un banco de atunes en la red de un pescador. Los hastati los perseguían con gritos fieros y ávidos. Quintus se desplazó para unirse a ellos antes de que el corazón le dejara de palpar y recobrar el juicio. No había forma de evitar lo que debía hacer entonces.

«¡Thersites! —le gritó la conciencia—. ¡Está aquí!» Recuperó un mínimo de cordura, pero no podía hacer nada. No había forma

de parar la locura, no había manera de encontrar a Thersites y ponerlo a salvo.

Más tarde, Quintus consideraría que el tiempo que había transcurrido había sido su experiencia más horrenda desde que se alistara al ejército. La locura se había apoderado de sus compañeros y de los demás legionarios. Lo que importaba era matar, algo en lo que eran todos expertos. En un espacio delimitado contra víctimas desarmadas, su habilidad resultaba espectacular. Cuando terminaran, los únicos supervivientes serían romanos. Una

vez liquidados quienes sabían luchar, los ciudadanos empujaban e intentaban desesperadamente librarse de las espadas ávidas de los legionarios. Se daban puñetazos y patadas entre sí, pisoteaban a los más débiles e imploraban la ayuda de sus dioses. Nada de aquello servía. Quintus, sus camaradas y el resto de la guarnición fueron cercándolos, formando un cordón letal de madera curvada y metal afilado.

Empujados por detrás con los escudos, los ciudadanos iban esparciéndose hacia delante, blancos fáciles por la espalda.

Cualquiera que no estuviera herido de muerte podía ser pisoteado o atravesado por una espada otra vez con el avance de los legionarios. Los pocos que se giraron para enfrentarse a los hastati no corrieron mejor suerte. Murieron suplicando, gritando que eran súbditos leales a Roma, que tenían esposa e hijos. Les atravesaron el pecho, el vientre, el cuello y perdieron brazos, piernas y a veces la cabeza. La sangre salía a borbotones, salpicaba por igual a vivos y muertos. Al poco tiempo los legionarios tuvieron el brazo derecho rojo hasta el codo, las

caras manchadas de escarlata, el dibujo de los escudos oscurecido por una capa carmesí brillante. En un momento dado, Quintus intentó menear los dedos entumecidos de la mano con la que sostenía la espada y se dio cuenta de que no podía por culpa de la capa pringosa de sangre que le cubría todo el puño. Se encogió de hombros y siguió matando. Sus compañeros ya tampoco se fijaban en su aspecto y si lo habían visto les daba igual. Cualquiera que se pusiera al alcance de su espada era hombre muerto.

 Cuando la matanza del ágora

terminó, los hastati corrieron por las calles cercanas aullando como perros salvajes. Los oficiales no se lo impidieron; algunos incluso les alentaron. Quintus estaba a punto de seguirlos con la intención de participar también. Entonces, de cerca, vio a dos hastati acuchillando con la espada a un niño de no más de diez años. El muchacho chillaba y gemía, se retorció y giraba para zafarse sangrando como un cerdo. Quintus se quedó paralizado, conmocionado por el horror. Thersites estaba muerto, seguro que para entonces lo estaba, pero ¿y sus hijas? A Quintus le empezó a

dar vueltas la cabeza. Bastante triste era que el tabernero hubiera muerto, pero no podía dejar a las hijas inocentes de Thersites a su suerte. Soltó el escudo rajado y corrió solo en dirección a La Luna Llena.

La matanza se extendía rápidamente por Enna. En todas las calles y callejones se oían puertas pataleadas y el grito de los habitantes y súplicas de clemencia, que demasiado a menudo quedaban enseguida silenciados. Había cuerpos mutilados por todas partes: un esclavo con una cesta de pan y verduras volcadas, un

inválido con una muleta improvisada; una niña que todavía sujetaba una muñeca en una mano, personas normales que se dedicaban a sus quehaceres cuando les sobrevino la muerte. Quintus vio a una matrona de la edad de su madre a la que cuatro legionarios perseguían desde su casa. La atraparon y le rasgaron el vestido. Entonces, riendo, la instaron a correr desnuda. Cuando ella se negó, la golpearon con la hoja plana de la espada hasta que obedeció. Quintus apartó la mirada y siguió corriendo, rezando para que la mujer tuviera un final rápido,

aunque sabía que eso no era lo que los legionarios tenían pensado para ella. Unos cuantos pasos más allá, se vio confrontado por más horror. Una mujer de una edad similar a la de Aurelia se lanzó desde lo alto de un edificio de tres plantas para evitar que la pillara un grupo de hastati burlones. Cuando estaba en la calle con el pescuezo roto, se asomaron a la ventana y le gritaron a Quintus:

—¡Puedes tirártela el primero!

Asqueado, no respondió, sino que agachó la cabeza y corrió más deprisa.

Sin embargo, cuando llegó a La

Luna Llena se le cayó el alma a los pies. La puerta estaba entreabierta y del interior salían gritos y el sonido de la cerámica al romperse. Quintus deseó que Urceus estuviera con él y no solo. Era momento de respirar hondo, de calmarse. Tenía que andarse con sumo cuidado si no quería acabar derramando su sangre en el suelo de la taberna, igual que tantos otros inocentes que sangraban por la ciudad. A los soldados saqueadores les daba bastante igual a quién mataban. «Protégeme, gran Marte», rezó. Entró sujetando el gladius con fuerza.

En el interior solo ardían un par de lámparas. La sala parecía vacía, pero Quintus no bajó la guardia. Dio unos cuantos pasos y se encontró a una de las hijas de Thersites, tumbada boca arriba delante de la barra. Un poco más allá de sus dedos inertes había un martillo oxidado. El suelo estaba resbaladizo por la sangre. Quintus se acercó de puntillas. La muchacha era más joven que Aurelia. Miró bien y le entraron arcadas. Le habían cortado el cuello. Por lo menos había muerto antes de que sus agresores tuvieran tiempo de violarla, pensó.

No podía decirse lo mismo de la otra hija de Thersites, suponiendo que fuera ella la que gritaba. El sonido agudo y angustioso procedía de detrás de la barra. Esquivó el cadáver de la hija mayor y sintió náuseas ante lo que estaba por descubrir. No la encontró en la primera sala, el almacén, llena de hastati que reían. Algunos recorrían los soportes rompiendo el cuello de las ánforas y colocando la boca abierta bajo el chorro de vino que caía. Había más de lo que eran capaces de tragar y enseguida quedaron empapados, lo cual pareció divertirles todavía más.

Nadie se fijó en Quintus. Pasó en silencio a la segunda sala. Los cazos y ollas colgados, el horno y la zona de trabajo indicaban que era la cocina de la taberna. En el extremo opuesto, unos cuantos hastati estaban junto al trasero al aire de uno de sus compañeros. Debajo de él, Quintus vio unas piernas femeninas.

Se armó de valor para derramar sangre romana y avanzó caminando con sigilo para que los tachones no le delataran.

—¡Zorra imbécil! ¡Esto por las molestias! —gruñó el soldado que estaba en el suelo. Se produjo un

sonido suave y estrangulado, como el que se emite cuando a uno se le llena la garganta de sangre, y Quintus se quedó horrorizado al darse cuenta de que había llegado demasiado tarde.

—¡Eh! —gritó uno de los espectadores—. A mí todavía no me ha tocado.

—Te la puedes follar ahora. Todavía está caliente. —Con una risita lasciva, el soldado limpió el puñal en el vestido de la chica y lo envainó. Se puso de pie, ajeno a la presencia de Quintus, situado detrás de él.

—No sería la primera vez —

añadió otro hastatus.

Todos rieron excepto el hombre frustrado.

Quintus intentó contener la bilis que le había subido a la garganta. Una parte de él se planteaba si abatir al hastatus con la espada, pero descartó la idea. No solo moriría ahí, porque al menos había diez soldados en la taberna, sino que no resucitaría a Thersites ni a sus desventuradas hijas. Bajó el brazo de la espada y dijo a voz en grito:

—¡Eh, hermanos! ¿Qué tenemos aquí?

El grupo se giró al unísono. Los

hombres relajaron la expresión al ver que era uno de los suyos.

—No eres uno de los tipos de Pera, ¿verdad? —preguntó el hastatus que tenía el puñal.

—No. Estoy con Corax.

—Si has venido a echar un polvo, llegas demasiado tarde, compañero. —Una risita burlona—. Pero hay un montón de vino en el almacén de allá. Supongo que podemos dejarte beber un poco aunque no seas uno de los nuestros. ¿Qué decís, colegas?

Los demás hastati mostraron su acuerdo a gritos.

—¡Vino, vino! —gritaron.

Quintus atisbó el patético manojó de extremidades ensangrentadas antes de que se lo llevaran y se le encogió el corazón. Sin embargo, no podía dejar traslucir sus sentimientos. Se quedó un rato para no levantar sospechas, engullendo vino con sus nuevos compañeros y esperando que el recuerdo de lo que había visto ese día se desvaneciera. En más de una ocasión, vertió vino al suelo. Fingió hacerlo sin querer, pero cada vez Quintus ofrecía una libación a los dioses que veneraban los griegos como Thersites y su familia. «Aceptad su alma en la otra vida»,

pidió en silencio, puesto que eran inocentes.

Brindando por su amistad eterna, fingida al menos por su parte, dejó a los hastati con sus celebraciones.

En la calle presenció más escenas de horror y le embargó un gran sentimiento de culpa por lo que había hecho en el ágora. No al comienzo, cuando los hastati habían sido atacados, sino después, cuando la lucha se había convertido en una matanza. La situación podría —debería— haberse evitado. Una nueva determinación se apoderó de Quintus. Corax tenía

que saber que los actos de Pera habían empujado a la violencia a la multitud. De no haber sido por él, pensó con una mezcla de furia y tristeza, Mattheus, Thersites y su familia no habrían muerto. Ni tampoco muchos cientos de habitantes de la ciudad.

Fue en busca de su centurión. Corax tendría alguna posibilidad de convencer a Pinaro de que uno de los suyos era culpable de los ríos de sangre que se habían derramado aquel día en Enna. Quintus no sabía qué pasaría a continuación, pero no estaba dispuesto a quedarse de brazos cruzados.

Su búsqueda terminó antes de que empezara, en el ágora repleta de cadáveres. Corax se encontraba en la escalinata del templo de Demetra, enfrascado en una conversación con Pinaro y los demás centuriones. Abordarlo delante de Pera y Pinaro estaba descartado, así que Quintus se encomendó la penosa tarea de intentar encontrar a Thersites. Tenía un recuerdo vago del lugar donde había visto al tabernero. Otros soldados estaban hurtando a los muertos, así que él pasó desapercibido.

Su tarea era espeluznante.

Algunos de los hombres a los que Quintus dio la vuelta seguían con vida. Empapados de sangre, mutilados o con trozos de intestino colgando, gemían y sollozaban y le suplicaban ayuda o que pusiera fin a su sufrimiento. Era habitual que los soldados lo hicieran por los compañeros heridos en caso necesario, pero Quintus se veía incapaz de hacerlo ahí. La salvajada que él y sus compañeros habían cometido pesaba demasiado sobre su conciencia. Enviar a más inocentes a la otra vida era demasiado pedir. Apartó la vista y avanzó.

Fue un alivio para Quintus encontrar a Thersites y ver que estaba muerto. El tabernero había recibido una puñalada mortal en el pecho. Era una pequeña bendición, decidió Quintus entristecido, que no supiera lo que había sido de sus hijas. Tenía ganas de disculparse ante Thersites, pero las palabras se le ahogaron en la garganta. Era inútil, Thersites estaba muerto.

Ensimismado como estaba no vio la figura que se alzaba detrás de él desde las pilas de muertos.

—¡Asesino de mierda romano!

Quintus notó que lo sujetaban por el hombro derecho al tiempo

que recibía una especie de puñetazo en la zona lumbar. Se oyó el tintineo del metal cuando las anillas de la cota de malla se pusieron a prueba y entonces le embargó un dolor intensísimo por todo el cuerpo. Gritando, Quintus retrocedió un paso, sujetó la empuñadura de su espada e intentó girarse y enfrentarse a su agresor. Sin embargo, recibió un puñetazo en la mandíbula que lo tumbó de espaldas. Quintus se sentía impotente mientras un hombre de complexión menuda con una herida superficial en la cara se cernía sobre él, cuchillo en mano.

—¡Al menos me llevaré al Hades a uno de los vuestros! —Se agachó y se levantó con un gladius—. Asesinado con una de vuestras armas, parece lo más apropiado.

Quintus daba puntapiés con las sandalias, pero los cadáveres que tenía debajo no le daban margen de movimiento. Cerró los ojos, resignado a morir. Se había acabado.

Pero el golpe mortal no llegó.

Quintus abrió los ojos y se sorprendió al ver a su agresor derrumbándose con un pilum bien clavado en el pecho. Se puso en pie como pudo y se quedó

conmocionado al ver a Pera que le observaba desde unos veinte pasos de distancia.

—Pensaba que un veterano como tú se protegería mejor —se burló Pera.

Tenía razón y Quintus se sonrojó.

—¿Estás herido?

Quintus se llevó una mano a la zona lumbar y se tocó por debajo de la armadura. Haciendo caso omiso de las punzadas de dolor, se palpó la zona con las yemas de los dedos. La mano se le quedó un poco ensangrentada, pero la herida no parecía muy grave. El agujero de

la cota de malla era demasiado pequeño, por lo que solo había entrado la punta del cuchillo.

—No, señor, no creo. —El hecho de haberse encontrado cara a cara con la muerte suprimió la deferencia debida al rango de Pera, al menos durante un instante—. Pensaba que te habría gustado verme muerto, señor.

—Por muy cerdo que seas, eres romano. Es más de lo que puede decirse de la rata de alcantarilla que ha intentado matarte. —Con una mirada que indicaba que las cosas podrían haber sido distintas de haber sido él quien empuñara el

arma, Pera se marchó.

Desconcertado por lo ocurrido, Quintus fue cojeando hacia el mercado con columnatas. Agradeció encontrarse con Urceus, que bebía de un odre de vino. Su amigo le ayudó a quitarse la cota de malla.

—¡Bah! —exclamó Urceus—. No es más que un rasguño. Bastará con aplicar un poco de acetum y poner un vendaje ligero. La hoja quizás estuviera desafilada o es posible que el hombre fuera enclenque.

—Era delgado, eso seguro —corroboró Quintus, aliviado.

—Fortuna te acaba de sonreír

dos veces —declaró Urceus—. Si el cuchillo hubiera entrado, habrías muerto de una hemorragia, créeme. ¡Y que el mamón de Pera te salvara la vida! En fin...

—Bueno, dame un poco de eso.
—Quintus sediento de repente, estiró el brazo.

Bebieron en un silencio cómplice, ajenos a la escena de la matanza que tan cerca tenían. La pareja todavía seguía allí al cabo de un rato cuando Corax apareció dando grandes zancadas, seguido de Vitruvius. Al verlos redujo la marcha y esbozó una pequeña sonrisa.

—¡Debería haber sabido que vosotros dos encontraríais un poco de vino sin ir demasiado lejos! ¿Está bueno?

—No está mal, señor —contestó Urceus. Los dos se levantaron e intentaron saludar a la vez—. ¿Te apetece un poco, señor? —preguntó Urceus. Lanzó una mirada a Vitruvius—. ¿Y a ti, señor?

Corax alargó una mano.

—Tomaré un poco. Me muero de sed. —Él y Vitruvius compartieron lo que quedaba en el odre—. Tienes razón, es sabroso. Más vale que encontréis más, ¿no?

—Seguro que todavía queda

mucho por tomar —dijo Vitruvius con un guiño.

Quintus sabía que no se le presentaría una ocasión mejor para hablar.

—¿Señor? Acerca de lo que ha ocurrido hoy...

Corax frunció el ceño.

—Está claro lo que ha pasado, ¿no?

—No estoy tan seguro, señor. Pinarío quería saber si enviar una delegación o no. La mayoría de los hombres votaban a favor de ello, señor. Estaban siendo dóciles, no sumisos. Ciertamente es que un imbécil le lanzó un higo al centurión Pera,

pero en ese momento la situación no estaba ni mucho menos perdida.

Corax apretó los labios.

—Continúa.

—El hecho de que Pera matara a quien le lanzó el higo ha hecho volver a la multitud contra nosotros, señor. Si no lo hubiera matado, creo que la votación nos habría sido favorable. —Quintus vaciló antes de añadir—: El derramamiento de sangre podría haberse evitado, señor.

Se hizo el silencio. Urceus adoptó una expresión deliberadamente inescrutable. Corax ensombreció el semblante de

forma preocupante y Vitruvius parecía igual de desdichado. Fueron transcurriendo los minutos y Quintus empezó a sentirse incómodo.

—Si eso me lo hubiera dicho alguien que no fuera uno de mis veteranos, le habría dado una paliza hasta dejarlo inconsciente. O eso o lo habría arrojado por un acantilado. —Corax hizo una pausa antes de añadir—: Pera me acaba de contar que alguien que se hacía el muerto te ha atacado. De no ser por él, te habría matado, me ha dicho. —Una mirada feroz—. ¿Es cierto?

«¡Mierda!» No había pensado que Pera podía decírselo a Corax.

—Sí, señor —masculló.

—No obstante, le delatas. —El tono pragmático de Corax resultaba amenazador.

Quintus tuvo que hacer un esfuerzo para enfrentarse a su mirada penetrante.

—Sí, señor.

—Te voy a contestar, Crespo, porque eres tú. No me interesa un relato golpe a golpe de lo que ha sucedido. Ni a Pinaro ni sospecho que al cónsul Marcelo, sobre todo de gente como tú. Hoy el centurión Pera ha ayudado a matar a una

muchedumbre de ciudadanos rebeldes que nos habrían vendido a los guggas. Eso es todo.

Quintus se sintió estúpido y más que un poco asustado.

—No quiero volver a oír hablar de esto, Crespo.

—Sí, señor.

—Lárgate de mi vista. Tú también, Urceus.

Quintus desapareció rápidamente.

—A veces dudo de tu cordura —siseó Urceus en cuanto Corax ya no podía oírles—. Odio a Pera. Corax probablemente también le odie, pero ¿criticarlo delante de él? Lo

normal es que defienda a los suyos.

—Lo sé —reconoció Quintus con un suspiro.

—Has tenido suerte de que estuviera de buenas. Ya va siendo hora de que te centres y te olvides de Pera y de lo que ha sucedido hoy aquí.

SEGUNDA PARTE

17

El sol se estaba poniendo y Hanno y Aurelia caminaban cogidos de la mano por las murallas meridionales de Acragas. La ciudad estaba bañada por la gloriosa luz dorada del otoño mientras iban en

dirección oeste a lo largo de la muralla desde la quinta puerta. El uniforme de oficial de Hanno mantenía alejados a los centinelas apostados a intervalos regulares. El olor a incienso del enorme santuario cercano dedicado a Demetra y Perséfone impregnaba el ambiente y los cánticos de los devotos del interior se mezclaban con los gritos de los vendedores de vino, baratijas y frutos otoñales del exterior.

A diez estadios al sur, los barcos de pesca salían a la mar desde el bullicioso puerto de la ciudad. Más cerca de las murallas, cientos de

tiendas que pertenecían a los soldados de Himilcón se extendían a ambos lados del santuario a Esculapio. Un elefante barritó desde un extremo del campamento. A escasa distancia de donde se encontraban Hanno y Aurelia se alzaban un templo magnífico, uno de los varios que se habían construido en línea a lo largo de la cresta que formaba el límite meridional de Acragas. Pero el que provocó la admiración de Hanno fue el segundo templo, el construido en honor a Zeus, dios del Olimpo. A los habitantes de la ciudad les gustaba alardear de que era el mayor

santuario dórico que existía, si bien era una lástima, caviló, que la anexión de Acragas por parte de su pueblo hubiera evitado que se terminara.

—Pagaría por saber lo que estás pensando —dijo Aurelia.

Hanno sonrió. Se había convertido en una de las frases que más pronunciaban.

—Cartago es mi hogar y siempre la amaré. Pero este lugar... —hizo un gesto para señalar a la izquierda, desde la cuadrícula de calles que cubrían dos colinas confluentes que formaban la columna vertebral de la ciudad,

luego ladera abajo, por encima del ágora y el grandioso bouleuterion, hasta los templos— es maravilloso. Me ha robado el corazón. —Le sonrió—: Igual que tú.

Ella entrelazó los dedos con los de él con incluso más fuerza.

—¿No crees que también es porque estamos aquí?

—Quizá tengas razón —reconoció con una sonrisa.

Tan solo había transcurrido un mes desde que Himilcón e Hipócrates decidieran poner fin a la campaña inconclusa y rudimentaria y marchar hacia el oeste en dirección a Acragas, que volvía a

ser un importante bastión cartaginés en la isla. Para ellos habían sido unos días felices, por lo que tenían la impresión de que había transcurrido más tiempo. Aquello no significaba que Hanno hubiera olvidado la emboscada que los romanos habían tendido al ejército de Hipócrates o los días subsiguientes. Él y Aurelia habían reunido a más de una docena de supervivientes y se habían dirigido al oeste, hacia la zona en la que se suponía que estaba Himilcón. Habían tenido que extremar la cautela continuamente para evitar a las patrullas enemigas. Poco

después, habían tenido el primer encuentro con los exploradores cartagineses, ¡qué contento se había puesto Hanno! A aquellas alturas, su banda de rezagados sumaba más de cincuenta hombres. Entre ellos había tenido el gusto de encontrar a Kleitos y Deon, y a unos cuantos más de sus hombres.

Su reencuentro con Hipócrates había sido mucho menos amistoso. Hanno se había esforzado por reprimir el desprecio que sentía por la huida del gobernante del valle, mientras que el desdén de Hipócrates ante su presencia parecía haber ido en aumento. En

cuanto Hipócrates se dio cuenta de que Himilcón hablaba griego de forma pasable, dejó a Hanno al margen de las reuniones. Hanno había intentado hablar directamente con Himilcón, pero parecía que Hipócrates se había ganado la confianza del general cartaginés. El fastidio de Hanno al verse apartado de las reuniones de los dos hombres menguó al enterarse de que Aurelia estaba a salvo. Una vez interrumpida la guerra, Hipócrates se había entregado a los burdeles de la ciudad, donde, a decir de todos, se llevaba siempre a las prostitutas

más atractivas. Estaba demasiado ocupado para preocuparse por Hanno o por la mujer romana a la que había obligado a compartir lecho con él.

Había otros motivos para estar contento. Como recompensa por haber escapado de la emboscada, Hipócrates les había encomendado a él y a Kleitos la misión de reagrupar a los supervivientes para formar unas cuantas unidades completas en el exterior de Acragas. Hanno también había tenido el placer de avisar a Aníbal gracias a un barco mercante fenicio. Hanno le había dicho por escrito

que el contratiempo de la emboscada tendida a Hipócrates no le había impedido unir sus fuerzas con el gran ejército de Himilcón. En primavera, machacarían a las legiones de Marcelo.

—Tienes que reconocer que la ciudad es impresionante. Roma no tiene punto de comparación — declaró Hanno—. Ni ningún otro lugar de Italia.

—¿Y Cartago? —replicó ella.

—Es más majestuoso pero no tan bonito.

Ella adoptó una expresión pícaro.

—¿Un lugar que es mejor que

Cartago? ¿Cómo es posible?

—Mmm. —Hanno intentó no enfadarse cuando ella se echó a reír, pero no lo consiguió. Aurelia encajaba mucho mejor las críticas hacia lo romano que él acerca de Cartago. Como no quiso estropear el momento, se distrajo admirando otro de sus templos preferidos, el dedicado a la diosa Hera. Estaba aislado en el extremo sureste de las murallas y era un buen lugar en el que sentarse al atardecer. Recuperó el buen humor al recordar la excelente taberna situada cerca de la tercera puerta, próxima al santuario de Hera. Podían comer

allí antes de regresar a sus aposentos en la zona cercana al norte.

En Acragas la disciplina era mucho más laxa que en Siracusa y Hanno pasaba casi todas las noches con Aurelia. Aquellas horas preciosas se llenaban de amor y risas. No era de extrañar que tuviera la impresión de estar de permiso, pensó con cierto atisbo de culpabilidad. El ritmo lento de la vida también parecía beneficiar a Aurelia. Su pesar seguía ahí, pero a Hanno le costaba encontrarlo cada vez más. Se alegraba por ella. Perder a tres familiares seguidos

resultaba realmente horrendo. Aunque se había precipitado al decidir seguirle, ya se le había pasado el enfado: lo único que quería era que Aurelia tuviera un poco de felicidad. Hanno hacía todo lo posible por complementarlo cortejándola como habría hecho si se hubieran conocido en circunstancias normales.

—Este lugar es precioso —dijo ella con alegría—. Podría vivir aquí toda la vida.

—Te está saliendo la vena griega. Seguro que dentro de poco los lugareños te toman por uno de ellos.

—¡Me estás tomando el pelo! —
exclamó ella dándole un codazo.

Hanno sonrió.

—¡Al menos lo intento!

Siguieron caminando en silencio sin que ello les resultara incómodo, disfrutando de la calidez del sol en la espalda. Hanno desvió la mirada hacia las columnas de humo que se alzaban desde el ancho campamento que llenaba la explanada situada por debajo de las murallas. Miles de soldados estarían preparando la cena. Esperó que Quintus estuviera haciendo lo mismo en algún lugar de la isla. Sintió una punzada de tristeza por

Mutt y sus libios, que estaban en Italia, y deseó que estuvieran sanos y salvos. Lo más probable es que así fuera. Como en verano había habido poca acción, en la península italiana continuaba el estancamiento. Aníbal seguía necesitando un puerto lo bastante grande para seguir recibiendo refuerzos de su tierra natal, mientras que los romanos dedicaban todos sus esfuerzos a hacer mella en sus aliados: los pueblos y ciudades del sur de Italia.

«No me pierdo gran cosa —se dijo Hanno—. Aquí cumplo con mi obligación. Si Hipócrates e Himilcón

no me consideran útil, ¿qué puedo hacer?» La excusa, porque eso es lo que le parecía, le descargaba la conciencia, pero Hanno sabía que para cuando llegara la primavera, tendría ganas de entrar en acción. Aníbal también confiaba en él. Volvería a intentar conseguir que Himilcón le prestara atención. Aurelia le lanzó una mirada y sonrió, y el corazón le dio un vuelco. ¿Qué pasaría con ella entonces?

Cuando se sentaron junto al templo de Hera sus preocupaciones se disiparon. Aurelia había entrado prometiéndole que saldría pronto.

Lo más probable era que estuviera rezando por temas femeninos, pero se preguntó con cierta alegría si sería algo relacionado con el matrimonio. La idea no resultaba tan sorprendente, pensó Hanno. La vida era corta y, en esos momentos, más incierta de lo normal. Alguno o los dos podían perecer antes del fin de la campaña del año siguiente. Le entró una gran inquietud. Le preguntaría cuando saliera. Kleitos era el único amigo que tenían en la ciudad, pero daba igual. Lo importante del matrimonio no era el banquete, sino el amor que se profesaban él y

Aurelia.

Hanno se desanimó al ver que Aurelia salía con expresión triste. ¿Cómo era posible que hubiera olvidado a su esposo Lucius? ¿Que estaba tan cerca y a la vez tan lejos de su hermano? Hanno volvió a maldecir la guerra por inmiscuirse en su vida. En tiempos de paz habría sido posible encontrar un barco mercante que viajara a Rhegium y pagar a su capitán para que preguntara por un tal Lucius Vibius Melito. Ahora no podía ser. Rhegium se encontraba en territorio enemigo. Era imposible averiguar si Lucius había muerto a causa de las

heridas y Hanno dudaba que Aurelia se planteara siquiera casarse a no ser que estuviera totalmente segura.

Le había preguntado tantas veces si lloraba su pérdida que le pareció inoportuno insistir de nuevo, así que Hanno se limitó a rodearla con un brazo. Sin decirle adónde iban, Hanno se encaminó hacia la taberna, que se llamaba La Uva y el Grano. Durante el trayecto Aurelia guardó silencio, pero se fue animando. Daba la impresión de que le apetecía tomar algo. Hanno tenía ganas de beber un poco de vino local, mucho mejor del que

había tomado últimamente. Kleitos se había reído cuando había alabado el producto una noche.

—Seguro que no lo sabías, pero los viñedos de las colinas que rodean Acragas tienen renombre —le había dicho—. Producen los mejores vinos de Sicilia.

Entonces pidió una jarra grande de la mejor cosecha que tenían y sirvió dos vasos.

Miró a Aurelia de hito en hito, alzó la copa y dijo:

—Por nosotros.

Por fin ella desplegó la sonrisa que le hacía sentir mariposas en el estómago.

—Por nosotros —repitió Aurelia.

Para cuando llegó el invierno, la vida de Aurelia y Hanno se había convertido en una rutina plácida. Vivían como marido y mujer a todos los efectos. Él se dedicaba a sus obligaciones como oficial del ejército y ella se encargaba de su pequeño hogar. Dado que Elira se había quedado en Siracusa, Hanno le había planteado que compraran una esclava para las tareas más pesadas, pero Aurelia había rechazado la propuesta de pleno.

—¿Crees que soy demasiado fina

para pelar una hortaliza o vaciar el orinal? —le había preguntado. Hanno se había sonrojado.

—Tal vez.

Entonces ella le había dado una bofetada cariñosa.

—Pues no. Cambié a Publius desde el primer día. No te imaginas lo que llega a salir del trasero de un bebé. —Había adoptado una expresión nostálgica antes de añadir—: Tengo poco que hacer cuando tú no estás. Al menos así tengo una obligación.

A posteriori, a Hanno le había parecido obvio y entonces empezó a disfrutar más de las hierbas

aromáticas que Aurelia colgaba de las paredes, de las mantas coloridas que cubrían la cama y de la descripción vívida que hacía de los mercados y comercios de la ciudad. Sus pinitos en la cocina le impresionaban menos, aunque tenía el detalle de sonreír y decirle que la comida estaba deliciosa.

Cuando una tarde ventosa Kleitos apareció con la propuesta de sacarlos a cenar, Hanno no dudó en aceptar. Sin embargo, se acordó demasiado tarde de que Aurelia ya había empezado a preparar la cena.

—Es decir, si tú también quieres —le dijo a Aurelia.

Frunció los labios y levantó las manos enrojecidas de un cuenco de verduras llenas de tierra.

—Casi he acabado de limpiarlas.

—Pero pueden esperar a mañana, ¿no? —Kleitos corrió a su lado y le dio un beso en las palmas —. Lávate y deja que otra persona haga el trabajo más duro. Considéralo una pequeña muestra de agradecimiento por ser tan buena compañía.

Hanno dedicó una mirada significativa a Aurelia. A menudo le había contado que a Kleitos la vida en Acragas le parecía muy dura. Al comienzo era porque quedaban

pocos siracusanos del mismo rango entre los hombres de Hipócrates y los comandantes locales y los oficiales de Himilcón eran muy cerrados. Luego la noticia de la matanza de Enna había llegado a la ciudad. A decir de la mayoría, menos de un centenar de los habitantes había sobrevivido, entre los que seguramente no se contaba la amante de Kleitos. Desde entonces su amigo había entrado en una espiral de ira impotente y dolor abrumador y se había dedicado a ahogar sus penas en ingentes cantidades de vino. Se había desahogado con Hanno una

noche, pero eso no había aliviado su sufrimiento. Aquella velada podía ser otra posibilidad para que el pobre desgraciado se tranquilizara un poco.

Aurelia lo entendió. Frunció el ceño con expresión fingida antes de sonreír.

—Me has convencido, Kleitos.

Kleitos lanzó una mirada a lo que ella había estado haciendo.

—Y te evito la alegría de preparar una col un tanto mísera y unas zanahorias demasiado terrosas en la olla.

Todos se echaron a reír.

—¿Adónde nos llevas? —

preguntó Hanno mientras ayudaba a Aurelia a enfundarse la capa de lana gruesa.

—A un sitio cerca del santuario de Demetra y Perséfone, llamado El Buey y el Arado. Es una taberna a la que no he ido nunca, pero dicen que su cordero asado en espetón es el mejor de Acragas.

—¿Y el vino? —La fuerza de la costumbre hizo que Hanno se sujetara un puñal en el cinturón. Kleitos también llevaba uno y había dejado una pequeña porra junto a la puerta al entrar. Acragas era una ciudad segura, pero de noche toda precaución era poca—. ¿Está

bueno?

—No temas, amigo. Su bodega también tiene renombre.

Hanno se enfundó su capa, una prenda con capucha de color verde que había comprado cuando había empezado a refrescar.

—¡Pues venga, te seguimos!

Aurelia no estaba tan entusiasmada.

—¿No hay un sitio más cercano?

—¿Te preocupan los kleptai? —preguntó Kleitos. Vio la expresión desconcertada de Aurelia—. Ladrones.

—Bueno, sí. Cuanto más lejos vayamos, más nos arriesgamos a

encontrarnos a alguno, sobre todo a la vuelta.

Hanno rebuscó debajo de la cama y apareció con el robusto cayado que habían encontrado al trasladarse a aquella vivienda.

—Me llevaré esto también. ¿Satisfecha?

Aurelia asintió a regañadientes.

Kleitos desplegó una amplia sonrisa cuando cogió la porra.

—¡A ver qué kleptai se atreven conmigo y con Hanno! —A Aurelia no pareció impresionarle el comentario y él añadió—: En estos momentos también se celebra el festival de Leneas, así que tienes

poco que temer. Los kleptai son iguales que nosotros, demasiado ocupados emborrachándose para pensar en otra cosa.

—No sé qué festival es ese — reconoció Aurelia.

—Se celebra en el templo de Dioniso y en él participan todas las mujeres casadas. Las putas... — Kleitos se azoró—. Perdón, debería haber dicho hetairai. Cortesanas. Ellas también participan.

—¿Y qué hacen las mujeres? — La expresión de Aurelia denotaba un atisbo de picardía y Hanno ocultó su diversión. Aurelia sí que sabía lo que era Leneas.

Kleitos tosió.

—El festival empieza con una procesión encabezada por varios sacerdotes, seguida del sacrificio de una cabra. Algunos dicen que las mujeres la despedazan, aunque yo nunca me lo he creído. Tal vez antes, pero no ahora.

—¿Y después?

—Pues no lo sé a ciencia cierta.

Hanno sonrió; nunca había visto a Kleitos tan turbado.

Aurelia soltó una risita.

—¿Te da vergüenza, Kleitos?

—Un poco. —Lanzó una mirada a Hanno—. Maldita sea, hay que reconocer que escogiste a una

mujer con arrestos, ¿eh?

—No la habría querido de ningún otro modo —repuso Hanno con una sonrisa. Sin embargo, se sintió aliviado cuando Aurelia se dio por vencida. Según sus soldados, que se congregaban en tabernas cercanas al complejo del templo, Leneas era mucho más. Cuando las mujeres acababan de beber y festejar, se permitía la entrada de los hombres en el santuario, donde los sacerdotes y sacerdotisas supervisaban una orgía que se prolongaba toda la noche. Una cosa era plantearse que él, Hanno, participara (si Aurelia no formara

parte de su vida), pero la idea de que ella también participara hacía que le bullera la sangre de celos.

La lluvia y el viento que los asaltó por el camino truncaron toda posibilidad de seguir hablando de Leneas o de cualquier otro tema. Hanno llegó a la conclusión de que si aquel tiempo tan inclemente seguía les protegería de cualquier disgusto que pudieran tener de vuelta a casa. Aunque la capa revestida de lanolina impedía que se mojara, se alegró al llegar a la taberna.

—Más vale que el cordero valga la pena —gruñó.

—Pago yo, así que ¿qué más te da? —replicó Kleitos.

Un cuarteto de hombres musculosos y con cara de tontos flanqueaba la entrada. El cabecilla esbozó una especie de sonrisa que habría aterrado a la mayoría de los niños, pero los dejó entrar.

Kleitos mantuvo la puerta abierta y entonces oyeron una cacofonía de ruidos y notaron una ráfaga de aire cálido y viciado.

—Entra de una puñetera vez y deja de quejarte. Búscanos una mesa.

Cuando Hanno entró, deslizó la mano libre bajo la capa para tocar

la empuñadura del puñal. «Qué difícil es perder algunas costumbres», pensó, mientras escudriñaba el local abarrotado. Los clientes que estaban más cerca les lanzaron alguna mirada distraída, pero nadie más pareció interesarse por ellos, lo cual le tranquilizó. La clientela iba desde gente acomodada hasta oficiales de la guarnición, pasando por comerciantes locales y miembros del ejército de Hipócrates y de Himilcón. Había algunas mujeres, aunque parecían prostitutas. Cuando Hanno vio que dos hombres dejaban una pequeña mesa situada

junto a la pared de la izquierda, no demasiado cerca de la barra, fue a por ella. Kleitos y Aurelia llegaron al cabo de un momento.

—Siéntate aquí —le dijo a ella, señalando el único taburete que había—. Kleitos y yo nos sentaremos en el banco que está contra la pared.

—No veré qué pasa —se quejó Aurelia.

—Puede ser, pero nosotros sí. Y así menos gente se fijará en ti. —A Hanno no le hacía falta añadir nada más. A pesar del ambiente tranquilo, lo variopinto de la clientela era una posible fuente de

violencia.

—Relájate —instó Kleitos, dándole una palmada en la rodilla a Hanno—. Lo más probable es que todos los hombres que están aquí solo tengan una cosa en mente: Leneas.

Hanno se dio cuenta de que Aurelia estaba a punto de volver a interrogar a Kleitos.

—Vamos a pedir un poco de vino —dijo en voz alta. Consciente del peligro, volvió a escudriñar el local.

Daba la impresión de que la mayoría de los clientes estaban escuchando a un grupo de músicos que tocaban liras y flautas,

acompañados de un cantante con una voz decente. Otros observaban a un par de prostitutas maquilladas en exceso que se estaban camelando a los clientes, apartando sin disimulos las manos de los hombres que las querían tocar y murmurándoles promesas al oído. Hanno se relajó un poco y llamó a una camarera.

El vino que les trajo poco después resultó ser excelente. Hanno empezó a divertirse. La compañía era agradable y el calor de la hoguera cercana le relajó. Incluso Aurelia bebió más de lo normal. Kleitos bebía sin parar,

como si estuviera muerto de sed. Pidieron dos jarras más de vino y transcurrió una hora hasta que consiguieron pedir el famoso cordero asado. Acabaron sirviéndoles una bandeja enorme, rebosante de jugo y bordeada por tortas de pan recién hecho. Lo devoraron en un silencio absoluto, como niños pequeños a los que hubieran dado un pastel entero de improviso.

—Cielos, qué sabroso que estaba. La fama de este sitio está bien merecida —reconoció Hanno—. Bien hecho, Kleitos.

—Estaba bueno, ¿eh? —Kleitos

se limpió los labios y eructó.
Enseguida miró a Aurelia—.
Perdona.

—Deja de preocuparte por mí —
declaró—. Me crie escuchando los
pedos y eructos constantes de mi
hermano.

Kleitos sonrió.

—Porque eres la pareja de
Aurelia... que si no...

—Soy un hombre afortunado —
admitió Hanno, que se arrodilló al
lado de Aurelia.

—No eres el único afortunado —
repuso ella, apoyando la cabeza en
su hombro.

Kleitos ensombreció el

semblante.

—Ya encontrarás a otra mujer — dijo Aurelia con cariño—. Se nota a la legua que eres un hombre bueno y decente.

—Quién sabe, algún día. — Kleitos se sirvió más vino. Alzó la copa rebosante—. Pero, por ahora, este es mi amor.

Se produjo un silencio incómodo; Hanno y Aurelia esperaron a ver si Kleitos deseaba hablar más, pero no fue así.

—A decir verdad, yo ya me iría a la cama. —Hanno reprimió un bostezo y lanzó una mirada a Aurelia, que asintió—. Ya no tengo

tanto aguante como tú con respecto a la bebida, Kleitos.

—¿Quién ha dicho que lo hayas tenido alguna vez? —replicó Kleitos con una sonrisa afectuosa.

—Eso me suena a desafío, pero tendremos que dejarlo para otra ocasión.

—Si tú lo dices...

—Lo digo.

—Volveré caminando con vosotros.

—¿No quieres quedarte un rato más?

—Sí. Volveré cuando os haya acompañado hasta la puerta.

—¡Leneas le llama! —exclamó

Aurelia con un guiño.

—Quién sabe —reconoció Kleitos, despojado ya de su azoramiento anterior gracias al vino—. Este tipo de acontecimientos no se producen demasiado a menudo, sobre todo en caso de guerra. Un hombre soltero debe aprovechar sus oportunidades al máximo, ¿no?

Aurelia se levantó.

—Vamos. No demoremos más a Kleitos.

Riendo por lo bajo, Hanno se encaminó a la puerta. Los demás le siguieron, pero no se dio cuenta de que unos pasos más allá Kleitos se había parado a hablar con un oficial

que conocía. El grito de asombro de Aurelia también le pilló por sorpresa.

—¡No me toques! —gritó en griego.

—Hago lo que me da la gana —dijo una voz masculina—. Tengo que reconocer que para ser puta eres guapa. ¿Por qué no vamos tú y yo a algún lugar más íntimo?

Hanno se giró de repente, vio el rostro congestionado de Aurelia y, por encima de su hombro, un soldado local con el rostro picado de viruela con una túnica manchada de vino y con la mano puesta todavía encima de Aurelia. En dos

zancadas se colocó al lado de Aurelia y se plantó frente a su agresor, a quien no pareció agradarle la situación.

—¿Tienes algún problema? —gruñó el soldado.

—No es ninguna puta y además va conmigo —espetó Hanno—. Lárgate.

Cara Picada frunció el labio.

—Creo que preferiría mi compañía.

—Apártate, Hanno. Déjalo.

Captó el tono de advertencia en la voz de Aurelia y miró rápidamente hacia una mesa cercana. Cara Picada tenía tres

amigos que observaban la escena con el interés propio de un depredador. «¿Dónde coño está Kleitos?» Al final lo vio, absorto en una conversación a unos quince pasos de distancia. Hanno maldijo en su interior. Si había que pelear, esa distancia era como estar en la luna. Decidió que era preferible actuar con diplomacia.

—Es mi esposa, amigo.

—Eres un mentiroso de mierda. Nadie lleva a su esposa a un lugar como este durante Leneas. — Adoptó una expresión lasciva—. ¡A no ser que pienses llevarla a la orgía de después!

—¿Por qué no empezamos ya?

—sugirió uno de sus amigos, poniéndose en pie. Cara Picada y los demás se echaron a reír.

Hanno apretó la porra que llevaba colgada a un lado con fuerza. Si la sacaba rápido, podría abatir a Cara Picada de un solo golpe. Probablemente también abatiera al primero de sus amigos, pero solo los dioses sabían qué pasaría cuando los dos últimos le alcanzaran. Muchos de los clientes iban armados y era muy probable que ellos también.

—Vamos a llevarnos bien, ¿de acuerdo? —A Hanno la voz de

Kleitos nunca le había sonado tan bien. Su amigo sobresalía por detrás del soldado que se había levantado y presionó el extremo del cuchillo contra un lado del cuello del hombre—. Podéis hacer lo que queráis con las damas del santuario, pero, tal como os han dicho, esta ya está comprometida.

Cara Picada giró la cabeza y vio a Kleitos. Desvió la mirada hacia sus otros amigos.

Hanno aprovechó la oportunidad. Extrajo el puñal y lo acercó al vientre de Cara Picada. El pinchazo hizo que Cara Picada volviera a fijarse en él, con

expresión temerosa.

—No hace falta pelearse —dijo con voz suave—. Ya nos íbamos. Vuelve a sentarte y tómate algo con tus amigos. Olvidemos lo sucedido.

A Cara Picada no le faltaban agallas.

—¿Y si no me da la gana?

—Te clavaré esto hasta el fondo. Y mi amigo le cortará el pescuezo a tu acompañante. A continuación nos encargaremos de los demás. Haz lo que quieras. Tú eliges.

Cara Picada lo observó como si quisiera memorizar sus facciones. Entonces, respirando pesadamente

por la nariz, retrocedió un paso.

—Necesito una copa —anunció.

Hanno sintió una oleada de alivio. Kleitos era un hombre duro, él no era ningún cobarde, pero las peleas en lugares como ese siempre resultaban arriesgadas. A la mínima se iniciaba una trifulca generalizada y, con unas cuantas copas de más, los hombres se ponían muy violentos. En un local tan concurrido era fácil clavarle a alguien un puñal entre las costillas y fundirse entre la multitud.

Kleitos soltó al hombre y se colocó junto a Hanno. Lanzando miradas de advertencia a los

soldados, se encaminaron a la puerta con Aurelia flanqueada por ambos.

—Tu mujer no es siciliana, ¿verdad?

La pregunta hizo girar a Hanno.

—¿Y a ti qué más te da? —preguntó.

—Por el color de piel tampoco parece cartaginesa, como tú —dijo Cara Picada con mala intención—. ¿De dónde es? Quiero pedir una como ella en la casa de putas.

—¡Vete a tomar por culo!

El festival de Leneas terminó tan

rápido como había empezado, aunque aquello no impidió que Kleitos tuviera tema de conversación durante días. Por lo que parecía, se lo había pasado en grande con dos mujeres a la vez, una sacerdotisa y una noble local. Hanno no sabía si creérselo, pero le parecía una buena historia. Además, a Kleitos se le veía más animado.

En las semanas y meses siguientes, la vida en el interior de la ciudad retomó la tranquilidad. Los días más largos, los brotes en las ramas de los árboles y las temperaturas más cálidas

anunciaron la llegada de la primavera. Hanno se alegró de ver el fin del invierno tras meses de relativa inactividad y se moría de ganas de salir de la ciudad. Sin embargo, no le hacía ninguna gracia pensar que pronto se iniciaría una nueva temporada de campañas. La mayoría de las veces lo notaba como un gran peso en el estómago. Si él y Aurelia no querían estar separados durante varios meses interminables, solo le quedaba la opción de llevarla con él, lo cual la exponía a todo tipo de peligros. Había sido una gran suerte que se librara de sufrir algún daño

entre los seguidores del campamento que acompañaban a la patrulla de Hipócrates. Con la vana esperanza de que el asunto no saliera a colación, evitó mencionarlo. Aurelia tampoco sacó el tema, pero a juzgar por su mal humor estaba claro que la perspectiva la afectaba de forma negativa. Transcurrieron diez días con este descontento y ninguno de los dos se molestó en abordar aquel tema tan candente.

Una tarde le plantaron cara al asunto, pero no como ellos habrían esperado. Hanno llevaba fuera desde antes del amanecer,

instruyendo a sus soldados, pero regresó antes de lo normal. Aurelia no estaba en sus aposentos y él supuso que había salido a comprar algo para la cena. Hanno hizo una corta visita a los baños públicos y al regresar ella seguía sin volver. Despreocupado, ya que Aurelia había entablado amistad con dos vecinas, se tumbó en la cama para descansar un poco. Enseguida se quedó dormido.

Unos sollozos lo arrancaron de las profundidades de un sueño desagradable. Aurelia estaba en la parte interior de la puerta que conducía al rellano, que, a su vez,

daba a las escaleras de salida a la calle. Hanno acudió junto a ella enseguida. Aurelia se hundió en su abrazo, llorando.

—Todo irá bien, amor mío — murmuró, convencido de que su disgusto tenía que ver con la próxima campaña—. He estado pensando. Compraré a un esclavo, a un hombre fornido que sepa luchar. Viajará contigo, te protegerá cuando yo no pueda.

Aurelia dejó de sollozar. Alzó la vista con expresión confundida en el rostro surcado de lágrimas.

—No estoy disgustada por eso.

—Oh —dijo Hanno, preocupado

y sintiéndose un poco tonto—. ¿De qué se trata, entonces?

—Algo que me acaba de pasar en la calle. ¿Te acuerdas del soldado que me acosó aquella vez en El Buey y el Arado? El que...

—Sí, sí, me acuerdo de ese cabrón. —«Cara Picada. Te llamó puta»—. ¿Le has vuelto a ver?

—Por casualidad, sí. Casi choco con él al salir de la panadería que hay calle abajo. Me ha reconocido enseguida.

Hanno sintió una rabia candente en las sienes.

—¿Te ha tocado?

—Ha intentado sobarme pero

parecía un poco borracho. He conseguido quitármelo de encima con un bofetón.

—Será hijo de puta. Le daré una lección que nunca olvidará. — Hanno cogió la porra. A modo de precaución adicional, se ciñó un cinturón con el puñal.

—Hanno.

El tono sombrío hizo que Hanno se centrara.

—¿Sí?

—Le he gritado y se ha dado cuenta de que era romana por mi acento. Entonces él... él... —vaciló durante unos instantes— mencionó algo sobre que su comandante

había salido de copas recientemente con Hipócrates, que lamentó la pérdida de una esclava en Siracusa. Una mujer romana. «Pensé en ti cuando me enteré», ha dicho, con una sonrisa de suficiencia. «Probablemente se trate de una coincidencia pero vale la pena llevarte ante Hipócrates para ver si eres el trozo de carne que le falta.»

—¿Te ha visto entrar en la casa?

—Sí, no he podido evitar que me siguiera. Lo siento, tenía miedo. — Empezó a llorar otra vez.

—No pasa nada. —A pesar de sus palabras tranquilizadoras, a

Hanno le había entrado un sudor frío. Aquello lo cambiaba todo. Ya no bastaba con una paliza—. ¿Iba solo?

—Creo que sí.

Por lo menos aquello era un consuelo.

—Quédate aquí. Echa el cerrojo a la puerta cuando me vaya y no abras a nadie que no sea yo o Kleitos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó con voz temblorosa.

—Ponerle en su sitio —repuso Hanno con determinación. Bajó las escaleras de dos en dos, empujó al pasar a un chico de los recados y le

tiró la cesta de verduras. Hanno se mostró más cauteloso en la entrada y atisbó al exterior desde la seguridad que le proporcionaba la jamba de una puerta. No había nadie en frente y su preocupación fue en aumento. «Que esté cerca, por favor.» Sin embargo, las únicas personas que veía a su izquierda eran un par de amas de casa que charlaban en el exterior de la panadería. A la derecha, un albañil y su aprendiz descargaban una pequeña carreta llena de ladrillos. Cara Picada había desaparecido. A Hanno empezó a entrarle el pánico. Si el soldado conseguía hablar con

Hipócrates...

Disipó la idea tomándose un momento para reflexionar. ¿Qué haría Cara Picada: seguiría bebiendo quizás en compañía de sus amigos o querría averiguar inmediatamente si el descubrimiento le proporcionaría algún beneficio? ¿O haría algo totalmente distinto, como ir a buscar un burdel? El corazón le golpeaba el diafragma mientras vacilaba. «Baal Safón, ayúdame, por favor —rezó—. Guíame.»

Cuando la respuesta le cayó del cielo, era tan sencilla que se rio en voz alta. Se dirigiría a la residencia

de Hipócrates, que se encontraba a unos cinco estadios de allí. Si Cara Picada iba en esa dirección, Hanno enseguida le alcanzaría. Sin embargo, si se había decantado por sus amigos y más vino, se produciría una demora que daría tiempo a Hanno para regresar de la casa de Hipócrates y echar un vistazo en todas las hosterías que se encontraban en las doce calles más próximas.

En todo caso, ese era el plan.

Se puso en marcha a paso ligero, reprimiendo las ganas de correr. Sería una estupidez desperdiciar la única oportunidad

de silenciar a Cara Picada si las sandalias tachonadas le delataban. No se trataba de intimidar a su presa. Para asegurarse de que Hipócrates no se enteraba de nada, tenía que matar a Cara Picada. En cualquier otro momento, Hanno habría evitado matar a alguien que, en realidad, era uno de los suyos, pero teniendo en cuenta que su supervivencia y la de Aurelia estaban en juego, no se lo pensó dos veces.

En cada callejón o callejuela, Hanno aminoró la marcha lo suficiente para ver si veía a alguien con la complexión menuda de Cara

Picada. En una ocasión, siguió a un hombre treinta pasos por un callejón estrecho hasta que se dio cuenta de que había perdido el tiempo. Confiando en que el retraso no le costara caro, corrió un poco para recuperar el terreno perdido. Al final llegó a las proximidades de la casa de Hipócrates, un edificio majestuoso que le había prestado uno de los líderes de la ciudad. Hanno había pasado junto a un montón de gente: hombres, mujeres, jóvenes, viejos, ricos y pobres, sin encontrar ni rastro de Cara Picada. Su optimismo inicial empezó a flaquear, pero se armó

de valor. A lo mejor Cara Picada había ido a una taberna a alardear de quién había visto.

Hanno decidió que valía la pena ir hasta la puerta de Hipócrates. Si Cara Picada había llegado a la entrada, probablemente siguiera allí. A un soldado raso no le resultaría demasiado fácil que le permitieran entrar. Quizá pudiera distraerle de algún modo y hacerle ir a un callejón.

El cruce con la calle en la que se encontraba la residencia de Hipócrates estaba a no más de cien pasos de distancia cuando Hanno advirtió a una figura menuda

vestida con una túnica militar. Se le secó la boca y empezó a caminar más rápido, avanzando por entre los transeúntes hasta que se encontró a una docena de pasos del hombre. Le embargó una profunda frustración. Ni siquiera a tan corta distancia estaba seguro de si aquel hombre era Cara Picada porque lo veía por detrás. Hanno se atrevió a acercarse más, con los nervios a flor de piel, planteándose si debía actuar. Pero ¿y si mataba al hombre equivocado?

Entonces los dioses le sonrieron. Una mujer rio desde el balcón de una primera planta y su presa giró

la cabeza para ver de dónde procedía la risa. Entonces fue cuando se le vio la mejilla, cubierta de las marcas características. Hanno se sintió exultante, pero tenía que actuar con celeridad, pues el cruce estaba a menos de cincuenta pasos. Miró rápidamente a izquierda y derecha, vio un callejón que discurría entre un edificio en ruinas y un bloque de apartamentos. No tenía ni idea de si estaría vacío, pero se le estaba acabando el tiempo. Tendría que conformarse.

Sacó el puñal, lo sostuvo discretamente junto al costado y

echó a correr. Demasiado tarde. Cara Picada oyó los pasos de Hanno. Al comienzo se asustó, luego reconoció a Hanno y por último adoptó una expresión de puro terror. Sin embargo, no emitió sonido alguno, porque Hanno le sujetaba el hombro izquierdo con mano de hierro y le presionaba la hoja a la altura del hígado.

—Si gritas para pedir ayuda, eres hombre muerto —masculló Hanno—. Si no obedeces, eres hombre muerto. ¿Entendido?

Cara Picada asintió.

—Izquierda. Por el callejón. — Habían llegado a la entrada de la

calle.

Cara Picada vaciló y Hanno le pinchó la carne con el extremo del puñal.

—Muévete. Solo quiero hablar contigo.

Cuando están atenazados por el terror, los hombres se agarran a un clavo ardiendo. Cara Picada se internó en el espacio oscuro, que no tenía más de cuatro pasos de ancho. Las piezas de alfarería rotas crujieron bajo sus pies. El aire era fétido, aderezado con el hedor a orines y excrementos humanos, y la comida podrida que habían arrojado desde arriba. Hanno alzó la vista y

se alegró de no ver a ningún inquilino de los apartamentos enmarcado en una ventana. Hizo parar a Cara Picada después de internarse quince pasos.

—Ya vale.

—No me mates, por favor. — Cara Picada giró la cabeza un poco para intentar ver el rostro de Hanno —. Por favor.

Hanno había estado a punto de usar el puñal, pero desde tan cerca acabaría empapado de sangre. No podía ser. Tenía que ser capaz de salir del callejón y marcharse sin levantar sospechas.

—Cállate. —«Que siga pensando

que va a vivir»—. ¿Adónde ibas?

—A ningún sitio. Yo...

Cara Picada no tuvo oportunidad de continuar con su mentira. Hanno le soltó el hombro, le rodeó el cuello con el brazo izquierdo y le apretó el máximo posible. Cara Picada emitió un sonido de ahogamiento horrible y opuso resistencia como un poseso. Intentó patear hacia atrás y dio un par de buenos golpes a Hanno en la rodilla. Echó las manos hacia atrás y tiró a Hanno del pelo, las orejas y el brazo. Hanno lo sujetó con más fuerza y enterró la cara en la túnica apestosa de Cara Picada para evitar

que le metiera un dedo en el ojo. Mientras tanto, tenía el puñal preparado como último recurso.

Para lo menudo que era, Cara Picada tenía una fuerza considerable. Hanno perdió unos cuantos mechones de pelo y una oreja le empezó a sangrar antes de que su contrincante empezara a flaquear. Sin embargo, al final, dejó caer los brazos a los lados. Se quedó inerte sujetado por Hanno. De repente, le preocupó que pudiera haber testigos y miró hacia la entrada del callejón. No había nadie. Soltó el puñal, tiró a Cara Picada al suelo y le dio la vuelta. Su

víctima parpadeó y abrió los ojos. Hanno lo miró de hito en hito mientras volvía a rodearle el cuello con las manos y le estrangulaba otra vez. Cara Picada alzó los brazos e intentó evitarlo en vano.

—Pensabas que ibas a poder delatar a mi mujer, ¿eh? —siseó Hanno, clavándole los pulgares directamente en la nuez—. ¡Eres un cerdo!

Había matado a muchos hombres, pero nunca estrangulándolos. No resultaba agradable, pero era imprescindible que Cara Picada muriera en silencio. Hanno observó,

impertérrito, cómo el rostro del hombre se llenaba de sangre, la lengua hinchada asomándole por entre los labios. Los globos oculares enrojecidos le sobresalían de la cuenca de los ojos. Observaban a Hanno con una intensidad rabiosa y suplicante a la vez.

—Púdrete en el infierno —le dijo rechinando los dientes y clavándole los pulgares todavía más. Se oyó un ligero crujido cuando el cartílago de la garganta de Cara Picada cedió. La lengua se le metió un poco hacia dentro de la boca y la luz se apagó de sus ojos. Hanno no aflojó. No apartó las manos hasta que su

víctima permaneció inmóvil durante veinte segundos más. Con cuidado buscó el pulso en el cuello morado de Cara Picada y también en el corazón. Nada. Hanno exhaló larga y lentamente. Lo había hecho.

No obstante, el peligro no había pasado. Los ruidos procedentes de la calle le recordaron la cercanía de otras personas. Envainó el puñal, se alisó el pelo hacia atrás, se secó la oreja ensangrentada y se limpió el sudor de la cara con la palma de la mano. Hanno esperó a llegar a la calle más ancha para ajustarse la túnica al modo de un hombre que acaba de vaciar la vejiga. Un

carpintero que estaba agachado al lado de un tablón a medio serrar alzó la vista y retomó su trabajo enseguida. Nadie más pareció fijarse en él. Hanno pensó que con un poco de suerte tardarían varios días en encontrar el cadáver de Cara Picada. Para entonces, las ratas se habrían cebado con él; sería un milagro que llegaran a identificarlo. Hipócrates seguiría sin ser consciente de la presencia de Aurelia en la ciudad.

Hanno caminaba a paso ligero calle abajo y, a escasos treinta pasos más adelante, una voz conocida le llamó.

—¡Eh! ¿Estoy viendo a mi oficial cartaginés?

A Hanno le entraron náuseas. «Hay que tener mala suerte.» Se giró y saludó.

—Sí, señor.

Hipócrates se acercó, seguido de cerca de varios oficiales de caballería. Los petos les brillaban, habían dejado los cascos y las vainas relucientes. Iban a algún lugar importante.

—¿Qué estás haciendo aquí? — Hipócrates le dedicó una mirada desaprobatoria—. ¡Y en menudo estado! Estás asqueroso... y te sangra la oreja.

Hanno hizo caso omiso de las muecas de los oficiales que iban detrás de Hipócrates.

—Estaba dando un paseo, señor. No he mirado por dónde iba, he tropezado y he acabado de cabeza en el suelo. —Agradeció en silencio que Hipócrates no prestara atención a su respuesta. Era obvio que el general no le había visto hasta ese preciso instante y no tenía ni idea de lo que acababa de hacer.

—Acompáñame —ordenó Hipócrates—. Iba a llamarte más tarde.

—Muy bien, señor. —Hanno

buscó al carpintero con la mirada, la única persona que le había visto salir del callejón. Para su gran alivio, el hombre se había esfumado. Daba igual adónde.

—La campaña de este año está a punto de comenzar.

—Sí, señor, tengo muchas ganas.

—Como cabe esperar —fue la respuesta mordaz—. La información recibida recientemente apunta a que las legiones romanas acampadas alrededor de Siracusa no van a moverse por ahora. Himilcón y yo tenemos intención de darles una sorpresa desagradable.

—¡Suenan bien, señor! —Hanno estaba encantado en parte y en parte consternado. Intentó no volverse a preocupar por Aurelia.

Hipócrates adoptó una expresión maléfica.

—Por desgracia, no formarás parte del ataque.

—No lo entiendo, señor —dijo Hanno, intentando combatir un pavor repentino.

—Mi hermano Epíctides debe estar al corriente de nuestro plan a fin de lanzar un ataque simultáneo contra el enemigo. Tú tienes que avisarle al interior de la ciudad.

En ese momento, Hanno se

esforzó para disimular su regocijo. Atravesar las líneas romanas no estaba exento de peligro, pero, si podía llevar a Aurelia con él, sería una manera de apartarla del doble peligro de ser una seguidora del campamento y de ser reconocida por segunda vez. También suponía una oportunidad de alejarse de Hipócrates y, si podía avisar a Aníbal, le agradecería conocer aquella decisión.

—¿No tienes nada que decir?

—Como siempre, seguiré tus órdenes al dedillo, señor —repuso Hanno imperturbablemente, rezando para que en el mensaje

Hipócrates no intentara poner a Epícides en su contra.

Hipócrates parecía decepcionado.

—Entrar en Siracusa resultará arriesgado —advirtió—. El bloqueo es mucho más estricto que cuando escapamos. Epícides debe recibir mi carta a toda costa, así que enviaré a varios mensajeros. Uno de vosotros llegará a su destino —añadió con causticidad.

—Por lo menos uno de nosotros —dijo Hanno, dando gracias a los dioses.

«Y si de mí depende —pensó— serán dos quienes lleguen.»

18

Quintus caminaba de un lado a otro. El tramo de fortificación del que él y sus compañeros de tienda tenían que encargarse medía aproximadamente ochocientos pasos. Los hastati formaban cuatro

parejas y cada par tenía que cubrir una cuarta parte de la distancia. Doscientos pasos, seis paradas y, en cada una de ellas, una pausa para escudriñar el terreno que separaba los dominios romanos de las murallas de Siracusa. Quintus y sus compañeros habían estado patrullando la misma parte de la muralla desde que regresaran de Enna el verano anterior. Se habían pasado el invierno caminando pesadamente arriba y abajo. Ahora que empezaba la primavera, todos ellos se la conocían como la palma de la mano.

Siracusa estaba situada a unos

ochocientos kilómetros, lo cual significaba que estaban a salvo incluso de las catapultas más potentes de Arquímedes. Antes del asedio, la tierra de nadie estaba dedicada a campos de cultivo, pero hacía tiempo que los habitantes habían huido o habían sido asesinados. Los legionarios habían recolectado el cereal el otoño anterior. Después de eso, nadie había labrado la tierra ni plantado cultivos nuevos, no en un terreno tan peligroso. El duro clima invernal había podrido los rastrojos allá donde habían salido y no quedaba más que barro.

Era una lástima que no fuera a haber trigo que segar en verano, caviló Quintus, aunque la falta de vegetación facilitaba la labor de los centinelas, pues percibían cualquier movimiento enseguida. Aunque no es que los siracusanos se aventuraran jamás más allá de los confines de su ciudad. Desde el otoño anterior no habían avistado a una sola patrulla enemiga en la zona. Con las defensas aseguradas, los siracusanos no tenían necesidad de asaltar las fortificaciones romanas. Era mucho más sensato permanecer al abrigo de sus imponentes murallas, pensó

Quintus con acritud, calentado sin duda por las hogueras de las torres situadas a intervalos regulares que decoraban los parapetos. Tampoco se habían producido ataques romanos desde el espantoso primer día, hacía casi un año. En cambio, Marcelo había endurecido el bloqueo alrededor de Siracusa al máximo. Resultó frustrante que aquello no impidiera que los cartagineses detuvieran los convoyes de suministros regulares. En las circunstancias actuales, el asedio no tenía visos de acabar pronto.

Soplaba viento del norte y

Quintus encorvó los hombros. De nuevo volvió a maldecir las plumas del casco que le impedían levantarse la capucha de la capa. Para mantener la cabeza caliente no valía la pena arriesgarse a quitarse el casco. Si algún oficial le veía, recibiría un duro castigo. Lo mejor que podía hacer era llevar dos gruesas bufandas de lana, una encima de la otra.

—¿Tienes frío? —preguntó

Urceus.

—Por supuesto. ¡Seguro que tú también!

—Para nada.

Quintus intentó dar una patada

a Urceus, que evitó marchándose. Seguían la misma rutina todos los días. Les ayudaba a combatir el aburrimiento.

—¿Cuánto crees que nos queda?

—preguntó Urceus.

Quintus intentó mirar hacia el sol, que se aproximaba al horizonte.

—No demasiado.

—Eso es lo que a mí me parecía, gracias a los dioses. De vuelta a la tienda. Mantas calientes. Una hoguera. ¡Lo mejor de todo es que esta noche no me toca cocinar!

—¡Ja! Pero se te ha olvidado a quién le toca.

—¿No será a Marius? —Urceus frunció el ceño.

—¿Cómo es posible que no te acuerdes? —preguntó Quintus, riendo.

—Mierda. Pan chamuscado. Carne cruda y verduras hervidas llenas de barro. Ojalá pudiera evitar una ración de esa bazofia.

—Siempre puedes ofrecerte a cocinar por él.

—¡Ni por asomo! —replicó Urceus—. Me arriesgaré. A lo mejor esta noche es mejor que la última vez.

Siguieron caminando y llegaron al final de su sección, donde se

encontraron con Marius y el sustituto de Mattheus, Placidus, un tipo somnoliento que hacía honor a su nombre. Urceus aprovechó la oportunidad de despotricar contra lo que cocinaba Marius.

—Más te vale que esta noche prepares algo comestible —le amenazó—. Yo y los chicos no vamos a comer más bazofia de la tuya.

Marius se echó a reír.

—A ver si voy a mear en tu estofado, Urceus.

Urceus se sonrojó.

—¡Si haces eso, me cagaré en tu cama!

Quintus y Placidus estaban al lado riéndose por lo bajo. Aquello también formaba parte de la rutina. Nadie haría tal guarrada a uno de sus compañeros de tienda, si bien no podía decirse lo mismo de los hombres de otros manípulos. Se sabía de bromas como tirar un ratón muerto o una col podrida en la olla, aunque últimamente era cada vez más difícil salir impune de una cosa así. Los soldados de otras unidades empezaban a sospechar si alguno de sus vecinos aparecía a las horas de comer.

Sonó una trompeta desde su campamento y todos sonrieron.

—¡Hora de marcharse! —anunció Urceus—. ¡Tengo tanta hambre que hasta tengo ganas de comerme la mierda que preparas, Marius!

—Te encantará el menú de esta noche —declaró Marius—. Cuello de cordero estofado con verduras. ¡Delicioso! Es una vieja receta que mi madre solía preparar.

Urceus le dedicó una sonrisa resentida.

—No es por desconfiar de tu madre, pero juzgaré por mí mismo lo sabroso que esté.

Al cabo de un rato, los ocho

hastati estaban cómodamente dispuestos alrededor del círculo de piedras que formaba la hoguera del exterior de su tienda. Encima de las llamas todavía había un trípode de hierro, pero la vasija de bronce que contenía el plato de Marius para la noche yacía a los pies de Urceus. Todo el mundo había convenido que el cordero estaba bueno, pero había sido Urceus, el mayor crítico de Marius, quien había insistido en rebañar el recipiente.

—A partir de ahora esperaré este nivel —había dicho. Lo cierto es que Marius no había prometido nada de eso.

—Empieza a hacer más calor — dijo Quintus con una sonrisa—. No hace tanto era imposible sentarse fuera como ahora.

Urceus eructó.

—Sí. Pronto dejaremos de necesitar la manta y el fuego, aparte de para cocinar.

—Habrá unas cuantas semanas de buen tiempo y luego volverá a hacer demasiado calor otra vez. Meses de acarrear agua del río, quemados por el sol todo el día y mosquitos por la noche —se quejó Placidus.

—¡Cállate! —gruñó Marius—. No nos lo recuerdes.

—Toma un poco de vino —instó Quintus, pasando el odre que compartían—. ¡Y anímate, por Júpiter!

Encolerizado por las risas que provocó el comentario, Placidus tomó el odre y dio un buen trago.

—Cuéntanos una historia —instó Quintus, que se sintió un poco mal. Como Placidus era la última incorporación del contubernium, siempre era el blanco de todas las bromas. Sin embargo, lo único que le salvaba era su capacidad para contar historias.

—Sí.

—Quiero la de los doce trabajos

de Hércules.

—¡No, la historia de Rómulo y Remo!

Las voces de los diez compañeros se mezclaban entre sí.

Placidus parecía más calmado.

—Yo la elijo —respondió, dándose importancia.

—Que sea alegre —le instó Urceus—. No quiero irme a la cama sintiéndome mal.

Placidus caviló durante unos instantes.

—¿Qué os parece la de Horacio, Herminio y Larcio en el puente?

—Buena elección —convino Quintus—. No empieces todavía,

necesito mear.

—Yo también —añadió Urceus.

—Daos prisa —ordenó Marius.

Los dos amigos se encaminaron juntos a las letrinas de las trincheras más cercanas, situadas bajo las murallas en el extremo sureste del campamento. El sonido de la descarga de los barcos en el puerto de Trogilus, que estaba cerca, llegaba por encima de las paredes de madera. El lugar desde el que se había lanzado su primer y desastroso asalto era ahora una base de abastecimiento para todo el ejército. Al volver, tuvieron que pasar junto a la tienda de Corax por

segunda vez. Debido al ángulo en el que se aproximaban, la pareja quedó oculta por la tienda de su centurión hasta que estuvo bastante cerca. Quintus aguzó el oído. Daba la impresión de que Corax estaba con Vitruvius y que hablaban en susurros.

Quintus quedó preso de la curiosidad y un poco de malicia. Le dio un codazo a Urceus, se llevó un dedo a los labios y le indicó que se acercaran más. Urceus no parecía muy entusiasmado, pero no se marchó. Juntos avanzaron sigilosamente hasta situarse a unos cuantos pasos de Corax.

—¿Ha habido alguna novedad con respecto a los nobles siracusanos preferidos de Marcelo?

—preguntó Vitruvius.

—La verdad es que no. Han estado intentando ponerse en contacto con sus amigos del interior de la ciudad, pero Epícides tiene espías por todas partes. A todo aquel sospechoso de traición se le denuncia y se le asesina.

—¿Ninguno ha entrado personalmente en Siracusa?

Corax soltó un bufido burlón.

—Valoran demasiado su pescuezo. Hasta el momento solo han sobornado a pescadores para

que transporten sus mensajes.

—Necesitamos algún infiltrado en el interior de la ciudad.

—Sí, eso está claro. Pero ¿quién?

—¿Qué me dices de un esclavo que pertenezca a uno de los nobles siracusanos preferidos? Debe de haber muchos.

—Me lo han sugerido, pero Marcelo no confía en ninguno de ellos. Todos ellos son griegos adúladores. Piensa que se entregarán a los hombres de Epícides y revelarán su misión con la esperanza de obtener la manumisión.

—Dichosos esclavos. Siempre

pensando en lo mismo. ¿Por qué no son conscientes de su posición?

—Así es la naturaleza humana, Vitruvius. A no ser que sea bobo, ¿qué hombre quiere ser propiedad de otro? ¿Por qué crees que tantos esclavos se ofrecieron voluntarios para formarse como legionarios después de Cannae?

—Sí, bueno, a lo mejor tienes razón. Pero cuanto menos se hable de esclavos que consiguen la manumisión para servir como legionarios, mejor.

Se produjo un breve silencio.

—Presionar a los nobles siracusanos tampoco funcionará. En

cuanto entraran en la ciudad, cambiarían de bando. Darían a Epícides las cifras de nuestras tropas, la ubicación de nuestros barcos...

—Exacto —convino Corax—. Quienquiera que entre tiene que ser de habla griega y lo más fiable posible.

—¡Necesitamos a un desertor siracusano que sea de fiar! —declaró Vitruvius con una risita—. O todavía mejor: un romano.

—Ninguno de nuestros hombres podría hacerlo —dijo Corax.

—¿Por qué no? Hace algún tiempo me comentaste que un par

de los tuyos hablaba griego.

Quintus se puso tenso. Vitruvius debía de estar refiriéndose a él... ¿y a quién más?

—¿Crespo? —respondió Corax.

—Ese mismo.

—Es valiente, de eso no cabe la menor duda, pero su acento culto lo delatará. Epícides lo devolverá en el plazo de una hora. Sin embargo, me había olvidado de Marius. Él iría bien.

«¿Marius habla griego?» Quintus no tenía ni idea.

—Marcelo preferiría a dos hombres —afirmó Vitruvius.

—Cierto. El acento de Marius es

lo bastante tosco para no llamar la atención, pero no el de Crespo. — Se produjo una breve pausa durante la cual Quintus se preguntó si habría sido la conciencia de Corax —. De todos modos, podría ir bien. Se lo comentaré a Marcelo.

El temor empezó a bullir en el interior de Quintus. Ser enviado a Siracusa equivalía a la pena de muerte. Incluso para su propio oído, su acento griego era notablemente distinto al del oficial siracusano Kleitos. Intentó enfadarse con Corax, pero no lo consiguió. Aquello no era afán de venganza por parte del centurión, sino más bien un

intento de beneficiar a Marcelo y al ejército. Desde una perspectiva general, no importaba que él y Marius causaran baja en una misión de espionaje. «Mierda.» Con un movimiento de cabeza en dirección a Urceus, se alejó de puntillas de la tienda de Corax y luego caminó hacia ella de nuevo haciendo ruido para que le oyeran. Doblaron la esquina y saludaron. Quintus se alegró al ver que ninguno de los dos centuriones parecía sospechar nada.

—Mierda, me alegro de no hablar griego —masculló Urceus cuando se hubieron alejado.

—Sí, bueno —dijo Quintus con la máxima estoicidad posible—. Si me ordenan que me convierta en un puto espía, cumpliré con mi obligación.

—Hazle una ofrenda a Fortuna. Tal vez no pase —sugirió Urceus, dándole una palmada en el hombro.

Quintus hizo una mueca. Por experiencia sabía que tales ofrendas no afectaban al futuro, pero no pensaba reconocerlo en voz alta.

La pareja tuvo que soportar un alud de insultos por retrasar la historia de Placidus, pero en cuanto empezó a contarla se hizo el

silencio. Sin embargo, Quintus fue incapaz de concentrarse en ella porque no dejaba de albergar pensamientos siniestros sobre Siracusa. Cuando Placidus acabó, él seguía cavilando.

Marius le dio un codazo.

—Una buena historia, ¿eh?

—Sí —repuso Quintus distraídamente.

Marius le dedicó una mirada astuta.

—¡No has escuchado ni una palabra! ¿Qué demonios te pasa?

—Nada —mintió Quintus, pero Marius no se dio por vencido.

Al cabo de unos instantes, cedió.

Al fin y al cabo, Marius estaba implicado en el tema y sus compañeros no les tendrían en menor aprecio por no querer que los enviaran a una misión suicida. No obstante, Quintus se llevó una gran sorpresa al ver que a Marius se le iluminaba la expresión ante la perspectiva.

—¿Cómo es que hablas griego?
—preguntó Quintus.

—Me crie en Bruttium. El griego sigue siendo el idioma más habitual en muchas ciudades de la costa.

Urceus soltó un silbido en voz baja.

—Ya sé que tienes una actitud

temeraria ante la vida, pero ¿por qué ibas a querer hacer esto?

—Todavía no me ha llegado el momento. —Marius esbozó una sonrisa llena de seguridad—. Además, dicen que las mujeres de Siracusa son despampanantes, iaparte de fáciles!

—Ya está pensando con la polla otra vez. Cuando hacen eso, los hombres están perdidos. Me apuesto un didracma a que vuelves sin haberla metido en un coñito siracusano. —Urceus alargó la mano.

—¡Hecho! —Marius le estrechó la mano.

—Nos fiaremos de tu palabra — advirtió Quintus, sonriendo a su pesar—. ¡Nada de mentiras!

—De acuerdo. Que el martillo de Vulcano me chafe la picha si miento.

—Eso sí que me daría asco de ver. Tienes la picha tan pequeña que a Vulcano le costaría encontrártela —dijo Urceus, sonriendo complacido.

Marius adoptó una expresión seria durante unos instantes.

—No son solo los coños. ¡Imaginaos qué emocionante! ¿Y si lo conseguimos? Seguro que habrá ascensos. Podremos

emborracharnos gracias a eso durante meses.

Quintus le dio una palmadita en la cabeza.

—Estás loco.

Marius se echó a reír y Quintus se dio cuenta de que, por mucho miedo que tuviera, no querría que enviaran a Marius solo. Para bien o para mal, aquel hombre era su compañero.

—De todos modos, no pasará — declaró Marius—. Seguro que Marcelo encontrará a otros candidatos mejores que nosotros, ¿no?

No ocurrió nada durante un par de días y Quintus dejó de preocuparse. Marcelo había encontrado a los hombres para la operación secreta. Cuando Corax desapareció una mañana y dejó a Vitruvius a cargo de la instrucción del manípulo, no se alarmó. Las reuniones de centuriones eran bastante habituales y el carácter fogoso de Vitruvius no dejaba tiempo para pensar. Enseguida hizo que varios hombres esprintaran con todo el equipo puesto mientras que a otros les ordenó que lucharan entre sí con las pesadas espadas de madera que solían utilizar los

reclutas novatos. Algunos incluso luchaban con la armadura puesta, según Vitruvius una posibilidad de refrescar su habilidad para el combate cuerpo a cuerpo. Los hastati no estaban demasiado contentos, había pocos centuriones que instruyeran así a sus hombres, pero cumplieron las órdenes con entusiasmo porque Vitruvius era igual de amante de la disciplina que Corax. Si señalaba a algún hombre por no esforzarse lo suficiente, le esperaba algo mucho peor.

Quintus estaba acabando una serie de carreras con Urceus y el resto cuando oyó que le llamaban a

él y a Marius. Todavía les quedaban cuatro largos más por correr, pero era Vitruvius quien les reclamaba. Se acercaron trotando al segundo centurión, que había estado junto a los options. Quintus tuvo un mal presentimiento al ver al soldado que estaba al lado de Vitruvius. Vestía el peto con triple disco de los samnitas, lo cual lo convertía en uno de los socii. Al cabo de un instante cayó en la cuenta de que Corax estaba con Marcelo y de que aquel era un extraordinarius, uno de los mejores soldados aliados que servían como guardaespaldas del cónsul.

Claramente incómodo, Quintus preguntó:

—¿Nos has llamado, señor?

—Id con este soldado. Marcelo quiere veros.

—¿De esta guisa, señor? —No tenía ningunas ganas de conocer al comandante de todas las fuerzas romanas en Sicilia, al que solo había visto de lejos, con la cara enrojecida y empapado de sudor. Incluso Marius parecía un poco menos entusiasta que hacía un momento.

—Sí —espetó Vitruvius—. Ahora.

—Sí, señor. —Quintus saludó y miró al samnita barbudo, que era

solo un poco mayor que él.

—Seguidme.

Quintus se encogió de hombros brevemente al mirar a Marius y siguió al samnita.

—¿Cómo te llamas? —preguntó cuando ya se habían alejado un poco de Vitruvius.

—Sattio.

—¿Tienes idea de por qué te han mandado que vinieras a buscarnos?

—El cónsul quiere hablar con vosotros.

Quintus apretó los dientes, pero a Marius pareció no importarle. «¿Por qué no puedo estar yo tan despreocupado?», se preguntó

Quintus.

—Eso ya lo sé —le dijo a Sattio a la ligera—. Pero ¿por qué?

—No me corresponde cuestionar al cónsul —respondió Sattio, enfurecido.

«Imbécil», pensó Quintus.

—Debe de ser porque hablamos griego —masculló Marius.

—Sí. —A Quintus no se le ocurría otro motivo por el que pudieran haberles llamado. «Regresaremos sanos y salvos», se dijo. Sin embargo, a medida que se acercaban al praetorium de Marcelo tal seguridad parecía cada vez más improbable.

El cuartel general de Marcelo estaba en el campamento principal del ejército, un vasto territorio que albergaba a dos legiones. Al llegar, a Quintus le entró todavía más miedo. Si bien era cierto que había estado en unos aposentos tan majestuosos en una ocasión, de eso hacía muchísimo tiempo, cuando todavía estaba en la caballería. El hombre con el que se había reunido, Publio Cornelio Escipión, que había ayudado a liderar las legiones de Roma al comienzo de la invasión de Aníbal, tenía una buena predisposición hacia su padre. Su reunión había sido formal pero

agradable, mientras que la reunión de hoy sería radicalmente distinta. A Quintus se le hizo un nudo en el estómago cuando cruzaron la verja perimetral que circundaba el praetorium.

En la entrada de la tienda de Marcelo, Sattio habló con el oficial al mando, un centurión de los extraordinarii que guardaba un ligero parecido con Corax. Llevaba un arnés sobre la cota de malla adornado con varias phalerae de plata y oro; la cicatriz que le iba de la rodilla derecha al tobillo era otra forma de atestiguar su talla. El centurión miró a Quintus con

desagrado.

—¿Sois Crespo y Marius, hastati del manípulo de Marcus Junius Corax?

—Sí, señor —respondieron.

—¿Y así os presentáis a conocer a vuestro cónsul?

—Estábamos en plena instrucción cuando llegó el mensajero, señor. Nuestro centurión nos ordenó venir de inmediato. No hemos tenido tiempo de cambiarnos, señor.

Un bufido de desprecio.

—Acompañadme.

La pareja intercambió una mirada de resentimiento y

obedeció.

La tienda estaba decorada con opulencia, al igual que la de Escipión. El suelo estaba recubierto de alfombras gruesas, del techo colgaban pesados candelabros, los lujosos muebles estaban dispuestos por todo lo alto. Unas hermosas estatuas talladas y pintadas —de dioses, diosas, sátiros y ninfas— les observaban desde numerosos puntos estratégicos. A la entrada de la sala de reuniones de Marcelo, el centurión les llamó y recibieron la orden de entrar. Quintus contuvo el aliento.

Una gran mesa presidía el

espacio rectangular, sobre la que Quintus advirtió un mapa detallado de Sicilia y otro de Siracusa. Los dos tenían varias piedras blancas y negras desperdigadas por encima que le pareció que marcaban la ubicación de las fuerzas romanas, siracusanas y cartaginesas. No resultaba sorprendente. Ni tampoco la presencia de Marcelo y Corax. Pero ¿Pera? ¿Qué demonios estaba haciendo allí? A Quintus le empezó a correr el sudor por la espalda cuando se detuvieron a una distancia prudencial de Marcelo y saludaron.

—Aquí están los hombres que

querías ver, señor.

—Gracias, centurión. Eso es todo.

—Señor. —Con una mirada gélida a Quintus y Marius, el centurión se retiró.

Marcelo era un hombre alto y delgado de pelo castaño bien cuidado. No vestía el uniforme pero tenía todo el porte de un cónsul. La túnica lisa, el cinturón dorado y el puñal ornamentado irradiaban calidad. Un anillo magnífico decorado con un rubí le destellaba en la mano derecha y lucía un brazalete de bronce con la cabeza de un carnero en la muñeca

contraria. Observó a la pareja durante unos instantes. Los dos hombres se encogieron ante tamaño escrutinio. Desde el raballo del ojo, Quintus veía a Pera sonriendo con satisfacción. Lanzó una mirada furtiva a Corax, que le dedicó un muy discreto asentimiento. Quintus sintió que recuperaba un poco la calma. Tal vez no estuvieran ahí para convertirse en espías.

Marcelo habló finalmente.

—¿Vuestros nombres?

—Quintus Crespo, señor.

Hastatus del manípulo del centurión Corax.

—Gaius Marius, señor. Lo mismo.

Marcelo miró a Corax, que dijo:

—Los dos son buenos soldados, señor. Crespo está conmigo desde antes de Trasimene.

El cónsul se los volvió a quedar mirando y Quintus volvió a encogerse mentalmente.

—La opinión de vuestro centurión tiene mucho peso para mí, hastatus —declaró Marcelo.

—Gracias, señor. —El desasosiego de Quintus no había hecho sino aumentar. No lo habían llevado hasta allí para felicitarlo. Ni tampoco a Marius.

—¿Sabes por qué os he hecho llamar a ti y a tu compañero de tienda?

Quintus lanzó una mirada a Marius y decidió que la mejor opción era fingir ignorancia.

—No, señor.

—Porque habláis griego.

Quintus sintió que volvía a atenazarle el miedo. ¿Acaso Corax había revelado su posición? La expresión de Pera, que estaba al lado de Marcelo, se parecía a la de un halcón. A Quintus le entraron náuseas.

—Eeehhh, pues sí, señor, hablo griego. —Ya estaba, lo había

reconocido. Tras más de cuatro años, su condición de ecuestre estaba a punto de salir a la luz.

—Corax dice que tu padre murió cuando eras muy joven —dijo Marcelo en griego—. Tenías un vecino mayor que era oriundo de Atenas, el hombre te enseñó a leer y también su idioma.

Quintus sintió un profundo agradecimiento por Corax, que no le había delatado. Había sido convocado allí para convertirse en espía, no para ser traicionado.

—Eso es, señor —repuso, también en griego—. Por supuesto, no he tenido motivos para

practicarlo mucho en los últimos años.

—No obstante, aquí estamos, en el exterior de una ciudad de habla griega.

—Cierto, señor. —Quintus volvió a fingir ignorancia, aunque el corazón había empezado a martillearle en el pecho. O sea que iban a enviarlos a Siracusa. «Gran Marte, protégenos», rogó.

—Los ataques directos no nos han conducido a nada. Y mientras los guggas sigan proporcionando suministros, nuestro asedio no hará pasar hambre suficiente a los defensores como para que se

rindan —declaró Marcelo—. La traición desde dentro es lo que necesitamos. Siempre ha sido el mejor método para tomar una ciudad sitiada.

—Entiendo, señor —declaró Quintus, que seguía fingiendo no comprender.

—Así pues, necesitamos reclutar a hombres en el interior de Siracusa. Hombres que nos abran las puertas.

—Suenas como un buen plan, señor.

—Los nobles siracusanos que se autodenominan amigos de Roma están demasiado asustados para

entrar —declaró Marcelo enfadado—. Durante semanas he sido incapaz de encontrar a alguien lo bastante fiable para llevar a cabo esta tarea tan importante. Es decir, hasta que hablé con mi primo. —Lanzó una mirada a Pera con una sonrisa. Pera se congratuló claramente y a Quintus empezó a darle vueltas la cabeza. Marius, por el contrario, parecía contento.

—El centurión Pera habla bien griego. Se ha ofrecido voluntario para entrar en Siracusa y localizar a quienes pudieran estar interesados en pasarse al bando de Roma —explicó Marcelo—. Los dos iréis con

él.

—Sí, señor —dijeron al unísono.

El tono que emplearon hizo que a Marcelo se le hincharan las aletas de la nariz.

—Por lo que veo os alegra esta misión.

—Sí, señor. —Quintus vaciló durante unos instantes. La expresión de Corax denotaba cierta compasión, pero no había puesto ninguna objeción. Pera se regodeaba y a Marius se le veía emocionado. Quintus se sentía hastiado de la vida. Su acento podía delatarlo. A saber de qué era capaz Pera. Incluso era posible que

Kleitos le viera. Sin embargo, era una orden directa de su cónsul y las necesidades de Roma estaban por delante de las suyas propias.

—Será un honor, señor.

—Para mí también —añadió Quintus rápidamente.

A Marcelo se le veía más satisfecho.

—Excelente —dijo—. La República estará agradecida.

Quintus se tumbó e intentó no respirar. El hedor de las redes de pescar que le cubrían de pies a cabeza resultaba intensísimo. Habían transcurrido dos noches desde el edicto de Marcelo y ahora

no había vuelta atrás. Estaban a bordo de un barco pesquero, que se dirigía desde la costa oeste del gran puerto de Siracusa hasta el lado este, bajo dominio enemigo. Al cabo de un rato tenía los pulmones a punto de reventar. Tenía que exhalar y volver a inhalar. Le entraron arcadas.

—Vete acostumbrando a esta peste, hastatus. Busca la manera de respirar en silencio —siseó Pera, que yacía a su lado y estaba tapado con lo mismo que él.

«Cabrón asqueroso», pensó Quintus, deseando que Pera fuera quien fuese en el segundo barco,

solo, y no Marius.

—Sí, señor —susurró.

—¡Silencio! —Era el viejo pescador propietario del barco en el que navegaban. Quintus notó que el hombre daba una patada con su pie nudoso a la pila de redes—. ¡Callaos o tendremos problemas!

Quintus se notaba el pulso acelerado en la base de la garganta. Aunque le resultaba muy difícil, se tumbó en la áspera cubierta y se obligó a relajarse. Las narinas se le volvieron a llenar del olor del pescado y la sal. Los hilos gruesos de las redes le arañaban las mejillas. Debajo de su cuerpo,

los tablones se movían suavemente mientras la pequeña embarcación surcaba el mar. La cuaderna crujía, el agua chocaba contra el casco y la tela de la vela ondeaba agitada por la brisa. Los tres tripulantes hablaban entre sí en voz baja. Todo iba como se esperaba, pero eso a Quintus no le producía ningún consuelo. No iban a correr peligro hasta que cruzaran el puerto y se acercaran al pequeño malecón, donde los pescadores locales, necesarios para los habitantes de la ciudad, pero «ignorados» por los romanos debido a su utilidad para transportar mensajes a y desde

Siracusa, atracaban sus embarcaciones.

En ese punto Marius, Pera y él tendrían que levantarse y convertirse en siracusanos. Su primer obstáculo serían los guardias de la puerta por la que se entraba la pesca nocturna. A decir de la mayoría, prestaban poca atención a los pescadores, aparte de para quedarse con una caja de pescado como comisión extraoficial, pero eso no significaba que no fuera arriesgado. Sin embargo, suponiendo que todo iría bien, el trío permanecería el resto de la noche en la casa del viejo borrachín

dueño del barco.

A partir de entonces empezaba su labor. Quintus notó que un flujo de bilis le subía a la garganta. No se le ocurría un lugar en el que le apeteciera menos estar que donde estaba en ese momento. Caminar o, mejor dicho, desembarcar en una ciudad tomada por el enemigo, hablando su idioma con un acento marcado le parecía una estupidez supina. Sin embargo, la alternativa, negarse a cumplir una orden directa de Marcelo, habría implicado el fustuarium: que sus compañeros de tienda lo mataran a latigazos. Tampoco habría permitido que

Marius fuera solo. «Si lo hago, mal, y, si no lo hago, también mal — pensó Quintus con amargura—. Espero que las mujeres sean tan guapas como Marius dice —rogó—, y que al menos me dé tiempo de acostarme con una antes de que nos pillen.»

A pesar de sus preocupaciones, todo fue a pedir de boca durante las horas siguientes. Los guardias ni siquiera alzaron la mirada cuando entraron en la ciudad arrastrando los pies y se encaminaron a la casa del viejo lobo de mar sin problemas. Cuando se levantaron a la mañana siguiente y salieron a la

calle, nadie se fijó especialmente en ellos. Los nombres y direcciones que les habían proporcionado resultaron ser correctos. Pera decidió que él entraría solo a las casas a hablar con los nobles, lo cual hizo que Quintus se planteara por qué les habían obligado a acompañarle. La espera en el exterior les resultaba angustiada, pues al paso de cada viandante se preguntaban si les denunciaría. No obstante, no pasó nada de eso y Pera siempre salió de las casas con expresión satisfecha. Además, Quintus y Marius apenas tenían que abrir la boca, por lo que así no se

arriesgaban a ser descubiertos.

A Quintus le pareció fascinante encontrarse en el interior de la ciudad sitiada. Quedaba claro que el plan de Marcelo de tomar el lugar mediante subterfugios era acertado. Tanto los residentes como los soldados parecían tener la moral alta. Las defensas estaban en buen estado y las baterías de catapultas eran incluso más numerosas de lo que Quintus había supuesto. Siracusa contaba con numerosos pozos públicos, por lo que el agua nunca iba a escasear. Los puestos de los mercados no estaban rebosantes de producto

fresco pero tampoco estaban vacíos. El grano, el aceite y el vino, los artículos más importantes, estaban disponibles y Epícides había tomado la sabia decisión de poner un tope a los precios. Cada día recibían pescado fresco, capturado por los mismos pescadores que habían transportado al trío. Aunque las mujeres no eran tan despampanantes como había declarado Marius, había suficientes bellezas para hacerles volver la cabeza. Sin embargo, el control que Pera ejercía sobre ellos les impedía mantener relaciones del tipo que

fuera. Los amigos tenían que conformarse con mirar. Cuando Pera no podía oírles, Quintus no hacía más que tomar el pelo a Marius acerca de la apuesta que había hecho con Urceus. Marius siempre respondía lo mismo.

—Por lo menos habría estado allí. ¡A las mujeres les gusta mi aspecto, pero echan a correr cuando ven a tipos feos como tú!

Aquel era el primer paso para empezar a intercambiarse insultos. Las bromas les ayudaban a pasar el tiempo y olvidar el miedo constante que les atenazaba.

A lo largo de los siguientes cinco

días y noches, más de una docena de siracusanos de alto rango salieron y volvieron a entrar de forma clandestina en los barcos pesqueros, como supuestos tripulantes, para hablar con los nobles que ya estaban con Marcelo. Una vez ganado su apoyo, contó Pera a Quintus y Marius, su misión consistía en convencer a más de sus iguales para que se unieran a la causa romana. Cuando fueran suficientes para asegurarse la toma por la fuerza de una de las puertas por la noche, habría llegado el momento.

—¿Cuántos se necesitarán,

señor? —preguntó Marius. Quintus también lo quería saber. Como ya habían reclutado a un grupo de hombres, tenían la impresión de que había llegado el momento de marcharse. Cuanto más tiempo permanecieran en la ciudad, mayor peligro correrían.

—No lo sé, hastatus —contestó Pera, cuya ambición se le reflejaba en los ojos—. ¿Sesenta, ochenta?

—¿Los siracusanos con los que hemos hablado no pueden hacer lo que queda, señor? —sugirió Quintus mientras recorría nervioso con la mirada la taberna sórdida en la que se encontraban.

—A lo mejor podrían, pero la misión se cumplirá antes si nosotros desempeñamos nuestro papel. — Con una mueca malévola en los labios, Pera esperó a ver si Quintus mordía el anzuelo.

—Entiendo, señor —repuso Quintus con voz monótona. A Marius también se le veía descontento, pues para entonces su entusiasmo anterior había menguado considerablemente, pero el rango de Pera impedía más protestas.

Quintus intentó no pensar en que lo apresaran por espía. Las órdenes de Marcelo no habían

previsto permanecer tanto tiempo. ¿Qué tramaba Pera? Un hombre abrió la puerta de un empujón y entró en la taberna. Un cliente que estaba a punto de marcharse se hizo a un lado y dejó entrar al recién llegado y entonces Quintus cayó en la cuenta. Pera quería permanecer hasta que intentaran dejar entrar a sus compañeros legionarios en la ciudad. Si el soldado que dejaba entrar a las tropas de Marcelo en Siracusa era romano, se cubriría de gloria. Quintus notó un sabor amargo en la boca. Nadie le recordaría ni a él ni a Marius, si es que sobrevivían. Pera,

que era centurión, se llevaría todo el mérito. «Cabrón retorcido.»

—¿No tenéis nada que decir sobre el asunto?

Quintus se dio cuenta sobresaltado de que Pera le estaba hablando. No tenía ni idea de si en algún momento le llegaría la oportunidad de desafiar al centurión, pero estaba claro que no era entonces.

—No, señor. Haremos lo que se nos ordene.

Una sonrisa gélida.

—Por nuestro éxito, entonces. — Pera alzó la copa.

Quintus y Marius hicieron lo

mismo intentando dejar de lado sus tribulaciones.

19

—Ahora mismo hay cerca de ochenta hombres implicados. Es la cantidad que Demóstenes cree que estarán dispuestos —reveló Pera a Quintus y Marius dos días más tarde después de reunirse con el principal

conspirador en el ágora—. Los dioses nos sonríen porque la luna está menguando. Lo mejor sería actuar esta noche o mañana. Demóstenes tomará la decisión al anochecer.

Después de tantos días hecho un manojo de nervios, Quintus sintió un alivio inconmensurable. Curiosamente, una parte de él estaba exultante. Lo cierto era que quedarse era una locura, pero resultaría extraordinario ser uno de los que dejaba entrar a sus hombres en la ciudad.

El brillo histérico en los ojos de Marius reflejaba también sus

sentimientos. Sin embargo, ante Pera, Quintus adoptó una expresión de sorpresa.

—¿Vamos a participar, señor?

—Sí, participaremos. —Pera enseñó los dientes—. Creo que deberíamos beber un poco de vino para celebrarlo.

A Marius se le veía encantado, pero Quintus se contuvo. En la lista figuraba un nombre más. Un solo hombre podía inclinar la balanza entre el éxito y el fracaso cuando llegaran a tomar la puerta, pensó.

—Había un último noble con el que ibas a hablar, ¿no, señor? ¿No se llamaba Atalo? —El ceño fruncido

de Pera puso de manifiesto que se había olvidado completamente de él.

—Contamos con hombres suficientes, maldita sea —espetó Pera.

Quintus captó el movimiento de advertencia que Marius hizo con la cabeza y decidió no cuestionar más a Pera.

—Como digas, señor. —«Gran Marte, no permitas que nada se tuerza a partir de ahora», rogó.

Después de tomar algo rápido, Pera les hizo retirarse a la casa del pescador, que había seguido siendo su refugio. La vivienda estaba

situada en una calle minúscula habitada en su totalidad por los miembros de la tripulación del viejo borrachín y sus respectivas parentelas. Nadie les había prestado atención desde el momento de su llegada, lo cual había ayudado a aliviar la tensión que Quintus y Marius sentían cada vez que se aventuraban a salir del alojamiento cochambroso e internarse en la ciudad propiamente dicha. Pera ordenó a Quintus que se mantuviera alerta mientras él se retiraba a su habitación.

Marius hizo un guiño a Quintus.

—Si el centurión tiene derecho a

echar una cabezadita, yo también —susurró antes de desaparecer.

Quintus se tranquilizó en parte cuando se sentó en el diminuto patio soleado que había detrás de la casa a observar a su anfitrión mientras arreglaba las redes. Ninguno de los dos habló, pero Quintus disfrutó mirándole. El movimiento repetitivo de la aguja y el hilo, los nudos y el uso que el viejo lobo de mar hacía de sus últimos dientes para morder los extremos cada vez resultaba hipnótico.

Al cabo de un rato, Quintus notó que se le cerraban los párpados. En

circunstancias normales, habría intentado reprimir la somnolencia, pero con lo tranquilo que estaba el patio le parecía que cerrar los ojos no tenía nada de malo. Habían acabado de peinar Siracusa para encontrar conspiradores. No ocurriría nada antes del anochecer y la languidez provocada por el vino resultaba muy difícil de combatir. Quintus se sumió en un sueño de lo más placentero en el que aparecía Elira y las maravillas que le hacía con la boca.

Una mano le zarandeó.

Quintus estaba soñando que Elira le sujetaba del hombro

mientras se fundían en un abrazo de pasión.

Le volvieron a zarandear y notó un aliento caliente en la oreja.

—¡Despierta! ¡Despierta!

Quintus abrió los ojos y retrocedió. No se olía ningún perfume en el ambiente, solo olor corporal, ninguna suave piel de alabastro, sino la mandíbula verrugosa y la barba descuidada del viejo pescador.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —exigió Quintus.

—Soldados. ¡Vienen soldados!

A Quintus le dio un vuelco el corazón.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—La señal de advertencia vino de la casa de mi sobrino, en la entrada del callejón. Tenéis unos minutos. Subid al tejado —señaló las tejas rojas de arriba— y bajad al callejón que hay más allá. Id a la derecha y seguid por ahí hasta que lleguéis al templo de Atenea. A partir de ahí, ya sabréis orientaros. Id hasta mi barco y escondeos. Si no encuentran a nadie aquí, no sospecharán. Cuando oscurezca, os llevaré al otro lado del puerto.

—Gracias. —Quintus ya se había puesto en pie y había entrado por la puerta de la habitación que

compartía con Marius. Se planteó no despertar a Pera —le bastaba con eso para sellar la suerte del centurión—, pero dos consideraciones se lo impidieron: la suerte que correría el viejo pescador si encontraban a Pera y el hecho de que el centurión le había salvado la vida en Enna. Le debía una.

Para cuando Quintus hubo despertado a los otros dos y los tres hombres empezaron a subir al tejado de la casa ya se oían voces masculinas en el exterior. Pera, que había subido el primero, le tendió la mano a Marius. «¡Cabrón de

mierda! —pensó Quintus—. ¿Te salvo el pellejo y así es como me devuelves el favor?»

Alguien llamó a la puerta con el puño y preguntó:

—¡Abrid, en nombre de Epícides!
—El viejo pescador, que les estaba observando, les indicó con gestos que se tomaría su tiempo para responder a la petición.

Marius se agachó en las tejas y alargó un brazo. Quintus le cogió la mano y trepó por la pared. Una de las tejas se había levantado mientras subía y maldijo entre dientes cuando se soltó, cayó al suelo del patio y se hizo añicos.

Quintus y Marius intercambiaron una mirada. ¿Tendría tiempo el viejo pescador de recoger los fragmentos rotos? De lo contrario, la cosa pintaba mal.

Pera les hizo una seña desde el otro extremo del tejado. Entonces, sin mediar palabra, saltó.

Los amigos le siguieron lo más rápido posible. El callejón que estaba más allá era diminuto y estaba asqueroso, pero por suerte la caída era inferior a la altura de dos hombres. «Pum, pum.» El barro amortiguó el sonido de la caída.

—¿Por dónde? —preguntó Pera con voz nerviosa.

—Por la derecha, señor, hasta que lleguemos al templo de Atenea.

Pera se giró y desapareció.

—Ese gilipollas está cagado de miedo —declaró Marius con una sonrisa.

—Creo que no era consciente del peligro que corríamos hasta ahora —dijo Quintus, también divertido. El hecho de saber que Pera estaba aterrorizado le servía para aplacar su propio miedo.

Aguzaron el oído durante unos instantes. Las tachuelas de metal resonaban en el suelo de cemento, lo cual indicaba que los soldados habían entrado en la casa. Marius

tiró del brazo de Quintus pero resistió. Resultaba esencial saber si la teja caída había levantado sospechas.

—¿Qué es esto? —El grito les despejó la duda.

—No podemos quedarnos en el barco —le susurró Quintus a Marius mientras se marchaban a grandes zancadas—. Vendrán a por nosotros como que el sol sale por el este.

—Tengo un cuchillo, pero tú ni siquiera eso. ¿Qué coño vamos a hacer?

Los hombres aminoraron la marcha de forma instintiva al llegar al final del callejón. Si corrían

llamarían la atención. Quintus escudriñó la plaza que había más allá, dominada por el santuario que el viejo había mencionado. Había el ajetreo que cabía esperar a esa hora del día. Los vendedores de los puestos pregonaban la calidad de sus productos, las amas de casa cotilleaban mientras caminaban en grupos de dos o tres, inspeccionando lo que se ofrecía. Los esclavos cargados con cestos caminaban detrás de los ricos. Los vendedores ambulantes de todo tipo de artículos, desde estatuillas de la diosa hasta amuletos de la buena suerte, intentaban camelarse

a la multitud sonriendo y haciendo reverencias. Un par de lisiados, ¿soldados que habían resultado heridos en la defensa de la ciudad?, alzaban las manos suplicantes al pie de las escaleras del templo. En el altar que dominaba la plaza relucía la sangre fresca. Un grupo de personas observaba a dos acólitos retirando a una cabra muerta de allí. Un sacerdote de barba gris hablaba con el comerciante que había pagado por el sacrificio que acababa de tener lugar.

No había ni rastro de Pera.

—El cabrón se ha marchado y

nos ha dejado —dijo Quintus.

—A lo mejor ha pensado que si íbamos juntos levantaríamos sospechas.

—Supongo. —Sin embargo, para Quintus aquello ponía de manifiesto la cobardía de Pera—. No veo a ningún soldado.

—Yo tampoco. —Se dispusieron a cruzar la plaza.

—¿Cómo se han enterado esos cabrones de dónde estábamos? —preguntó Marius.

—Alguien debe de haber hablado.

Pensaron sobre el tema durante unos instantes. El peligro que

habían corrido hasta ese momento no era nada comparado con lo que les esperaba en las horas venideras. Epícides removería cielo y tierra para encontrarles a ellos y a todos los conspiradores.

—El barco es nuestra mejor opción —declaró Quintus—. Nuestra única opción —añadió sombríamente.

—¿Y luego qué? —susurró Marius mientras se encaminaban al malecón de los pescadores.

—Yo no sé navegar ni nadar. ¿Y tú?

—Sé nadar, pero nunca he gobernado un barco.

Marius soltó un juramento silencioso.

—Vamos. Es nuestra mejor oportunidad —le instó Quintus—. Ya te ayudaré si hace falta.

—Si Pera no sabe nadar, te ordenará que le ayudes a él.

—Dejaré que ese cabrón se ahogue. —Ya había saldado la deuda que tenía con él despertándolo, decidió Quintus.

Marius le sujetó el brazo agradecido.

Empezaron a ver nutridos grupos de soldados por todas partes mientras avanzaban por las calles. Quintus intentó convencerse de que

no era más que una coincidencia, pero esa idea se vino abajo cuando vio que sacaban a rastras de su casa a uno de los hombres a los que habían reclutado.

—Soy inocente, soy inocente, ¡creedme! —gritaba el cautivo.

—Pues eso no es lo que dice Atalo —le replicó el oficial al mando.

Quintus se giró al oír el nombre. ¿Acaso Atalo había descubierto que no lo habían incluido en la conspiración y les había traicionado para vengarse? A Quintus le entró el pánico cuando sus captores se encaminaron en la dirección de él y

Marius. Si el prisionero los veía y decía ni que fuera una sola palabra...

Empujó a Marius a un restaurante que estaba a pie de calle.

—No es hora de comer —gruñó Marius, pero la mirada de advertencia de Quintus apagó su arrebató. Tomaron asiento en una mesa cercana y le pidieron sopa a la camarera. Quintus contó a Marius en voz baja lo que acababa de ver.

—¿Quieres decir que es culpa de Pera? —preguntó Marius indignado—. ¡Teníamos que haber dejado atrás a ese cabrón imbécil!

—Centrémonos en salir de aquí —advirtió Quintus, aunque sintió una punzada de placer al ver lo solidario que era Marius. Esperaron sin perder de vista la calle. Se sintieron aliviados cuando los soldados y su prisionero siguieron adelante sin parar.

Les trajeron la sopa y la engulleron. Quintus dejó una moneda en el mostrador antes de salir otra vez. Observaban a la multitud con expresión aparentemente despreocupada. Aunque se encontraron con más soldados, no vieron a más conspiradores, lo cual les permitió

pasar desapercibidos. No vieron a Pera. Quintus deseó que hubieran apresado al centurión y no volver a verlo jamás. Sudaba con profusión cuando se acercaron a la pequeña puerta de la muralla que daba al malecón. Notó que Marius estaba igual de tenso. Si los guardias de ahí habían sido alertados, por Pera o por los de su propio bando, eran hombres muertos. En un silencio cómplice se detuvieron junto al manantial de Aretusa, una fuente de agua dulce desde la Antigüedad. El lugar era un hervidero de gente que iba y venía cargada de baldes. Era fácil fingir que eran dos

transeúntes que habían ido a calmar su sed.

—¿Qué opinas? —susurró Marius.

Quintus se quedó mirando mientras alzaba el vaso que le había proporcionado una vieja a cambio de calderilla. Había cuatro soldados junto a la puerta, la cantidad habitual. Aquello era buena señal. También lo era el hecho de que tuvieran las lanzas apoyadas en la pared. No parecían más alerta de lo normal, pero podía tratarse de una trampa. Entonces uno de los guardias cruzó el umbral de la puerta arguyendo que tenía muchas ganas de orinar. El soldado

de mayor rango, un hombre que Quintus conocía de vista, no se lo impidió.

—Todavía no saben nada —dijo—. Me apuesto la vida.

—Eso es lo que tú apuestas, y la mía va contigo —replicó Marius con acritud, pero no discutió más—. ¿Qué excusa tenemos para ir al barco a estas horas?

—El viejo encontró una vía de agua anoche. Quiere que le echemos un vistazo y que la arreglemos si podemos.

—Esta historia podría ser factible, supongo. Y ahora algunos guardias ya nos conocen de vista, lo

cual ya es algo.

—Esperemos que Pera no nos haya fastidiado ya inventándose otro cuento.

Marius frunció el ceño.

—¿Y si no nos creen?

—Tendremos que matarlos a todos —afirmó Quintus rechinando los dientes—, de forma silenciosa para que los hombres que están más arriba en las murallas no nos oigan. Luego caminamos tranquilamente hasta el barco. Si Pera está ahí, pues que esté. Si no, no tiene sentido esperarle. Podemos obligar a algún pescador a llevarnos en barco al otro lado del

puerto.

—Por el culo peludo de Júpiter —
masculó Marius—. Prefiero no
pensar siquiera en las catapultas.

—Bien —dijo Quintus, que
también intentaba no pensar en lo
que supondría ayudar a Marius a
nadar para ponerse a salvo—.
Vamos.

—Si no lo consigo pero tú sí... —
empezó a decir Marius.

—¡Cállate!

—Déjame terminar. Dile a
Urceus que sí me tiré a una
siracusana.

Quintus notó que una sonrisa
asomaba a sus labios.

—Muy bien, pero ya se lo dirás tú mismo.

—Dioses mediante. De todos modos, luego tendré que reconocer que miento o, si no, Vulcano me machacará la polla.

Dejaron atrás todo atisbo de humor al acercarse a la entrada, una abertura estrecha que en realidad era un túnel protegido por una puerta en cada extremo. A Quintus se le aceleró tanto el pulso que le preocupó que resultara audible. El cuarto guardia no había regresado, lo cual dejaba a tres hombres. El mayor estaba de cuclillas, jugando a los dados con

uno de los otros. El último hombre era el que controlaba quién entraba y salía. Miró a Quintus con acritud, como era habitual en él.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

—Anoche el jefe encontró una vía de agua en el barco —masculló Quintus, imitando el acento siracusano lo mejor posible—. Quiere que la arreglemos.

—¡Ja! Os envía a hacer el trabajo sucio mientras él duerme, ¿no?

—Más o menos. —Quintus carraspeó y escupió.

—Siempre es lo mismo. —Puso los ojos en blanco al mirar al

guardia de mayor rango—. Adelante.

Quintus sintió un alivio inconmensurable. Le dio las gracias con un asentimiento, y juntos, él y Marius, se internaron en el túnel que iba desde la muralla hasta el malecón.

—Un momento —dijo una voz. Quintus volvió a atemorizarse. Se giró a medias y vio que el guardia de mayor rango se ponía en pie. Quintus advirtió a Marius con la mirada.

—¿Sí, señor? —preguntó con humildad.

—Bloquéales el paso, imaldito

idiota! —bramó el guardia mayor al hombre que había dejado pasar a Quintus—. Su amigo ha pasado hace un rato y ha dicho que iba a cambiar la vela. ¡Aquí miente alguien!

—Yo me encargaré del líder —dijo Quintus a Marius en latín. Se abalanzó sobre las lanzas apoyadas en la pared. Cogió una y la empleó para ensartar al guardia mayor a través de la coraza acolchada. Mientras tanto, Marius mató al segundo hombre a puñaladas. Juntos liquidaron al último soldado antes de que Quintus acabara con su primer contrincante con una

cuchillada en el cuello.

La lucha apenas duró cincuenta segundos. En cuanto terminó, Quintus tuvo la sensación de que los estaban observando. Todas las personas que estaban junto a la fuente de Aretusa les miraban conmovidas.

—¡Mierda! ¡Avisarán a los hombres de las murallas! Vamos.

—Mira —gruñó Marius.

A Quintus se le cayó el alma a los pies. Al otro lado de la fuente había aparecido un grupo de soldados. Eran demasiados para enfrentarse a ellos.

—¡Vamos!

Se internaron rápidamente en el túnel, lanzas en mano. Sus pisadas y respiración fuertes resonaban en el espacio estrecho. Tenían que recorrer unos treinta pasos. Sin embargo, antes de llegar al final, una silueta se cernió en la entrada. Quintus pensó que se trataba del último guardia.

—¿Pericles? —llamó el hombre—. ¿Eres tú?

—Sí —repuso Quintus tapándose la boca con la mano. Preparó la lanza. «Gran Júpiter, que los soldados recién llegados no griten», rogó en silencio.

—Sí que vas con prisa. ¿Es que

¿tienes ganas de cagar? —preguntó el guardia con una risa burlona.

Quintus lo atravesó con la lanza y pasó de largo. Marius volvió a apuñalarlo para asegurarse. El guardia cayó gorgoteando en su propia sangre. Quintus miró hacia atrás en el túnel. No se veía a nadie, pero oía gente hablando en voz alta.

—Lástima que no podamos sellar la puerta exterior.

—Esa es la menor de nuestras preocupaciones —repuso Marius, empujándole hacia delante.

Salieron a las rocas que se extendían bajo la base de las

murallas. El malecón era un entarimado precario que sobresalía a nivel del mar con diez o más barcos pesqueros amarrados en él. Había un par de pescadores ocupados en sus barcos y Quintus vio a Pera en la embarcación del viejo. Junto a él había alguien más que parecía estar soltando las amarras.

—Puto Pera —maldijo Quintus.

—¡Ese cerdo ni siquiera nos espera!

—¡Todavía estamos a tiempo de llegar!

Bajaron por las rocas como pudieron y fueron a parar al

entarrimado, que se balanceaba bajo sus pies.

—¡Señor! —llamó Quintus en voz baja—. ¡Espera!

Cuando Pera los vio, musitó algo al pescador, un hombre que Quintus no reconoció y que introdujo el último amarre en el barco.

A Quintus no le quedaba aliento suficiente para maldecir, pero le embargó la ira al ver que Pera los abandonaba a propósito. Echaron a correr a toda velocidad, Quintus el primero. Había cubierto la mitad de la distancia cuando se oyó un estrépito mayúsculo detrás de él. Miró por encima del hombro y se

quedó horrorizado al ver que Marius desaparecía a medias por un boquete entre las vigas podridas. Dio un patinazo para parar y se dio cuenta de que varios soldados salían del túnel. «¡Mierda!»

Quintus lanzó una mirada al barco. Solo se había alejado un cuerpo del malecón; el pescador todavía no había izado la vela. Todavía podían alcanzarlo a nado. Se tumbó e intentó alcanzar a Marius, que profería juramentos por culpa de las astillas de los tablones rotos.

—¡Cógeme la mano!

—¡Estoy herido! —gimió Marius

cuando Quintus lo alzó.

—Ponte de pie, ponte de pie. Ya te examinaremos a bordo —dijo Quintus. Deslizó la mirada por debajo de la cintura de Marius. No podía ser bueno que hubiera tanta sangre y huesos que sobresalían, sobre todo ahora que tenían que nadar. Alzó la vista y vio que los soldados ya habían llegado al final del malecón. Intentó sujetar a Marius, pero su amigo lo apartó.

—Déjame.

—¡No! —Quintus hizo otro esfuerzo por levantarlo, pero Marius no tenía ninguna herida en los brazos, solo que se resistía con

fuerza a que lo cogiera.

—¡Estoy acabado, Crespo! Si no te vas, moriremos los dos. ¿Qué sentido tiene?

A Quintus le entraron ganas de llorar, pero Marius tenía razón. El primer soldado estaba a apenas veinte pasos de distancia.

—Ponme de pie. Los retendré para que tú puedas saltar.

A Quintus se le formó un nudo en la garganta de la emoción. Solo fue capaz de asentir. Rodeando a Marius por los hombros, consiguió incorporar a su amigo. Marius bramó de dolor cuando intentó sostenerse con la pierna herida.

Respiró hondo y le clavó la mirada a Quintus.

—Dame la lanza.

—Toma.

—Sálvate. Pera te ayudará a subir al barco si llegas hasta él. ¡Márchate!

—Voy. —Quintus cogió con fuerza el brazo de Marius antes de darse la vuelta y huir.

—¡Vamos, apestosos follaculos griegos! —oyó que gritaba Marius en griego—. ¡Un romano vale por diez de vosotros! —Los soldados siracusanos respondieron con unos cuantos insultos.

Quintus notó que los maderos se

movían a medida que avanzaban por el malecón, pero no volvió la vista atrás. No podía. Había un espacio abierto al final del entarimado y fue disparado hacia él. Ahora el barco tenía la vela izada. A pesar de la protección que ofrecían las murallas, había un poco de brisa para hincharla. Tendría una posibilidad antes de que la embarcación le quedara fuera del alcance.

Quintus aminoró el paso lo suficiente para tirarse de cabeza al agua con los brazos estirados. No era ningún experto, pero había visto muchas veces a los hombres

que buceaban en busca de crustáceos en las costas de Campania. El agua estaba sorprendentemente fría. Moviendo brazos y piernas, Quintus atravesó la superficie salpicando a diestro y siniestro. El barco estaba a unos quince pasos de él e iba ganando velocidad. Pero le observaba con expresión inescrutable. Quintus nadó hacia la embarcación con todas sus fuerzas. Desde el malecón se oía el sonido de hombres que luchaban. Así pues, Marius seguía vivo. A pesar de la distancia cada vez mayor del barco, Quintus redobló sus esfuerzos. El

sacrificio de su compañero no debía ser en vano.

Quintus perdió toda noción del tiempo y el espacio. Notaba el picor de la sal en los ojos, la quemazón en el fondo de la boca y que las extremidades le empujaban hacia delante. Más allá solo veía el barco. Al final, por increíble que pareciera, llegó casi a alcanzarlo. Con un gran esfuerzo, nadó lo bastante cerca para tocar el casco. El pescador lo vio y Quintus rezó para que fuera él quien le tendiera una mano. Pero fue el rostro de Pera el que apareció por el lado y su mano la que empuñaba un remo como si de

un arma se tratara. Conmocionado, Quintus tragó agua y se agitó hacia atrás para apartarse. «Va a descalabrarme.»

—Si reman dos personas, ganaremos velocidad —dijo una voz... la del pescador.

Los ojos de Pera denotaron decepción, cogió el remo de otro modo y se lo tendió a Quintus.

—¡Agárrate!

Quintus obedeció no sin cierto recelo. Se sintió aliviado cuando Pera le ayudó a subir y le tendió la otra mano. Intercambiaron una mirada de mutuo desagrado, o incluso odio, antes de que Quintus

levantara el brazo del agua en dirección al de Pera.

—Rápido, rápido —instó el pescador mientras Quintus caía de cualquiera manera sobre la cubierta—. ¡Los artilleros no se quedarán parados!

Quintus no dirigió la mirada hacia las murallas sino hacia donde se había quedado Marius. No vio más que su cadáver ensangrentado. «Moriste bien, hermano», pensó entristecido. Varios soldados enemigos habían corrido hasta el extremo del malecón, desde donde arrojaban lanzas. Ninguno era capaz de alcanzar la embarcación

ni, por lo que parecía, sabía navegar. Ningún hombre subió a una de las otras barcas de pesca. Alentado, Quintus les hizo gestos obscenos.

—¡Que os den, hijos de puta!

—No malgastes saliva. —Se encontró con que le obligaban a coger algo—. Coge esto y rema —ordenó Pera.

—Señor. —Quintus tomó el remo, que era poco más que un trozo de madera con un extremo ligeramente más grueso que el otro, y lo colocó en el sencillo tolete para introducirlo en el agua desde allí.

—A la de tres. Una, dos, tres. ¡Dale! —ordenó Pera—. Un, dos, tres. ¡Dale!

Como el viento había hinchado la vela, sus esfuerzos ayudaron al barco a surcar las aguas a una velocidad considerable. El otro extremo estaba a dos mil pasos, pero a los cuatrocientos ya estarían fuera del alcance de la artillería enemiga. Quintus calculó que ya habían recorrido un cuarto de esa distancia. Miró hacia las murallas con nerviosismo. Seguía sin haber actividad.

—No recuerdo la última vez que sopló viento de levante en este

puerto —declaró el pescador—.
Nunca pasa.

—Hoy Fortuna debe de haberse
sentado encima de la polla de Euro
—declaró Pera—. Está de buenas.

Quintus sonrió a pesar de lo
mucho que odiaba a Pera. Se
consideraba que Euro, el dios
griego del viento del este, traía
mala suerte, pero el barco
navegaba tan rápido gracias a él.

¡Fiuuu!

Aquel sonido tan familiar hizo
que a Quintus se le revolviere el
estómago. Había una nube de
movimiento a cierta distancia a su
derecha y una gran salpicadura

cuando una flecha grande segó el agua.

—¡Remad! ¡Remad! —gritó el pescador.

Quintus y Pera encorvaron la espalda. Los remos se alzaban y descendían casi al unísono, una y otra vez.

Fue como si el primer proyectil hubiera sido una señal para el resto de los artilleros. «¡Fiuuu! ¡Fiuuu! ¡Fiuuuuuu! ¡Fiuuu!» El ambiente se llenó de ese sonido mortífero y el agua que rodeaba la embarcación recibía una y otra vez el impacto de las flechas. Una alcanzó la cubierta en la base del mástil y otra

agujereó la vela, pero no hubo más daños. Una segunda ráfaga siguió rápidamente a la primera, pero la pequeña barca y sus ocupantes tampoco sufrieron daños importantes.

Las ráfagas terminaron con la misma brusquedad con la que habían empezado. Quintus estaba más nervioso que satisfecho. Se encontraban en el límite del alcance de las flechas, lo cual significaba que lo siguiente que recibirían serían piedras. Empezaron a arrojarlas enseguida, pero la batería de proyectiles también resultó poco eficaz. Lanzaron una

media docena de piedras antes de que la barca tuviera vía libre para completar su trayecto.

Quintus pensó que quizá su munición fuera demasiado valiosa para desperdiciar en un par de espías. No aguardó la orden de Pera. Alzó el remo del agua y se dejó caer junto a él en la cubierta. El centurión le dedicó una mirada iracunda pero hizo lo mismo. Se quedaron sentados en silencio. Quintus era incapaz de apartar de su mente la muerte de Marius y la imagen de Pera ordenando al pescador que se marchara del malecón sin ellos. Su dolor se

convirtió en ira candente.

—Pensabas dejarnos atrás, señor.

—Tonterías, pensaba que os habían apresado.

—¿Incluso cuando estábamos en el malecón, señor?

—Era imprescindible sacar el barco al puerto. He pensado que los dos sabíais nadar —espetó Pera.

—Marius no sabía, señor. —Le entraron ganas de añadir: «Si hubieras estado allí, quizá le habríamos salvado», pero no se atrevió.

—Bueno, todos hemos oído la historia de cómo salvaste a un

compañero de morir ahogado. Habríais podido llegar al barco.

Quintus no respondió. ¿Qué sentido tenía? Pera negaría todas las acusaciones y más todavía cuando se reencontraran con los suyos. Ahí, el rango inferior de Quintus restaría valor a su testimonio. «Tenía que haber dejado que los soldados descubrieran a este capullo —caviló—. Si lo hubiera hecho, los guardias de la puerta no habrían sospechado de nosotros y Marius estaría vivo.» En ese mismo momento, Quintus pensó en matar a Pera ahí mismo. Igual que antes, la presencia de

otra persona fue lo que se lo impidió. Para asegurarse de que no hablaba, Quintus tendría que asesinar al pescador a sangre fría, y no estaba preparado para hacer tal cosa.

—Me pregunto quién le contó nuestro plan a Epícides —planteó Pera.

Ese detalle acudió a su mente, pero Quintus tuvo que volver a morderse la lengua. El oficial que estaba al mando de los soldados que llevaban al cautivo había mencionado a Atalo. Quintus llegó a la conclusión de que no podía tratarse de una coincidencia.

Aquello ya no era solo cuestión de la muerte de Marius y de que Pera les habría dejado morir a los dos sin contemplaciones. La dichosa conspiración —el plan maestro de Marcelo para acabar el asedio— se había ido al garete porque Pera no había tenido ganas de convencer a un hombre más. Por todos los dioses, ¿qué haría Marcelo si se enterara de eso?

Quintus miró a Pera de soslayo. El centurión no había oído lo que él porque de lo contrario no estaría preguntándose cómo era que sus esfuerzos habían resultado en vano. Sin embargo, Quintus tampoco

podía decir nada sobre aquello o Pera intentaría matarlo por segunda vez. Le embargó una mezcla de furia y frustración. Era preferible que mantuviera la boca totalmente cerrada.

Era una medicina muy amarga que tragar. Ni siquiera podría decírselo a Urceus, no fuera que se dejara llevar por el mal genio. Quintus no quería cargar con otra muerte en su conciencia. La rabia de la impotencia bullía en su interior. Pera saldría de aquello como el oficial valiente que había arriesgado su vida por Roma, pero cuyos esfuerzos habían sido en

vano por culpa de acontecimientos que escapaban a su control. Quintus no sería más que el hastatus que había obedecido órdenes y Marius el soldado que había muerto durante el cumplimiento de su deber.

Agradeció entonces que le viniera a la mente una vieja máxima que le gustaba repetir a su padre: «Si no es el mejor momento para atacar al enemigo, contente. Retírate si es necesario. Mantén la hoja afilada. Tenla preparada. Algún día te llegará la oportunidad.»

—¡Eh, Hanno!

Hanno desvió la mirada de la magnífica vista de Ortygia y el Puerto Grande. Se encontraba en las almenas de la fortaleza de Euríalo y había estado mirando hacia el sur. Kleitos le llamaba, así que caminó para reunirse con su amigo, que subía las escaleras desde el patio situado más abajo.

—¿Qué te trae hasta aquí?

—¡El vino, por supuesto! — Kleitos le dio una palmada en el hombro y Hanno le devolvió el gesto.

La aparición inesperada de Kleitos en Siracusa un par de

semanas después del regreso de él y Aurelia, dado que Hipócrates quería dar más noticias a su hermano, había sido motivo de alegría para ambos. Sus obligaciones los mantenían separados la mayoría de los días pero lo compensaban al atardecer, cuando solían reunirse para beber juntos. Kleitos raras veces mencionaba lo que había sucedido en Enna, pero resultaba obvio que agradecía la compañía de Hanno. Dado que Kleitos era su único amigo en Siracusa aparte de Aurelia, el sentimiento era mutuo.

—Supongo que estabas tomando

el aire y disfrutando de la vista, ¿no? —Kleitos hizo un gesto por encima de la muralla.

—Sí, no es tan espectacular como Acragas pero vale la pena contemplarla.

—Cierto. Ahí era más bonito porque no había romanos a la vista. —Kleitos escupió en dirección a las fortificaciones enemigas, que resultaban claramente visibles más allá de las marismas que conducían desde las murallas hasta el río Anapos, que desembocaba en el Puerto Grande.

—Sí, en parte —reconoció Hanno. La primera vez que había

llegado a Siracusa había ocupado el mando en las defensas con vistas al mar. Tras el primer asalto naval, era muy raro ver a los romanos, aparte de algún que otro trirreme a lo lejos. Aquí, en la nueva posición de su unidad, cerca de la puerta de Hexápila, era distinto. Las murallas de Marcelo circundantes eran un recordatorio constante de que el asedio continuaba—. Pero no has venido a buscarme para ir a beber. No es tan tarde.

—Qué bien me conoces. — Kleitos adoptó una expresión más seria—. ¿Aurelia está por aquí?

—Está en casa. Ya sabes cómo

funciona esto —contestó Hanno, captando las primeras señales de alarma.

Desde el encuentro de Aurelia con Cara Picada en Acragas, pasaba el mayor tiempo posible dentro de casa durante las horas del día. Era duro para ella, pero ambos estaban de acuerdo en que era preferible a que otro guardia la reconociera después del tiempo pasado en el palacio. Otro de los motivos por los que vivían ahí era para mantener el anonimato, alejados del centro de Siracusa. Hanno no se lo había dicho a nadie, pero también había elegido Euríalo debido a la red de

túneles que discurría por debajo. El principal objetivo era permitir a los defensores aparecer desde lugares inesperados y abalanzarse sobre cualquier atacante que consiguiera llegar a las bien defendidas puertas. Pero había uno, desconocido para todos salvo los oficiales de alto rango, que discurría bajo las murallas a lo largo de tres estadios y que desembocaba en un pequeño desfiladero. Si la ciudad caía alguna vez, Hanno quería una salida. Quizá fuera posible huir por mar, pero siempre era mejor tener más de un plan.

—Espero que no hayas venido

por ella...

—No, no. No hay motivos para preocuparse de Aurelia. —Vio el ceño fruncido de Hanno—. Ni por ti.

—Menos mal. Ya sabes que soy tan leal como el que más, pero con tanta denuncia... pues... ¿A cuántos hombres han ejecutado ya?

—Había una conspiración para entregar la ciudad a los romanos, amigo. Los espías mataron a varios soldados durante la huida y les han visto zarpar desde el malecón de los pescadores que está cerca de Ortygia.

—Lo sé. —Hanno había oído la historia de los tres romanos que

habían conseguido salir peleando con los centinelas y que habían robado un barco. Dos de ellos habían conseguido escapar y evitar la ráfaga de artillería. «Qué valientes», pensó—. Hubo tantos que confesaron cuando los detuvieron que Atalo debía de estar diciendo la verdad. Sin embargo, he oído rumores de que la única culpa de algunos hombres que fueron apresados era la de ser enemigos de él. He tenido poco trato con él, pero el poco que he tenido ha sido desagradable. Es un canalla. Tenemos suerte de que los conspiradores no le incluyeran en el

complot. Si lo hubieran incluido, Atalo no habría tenido motivos para sentirse excluido y apuesto a que se habría apuntado al plan sin problemas. En estos momentos, la ciudad estaría en manos romanas.

—No te lo voy a discutir —dijo Kleitos—. Pero Atalo no sería tan estúpido como para acusarte. ¡Para empezar, te envió Aníbal!

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Hanno pensó en Hostus, uno de los enemigos de su padre en Cartago.

—Por increíble que te parezca, algunos de los míos nos venderían a los romanos.

—Puede ser, pero tú no eres uno de ellos. De hecho, estoy aquí por tu lealtad. —Le guiñó el ojo al ver el interés genuino de Hanno—. Un pajarito me ha contado que por la mañana te ordenarán que vayas a palacio. Epíctides va a mandar a un enviado a Filipo de Macedonia y quiere hablar contigo del tema antes de que el mensajero parta.

Hanno se sorprendió. «Aníbal querrá enterarse de esto», pensó.

—¿En serio?

—A lo mejor es porque el imbécil de Hipócrates no está aquí. Es el hermano más dominante, pero Epíctides tiene la cabeza más fría.

—Es verdad —repuso Hanno. Epíctides no le había maltratado desde su regreso, pero tampoco le había pedido nada aparte de las tareas más comunes—. Me parece estupendo que pida ayuda a Filipo. En cuanto Aníbal consiga un puerto, los macedonios podrían aterrizar en Italia, así como mi gente, obviamente.

—Espero la llegada de ese día. Y si de mí depende, Siracusa también enviará ayuda a Aníbal cuando los romanos sean derrotados aquí.

—Eso se merece una copa —declaró Hanno, encantado—. ¿Volverás a casa?

—Solo si insistes —repuso Kleitos con una sonrisa.

—Aurelia se alegrará de verte. El encierro le resulta duro.

—Bueno, no durará eternamente. Cuando Himilcón llegue con su ejército, la balanza volverá a inclinarse a nuestro favor.

—Eso es lo que yo le digo, pero le preocupa lo que pueda pasar cuando regrese Hipócrates —explicó Hanno con el ceño fruncido. «Ojalá los dioses me brinden la oportunidad de matarlo entonces.»

—La mantendremos oculta hasta que hayamos machacado a los romanos, amigo, no temas. Cuando

acabes tu misión, puedes viajar a Italia con ella.

Hanno asintió e hizo ver que se contentaba, lo cual era cierto en su mayor parte. Lo ideal no era que Aurelia volviera a convertirse en una seguidora del campamento y le siguiera por toda Italia, pero parecía la única forma de evitar separarse.

Al ver los campamentos enemigos a lo lejos, dejó sus preocupaciones a un lado. No valía la pena adelantarse a los acontecimientos. Hasta que los romanos del exterior de la ciudad fueran derrotados, todo lo demás

resultaba irrelevante. Mientras tanto, él y Aurelia seguían juntos.

Aparte de cumplir con sus obligaciones y enviar mensajes a Aníbal, eso era lo que importaba.

Aurelia estaba harta de ocultarse, cansada de la falta de compañía. Se había aprestado a buscar a Elira cuando ella y Hanno habían regresado, pero se había disgustado al ver que la iliria ya no deseaba verla con frecuencia. El motivo de Elira, que no había resultado ser tan sorprendente para Aurelia, era que había conocido a

un soldado en los meses en que Aurelia se había ausentado. Era comprensible que deseara pasar tiempo con él. Así pues, las escasas ocasiones alegres como la visita de Kleitos la noche anterior resultaban incluso más conmovedoras. Desde el momento en que Hanno se marchaba cada mañana, cada hora que pasaba le parecían diez. «Vivo en una cárcel», pensó Aurelia con amargura, echando una mirada a la sala de estar. Tenía que reconocer que era espaciosa y estaba bien amueblada —Hanno se había encargado de ello—, y había dos ventanas, por lo que era luminosa.

El gato Aníbal le hacía compañía, pues Aurelia había insistido en recuperarlo de manos de Elira, con quien lo había dejado. Sin embargo, todo aquello solo ayudaba un poco. Las tres habitaciones: la sala de estar, el dormitorio y una zona para cocinar con una pequeña letrina adyacente no eran más que una cárcel.

En otras circunstancias, Aurelia apenas habría percibido los ruidos cotidianos procedentes de la calle de abajo. Ahora le parecían una tortura porque representaban un mundo normal, del que ella no podía formar parte. Los niños

gritaban de placer mientras jugaban; los tenderos pugnaban por acaparar la atención de los transeúntes prometiéndole que su pan, sus artículos de ferretería, su vino era el mejor de Siracusa; los hombres saludaban a los soldados que conocían y les acribillaban a preguntas sobre el estado de las defensas y el despliegue del enemigo. Las mujeres se quejaban del precio de los alimentos, del comportamiento de sus hijos, de que sus esposos no las escuchaban. A Aurelia le había dado por quedarse al lado de las ventanas, fuera del alcance de visión de los

demás, y escuchar con anhelo lo que llegaba a sus oídos. Cuando oía a soldados bromeando entre sí pensaba en Quintus, que quizás estuviera a escasos kilómetros de distancia, y se sentía aliviada. Sin embargo, lo que a Aurelia le parecía más duro era oír llorar a un bebé o a un niño pequeño llamando a su madre. El dolor por la pérdida de Publius que apenas había cicatrizado volvía a recrudecerse y acababa hecha un mar de lágrimas. ¿Por qué había decidido viajar a Rhegium? ¿Por qué no se había quedado en Roma? El hecho de que a Publius se lo hubiera podido llevar

la enfermedad tanto allí como en Siracusa le resultaba de poco consuelo. En una parte de su mente, ella vivía en Roma con un hijo sano y feliz y de vez en cuando recibía cartas de su hermano.

Volvió a desear que la guerra hubiera terminado, que ella y Hanno pudieran establecerse y llevar una vida normal. No hablaban demasiado sobre la lucha —¿qué más daba?—, pero quedaba claro que él consideraba que la próxima campaña representaría una victoria decisiva para Cartago y Siracusa. La envergadura del ejército de Himilcón y sus elefantes daban

crédito a esa teoría. Parecía un tanto traicionero esperar tal resultado, dado que Aurelia seguía sintiéndose romana, pero parecía la única manera de que llegaran a poder dejar la ciudad, la única manera de retomar una existencia normal. Sin embargo, incluso eso sería pasajero, pensó con aire cansino. Los juramentos de Hanno implicaban el regreso a Italia y al ejército de Aníbal. Para ella, aquello significaba vivir en un campamento de seguidores. Hanno aseguraba que allí estaría a salvo, pero, después de los días que había pasado en uno, Aurelia sabía que su

existencia no sería nada fácil.

Había otra opción, una que a ella ni siquiera le gustaba reconocer. Después de todo lo que Hanno había hecho por ella —rescatarla de Hipócrates y ayudarla a enterrar a Publius no eran más que dos ejemplos—, pensar en dejarlo le parecía la máxima traición. No obstante, cuando la soledad y el dolor la embargaban, no lograba evitar planteárselo: fantaseaba acerca de escapar a los campamentos romanos situados en el exterior de la ciudad para buscar a Quintus. Después podría viajar a Rhegium y averiguar si su esposo

Lucius estaba vivo o muerto. Entonces le abrumó un nuevo sentimiento de culpa: ¿y si se había recuperado de las heridas? ¿La habría dado él por muerta con tanta facilidad como ella a él? Lo dudaba. ¿Significaba aquello que tenía que haber seguido siéndole leal a Lucius en vez de traicionarlo con Hanno? Aurelia decidió que no. Su unión con él había sido práctica pero estéril, típica de un matrimonio concertado. No había habido nada de la pasión que sentía con Hanno. Publius había sido el vínculo que los había unido. Una vez muerto, no habrían quedado nada más que

recuerdos cargados de dolor.

Tampoco podía regresar a la finca familiar porque en Campania todavía había luchas dado que Capua seguía apoyando a Aníbal. Quintus no regresaría allí hasta que terminara la guerra. Su única otra opción era Roma y la casa que había compartido con Lucius. Al pensar en ello cayó en la cuenta de la realidad. Regresar no implicaría más que trasladar lo que tenía allí a otro lugar, con la clara ausencia de Hanno.

Aurelia suspiró. Había que aceptar la vida tal como se presentaba, pero eso no significaba

que tuviera que permanecer encarcelada para siempre. Salir por la puerta poco daño podía hacerle, ¿no? Era muy poco probable que los guardias de palacio se aventuraran a esas zonas de la ciudad. A plena luz del día, no la abordarían otros hombres. Si no hablaba con nadie, no revelaría su acento romano. Además, los baños a los que Hanno la había llevado una vez no estaban lejos.

Se animó de inmediato.

La vida podía continuar. La vida continuaría.

Con Hanno.

20

Al cabo de un día de regresar sanos y salvos, la noticia de que Atalo había sido quien revelara la conspiración para abrir la puerta de las murallas de la ciudad llegó a los campamentos romanos. Los

ochenta conspiradores habían muerto torturados y, como advertencia inequívoca de Epícides, las cabezas de muchos se habían arrojado a una tierra de nadie situada entre Siracusa y las fortificaciones romanas. Que Quintus supiera, la cabeza de Marius no se encontraba entre ellas, pero le aterraba pensar en lo que los siracusanos le habrían hecho al cadáver de su amigo. Anhelaba dar ya por terminado el asedio y vengar la muerte de otro compañero una vez más.

También deseaba revelar el papel desempeñado por Pera en la

traición de Atalo, pero sabía que sería en vano. Como para demostrar que sus preocupaciones estaban fundamentadas, a Pera le había dado por fisgonear por las tiendas del manípulo, con la excusa de comprobar si Quintus estaba bien. Su verdadero objetivo quedó puesto de manifiesto en una ocasión cuando mencionó a Atalo en una conversación como si nada. Quintus no dejó traslucir emoción alguna y dijo que había habido tantos canallas siracusanos que hacía tiempo que había olvidado su nombre. Dio la impresión de que Pera se quedaba satisfecho, pero, a

partir de ese momento, Quintus procuró no ir solo a ningún sitio, sobre todo de noche.

El asedio se prolongó sin indicios de cambio. El tiempo fue tornándose más cálido y agradable y los días grises y nublados del invierno se convirtieron en un recuerdo lejano. A medida que transcurrían los días, las temperaturas fueron ascendiendo y Quintus y sus compañeros se resignaron ante la llegada de otro verano achicharrante y polvoriento mientras vigilaban las fortificaciones situadas en el exterior de la ciudad. Como era de

esperar, la moral del manípulo bajó. La idea de salir a patrullar, algo que habrían querido evitar, se convirtió en el sueño de todos. Cuando Corax escuchó por casualidad a Quintus y Urceus un día hablando de esto, se echó a reír y les dijo que no albergaran tal esperanza.

—Agradeced que no estamos destacados en el sur de la ciudad, cerca de las dichas marismas —advirtió—. Ahí los hombres están cayendo como moscas por culpa de la malaria, las fiebres, la disentería y otras enfermedades. Por lo menos no tenemos que preocuparnos de

esas cosas.

Las palabras de Corax sirvieron de poco consuelo mientras Quintus y Urceus iban de un lado a otro de las murallas día tras día, sin otra misión que observar las murallas lejanas e inexpugnables de Siracusa. Daba la impresión de que la monotonía no tendría fin.

La situación cambió dos noches más tarde. Corax se acercó caminando a donde Quintus y sus camaradas estaban sentados en el exterior de su tienda. Se intercambiaron los saludos correspondientes, le ofrecieron vino y se pusieron a charlar de forma un

tanto torpe. Quintus, al igual que sus compañeros, se preguntaba el objetivo de la presencia de Corax. Siempre les visitaba con algún motivo encubierto, pero a los hastati no les correspondía preguntar.

—¿Os habéis enterado de lo del espartano al que unos chicos de la marina han apresado hoy? — preguntó Corax de repente.

Quintus aguzó el oído.

—No, señor.

—Se llama Damipo. Resulta que Epícides lo enviaba a hablar con el rey Filipo de Macedonia. —Entonces Corax captó la atención de todos.

Hacía tiempo que Aníbal y Filipo eran aliados, el rey de Macedonia había atacado las colonias romanas de Iliria hacía dos años. Había sido derrotado, pero su hostilidad hacia la República permanecía intacta. No era de extrañar que Epícides, que, como la mayoría de los siracusanos, tenía orígenes griegos, intentara conseguir la ayuda de Filipo.

—Supongo que Damipo no va a llegar a Macedonia en un futuro próximo, señor —dijo Urceus con una risita burlona que compartieron el resto de los miembros del contubernium.

—Eso es lo que cabría pensar,

pero Epícides está desesperado por pagar el rescate —explicó Corax—. A las pocas horas de la captura de Damipo, enviaron a un mensajero desde las murallas.

—Pero el cónsul no estará pensando en entregarlo, ¿no? —preguntó Urceus.

—Ahí es donde se complica el asunto, hastatus. Esparta está aliada con la Liga Etolia. Nuestro Senado desea formar una unión similar, porque siempre conviene tener amigos en la costa griega, sobre todo si hay que emprender acciones militares contra Macedonia. Pagando el rescate por

Damipo, tendríamos más posibilidades de que los etolios miraran con buenos ojos nuestros acercamientos diplomáticos.

Quintus echó un vistazo al círculo de rostros extasiados y se dio cuenta de que Corax tenía entonces a todos los hastati pendientes de él. Como soldados rasos, nunca recibían información de ese calibre. Haciéndoles partícipes de la noticia, Corax incrementaba la lealtad hacia él, sin que ellos siquiera fueran conscientes de ello. Aunque identificaba la táctica, Quintus sentía lo mismo. Corax era tan

buen comandante como luchador. Lideraba desde el frente y siempre se exponía a los mismos peligros que sus hombres. Cuidaba de ellos como si fueran sus hijos rebeldes y, a cambio, pensó Quintus con vehemencia, lo adoramos.

—¿Por qué nos cuentas esto, señor? —Urceus expresó la pregunta que todos tenían en mente.

—El otro día os quejabais de que os aburríais.

Urceus se sonrojó y Quintus se interesó de repente en la tira de una sandalia.

Corax se rio por lo bajo.

—Tranquilos. No se trata de una misión de castigo. Marcelo ha aceptado hablar con los siracusanos acerca de Damipo. La reunión tendrá lugar en la torre llamada Galeagra.

—¿En Galeagra, señor? Está enfrente de nuestra sección. — Quintus se abochornó al oír la obviedad que acababa de soltar Placidus.

Pero Corax continuó de todos modos.

—Eso es. Motivo por el que Marcelo es partidario de que este manípulo aporte una centuria para acompañar a sus oficiales a la

negociación. —Los hastati expresaron lo contentos que estaban con la decisión y Corax sonrió—. Debería ser sencillo, hermanos. A no ser que ocurra algún desastre, no habrá pelea alguna. Tendréis la oportunidad de ver las murallas de cerca sin el riesgo de que las piedras de las catapultas enemigas se os estrellen en el cráneo, además de calibrar el valor de los soldados que acompañarán a los enviados de Epícides.

—Es un honor para nosotros, señor —aseguró Quintus—. ¿Cuándo va a celebrarse la reunión?

—Mañana. Justo antes del amanecer, antes de que apriete el calor.

—¿Qué otras tropas estarán presentes, señor? —preguntó Quintus.

—Una centuria de extraordinarii. Todos sabéis cómo son esa panda de engreídos, así que vuestro equipo tendrá que estar a la altura de una plaza de armas. Cualquiera que no dé la talla tendrá que vérselas conmigo.

Los compañeros de Quintus gruñeron entre dientes por el trabajo extra que Corax les exigía, pero se quedaron contentos de

todos modos. Sería emocionante ver las defensas enemigas de cerca, pero a Quintus le pareció que lo mejor de todo era que Pera no estaría presente.

Corax inspeccionó a su centuria cuando el sol naciente todavía teñía el horizonte por el este. Habían formado, en el recuadro que formaban sus tiendas y los establos de las mulas, ocho hombres de largo por seis de ancho. Los quince velites se quedaron a un lado formando un pequeño bloque. En teoría, tendría que haber ochenta

soldados en total, pero hacía tiempo que no se daba el caso. Había cuatro hombres con fiebre o con inflamación ocular en el hospital del campamento. Dos se estaban recuperando de alguna lesión y el resto estaban muertos. Los reemplazos llegarían a su debido tiempo, pero no se sabía cuándo ni dónde. Las legiones de Sicilia no eran precisamente una prioridad para el Senado.

A pesar de la escasez de hombres, Quintus acabó reconociendo que presentaban buen aspecto. Las plumas triples que coronaban los cascos

relucientes se movían suavemente con la brisa del amanecer. Las cotas de malla que normalmente estaban oscurecidas por el óxido brillaban como la plata. El pulido enérgico había dotado a los accesorios de bronce de los cinturones y tiras de un atractivo color dorado. Como consecuencia de ello, a los hastati se les veía más orgullosos.

Quintus sintió una punzada de nerviosismo cuando Corax inició la inspección. Estar de campaña constantemente no presentaba demasiadas ventajas, pero una de ellas era que la inspección del

equipo y los desfiles eran prácticamente inexistentes. Hacía tanto tiempo que Quintus no se había preparado para uno de los escrutinios que Corax realizaba con mirada de lince que le preocupaba haberse dejado algún detalle. Por lo que parecía muchos otros se encontraban en el mismo aprieto. Cada ciertos pasos, Corax mostraba con un gruñido su desaprobación por un cinturón que no estaba lo bastante brillante, o una huella que resultaba visible en el tachón de un escudo. No obstante, para sorpresa de Quintus, no recibió ninguna crítica. Dio las gracias a Urceus

entre dientes, pues su amigo, que también sobrevivió al examen de Corax, le había ayudado a prepararse.

Corax dio a los hastati que había reñido un poco de tiempo para corregir sus errores; al resto les permitió descansar. Cuando estuvo satisfecho con los arrepentidos, hizo marchar a la centuria a la explanada situada justo en el interior de los muros del campamento. Llegaron unos instantes antes que los extraordinarii, lo cual fue de agradecer. Su centurión frunció el ceño cuando Corax lo saludó, lo

cual aumentó el gozo de los hastati. Quintus reconoció a Sattio, que se veía tan contrariado como su comandante por haber llegado en segundo lugar. «Que se fastidie ese gilipollas», pensó.

No obstante, se desanimaron al ver aparecer al grupo de oficiales que iba a encargarse de las negociaciones. Quienes le preocupaban no eran los dos tribunos, sino Pera. Dándose humos como siempre, lucía espléndido con un casco con penacho transversal y una coraza reluciente.

—Este hijo de perra llega a todas partes —le murmuró Quintus

a Urceus.

—Es primo de Marcelo. ¿Hace falta decir más?

El intento de Urceus por tranquilizar a Quintus tuvo un éxito parcial. No obstante, se aseguró de bajarse el casco un poco para que le cubriera mejor la frente y de dirigir la mirada al suelo. Pera sabía que estaba ahí dada la presencia de Corax, pero si evitaba que lo viera, nada saldría mal, ¿no?

El grupo se puso en camino con los extraordinarii en cabeza, igual que hacían cuando el ejército marchaba. Pera y los tribunos iban detrás de los soldados aliados,

junto con varios trompetas, escribas y esclavos. Corax y los hastati iban a continuación, y los velites cerraban la marcha.

El grupo tomó la ruta más segura, el camino que discurría por el interior de las fortificaciones romanas. Al llegar a la torre Galeagra fue cuando cruzaron el umbral de una puerta que los conducía a tierra de nadie. A los extraordinarii hubo que reconocerles el mérito de no aminorar el paso, pero eso no evitó que Quintus sintiera un escalofrío en la columna al abandonar la seguridad de sus filas. El rostro de

sus compañeros denotaba tensión e incluso Corax parecía nervioso. No obstante, la tregua se respetó. No lanzaron ningún proyectil cuando se acercaron a las murallas de la ciudad.

Su destino se encontraba al este de la Hexápila y al lado del puerto de Trogius, un fondeadero que los siracusanos habían utilizado con anterioridad para descargar mercancías y transportarlas a la ciudad. La zona estaba ahora bajo control romano, pero había caído en desuso gracias a la artillería enemiga. Cuando se presentaba la oportunidad, a Quintus y a sus

compañeros les gustaba nadar en el bajío al amparo de la oscuridad.

Dejando el agua a su espalda, la columna avanzó hacia Galeagra, una construcción hexagonal muy baja que protegía el punto en el que las murallas de la fortaleza unían el mar con la tierra. Resultaba inquietante ver a los defensores flanqueando el parapeto en silencio, sin mostrar las armas. Sin embargo, tal como Corax masculló, había que enseñar a esos cabrones su expresión valerosa. Así pues, los hastati siguieron adelante, con la cabeza bien alta y los escudos hacia arriba. A pesar de la

tregua, no podía descartarse un acto de traición. Había muchos hombres orando en susurros. No tenía nada de malo pedir la protección de los dioses cuando quizá no hiciera falta; Quintus hacía lo mismo. Mejor eso que acabar muerto.

La columna se detuvo cerca de la puerta. Los *extraordinarii* se situaron a la izquierda, lo más cerca del mar, mientras que los *hastati* se colocaron a la derecha. Los tribunos, con Pera y su comitiva, avanzaron un poco más que los soldados. El trompeta hizo sonar su instrumento. Era una versión

distorsionada de la «retirada», una serie de notas burlonas que suponía una llamada imperiosa para los siracusanos y que divirtió a todos los romanos presentes.

Los siracusanos debieron de captar la naturaleza insultante de la llamada del trompeta porque no hubo respuesta durante más de una hora. Durante ese tiempo, los tribunos hicieron tocar al trompeta dos veces más, pero fue en vano. Aunque las murallas estaban repletas de espectadores, la puerta permaneció cerrada a cal y canto hasta que el sol estuvo bien alto en el cielo. Los legionarios se estaban

achicharrando dentro de la armadura y un par de hombres hicieron ademán de coger el odre de agua, pero las amenazas de Corax les hicieron desistir enseguida. Las apariencias lo eran todo y por tanto su sed debía esperar.

La puerta se abrió finalmente sin previo aviso. La tensión fue en aumento, pero Corax se aprestó a tranquilizar a sus hombres en voz baja. Las tropas que aparecieron en fila doble se parecían a la infantería siracusana que Quintus ya había visto con anterioridad. Vestidos como los hoplitas griegos, llevaban

grandes escudos circulares y lanzas largas. Los contó mientras formaban una línea defensiva. Al llegar a ochenta, apareció un grupo de oficiales con corazas prominentes y cascos helénicos. Observaron a los romanos desde el lado de la puerta cuando la primera sección de sus tropas se colocó en forma de minifalange a unos cincuenta pasos del manípulo de Corax. Le siguió otro grupo de ochenta soldados que formaron frente a los extraordinarii. Entonces los oficiales siracusanos se situaron de cara a sus homólogos romanos.

—Esto tiene una pinta muy rara

—comentó Urceus mirando airado a los siracusanos—. ¡Vamos a luchar contra estos folla-cabras!

Como de costumbre, Corax le oyó.

—No hemos venido aquí para eso —dijo en voz baja—. Tenemos a esta gente bien vigilada y ya está, a no ser que uno de los tribunos diga lo contrario. Así pues, ayúdame, gran Júpiter, si uno de vosotros se atreve a rascarse las huevos sin que yo se lo diga, me encargaré personalmente de clavarle una espada en el vientre. —Se salió de la formación y marchó a un lado y otro de la primera fila,

repasando de arriba abajo a los hastati. Urceus evitó mirarlo a los ojos—. ¿Me habéis oído? —dijo en voz baja pero amenazadora.

—Sí, señor —repusieron con docilidad.

Al cabo de un momento uno de los oficiales siracusanos se acercó a los tribunos. No llevaba escudo y levantó los brazos para poner de manifiesto que iba en son de paz. Se paró a veinte pasos de los romanos. Tras una breve pausa, Pera avanzó para recibirlo. Hablaron y los dos hombres regresaron para informar a sus superiores. Acto seguido, los

tribunos convocaron a Corax. Regresó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tenemos que proteger a los oficiales, no a los dichosos extraordinarii.

Los hastati emitieron un murmullo de satisfacción. Aquel era un honor mayor del que habían esperado. Siempre era un tema delicado para la infantería formada por ciudadanos que un grupo de tropas aliadas protegiera al cónsul. Por muy tradición que fuera, les dolía. Aquello servía para reestablecer el equilibrio, por pequeño que fuera.

Corax no perdió el tiempo. Indicó a las primeras cinco filas de ocho hombres, entre los que estaban Quintus y Urceus, que formaran un cuadrado abierto. Los tribunos y Pera estaban seguros en el interior y marcharon para reunirse con los siracusanos, que también respondieron avanzando con un número similar de hombres. La tensión volvió a aumentar. Ningún soldado presente, de ninguno de los bandos, había estado jamás tan cerca del enemigo sin intentar matarlo. Quintus se planteó quién sería el primero en ordenar a sus hombres

que pararan. Se acercaron lo suficiente para ver la tensión que todos compartían reflejada en los rostros de los siracusanos, además del sudor que se les iba formando bajo el borde de los cascos. Seguían sin recibir la orden de parar. «Mierda —pensó Quintus—. ¿Qué pasará si les atacamos?»

Apenas cinco pasos separaban a los dos grupos cuando una orden en griego hizo detenerse de repente a los soldados enemigos. Al cabo de unos instantes siguió una orden similar en boca de un tribuno veterano. La victoria, por mínima que fuera, hizo sentir enseguida

superiores a los hastati. Se rieron disimuladamente de los siracusanos, que los miraron con expresión furiosa.

—¡Abrid filas! —gritó Corax.

La misma orden se repitió en griego.

Los cuatro romanos se reunieron con un cuarteto de siracusanos a apenas doce pasos de donde estaba Quintus. Para su sorpresa, Kleitos era uno de los oficiales enemigos. Se le veía más arrogante que nunca. Al igual que Pera, parecía estar ahí para actuar de intermediario para sus superiores.

Quintus y todos los demás

hombres que alcanzaban a oír, romanos o siracusanos, escucharon con gran interés el intercambio de saludos educados, en griego y latín, y la presentación de cada grupo de oficiales. Se acordó hablar en griego, ya que los tribunos, y especialmente Pera, lo dominaban más que los siracusanos el latín. Quintus se alegró porque así podría seguir todo el proceso. Se interesaron tanto por la salud de Epícides como por la de Marcelo y ambas partes se agradecieron mutuamente el respeto de la tregua.

Los cumplidos tocaron a su fin,

pero las negociaciones no avanzaban demasiado rápido. Al comienzo, los tribunos negaron que tuvieran cautivo a Damipo. Incluso después de reconocerlo, su actitud parecía indicar que Marcelo había ordenado alargar las negociaciones al máximo. Los siracusanos respondieron con la misma moneda, comportándose como si no les importara lo más mínimo si Damipo era repatriado o no, o si acababa crucificado. Cuando Corax miró hacia otro lado, Quintus explicó a Urceus lo que estaba pasando.

El diálogo continuó con el mismo

talante. Daba la impresión de que Pera desempeñaba un papel más importante del que Quintus había imaginado, lo cual le fastidiaba enormemente. La fama de Pera iría en aumento. Se entretuvo observando a los hoplitas. Tal como cabía esperar, se les veía recios. No tardó en desviar la mirada hacia la torre Galeagra. Su tamaño y ubicación rezumaban fuerza y una naturaleza inexpugnable. Algún día habría que tomarla y era difícil gozar de una oportunidad mejor para observarla con atención.

Quintus intentó no pensar en la artillería enemiga. Era mejor

suponer que en caso de ataque teórico, él y sus camaradas alcanzarían la muralla de una pieza. Sin embargo, la situación no mejoraría en la base de la torre. Entonces tendrían que soportar la ráfaga implacable de los lanzadores de flechas que asomaban por las aspilleras. Muchos más hombres morirían. Atacar la puerta podía parecer preferible a subir por una escalera, pero había muchos caminos para llegar al Hades. Aunque estuvieran bajo vineae, túneles artificiales cubiertos con paneles de cuero empapados de agua, mientras intentaran echar la

puerta abajo, los siracusanos podían matarlos desde arriba.

Enfadado, Quintus llegó a la conclusión de que nunca conseguirían tomar la dichosa ciudad. Él y sus compañeros pasarían el resto de sus miserables vidas asediándola, sin regresar jamás a Italia. La única forma de marcharse parecía ser morir al pie de aquellas defensas.

Volvió a dirigir la mirada hacia la torre. Qué bien construida estaba. Habían apilado grandes bloques de piedra caliza uno encima del otro con gran precisión. No había ni rastro de argamasa en los huecos

que quedaban entre las piedras. Quintus dudaba que pudiera ni siquiera introducir el extremo del gladius en los huecos. Entre los legionarios destacados al sur de la ciudad se rumoreaba que la piedra se había extraído de un lugar en el que hacía más de dos siglos se había agrupado a los soldados atenienses apresados por los siracusanos. Algunos decían que en la Oreja de Dioniso, un túnel en forma de hoja en el que las marcas del cincel de los canteros seguían resultando visibles, los ecos y los gritos de los atenienses todavía se oían con regularidad, que de algún

modo su esencia había empapado las piedras y otorgaba a las paredes una capa de protección invisible.

Quintus se desasosegó. «Tonterías», pensó, recordando a su padre, a quien se le daba muy bien echar por tierra tales rumores. «A no ser que hables con el hombre que vio las piedras cayendo del cielo o las estatuas moviéndose en el pedestal —le gustaba decir a Fabricius—, no te creas ni una palabra de lo que oyes.» De todos modos, a la muralla no le hacía falta ninguna ayuda sobrenatural. Su imponente solidez y altura bastaban para mantener a raya a

cualquier atacante. A ambos lados de Galeagra, tenía la altura de ocho grandes bloques de piedra y la torre tenía dos filas más.

Parpadeó.

Un hoplita acababa de salir por la puerta. Se protegió la vista del sol con la mano, se situó a la derecha de la entrada y permaneció unos instantes buscando a alguien. Aquello no interesó especialmente a Quintus. En lo que sí se fijó fue en que el hoplita se había colocado justo en la base de la muralla y que, más o menos, medía el doble que uno de los bloques de piedra. Entonces cayó en la cuenta. Desde

lejos y sin un hombre al lado, la muralla parecía mucho más alta de lo que en realidad era.

—¡La dichosa muralla no es tan alta como parece! —siseó.

Urceus lo miró con expresión extraña.

—¿Qué?

—¡Mira! —indicó Quintus, pero el hoplita se había movido. Sin prestar atención a la confusión de Urceus, Quintus inclinó la cabeza para localizar a Corax. Por algún motivo, su centurión estaba hablando con Pera, así que Quintus tuvo que morderse la lengua. Tenía ganas de decírselo a Corax, pero tendría que

esperar, aunque, si se lo decía más tarde, no habría manera de demostrar su teoría. Corax no se lo diría a Marcelo a no ser que tuviera pruebas de ello. No podía hacer nada.

A la mañana siguiente todos volvieron a Galeagra con excepción del tribuno novato. Según los chismorreos, tenía fiebre. Dada su ausencia, Pera asumió un papel más relevante que en la primera reunión que habían mantenido con los siracusanos. Aquello iba a marcar el tono de los dos días

siguientes: el tribuno solitario y Pera negociando con los oficiales enemigos por el precio de Damipo. Realizaban progresos lentos pero seguros. Una tarde Quintus se enfureció muchísimo al oír a Corax quejándose ante Vitruvius. Él estaba en el establo de las mulas para alimentar al animal que pertenecía al contubernium cuando los dos centuriones aparecieron. Por instinto, se escondió y el tono de la conversación le indicó que había hecho lo correcto.

—A este paso, a ese capullo lo ascenderán a ecuestre —gruñó Corax—. No me importaría si Pera

tuviera alguna habilidad especial, pero todavía estoy por descubrirle alguna. Es un puto arrogante e impetuoso que resulta que tiene un pico de oro.

—Además es pariente de Marcelo —dijo Vitruvius con ironía—. Eso ayuda.

—Sí. —Corax escupió—. Y si su plan descabellado acaba en nada, nunca oiremos decir que Pera fue el culpable de la caída de Siracusa.

—¿Qué plan?

Quintus aguzó el oído al máximo.

Corax soltó un bufido.

—Según parece, Pera ha hecho

buenas migas con uno de los siracusanos, que siente debilidad por el vino galo. Ahora escasea por motivos obvios. Pera ha insistido al tribuno en que deberían introducir un cargamento de vino para el siracusano, ayudados por los pescadores. Eso sería el comienzo, pero si eso tuviera una buena acogida, lo siguiente sería el oro. Al igual que la promesa de un cargo de gran autoridad, una vez la ciudad vuelva a estar en nuestras manos.

—Pera es osado, hay que reconocérselo. Pero ¿funcionaría?

—Aunque no funcione, Pera

seguirá lamiéndole el culo a Marcelo.

Si bien odiaba oír hablar de los éxitos de Pera, Quintus se alegró de aquella revelación. Corax podía aliarse con otro centurión contra él, pero lo cierto era que detestaba a Pera.

—Quizás huela un poco mal, pero es un buen sitio en el que estar si quieres ascender de escalafón social —reconoció Vitruvius con una risita.

—Tú y yo no somos así, viejo amigo.

—Pues no, gracias a los dioses, pero hay muchos hombres como

Pera. Lo peor de todo es que Marcelo no se da cuenta de cuando tiene a un adulator delante.

—Sí, acepta con entusiasmo la adulación. Y Pera... —Corax calló durante unos instantes antes de añadir—: Creo que hay muy pocas cosas que no sería capaz de hacer para conseguir sus propósitos.

—Espero que te equivoques —dijo Vitruvius.

—Yo también.

Las voces de los centuriones fueron apagándose a medida que se alejaron.

Quintus pensó que la táctica de Pera con el oficial siracusano podía

acabar en nada, pero, si no era el caso, tenía el ascenso asegurado. Lo destinarían a otro lugar y Quintus perdería la oportunidad de vengar la muerte de Marius. Aquello se le clavaba en la garganta como la astilla de un hueso de pollo. En aquel momento urdió un plan descabellado en su interior. ¿Y si fuera él quien proporcionara a Corax el modo de tomar la ciudad?

21

—¿Pretendes que deje mi puesto, trepe hasta tierra de nadie en la más absoluta oscuridad y camine hasta el pie de las murallas de la ciudad para que tú las midas?
—A Urceus se le quebró un poco la

voz al pronunciar la última palabra.

—No grites —le instó Quintus. Era de noche en el campamento romano y hacía ya rato que se habían acostado, pero eso no significaba que los otros cuatro estuvieran dormidos o que los hombres de las tiendas vecinas lo estuvieran.

—¿Te parece que he perdido la chaveta? —Los ojos de Urceus eran dos pozos de negra incredulidad—. Te aseguro que los siracusanos no nos están escuchando, pero ¿y si te equivocas acerca de la altura de las piedras? ¿Y si todo esto es en vano?

—¡Te estoy diciendo que tengo

razón!

No daba la impresión de que Urceus estuviera escuchando.

—¿Y si alguien aparte de Corax se entera de que no estamos? ¡Nos ejecutarán! E incluso si es Corax quien se entera, eso no nos garantiza nada.

—Lo sé, pero...

Urceus le interrumpió enfadado.

—Los demás también podrían ser condenados al fustuarium por dejarnos marchar. Porque tendrían que estar informados. —Fulminó a Quintus con la mirada.

Quintus respiró hondo. No se esperaba tanta oposición. ¿Y si

Urceus tenía razón? Pera era un grandísimo hijo de puta, pero él había cometido la estupidez de ganar la carrera de caballos. Tal vez fuera preferible dejar que el centurión se convirtiera en una estrella en alza fuera de su alcance. Cuando Pera desapareciera, podría olvidarse de él.

Entonces Quintus recordó el rostro de Marius en sus últimos momentos en el malecón. Recordó que su amigo se había quedado allí para morir a fin de que él sobreviviera y la sangre le bulló con ira renovada.

—¿Qué me dices de Marius? —Le

lanzó la pregunta a Urceus de forma tan acusadora que Placidus, el hombre que estaba al lado, se movió. A Quintus ya le daba igual.

—¿Qué tiene Marius que ver con esto?

Había llegado el momento de revelar lo que había ocurrido. De lo contrario, su amistad con Marius no habría significado nada. Dejaría que primero Urceus y luego sus compañeros juzgaran qué hacer.

—Ahora te lo cuento —dijo.

Para cuando Quintus hubo terminado el relato, se dio cuenta de que todos los hombres de la tienda le estaban escuchando. No

estaba seguro de si era Placidus quien había despertado a los demás, daba igual. Todos los miembros del contubernium, los soldados que habían sido amigos de Marius, sabían que la conspiración de Siracusa no habría salido mal si Pera hubiera contado con Atalo. Lo más importante para ellos era que la muerte de Marius podría haberse evitado.

—Ahora ya sabéis por qué quiero hacer esto —dijo respirando con pesadez.

Urceus le puso la mano en el hombro.

—Entiendo tu motivación, pero

lo que no alcanzo a comprender es que esto vaya a vengar la muerte de Marius. Pera podría enterarse de que nosotros somos quienes midieron las piedras pero no sabrá por qué.

Quintus notaba el peso de las miradas de los demás en la oscuridad. Si no daba la respuesta adecuada, quizá los perdiera a todos. «Ayúdame, Fortuna», rogó.

—En eso te equivocas, porque nuestra oportunidad aparecerá cuando atacemos las murallas en Galeagra. Voy a intentar localizar a Pera y matar a ese cabrón en medio del caos. Cuando se esté

despidiendo de este mundo, lo último que oíría será mi voz diciéndole lo que hicimos y por qué, y que nunca iba a librarse de querer dejar que Marius y yo muriésemos como perros.

No hubo ninguna reacción inmediata y a Quintus se le cayó el alma a los pies. Era natural que sus compañeros de tienda no quisieran arriesgar la vida con aquella aventura. Se le ocurrió otra idea que le causó un desasosiego incluso mayor. Si había uno solo que estuviera en desacuerdo con lo que acababa de decir, podría delatarlo ante Corax o cualquier otro oficial.

Entonces todo ese asunto solo tendría un final posible.

—Olvidadlo —susurró—. Acudiré a Corax. Le diré lo que he visto. Y que él haga lo que quiera con la información.

—Abordaremos a Corax después de medir la muralla —declaró Urceus.

—Sí —convino Placidus.

Quintus contó con asombro los gruñidos de convencimiento que sonaron a continuación. En su diezmado contubernium solo quedaban cuatro hombres, contando a Urceus. Se le hinchó el pecho de la emoción y le

enorgulleció la actitud de sus compañeros.

—Gracias —musitó.

Para cuando llegaron a las murallas cerca de Galeagra, Quintus empezó a pensar que todo iría según estaba planeado. Habían esperado a que el soldado de caballería, cuya misión era comprobar su puesto de centinela, pasara y recogiera su tessera, la tablilla de madera con la contraseña del día. Era muy poco probable que hubiera otra inspección posterior, pero, a fin de

minimizar los riesgos, Quintus y Urceus habían esperado alrededor de una hora antes de hacer su jugada. Era noche cerrada para cuando sus compañeros les hubieron bajado por entre los barrotes de madera que sobresalían y por la pared de la muralla hacia el suelo.

Se ennegrecieron el rostro, los brazos y las piernas con hollín recogido de la hoguera, y sin armas ni armadura salvo un puñal cada uno, se marcharon de puntillas hasta que estuvieron a quinientos pasos de las fortificaciones romanas. En aquel punto, era poco

probable que otro centinela les oyera, pero de todos modos se desplazaron con sigilo. Habría sido insensato emplear una antorcha, pero la fortuna les había sonreído con un cielo despejado y una fina tajada de luna que añadir a la luz de las estrellas.

Se detuvieron a cien pasos de Galeatra, reconocible por su forma y por el sonido de las olas que rompían cerca. A Quintus no le costaba admitir que tenía miedo. La postura rígida de Urceus revelaba el mismo sentimiento. Al menor ruido, los siracusanos les lanzarían un aluvión de proyectiles. No había

forma de saber si la oscuridad les ofrecía amparo suficiente. Tendrían que ser tan sigilosos como los gatos tras una presa.

Quintus pegó los labios a la oreja de Urceus.

—¿Ves la puerta?

Urceus señaló un cuadrado más oscuro que el resto de la parte inferior de la muralla.

—Tenemos que situarnos a unos treinta o cuarenta pasos a la derecha de la misma.

Urceus asintió. Indicó a Quintus que se adelantara y que él le seguiría tres pasos por detrás.

Les llegó un sonido metálico

procedente de las murallas y se quedaron petrificados. Quintus observó los muros con una concentración absoluta. Al cabo de un momento vio que algo se movía lentamente hacia Galeagra: un centinela. Dirigió la mirada a un lado y a otro y no vio a nadie más encima de aquella sección. Se le quedó la boca totalmente seca. Ya estaba. No podía retirarse o los riesgos que habían corrido habrían resultado en vano. Quintus dio un paso adelante. Pidió a Somnus, el dios del sueño, que volviera somnolientos a los centinelas enemigos, y empezó a caminar

hacia el lugar que Urceus había identificado.

Después de diez pasos se paró a mirar y escuchar. Nada de nada. Quintus tenía la corazonada de que el centinela estaba de cháchara con los soldados de la torre. Diez pasos más y seguía sin oír ni ver nada. A los treinta pasos lo mismo y a los cincuenta también. A Quintus se le estaba acelerando el pulso, pero la presencia de Urceus le reconfortaba. Se obligó a seguir adelante, rezando para que no hubiera hoyos u otras trampas que le hubieran pasado desapercibidos durante las negociaciones. Cuando

estaban a treinta pasos, el centinela reapareció en la muralla. Quintus se paró en seco e indicó a Urceus que hiciera lo mismo. Era entonces cuando, una vez acabada la pausa, el deber volvía a imponerse. En aquellos momentos, Quintus tenía la costumbre de mirar hacia las defensas romanas durante un buen rato, hasta que estaba convencido de que no había nada extraño. El siracusano no estaba tan atento. Al cabo de apenas diez segundos, se desplazó. No tardó mucho en desaparecer de su vista. Quintus aguardó, contando en silencio, hasta que el hombre hubo

regresado. Cuando se volvió a marchar, Quintus hizo una seña a Urceus para que se le acercara y volvió a hablarle al oído.

—Tenemos el tiempo de contar hasta doscientos para entrar y salir. Yo le restaría veinte para ir más tranquilos. Tú lleva también la cuenta. ¿Preparado?

Urceus asintió.

—Adelante —dijo moviendo solo los labios.

Quintus se dijo que iban a conseguirlo. Veinte. Deslizó los pies hacia delante con fría determinación. Veintiuno, veintidós, veintitrés. Mientras tanto, seguía

dirigiendo la mirada del suelo a las murallas y viceversa, intentando localizar obstáculos que pudieran hacerle tropezar o hacer ruido, aparte de un centinela inesperado que pudiera verles. A una veintena de pasos de la base de las murallas se encontraron con el foso defensivo, una trinchera en forma de V con la profundidad de dos hombres, uno encima del otro. Treinta, treinta y uno. Los dos se sentaron en el borde, Quintus bajó el primero y utilizó los talones para frenar la caída. El fondo estaba recubierto de ramas espinosas, pero consiguió erguirse y hacer una

señal a Urceus para que siguiera adelante. Cuarenta y ocho, cuarenta y nueve.

Quintus dirigió la mirada hacia el muro, que ahora se alzaba ante ellos, y se le hizo un nudo en el estómago. A oscuras parecía incluso más infranqueable. Los centinelas también podrían espiarle aunque él no les vería. «No lo pienses —se dijo—. Concéntrate.» Cincuenta y seis, cincuenta y siete. Se apretujó entre dos grupos de ramas y se le desgarró la túnica. Urceus le siguió. No hacía falta que verbalizaran lo que tenían que hacer a continuación; ya lo habían decidido

de antemano. Sesenta y cuatro, sesenta y cinco. Aquella era la parte más arriesgada, pero Quintus no se detuvo, pues de lo contrario a lo mejor acababa dominándole el miedo. Urceus permaneció de espaldas a la muralla, lo más cerca posible de la cara interior del foso, y formó un estribo con las manos. Quintus colocó el pie derecho en él y se impulsó hacia arriba, colocando el otro pie en el hombro izquierdo de Urceus y sujetándose en la cabeza de su amigo para mantener el equilibrio. Cuando estuvo estable, alzó la sandalia derecha para situarse en cuclillas con un pie

en cada hombro de Urceus. Setenta y nueve, ochenta.

Quintus respiraba con dificultad, por culpa de los nervios y del esfuerzo físico. «Tranquilízate.» Inhaló con fuerza y aguantó la respiración contando hasta cuatro antes de soltar el aire por la nariz. Urceus se movió un poco bajo su peso. Quintus era consciente de que era muy difícil llevar a un hombre de ese modo, pero era preferible a saltar y perder la sujeción. Miró de cerca el foso de tierra compacta. Ahí también habían enterrado ramas espinosas, pero algunas se habían roto y no

las habían repuesto. Por suerte, estaba frente a uno de esos puntos. Noventa, noventa y uno. Cielos, cómo volaba el tiempo. Sintió una punzada de pánico. Noventa y tres, noventa y cuatro. Quintus alzó los brazos y se impulsó hacia arriba y hacia delante. Cuando chocó con el otro lado una piedra que sobresalía le atravesó la túnica y le golpeó justo debajo de las costillas. Sintió un dolor atroz y no le quedó más remedio que morderse el labio con fuerza para evitar gritar.

Por suerte se acordó de levantar las manos y coger cualquier cosa que tuviera al alcance. Encontró

una rama con la mano izquierda e hincó las uñas de la mano derecha en la tierra con la mayor fuerza posible. Afortunadamente, encontró un pequeño asidero para los pies. No había forma de saber si lo que había agarrado aguantaría su peso, pero no tenía tiempo de comprobarlo. Ciento dos, ciento tres. Apretando los dientes, Quintus levantó primero una sandalia hasta la altura de la rodilla y luego la otra. No resbaló, por lo que se impulsó con los muslos, haciendo fuerza a la vez con la mano derecha y clavando los dedos en la tierra. La rama crujió un poco y el pulso se le

aceleró todavía más. Soltó la rama y buscó dónde asirse con la mano izquierda. Lo encontró y volvió a impulsarse con las piernas.

De repente se encontró en la estrecha franja de terreno que discurría a lo largo de la base de la muralla. Levantó el pulgar en señal de aprobación hacia Urceus, pero su amigo respondió indicándole con los labios que ya iban por ciento dieciocho. La euforia de Quintus se esfumó con la misma rapidez con la que había aparecido. Se desplazó a un lado y a otro a lo largo de la muralla, mirando hacia arriba para localizar los bloques más regulares.

Ciento veintiocho, ciento veintinueve. Encontró uno, se colocó cerca y puso una mano en la unión entre ese y la segunda hilera de bloques. Calculó que debía de medir casi unos dos codos de alto. Se echó un poco hacia atrás y contó las almenas con cuidado. Había ocho losas. Repitió los cálculos para asegurarse y obtuvo el mismo total. La muralla medía entre quince y dieciocho codos de alto. Ciento... había perdido la cuenta. Había llegado el momento de marcharse. Estaba a punto de sentarse y marcharse por donde había venido, pero los gestos apremiantes de

Urceus lo dejaron estupefacto. Su amigo movía los dedos adelante y atrás para indicar a Quintus que el centinela había regresado antes de lo previsto. La bilis se le acumuló en el vientre durante la espera. Por mucho que esperara oír un grito procedente de lo alto, no tenía sentido mirar hacia allí. Él no veía lo que Urceus sí podía ver. Tras varios instantes mareantes, Urceus le indicó que se moviera. Quintus se deslizó hacia abajo sin pestañear cuando una roca afilada le abrió la parte posterior del muslo izquierdo.

—Ha entrado en la torre. Vete a saber cuánto tiempo estará ahí

dentro —le susurró Urceus al oído—. Deberíamos marcharnos o quizá tengamos que acabar pasando aquí toda la noche.

Quintus asintió y formó el estribo para que Urceus saliera del foso, antes de salir él también ayudado por su amigo. Juntos contemplaron la muralla una vez más. No había ni rastro del centinela. Sonriéndose entre sí como dos locos, se dispusieron a regresar a sus filas. Lo habían conseguido.

Al llegar al pie de las

fortificaciones, Quintus informó de su presencia con el silbido discreto que habían acordado de antemano. Al cabo de unos instantes, Placidus y los demás hicieron serpentear la cuerda por la muralla. Los amigos ascendieron a toda velocidad, poniendo una mano detrás de otra, hasta arriba. En cuanto pusieron los pies en el pasadizo les acribillaron a preguntas.

—¿Lo habéis conseguido? ¿No os han visto? ¿Cuánto mide el muro?

—Tranquilos —repuso Quintus con una sonrisa—. ¿Alguna novedad por aquí?

—No ha pasado ni un alma —

informó Placidus, contento.

—Ocho bloques, de más o menos dos codos cada uno —informó Quintus—. Nuestras escaleras tendrán que ser así de largas, y un poco más para el foso.

—¡Qué buena noticia, hermanos! Lo único que nos falta es encontrar la noche adecuada y podemos plantarnos ahí arriba antes de que esos canallas se den cuenta de lo qué está pasando. —Urceus parecía un niño pequeño al que acaban de dar vía libre en una tienda de dulces.

Placidus dio una palmada a Quintus en la espalda.

—¿Vas a decírselo a Corax?

—Sí. Enseguida. Solo hace falta esperar que acabe esta dichosa guardia y vamos para allá.

—Sí. Pues entonces volvamos a nuestros puestos. Vuestro equipo está aquí y un par de trapos húmedos para que os limpiéis. — Con expresión satisfecha, Placidus y los demás se marcharon en distintas direcciones.

—Más vale que nos esmeremos —susurró Urceus—. De lo contrario, será demasiado obvio que estábamos tramando algo.

—Podemos revisarnos mutuamente ahora y luego otra vez

cuando empiece a clarear —sugirió Quintus—. Con eso debería bastar.

—Eres un loco de cojones, Crespo, ¿lo sabes, no? —Urceus le dio un tortazo repentino—. Pero también eres listo. Esperemos que a Corax le guste nuestra historia.

—Le gustará —declaró Quintus con más seguridad de la que sentía.

Quintus sintió un gran alivio al ver que el resto de la guardia transcurría sin incidentes. La trompeta apenas había acabado de sonar desde el praetorium cuando se situó al pie de la escalera,

instando a Urceus y al resto a que bajaran.

—¡Moveos! Cuanto antes se entere Corax, mejor.

Urceus se quedó quieto con el pie en el primer peldaño. Le cambió la expresión.

Quintus, que estaba de espaldas al campamento, se dio cuenta enseguida de que había alguien detrás de él. Le entró el pánico y se quedó en blanco. «¡Por favor, que sea Corax!» Intentó pensar qué decir.

—Ti-tiene que saber que te has torcido el tobillo —alcanzó a balbucir al final.

Urceus se cuadró y saludó, igual que el resto de sus compañeros.

Cuando Quintus se giró, se le cayó el alma a los pies. Era Pera. ¿Qué traía a ese cabrón por ahí? Rápidamente imitó a sus amigos.

—Señor.

Pera no respondió a ninguno de los saludos. Frunció el labio y se acercó como si nada.

—¿O sea que te has torcido el tobillo?

—Sí, señor —repuso Urceus—. Resbalé en los últimos peldaños de la escalera hace una semana. Fue culpa mía.

—Y a Corax le alegrará saber

que estás mejor, ¿no? —Pera hablaba con voz melosa.

Urceus estaba azorado.

—No sé, señor. Mi amigo me estaba tomando el pelo, señor.

Pera miró a Quintus como una serpiente miraría a un ratón.

—¿Es eso lo que hacías?

—Más o menos, señor.

Pera enarcó una ceja.

—No sabía que Corax fuera un alma tan afectuosa. En vuestro manípulo las cosas deben de ser muy distintas al mío.

—No lo sé, señor —dijo Quintus con humildad. «Gran Júpiter, te lo suplico, que se marche...»

Pero Pera se quedó donde estaba, balanceándose ligeramente adelante y atrás sobre los talones de sus brillantes botas de cuero.

—¿Habéis acabado la guardia?

—Sí, señor.

—Entonces diría que no os importaría llenaros el vientre con un poco de vino, ¿no?

—Estaría bien, señor, sí. —«¿A qué está jugando?»

—Estáis asquerosos. ¿Corax no os exige cierto nivel de higiene? —preguntó Pera con desdén.

Quintus se esforzó por mantener la calma. Le entraron ganas de ver si llevaba hollín encima, pero no se

atrevió.

—Sí, señor, sí que nos lo exige.

—Pues disiento si vais con esta pinta. Venga, pues. Largaos, todos vosotros. —Pera se marchó.

Quintus exhaló un largo y lento suspiro. Se sentía como si acabara de correr quince kilómetros con todos los pertrechos encima.

Urceus y los demás bajaron de la escalera con los escudos colgados a la espalda. Quintus los miraba de forma subrepticia. Placidus y uno de los otros habían cogido media cuerda cada uno para ocultarla, se la habían enrollado alrededor de la cintura, bajo las

cotas de malla. Intercambió una mirada de alivio con cada uno de ellos mientras se encaminaban a las hileras de tiendas del manípulo. A fin de rebajar la tensión, dijo:

—¿A quién le toca cocinar hoy?

Se inició la discusión característica. Era otra rutina bien manida. El hombre al que le tocaba acusaría a otro de endosarle la faena a él. La acusación se refutaría con vehemencia y a quien le tocara el turno de cocinar arrastraría a un tercer hombre al tajo. Las bromas no acababan hasta que se mentaba a todos los hombres del contubernium.

Quintus estaba muy ocupado negando que tuviera que encargarse de cocinar cuando doblaron una esquina que daba a la avenida en la que su unidad estaba destacada. Al ver a Pera de nuevo, empezó a tartamudear antes de recobrar la compostura lo mejor posible.

—No seas tonto, Placidus —dijo en voz alta—. Todos sabemos que te toca cocinar. —Entonces, como si acabara de ver a Pera, lo saludó—: Señor.

—No esperabas volver a verme tan pronto —declaró Pera, colocándose a su lado en cuanto le

alcanzaron.

—No, señor. —Quintus intentó mostrarse despreocupado, aunque estaba histérico por dentro.

—¿Lo que veo es ceniza? —preguntó Pera. Quintus notó un miedo verdadero cuando el centurión pasó la yema del dedo por la nuca de Urceus, por encima de la túnica—. Pues sí, qué extraño.

Urceus se sonrojó ligeramente.

—Señor —dijo.

Todos se dieron cuenta de que la respuesta sonaba estúpida.

—¡Alto!

Los diez compañeros obedecieron. Ninguno se atrevió a

mirar al otro, pero todos notaban el miedo.

—Hasta que no me he marchado no he pensado en lo curioso que era que vosotros dos estuvierais tan sucios, a diferencia de vuestros compañeros —reconoció Pera. Hizo una señal con la cabeza hacia Quintus y Urceus e indicó un lugar situado a cinco pasos de distancia —. Romped filas. Por ahí. Cascos fuera.

Impotentes ante la autoridad de Pera, la pareja cumplió órdenes.

Pera se acercó tanto como haría una mujer que deseara seducirles. Sin embargo, su objetivo era mucho

menos placentero. Les levantó los brazos y los cuellos de la túnica y les inspeccionó la piel con detenimiento. Les miró las orejas por detrás e incluso les apartó el pelo. A Quintus le entró un mareo cuando una pequeña nube de hollín le salió volando de la cabeza. Lanzó una mirada a Urceus, que había pasado de estar rojo a ceniciento.

Pera dio un paso atrás.

—Tengo la impresión de que os habéis embadurnado los brazos y la cara de ceniza para pasar desapercibidos. Explicaos. Rápido.

—Señor, nosotros... —empezó a decir Urceus. Vaciló.

—¿Sí? —El tono de Pera destilaba veneno.

—Nada, señor.

Pera lanzó una mirada asesina a Quintus.

—¿Qué tienes que decir, hastatus?

Mientras Quintus intentaba encontrar a la desesperada algo que decir que sonara mínimamente factible, Pera se acercó a sus compañeros de tienda. Al cabo de un momento, cacareó con aire triunfante:

—¡Tú y tú! Romped filas. Poneos con los gusanos que tenéis por compañeros.

Placidus y los demás hastati que tenían la cuerda se colocaron junto a ellos con expresión abatida. Pero se abalanzó sobre ellos y les levantó la cota de malla uno por uno.

—¡Cuerda! Esto explica mucho. Tú —entonces pinchó a Placidus en el pecho— y algunos otros bajasteis a estos dos hijos de perra por el muro mientras estaba oscuro. — Adoptó un tono de indignación—. ¿Qué estabais tramando, traidores? ¿Nos queréis vender a los follaculos de los siracusanos?

—¡No, señor! —protestaron Quintus y Urceus.

—¡Seguro que es eso! O es que pensabais desertar. He oído rumores al respecto, pero nunca imaginé que lo vería con mis propios ojos. ¡Marcelo se enfurecerá! ¡Querrá imponer un castigo ejemplar al contubernium delante de todo el ejército! Será el fustuarium, me imagino. —Pera se regodeó—. Corax también será castigado.

Un grupo de principes que pasaban aminoró la marcha al oír parte de lo que Pera estaba diciendo, pero la orden que les gruñó les hizo seguir con su camino.

Mientras Pera estaba ocupado,

Quintus y Urceus intercambiaron una mirada de consternación absoluta.

—Dile lo que hicimos —le instó Urceus moviendo los labios—. Estamos jodidos de todos modos.

Quintus pidió ayuda a los dioses del firmamento. «No permitáis que mis compañeros sufran por culpa de mi estupidez. Que todas las culpas recaigan sobre mi persona.» Cuando Pera giró sobre sus talones, lo miró de hito en hito.

—Somos servidores leales de Roma, señor.

—¿Seguro? —se burló Pera—. Pues entonces explica lo que acabo

de encontrarme.

—Es verdad que Urceus y yo pasamos el muro, señor.

—¡Lo sabía! El delito de abandonar el puesto de centinela se castiga con la pena de muerte, ¡imbécil!

—Lo sé, señor. Nadie iba a enterarse...

—¿Hasta que yo aparecí? ¡Pues gracias a Fortuna que vine! ¿No?

Quintus tenía ganas de meterle la espada en la boca a Pera para partirle todos los dientes, pero se limitó a esperar a que el centurión le dijera que continuara. Le contó toda la historia de la manera más

sucinta posible. En cuanto Quintus mencionó la altura de la muralla, los ojos de Pera despidieron un brillo malicioso, si bien no le interrumpió ni una sola vez. Cuando Quintus acabó, una calma sobrecogedora se apoderó del ambiente. Ninguno de los hastati sudorosos la rompió. Les bastaba con el gran lío en el que estaban metidos.

—¿Estás seguro de la cantidad de bloques? —preguntó Pera.

—Sí, señor. No me he equivocado al contarlos después de jugarme el pescuezo.

Pera esbozó una débil sonrisa.

—Supongo que no.

Otra vez silencio, durante el cual Quintus se dio cuenta de que Pera estaba pensando rápido. Quedaba claro que quería transmitirle esa información a Marcelo y, ya puestos, llevarse todo el mérito. ¿Podría conseguirlo afirmando al mismo tiempo que Quintus y Urceus eran unos traidores? Si no mencionaba que ellos habían medido el muro enemigo, ¿qué alegaría que habían hecho? Quintus había asistido al juicio de un veles que había abandonado su puesto de centinela. El acusado había sido objeto de un interrogatorio

exhaustivo; la revelación del motivo de su ausencia —una visita a la tienda para recuperar un odre de vino—, había sido una parte importante de la recogida de pruebas contra él. Pera tenía que convertirlos en unos chivos expiatorios convincentes porque, de lo contrario, sobre él caería la sospecha del increíble «descubrimiento» de la altura de la muralla de Galeagra.

—Escuchadme, bazofia —gruñó Pera—. Todos y cada uno de vosotros mereceríais morir apaleados por esto, ¿entendido?

—Sí, señor —musitaron los

hastati. Quintus no veía más que desesperación en el rostro de sus compañeros. Sin embargo, en su corazón apareció un atisbo de esperanza. Pera había dicho «mereceríais».

—Lo que habéis hecho es desacertado. Una estupidez supina. Es lo peor que he visto en todos mis años de centurionazgo. —Pera hizo una pausa y les dejó sufrir durante varios segundos—. Sin embargo, es posible que Roma se beneficie de ello. Le diré a Marcelo lo del muro. Vosotros, desgraciados, nunca volveréis a hablar del asunto con nadie. Si no, no descansaré hasta

que todos seáis condenados a muerte con el fustuarium. ¿Ha quedado claro?

«Cabrón», pensó Quintus incluso mientras decía:

—Sí, señor.

—¿Estáis seguros? —preguntó Pera con expresión fiera.

—Sí, señor —musitaron.

—Bien, pues entonces estamos de acuerdo. ¿Por qué no os marcháis a vuestra tienda apestosa y bebéis un poco de vino? Después de una guardia como esta, os lo merecéis.

Vivirían, caviló Quintus con amargura, pero sabiendo que Pera

podía volverse contra ellos en un abrir y cerrar de ojos. Era cierto que surgirían interrogantes si intentaba revelar su incumplimiento del deber al cabo de un año, por decir algo, pero eso no significaba que no pudieran acabar condenados a muerte. El bajo rango de los hastati no era nada comparado con un centurión, sobre todo de un pariente de Marcelo, al que, además, le había puesto en bandeja la forma de tomar Siracusa.

Ahora ya no podían recurrir a Corax. No sería capaz de desafiar a otro centurión en público. Aunque

se produjera el milagro de que hablara, Quintus y sus compañeros quedarían expuestos por haber abandonado sus puestos. Le embargó un profundo abatimiento. ¿Por qué había sido tan estúpido?

—¡Eh, Pera! ¿Intentas tomarme el relevo?

Un rayo de esperanza en el pozo profundo de la desesperación. Quintus se alegró sobremanera de ver a su centurión. A Pera, por el contrario, pareció fastidiarle mucho.

—Nada de eso. Acabo de reñir a esta panda por su aspecto desaliñado, eso es todo.

—Mis chicos siempre están

sucios. A mí me preocupa poco siempre y cuando luchen como deben —espetó Corax como si tal cosa, aunque sus ojos traslucían un brillo peligroso—. ¿No estás de acuerdo?

—No —repuso Pera—. Pero les he dejado marchar con una advertencia.

Corax escudriñó el rostro de sus hombres.

—Pues a mí no es lo que me parece. Da la impresión de que están a punto de subir a la barca para cruzar el río Estigia.

—Ya sabes cómo son —dijo Pera con una sonrisa—. Cuánto temen a

un oficial que no es el suyo.

—De acuerdo. —Corax asintió mientras Pera se excusaba y se disponía a marcharse.

El rayo de esperanza de Quintus se había desvanecido. Urceus, a su lado, dejó escapar un débil pero audible gemido. Pera se había librado.

—¡Pera! ¿No has visto esto? —llamó Corax.

Quintus se quedó pasmado al ver a Corax blandiendo el trozo de cuerda que se le había caído a Placidus al suelo desde la cintura sin darse cuenta. El rostro de Pera era la viva imagen de la conmoción.

—Yo... No —dijo—. No lo he visto.

—¿Para qué demonios es eso? —bramó Corax, no solo a Placidus sino a todos ellos.

Quintus sabía que su vida volvía a correr peligro, pero ponerla en manos de Corax era infinitamente mejor que dejarla a merced de una víbora como Pera. Dio un paso adelante haciendo caso omiso de la mirada amenazadora de Pera.

—La hemos utilizado para bajar por el muro, señor. He encontrado un punto cerca de Galeagra en el que las defensas solo miden dieciséis codos de alto. Es un punto

débil, señor. Un lugar que se podría atacar con los hombres adecuados.

—¡Miente! —rugió Pera.

Corax hizo caso omiso de él.

—Tuviste que abandonar el puesto para hacerlo —acusó a Quintus—. Tú y...

—Yo, señor. —Urceus dio un paso adelante enderezando los hombros—. El resto del contubernium no tuvo nada que ver con ello.

—Seguro que no —afirmó Corax con voz cansina.

—Supongo que no piensas escuchar a esta bazofia, ¿no? —exclamó Pera con voz aguda.

—Esta «bazofia» me acompañó durante el tormento que supuso Cannae. ¿Dónde estabas tú aquel día? —espetó Corax. Pera farfulló y Corax sonrió, pero no estaba más que enseñando los dientes—. Ah, sí, se me olvidó. Estabas destinado en otro sitio.

—Eso es —declaró Pera—. Si hubiera estado ahí, habría cumplido con mi obligación al igual que vosotros. No me habría importado dar mi vida.

—¿No te habría importado? Seguro que no. —El tono de Corax dejaba claro que creía lo contrario—. Escucharé a mis hombres y

luego ya tendrás la oportunidad de hablar.

—¡Como oficial de mayor rango yo debería hablar antes!

Corax le dio la espalda. Pera enrojeció de rabia, pero no se movió.

—Cuéntamelo todo —ordenó Corax a Quintus.

Quintus expuso lo sucedido, desde el hoplita que había visto durante las negociaciones hasta los detalles de su misión nocturna.

—¿Por qué no acudiste a mí antes que nada cuando te diste cuenta de lo bajo que era el muro? —inquirió Corax.

—Pensaba que no me creerías, señor. Quería estar absolutamente seguro. —«Y quería pararle los pies a Pera», le habría gustado añadir a Quintus. Contuvo el aliento, rezando para que Corax lo comprendiera.

—¿Juras que es verdad?

Quintus notó lo importante que era que Corax le creyera.

—Sí, señor, por mi vida.

Corax lanzó una mirada a Urceus, Placidus y el resto.

—¿Es tal como lo cuenta Crespo?

—Sí, señor. Que Júpiter, Optimus Maximus, me parta de un rayo si miento —declaró Urceus.

Los demás hastati menearon la cabeza y mascullaron su acuerdo.

Corax los observó con el ceño fruncido de un modo que no habían visto hasta entonces.

Pera no fue capaz de contenerse más.

—¡Son unos hijos de perra mentirosos, todos ellos! Están planeando pasarse a las filas de los siracusanos. El ejercicio de anoche no fue más que un ensayo para cuando todo el dichoso contubernium deserte. ¡Marcelo tiene que enterarse de esto! —Hizo ademán de marcharse.

—¡QUIETO, PERA! —Corax habló

con el volumen que habría empleado en la plaza de armas—. No le dirás ni una palabra a Marcelo.

Pera obedeció como un chucho apaleado. Sin embargo, cuando se dio la vuelta tenía una expresión asesina en la mirada.

—¿Cómo piensas impedírmelo?

Corax se acercó a Pera dando grandes zancadas y lo agarró por el brazo. Se inclinó hacia él y empezó a hablarle en voz baja. Quintus aguzó el oído, pero solo oía retazos de lo que Corax estaba diciendo: «la maldita carrera de caballos», «engañar», «Enna», «matanza»,

«totalmente innecesario».

Llegados a ese punto, Pera se zafó de Corax.

—Que te den —siseó—. A Marcelo no le importa nada de eso. Creerá de todos modos que estos hijos de perra tuyos son traidores.

—Si no entras en razón... —amenazó Corax. Bajó la voz todavía más y Quintus no captó las palabras exactas.

Pera se quedó blanco y se le quitaron las ganas de pelear.

—¿Q-qué has dicho?

—Ya me has oído, cabrón. Además tengo testigos. Ya sabes quiénes serán —masculló Corax—.

No soy capaz de predecir la reacción de Marcelo pero imagino que será dura, a pesar de vuestro parentesco.

Pera abrió y cerró la mandíbula.

—¿Y el precio por tu silencio?

—Nunca volverás a mencionar tus acusaciones mezquinas contra mis soldados.

—¿Y el muro de Galeagra?

—Se lo contaré a Marcelo, como si yo mismo me hubiera dado cuenta durante las negociaciones.

Dio la impresión de que Pera iba a protestar y Corax fue a la yugular.

—Si no aceptas, me aseguraré de que antes del anochecer todos

los miembros del ejército se enteren de lo que ha pasado.

Quintus nunca había visto a Pera tan desinflado.

—Muy bien.

—Pues entonces ya nos hemos entendido. —Corax miró a sus hombres como si no hubiera pasado nada—. ¡Saludad al centurión!

Quintus y los demás hastati obedecieron con presteza. Pera apenas se dio cuenta.

—Volved a la hilera de tiendas —ordenó Corax—. A toda velocidad.

El grupo se marchó. Ninguno de ellos se acababa de creer lo que había ocurrido. Se habían librado de

la amenaza de ejecución y también del chantaje de Pera. Su plan, que había quedado reducido a cenizas delante de sus narices, había acabado teniendo un éxito inesperado. No obstante, Quintus había captado la mirada que Pera le había lanzado a Corax después de que pasaran. Su centurión tenía un nuevo enemigo. De todos modos, Quintus no estaba demasiado preocupado. Corax era perfectamente capaz de cuidarse solito, de lidiar con ratas de alcantarilla como Pera. Lo acababa de demostrar.

Quintus se fue animando por

momentos.

A partir de entonces, también era menos probable que Pera le acosara.

22

—Vuelve a recordarme por qué hacemos esto —masculló Hanno.

—Porque satisfará a la diosa... y porque es una locura, por supuesto. Por eso te apuntaste, ¿no? —Kleitos se rio en silencio.

Estaban en la penumbra bajo la puerta sur principal de Siracusa, un portal majestuoso de la altura de tres hombres y flanqueado a cada lado por una torre recia. Hanno observó a quince de los mejores soldados de Kleitos, que esperaban cerca. Entre ellos estaban conteniendo a tres ciervos y a un jabalí de un tamaño considerable. Como animales de presa que eran, los ciervos habían dejado de intentar librarse de las cuerdas que los sujetaban, pero el jabalí era harina de otro costal. Las ataduras de las pezuñas y el hecho de que estuviera colgado boca abajo de

una rama gruesa que portaban entre cuatro hombres no le impedía agitarse con violencia y gruñir de rabia. Cada cierto tiempo, sus esfuerzos hacían perder el equilibrio a uno de sus portadores y todos los demás se tambaleaban hasta recuperar el control.

—A los centinelas les parece divertidísimo —dijo Hanno con severidad—, pero cuando estemos al otro lado de las murallas será otra cosa. Los romanos seguro que oyen a este cabrón ruidoso.

—Pensarán que es un demonio que ha venido a robarles el alma —repuso Kleitos con una risita. Movi

el paquete envuelto en cuero que llevaba a la espalda para mejorar la postura.

Hanno reprimió su curiosidad. Le había preguntado qué era, pero Kleitos se negó a decírselo.

—A lo mejor. O a lo mejor envían una patrulla para ver qué pasa.

—Si no quieres, no vengas, amigo mío.

Dolido, Hanno frunció el ceño.

—Vale, voy a dejar de quejarme. Esperemos que valga la pena, ¿no?

—¿Quiénes somos nosotros para discutir con la alta sacerdotisa de Artemisa? Ha decretado que nada

complacería más a la diosa que un buen sacrificio en el lugar donde se cruzan las marismas, la tierra y el mar. A Artemisa lo que más le gusta es la transición, ya ves. — Kleitos miró al sacerdote de barba entrecana que iba a acompañarles.

—Suenas prometedor. —Hanno reprimió su aprensión. Si no le correspondía a él, por ser extranjero, poner en entredicho la idoneidad de aventurarse más allá de las defensas por la noche con un jabalí enfadado, tampoco le correspondía cuestionar dónde se hacía, o la ofrenda de animales que solían considerarse sagrados para

Artemisa. Si era tan importante, ¿por qué no estaba ahí la sacerdotisa? «Para ya», se dijo. «Disfruta de la locura.» No cabía la menor duda de que aquella aventura descabellada resultaba atractiva para la parte más temeraria de su naturaleza, la que en una ocasión le había hecho atacar a un trío de bandidos armados yendo él desarmado para así salvarle la vida a Aurelia, la hermana de Quintus. Se preguntó dónde estaría Quintus en esos momentos. En algún lugar del campamento romano, rodeado de sus compañeros. Notó una punzada

de envidia.

A Epícides le complacería su aventura: el sacrificio presentado a Artemisa, la diosa de la caza, la primera noche de un festival de tres días en su honor. Demostraría que la defensa continuada de Siracusa gozaba de la aprobación divina. A los habitantes de la ciudad les encantaría la historia de cómo un grupo de osados soldados había salido a hurtadillas y presentado un sacrificio a Artemisa, justo delante de las narices de los romanos. Les levantaría la moral, que en cierto modo había decaído durante los largos meses de invierno. ¿Y si

fracasaban? Por lo menos tendría a Kleitos, que era un buen amigo, a su lado. Sintió una punzada de culpabilidad. Aurelia habría odiado pensar siquiera en esa misión tan peligrosa, así que no le había dicho nada al respecto.

—Ni siquiera voy a preguntar cómo cazaron a los animales y los entraron en la ciudad sin que los romanos se dieran cuenta —reconoció.

—Deberías saberlo, viviendo como vives junto a Euríalo. Epícides envió a los mejores cazadores de Siracusa y utilizaron los túneles tanto para salir como para entrar.

—Cielos, eso sí que es arriesgado. Si los hubieran descubierto, los romanos habrían tomado la dichosa ciudad.

—Pero salieron airosos. —El aliento de Kleitos despedía un fuerte olor a vino—. La diosa le sonrió a la partida de caza, igual que a nosotros. Es ella quien también se ha asegurado de que haya muchas nubes en el cielo.

«Preferiría confiar en el brazo con el que tú y yo empuñamos la espada y en el de tus hombres», pensó Hanno. Elevó una plegaria a Baal Safón para pedirle que cuidara de ellos y mantuviera callado al

jabalí, o que los romanos no oyeran sus protestas. Se le formó un nudo en el estómago por culpa de la preocupación y pidió perdón a Artemisa porque él, como extranjero que era, debía estar en sintonía con sus deidades. «No lo tomes como una falta de respeto, Gran Cazadora», dijo en silencio.

Se oyó un silbido flojo desde arriba. El capitán de la guardia, un veterano robusto con un casco abollado, se les acercó.

—Eso quiere decir que la vía está despejada. No ha habido ni rastro de los hijos de perra romanos desde el atardecer. Id ahora y que

los dioses os protejan. —Bajó la voz para que el sacerdote no le oyera —. Dadle una puñalada al dichoso jabalí de mi parte.

—Descuida —repuso Kleitos, riendo por lo bajo.

El capitán de la guardia hizo un gesto a sus seis hombres, preparados junto a la entrada. Se encorvaron y alzaron el gran travesaño de madera del soporte. Lo dejaron silenciosamente a un lado y abrieron uno de los portones. Para sorpresa de Hanno, emitió poco ruido.

—Le hemos dado aceite especialmente para vosotros, chicos

—susurró el capitán con una sonrisa maliciosa—. La cerraremos detrás de vosotros, pero estaremos preparados para cuando regreséis. No olvidéis la señal para que os abramos.

—Dos silbidos cortos, luego uno largo y tres cortos —dijo Kleitos.

—Eso es. Buena suerte.

Kleitos miró a Hanno, que le confirmó que estaba preparado. El sacerdote se arrebujo mejor en la capa y asintió.

—¡Seguidme! —llamó Kleitos en voz baja a sus hombres. Era como si el jabalí notara el peligro al que estaban a punto de exponerse

porque incrementó los gruñidos. Hanno tenía ganas de cortarle el cuello de oreja a oreja, pero se contuvo. Aunque realmente no creyera en Artemisa, tampoco valía la pena disgustarla. Al igual que muchas otras deidades, la Cazadora tenía fama de ser irritable y caprichosa.

Con Kleitos, Hanno y el sacerdote en cabeza, salieron furtivamente al paso elevado que conducía al sur, en dirección a los pueblos que rodeaban el cabo Pachynus, el extremo suroriental de Sicilia. En tiempos de paz era una vía muy concurrida, pero en esos

momentos nada tocaba su superficie de grava de no ser por un explorador nocturno ocasional o un mensajero romano. Como para entonces ya estaba acostumbrado a la penumbra, Hanno atisbó hacia la oscuridad que se extendía ante ellos. No vio nada, lo cual no era de extrañar. Debido a las marismas, que llegaban casi hasta el pie de las murallas, las fortificaciones enemigas estaban aquí más lejos que en otros puntos de la ciudad. Hanno no se relajó lo más mínimo. Seguro que los gruñidos del jabalí traspasaban claramente los diez estadios que los separaban de

miles de legionarios. Según Kleitos, el lugar que la sacerdotisa había recomendado se encontraba a un tercio de esa distancia. Para cuando llegaran, los romanos habrían tenido tiempo de responder a aquel sonido tan inusual.

El jabalí gruñó y zarandeó la cabeza de un lado a otro, lo cual hizo tambalearse a los hombres que lo portaban.

—Dichoso bicho estúpido —dijo uno de ellos, que le dio una patada, pero falló. El jabalí continuó aullando, alternando el sonido con unos profundos gruñidos. Kleitos volvió a reír y Hanno no pudo evitar

sonreír. Con un poco de suerte, a los centinelas romanos les aterrará aquel estruendo sobrecogedor.

Avanzaron a buen ritmo a lo largo del paso elevado, que era recto y lo bastante ancho para permitir el paso de dos carros. La cuestión era ir a paso ligero, pensó Hanno. Llegar, cumplir su cometido y salir. Era todo lo que tenían que hacer. Volvió a escudriñar el camino que tenían por delante. Nada. Sobrevolando las olas de su derecha un ave nocturna llamó. Le respondió otra, y luego otra.

—Aquí —dijo el sacerdote de repente.

Hanno miró. Menos mal que el anciano iba con ellos, pues él habría sido incapaz de ver el sendero diminuto que salía del paso elevado hacia el mar.

Sudando a raudales y profiriendo maldiciones, descargaron al ciervo y al jabalí a la grava de la orilla que formaba parte de la base de la carretera. Kleitos y el sacerdote les siguieron y dejaron a Hanno y a cinco soldados vigilando.

—¿A qué distancia estaréis? —les gritó.

—A unos cien pasos, por lo que parece —repuso Kleitos.

—Entonces apostaré a dos

hombres en el sendero, separados por unos treinta pasos. Si oigo algo, os enteraréis enseguida.

—Muy bien.

—Matad primero al jabalí si podéis.

—Se lo diré al sacerdote. —
Dicho esto, Kleitos se marchó.

—Acercaos —ordenó Hanno. Sus cinco hombres obedecieron con presteza. Eran soldados experimentados, con armas y equipo bien conservados. Siguiendo las órdenes de Kleitos, habían embadurnado con barro todos los objetos de metal que llevaban (cascos, bordes del escudo,

armadura, grebas) para que pasaran desapercibidos—. Está claro que no queremos ver ni un vello púbico romano rondando por aquí.

Sonrieron, lo cual tranquilizó a Hanno. Los hombres asustados carecían de sentido del humor.

—De todos modos, si vemos alguno, necesitaremos saberlo lo más rápido posible. ¿Cuál de vosotros es el corredor más veloz?

—Yo, señor —dijo un soldado fibroso con una poblada barba negra.

—¿Y el segundo?

El soldado fibroso lanzó una

mirada a sus compañeros.

—Él. —Señaló a un hombre con una cara de Gorgona en el escudo que le sonrió.

—Id a colocaros a lo largo del paso elevado. Contad la distancia con cuidado, quiero a un hombre a quinientos pasos de aquí y el otro a doscientos cincuenta. —El primer soldado estaría peligrosamente cerca del muro de asedio de los romanos. Hanno esperó a ver si protestaban, pero la pareja ni siquiera parpadeó. «Bien», pensó—. Oiréis algún sonido de las líneas enemigas. Centinelas que hablan, que se mueven de un lado a otro...

ya sabéis. Nada de eso me importa a no ser que creáis que se trata de una patrulla. Si es así, volved corriendo hasta aquí a la velocidad del rayo. ¿Queda claro?

—Sí, señor —respondieron ambos.

—Ya os podéis marchar.

Desaparecieron en la oscuridad mientras los otros dos bajaban hasta el sendero. Hanno intentó escuchar el avance del primer par, pero las quejas del jabalí se lo impidieron. «Sacrificad ya de una vez al dichoso animal, por favor», suplicó en silencio. A los legionarios normales quizá les entrara el pánico

al oír aquel ruido, pero un oficial o un veterano formal acabaría dándose cuenta de lo que estaba pasando. No obstante, era impensable meterle prisa al sacerdote. Había que realizar el ritual correspondiente antes de llevar a cabo el sacrificio.

Él y el soldado que quedaba aguardaron en silencio. Transcurrieron cien segundos y luego otros cien. Hanno notó el sudor que le caía por la frente, pero no se lo secó. Era mejor que los demás hombres no notaran lo nervioso que estaba. «Maldita sea, ¿cuánto tiempo se tarda en decir

las palabras necesarias?»

Los gruñidos del jabalí ganaron en desesperación y volumen. No dejaba de chillar.

Hasta que paró.

A Hanno le pareció recuperar la respiración.

—Recemos para que a la diosa le guste la ofrenda —siseó el soldado que tenía al lado.

«Y para que puedan matar rápido al ciervo», tenía ganas de añadir Hanno.

—Seguro que sí. —Se limitó a decir.

Con el jabalí callado, por fin podían intentar escuchar señales

del enemigo. Hanno esperaba que eso facilitara su tarea, pero se estremecía al menor sonido. El soldado también parecía más inquieto. El tiempo pasaba con mayor lentitud que antes y, para consternación de Hanno, el cielo se estaba despejando. Apareció una miríada de estrellas, lo cual mejoró la visibilidad sobremanera. Para cuando el corazón le hubo latido trescientas veces más, lo único que Hanno quería era que Kleitos le dijera por qué iba todo tan lento. Sin embargo, se quedó quieto, preocupado por si aquello afectaba a la forma como Artemisa recibía

los sacrificios.

Unas fuertes pisadas en el sendero apartaron todo pensamiento de su mente. La preocupación de Hanno fue en aumento cuando los dos soldados que había enviado aparecieron a toda velocidad por entre la oscuridad. Frenaron de golpe ante él.

—¿Y bien? —preguntó.

—Vienen hacia aquí, señor —dijo el más veloz, jadeando—. He oído que se abría una puerta y hombres que salían al exterior. No caminaban al paso y no llevaban antorchas.

—¿Cuántos son?

—Si tengo que decir una cifra, diría que más que nosotros, señor. Se mueven a buen ritmo, pero tampoco muy rápido.

—¿A qué distancia estabas de las fortificaciones romanas? ¿Lo sabes?

—Exactamente, no, señor. ¿A trescientos pasos, cuatrocientos quizás?

Hanno ahuecó la mano sobre la boca.

—¡Pssst!

El primer hombre del sendero apareció trotando.

—¿Señor?

—Dile a Kleitos que más vale que se dé prisa. Tenemos compañía. Y puede que numerosa. ¡Rápido!

El soldado saludó y se marchó corriendo.

—Formad una línea que cruce el camino —ordenó a los demás en voz baja.

Cuatro de los hombres pudieron bloquear el paso elevado, pero no iban a poder resistir si aparecía un gran número de enemigos. Era como si los hombres que estaban con Hanno lo supieran. Notaba que su temor iba en aumento mientras pasaba el tiempo sin que hubiera

indicios de su mensajero, o de Kleitos.

—Hermanos, recordad que los romanos no tienen ni idea de lo que está pasando aquí. Estarán cagados de miedo. Les dejaremos que se acerquen a unos doscientos pasos y entonces quiero que empecéis a gritar, que montéis un escándalo capaz de resucitar a los muertos. Haced como si os estuvieran cortando el cuello o los huevos con un cuchillo romo. Dejad ahora las lanzas a un lado y desenvainad las espadas. Martillead con ellas los escudos cuando llegue el momento. ¿Entendido?

—Sí, señor. Buena idea, señor.

—Notó que les gustaba la sugerencia.

Poco después apareció el par de soldados del sendero.

—El sacerdote todavía no ha matado al último ciervo, señor — explicó uno—. Kleitos dice que vendrán cuando lo hagan.

Hanno apretó la mandíbula y se dispuso a esperar un poco más. Cuando el sonido inconfundible de los hombres avanzando por el paso elevado llegó a sus oídos apenas había transcurrido un minuto y medio. Se inclinó hacia el hombre que tenía más cerca, el corredor

más veloz.

—¿Oyes eso?

—Sí, señor.

—Ve a echar un vistazo. Ten cuidado.

Sin vacilar, el soldado hizo lo que le dijo.

«Tengo que enterarme de cómo se llama, es un hombre valiente», pensó Hanno.

Para cuando el vigilante regresó a toda prisa seguía sin haber ni rastro de Kleitos ni del sacerdote.

—Están ganando velocidad, señor. Son treinta o cuarenta, por lo menos.

«Media centuria», decidió

Hanno.

—También hay un par de exploradores un poco avanzados. Por eso he tenido que volver.

—¿A qué distancia te siguen?

—Como mucho a ciento cincuenta pasos, señor.

Hanno bajó la vista hacia el sendero. No veía a Kleitos. Profirió un juramento. Si los exploradores enemigos les veían, avisarían al resto. Si quien fuera el comandante romano entonces ordenaba una carga, machacarían a los siracusanos. Si alguno de ellos sobrevivía, sería por pura suerte.

Tendrían que poner en práctica

su plan con solo los dos hombres que había por delante de la patrulla romana y antes de que él y sus soldados fueran avistados. Hanno no tenía ni idea de si aquello sembraría el pánico entre la mayor parte del enemigo, pero sus opciones habían quedado reducidas a una sola. «Maldita sea —pensó—. ¿Dónde está Kleitos?»

—Preparaos —susurró—. Quiero que vuestros gritos se oigan en la puñetera tierra firme. Os daré la señal levantando la mano derecha.

Hanno se quedó quieto hasta que ya no aguantó más, hasta que fue capaz de oler el sudor de sus

hombres. Oía los arañazos de las sandalias en la superficie del paso elevado y le pareció ver dos siluetas que se acercaban sigilosamente a ellos. Alzó la mano y gritó con todas sus fuerzas, un rugido ininteligible que le dolió en la garganta.

—¡AAAAAAHHHHHHH!

Sus cinco hombres bramaron, rugieron y gritaron a su lado. Golpearon los escudos con las espadas a un ritmo entrecortado, como herreros poseídos batiendo una pieza de metal.

Estuvieron así durante vete a saber cuánto tiempo.

Al final, Hanno les indicó que pararan. Sus hombres se llenaron los pulmones de aire y se quedaron callados. Hanno aguzó el oído. No oyó nada durante unos instantes, luego el sonido del cuero de las sandalias golpeando el suelo a toda velocidad. Los hombres corrían... en la dirección contraria. Se sintió eufórico y echó una mirada al corredor más rápido.

—¿Estás oyendo eso?

—Sí, señor. ¡Deben de haberse imaginado que Hades estaba aquí sentado en el camino con Cerbero al lado!

—Buen trabajo, hermanos. —De

todos modos, todavía no había pasado el peligro, pensó Hanno. Lo que ocurriera a continuación dependía del coraje del oficial romano al mando.

La llegada de Kleitos y del resto fue muy bien recibida. Hanno escudriñó el rostro de su amigo y del sacerdote.

—¿Han ido bien los sacrificios?

—Sí —repuso el sacerdote, satisfecho—. Todos los animales han muerto con facilidad, incluido el jabalí. Los hígados e intestinos estaban impecables y la diosa ha aceptado la libación de sangre.

Hanno no tenía ni idea de cómo

era posible que el sacerdote hubiera visto que los órganos de los animales no estaban enfermos. Y con respecto a la libación... bueno, era prácticamente imposible que la sangre no se derramara de una copa boca abajo. Sin embargo, más valía no decir nada. Los soldados que habían sido testigos de las ofrendas parecían encantados. La noticia de que Artemisa estaba contenta se propagaría como un fuego por la ciudad y eso seguro que era positivo.

—Los romanos han enviado a alguien a echar un vistazo, ¿verdad? —preguntó Kleitos.

—Sí. —Hanno explicó rápidamente lo que había hecho.

—¡Ja! Los gritos han sido una idea excelente. Seguro que están corriendo hacia su muralla con el culo cagado —dijo Kleitos. Los soldados se carcajearon y hasta el sacerdote sonrió.

—Eso espero —repuso Hanno.

—Volvamos. Ya hemos acabado lo que vinimos a hacer.

Los hombres de Kleitos todavía estaban formando cuando se oyó un grito en latín a menos de cien pasos.

—¡ADELANTE!

Todos se quedaron petrificados.

Hanno se dio cuenta asustado de que no era posible que todos los romanos hubieran huido. Ahora tendrían que luchar. O eso o huir, lo cual era la vía más rápida para llegar al Hades. Los legionarios romanos eran letales cuando perseguían a alguien. Lanzó una mirada a Kleitos.

—Mejor que resistamos al enemigo, ¿no?

—Sabía que esto podía resultar útil —murmuró Kleitos, desatándose el paquete que llevaba a la espalda. Tiró de las correas de cuero que lo mantenían bien sujeto.

Hanno observó desconcertado

mientras aparecía la silueta inconfundible de un carnyx, una trompeta vertical gala.

—Por todos los dioses, ¿de dónde has sacado eso?

—Un viejo comerciante galo tiene un local cerca de mi cuartel. Antes del asedio, solía importar vino de su patria. Hoy en día comercia con cualquier cosa que sea difícil de conseguir en la ciudad. Yo le compro vino y queso. Suele tener esto colgado de la pared.

Hanno recordó Trasimene y la niebla y cómo el estruendo atroz de cientos de carnyxes había sembrado el pánico entre los

romanos. Se sintió más esperanzado. Quizás ahora volvería a servir.

—¿Sabes tocarlo? —preguntó.

—Vamos a ver. Hice un intento que no fue del agrado del galo, aunque sonó lo bastante fuerte. — Kleitos dio un paso adelante y se llevó el carnyx a los labios.

—¡A TODA VELOCIDAD! —bramó la voz en latín. Los tachones hacían crujir con fuerza la superficie del camino. El tintineo de la cota de malla empezó a oírse. Hanno hizo un gesto apremiante a su amigo.

«Par-par —Kleitos tosió un poco y volvió a colocarse el instrumento

en los labios—. Buuuuuu. Par-par.
Par-par-par. Par-par-par. Zirrip.
Buuuuuuuu.»

—¡Gritad! ¡Chillad como si
fuéramos cien hombres! —siseó
Hanno a los soldados.

Enseguida captaron sus
intenciones y se pusieron a bramar
como posesos y a golpear los
escudos con la hoja de las espadas.
Quince hombres hacían mucho más
ruido que los cinco de antes.
Kleitos, espoleado, sopló y sopló
hasta que tuvo la impresión de que
la lengua le iba a salir disparada
por la boca de la bestia que había
encima del carnyx. «Par-par-par.

Par-par-par. Zirrip. Buuuuu.» Sus esfuerzos emitían una versión ahogada del sonido del instrumento que Hanno había oído con anterioridad. De todos modos, resultaba ensordecedor. Pero no tenía ni idea de cómo sonaría emergiendo en la oscuridad de la noche. Con un poco de suerte, les infundirían tal pánico que se les revolvería el estómago.

«Pa-par-par. Par-par-par. Zirrip. Buuuuu. Par-par-par. Par-par-par. Zirrip. Buuuuu.»

Hanno atisbó en la oscuridad a fin de prepararse para la llegada de un gran número de legionarios

romanos. Esperó con el corazón palpitante en el pecho. Y aguardó. Los hombres continuaban gritando y bramando a su alrededor, pero Hanno advirtió que cada vez estaban más intranquilos.

Al final Kleitos tuvo que parar para tomar aire. Bajó el carnyx y miró a Hanno.

—¿Y bien? ¿Vienen esos cerdos apestosos? ¿O se han ido corriendo?

Se secó la frente y volvió a alzar el instrumento.

«Par-par-par. Par-par-par. Zirrip. Buuuuu.»

A Hanno se le encogió el estómago. Sabía a qué se refería

Kleitos. Alguien tenía que avanzar para ver si sus enemigos habían huido, lo cual suponía arriesgarse a una muerte instantánea si los legionarios no se habían ido asustados. «A la mierda», pensó. Sujetó la empuñadura de la espada hasta que se le quedaron los nudillos blancos y se deslizó hacia delante. Paso a paso y sudando con profusión fue acercándose a las fortificaciones romanas. Cinco pasos. Diez. Quince y luego veinte. Detrás de él, Kleitos soplabá como si le fuera la vida en ello. El clamor de los soldados seguía sin descanso. La combinación

provocaba un estruendo atronador, pero Hanno habría preferido estar cerca de él en vez de alejarse e internarse en la boca de la muerte.

Se detuvo a los cincuenta pasos. Había algo en el camino de un tamaño considerable. Hanno se acercó con sigilo, preparado para una trampa. Encontró un scutum y se echó a reír. Dos pasos más allá vio un pilum.

—Se han ido corriendo —dijo. ¡Se han largado, genial! —Superado el miedo, avanzó otros cincuenta pasos a lo largo del paso elevado. No había ni un romano a la vista. Un scutum más y unos cuantos pila,

pero ningún legionario de carne y hueso.

«Par-par-par. Par-par-par. Zirrip. Buuuuu.» Kleitos seguía dándole al carnyx, pero empezaba a flaquear.

Hanno sonrió. Tenía que darle la buena noticia antes de que Kleitos cayera rendido. Regresó al trote. La noticia hizo reír a su amigo con tanta fuerza que le entró un ataque de tos.

—Es una pena que el vino se reparta tan fácilmente en estos momentos —dijo, recuperándose—. No me habría hecho falta abrir el monedero en un día o dos.

—Más días —comentó Hanno,

secándose las lágrimas de alegría de los ojos—. Pensar en coger el carnyx ha sido una genialidad.

—No ha sido mala idea, ¿verdad?

—Cierto, esta noche los dioses están de nuestro lado —añadió el sacerdote con expresión satisfecha.

Hanno inclinó la cabeza en señal de respeto. Lo cierto es que parecía que los poderes divinos habían dado su aprobación. «Gracias, Gran Cazadora. Gracias, Baal Safón. Con vuestra ayuda podemos machacar a las legiones de Marcelo cuando llegue Himilcón y acabar la guerra en Sicilia.»

Cuando Kleitos dio la orden, empezaron a marchar rápidamente hacia Siracusa, sin intentar evitar hacer ruido. Era poco probable que los legionarios se reagruparan, pero tal como Kleitos le dijo a Hanno, sería una lástima sufrir bajas por entretenerse demasiado.

—Que nuestro sufrimiento venga en forma de cabezas martilleantes y sudor frío por culpa del vino que bebamos esta noche —declaró.

—Creo que me apunto al plan —dijo Hanno, contento. Después de lo ocurrido, valdría la pena tener resaca.

23

Quintus y Urceus estaban en el mismo lugar bajo Galeagra que el día de su misión de espionaje de la semana anterior. En esta ocasión, el objetivo era muy distinto. Corax iba con ellos, al igual que el

manípulo al completo. Detrás había cinco manípulos más de hastati maniobrando para ocupar su posición: casi un total de mil soldados. La unidad de Pera también estaba. Las tropas de Corax llevaban diez escaleras construidas en secreto. Marcelo había creído a Corax, pensó Quintus con aire triunfante. Marcelo le había interrogado durante más de dos horas, según le había contado Corax más tarde, pero había aceptado su historia. Como si quisiera poner de manifiesto el favor de los dioses, un desertor siracusano recién llegado había

hablado del inminente festival en honor a Artemisa, que duraría tres días. Para mitigar el desasosiego creciente de los habitantes de la ciudad, enfadados por la escasez de comida, Epícides había notificado que habría una cantidad de vino ilimitada y gratis durante todo el festival.

Quintus había llegado a la conclusión de que Marcelo había sido inteligente retrasando el ataque hasta la segunda noche de fiesta. Todos los que se hubieran abstenido la primera noche querrían recuperar el tiempo perdido. Los que tuvieran dolor de cabeza

intentarían combatir la resaca con más alcohol. ¿Y quiénes no bebían? Bueno, había pocas personas capaces de rechazar vino gratis. Si había un buen momento para atacar Siracusa, era aquel. Todo era gracias a él. Marcelo no lo sabía, pero Corax sí. Incluso se había llevado a Quintus a un lado y le había dado las gracias.

—Si esto funciona, te proporcionaré vino para ti y los demás suficiente para emborracharos durante una semana —le había dicho también.

—Te tomo la palabra, señor —había respondido Quintus, riendo.

Ahora Quintus no estaba tan contento. Estaba agachado ante el foso defensivo, abrumado por el peso del equipo y por el hecho de saber que cuando Corax diera la señal, él sería el primero en avanzar hasta la base de la muralla. Los hombres que iban detrás de él —Urceus y sus otros diez compañeros de tienda y después el resto del manípulo— llevaban las escaleras de veinte codos de largo. En cuanto le alcanzaran y estuvieran a la escucha de actividad enemiga, Quintus sería quien subiría por la primera escalera. Urceus y sus

compañeros le seguirían y luego Corax y el resto.

Corax les había encomendado aquella tarea.

—Tus dotes de observación hacen esto posible. —Se había reído por lo bajo y con ironía—. Pero no ibais a salir impunes de tal incumplimiento del deber. Abandonar el puesto de centinela es inexcusable, independientemente del motivo. Sin embargo, si sobrevivís al ataque, olvidaré lo ocurrido... por esta vez.

A Quintus le pareció justo. Sintió una punzada en la vejiga; molesto, hizo todo lo posible por ignorarla, al

igual que el estómago revuelto. Era como si no hubiera vaciado la vejiga ni los intestinos antes de partir del campamento, aunque lo había hecho dos veces. Todos se habían dedicado a lo mismo: abarrotaron las letrinas de las trincheras y contaron chistes subidos de tono. «Se me pasará en cuanto empiece la lucha», se dijo, intentando no imaginar lo que pasaría si no llegaba tan lejos. Si un centinela siracusano le oía subir por la escalera...

Corax se materializó entre la oscuridad y acercó el rostro a Quintus.

—¿Preparado? —le dijo
moviendo los labios.

Quintus asintió.

Corax señaló la pared
indicándole que fuera hacia allí.

Con una última mirada a las murallas, Quintus se dispuso a bajar al foso, lo cual le resultó angustioso. Tenía la sensación de que en cualquier momento oiría un grito de advertencia procedente de arriba o que una roca gigante le caería encima de la cabeza. Tal vez apareciera el lunático del carnyx, el que había aterrorizado a una patrulla al sur de la ciudad la noche anterior. No pasó nada por el estilo,

pero eso no hizo sentir mejor a Quintus. Apretando los dientes, él y Urceus cogieron la primera escalera de manos de Placidus. Cuando más hombres hubieron bajado al foso, se la pasaron por encima de los haces de ramas afiladas. Quintus aguzó el oído entonces para ver si oía a los centinelas. Aparte de unos cánticos lejanos, no oyó nada. Sin más dilación, levantaron la escalera y la apoyaron contra el muro. A pesar de sus esfuerzos, hizo un poco de ruido al impactar con la pared. Se quedaron inmóviles, pero no se oyó ninguna orden de alto.

Quintus ardía en deseos de

ascender de inmediato, pero la orden era no comenzar el asalto hasta que por lo menos hubiera cinco escaleras apoyadas. Tenían que quedarse ahí, con el corazón palpitante, mientras el resto del manípulo imitaba sus movimientos. Al final lo consiguieron. Los hastati abarrotaban el foso como peces en una charca. Muchos más hombres esperaban su turno al borde de la trinchera. Pera también estaba fuera en algún sitio. «Ojalá más tarde los dioses me brinden la oportunidad de tenerlo al alcance de mi espada», pensó Quintus con amargura. Estaba decidido a

aprovechar el caos que se producía durante el saqueo de una ciudad para vengarse. Urceus estaba de acuerdo con él. Si se les presentaba la ocasión, matarían a Pera.

—Que Fortuna te acompañe —susurró Corax al oído de Quintus—.
Ve.

Quintus odiaba subir escaleras con todo el equipo encima. En la oscuridad resultaba incluso más duro de lo que había imaginado. No quería ni pensar en cómo habría sido si también hubiera llevado el escudo. A cada paso que daba, la vaina amenazaba con delatarle chocando contra la madera de la

escalera. A fuerza de probar, vio que si se colocaba la empuñadura en la axila y mantenía la parte superior del brazo pegada al cuerpo minimizaba el movimiento del gladius. Con un poco de suerte, Urceus y los hombres que iban detrás de él verían el truco.

«Sube, sube, sigue subiendo.» Con la boca seca, el estómago revuelto y sudoroso, Quintus contó los peldaños para suavizar la aterradora experiencia. La táctica no evitó que rememorara a los soldados que habían muerto despeñados durante el primer asalto a la ciudad. Cuando asomó la

cabeza por encima de la muralla, se llevó tal sorpresa que casi estuvo a punto de soltar un juramento en voz alta. Miró a izquierda y a derecha y se llenó de júbilo. No había nadie a la vista. La torre Galeagra se cernía cincuenta pasos a su izquierda. No oía nada procedente del interior. «Quedaos ahí, durmiendo la mona», rogó al tiempo que pasaba una pierna por encima del muro y se dejaba caer en el pasadizo de piedra de más abajo. Entonces se asomó y le hizo una seña a Urceus, que ya estaba a media altura.

Enseguida fueron cinco en lo alto

de las defensas. Luego diez. Corax apareció con el siguiente grupo de hombres y les dio la orden de esperar hasta que fueran treinta.

—Recordad que sigue siendo muy importante ser sigiloso. Matamos a todos los que estén en la torre para que quede en nuestras manos, pero nuestro principal objetivo es la Hexápila.

El centurión dejó a diez hombres vigilando las escaleras, mientras subían más hastati, y ordenó al resto que desenvainara las espadas para conducirlos hacia Galeagra. Quintus empezó a sentirse desnudo por primera vez. Las tropas con las

que se enfrentarían llevarían escudos, pero él y sus compañeros no. «Mierda, deja de preocuparte. Estarán todos dormidos», se dijo.

Pero el primer hombre no lo estaba. Se abalanzaron sobre él justo al lado de la puerta de Galeagra. Estaba bostezando, frotándose la cabeza, inequívocamente borracho y no los vio. Con la verga en una mano, se abalanzó por la parte superior del muro. Corax salió disparado hacia él antes que nadie, le puso la mano izquierda en la boca y le cortó el cuello con el gladius que empuñaba con la derecha. La sangre oscura

roció el suelo del foso que estaba más abajo mientras el hombre se resistía. Tamborileó con los talones en el pasadizo a un ritmo hipnótico y luego se quedó flácido, como una bestia sacrificada en el altar.

Corax lo dejó tumbado con cuidado. Cuando se incorporó, señaló a Quintus y a la puerta, que estaba entreabierta.

Quintus se movió antes de que el miedo lo dejara paralizado. El haz de luz que se reflejaba en el suelo denotaba que había luces ardiendo en el interior. Asomó la cabeza por la jamba con sumo cuidado. Tardó unos instantes en

acostumbrarse a la penumbra. Distinguió la silueta de un hombre medio caído contra la pared exterior de la sala del interior. Había una trampilla hacia las cámaras situadas más abajo.

—Un soldado —le dijo a Corax moviendo los labios. El centurión le hizo una seña para que entrara.

Entró por la puerta, avanzó deslizando los pies por el suelo de madera, espada en alto. Su víctima no se movió ni siquiera cuando Quintus se cernió sobre él. Sin embargo, abrió los ojos conmocionado cuando Quintus le clavó la hoja en la cavidad pectoral

por el punto de unión entre el hombro y el cuello. Quintus le tapó la boca con la mano izquierda para que no hiciera ruido y le arrebató la espada. Mientras la sangre salpicaba por todas partes, se miraron el uno al otro con esa expresión breve y extraña que Quintus tanto odiaba —y amaba—. El siracusano moría al cabo de unos instantes. Quintus lo apoyó contra la pared y fue a buscar a Corax y a los demás.

No tardaron mucho en tomar el control del resto de Galeagra. Toda la guarnición estaba dormida, había jarras y vasos de vino tirados por el

suelo por todas partes. Nivel a nivel, los hastati fueron bajando por las escaleras y mataron a los ocupantes, la mayoría de los cuales estaban en la cama. Corax convocó al resto de sus hombres que estaban en las murallas y entonces se comunicó con otro centurión. Se tomó la decisión de avanzar de inmediato hacia la Hexápila con dos manípulos. El resto de los hastati, que continuaban subiendo por las escaleras, podrían seguirles a toda velocidad. Así, Corax los condujo fuera de Galeagra hacia un pasaje estrecho que discurría a lo largo del interior de la muralla. Estaba

flanqueado por casas de dos y tres plantas que estaban de cara a las defensas, pero no se veía ni un alma. A pesar de la oscuridad casi completa y del peligro que corrían, Quintus estaba empezando a divertirse. La misión le producía un regocijo descabellado. No eran más que dos manípulos. Si se daba la voz de alarma, miles de siracusanos defensores se levantarían de la cama, borrachos o no, y les aniquilarían. Si no, la recompensa sería inconmensurable.

Avanzaron lo más rápido posible, maldiciendo entre dientes por el pavimento irregular y la basura

desperdigada por todas partes. Unos gatos raquíticos observaban al grupo con expresión suspicaz. Algún que otro chucho masticaba las sobras que habían dejado caer los juerguistas borrachos o que habían lanzado desde las ventanas.

Las enormes torres de piedra que formaban la Hexápila aparecieron ante sus ojos, perfiladas contra el cielo estrellado, en cuanto cruzaron una puerta con postigo. Los cerrojos estaban asegurados con candados, pero eso no impidió que Corax sonriera y llamara al otro centurión. Tras un breve acuerdo, el manípulo de

Corax continuó hacia la Hexápila mientras la segunda unidad esperaba junto a la puerta. Tenían que contar hasta quinientos, tiempo suficiente para que los hastati de Corax se introdujeran en las torres, antes de echar la puerta abajo por medio de hachas.

Habría hecho falta la fuerza de Hércules para impedir que Quintus y sus compañeros llegaran a las murallas situadas por encima de la puerta de la Hexápila. Para entonces ya se habían dado cuenta de la trascendencia de sus actos. La guarnición de la torre, unos cien soldados, dormía tan

profundamente como la de Galeagra. Murieron sin despertarse en la cama, en el suelo donde se habían caído borrachos y en las letrinas, donde varios se habían desplomado. Como era de esperar, un par de hombres se despertaron al oír los ruidos amortiguados, gritaron cuando murieron, pero el ruido no cambió para nada el resultado final. Había grupos de hastati desplazándose por el resto de las estancias, embistiendo, clavando espadas y apuñalando. Para cuando Quintus y sus compañeros se situaron en lo alto de la impresionante puerta, la luz

del sol naciente reveló lo manchados de sangre que estaban de pies a cabeza. Desde abajo, oían a otros soldados retirando los enormes cerrojos que aseguraban el pórtico. Poco después llegó un hastatus para informarles de que la poterna también estaba en manos romanas.

—Lo hemos conseguido —dijo Urceus, riendo como un poseso—. ¡Joder, qué bien que lo hayamos conseguido!

—Casi. Ahora tenemos que encontrar a Pera —añadió Quintus con un susurro.

Lo harían juntos, sin implicar a

Placidus y a los demás. No podían echar las culpas a sus compañeros de tienda si habían estado con el manípulo durante todo el ataque. Corax quizá se diera cuenta de la ausencia de la pareja, pero no podría hacer nada hasta que regresaran. Quintus ya había pensado una excusa: dirían que se habían alejado de la unidad al enzarzarse en una pelea y que luego les había costado encontrarla de nuevo entre tanta confusión.

Corax apareció procedente de la puerta de más abajo.

—Está abierta, pero prefiero que no nos confiemos en exceso. El

ejército todavía no está en el interior. —Tenía una trompeta en las manos—. Esto es romano. Lo debieron de coger después de nuestro primer asalto. Crespo, ¿sabes tocarla?

A Quintus se le cayó el alma a los pies. Era otro reconocimiento a lo que había hecho.

—Haré lo que pueda, señor. — Se llevó el instrumento a los labios, respiró hondo y sopló con todas sus fuerzas. El sonido discordante que brotó hizo que Corax y Urceus se taparan los oídos. Quintus sopló una y otra vez, rasgando el aire nocturno con su cacofonía hasta

que se quedó sin aliento.

Riendo todavía por lo bajo, Corax ahuecó una mano junto a la cabeza y se asomó por la muralla.

—Escuchad.

Al comienzo Quintus oyó los gritos de los oficiales. Luego, el conocido golpeteo contra el suelo de miles de sandalias al unísono. Las legiones de Marcelo, que se habían congregado al amparo de la oscuridad para la ocasión, respondían a la llamada.

—Siracusa es nuestra, señor — anunció orgulloso.

—Todavía no te mereces el vino, Crespo — advirtió Corax, pero yo

diría que podría ser tuyo al final de la jornada si los dioses continúan sonriéndonos tal como han hecho hoy. Ahora tenemos las órdenes de tomar primero Epipolae, la zona situada al oeste de aquí. Tenemos que estar preparados para repeler los ataques enemigos desde cualquier dirección. La respuesta más probable provendrá del este o el sureste, hacia Acradina y Ortygia. Ahí es donde nuestros espías dicen que está Epícides. No querrá que la ciudad caiga en nuestras manos sin oponer resistencia.

—Que vengan, señor —dijo Urceus con vehemencia.

A Corax se le veía satisfecho.

—Ha llegado el momento de infundir el miedo del Hades en el corazón de quienes están en el interior de las murallas. Haced el máximo ruido posible a partir de aquí. Nos dirigiremos al sur, hacia los límites de Epipolae. Reuníos con el resto de los hombres en el exterior. —Se marchó incluso antes de que acabaran de responder.

—Ha llegado nuestro momento —siseó Quintus.

Urceus alzó el gladius, rojo del extremo a la empuñadura.

—Sí, ha llegado el momento de vengar a Marius.

Aurelia se dio la vuelta y medio dormida alargó una mano hacia donde debería estar Hanno. No notó más que las frías mantas. Al despertarse lo recordó. Era la segunda noche seguida que no estaba allí. Todavía no se había acostumbrado a la ausencia de Publius, lo cual significa que echaba de menos la calidez de Hanno en la cama todavía más. De todos modos, no podía negarle el placer de un par de sesiones de bebida. Lo que él y Kleitos habían hecho la noche anterior acabaría formando parte de una leyenda. La historia de cómo habían ofrecido un sacrificio

muy arriesgado a Artemisa saliendo del recinto amurallado, antes de poner en fuga a una patrulla romana numerosa, se había propagado por la ciudad como llevada por el viento.

Habría sido muy distinto si a los legionarios no les hubiera entrado el pánico al oír el carnyx de Kleitos, pero Aurelia se había abstenido de comentarlo. Había valido la pena levantar la moral de todos de aquel modo, puesto que los largos meses de asedio habían pasado factura. Incluso Hanno, que, igual que ella, había disfrutado de un período de libertad en Acragas, se había

cansado de todo aquello. Ella estaba muy harta, de la escasez de comida y artículos de primera necesidad como el aceite para las lámparas; de los refugiados, que, después de huir de las legiones romanas a medida que se acercaban, abarrotaban la ciudad, de los soldados que se creían con derecho a acosar a todas las mujeres medianamente pasables que veían. Aurelia suspiró al recordar a Cara Picada. Hasta el momento no se habían vuelto a repetir incidentes como aquel, no salía muy a menudo y llevaba una capa con capucha cuando salía,

pero cualquier esperanza de volver a conciliar el sueño se había desvanecido.

Aurelia bajó la mirada hacia el pie de la cama, donde el gato seguía durmiendo hecho un ovillo. «Bendito sea», pensó. Normalmente le daba algunas sobras de su plato cuando Hanno no estaba, pero la carne era un alimento demasiado escaso como para dárselo a un felino. Si no fuera por los niños de las viviendas vecinas que cazaban ratas para pasar el rato, Aníbal habría tenido muy poco para comer. Con un poco de suerte, más tarde le traerían una

o dos. La pequeña moneda de plata que Aurelia les daba una vez a la semana hacía que no se les olvidara. También era una suerte que a los niños les gustara dar de comer al gato porque así Aurelia no tenía que encargarse de los roedores muertos. Les había insistido en que lo hicieran en uno de los callejones cercanos.

Al cabo de un rato se levantó y se vistió. Los rayos del sol habían empezado a filtrarse por las rendijas de las contraventanas, lo cual significaba que ya casi era hora de empezar la jornada. Si iba ahora a la panadería, tenía más

posibilidades de conseguir algo de pan. Además sabía mejor recién salido del horno. Aurelia también cayó en la cuenta, con emoción, de que los pescadores habrían regresado de sus faenas nocturnas. El pescado era uno de los pocos alimentos que abundaban y Hanno seguro que disfrutaría con un plato de atún o caballa fritos. Valía la pena caminar varias calles hasta la pescadería para ver qué había. Y ya que estaba, podía comprar hortalizas en el mercado.

Sintió entonces una punzada de aflicción. Seguía pareciéndole extraño plantearse salir sin Publius.

«Te echo de menos todos los días, pequeñín —pensó—. Que los dioses cuiden de ti en el Elíseo. Me reuniré allí contigo algún día.» Cuando había muerto, había querido reunirse con él todos los días, pero su amor por Hanno le había hecho superar ese sentimiento. Solo se vivía una vez y había que aprovechar, no acabar de forma prematura. Ya volvería a ver a Publius cuando le llegara el momento. Antes de eso confiaba en tener hijos con Hanno. No ahora, porque sería una locura, sino cuando llegara la tan anhelada paz. Hasta entonces, seguiría tomando

las hierbas que vendían ciertas comadronas.

Un chico gritó en la calle y Aurelia sonrió. Era el líder fornido y pelirrojo de los cazadores de ratas. Hanno había dicho que, a excepción del color del pelo, el muchacho le recordaba a sí mismo de niño. La idea de tener una versión en miniatura de Hanno que cuidar enterneció a Aurelia. Cogió la cesta de mimbre y el monedero y se preparó para salir.

Tan-tara. Tan-tara-tara. El sonido se repitió una y otra vez.

Tan-tara. Tan-tara-tara. Tan-tara.
Tan-tara-tara.

El sonido arrancó a Hanno de las profundidades del inconsciente. «Es una trompeta —pensó con apatía—. Una dichosa trompeta. Quienquiera que la esté tocando debería metérsela por el culo. Así se callaría.»

Otros hombres se movieron y gritaron enfadados.

—¡Lárgate! ¡No estamos de servicio! ¡Hoy es día de festival, idiota!

Para frustración de Hanno, el trompeta hizo caso omiso de su descontento. El ruido continuó

hasta que se despertó lo suficiente para reconocer el entorno. Estaba tumbado en un suelo sucio, en parte debajo de una mesa. Kleitos estaba despatarrado a su lado, inconsciente. Entre ellos había una jarra de vino que milagrosamente seguía en pie. Se dio cuenta de que seguían en «El tridente de Poseidón.» Alargó una pierna y le dio una patada a Kleitos.

—Grrrr —gruñó Kleitos—. Cielos, me duele la cabeza.

—A mí también —reconoció Hanno intentando encontrar suficiente humedad en la boca pastosa para escupir. Como no lo

consiguió, se apoyó en un codo y dio un trago al vino. El sabor ácido le hizo atragantarse. Lo engulló de todos modos y dio un segundo trago.

—El alcohol que nos quitó la resaca —musitó, ofreciéndoselo a Kleitos—. ¿Quieres un poco?

Tan-tara. Tan-tara-tara.

A Kleitos, cuya expresión era inerte y exhausta, le cambió la cara. Miró fijamente a Hanno, boquiabierto.

—¿Hace rato que suena esto?

—Un poco. ¿Por qué?

—Los griegos no usan trompetas. —Kleitos se incorporó

de golpe ayudándose en la mesa—.

¡ARRIBA, ARRIBA, PUTOS GUSANOS! ¡LOS ROMANOS ESTÁN EN EL INTERIOR DE LA CIUDAD! ¡ARRIBA! ¡ARRIBA!

Enseguida se armó un escándalo.

Las náuseas que Hanno había sentido se intensificaron. Se tragó el mal sabor de boca y se levantó con dificultad.

—¿Cómo? ¿Cómo es posible que hayan entrado?

—¡Yo qué sé! —gritó Kleitos. Fue de un lado a otro con ojos desorbitados y apareció al cabo de un momento con la espada y el tahalí—. ¡Habrá sido un traidor! —

exclamó con una sonrisa amarga—. Así es como se toman siempre las ciudades, ¿no?

—Supongo. —Hanno encontró su arma debajo de la mesa, junto con el casco. Al menos habían ido a la taberna sin pasar por casa para cambiarse. Él y Kleitos todavía llevaban la armadura—. ¿Desde dónde sonaba la trompeta?

—¿Quién coño lo sabe? Salgamos a averiguarlo.

Hanno observó a los hombres que le rodeaban, que eran de varias unidades distintas y sin duda de distinta calidad. Algunos parecían veteranos, pero la mayoría eran

jóvenes que se habían visto abocados al servicio cuando se inició el asedio. Sus rostros aterrados resultaban lo bastante elocuentes.

—¡Tú! Tú. ¡Tú y tú! —gritó Kleitos. Los cuatro soldados a los que había señalado, veteranos, respondieron, lo cual ya era algo, pensó Hanno. Se acercaron arrastrando los pies.

—¿Señor? —preguntó uno de ellos.

—Coge todas las armas que puedas y reúnete con nosotros en el exterior —ordenó Kleitos—. ¡Rápido!

—Señor. —Empezaron a rebuscar por el suelo entre vasos rotos, vino derramado y vómitos.

El caos reinaba en el exterior. Ya no se oía la trompeta, pero la gente corría desesperada de un lado para otro. Los soldados deambulaban por ahí en grupos de dos o tres, muchos todavía borrachos. Un oficial medio vestido bramó órdenes desde la ventana de un primer piso; la tropa no le hizo ni caso. Las noticias contrapuestas llenaban el ambiente: los romanos habían derribado varias puertas; ya habían matado a la mitad de la guarnición; Epícides había sido asesinado; una

flota de trirremes enemigos había entrado en el Puerto Grande. Una mujer que llevaba un bebé llorón avanzaba a trompicones presa del pánico llamando a un niño mayor que se había perdido. Un loco con mechones largos y sucios y una mirada penetrante anunció el fin del mundo. Los tenderos que habían abierto sus puertas hacía unos momentos, las cerraron de golpe.

Hanno se esforzó por mantener la calma. A pesar de su experiencia en combate, nunca se había encontrado en una situación como aquella. «Aurelia —pensó—.

Aurelia. —El hecho de que fuera romana no significaría nada para los legionarios enloquecidos por la sed de sangre—. Que los dioses la protejan.»

—¿Qué deberíamos hacer?

Kleitos respondió agarrando por el brazo a un soldado que pasaba. El hombre dio media vuelta y se llevó la mano a la espada, pero se relajó al ver que Kleitos era un oficial.

—¿Señor?

—En nombre de Hades, ¿qué está pasando aquí? —exigió Kleitos.

—Dicen que un grupo de romanos escaló la muralla de la

torre Galeagra, señor. Han matado a la guarnición y avanzado hasta la Hexápila. No sé, pero supongo que la llamada del trompeta era para informar a los cabrones de fuera que habían abierto una o más puertas. —El soldado se estremeció, como si esperara recibir un castigo por haber difundido una noticia tan calamitosa.

—Gracias —dijo Kleitos—. ¿Intentas encontrar a tu unidad?

—Sí, señor.

—Bien. Sigue adelante y que los dioses nos ayuden a todos.

Con un saludo rápido, el soldado se marchó corriendo. Al cabo de un

momento, los cuatro veteranos salieron de la taberna, con expresión somnolienta pero con armas en las manos.

—Preparados, señor —dijo el cabecilla a Kleitos.

—Bien. —Kleitos lanzó una mirada a Hanno—. Mis hombres, y los tuyos, están arriba, cerca de la Hexápila. Va a producirse una verdadera carnicería. Si ese soldado estaba en lo cierto, ¡nuestros hombres ya deben de estar muertos!

—A lo mejor no —replicó Hanno—. Creo que tenemos dos opciones: esperar a ver la respuesta de

Epícides, arriesgándonos a que haya acabado todo para cuando lleguemos a la Hexápila con hombres suficientes, o dirigirnos allí ahora mismo, lo cual podría asemejarse a lanzarnos por el cráter que corona el monte Etna.

—Mal si lo hacemos y mal si no —gruñó Kleitos—. ¡Cabrones, bastardos, mamones romanos!

«No está seguro de qué hacer —pensó Hanno—, y cada segundo que pasa es como si desperdiciáramos diez.»

—Dirijámonos a la Hexápila —declaró—. Tengo la intuición de que Epícides todavía se está rascando el

culo.

Kleitos meneó la cabeza.

—Sí. Es el mejor plan.

—¿En qué dirección? —preguntó

Hanno, que apenas sabía orientarse para ir a la taberna desde donde vivía, y mucho menos encontrar la Hexápila.

Kleitos señaló a la derecha, donde había más gente.

—Por ahí.

—Conozco las callejuelas de por aquí, señor —se ofreció voluntario uno de los veteranos—. Se va mucho más rápido.

—Indícanos —ordenó Kleitos—. Avanza lo más rápido posible. No

podemos perder ni un segundo.

—Sí, señor. —El veterano se puso en camino a toda prisa, seguido de Kleitos en primer lugar y después de Hanno y los demás.

Hanno se notaba el estómago revuelto y se dio cuenta de que no le faltaba mucho para echar el vino que se acababa de tomar, pero esa era la menor de sus preocupaciones. Era probable que la ciudad ya estuviera perdida. Llegarían a la Hexápila, los romanos les matarían y morirían por nada. Mientras tanto, Aurelia estaba sola e indefensa en sus aposentos. En aquel momento las

extremidades de Hanno estuvieron a punto de traicionarle, de tantas ganas que tenía de correr hacia Euríalo. «Soy el hombre de Aníbal —se repetía—. Me enviaron aquí para ayudar a Siracusa a luchar contra Roma. Es mi obligación y está por encima de todo lo demás. De todo.» Mientras seguían corriendo Hanno deseó que el sabor amargo que tenía en la boca se debiera al vino.

No tenía nada que ver con eso.

«Aurelia.»

Según el soldado que los guiaba,

faltaban poco más de veinte estadios para llegar a la Hexápila. En circunstancias normales, Hanno se habría esperado cubrir esa distancia a una velocidad considerable. Hoy era distinto. Aunque fueron bastante rápido en los callejones diminutos y senderos estrechos que discurrían entre las casas, la muchedumbre con la que se encontraban cada vez que salían a una vía principal les entorpecía el paso. De no ser porque iban armados, y decididos, habrían avanzado muy despacio. Kleitos no tardó en ordenar que hicieran una advertencia verbal a los

transeúntes para que se apartaran de su camino antes de emplear los puños o la parte lisa de las espadas para obtener el resultado deseado.

Si los barrios de Acradina y Tyche estaban atestados, las calles situadas más allá de los muros internos estaban abarrotados como la pesca salada en un tonel. Los guardas resacosos y conmocionados habían abierto las puertas y justo estaban dejando entrar al aluvión de refugiados. Hanno supuso que estaba bien saber que Acradina y Tyche seguían en manos siracusanas, pero de todos modos si entraban todos los habitantes de

Epipolae, las provisiones no les durarían demasiado. Consiguieron cruzar las puertas en el sentido contrario de la marabunta de gente. Al otro lado, la muchedumbre que venía hacia ellos les impidió avanzar a algo que no fuera paso de tortuga. Los hombres gritaban asustados y maldecían en vano. Un sacerdote de rostro sonrojado exigió que lo dejaran pasar antes que a los demás. Los bebés y los niños pequeños gemían y las madres acosadas intentaban calmarles. Un par de burros rebuznaban descontentos.

—Maldita sea, para cuando

lleguemos ahí, será demasiado tarde —dijo Kleitos, frunciendo el ceño.

Más allá del dolor de cabeza cegador, Hanno estaba pensando lo mismo. Allá donde estuvieran los romanos, la gente correría hacia el otro lado. El enemigo estaría desplazándose rápido, como el agua de lluvia de una tormenta que va abriendo nuevos senderos en el suelo polvoriento. Antes de que Epícides consiguiera congregar a suficientes tropas, varias zonas de la ciudad habrían caído. Sus hombres tampoco tendrían la fuerza mental para luchar por culpa de las

ingentes cantidades de vino que habían consumido a lo largo de los dos últimos días. A Hanno le embargó la amargura. ¿Qué diferencia iba a suponer para el resultado seis soldados, por ejemplo? ¿Qué diferencia podía marcar él? La respuesta clamorosa a ambas preguntas era «ninguna». Mientras que si llegaba hasta Aurelia, quizá pudiera sacarla de allí, antes de que los romanos llegaran al barrio situado cerca de Euríalo. No tenía ni idea de adónde, pero cualquier cosa era mejor que que ella se quedase esperándole aterrada.

—Kleitos —dijo.

Su amigo le miró.

—Ve.

Hanno se lo quedó mirando consternado.

—No tienes que demostrarme tu lealtad —declaró Kleitos en voz baja—. Tu espada no va a cambiar lo que pase hoy en la ciudad, pero quizá le salves la vida a Aurelia.

—Yo...

—Si hubiera tenido la oportunidad, habría hecho lo mismo en Enna, por mi mujer. Ve, Hanno, y que los dioses te protejan. — Kleitos le tendió una mano—. Nos vemos en Acradina.

Se estrecharon la mano.

—¿Tú crees que Acradina resistirá? —preguntó Hanno.

—Espero que sí, joder. Si no, hoy caerá Siracusa entera. No quiero ni pensarlo.

—No. —Hanno había pensado utilizar los túneles situados cerca del fuerte de Euríalo, pero aun haciendo eso seguirían estando en el interior de las fortificaciones romanas. En realidad también suponía desertar. A pesar de la desesperación por salvar a Aurelia, Hanno no podía hacer eso. Tomó una decisión. En Acradina seguiría luchando. Tendrían acceso a

Ortygia y a barcos. Si era necesario, quizá fuera más fácil huir por mar—. Muy bien. Nos dirigiremos allí. Gracias, Kleitos. Que Zeus Sóter te proteja.

—Necesitaremos su ayuda. ¿Sabes hacia dónde ir?

—Sí. Reconozco esta plaza. — Hanno no sabía qué más decir. Era probable que él y Kleitos no volvieran a verse. Se miraron a los ojos y vieron reflejados el mismo sentimiento intenso—. Adiós. — Apartó la mirada y desapareció por un callejón situado a la izquierda.

Perdió la noción del tiempo durante el trayecto siguiente. A

veces iba caminando y otras veces corriendo. Se abría paso a empujones, se metía por entre huecos estrechos que le dejaban arañazos en la armadura de bronce. No tardó mucho en tener que parar para vomitar. Por desgracia, no le alivió las náuseas y se le intensificó el dolor de cabeza. En otras circunstancias, se habría compadecido a sí mismo. Ahora ignoró el sentimiento y siguió adelante. Se puso a cuatro patas para dejar atrás un carro que bloqueaba una calle estrecha. Al poco, frustrado por un barrio que estaba totalmente paralizado, subió

a toda velocidad las escaleras de un bloque de viviendas y se encaramó al tejado. La vista que contempló hizo que un sudor frío le recorriera la espalda. Desde todas partes de Epipolae se elevaban columnas de humo negro. El sonido de los gritos no daba pie a confusión ni tampoco el fuerte tintineo de las armas. No se había contenido a los romanos y tampoco era posible hacerlo entonces. Se giró soltando maldiciones.

Era peligroso caminar por las tejas de arcilla roja y en más de una ocasión estuvo a punto de caer. Sin embargo, la escasa distancia

que había entre los edificios resultó ser ventajosa porque podía saltar de uno a otro. Así fue como evitó la zona de calles atestadas. Cuando llegó el momento de bajar de los tejados, Hanno le dio un susto de muerte a una anciana al caer justo delante del rellano en un momento en que tenía la puerta abierta. Sonrió y levantó las manos abiertas para indicarle que no quería hacerle ningún daño y bajó traqueteando las escaleras. No tenía ningún sentido decirle nada a la vieja. Estaría más segura quedándose donde estaba que arriesgándose a salir a las calles enloquecidas. Le

costó mucho más resistirse a los ruegos de una joven y atractiva madre con dos niños, que le insistió para que la llevara a algún lugar seguro.

—No puedo, lo siento —dijo Hanno sin mirarla.

—Llévanos contigo, por favor —suplicó—. Se nota que eres un buen hombre. No te causaremos ningún problema, te lo juro. —Con un profundo sentimiento de culpa y un martilleo infernal en las sienes, masculló una excusa y la dejó sollozando detrás de él.

Por suerte, la muchedumbre y el pánico se aligeraron un poco a

medida que Hanno se alejó del centro de la ciudad. La gente seguía acudiendo en tropel hacia Acradina y Tyche, pero por lo menos había espacio para desplazarse por las calles. Aquella situación agravó su preocupación en vez de mitigarla. ¿Y si Aurelia ya se había marchado de su vivienda? Resultaría imposible localizarla. Echó a correr a toda velocidad y cubrió los últimos cinco estadios en menos de lo que había tardado en recorrer el primero. En la casa necesitó unos instantes para secarse el vómito y el sudor que le cubría toda la cara. Por todos los

dioses, ¡cuánto se arrepentía de haber bebido tanto la noche anterior!

Sintió un gran alivio cuando oyó a Aurelia moviéndose en el interior en cuanto golpeó la puerta con el puño.

—¡Aurelia! ¡Soy Hanno!

Se produjo un breve silencio.

—¿Hanno?

—Sí, estoy aquí.

Aurelia descorrió el cerrojo, abrió la puerta y lo miró con ojos enrojecidos antes de echarse a sus brazos.

—¡Oh, Hanno! Cuánto miedo he pasado. Los gritos de la calle

resultaban aterradores. La gente dice que los legionarios nos matarán a todos.

—De eso nada —mintió.

—Sabía que vendrías.

Gracias a los dioses que no sabía lo a punto que había estado de no ir, pensó con sentimiento de culpa, abrazándola con fuerza. Por lo menos estaban juntos. Sin embargo, qué no habría dado para que Mutt y sus libios estuvieran también a su lado.

24

Un par de horas después de iniciar la búsqueda de Pera, Quintus se vio obligado a reconocer que los dioses no tenían intención de ayudarles. El caos absoluto que reinaba en la ciudad había

dificultado la búsqueda. Al comienzo no estuvo mal, hasta que regresaron a Galeagra, donde confiaban que él continuara. Sin embargo, no había visto ni rastro de Pera ni de nadie de su unidad. Los hastati que para entonces ocupaban el puesto ni siquiera sabían quién era.

—Olvidaos de vuestro comandante —le había aconsejado uno de ellos, suponiendo que eso era lo que Pera era—. Ya os encontrará más tarde. Hasta entonces, ¡haced lo que queráis!

Los compañeros del soldado se habían reído con crueldad y a

Quintus le habían venido a la mente las imágenes siniestras de Enna.

Para entonces la guarnición se había despertado, pero no oponía ningún tipo de resistencia organizada. Por aquí y por allá aparecían pequeños grupos de soldados enemigos, pero estaba claro que la mayoría estaban demasiado borrachos o incapacitados para luchar, o habían salido a trompicones al exterior sin ni siquiera coger suficientes armas. Sus oficiales estaban desaparecidos o se sentían intimidados por la cantidad de legionarios que abarrotaban la ciudad. Quintus vio

más de una vez cómo una única carga hacía huir al enemigo. Cada vez que eso ocurría, el pánico se propagaba incluso más rápido. A los defensores no beneficiaba para nada que cientos e incluso miles de civiles aterrorizados intentaran huir de la carnicería. Quintus se acostumbró a ver a tropas siracusanas abatiendo a residentes desarmados que intentaban escapar.

Tuvieron que interrumpir la búsqueda durante un rato cuando un optio que estaba al mando de media centuria de principes les ordenó que les ayudaran a

ahuyentar a las fuerzas enemigas que estaban en una vía importante. Una vez hecho, les resultó bastante fácil fundirse otra vez en el caos. Mientras buscaban a Pera, a Quintus le venían imágenes extrañas a la mente. En la plaza de un mercado encontraron a legionarios atiborrándose del vino que habían cogido de un almacén. Algunos ya estaban borrachos y se bañaban en la fuente central, con los tahalíes y espadas envainadas como única vestimenta. Vieron gallinas correteando de aquí para allá en un callejón intentando escapar de las zarpas de un par de

velites que no paraban de reír. Bien cargados de hogazas de pan y pasteles recién hechos, los legionarios pisoteaban sin miramientos el cuerpo destripado de un panadero. Cinco caballos pertenecientes a la caballería enemiga galopaban desbocados por una calle, lo cual hacía que tanto romanos como siracusanos buscaran un lugar para protegerse.

No obstante, la mayor parte de lo que veía Quintus era mucho peor e imposible de ignorar. En medio de un pasaje había el cadáver de un niño o niña, Quintus no sabía, decapitado. En otro, un anciano

despatarrado encima de una mujer de la misma edad, intentando protegerla incluso muerto. Les habían apuñalado a ambos tantas veces que tenían la ropa empapada de sangre. Una mujer embarazada intentaba parir donde estaba tumbada, aunque moriría incluso antes de acabar el alumbramiento debido a la gravedad de las heridas que tenía. Un bebé diminuto con pañales gimoteaba angustiado desde los brazos de su madre muerta. Las órdenes, los gritos de guerra y el choque de las armas reverberaban en el ambiente. Con ellos se mezclaban gritos de terror

y voces agudas que invocaban a los dioses y diosas, implorando su ayuda, su intervención, cualquier cosa con tal de acabar con la matanza o encontrar a familiares perdidos en la confusión. También había otro sonido constante: los chillidos terribles de las mujeres víctimas de violaciones. Quintus hizo un gran esfuerzo para que aquellas escenas no le afectaran.

En un momento dado a lo largo de la mañana el ruido de la lucha se tornó ensordecedor. Los amigos no tardaron en averiguar por qué. Epícides había partido con determinación desde Ortygia con su

ejército. Todos los soldados romanos tenían que dirigirse hasta el extremo de Epipolae para ponerse a disposición de los oficiales allí presentes.

Urceus fue quien quiso poner fin a su búsqueda.

—Reconócelo, Crespo. Nunca le encontraremos. No le hemos visto el pelo a ese cabrón. La situación me disgusta tanto como a ti, pero ha llegado el momento de buscar a Corax y a nuestros hermanos. Si no, algún oficial hijo de puta va a acusarnos de eludir nuestra obligación. Ya hemos tentado demasiado a la suerte en ese

sentido.

Quintus frunció el ceño. Por mucho que le doliera, su amigo tenía razón.

—Muy bien.

No fue difícil saber qué dirección tomar. Todos los soldados romanos que estaban a la vista se dirigían hacia el sur o el sureste. Los oficiales les metían prisa con gritos alentadores, pero las calles estaban tan llenas que iban despacio. A los dos amigos no les quedó más remedio que caminar fatigosamente al ritmo de la muchedumbre y, al cabo de un rato, Quintus se hartó. Vio un callejón que discurría

formando ángulos rectos con respecto a la vía en la que estaban y le dio un codazo a Urceus.

—Vamos a probar por ahí. No tenemos nada que perder, ¿no? Siempre podemos volver sobre nuestros pasos o atajar por otra calle que esté menos congestionada.

Gruñendo entre dientes, Urceus siguió a Quintus. Al cabo de diez pasos, se paró en seco.

—Estamos pisando excrementos humanos. Menudos guarros los follaculos de los siracusanos.

—Sigue adelante. Donde estoy yo no hay nada de eso —mintió

Quintus. Cuando emergieron por el otro extremo del callejón, no paraba de reír por lo bajo.

—Cabrón. Me las pagarás por esto —amenazó Urceus, intentando quitarse los excrementos de las sandalias.

—Puedes intentarlo —replicó Quintus, disfrutando del alivio momentáneo.

Atajando por callejones siempre que les fue posible, avanzaron a un ritmo considerable. El sonido del metal contra el metal y los gritos de los hombres fue acercándose. Quintus notó que se le encogía el estómago, como le ocurría siempre

antes de una batalla. Miró a Urceus, que se humedecía los labios.

—No falta mucho, ¿eh? Con todos los que estamos en el recinto amurallado de la ciudad, los siracusanos no tendrán muchos ánimos para pelear.

—Esperemos. —Daba la impresión de que Urceus tampoco tenía muchas ganas de pelea, porque miró de soslayo—. ¡Mira! Una bodega. La puerta está abierta. ¿Por qué no tomamos algo rápido? Solo una copa. Así templaremos los nervios.

—Sí. ¿Por qué no? La batalla puede esperar un poco más —

repuso Quintus. El vino quizá mitigara el horror de algunas de las escenas que acababa de ver.

Pero lo que vieron en el interior apartó de su mente toda idea de beber vino.

Había un hombre caído contra el mostrador con la cabeza en el pecho. Tenía una mano ahuecada con ademán protector por encima del vientre. La sangre le rezumaba por entre los dedos, le cubría la cota de malla y le manchaba los pteryges de escarlata. Un reguero rojo y brillante que había en el suelo le llegaba a los pies e indicaba el recorrido que había

seguido después de que lo apuñalaran.

Corax.

Quintus enseguida miró en derredor, pero no vio a nadie. Escupiendo maldiciones, corrió al lado de su centurión. Urceus iba un paso por detrás. Se arrodillaron y se miraron el uno al otro con expresión temerosa.

—¿Está muerto? —susurró Urceus.

Quintus alargó el brazo y tocó la mejilla de Corax. Estaba fría pero no sepulcral. Incluyó la cabeza del centurión con sumo cuidado. Se oyó un fuerte clanc cuando el casco de

Corax tocó la pared. Gimió y parpadeó. Quintus y Urceus intercambiaron otra mirada, esperanzada en esta ocasión.

—¿Señor? —murmuró Quintus—. ¿Me oyes?

Corax dejó escapar otro gemido.

—Tenía que haber... tenía que haberlo sabido...

—Soy yo, Crespo, señor. Urceus también está aquí.

Corax hizo una mueca.

—Crespo, Urceus... —Al cabo de un momento, abrió los ojos—. Quitadme el casco. Tengo la impresión de que es de plomo.

Quintus se apresuró a desatarle

el barboquejo y le quitó el casco. El forro estaba empapado de sudor.

—Eso está mejor —musitó Corax.

—Déjame que le eche un vistazo al vientre, señor —se ofreció Quintus mientras acercaba las manos a la hebilla del cinturón de Corax.

—Déjalo. —En la voz de Corax reapareció un atisbo de su dureza característica—. Estoy acabado.

En esta ocasión, Quintus y Urceus intercambiaron una mirada de desesperación.

—¿Tienes sed, señor? —preguntó Quintus.

—No. —Corax consiguió soltar una risita—. Resulta irónico morir en una bodega sin ni siquiera probar lo que ofrece. Ah, Crespo, tenías razón. Tenía que haberme dado cuenta.

Quintus notó un temor funesto que se le agazapaba en el vientre, pero no se atrevió a verbalizarlo.

—No te entiendo, señor.

—Que Pera era un canalla asesino.

Una profunda ira ensombreció la vista de Quintus. Oyó que Urceus preguntaba:

—¿Pera te ha hecho esto, señor?
¿No un siracusano?

—Pera. Fue Pera. Me convenció para venir aquí con una artimaña, prometiéndome la mejor cosecha que había probado jamás. Fui tan imbécil de dejar marchar a mis hombres diciéndoles que ya nos encontraríamos más tarde. —Corax tosió. Tenía flujo en la saliva—. Me atacó en cuanto estuvimos solos. No tuve ninguna posibilidad.

A Quintus le entraron ganas de buscar a Pera y hacerlo picadillo, aunque en su interior sabía que el centurión se habría marchado hacía tiempo.

—¿Por qué lo hizo, señor?

—Por... por el poder que tenía

sobre él. Le preocupa que Marcelo descubra que es un mollis.

Los amigos dejaron escapar un grito ahogado al unísono, conmocionados. Amar a otro hombre estaba prohibido en el ejército.

Quintus pensó que seguro que a Pera también le había fastidiado sobremanera que Corax le hubiera defendido. Sintió un sentimiento de culpa abrumador.

—Nunca imaginé que me mataría otro centurión... —La voz de Corax se apagó.

Por un momento, Quintus pensó que Corax había muerto. Unas

lágrimas calientes le resbalaron por las mejillas. Urceus se sentía igual.

—Era el mejor centurión de todo el ejército romano, con diferencia —susurró.

Corax respiró de forma entrecortada y se recuperó visiblemente.

—Sois hombres buenos, los dos. Prometedme que acabaréis con Pera por esto. Odiaría morirme pensando que va a quedar impune.

—Mataré a Pera aunque sea lo último que haga, señor —prometió Quintus.

—Lo mismo digo —aseveró Urceus con fervor.

Satisfecho, Corax cerró los ojos. Al cabo de un momento se estremeció.

—Tengo frío.

Quintus no veía nada en el local que pudiera servirles de manta, pero para cuando volvió a mirar a Corax, era demasiado tarde. El centurión ya no respiraba. Había vuelto a abrir los ojos y tenía la mirada vidriosa. Quintus le buscó el pulso pero no lo encontró. Se inclinó hacia los labios de Corax a fin de permitir que el alma le saliera del cuerpo.

—Ha muerto desangrado. —La voz de Urceus estaba preñada de

emoción—. Ha muerto desangrado como un cerdo degollado.

—El cabrón hijo de puta de Pera pagará por esto —dijo Quintus—. Aunque tenga que perseguirlo el resto de mi vida.

—No estarás solo.

Los dos lloraron sin avergonzarse de ello. Habían pasado por mucho juntos y Corax siempre había estado ahí para dirigirlos. Había sido una presencia permanente en sus vidas, al igual que un gran malecón contra el que las olas rompen sin cesar. Por complicada que hubiera sido la situación, siempre habían podido

confiar en él. Los desastres de Trasimene, Cannae y, más recientemente, Siracusa no habían hecho flaquear su determinación. Y ahora estaba muerto, así, de repente. Asesinado por uno de los suyos. Qué sinsentido tan grande, pensó Quintus con amargura. Pera pagaría con su vida por lo que había hecho.

Cuando hubieron controlado su ira y expresado su dolor, tumbaron a Corax en el suelo de un almacén vacío con las manos cruzadas sobre el pecho.

—Esperemos que ninguno de los nuestros lo toque —dijo Quintus,

consciente de que algunos soldados no se lo pensarían dos veces antes de coger una espada tan bonita como la de Corax.

—Con un poco de suerte, les interesará más el vino. Tampoco entrará aquí ningún siracusano. Están todos cagados de miedo. Corax descansará aquí hasta que podamos volver a por él.

Quintus asintió entristecido.

—Sí. Tenemos que encontrar al resto del manípulo. Contarles lo ocurrido.

—Que los dioses ayuden a Pera cuando se lo contemos a los chicos. Querrán arrancarle las

extremidades una por una.

—A lo mejor tenemos suerte y nos lo encontramos en algún sitio. Si lo matamos hoy, ofreceré un toro de primera a Fortuna —juró Quintus.

—Que sean dos. Y si no lo encontramos, bueno, ya lo encontrará algún siracusano. — Urceus soltó una risa desagradable.

Quintus identificó el mismo sentimiento negativo en su interior. No tenía ningún interés en matar a civiles desarmados, pero dejar a los soldados enemigos tirados en el barro era harina de otro costal. No serviría para recuperar a Corax,

pero les ayudaría a liberar parte de la rabia abrumadora que sentían. De un modo salvaje y ancestral, podría considerarse un sacrificio en honor del centurión. Después de eso, Quintus quería vino. Más vino del que había bebido en su vida.

Luego, si Pera no estaba muerto todavía, Urceus y quienes quisieran participar podían empezar a urdir sus planes. Se trataba de un asunto que ellos, los soldados rasos, tendrían que solucionar por sí mismos puesto que no había manera de demostrar el crimen de Pera. El hecho de saber que sus compañeros querrían ayudar no

alivió demasiado el dolor de Quintus, que era como un peso que le presionaba el pecho. Pero le servía para centrarse, lo cual agradecía. Sin eso se habría sentido perdido. «Sigue respirando —pensó—. Sigue caminando. Haz lo que Corax habría deseado. Sigue con vida.»

Al comienzo, Hanno y Aurelia hicieron progresos considerables. Su plan era seguir el muro septentrional de la ciudad a lo largo de una cresta que iba desde la fortaleza de Euríalo hasta el mar.

Tras unos quince estadios, tendrían que bajar por la colina hasta el barrio amurallado de Neapolis, donde esperaba poder refugiarse. Sin embargo, si había caído, Acradina y las poderosas defensas estaban cerca. La idea le había parecido excelente, pero Hanno se había dado cuenta, frustrado, de que no era la única persona a la que se le había ocurrido la misma idea.

Al cabo de tres estadios, la calle estrecha y sin pavimentar que discurría a lo largo de la penumbra de la alta muralla estaba atestada de gente. Familias enteras —

abuelos, madres, padres y niños de expresión aterrada— caminaban juntos mientras los adultos cargaban a la espalda sus posesiones más preciadas. Los perros, mascotas de las familias, corrían arriba y abajo entre los grupos, olisqueando y ladrando sin cesar. Un optimista había decidido llevar con él a su cerdo de engorde con una cuerda. Resoplaba y gruñía descontento por estar entre tanta gente. Hanno se echó a reír cuando, al cabo de muy poco rato, el animal se hartó y echó a correr alocadamente por un callejón, por lo que su contrariado dueño se

quedó solo con un trozo de cuerda. Los tenderos y artesanos avanzaban a duras penas bajo el peso de sus artículos, herramientas y, a juzgar por el sonido tintineante, bolsas de dinero. Incluso había un par de comerciantes con carretas sobrecargadas tiradas por bueyes, que casi obstruían el paso en la calle.

—Son tontos —le dijo Hanno a Aurelia—. En momentos como este, lo importante es salvar el pellejo. ¡Pero ninguno se da cuenta!

—Eres soldado, Hanno. Sabes por intuición cómo actuar en una

situación como esta. Esta gente no lo sabe.

—Esto les provocará la muerte —declaró Hanno con más dureza de la que habría empleado si no hubieran corrido tanto peligro. Si no le hubiera prohibido a Aurelia buscar a Elira o insistir para que dejara el gato atrás—. A este paso nunca llegaremos a un lugar seguro.

—¿Adónde nos llevas? —preguntó Aurelia cuando se internaron en un callejón tan estrecho que un hombre gordo habría tenido que caminar de lado por él.

—No tengo ni idea. Lo cierto es que da igual mientras sea lejos de donde estábamos. —Hanno imaginaba la matanza que se produciría si llegaran los legionarios—. Necesitamos otra calle que discurra hacia el sureste, en dirección a Neapolis y Acradina.

Aurelia le respondió con una sonrisa no demasiado convincente, pero Hanno no tenía tiempo de tranquilizarla. El tiempo no había sido nunca tan esencial.

No tardaron en encontrar una calle que conducía a donde querían, pero estaba incluso más abarrotada que la que discurría a lo largo del

muro. A pesar de no estar plenamente convencido, pero suponiendo que habría menos gente, Hanno los condujo más al norte, más cerca del centro de la ciudad... y de los romanos. Su estratagema funcionó durante un rato. Se abrieron paso por un mercado abandonado rodeado de tiendas y templos y se internaron en una zona residencial acomodada llena de edificios de viviendas de tres o cuatro plantas. La mayoría de los inquilinos habían huido y solo quedaban los testarudos, los viejos y los criminales. Unos cuantos de estos últimos miraron a Aurelia con

expresión lasciva. Al comienzo, la espada desenvainada y el porte fiero de Hanno bastaron para intimidar a esos maleantes, pero cuando cinco de ellos se aliaron, ganaron en osadía. Los humos se les bajaron en cuanto dos murieron ahogados en su propia sangre. Hanno dejó a los asombrados supervivientes que se las apañaran solos, mientras empujaba a Aurelia para sacarla de allí.

—Son unos cobardes. Estaremos a salvo en cuanto ya no nos vean. —«De estos, al menos», replicó su lado preocupado. ¿Y los miles de romanos?

Sin embargo, no vieron legionarios durante un buen rato y Hanno empezó a albergar la esperanza de que llegarían a Acradina, su nuevo objetivo. Con lo que no había contado era con perderse. El humo procedente de los edificios incendiados le impedía orientarse con el sol. No estaba familiarizado con muchas de las calles laterales que salían de las avenidas principales y se había servido del ruido de las luchas como indicador aproximado para dirigirse hacia el este. Se percató de su error demasiado tarde. La batalla asolaba grandes zonas de Siracusa

y no todos los defensores habían huido. Cuando se tropezaron con un grupo de tropas siracusanas al mando de un oficial de expresión resuelta, Hanno se vio obligado a unirse a ellos. La llegada de una ingente cantidad de romanos por el otro extremo de la calle le dio la oportunidad a él y a Aurelia de huir. La pareja recibió toda suerte de insultos mientras bajaban corriendo por un callejón. Hanno iba detrás por si les perseguían. Tras cincuenta pasos, la calle desembocaba en una zona triangular flanqueada de tiendas y con una fuente central. Aurelia se

paró de repente. Hanno miró por encima del hombro y soltó una maldición. Estaba lleno de legionarios. Algunos saqueaban los negocios mientras que otros estaban ocupados con varias mujeres adultas y jóvenes que gemían y a las que habían apresado. Los cadáveres de quienes ya habían matado —un par de hombres de mediana edad y un joven— yacían ensangrentados, como marionetas desechadas en el suelo.

Desde atrás les llegaba el ruido de gritos y pelea. No podían retroceder ni avanzar.

—¿Qué hacemos? —susurró Aurelia.

—Quedarnos donde estamos —repuso Hanno con determinación.

—¿Y si nos ven?

—Te protegeré. —Sonó tan estúpido como Hanno había pensado que sonaría. No era Aquiles y ella también lo sabía.

—No quiero que me apresen viva.

—Eso no va a pasar.

—Sé cómo puede acabar esto, Hanno. Prométeme que me matarás si hace falta.

Se estremeció ante la firmeza de su mirada. Hanno tenía ganas de

despotricar a los dioses, pero se limitó a ofrecer una plegaria silenciosa a Tanit, la diosa madre tan venerada por los cartagineses.

«Protégenos, por favor. No me pidas que mate a la mujer que amo.»

Aurelia no insistió más y se quedaron a esperar hasta que fuera seguro retroceder o avanzar. Era como el Hades en vida, teniendo en cuenta que los gritos de las mujeres y las risas de los hombres les asaltaban los oídos desde un lado y el jaleo de los soldados matándose entre sí desde el otro. No había forma de evitar oír todo aquello:

cada uno de ellos tenía que vigilar un extremo del callejón.

Hanno había confiado en que la situación mejorara un poco cuando la lucha que se desarrollaba a su espalda remitiera. Pero no había contado con que los siracusanos tomaran ventaja y que el oficial recordara adónde habían ido. Se dio cuenta cuando tres soldados siracusanos entraron por uno de los extremos del callejón. Enseguida les vieron a él y a Aurelia. Echaron a correr gritando entusiasmados.

A Hanno se le revolvió el estómago. «Estamos perdidos.» Si se enfrentaba a esos hombres, los

romanos de la calle más allá les oirían. Si salían del callejón, les verían. ¿Qué destino era peor?

—Me he fijado en una tienda que hay a la vuelta de la esquina —siseó Aurelia—. Creo que no hay nadie en el interior.

—¡Pues ve para allá! —repuso Hanno. El trío de siracusanos estaba a treinta pasos.

—Espera. Hay un legionario de cara a nosotros. —La serenidad de Aurelia le sorprendió, pero obedeció.

Al cabo de seis segundos, que le parecieron seiscientos, Aurelia le dio un golpecito en el brazo.

Agachados, fueron avanzando hasta una zona despejada con Aurelia en cabeza. Hanno no miró más allá de la puerta de la tienda, que estaba entreabierta. Podía delatar su presencia. Sin embargo, no oyó gritos cuando empujaron la puerta para internarse en el local. Parecía una botica, el ambiente estaba impregnado del olor a hierbas aromáticas y otras sustancias más exóticas. Dos grandes morteros con las manos correspondientes dominaban el mostrador y los estantes de las paredes estaban llenos de vasijas y pequeños tarros de cristal. Hanno escudriñó la

estancia, pero no vio ninguna barra para atrancar la puerta. Con el corazón acelerado, se apoyó contra ella y presionó la oreja contra la madera. Aurelia le observó con el rostro tenso por el miedo.

—¿Adónde han ido? —gritó un hombre en griego.

—Cállate la boca —gruñó una segunda voz.

—¿Por qué?

—¡Eh, Julius, más vale que acabes pronto! —bramó un hombre en latín—. Tenemos compañía. Son unos hijos de puta siracusanos que han venido a salvar a sus mujeres.

—¡Mierda! ¡Retírate! —gritó el

primer hombre que había hablado en griego. Hanno se regocijó.

En el exterior reinaba la confusión porque los siracusanos huían y los legionarios cogían sus armas y les seguían. Cuando el sonido de los hombres que cargaban en el callejón se hubo apagado, Hanno se arriesgó a atisbar al exterior. Daba la impresión de que todos los legionarios se habían marchado a excepción de un hombre, cuyo trasero bombeaba arriba y abajo entre las piernas de una mujer.

Hanno salió corriendo y le apuñaló en la espalda. Acto

seguido, separó al legionario de la sollozante víctima y le cortó el cuello para rematarlo. La mujer, muy jovencita, alzó la vista hacia Hanno con la boca abierta por el terror y con el rostro y los pechos totalmente amoratados.

—¡Corre! —ordenó Hanno, apartando el cadáver a un lado—. ¡Busca algún escondrijo!

Aurelia quiso ayudar a levantar a la mujer, pero Hanno la apartó.

—¡No es más que una niña! —protestó Aurelia.

Hanno le sujetó el brazo con más fuerza todavía.

—No podemos ayudar. Los

dioses ya han hecho bastante dejándonos sobrevivir. Lo que está pasando ahora no es más que el comienzo, créeme. Cuando anochezca, la situación será infinitamente peor.

Bajó la mirada hacia la muchacha, que no se había movido de donde estaba.

—Ponte a salvo, por favor, antes de que vuelvan.

La joven giró la cara.

Aurelia levantó un gladius ensangrentado y le tendió la empuñadura a la muchacha.

—Coge esto. Puedes usarlo con ellos o contigo. —Mientras la chica

lo cogía, Aurelia contempló a Hanno con los ojos empañados de lágrimas—. Estoy preparada.

Rezando para que la racha de mala suerte terminara, Hanno se dirigió a la pequeña calle que tenían enfrente.

Durante un rato no vieron a ningún soldado de ninguno de los bandos. En un cruce situado doscientos pasos más allá, Hanno empezó a albergar esperanza. Vio una mano humana pintada en una pared con el índice señalando una de las cuatro calles con la palabra ACRADINA en griego. Era poco habitual encontrar señales en las

ciudades, por lo que se sintió doblemente agradecido.

—Por aquí.

Habían recorrido unos cincuenta pasos cuando un cuarteto de legionarios salió de una quesería. Cada uno de ellos llevaba una pieza de queso bajo el brazo. Soltaron un alarido al ver a Hanno y Aurelia y se pavonearon hacia ellos.

—Retroceded —susurró Hanno con frenesí, pero cuando se giró se le cayó el alma a los pies. Alertados por el ruido de sus compañeros, otros tres romanos bajaban con gran estrépito las escaleras delanteras de una casa que debían

de haber estado saqueando. El camino hasta el cruce estaba bloqueado y no había ningún callejón a la vista. Golpeó una puerta tras otra, pero todas estaban atrancadas por dentro.

—Les diré que soy romana —dijo Aurelia—. Que no te hagan daño.

—No te harán caso de nada que les digas. Míralos, son como bestias salvajes. —Hanno se colocó delante de Aurelia y se situó contra la pared de una tienda. En el último momento vio un escudo siracusano tirado por el suelo ahí cerca. Lo cogió y se sintió un poco mejor. Con un poco de suerte podría abatir a

unos cuantos enemigos antes de que lo arrollaran o mataran.

—Dame el puñal —dijo Aurelia—. Yo también sé luchar si están lo bastante cerca.

Cuántas cosas le habría dicho Hanno. Lo contento que estaba de que se hubieran conocido, lo mucho que había disfrutado del tiempo pasado juntos. Que su sueño había sido llevarla a Cartago en tiempos de paz, donde podrían haber formado una familia. Sin mediar palabra, desenvainó el arma y se la tendió.

Mientras se acercaban los primeros legionarios con expresión

lasciva, Hanno vio que aparecían dos más calle abajo. Se pararon, como si no estuvieran seguros de implicarse, y entonces se dirigieron hacia ellos con una determinación implacable. Hanno estuvo a punto de dejarse embargar por la desesperación. Siete contra uno era lo bastante malo, pero no quedaba totalmente descartado que él y Aurelia hubieran podido escapar.

Contra nueve enemigos no tenían ninguna posibilidad.

25

Quintus y Urceus deambulaban sin rumbo por las calles de Siracusa. Aunque se enzarzaron en alguna pelea ocasional con los pocos soldados siracusanos que todavía oponían resistencia, su

verdadero objetivo era encontrar a Pera. Si bien eran conscientes de que era improbable que siguiera en la ciudad, no se dieron por vencidos. No podían dejar de pensar en Corax. Durante más de cuatro años, el centurión había sido su líder y guardián y una figura paternal para ellos. Perderlo era terrible, pero perderlo de esa manera, asesinado por Pera, era un ultraje.

No había rastro de su presa por ningún lado, pero no cejaron en su empeño. Mientras prosiguieran los combates, tenían posibilidades de matarlo sin ser vistos. No obstante,

si las noticias de los legionarios con los que se habían cruzado eran ciertas y las tropas se acercaban a Acradina y Tyche, lo más probable era que Pera se encontrara allí. Por muy mollis y traicionero que fuera ese cabrón hijo de puta, cumpliría con su deber.

Su avance se vio frenado por un grupo de edificios incendiados. Las nubes de humo teñían el cielo mientras las llamas acariciaban los costados de las construcciones de madera. El fuego comenzó a propagarse a los tejados y a amenazar a los edificios colindantes. Se oyeron gritos desde

el interior. Una mujer saltó por una ventana del segundo piso y su cuerpo aterrizó con un golpe sordo sobre la calle adoquinada. Ya no se movió más, pero unos legionarios se congregaron riendo para observar a un hombre —¿su marido?— que se asomó a la ventana con un niño en brazos. Al verlo, Quintus y Urceus decidieron, por acuerdo tácito y sin mediar palabra, girar sobre sus talones e ir por el otro lado.

Durante un rato, ninguno de los dos habló. Rodeados de tanto horror, poco había que decir.

—Mira —dijo Urceus.

Quintus levantó la vista del suelo. A unos cincuenta pasos dos pequeños grupos de legionarios tenían acorraladas a un par de figuras contra una tienda.

—No podemos detenerlos —suspiró.

—Pero tendremos que pasar por su lado o volver a las casas incendiadas.

—Soy incapaz de ver a niños que mueren saltando al vacío —replicó Quintus rememorando imágenes de Enna—. Sigamos por aquí.

Continuaron hacia los legionarios. La pelea ya había empezado. Solo dos soldados cada

vez podían atacar a las víctimas. Los demás miraban y aconsejaban a sus compañeros sobre cómo debían proceder. Mientras se acercaban Quintus y Urceus, uno de los legionarios —un hastatus— cayó al suelo gritando con una profunda herida en el vientre. Uno de los espectadores profirió varias maldiciones y ocupó su lugar, pero su falta de cautela fue catastrófica. El hombre acorralado —un oficial siracusano por lo que pudo ver Quintus— usó su gran escudo para golpear primero a un atacante y luego al otro. Cuando ambos dieron un paso atrás por acto reflejo, el

siracusano clavó la espada en el cuello del que había maldecido. Al arrancar el arma de su cuerpo, la sangre salió a borbotones. El legionario cayó al suelo cual piedra en un pozo.

—No pelea nada mal —comentó Urceus con admiración—. Lucha así para proteger a la mujer. ¿Has visto?

Quintus no quería mirar. No deseaba ver el rostro de otra mujer aterrorizada, pero como no podía apartar la mirada de la lucha mortal que se desarrollaba ante sus ojos, al final no pudo evitar posar la vista sobre ella. Al principio no dio

crédito a sus ojos, pero parpadeó y volvió a mirar. A Quintus se le encogió el corazón.

—¿Aurelia? —susurró—. No puede ser. No puede ser.

Urceus percibió la desesperación en su voz.

—¿Qué sucede?

Quintus se acercó un poco más con el corazón en un puño. Cuando estuvo a una veintena de pasos, comprobó que realmente era su hermana. No había cambiado en todos esos años de separación. Quintus no tenía ni idea de lo que hacía Aurelia en Siracusa en compañía de un oficial enemigo,

pero era ella. De la emoción, no prestó atención a su acompañante.

Quintus agarró a Urceus por el hombro.

—¿Confías en mí?

—Sabes que pondría mi vida en tus manos —respondió Urceus sorprendido.

—Pues necesito que me creas ahora cuando te digo que esa mujer es mi hermana. No tengo ni idea de por qué está aquí, pero es ella.

—¿Estás seguro? —preguntó Urceus apretando la mandíbula.

—Tan seguro como que voy a intervenir en esta pelea ahora mismo y luchar contra los nuestros

para salvarla.

Urceus soltó una larga maldición. Mientras tanto, otro legionario se desplomó en el suelo con la barriga abierta. El resto ya se había hartado. Mugiendo como toros embravecidos, avanzaron en manada.

Sin esperar la respuesta de Urceus, Quintus corrió hacia ellos con la espada y el escudo listos.

—¡Dejadla en paz! ¡Es romana!
¡Romana!

A continuación, se desencadenaron varios sucesos.

—¿Hermano? —exclamó Aurelia.
Dos legionarios se volvieron

hacia Quintus.

—¿Qué más da quién sea? —
rugió uno—. Después de lo que ha
hecho su amiguito, le vamos a dar
su...

Sus palabras se tornaron en un
alarido ininteligible cuando el
protector de Aurelia le clavó la
espada en un costado.

—¡Soltad las armas y marchaos!
—bramó Quintus.

Todavía quedaban tres
legionarios en pie. A Quintus no le
preocupaba su propia seguridad,
pero si los tres atacaban a Aurelia y
su protector sin miramientos, su
hermana podía morir fácilmente.

—Cuenta conmigo, hermano — dijo Urceus poniéndose a su lado.

Quintus suspiró aliviado. Ahora estaban igualados. Mientras los legionarios titubeaban, el protector de Aurelia clavó la espada en la pantorrilla de uno de ellos. El hombre se desplomó con un alarido y fue rematado con una estocada en el vientre.

—¿Dices que es romana? — preguntó uno de los dos legionarios restantes—. Pues es toda tuya — dijo cediéndole el paso.

—¡Largaos de aquí ya! —gruñó Urceus.

—Vamos, hermano —instó el

primer legionario a su compañero.

—Sí —respondió el segundo sin levantar la vista del suelo.

—¡No puedes dejarlos con vida!
—protestó el protector de Aurelia—.
¡Dirán que has ayudado al enemigo!

Estupefacto, Quintus reconoció su voz. Entre la pelea, el casco y la barba, no se había dado cuenta antes de quién era.

—¿Hanno?

Hanno sacudió la cabeza riendo y dio un paso adelante.

—Por todos los dioses, Quintus, no esperaba verte aquí.

—¿Cómo? ¿Conoces a este

follador de ovejas? —preguntó furioso el primer legionario.

De pronto el instinto tomó posesión de Quintus. Si los legionarios explicaban lo que acababa de hacer a un oficial, tanto él como Urceus serían ejecutados. Eran sus vidas contra las de los soldados. No había elección. Quintus dio media vuelta. Cogiendo al legionario de improviso, lo empujó con el scutum y le golpeó el abdomen con el tachón de hierro. Sin aire en los pulmones, el soldado lanzó un alarido cuando Quintus le clavó el gladius en el cuello, por encima de la cota de malla. Sus

ojos pasmados se clavaron como espinas en el corazón de Quintus. «Era o tú o yo.»

Cuando se volvió, Hanno ya había liquidado al último legionario.

El tiempo se detuvo un instante. Resollando, Hanno clavó la vista en Quintus, que, incrédulo, no paraba de mirar de Hanno, a su hermana y viceversa.

Urceus contempló la escena sin entender nada. Fue Aurelia quien rompió el hielo lanzándose a los brazos de Quintus.

—¡Hermano! ¡Pensé que jamás volvería a verte!

Quintus soltó el escudo y la

estrechó entre sus brazos.

—¡Aurelia! ¡Por todos los dioses, qué alegría verte!

Después de un largo rato, Aurelia se apartó, llorando y sonriendo a la vez.

—Gracias por salvarnos a los dos.

—A los dos —repitió Quintus, que se preguntó si no estaría alucinando.

Posó de nuevo la mirada en Hanno, que no se había movido de su sitio. El cartaginés inclinó la cabeza en un gesto neutro, ni amistoso ni hostil.

—Muchas gracias, Quintus. La

cosa pintaba muy mal hasta que habéis aparecido tú y tu amigo.

—¿También lo conoces a él? — preguntó Urceus, boquiabierto.

—Así es —respondió Quintus aliviado. Si Urceus también veía a Aurelia y Hanno, significaba que no se había vuelto loco.

La situación era tan ridícula, tan extraña, que Quintus se puso a reír a carcajada limpia.

Al cabo de un instante, empezó a reír Hanno y, después, Aurelia.

Urceus tosió.

—Este reencuentro es conmovedor, pero no podemos quedarnos aquí plantados con él —

señaló a Hanno—, con el enemigo.

—Si nos ven los siracusanos, también estaremos en un aprieto — dijo Hanno.

Quintus se dio cuenta de que todas las miradas se habían posado en él. «Mierda», pensó.

—¿Adónde os dirigíais? — preguntó a Aurelia y Hanno.

—A Acradina. Tenemos la esperanza de que hayan resistido al ataque —respondió Hanno mientras Aurelia asentía.

—Ven conmigo —dijo Quintus a su hermana—. Te pondré a salvo.

—Hanno y yo estamos juntos. Adonde vaya él, voy yo —replicó

resuelta.

Quintus trató de digerir el significado de esas palabras, para las cuales solo cabía una interpretación. El mundo se había vuelto loco, pensó. No solo estaban su hermana y Hanno en Siracusa, sino que estaban juntos. Hasta era posible que fueran amantes. La rabia empezó a brotar en su interior.

—Podría obligarte a acompañarme.

—Podrías intentarlo —gruñó Hanno.

Quintus miró a Hanno furioso y este le sostuvo la mirada. Urceus

los contempló a ambos.
Transcurrieron varios segundos.

De pronto oyeron el sonido de unos pasos en dirección norte y fueron conscientes del peligro de su situación.

—Decídete ya —instó Urceus a Quintus—, o vamos a meternos en un buen lío.

Quintus dio su brazo a torcer. A pesar de no comprender nada, salvar a su hermana era su máxima prioridad.

—Por aquí. ¡Seguidme!

Al parecer lo habían logrado,

pensó Hanno echando un vistazo a la puerta principal de Acradina. Para su sorpresa, no estaba cerrada. Epícides debía de haber salido en algún momento en un intento por salvar la ciudad. Todavía no había regresado —la lucha continuaba en los caminos que conducían a Epipolae—, pero estaba claro que había ordenado que la puerta permaneciera abierta hasta su regreso. Ya habían pasado varias horas desde la intervención providencial de Quintus que les había salvado la vida; el sol se había ocultado tras las casas y el cielo se había teñido de un rojo

anaranjado, como si los dioses rememoraran los mares de sangre derramada ese día.

No habían tenido demasiado tiempo de hablar mientras huían por los callejones esquivando los espacios abiertos, pero Quintus y Aurelia habían aprovechado la más mínima oportunidad para conversar, como en esos momentos. Hanno se alegró. Tenían poco tiempo y muchas cosas que contarse. Había sido una sensación muy extraña reencontrarse con Quintus, pero le aliviaba comprobar que no albergaba ningún sentimiento de odio hacia su antiguo amigo. Si

hubieran corrido otros tiempos, habrían conservado su amistad. Hanno estaba convencido.

Oyó el ruido a sus espaldas: los gritos desesperados y el fragor de las armas anunciaban una lucha feroz por el resto de Siracusa.

—No debemos entretenernos — advirtió Hanno a Aurelia—. Si esa puerta se cierra, tardará en abrirse de nuevo.

Aurelia asintió y Quintus la miró acongojado.

—¿Estás segura de querer marcharte?

Aurelia lo contempló apenada. «Publius ha muerto porque decidí

venir aquí», pensó.

—Sí, hermano. Mi destino está con Hanno, sea cual sea.

—Muy bien. —Quintus la abrazó con fuerza—. Dudo que volvamos a vernos en esta vida —dijo antes de soltarla.

—Espero que te equivoques. Algún día, cuando todo esto haya terminado, nos volveremos a ver.

—Ojalá tengas razón. Que los dioses te protejan, hermana.

—Y a ti, hermano.

Quintus miró a Hanno.

—Cuídala bien.

—Sabes que lo haré.

—Sí, lo sé. Pese al tiempo

transcurrido, estoy convencido de ello.

Quintus respiró hondo y le tendió la mano. Tras un ligero titubeo, Hanno la aceptó. Se estrecharon la mano.

—Muchas gracias por tu intervención anterior. Estoy en deuda contigo.

Quintus inclinó la cabeza.

—Tú protege a Aurelia y estaremos en paz.

—De acuerdo. Procura que no te maten.

—Y a ti tampoco.

Hubo tiempo para un último abrazo entre los hermanos antes de

que Aurelia se marchase con Hanno.

La joven miró atrás varias veces mientras se alejaban, pero no así Hanno. Cuando Aurelia murmuró una plegaria por Elira, Hanno también rezó por ella. Se sentía un poco culpable, pero sabía que había tomado la decisión correcta al no ir en su busca. Aurelia y él seguían con vida porque Quintus les había ayudado. Hanno respiró aliviado cuando se aproximaron a la puerta de Acradina. Las murallas estaban repletas de soldados, y las catapultas, listas para disparar. A pesar de la hecatombe sufrida en

gran parte de la ciudad, Acradina resistiría ese día. Estaba seguro de ello. Y la lucha en Siracusa tampoco había tocado a su fin. El ejército de Himilcón llegaría algún día y se volverían las tornas. Pronto podría mandarle noticias a Aníbal a tal efecto.

Por el momento, Aurelia y él estaban vivos. Y también lo estaba Quintus, lo cual le alegraba sobremanera.

Quintus sintió una pena inmensa cuando perdió a Aurelia y Hanno de vista. Su único consuelo era que su

hermana estaba a salvo.

—¿Estás bien? —preguntó

Urceus.

—Sí.

—¿Estás seguro? Porque es para volverse loco encontrarte a tu hermana en medio de este caos, y encima acompañada de un cartaginés al que conoces.

—Sí, lo es. Y, si no estuvieras conmigo, pensaría que todo ha sido un sueño.

—O una pesadilla. Todavía no me creo que hayas matado a uno de los nuestros —comentó Urceus sacudiendo la cabeza.

—Tenía que hacerlo, Urceus. De

lo contrario, tú y yo habríamos acabado en el fustuarium.

—No nos habría pasado nada si lo hubieras matado a él, a Hanno.

Quintus se sintió culpable, pero solo un poco.

—Hanno y yo fuimos amigos, pero esa era la primera vez que veía a ese maldito legionario. Tú hubieras hecho lo mismo.

—Quizás —escupió Urceus—. Pero no me gustaría tener que enfrentarme a esa decisión.

—Ni a mí tomarla otra vez.

—El caso de Pera, sin embargo, es harina de otro costal.

Quintus notó cómo la pena por

la muerte de Corax volvía a invadir todo su ser, al igual que el odio por Pera.

—Encontraremos a ese cabrón, lo sé.

—Sí. Y también tomaremos el resto de Siracusa. El orden no importa. En cuanto caiga la ciudad, caerá Sicilia, te lo digo yo. Quizás entonces el Senado nos permitirá regresar a casa.

Quintus esbozó una media sonrisa. Pensó que debía sentirse agradecido por muchas cosas. Habían sido ellos, Urceus y él, quienes habían logrado romper el asedio. La victoria subsiguiente

había sido increíble. Habría todavía más victorias en el futuro y, al final, Roma tendría que reconocer los esfuerzos de las legiones de Marcelo. Quintus no había asimilado todavía el asesinato de Corax ni la inesperada noticia sobre su madre, pero había salvado a Aurelia de una muerte terrible y eso era algo que había logrado levantarle el ánimo, además del hecho de que su hermana parecía feliz. En esos tiempos tan turbulentos, eso significaba mucho.

Quintus contempló las altas murallas de Acradina que mantendrían a salvo, al menos

durante un corto espacio de tiempo, a su amigo y Aurelia. Su amigo, repitió Quintus para sus adentros. Hanno era su amigo, igual que Urceus. Exhaló un lento suspiró.

Solo los dioses sabían lo que les depararía el mañana, pero por ahora, ellos cuatro estaban vivos.

Y eso era lo que importaba.

Epílogo

Casi toda Siracusa sucumbió a los romanos ese sangriento día del año 212 a. C., incluido el barrio de Epipolae. Cuando el comandante del imponente fuerte de Euríalo fue informado de la rendición de

Neapolis y Tyche, cedió su bastión sin luchar, lo cual implicó la pérdida de toda la zona occidental de la ciudad. Acradina y Ortygia continuaron oponiendo resistencia bajo el mando de Epícides, pero Hanno y Aurelia solo gozaron de un breve respiro. La llegada de Hipócrates con Himilcón y su ejército no consiguió poner fin al asedio, ni tampoco lo lograron los refuerzos de la flota cartaginesa en el Puerto Grande. Tras algunas escaramuzas intrascendentes entre ambos ejércitos, los romanos reforzaron sus posiciones en la ciudad y renovaron el bloqueo de

Acradina y Ortygia. Quintus, Urceus y sus camaradas desempeñaron un papel activo en todas estas acciones, pero Pera continuó eludiéndoles.

El otoño trajo consigo la peste, que afectó a ambos bandos, tanto dentro como fuera de la ciudad, pero la ubicación de los campamentos cartagineses en las marismas del sur de la isla y su deficiente sistema de saneamiento provocó un mayor número de bajas en sus filas. Entre las decenas de miles de víctimas se encontraron Himilcón e Hipócrates, pero, a pesar de este gran revés, las tropas

siracusanas volvieron a avanzar animadas por la presencia de una gran flota cartaginesa cerca de la costa sur. No obstante, una violenta tormenta y la fuerte resistencia que opuso Marcelo en el mar, obligó a la flota a desviar el rumbo hacia la ciudad italiana de Tarentum, que ya se encontraba en poder de Aníbal.

Al ser abandonados por la flota cartaginesa, los siracusanos intentaron llegar a un pacto con Marcelo, una tentativa que no fue contemplada con buenos ojos por los numerosos desertores romanos que habían pasado a engrosar las filas de Siracusa. Esta situación

desencadenó una serie de asesinatos en represalia que provocó que el equilibrio de poder entre los que deseaban continuar luchando y los que deseaban rendirse cambiara en más de una ocasión. Preocupado por el creciente ambiente de desconfianza y barbarie, Hanno decidió huir con Aurelia.

La oportunidad para Marcelo de asumir el control completo se produjo tras varias conversaciones secretas con uno de los comandantes de Acradina, Moericus, un descontento mercenario íbero. En cuanto

alcanzaron un acuerdo, Marcelo lanzó un ataque simultáneo sobre Ortygia y Acradina a primeras horas del amanecer en el que Quintus y Urceus participaron de forma activa. Cuando Moericus se unió a los romanos con sus soldados, los defensores que quedaban en Ortygia fueron derrotados con rapidez. Marcelo, que deseaba conservar para sí las riquezas del tesoro real, retiró a sus tropas de Ortygia durante un tiempo, lo cual permitió escapar a los desertores romanos, así como a Hanno y Aurelia. Un destino terrible aguardó a los últimos defensores de

Acradina: cuando abrieron las puertas para rendirse, los soldados de Marcelo lanzaron un asalto salvaje al que solo sobrevivieron unos pocos. Como es bien sabido, Arquímedes falleció en este asalto, muerto en manos de un legionario que le interrumpió mientras dibujaba una figura geométrica en el suelo. Furioso, Marcelo mandó ejecutar o desterrar al culpable y ordenó que Arquímedes fuera enterrado en el mausoleo familiar.

Después de más de cinco siglos de independencia, Siracusa sucumbió ante el invasor. Considerada la mayor y más

hermosa de las ciudades griegas, la ciudad fue desmantelada durante el asedio y, aunque los habitantes de algunos barrios periféricos sufrieron graves pérdidas, el resto logró escapar sin grandes consecuencias teniendo en cuenta la norma imperante en la época: cuando una ciudad era tomada a la fuerza, se mataba a todos los hombres, mientras que las mujeres y los niños eran vendidos como esclavos.

A pesar de todo lo sucedido, algunos continuaron luchando contra Roma. Epícides consiguió escapar al saqueo de Siracusa y se trasladó a Acragas junto con

Hanno, Aurelia y un reducido número de soldados. Allí recibieron refuerzos inesperados de Aníbal y Cartago, lo que les granjeó algunas victorias en los meses subsiguientes contra las legiones de Marcelo.

Y así prosiguió la lucha por Sicilia.

Nota del autor

Cuando se me brindó la oportunidad de escribir una serie de novelas sobre la Segunda Guerra Púnica (218-201 a. C.), no dudé en aprovecharla. Este período histórico me ha fascinado durante años. En

la actualidad, el término «épico» se emplea con demasiada facilidad, pero considero que su uso está justificado para referirse a esta increíble pugna que duró diecisiete años. La vida actual en Europa sería totalmente distinta si la balanza se hubiera decantado levemente en la dirección contraria en varias ocasiones. Los cartagineses eran bastante diferentes de los romanos, y no solo desde el punto de vista negativo que nos hace creer la «historia». Eran intrépidos exploradores y comerciantes natos, astutos negociantes y valientes soldados. Mientras que Roma se

dedicaba a conquistar territorios a través de la guerra, los cartagineses se hacían con el poder mediante el control del comercio y los recursos naturales. Quizá sea un detalle nimio, pero el hecho de que me refiera a su idioma como «cartaginés» en lugar de «púnico», término derivado del latín, es deliberado por mi parte, dado que los cartagineses no habrían usado este último.

Muchos lectores conocerán varios aspectos de la guerra de Aníbal contra Roma; otros no tantos, y muy pocos serán ávidos lectores de los autores de la

Antigüedad Tito Livio y Polibio, las principales fuentes de este período. Quisiera que constara en acta que he hecho todo lo posible por respetar los datos históricos que han sobrevivido hasta la actualidad. No obstante, me he permitido la licencia de variar un poco algunos acontecimientos para que encajaran mejor con el desarrollo de la historia, y también he inventado algunas cosas. Ese es el privilegio, así como la cruz, del escritor. Si he cometido algún error, pido disculpas.

El término «Italia» se empleaba en el siglo III a. C. como expresión

geográfica y comprendía toda la península situada al sur de la Galia Cisalpina. El término no adquirió un significado político hasta la época de Polibio (mitad del siglo II a. C.), pero decidí utilizarlo de todos modos. Simplifica las cosas y evita las referencias constantes a las distintas partes de la República: Roma, Campania, Latium, Lucania, etc.

A pesar de que existe bastante información sobre el ejército romano del siglo III a. C., en muchos casos he tenido que echar mano de la deducción y la lógica, y lo mismo es aplicable a los ejércitos

cartagineses y siracusanos. En cuanto a los funerales romanos, he intentado plasmar en el libro los detalles de los que disponemos. Otro aspecto complejo son los nombres cartagineses, puesto que no hay muchos, o por lo menos no muchos han sobrevivido hasta la actualidad. La mayoría de los que han sobrevivido son impronunciables o suenan fatal. Hillesbaal e Ithobaal no son fáciles de pronunciar, pero no pude resistirme a usar Muttumbaal. De hecho, ¡Mutt hasta suena moderno! Por otro lado, aunque muchos personajes históricos importantes

se llamaron Hanno, necesitaba encontrar un buen nombre para mi protagonista, así que me decidí por él.

Esta novela empieza poco después de donde finaliza el segundo libro Aníbal. Campos de sangre. La profética advertencia de Maharbal a Aníbal consta en varios documentos históricos y la respuesta de Roma al general cartaginés es una clara muestra de la determinación de ese pueblo, incluso tras sufrir una aparatosa derrota. Cuando la embajada cartaginesa llegó a Roma, no se le permitió la entrada en la ciudad,

puesto que la República se negaba a tratar con un enemigo que se hallara en suelo romano o aliado. Además, Roma tampoco pagó el rescate reclamado por Aníbal por los ocho mil prisioneros de alto rango, que fueron ejecutados o condenados a una vida de esclavitud. Roma también adoptó una postura dura con los legionarios que sobrevivieron a Cannae, que, deshonrados, fueron destinados a Sicilia para el resto de sus vidas con la prohibición de regresar a Italia.

La acción principal de la novela no comienza hasta el año 213 a. C., momento en que buena parte del

conflicto se desarrollaba en Sicilia. En marzo de 2013 tuve el privilegio de viajar a esa isla y visitar numerosos monumentos históricos. Sicilia es un lugar extraordinario y sus restos históricos nada tienen que envidiar a los de la península italiana. La historia de la conquista de Sicilia se remonta a unos tres mil años atrás. Primero fue colonizada por los griegos, por eso los habitantes de Siracusa y otras ciudades de la isla hablaban griego y, con posterioridad, por los cartagineses. Por este motivo empleo en el libro algunas palabras griegas en lugar de su versión

romanizada, como es el caso del río Anapos en vez de Anapus, o bien de la ciudad de Acragas, que no devino Agrigento hasta que fue tomada por los romanos después del final de esta novela.

En el siglo IV a. C., Cartago había conseguido dominar el tercio occidental de Sicilia, y, aunque el conflicto continuó en el resto de la isla, Siracusa se mantuvo fieramente independiente. Durante la Primera Guerra Púnica (264-241 a. C.), el dictador de Siracusa, Hierón, se alió con la República, a quien permaneció fiel hasta su muerte. De hecho, Hierón incluso

envió soldados a Italia para luchar contra Aníbal. Las defensas de Siracusa eran muy famosas en la Antigüedad y, en la época de la Segunda Guerra Púnica, sus murallas abarcaban más de 35 kilómetros. Arquímedes realmente inventó diversas máquinas de guerra, entre ellas la garra de hierro que describo en el libro. También se dice que son obra suya las impresionantes fortificaciones del fuerte de Eurialo (Castello Eurialo), todavía visibles hoy en día. La rueda con los cubos de cuero para extraer agua del pozo es una licencia literaria, pero un dispositivo

de estas características fue encontrado en Londres y data de la época romana, por lo que no es imposible que un genio de la talla de Arquímedes construyera una igual.

En Siracusa merece la pena visitar la Oreja de Dioniso, una cantera que data de la época de la construcción de la ciudad y en cuyo interior pueden verse las marcas de las herramientas de los canteros. En las proximidades del lugar hay un gran altar donde se sacrificaron más de doscientos toros durante la Segunda Guerra Púnica. El río Arethusa, mencionado en los

documentos antiguos, continúa proporcionando agua potable desde la costa de Ortygia, una isla que forma parte del centro de Siracusa y donde crece el único papiro de Europa.

Hipócrates, Epícides, Marcelo, Pulcro, Pinaro y Damipo son personajes históricos, al igual que Atalo, el hombre que traicionó a los romanos en la conspiración por abrir las puertas de la ciudad. Por increíble que parezca, es cierto que la victoria de Hipócrates y Epícides sobre las tropas siracusanas cerca de Leontini se debe al hecho de que los primeros soldados con quienes

se encontraron los hermanos eran unos arqueros mercenarios cretenses que habían sido capturados por Aníbal tras la batalla del lago Trasimene. Por lo tanto, la política del general cartaginés de liberar a todos los prisioneros que no fueran romanos tuvo al menos esa compensación. Por otro lado, también está documentado el dramático primer ataque romano sobre Siracusa, incluido el uso de sambucaae.

La emboscada de Marcelo a la patrulla de Hipócrates también es verídica, al igual que la huida de Hipócrates a Acragas. Los terribles

acontecimientos de Enna también ocurrieron del modo descrito y, de forma inusual, los romanos admitieron con posterioridad que la masacre debiera haberse evitado. Asimismo, por extraordinario que parezca, el modo en que se tomó Siracusa fue gracias a las observaciones realizadas por un soldado romano anónimo de la altura de los bloques de piedra que formaban la torre Galeagra. Tal y como se describe en el libro, Marcelo esperó hasta la segunda noche del festival dedicado a Artemisa para lanzar el ataque nocturno.

No existen pruebas fehacientes del uso de silbatos en el campo de batalla por parte de los oficiales romanos. Para comunicar las órdenes solían emplearse trompetas y otros instrumentos, pero como se han encontrado silbatos en los yacimientos arqueológicos de todo el Imperio romano, incluso cerca de la fortaleza alemana de Regensburg, no sería descabellado pensar que los centuriones los usaban durante el combate del mismo modo que los han usado los oficiales de muchas guerras hasta la actualidad.

En la película Ben-Hur se

muestran tambores marcando el ritmo de los remeros en los barcos de guerra, pero en realidad se utilizaban flautistas o cantantes. Mi intento de reproducir en palabras el sonido del carnyx galo surgió después de escuchar repetidas veces al músico John Kenny tocar una réplica moderna de esta trompeta vertical. El sonido es aterrador. Se puede escuchar en: <http://www.youtube.com/watch?v=NYM0xB5Jrc0>.

Las pintadas que describo en la pared de una taberna son producto de mi imaginación, pero su estilo y contenido emulan los de los

encontrados en Pompeya y otros lugares. En este sentido, si uno lee las pintadas de las puertas de algunos lavabos en las gasolineras de las autopistas, ipuede constatar que hay cosas que no han cambiado tanto en dos mil años!

El uso de los términos «hermanos» y «muchachos» es preciso y deliberado. Los soldados romanos se llamaban entre sí fratres y, en la carta de un centurión en Bretaña, el oficial hace referencia a sus «muchachos».

Tras la pérdida de Siracusa, la lucha en Sicilia continuó en Acragas, en la costa sur. Cuando la

ciudad cayó ante los romanos en el 210 a. C., quienes pudieron huyeron a Cartago o a otros lugares y el conflicto en la isla tocó a su fin. No obstante, la guerra distaba mucho de haberse acabado. En Iberia, los Escipión entablaron una dura pugna contra varios generales cartagineses y, en Italia, Aníbal continuó tratando de derrotar a la República. El siguiente libro de esta serie seguirá los pasos de Hanno, Quintus y Aurelia en Iberia. Espero que tengáis muchas ganas de saber lo que el futuro deparará a estos personajes, pero antes de escribir ese libro, me propongo viajar a

Germania, al siglo IX d. C., donde los romanos perdieron tres legiones en los bosques de la región, víctimas de una emboscada perfecta tendida por las tribus locales. Esa increíble e imprevista pérdida de tropas tuvo una fuerte repercusión sobre la política expansionista del Imperio romano. El primer libro de esa trilogía se titulará *Eagles at War* [Águilas en guerra] y se publicará en el Reino Unido a comienzos de 2015.

La bibliografía de los libros de referencia que he consultado para escribir *Aníbal. Nubes de guerra* ocuparía varias páginas, así que

solo mencionaré los más importantes por orden alfabético según el autor: The Punic Wars de Nigel Bagnall; Life and Leisure in Ancient Rome de J. P. Balsdon; The Punic Wars de Brian Caven; The Tyrants of Syracuse de Jeff Champion; Greece and Rome at War de Peter Connolly; Hannibal de Theodore A. Dodge; La caída de Cartago y Cannae, ambos de Adrian Goldsworthy; Armies of the Macedonian and Punic Wars de Duncan Head; Hannibal's War de J. F. Lazenby; Atlas of the Greek World de Peter Levi; La guerra contra Aníbal de Tito Livio;

Carthage Must Be Destroyed de Richard Miles; Daily Life in Carthage (at the Time of Hannibal) de G. C. Picard, The Life and Death of Carthage de G. C. y C. Picard; Roman Politics 220-150 B.C. de H. H. Scullard; Carthage and the Carthaginians de Reginald B. Smith y Warfare in the Classical World de John Warry. Quisiera expresar mi agradecimiento a Osprey Publishing por sus numerosos y excelentes volúmenes, a Oxford University Press por el impresionante Oxford Classical Dictionary, y a la revista Ancient Warfare (¡compradla!) por sus frecuentes artículos sobre esa

época. Como siempre, gracias a los miembros de romanarmytalk.com, cuyas rápidas respuestas a mis extrañas preguntas suelen resultar muy útiles. También deseo expresar mi enorme agradecimiento a Christian Cameron, un magnífico autor de novela histórica, al que debo unas cuantas cervezas por ayudarme a dilucidar varias cuestiones sobre la Grecia antigua. Para aquellos de vosotros que detectasteis el ritual de Corax de envainar y desenvainar la espada antes de la batalla, os confirmo que es un homenaje a Balista, el héroe de las magníficas novelas de Harry

Sidebottom: Guerrero de Roma. Quisiera dar las gracias a Harry y al resto de los miembros de #JAFRA¹ «Romani», el grupo no oficial de autores que escriben sobre los romanos (y los vikingos) por ser mis colegas y, lo que es más importante todavía, por ser mis amigos. Me refiero a Anthony (Tony) Riches, Russell Whitfield, Giles Kristian, Doug Jackson, Robert Fabbri, Henry Venmore-Rowland y Nick Brown. Si no habéis leído sus libros, iya estáis tardando!

También deseo mencionar aquí la marcha «Romani» que realicé en abril/mayo de 2013 por el Muro de

Adriano. Realicé la caminata vestido como un hastatus de la Segunda Guerra Púnica, incluidas las botas tachonadas. Lo hice por diversión y por una causa benéfica y porque tres locos más aceptaron acompañarme: los arriba mencionados Tony Riches, Russ Whitfield y Mike Bishop, prestigioso arqueólogo, autor y experto en el Muro de Adriano. Si os interesa ver las fotos de esa excursión, consultad mis páginas de Facebook. Y, si deseáis escuchar el pod cast, lo encontraréis en el blog de Mike: <<http://perlineamvalli.wordpress.co> Pero me estoy desviando del tema.

He mencionado esta caminata por otro motivo: para ayudar a recaudar dinero, subasté varios libros firmados, primeras ediciones, etc. Y, por algún motivo, también decidí subastar uno de los personajes secundarios de esta novela. La persona que realizara la mayor puja «aparecería» en Nubes de guerra. La subasta de personajes fue tan bien, con pujas de hasta 300 libras esterlinas, que decidí repetir con un segundo personaje secundario. Por lo tanto, cuando leáis sobre Mattheus y Gaius, los camaradas de Quintus, sabed que sus nombres y

personalidades se basan, respectivamente y a grandes rasgos, en los del señor Matthew Craig y el señor Ryan Yates. Juntos, estos dos grandes tipos donaron más de 600 libras esterlinas a una organización benéfica. Gracias, Matthew y Ryan, ¡y perdonadme por haberos matado a ambos! Gracias también a Robin Carter, Paul Warren y Ray Brown por rascaros los bolsillos más de una vez para ayudarme. Hay muchas personas más que han realizado generosas donaciones o ayudado de diversas maneras. Son demasiadas para enumerarlas, pero

muchas gracias a todos. ¡La próxima marcha romana será en 2014 en Italia!

También deseo dar las gracias a numerosas personas de mi editorial, Random House. Está Selina Walker, mi maravillosa editora, cuya atenta mirada lleva mi trabajo por el buen camino; Katherine Murphy, la experta directora; Rob Waddington; el extraordinario neozelandés Aslan Byrne, que consigue que mis novelas se encuentren en todos los puntos de venta del Reino Unido imaginables; Jen Doyle, por su marketing tan maravilloso e

inventivo; Richard Ogle, que ha diseñado las fantásticas nuevas cubiertas de los libros; Amelia Harvell, ingeniosa proveedora de todo tipo de publicidad; Caroline Sloan y Nathaniel Alcaraz-Stapleton, que han convencido a muchos editores extranjeros de que compren mis libros; David Parrish, que se asegura de que las librerías extranjeras también los compren. Mi más sincero agradecimiento a todos. Aprecio mucho el duro trabajo que realizáis por mí.

También deseo mencionar a muchas otras personas: Charlie Viney, mi agente, merece un gran

agradecimiento como siempre. También estoy muy agradecido a Richenda Todd, cuyas incisivas correcciones mejoran mis novelas; Claire Wheller, mi excelente fisioterapeuta, que impide que mi cuerpo se desmonte después de pasar demasiado tiempo delante del ordenador; Arthur O'Connor, un viejo amigo que aporta excelentes críticas y mejoras para mis historias. Y muchísimas gracias a vosotros, mis fieles lectores. Sois vosotros los que me permitís hacer este trabajo y por ello os estoy eternamente agradecido. Los mensajes de correo que recibo de

todas las partes del mundo y los comentarios en Facebook y Twitter siempre me alegran el día. ¡No dejéis de enviarlos!

Por último, pero no por ello menos importante, deseo dar las gracias a Sair, mi maravillosa esposa, y a Ferdia y Pippa, mis fantásticas hijas, por las ingentes cantidades de amor y alegría que aportan a mi mundo.

Formas de contactarme: email:
ben@benkane.net

Twitter: [@BenKaneAuthor](https://twitter.com/BenKaneAuthor)

Facebook:

facebook.com/benkanebooks.

Glosario

acetum: vinagre, el desinfectante más habitual empleado por los romanos. El vinagre resulta ideal para matar bacterias y su uso generalizado en la medicina occidental se prolongó hasta

finales del siglo XIX.

Afrodita: diosa griega relacionada con la sexualidad y la reproducción humanas.

ágora: zona de reunión central en las ciudades griegas.

amapola, jugo de: la droga morfina. Elaborada con las flores de la planta del opio, su uso está bien documentado desde al menos el año 1000 a. C.

ánfora: gran recipiente de arcilla de cuello estrecho con dos asas utilizado para almacenar vino, aceite de oliva y otros productos.

Apulia: región del sureste de Italia que equivale aproximadamente a

la actual Puglia.

Artemisa: importante diosa griega relacionada con muchas cosas, como la caza y los ritos iniciáticos de la niñez a la edad adulta, además de la maternidad y la paternidad.

Atenea: diosa griega de la guerra.

ático, casco: tipo de casco originario de Grecia, que también se usaba habitualmente en muchos otros lugares del mundo antiguo.

atrio: estancia grande situada a continuación del vestíbulo de entrada en una casa romana. Solía estar construido a gran

escala y era el centro social y de culto de la casa.

Baal Hammón: el dios principal en la época de la fundación de Cartago. Era el protector de la ciudad, el sol fecundador, el proveedor de salud y el garante del éxito y la felicidad. El Tofet, o la zona sagrada donde se veneraba a Baal Hammón, es el lugar donde se han encontrado huesos de niños y bebés, lo cual dio pie al controvertido asunto del sacrificio infantil. Para quienes estén interesados, existe un interesante apartado sobre el tema en el libro de Richard Miles

Carthage Must Be Destroyed. El término «Baal» significa «señor» o «amo» y se empleaba delante del nombre de varios dioses.

Baal Safón: el dios cartaginés de la guerra.

ballista (pl. **ballistae**): catapulta romana de dos brazos que tenía el aspecto de una ballesta sobre un soporte. Lanzaba flechas o piedras con una fuerza y precisión enormes.

beocio, casco: casco de ala ancha que llevaban los soldados de caballería griegos y romanos durante la Segunda Guerra Púnica.

bouleuterion: edificio en una ciudad griega donde se reunía el boule, o junta gobernante.

Bruttium: la actual península calabresa.

caldarium: sala sumamente calurosa de las termas romanas. Se empleaba como las saunas actuales y muchas disponían de una piscina caliente para zambullirse. El caldarium se calentaba con aire caliente que fluía a través de unos ladrillos huecos situados en las paredes y bajo el suelo elevado. El calor procedía del hypocaustum, un horno que los esclavos mantenían

siempre caliente.

Campania: región fértil situada en el centro oeste de Italia.

Cannae: la actual Canne della Battaglia, situada a unos doce kilómetros al oeste de la ciudad de Barletta, en Apulia. Fue el escenario de la increíble victoria de Aníbal sobre los romanos en el 216 a. C.

Capua: la actual Santa Maria Capua Vetere, cerca de Nápoles, en Campania. En el siglo III a. C. era la segunda ciudad más grande de Italia y no llevaba demasiado tiempo bajo el control de Roma.

carnyx (pl. **carnyxes**): trompeta de bronce que se sostenía en vertical y coronada con una campana en forma de animal, normalmente un jabalí. La utilizaban muchos pueblos celtas y era omnipresente en la Galia. Producía un sonido temible por sí sola o en combinación con otros instrumentos. Solía representarse en las monedas romanas para denotar la victoria sobre distintas tribus. Véase también la nota del autor.

Cartago: la actual Túnez. Fundada según parece en el año 814 a. C. aunque los restos arqueológicos

más antiguos encontrados datan de unos sesenta años después.

cenacula (pl. **cenaculae**): los penosos apartamentos de varias plantas en los que vivían los plebeyos romanos. Atestados, mal iluminados, calentados únicamente con braseros y de construcción endeble por lo general, las cenaculae no tenían ni agua corriente ni sistema de recogida de residuos. Se accedía a los apartamentos mediante escaleras construidas en el exterior del edificio.

centurión (centurio en latín): uno de los disciplinados oficiales de

carrera que formaban el pilar del ejército romano. Véase también la entrada para manípulo.

Cerbero: perro monstruoso de tres cabezas que vigilaba la entrada al Hades.

Ceres: diosa de la agricultura, los cultivos de cereales y la fertilidad.

Cisalpina, Galia: la zona norte de la actual Italia, que comprende la llanura del Po y los límites montañosos de los Alpes a los Apeninos. En el siglo III a. C. no pertenecía a la República.

cod: unidad de longitud antigua que empleaban los egipcios y los romanos, entre otros.

Dependiendo de la civilización, medía entre 44 y 45 centímetros.

cónsul: uno de los dos magistrados elegidos anualmente, nombrados por el pueblo y ratificados por el Senado. Como gobernantes reales de Roma durante doce meses, se encargaban de asuntos civiles y militares y enviaban a los ejércitos de la República a la guerra. Si estaban juntos en el campo de batalla, se turnaban para dirigir el ejército en días alternos. En otras circunstancias, cada uno de ellos podía invalidar al otro y se suponía que ambos debían tener en cuenta los deseos

del Senado. Ningún hombre podía servir como cónsul en más de una ocasión, aunque no siempre fue el caso.

contubernium (pl. **contubernia**): grupo de ocho legionarios que compartían tienda y cocinaban y comían juntos.

corona muralis: prestigiosa condecoración de oro o plata concedida al primer soldado que consiguiera entrar en una ciudad asediada. Tales condecoraciones se negaban a los legionarios exiliados en Sicilia, de ahí mi descripción ficticia del reconocimiento de Marcelo a sus

hombres.

crátera: vasija grande donde se mezclaba el vino con agua en la antigua Grecia.

crucifixión: en contra de la creencia popular, los romanos no inventaron esta terrible forma de ejecución; de hecho es muy probable que fueran los cartagineses. Su práctica está documentada por vez primera durante las guerras púnicas.

Demetra: diosa griega del trigo y madre de Perséfone. Juntas eran las diosas patronas de Sicilia. En Italia fue venerada con el nombre de Ceres.

didracma: moneda de plata griega que equivalía a dos dracmas y era una de las principales monedas de Sicilia e Italia en el siglo III a. C. Curiosamente, los romanos no acuñaron monedas por iniciativa propia hasta más adelante. El denarius, que se convertiría en la moneda principal de la República, no fue introducido hasta el 211 a. C. aproximadamente.

Dioniso: hijo de Zeus y Semele, hija del fundador de Tebas, nacido dos veces. Reconocido como hombre y animal, joven y viejo, varón y afeminado, era uno de los dioses griegos más

versátiles e indefinibles. Básicamente, era el dios del vino y la embriaguez, pero también se le asociaba con la locura ritual, la manía, y con una vida de ultratumba bendecida por sus placeres. Los romanos lo denominaron Baco y su culto era reservado, violento y extraño.

dracma: moneda de plata de origen griego. Véase entrada para didracma.

ecuestre: noble romano, de rango inmediatamente inferior al de senador. En el siglo III a. C. estos hombres componían la caballería regular del ejército romano.

Eros: dios griego del amor.

Esculapio: hijo de Apolo, dios de la salud y protector de los médicos. Venerado por los griegos, los cartagineses y también por los romanos.

estadio: unidad de longitud correspondiente a la carrera a pie original de los juegos olímpicos de la Antigüedad del 776 a. C., que era de aproximadamente 192 metros. De ahí deriva la palabra «estadio» para referirse a un recinto deportivo.

Estigia, río: el río del Hades, el submundo.

estrígil: pequeña herramienta de

hierro curvado empleada para limpiar la piel después del baño. Primero se aplicaba aceite perfumado y luego se empleaba el estrígil para retirar una mezcla de sudor, suciedad y aceite.

Etolia, Liga: confederación entre los pueblos del centro oeste de Grecia. En el siglo III a. C., esta liga era bastante poderosa. En el 212 o 211, los etolios pasaron a ser aliados de Roma para luchar contra Filipo de Macedonia.

Etruria: región del centro de Italia, al norte de Roma y tierra de los etruscos, pueblo que había dominado buena parte del norte

de Italia antes del ascenso de Roma.

extraordinarii (sing. **extraordinarius**): los mejores de las tropas aliadas romanas, una fuerza mixta de infantería y caballería puesta a disposición del cónsul. Véase también la entrada de socii.

falange: unidad táctica tradicional de los ejércitos griegos antiguos y, según se supone, de los lanceros libios que lucharon para Cartago.

falcata, espada: arma letal y ligeramente curvada con el extremo afilado que utilizaba la

infantería íbera ligera de Aníbal. Tenía un solo filo entre la primera mitad hasta los dos tercios de la hoja, pero el resto era de doble filo. La empuñadura se curvaba de forma protectora alrededor de la mano y hacia la hoja; solía tener forma de cabeza de caballo.

flautistas: uno de los numerosos términos empleados por el escritor griego de la Antigüedad Aristóteles para referirse a las prostitutas.

fenicios: pueblo de marineros y comerciantes que vivió sobre todo en la costa del actual Líbano. Fueron los fundadores de

Cartago.

Fortuna: diosa de la suerte y la buena fortuna. Al igual que todas las deidades, tenía fama de caprichosa.

fugitivus: esclavo huido. La costumbre romana de marcar a estos desventurados con una «F» (de fugitivo) en la frente está documentada, al igual que el hacerlos llevar cadenas en el cuello con instrucciones para devolver al esclavo a su propietario.

fustuarium: castigo que se infligía a los soldados que se dormían durante una guardia o eran

acusados de robar, mentir, intentar evitar una guardia autolesionándose o por cometer el mismo delito tres veces. Los culpables morían apedreados o apaleados por sus compañeros.

Galia: a grandes rasgos, la actual Francia. Los guerreros galos tenían fama de ser muy buenos y muchos de ellos lucharon en el ejército de Aníbal.

gladius (pl. **gladii**): se dispone de poca información sobre la espada «española» del ejército republicano, el gladius hispaniensis, con la hoja estrecha en el centro. No está claro cuándo

la adoptaron los romanos, pero probablemente fuera después de ver el arma durante la Primera Guerra Púnica, cuando la usaron las tropas celtíberas. El mango tallado era de hueso e iba protegido por un pomo y una pieza de madera. El gladius se llevaba a la derecha, excepto los centuriones y otros oficiales de alto rango, que lo llevaban a la izquierda. De hecho era muy fácil desenvainar con la mano derecha y probablemente se colocara ahí para evitar que interfiriese con el scutum mientras estaba desenvainado.

Gorgona: «gorgon», en griego; monstruo de la mitología que convertía en piedra a quien miraba. Su cabeza solía estar representada en los escudos de los guerreros griegos.

gugga: en la comedia de Plauto *Poenulus*, uno de los personajes romanos se refiere a un comerciante cartaginés con el nombre de «gugga». Este insulto puede traducirse como «rata insignificante».

Hades: El submundo, el infierno, tanto para los griegos como los romanos. El dios del submundo también se llamaba Hades.

hastati (sing. **hastatus**): soldados jóvenes experimentados que formaban las primeras filas de la línea de batalla romana en el siglo III a. C. Llevaban armaduras de cota de malla o bronce en el pecho y en la espalda, cascos con penacho y scuta. Portaban dos pila, una ligera y otra pesada, y un gladius hispaniensis.

Hércules (o, para ser exactos, Heracles): el mayor héroe griego, que completó doce trabajos de una dificultad monumental.

hetairai (sing. **hetaira**): en la antigua Grecia «acompañantes femeninas». Eran cortesanas o

prostitutas de clase alta.

himation: prenda de lana de gran tamaño que solía estar bordada. Los griegos ricos la vestían como prenda principal.

Iberia: la actual península Ibérica, que comprende España y Portugal.

ilirio/a: persona procedente de Illyricum (o Iliria), nombre romano del territorio que se extiende al otro lado del mar Adriático desde Italia: incluye parte de la actual Eslovenia, Serbia, Croacia, Bosnia y Montenegro.

Isis, Nave de: Navigium Isidis, o

Nave de Isis, era una fiesta celebrada en honor a la diosa egipcia Isis. Tenía lugar el 5 de marzo y marcaba el inicio de la temporada de navegación para los romanos, es decir, cuando resultaba «seguro» o propicio iniciar una travesía.

Júpiter: llamado a menudo Optimus Maximus, «el mayor y mejor». El dios más poderoso de los romanos, responsable del tiempo, sobre todo de las tormentas. Su equivalente griego era Zeus.

kleptai (sing. **kleptes**): término del griego antiguo para designar

a los ladrones o malhechores. La palabra «cleptómano» deriva de él.

kopis (pl. **kopides**): pesada espada griega para acuchillar con una hoja curvada hacia delante. Solía llevarse en una vaina de cuero y suspendida de un tahalí. Muchos pueblos antiguos empleaban el kopis, desde los griegos hasta los persas, pasando por los etruscos.

lararium: santuario presente en los hogares romanos, donde se veneraban los dioses de la familia.

Leneas: festividad griega dedicada

a Dioniso. Las ciudades griegas tenían su propio calendario de festividades; no sabemos cuál empleaban los siracusanos, así que he utilizado un festival atribuido a los atenienses.

libios: soldados de los territorios africanos de Cartago. Formaban parte de la infantería pesada y tuvieron un papel destacado en muchas de las victorias que dieron fama a Aníbal.

Macedonia: región que une la península griega con los Balcanes. Fue la cuna de Alejandro Magno y, en los tiempos de la Segunda Guerra Púnica, seguía siendo un

reino independiente, hostil a Roma.

manípulo: principal unidad táctica del ejército romano en el siglo III a. C. Había treinta manípulos en una legión y un total de unos 4.200 hombres. Cada manípulo estaba dirigido por dos centuriones, uno más veterano que el otro. En cada legión había tres clases de soldados de infantería (hastati, principes y triarii), así como escaramuzadores, o velites. Los manípulos de hastati y principes estaban formados por dos centurias de sesenta legionarios;

también había cuarenta velites adjuntos a cada unidad. Sin embargo, los manípulos de triarii eran de menor tamaño: se componían de dos centurias de treinta hombres cada una y cuarenta velites.

Marte: dios romano de la guerra.

Melcart: dios cartaginés relacionado con el mar y con Hércules (véase más arriba). También era el dios predilecto de la familia Barca.

mollis (pl. **molles**): palabra latina que significa «blando» o «tierno», usado aquí como insulto para un homosexual.

Neptuno (**Neptunus** en latín): dios romano del mar.

óbolo (obolos en griego): moneda de plata que era la sexta parte de un dracma.

optiones (sing. **optio**): oficiales de rango inmediatamente inferior al centurión; el segundo al mando de una centuria.

oscos: antiguos habitantes de buena parte del sur de Italia, sobre todo de la Campania.

Palicos: dioses gemelos consagrados a un lago del interior de Sicilia. Todavía se conservan restos de su santuario.

Perséfone: diosa griega, esposa

de Hades y reina del submundo. Junto con su madre Demetra (véase más arriba), era la diosa patrona de Sicilia.

phalera (pl. **phalerae**): adorno esculpido en forma de disco en reconocimiento por el valor que se llevaba en un arnés colocado en el pecho, encima de la armadura de los soldados romanos. Las *phalerae* solían estar hechas de bronce, pero también podían ser de metales más preciosos.

pilum (pl. **pila**): la jabalina romana. Estaba formada por un asta de madera de

aproximadamente 1,2 metros de largo, unida a un vástago fino de hierro de unos 0,6 metros y coronada por un pequeño extremo piramidal. La jabalina era pesada y, al lanzarla, todo el peso se concentraba detrás de la cabeza, lo cual le otorgaba una tremenda fuerza penetradora. Podía atravesar un escudo y herir al hombre que lo portara, o clavarse en el escudo e impedir su uso posterior. El alcance del pilum era de unos treinta metros, aunque es más probable que el alcance efectivo fuera de la mitad de esa distancia.

Poseidón: dios griego del mar.

Príapo: dios romano de los jardines y los campos, símbolo de la fertilidad. Solía representarse con un enorme pene erecto.

principes (sing. **princeps**): estos soldados, descritos como hombres de familia en la flor de la vida, formaban la segunda fila de la línea de batalla en el siglo III a. C. Eran parecidos a los hastati y por ello iban armados y vestidos de forma parecida. Los triarii eran los soldados más experimentados y de mayor edad. A menudo, no se recurría a estos hombres hasta que la batalla llegaba a una

situación desesperada. La fantástica expresión romana «El asunto se deja en manos de los triarii» lo deja claro. Llevaban unos cascos de bronce con penacho, cotas de malla y una greba en la pierna que movían primero (la izquierda). Todos portaban un scutum e iban armados con un gladius hispaniensis y una lanza larga para clavar. Véase también la entrada correspondiente a manípulo.

pteryges: también escrito pteruges. Se trataba de una doble capa de tiras de lino rígido que

protegían la cintura y la entrepierna. Iba sujeto a una coraza del mismo material o era una pieza extraíble del equipo que se empleaba bajo el peto de bronce. Aunque los griegos fueron quienes diseñaron el pteryges, muchas naciones lo empleaban, incluyendo a los romanos y cartagineses.

quinquerreme: principal barco de guerra cartaginés del siglo III a. C., que también fue muy utilizado por los romanos. Tenía un tamaño similar al del trirreme pero constaba de muchos más remeros. La controversia acerca

del número exacto de remeros y la posición que ocupaban ha durado décadas. Sin embargo, hoy día se considera que el quinquerreme tenía tres bancos de remos a cada lado. La embarcación se desplazaba desde tres niveles con dos hombres en cada remo en los bancos superiores y un hombre por remo en el banco inferior. Véase también la entrada para trirreme.

quitón: túnica común de lino o lana que vestían los hombres griegos.

samnitas: pueblo de una zona confederada del sur de los

Apeninos centrales. Libraron tres guerras contra Roma en los siglos IV y III a. C., de las cuales perdieron la última. Sin embargo, a los samnitas no les convencía el gobierno romano. Apoyaron tanto a Pirro de Epiro como a Aníbal en sus guerras contra la República.

Saturnalia: festival de siete días de duración que se celebraba a mediados de diciembre. Era una de las celebraciones más importantes del calendario romano.

scutarii (sing. **scutarius**): infantería íbera pesada, celtíberos que llevaban escudos circulares, o

unos muy parecidos a los de los legionarios romanos. Los individuos más ricos quizá llevaran cotas de malla; otros, pequeños petos de armadura. Muchos *scutarii* llevaban grebas. Los cascos de bronce eran muy parecidos a los del estilo galo de Montefortino, usados también por los soldados romanos. Iban armados con espadas de hoja recta, pero ligeramente más cortas que su equivalente gala y famosas por su excelente calidad.

scutum (pl. **scuta**): escudo oval y alargado del ejército romano, de unos 1,2 metros de alto y 0,75

metros de ancho. Constaba de dos o tres capas de madera situadas en ángulo recto entre sí y estaba revestido de lino o loneta y cuero. El scutum era pesado, entre seis y diez kilos. El centro estaba decorado con un gran tachón de metal con el asa en horizontal situada detrás. La parte delantera solía llevar motivos decorativos pintados y se utilizaba una funda de cuero para proteger el escudo cuando no se usaba, por ejemplo durante las marchas. Algunos guerreros íberos y galos empleaban escudos similares.

Senado: órgano de trescientos senadores, que eran nobles romanos prominentes. El Senado se reunía en el centro de Roma, y su función era aconsejar a los magistrados —cónsules, pretores, cuestores, etc.— sobre política interna y externa, religión y finanzas.

seres: nombre que los romanos daban a los chinos.

socii: aliados de Roma. En la época de las guerras púnicas, todos los pueblos no romanos de Italia habían sido obligados a entablar alianzas militares con Roma. En teoría, estos pueblos seguían

siendo independientes, pero en la práctica eran súbditos, obligados a enviar cupos de tropas para luchar por la República siempre que se les exigiera.

tablinum: oficina o zona de recepción situada después del atrio. El tablinum solía dar a un jardín cerrado con columnatas.

Tanit: junto con Baal Hammón, la deidad más importante de Cartago. Se consideraba una diosa de la maternidad, así como patrona y protectora de la ciudad.

tessera: véase entrada para tesserarius.

tesserarius (pl. **tesserarii**): uno

de los oficiales jóvenes de una centuria, entre cuyos cometidos se incluía dirigir la guardia. El nombre deriva de la tablilla tessera en la que se escribía la contraseña del día.

tracio: originario de Tracia, región que incluía parte de la actual Bulgaria, Rumanía, el norte de Grecia y el suroeste de Turquía. Estaba habitada por más de cuarenta tribus guerreras.

Trasimene: el actual lago Trasimeno, en el centro del norte de Italia, cerca de Perugia y Siena.

Trebia: el río Trebbia.

tribuno: oficial de estado mayor en una legión; también uno de los diez cargos políticos de Roma, donde servían como «tribunas del pueblo», defendiendo los derechos de los plebeyos. Los tribunos también podían vetar medidas tomadas por el Senado o los cónsules, excepto en tiempos de guerra. Atacar a un tribuno era uno de los delitos más graves.

trirreme: barco de guerra clásico de los romanos, accionado por una única vela y tres bancos de remos. Cada remo estaba en manos de un solo hombre nacido libre, no esclavo, en los barcos

romanos. El trirreme, sumamente maniobrable y capaz de alcanzar hasta ocho nudos con la vela o durante arranques cortos tirado por los remos, también contaba con un espolón de bronce en la proa, que se utilizaba para dañar o incluso hundir barcos enemigos. En la cubierta disponía también de pequeñas catapultas. La tripulación de un trirreme era de hasta treinta hombres y contaba con unos doscientos remeros; podía transportar a un máximo de sesenta soldados de infantería, lo cual suponía una tripulación muy numerosa en relación con su

tamaño. Esto limitaba la distancia que recorrían, por lo que principalmente servían para transportar a la tropa y proteger la costa.

velites (sing. **veles**): escaramuzadores ligeros romanos del siglo III a. C. que se reclutaban de entre las clases sociales más pobres. Eran jóvenes cuya única protección era un escudo pequeño y redondo, y, en algunos casos, un sencillo casco de bronce. Llevaban espada, pero su arma principal era una jabalina de 1,2 metros. También iban tocados con pieles de lobo. No se

sabe a ciencia cierta si los velites tenían oficiales.

Vía Appia: la carretera principal que comunicaba Roma con Brundisium (la actual Brindisi), en el extremo sur de Italia.

Victumulae: ciudad antigua situada en las proximidades de Placentia (la actual Piacenzia) en el norte de Italia. Se desconoce su ubicación exacta.

Vulcano: dios romano del fuego destructor, que solía venerarse para evitar... ¡incendios!

Zeus: principal divinidad del panteón griego y dios del tiempo. La palabra «sóter» significa

«salvador», término que los pueblos antiguos añadían al nombre de muchos dioses griegos. Tengo que dar las gracias al escritor Christian Cameron por esta palabra.

Nota

1. JAFRA son las siglas en inglés de Just Another F... Roman Author (Otro J... Autor que Escribe sobre Roma). Podemos «agradecer» el nombre a Angus Donald, el Capucha.